SUSANNA HERRERO



Quiero vivir en voz alta

CAR 1



Deportistas de élite que viven bajo un mismo techo.
Una relación íntima entre dos rivales que nadie puede descubrir.
Dos bombas de relojería que se juraron no volver a explotar.
Y un pacto que podría arruinarlo todo.

Deporte.
Sacrificio.
Rivalidad.
Amor.
Viejas disputas.
Y muchos secretos.

Bienvenidos al CAR (Centro de Alto Rendimiento), donde nada es lo que parece.

QUIERO VIVIR EN VOZ ALTA

SUSANNA HERERRO

© Susanna Herrero

1ª edición, septiembre de 2022

Ilustración de portada: Gabriela Rey.

Ilustraciones interiores: Gabriela Rey.

Maquetación: Lynda Lamb @ Refinery.

Corrección: Violeta Moreno.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para Raquel.
Mi hermana. Mi amiga. Mi otra alma gemela. Mi compañera en la gran aventura que es la vida.

Índice

Noticia
Prólogo 1
Prólogo 2
Prólogo 3
Bienvenidos al CAR da Mar : Centro de Alto Rendimiento de la Costa Brava
1: «¿Estás contando hasta diez, Nicki? Porque puedes hacerlo al mismo tiempo que te retiras hacia la derecha»
2: Podría emitir descargas de hasta ochocientos voltios, como las anguilas eléctricas
3: «Prohibido contarlo. No puede saberlo nadie (crea una intimidad que no queremos y a mí podrían degollarme. O peor, arrancarme las pelotas)»
4: «Vista arder una gasolinera, vistas todas. La primera impacta, luego ya…»
5: No sé qué tienen las apuestas, pero se extienden más rápido que la tinta del chipirón cuando se encuentra en peligro
6: «Prohibido dejar de usar protección (crea una intimidad que no queremos)»
7: «Tengo memoria selectiva absurda»
8: «Más sereno que tus peces cuando duermen»
9: «Prohibido hacerlo cuando los gemelos estén en el centro (si nos pillan, seguro que es una intimidad que no quieren ver)»
10: «¿Qué le pasa a este helado? Está espachurrado». «He tropezado y se me ha caído al suelo. Lo siento». «¿¿¿Y aun así me lo has ofrecido???»
11: Como los escualos en las playas de las películas de Spielberg
12: «Prohibido tocar los huevos a Patrick. En sentido figurado, se entiende»
13: «¿Te he contado alguna vez que mi abuelo por parte de madre era mago? Tenía quince hermanos y las comidas eran por turnos: tú sí, tú no. Y las duchas eran contadas. Se duchaba uno y se lo contaba a los demás. Joder, gastaban más en llaves que en la hipoteca. Dormían en literas y al de arriba lo llamaban “el chato”»
14: a la velocidad del pez espada a la caza de sus presas
15: «Prohibido besarse (crea una intimidad que no queremos)»
16: «Otro día te cuento cómo engañan a las anchoas para que se metan en las aceitunas»
17: «Prohibido quedarse a dormir en la misma cama (crea una intimidad que no queremos)»
18: «Andrés no se daría cuenta de que estamos juntos ni aunque le metiera la lengua hasta el fondo a su hermano delante de sus narices»
19: Como a los cangrejos en las películas de dibujos animados
20: «¿Os habéis dado cuenta de que los koalas son más bonitos de verdad que de peluche?»
21: «Prohibido llamarnos por apodos cariñosos (crea una intimidad que no queremos)»
22: Se asemeja a la presencia de tortugas en la Antártida
23: «Yo sé muchas cosas. Los rex están siempre de mal humor porque tienen las patas cortas y les pican los huevos»
24: «Prohibido mentir»
25: o engullido de un bocado cual Pinocho y la ballena
26: «Pánico es morirte en la piscina de un barco»
27: «Prohibido saltarse las normas (crearíamos una intimidad que no queremos)»
28: «Sí, como la trucha al trucho, no te jode»
29: «Dame un punto de apoyo y moveré la Tierra por ti»

30: «Prohibido hacer la cucharita si alguna vez nos quedamos dormidos en la misma cama por circunstancias ajenas a nosotros (crea una intimidad que no queremos)»
31: Ahora sí que ha muerto un pececillo
32: «Prohibido desconfiar el uno del otro»
33: «Más miedo que las profundidades marinas»
34: Una de las revelaciones más importantes de mi vida…
35: «No creo que consiga cambiar a una textura más suave en las próximas horas»
36: «Prohibido enamorarse (sin duda, crea una intimidad que no queremos)»
37: «Tengo ganas de llorar. De llorar a pleno pulmón»
38: «El mar es un lugar bonito»

Agradecimientos
Acerca del Autor

PATRICK VILLAR DE FIGUEROA Y ROBERT CLARAMUNT,

dos de las raquetas más ilustres de la mejor etapa del tenis de la historia.

Los enfrentamientos de Villar de Figueroa y Claramunt fuera de la pista son tan épicos como los títulos de Grand Slams que acumulan entre los dos.

Patrick Villar de Figueroa y Robert Claramunt, ¿héroes o verdugos?

La lesión crónica en el escafoides del pie izquierdo que sufre **Robert Claramunt** lo obliga a retirarse de varios torneos.

¿CÓMO CONTINUARÁ LA CARRERA DE ROBERT CLARAMUNT?

Patrick Villar de Figueroa: «Cuanto más tiempo pasa más difícil es permanecer en la cima».

ROBERT CLARAMUNT ABANDONA EL TENIS

a los treinta y cinco años con más de ochenta títulos ATP a sus espaldas.

Robert Claramunt contrae matrimonio con su novia de toda la vida: Miranda Ferrero.

Un año más tarde del retiro de **Claramunt** y coincidiendo con el nacimiento de su primer hijo, **Patrick Villar de Figueroa** cambia la raqueta por la corbata y el escritorio al amparo de la presidencia de la Real Federación Española de Tenis.

Robert Claramunt y Miranda Ferrero, padres de gemelos: Andrés y Arturo.

Robert Claramunt y Miranda Ferrero, padres de una preciosa niña. Su nombre: Aitana.

LOS GEMELOS CLARAMUNT COMIENZAN A JUGAR AL TENIS CON TAN SOLO CUATRO AÑOS.

El Consejo Catalán del deporte concede una beca interna para su ingreso en el CAR a **Aitana Claramunt** en la modalidad de saltos de trampolín y plataforma. La hija pequeña de **Robert Claramunt**, de trece años, se inició en este deporte a los cinco.

Natación: Atentos al nombre de Nicki Monteserin. Tras un debut excepcional, promete darnos alegrías en el futuro.

NI CLARAMUNTS NI FIGUEROAS.

La élite juvenil del tenis actual la encabeza la joven promesa murcegasca **Christopher Lacoste**, con un manejo de las emociones impropio para su edad. Especial atención a este chico.

Arturo Claramunt sorprende y se proclama a los trece años digno sucesor de los éxitos de su padre y recibe la Wild Card para la fase clasificatoria final del torneo internacional Les Petits As, una de las piedras angulares más significativas donde descubrir a las futuras estrellas del mañana. Claramunt se enfrentará por primera vez a **Christopher Lacoste**.

Robert se convierte en padre por cuarta vez al fundar y patrocinar la Academia de tenis Claramunt dentro del **Centro de Alto Rendimiento** (CAR) más prolífico de nuestro país.

Los dos gemelos Claramunt

ingresan en el CAR de manera permanente junto con su hermana. Los tres hijos de Robert cursarán sus estudios en el instituto que posee el Centro de Alto Rendimiento.

La noticia del año: el ingreso de **Patrick Villar de Figueroa (hijo)** en el CAR y en la academia de tenis Claramunt. ¿Cuál es la verdadera intención del presidente de la Real Federación de Tenis al inscribir a su único hijo en la escuela de su máximo rival tanto dentro como fuera de la pista? ¿Labor de espionaje o un verdadero interés por el tenis de calidad?

Claramunt, Lacoste y Wimbledon Junior: el enfrentamiento del momento en tenis juvenil.

AITANA CLARAMUNT REGRESA CON UN BRONCE TRAS FINALIZAR EL CAMPEONATO DEL MUNDO JUNIOR CELEBRADO EN KIEV.

Los récords que comparten **Claramunt y Villar de Figueroa** traspasan el filo de lo imposible. **Patrick Villar de Figueroa (hijo)** también dice adiós al tenis. El primogénito del tenista español, campeón de treinta y cuatro Grand Slams, sorprende con su decisión irrevocable de dejar el tenis profesional para dedicarse a los saltos de trampolín.

ARTURO CLARAMUNT se convierte con dieciséis años en el primer tenista nacido en su año en ganar un partido en un torneo ATP Challenge y en el decimoquinto jugador más joven en ganar un título profesional.

Nicki Monteserín consigue su primera medalla olímpica.

La victoria de **Claramunt** sobre Lacoste se apoyó en cuatro puntos tácticos. Así fue el partido perfecto de **Arturo** y el porqué de su victoria sobre el monegasco.

Arturo Claramunt se clasifica con diecisiete años para el cuadro final del Abierto de Australia. Es el tercer tenista español más joven en debutar en un Grand Slam.

Arturo Claramunt pierde contra Lacoste.

«Cuando Lacoste huele sangre, es como un tiburón».

CHRISTOPHER LACOSTE GANA SU PRIMER TÍTULO ATP.

Claramunt y Lacoste:
jóvenes promesas que encabezan el relevo generacional de la mejor etapa de la historia del tenis.

Lacoste se repone de un 0-6 y tumba a Claramunt.

CHRISTOPHER LACOSTE SE CORONA EN EL NEXT GEN DE MILÁN.

«La fuerza mental de Lacoste es algo que no se puede entrenar».

Este es uno de los datos que explica el mal rendimiento de **Andrés Claramunt** en los cuartos de final contra Lacoste.

Los impresionantes datos que reflejan el gran año de **Arturo Claramunt.**

Aitana Claramunt ha sido convocada por la RFEN para formar parte del Equipo Nacional Junior que participará en la Ulla Klinger Cup de saltos en la localidad de Aachen (Alemania).

Un total de diez jugadores E en el top cien con ascensos fulgurantes como el de **Claramunt y Lacoste.**

Arturo Claramunt ya es el octavo mejor jugador español del ranking ATP.

Nicki Monteserin se despide del CAR.
La ganadora olímpica recibirá un entrenamiento más personalizado.

ANDRÉS CLARAMUNT SE ESTRENA DE MANERA SÓLIDA EN EL CHALLENGER DE RENNES.

Arturo Claramunt: «Lacoste es el tenista perfecto, no tiene puntos débiles».

Buenos resultados para nuestras dos representantes en el Campeonato del Mundo de saltos de trampolín. **Aitana Claramunt** logra la medalla de bronce en la prueba de Plataforma de diez metros con una puntuación de 297,50 y también logra el 8° puesto en la prueba de trampolín de tres metros con 301,50.

Nicki Monteserin comunica en una rueda de prensa que se retira de la competición hasta que mejore de la otitis y habla de su regreso al CAR como entrenadora del equipo de natación el próximo mes de septiembre.

ÚLTIMAS NOTICIAS.

Se rumorea que **Andrés Claramunt y Christopher Lacoste** perdieron los papeles y llegaron a las manos en Wimbledon después de que el segundo se hiciera con el título. ¿Serán sancionados? ¿Se avecina multa económica o algo peor?

Prólogo 1

ANDRÉS CLARAMUNT

Julio. Final de Wimbledon

RFEN @RFEN_Oficial · 1d
Nicki Monteserin comunica en una rueda de prensa que se retira de la competición hasta que mejore de la inflamación del oído medio y habla de su regreso al CAR el próximo mes de septiembre como entrenadora del equipo de natación.

Después de haberme criado entre titulares, cualquiera pensaría que soy inmune. Pero no.

La vida me sorprende a diario. Desde que me levanto. En ocasiones incluso desde antes de que apoye el primer pie en el suelo. O de que me estampe contra él de la peor manera posible, si me desplomo de la cama como esta mañana. Hacía años que no me caía de la cama. Hacía veintitrés años, que son los que tengo. Y ni siquiera sé por qué sigo la insufrible cuenta de la insufrible Real Federación Española de Natación. Ni por qué en las últimas veinticuatro horas he leído esa noticia tantas veces que hasta me la he aprendido de memoria. Como si fuera a cambiar el titular por arte de magia.

El problema de caerme de la cama por primera vez en mi vida y de mentir a mi gemelo sobre el asunto es que comienzo el día maaal. Muy maaal. Ha sido algo así:

¡CATAPÚM!

Menuda hostia.

—¡¿Andrés?! Ostras, ¿acabas de caerte de la cama? ¿Estás bien?

He abierto el ojo derecho y me he topado con la moqueta *beige* de la habitación que comparto con Arturo en nuestro hotel favorito de Londres.

—Joder, tete. —Me he dado la vuelta y he fijado la vista en el techo de color salmón. Arturo, duchado, peinado y preparado para jugar su segunda final de Wimbledon, me ha mirado desde arriba—. Soñaba que me caía y me he caído.

Y ahí está la mentira. No soñaba que me caía. Soñaba que me encontraba con Nicki en su primer día en el CAR y que nos empujábamos el uno al otro escaleras abajo. A ver, no a propósito (creo), pero el furor de la discusión nos llevaba a ello.

Despertar por y con tal paradigma tiene un efecto en mí: soy más gilipollas de lo normal. Peor persona. La vida es una cuestión de equilibrio y no todos podemos ser ángeles lozanos. También tiene que haber cadáveres putrefactos. Yo creo que tenemos nuestro encanto.

Hacia el final de la tarde ya es oficial: está siendo un día de mierda y, por si no fuera suficiente, Arturo acaba de perder (otra vez) la final de Wimbledon contra el gilipollas de Christopher Lacoste —uno de los mejores tenistas del momento y nuestro rival número uno en la pista y fuera de ella—, así que tengo una irritación en el estómago que si no la vomito pronto me

revienta por dentro y me mata. Ni siquiera el consuelo que supone para mí el apretón que le he dado a mi hermano por lo jodidamente bien que ha jugado me ha apaciguado, y eso que los abrazos con Arturo encabezan la lista de «las tres putas mejores sensaciones que tengo en la vida», pero es que es girar la cabeza, ver la sonrisa de suficiencia de Lacoste y querer partirle la cara al muy subnor… Vale, no. Mentira. No sonríe con suficiencia. Sonríe como siempre. Insufrible, pero como siempre. El imbécil no tiene la culpa. Hoy no ha hecho nada. Solo existir, y eso no puede evitarlo. Quiero partirle la cara porque llevo demasiados años conteniéndome.

Dejo a mi hermano arropado con el cariño y los mimos de nuestra familia y me dirijo al cuarto de baño de los vestuarios de los jugadores. Se supone que no puedo pasar, pero me la suda; aprovecho el alboroto y entro. Me humedezco la cara con agua fría, tomo aire por la nariz y lo suelto por la boca. Me convenzo de que revolcarme por el suelo con Lacoste es una pésima idea. Pero entonces abandono los servicios, me doy de bruces con su sonrisa monegasca y… A tomar por culo las respiraciones y a tomar por culo todo.

No sé durante cuánto tiempo nos damos de hostias el uno al otro. Solo sé que tienen que separarnos entre mi familia y la suya, que mi hermano observa a Lacoste con rabia (cosa que odio porque Arturo no es así), que mis padres tienen pinta de querer matarme, que nuestros entrenadores se ocupan de que nadie (más) nos vea y que espero que esto no trascienda a la prensa. Arturo no se lo merece.

Puto Príncipe de Zamunda. No puedo con él.

Tres apósitos, cuatro broncas y cinco horas después llegamos a la cena de campeones que organiza Wimbledon cada año. Voy a resumirla en siete palabras: no es la noche de mi vida. Arturo se mosquea conmigo cuando le confieso que he pegado al imbécil de Lacoste sin motivo y desaparece el resto de la velada, mi padre continúa enfadado por el «lamentable espectáculo, totalmente fuera de lugar» que he protagonizado y nos han servido cóctel de gambas de primer plato, como todos los putos años. Soy alérgico al marisco y no me lo he llevado a la boca porque Patrick —el único hijo del mayor rival de mi padre y la persona que más me toca los huevos en la vida— me ha arrebatado el tenedor de la mano. La última vez casi no lo cuento.

Y me duele el labio. Puto Lacoste y puto derechazo que tiene. Con o sin raqueta.

Horas más tarde estoy a punto de caer por fin en los brazos de Morfeo cuando llaman a la habitación. Me levanto con pereza y no me molesto en vestirme. Si no quieren verme en ropa interior, que no toquen mi puerta en plena noche. Solo espero que no sea Patrick para darme otro rapapolvo porque la tenemos.

No es Patrick. Es Arturo. Aún lleva el traje de gala, pero está descamisado y despeinado. La chaqueta y la corbata, en la mano. Los ojos le brillan como si fueran los putos faros de mi deportivo en plena noche. Cualquiera pensaría que ha follado. Se ha apoyado en el umbral de la puerta y me mira con firmeza. Con brillo de cervatillo enamorado, pero con firmeza.

—¿Por qué no has entrado con tu llave? —le pregunto.

—Porque la he perdido.

—¿Dónde?

—Si lo supiera, no la habría perdido, ¿no crees?

A mi hermano follar le otorga carácter. Eso es indudable.

—¿Dónde has estado?

—Por ahí. —No esperaba otra respuesta—. ¿Puedo pasar?

—Depende. ¿Sigues enfadado conmigo?

—Solo un poco.

Y ese es el problema de Arturo: que me quiere demasiado.

—Pasa.

Cuelga con cuidado la chaqueta y la corbata en el armario y se tumba a mi lado en la cama en una postura muy similar a la mía —la espalda recostada en la pared y las piernas cruzadas a la altura de los tobillos—, con la diferencia de que él continúa enfundado en su traje desordenado y yo estoy en ropa interior. Parecemos un mal chiste o una película de bajo presupuesto de los noventa.

—Háblame de Nicki —me dice.

Suspiro.

—No me lo esperaba —reconozco—. Ni tú ni Aitana me habíais dicho nada.

—Yo no lo sabía —susurra—. De lo contrario, te lo habría contado.

—Lo sé —murmuro de vuelta.

—¿Has hablado con Tani?

—Sí. Y toma demasiadas decisiones pensando en mi bienestar. Quería contármelo en persona, en algún momento, pero la prensa se le ha adelantado.

Mi hermana Aitana tiene el mismo problema que Arturo: me quiere demasiado.

—De todas formas, supongo que te ocurre algo más que un «no me lo esperaba» para que te hayas lanzado a la yugular de Lacoste. Él no tiene la culpa de que tu exnovia regrese al CAR y de que tú no quieras enfrentarte a ella.

—Nicki no es mi exnovia —lo corrijo al instante—. Y Lacoste se lo merecía. Por gilipollas. Me ha mirado con suficiencia por haberte ganado.

—No. No lo ha hecho.

Arturo clava sus ojos castaños en los míos. Podría decir que es como mirarme a un espejo, porque esos son mis ojos, pero mentiría. Él y yo no podemos ser más diferentes, a pesar de tener la misma cara.

—Joder, vale —reconozco—. No lo ha hecho, pero he pasado veinticuatro horas de mierda, el Príncipe Prometido se ha cruzado conmigo y me lo ha puesto a huevo.

—¿Y te sientes mejor?

—¿La verdad? Sí.

—Joder, Andrés.

Arturo niega con la cabeza y a mí me llama la atención que a estas alturas de la vida continúe

haciéndolo, como si mi actitud lo sorprendiera o no pudiera creer lo que soy capaz de hacer.

—No te fustigues por ello —le digo, y zanjo de una vez el asunto de la puta pelea—. ¿Has hablado con ella?

Sabe muy bien a quién me refiero.

—Sí, hace un rato.

—¿Y?

—¿Qué me estás preguntando exactamente, Andrés?

—¿Qué coño le pasa en el oído que la obliga a dejar la natación y regresar al CAR como entrenadora?

—Ya sabes que siempre ha sufrido de otitis, pero esta vez es… peor. Tiene que descansar. Y dejar el agua una temporada. El CAR le ha ofrecido un puesto de entrenadora para que no esté inactiva del todo, ya sabes lo que la aprecian, y ella ha aceptado. Necesita el mayor apoyo posible y nosotros somos su familia, en cierta manera. Eso lo entiendes, ¿verdad? Entiendes que somos sus amigos, que nos necesita y que tenemos que estar ahí para ella.

Sí, joder. Ni siquiera yo soy tan capullo.

—Un puesto de entrenadora es algo duradero, Arturo. ¿Cuánto tiempo tiene que *descansar*?

—No lo sé. Ha sido vaga al respecto.

—Cómo no.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Tú qué vas a hacer?

—Yo no tengo que descansar. Estoy de puta madre.

—Andrés…

—No lo sé —admito en un suspiro—. Me he concedido esta noche para resolverlo.

—¿Quieres que te ayude a tomar una decisión?

—Será un honor, pero mañana vas a arrastrar unas ojeras de campeonato.

—No me importa. Solo prométeme que no vas a volver a incitar a Lacoste.

—Arturo…

—Prométemelo. Por favor.

Me mira a los ojos y me lo suplica desde el corazón. Joder. Es mi puto talón de Aquiles.

—Lo intentaré. ¿Te vale?

Sonríe.

—Me vale.

—Bien. Y dúchate antes de que te envuelva en mi mierda de vida amorosa. Hueles a sexo que tiras para atrás, tete.

No lo niega. Solo se levanta de la cama y se dirige al baño.

—Oye —le digo—, ¿algún día vas a contarme cómo ha llegado el chico de los panes de ajo a domicilio hasta aquí?

No me responde. También contaba con ello.

El chico de los panes de ajo a domicilio es el novio de mi hermano. El mismo con el que acaba de follar. Llevan mil años juntos. Y Arturo debe de creer que soy gilipollas.



Por la mañana, mientras mi hermano termina de calzarse, salgo de la habitación para llamar al ascensor y, regalos de la vida (una vez más), en cuanto se abren las puertas me doy de bruces con el doloroso rostro de Christopher Lacoste; ignoraba que compartíamos hotel. Qué suerte la mía, y yo sin saberlo. Sin previo aviso me agarra del cuello de la camiseta y me empotra contra la pared. Me dejo hacer porque se lo he prometido a Arturo. Y porque me ha pillado por sorpresa, joder.

—Te voy a decir una cosita —me escupe con su estúpido acento afrancesado—. Ayer no te partí la cara por dos motivos. El primero, porque me das mucha pena, Claramunt.

—¿Yo a ti? ¿Pena de qué, imbécil?

—Pena de lo que te llevó a hacer lo que hiciste ayer.

—¿Qué sabrás tú de eso?

—Yo sé muchas cosas.

Prepotente de mierda…

—¿Y el segundo?

—Ese me lo guardo. —Me libera y me acomoda la camiseta en un intento de «aquí no ha pasado nada»—. Pero la próxima vez que tengas el día tonto y lo pagues conmigo, te rompo la cara.

—¿Qué ocurre aquí?

—Hombre, Arturito, bienvenido. ¿Y esas ojeras? ¿No has dormido bien? —Lacoste lo saluda con una sonrisa de oreja a oreja—. Le decía a tu hermano del alma que la próxima vez que tenga el día tonto y venga a por mí le parto la cara. ¿Lo habéis entendido bien los dos? ¿Sí? —Le da a mi hermano una palmada en la mejilla que me duele como una patada en los huevos—. Pues hasta la próxima, Claramunts. Ha sido un placer, como siempre.

—Si vuelves a tocar así a mi hermano —le digo con rabia antes de que se marche del todo—, el que te romperá la cara, las piernas y todo lo demás seré yo.

Ríe a carcajadas y se pierde por el pasillo. Yo me dirijo a Arturo, que aún lo sigue con la mirada.

—Te juro que no he odiado a nadie más en toda mi vida —le digo—. Es que no lo soporto.

Puto Lacoste.

Prólogo 2

CHRISTOPHER LACOSTE

Julio. Final de Wimbledon

«TE TENGO, CLARAMUNT». Por fin.

Por un momento he pensado que iba a perder. Y si perder en general me toca los cojones, perder contra él ocupa la primera posición en el pódium de las mierdas que más odio. Prefiero ser devorado por cuatro lobos hambrientos o picoteado por cien avispas antes de que Arturo Claramunt me gane al tenis. Prefiero ser devorado por cuatro lobos hambrientos mientras cien avispas me picotean antes de que Arturo Claramunt me gane al tenis.

Mala suerte para los lobos, las avispas y Arturito, porque hoy no es su día y aquí nadie va a ganarme ni a comerme ni a picotearme. O eso pensaba yo hasta que me he cruzado con Andrés Claramunt y sin venir a cuento me ha clavado el puño en la cara.

La que ha liado, el muy subnormal.

Dos meses después. Septiembre. En el CAR

Miércoles. 8:28 de la mañana

Si existía la remota posibilidad de que algún despistado no se hubiera enterado de que he llegado al Centro de Alto Rendimiento, ahí está la prensa, en primera línea, más que dispuesta a dar la buena nueva desde el instante en que me bajo del taxi junto a Stefan, mi entrenador. Por supuesto, no tengo ninguna duda de que esto es obra de mi amadísimo padre. No piensa ponérmelo fácil desde la liada de Wimbledon y esta es la manera que tiene de demostrarlo. Según él, tenía que haber encajado el puñetazo de Andrés Claramunt sin rechistar. En primer lugar porque llegar a las manos es inadmisible (aunque fuera en defensa propia) y en segundo lugar por ser él quien es.

Mi padre y yo nos queremos, pero a nuestra manera. Él quiere que yo sea una réplica suya. Yo no puedo estar más lejos de esa imagen. Él vive obsesionado con la muerte de mi madre. Yo he seguido adelante. Él me ha forzado a ingresar en el CAR. Yo me cago en todo y en todos. Sobrevivimos como podemos.

Ignoro la oleada de periodistas y le mando un mensaje rápido:

Chris:
Creo que me he equivocado de centro. Aquí solo hay pastos y cabras.

Papá:
Muy gracioso, hijo.
Papá:
Llámame cuando estés instalado.

Chris:
Claro. Cuenta con ello.

Los destellos producidos por los flashes de las cámaras me deslumbran mientras me abro paso hacia la entrada sin retirar del todo la mirada de la pantalla de mi teléfono. Uno de los periodistas me ha acercado tanto el micrófono que si abro la boca me lo como. Al micrófono, me refiero. El moreno no es mi tipo.

—Lacoste, ¿qué tal el viaje? ¿Algún contratiempo?

—¿Tienes previsto establecerte en el centro de manera permanente o viajarás a Mónaco de continuo?

—¿Es cierto que este ingreso en el CAR es un castigo de tu padre a causa de la última pelea que protagonizaste junto a Andrés Claramunt en Wimbledon, donde se rumorea que incluso

llegasteis a las manos?

Empiezo a pensar que quizá esta avalancha de periodistas no haya sido obra de mi padre. Quizá haya sido el hambre de la prensa.

—Christopher, ¿por qué ha decidido tu padre que vengas justo aquí, al mismo centro donde se prepara tu rival más inmediato?

—¿Saben los Claramunt que llegabas hoy?

—¿Lo sabe Andrés?

¿Andrés? Vamos, por favor. Levanto la vista del teléfono y me dirijo a la reportera en cuestión.

—Andrés no es mi rival más inmediato. De hecho, se encuentra a años luz de mi posición. Alguien tendría que decirle, aparte de mí cada vez que tengo ocasión, que debería dejar el tenis profesional. No es lo suyo. Que pruebe otra cosa, no sé, pintar o hacer figuras de barro.

Todos ríen. Cómo no. Mis enfrentamientos con los gemelos Claramunt son épicos, tanto dentro como fuera de las pistas de tenis.

—Chris, ¿lo sabe Arturo?

Me levanto las gafas de sol y le guiño un ojo, a pesar de que me hubiera gustado responder: «¿Y a ti qué cojones te importa?». Me revienta que me traten con familiaridad, como si fuéramos amigos. A mí Chris no me llama casi ni mi padre. Por eso no contesto.

—Por favor, Christopher, una última pregunta. ¿Cómo crees que le sentará a Arturo Claramunt tenerte a su alrededor día y noche, compartiendo el mismo espacio, después de tu última victoria contra él en Wimbledon?

Me detengo en la puerta, justo antes de entrar. A esta pregunta tengo que responder. Doy media vuelta y me desprendo de las gafas.

—Le va a dar bien por el culo. Buenos días.

Entramos en el edificio y la chica de recepción, una vez me ha entregado la llave de mi dormitorio, pretende que me quede a escuchar las cientos de reglas del centro de las pelotas. Antes de darme media vuelta y dejar a Stefan con el marrón del papeleo y la organización, acepto un plano de las instalaciones y un sobre con mi nuevo correo «corporativo» y mi nombre de usuario para el Senticar, que no sé ni lo que es.

La residencia está cerca del edificio principal y mi habitación se ubica en el último piso y al fondo a la derecha, última puerta. Las paredes están repletas de fotos de deportistas del centro. Reconozco a varios de ellos y me detengo en una que inmortaliza a los gemelos Claramunt. Se encuentran junto a otras dos personas que no conozco en una pista de tenis del centro, lo sé porque se distingue el logotipo en las gradas. Entrecierro la mirada; esta foto tiene unos mil años. A Arturo le echo dieciséis o diecisiete, como mucho. Quizá recién cumplidos. Tiene el pie izquierdo muy cerca de la línea de fondo y el brazo derecho extendido hacia atrás. Acaba de lanzar la pelota al aire y está a punto de sacar. Sonríe, con toda probabilidad porque cree que va a ser un saque perfecto. Pongo los ojos en blanco y continúo mi camino. Dejo caer la mochila de

mano al suelo en cuanto abro la puerta del que va a ser mi *hogar* y contemplo la estancia durante unos instantes.

Una cama de noventa vestida con un edredón rojo muy simplón, un armario de madera blanca enano, un escritorio a juego que dudo que llegue a utilizar, una ventana esquinera con vistas a la pista de atletismo y al mar, y poco más, aunque supongo que cumplirá su cometido. No pierdo un segundo en acomodarme; tengo claro a dónde quiero ir en primer lugar. Y es a la vuelta del pasillo. Acabo de pasar por delante.

Toc. Toc.

—Has llegado —me dice mi rival número uno nada más abrir. Después saca la cabeza para mirar hacia la izquierda y la derecha y asegurarse de que no me ha visto nadie.

—He llegado.

Entro sin pedir permiso y echo un vistazo rápido al dormitorio. Es tal y como me lo imaginaba. Igual que el mío, pero con su toque. Arturito tiene un toque. Pósteres de animales marinos en las paredes y más mierdas decorativas relacionadas con el mar por todas partes. Por. Todas. Partes. Y todo impoluto, por supuesto. No puede evitarlo. Resoplo.

—¿Qué tal el viaje? —Cierra la puerta y se acerca a mí.

—¿En serio te importa?

Bufa y eleva los ojos hacia el techo.

—¿Te has levantado con el pie izquierdo? Porque eres insufrible cuando te levantas con el pie izquierdo.

—Igual de insufrible que siempre. ¿Y esas ojeras? —La piel de Arturo es tan blanca que enseguida se le nota el cansancio—. ¿No has dormido esta noche pensando en mi inminente llegada?

—He pasado la noche con mi hermano.

Ahora soy yo el que eleva los ojos hacia el techo. También resoplo otra vez.

—Cómo no.

Sin más protocolo, lo acorralo contra la pared y me lanzo a su cuello un tanto desesperado. Hacía meses que no nos veíamos. Concretamente, desde la final de Wimbledon, donde le di una paliza. No fue su mejor día y yo siempre espero, avizor, a que Arturo Claramunt no tenga su mejor día.

El gemido me sale de la garganta de manera involuntaria y lo único que sé es que necesito follármelo aquí y ahora. En un abrazo, lo muevo hasta la cama y lo empujo para que caiga bocarriba. Y yo encima de él. El cabello castaño le cae sobre los ojos, se lo retiro con la mano y le despejo la frente; le hace falta un corte.

—Tenemos solo quince minutos —me susurra.

—Me basta y me sobra. Hoy te tengo ganas, Claramunt.

—¿Sí? —Sonríe con chulería.

—Sí.

Le meto la lengua en la boca y allá vamos.

Me gusta Arturo. Me gusta mucho. Con él no existen celos. Ni compromisos ni mierdas de esas. Con él es aquí y ahora y mañana ya veremos. Con él no tengo que temer convertirme en mi padre. Arturo y yo no damos pasos hacia delante y eso es lo que más me gusta de él.

Presiento que va a ser un año muy interesante…

Prólogo 3

PATRICK VILLAR DE FIGUEROA

Septiembre. En el CAR

Miércoles. 8:59 de la mañana

Y un año más, aquí estoy. El regreso al centro después de mis minivacaciones de verano me aburre y emociona a partes iguales.

Me emociona porque si hay algo en la vida que sé hacer y que en los últimos tiempos me llena de alguna manera son los saltos de trampolín. Y aquí los practico siete días a la semana y hasta veinticuatro horas al día, si quisiera.

Me aburre porque los rostros que me rodean y los cuerpos que tengo que esquivar por los pasillos son los mismos rostros y cuerpos de siempre. Rostros que no soporto en la mayoría de los casos. ¿Será posible que no haya gente nueva? Qué hastío todo, coño.

Y hablando de gente nueva, ahí viene otra cara conocida, aunque hacía meses que no la veía. Tiene el pelo oscuro, los ojos azules y es incapaz de ocultar la mala hostia que se gasta la mayor parte del tiempo. Dejó el CAR hace casi un año para entrenarse en Suiza con uno de los mejores nadadores de las últimas décadas. Nicki Medalla De Oro Monteserin. Ya está aquí. Ha vuelto, como el turrón en Navidad. Pero sin almendras. Y en septiembre. Y sin la parte dulce. Esta chica es de todo menos dulce.

Cuando estoy a punto de acercarme a saludarla (no somos amigos del alma, pero tenemos nuestra historia) advierto por mi flanco derecho que Andrés Claramunt, sin saberlo, se aproxima a ella. Van a chocar, porque ninguno de los dos mira hacia el frente, y yo eso no me lo pierdo por nada del mundo. Me apoltrono en la primera taquilla que encuentro, cruzo los brazos en el pecho, las piernas a la altura de los tobillos, y espero. Les doy tres segundos.

Uno Misisipi.

Dos Misisipi.

Tres Misisipi y…

¡Buuum!

Estaba claro. Me imagino el intercambio de palabras. Nicki le pide disculpas, sorprendida por el golpe, y él las acepta como si le perdonara la vida. Nicki intenta entablar una conversación amistosa, porque además de mala hostia tiene mucha educación, y él continúa con su carácter de mierda. Quizá algo así:

«Hola, Andrés».

«¿Hola? Ola la que pensabas que iba a hacerte con tu regreso, pero, meeec, error».

Sonrío. Aunque reconozco que lo hago sin ganas, Andrés Claramunt es el mayor gilipollas que te puedes echar a la cara. Y mi máximo archienemigo. No en lo que al deporte se refiere, porque competimos en diferentes disciplinas, pero sí en todo lo demás. Así ha sido desde la

época de nuestros padres y así será hasta nuestro último día. Enemigos frente al mundo. Los Villar de Figueroa contra los Claramunt. Y viceversa. Chocamos de la misma manera que los Capuleto y los Montesco. Que Darth Vader y Luke Skywalker. Que Spiderman y el Duende Verde. O que…

—¿Has discutido con mi hermano?

… los cuadros y las rayas, como diría Aitana Claramunt. Muevo la cabeza con apatía hacia el sonido de su voz. Por si no fuera suficiente con un Claramunt en el mundo, yo tengo tres en el CAR. Tres. Me tocó la lotería el día que nací. Y hoy hasta pronunciar su apellido en mi mente me produce urticaria. Hoy no puedo con ellos, con ninguno de ellos. Que les jodan. Contemplo a Aitana durante un par de segundos y regreso a los enamorados.

—Hola a ti también, Claramunt —saludo con desgana.

—Espero que no te estuvieras riendo de lo que creo que te reías.

—Tres tristes tigres comen trigo en un trigal.

—¿Perdona?

—Claro, mujer, pero has empezado tú con los trabalenguas. Y si crees que me reía de tu querido hermano mayor, has hecho pleno. ¿Tú has visto eso? —le pregunto, señalando a la parejita con la mano. O exparejita.

—¿Has discutido con Andrés? —repite.

—No —miento categóricamente.

—Entonces eres gilipollas.

—Renueva los insultos —replico sin mirarla—. Y, por cierto, ¿tú no tendrías que estar en la piscina?

—No.

—Los lunes, miércoles y viernes entrenas tres horas por la mañana y cuatro por la tarde y los martes, jueves y sábados cinco horas seguidas desde el mediodía hasta la tarde. Hoy es miércoles y son las nueve de la mañana, ergo…

No recibo respuesta. Tampoco la esperaba. Solo le estoy tocando la moral.

—Hasta luego, enana —digo a la nada.

Los Claramunt me agotan. Me agotan mucho. Aun así, no pierdo de vista a Nicki y Andrés. E incluso le mantengo la mirada a él cuando terminan de discutir y pasa por mi lado. Sus ojos tampoco abandonan los míos.

—Vas tarde —le digo con sorna.

—Que te jodan, Patrick.

Claro, hombre.

—Yo también te quiero.

Maldita familia. Me llevan por la calle de la amargura. Tenía que haberlos mandado a la mierda hace mucho tiempo. A los tres. No entiendo por qué todavía no lo he hecho.

«Sí lo entiendes. Porque eres tan gilipollas que encima los quieres con toda tu alma».

Doce horas antes

El aparcamiento del CAR no hace que me sienta en casa. Mi dormitorio, en la cuarta y última planta de la residencia de los deportistas con vistas al mar, no hace que me sienta en casa. Ponerme el traje de tenis y calzarme las deportivas, eso sí hace que me sienta un poco en casa. El «cri, cri, cri» agudo de los grillos y el sonido de una raqueta que golpea con fuerza una pelota hace que… Suspiro. Ya estoy en casa.

Abro la verja de una de las pistas exteriores de tierra batida y en cuanto veo a Andrés practicando saques sé que hoy la vamos a tener porque destila irritabilidad, pero no me detengo. Suelo pelotear por las noches con él cuando lo necesita, a pesar de que el tenis no es lo mío (pido perdón por ello una vez más a mi padre, a su padre, al padre de su padre, al padre de su padre de su padre, a Robert Claramunt y al cosmos) y de que ellos ya tienen con quién pelotear, a nivel profesional.

Damián Murnuais es el esparrin oficial de los gemelos Claramunt, y el mejor amigo de Arturo, pero el entorno de un hermano no es el entorno del otro hermano y Damián y Andrés se llevan a matar, aunque lo disimulen con frases de cortesía y sonrisas políticamente correctas. Se han criado juntos, Arturo y Andrés aún se meaban en la cama cuando Damián y su madre entraron en sus vidas, pero ellos dos nunca encajaron. Es lo que hay. Así que yo suelo pelotear por las noches con Andrés.

Acabo de llegar al CAR tras practicar *parkour* durante quince días ininterrumpidos en un parque de aviones abandonados en California, por fin he encontrado un poco de paz en mi mierda de vida gracias a la adrenalina de los saltos mortales (me obligan a desconectar a fuerza de pensar solo en salvar el pellejo), y lo que menos me apetece es jugar al puto tenis, pero esta noche Andrés no necesita pelotear para entrenar, sino para liberar mierda. Y por ese motivo me encuentro aquí ahora, a punto de jugar al puto tenis. Porque por ese motivo siempre me encontraré aquí a punto de jugar al puto tenis. Hasta el día en que me muera. Por él.

—Hola —le digo con cautela. Él solo gruñe en respuesta y golpea otra pelota con fuerza. Da gusto volver a casa y que todo siga igual. No le pregunto qué tal ha estado estos días en que hemos estado separados porque sé la respuesta. Mal. Ha estado mal. Así que voy directo al grano —. ¿Listo?

—Dale.

—No me refiero al tenis, Andrés.

—Pero yo sí. Dale.

Vale. Actitud pasivo-agresiva. En Andrés la tengo controlada. En Aitana también. Qué coño, e incluso en Arturo cuando se pone tonto dos veces al año. Me acerco a la bolsa, tirada de malas maneras en uno de los bancos, y cojo una raqueta, la primera que pillo. Siempre que empuño una

me embarga la misma sensación de fatiga y contrariedad, excepto cuando lo hago para jugar con algún Claramunt, padre o hijos. Me gusta jugar con y contra ellos, solo Dios sabe el motivo. Incluso hoy disfruto del juego, a pesar de que Andrés me machaca durante más de una hora hasta el punto de que apenas puedo sujetar la raqueta, pero no desisto en mi empeño.

—Descansa —me dice de pronto. Es muy considerado, el chico. Un dechado de virtudes, en realidad.

Camina hacia la mochila y coge una botella de agua. Me aproximo a él y extiendo la mano para que me la pase en cuanto acabe. Estoy sediento y sudo como un cerdo. Andrés suele hacerme sudar como un cerdo, y los treinta grados que marca el reloj analógico de la pista no ayudan a la causa. Y eso que son más de las diez de la noche. Puto calor. Miro hacia el cielo despejado y repleto de miles de estrellas; el verano aquí no acaba nunca, joder.

—¿Qué vas a hacer mañana? —le pregunto tras dar un par de pequeños tragos de agua.

—Levantarme, jugar al tenis, aguantar que discutas conmigo por cualquier cosa, comer, jugar al tenis, aguantar por segunda vez que discutas conmigo por cualquier cosa. Lo mismo de siempre, supongo.

—No me refiero a eso y lo sabes.

—No quiero hablar de Nicki y no voy a hablar de Nicki.

—Llevas meses sin querer hablar de Nicki. —Dejo la botella en la bolsa y me dirijo de nuevo a la pista—. Y mañana la tienes aquí de nuevo.

—Llevo meses sin querer hablar de Nicki y tú todavía no lo has entendido.

Me giro hacia él y lo miro; se ha sentado en el banco para atarse el cordón de la deportiva y me mantiene la mirada mientras lo hace.

—Intento ayudarte, Andrés.

—Yo no te he pedido ayuda.

Suspiro.

—Oye —retrocedo sobre mis pasos y me siento a su lado—, siento haberme ido tan lejos justo cuando ella estaba a punto de llegar. Ha sido casualidad. Tenía el viaje cogido antes de que lo supiéramos y…

—Me importa una mierda tu puto viaje. —Se levanta y regresa a la pista—. No me cuentes historias que no me interesan, Patrick, porque me entran por un oído y me salen por el otro.

Cojo aire.

—Me toca mucho los cojones que me hables así.

—¿Sabes lo que me toca a mí los cojones? —Se gira y regresa a mí—. Que tú te metas en mi vida.

—Andrés, he estado fuera dos semanas. Acabo de llegar, hecho polvo, por cierto, y lo primero que he hecho ha sido venir a ti. Ya sé que un «gracias» es mucho pedir, pero ¿puedes al menos dejar de comportarte como un gilipollas?

—Yo no te he pedido que vengas, patito.

«Patito». Y el tono. Ese puto tono cruel y burlón en sus cuerdas vocales que no soporto. Lo miro durante unos segundos.

—Que te den por el culo —le digo sin miramientos. Estoy demasiado cansado para esto. Regreso a la bolsa y lanzo la raqueta de malas maneras.

—Claro —le dice a mi espalda—. ¿Quieres darme tú? Pues ponte a la cola porque mañana voy a estar hasta la bandera.

—Me da más pena Fernando que tú, si he de serte sincero. —Fernando es su psicólogo, al que le cuenta todas las mierdas que le rondan en la cabeza. Que no son pocas—. Lo que le espera contigo a partir de mañana… Va a sudar hasta el último céntimo de su sueldo, me temo.

—Va a querer saltar al vacío —me replica con sorna.

Me acerco a él y lo apunto con el dedo.

—Cuando quieras saltar tú al vacío no pienso estar allí para salvarte, Andrés. Me tienes hasta las pelotas. Y ¿quieres saber una cosa? Perdiste a Nicki por gilipollas y ahora…

—Yo no perdí nada —me contesta entre dientes. La mandíbula apretada y los ojos a punto de combustión.

Lo miro bien por última vez. Paso. Paso mucho. Me alejo de él.

—Lo que tú digas.

—¡Yo no perdí nada! —grita.

No respondo. Abandono la pista y justo me vibra el puto teléfono.

Arturo:
¿Has llegado?

Patrick:
Sí.

Arturo:
¿Qué tal el viaje de vuelta?

Patrick:
Bien.

Arturo:
¿Estás con Andrés?

Patrick:
Estaba.

Arturo:
Mañana le espera un día duro, con la llegada de Nicki y Lacoste.

Patrick:
Que le jodan.
Patrick:
Y que aprenda a gestionar sus mierdas.
Patrick:
No tiene doce putos años.

Arturo:
¿Os habéis peleado?

Patrick:
Está en la pista exterior de siempre.
Patrick:
Ve y aguántalo tú, que para eso es tu hermano del alma.
Patrick:
No me ha dado tiempo a envolvértelo, pero considéralo un regalo.

Arturo:
¿Puedes vigilarlo al menos hasta que yo llegue?

Patrick:
REENVIADO:
No tiene doce putos años.

Arturo:
Vale, gracias, Patrick.

Patrick:
De nada.

Arturo:
Era ironía.

Patrick:
Pues tienes que practicar más, Arturito.

Bienvenidos al CAR da Mar : Centro de Alto Rendimiento de la Costa Brava

1: «¿Estás contando hasta diez, Nicki? Porque puedes hacerlo al mismo tiempo que te retiras hacia la derecha»

NICKI MONTESERIN

Miércoles. 8:59 de la mañana

Que un Porsche 911 GT3 RS de color verde llama la atención es evidente. Y que la mirada se me pierda en él mientras atravieso el aparcamiento de camino a la entrada del centro de alto rendimiento es una consecuencia de lo anterior. El color tiene mucho que ver, porque no es solo verde. Es fresco, con un matiz amarillo; un color extrovertido que acaricia la arrogancia. O una pedantería que roza lo comunicativo, no lo tengo claro. Desde luego, es el verde lagarto de toda la vida y le viene como anillo al dedo. Le otorga carácter. Cualquiera pensaría que lo he diseñado yo; no es el caso, lo prometo. Eso sí, es igual de difícil mantener relaciones sexuales en él que en un Simca 1000. El volante se te hunde en la espalda, en siete vértebras diferentes, y llega un momento, entre gemido y gemido, en que la condensación en las ventanas es inevitable.

El golpe en las fosas nasales del olor a hierba recién cortada y la contienda entre el cántico de los pajarillos y el ruido del cortacésped eliminan de un plumazo el año que he estado fuera de este lugar. Es como si no hubiera pasado el tiempo. Como si me hubiera levantado una mañana más a entrenar para mi próxima competición. Eliminemos «competición» de la ecuación. Oh, pero, entonces, ¿qué me queda? Me temo que eso es lo que voy a tener que averiguar en los próximos meses. De momento me dirijo al despacho de Julia, la directora del centro, a mi primera reunión de trabajo.

El teléfono me vibra en el bolsillo del pantalón vaquero.

Bruno:
Suerte en tu segundo primer día en el CAR, pitufa.
Bruno:
Te quiero.
Bruno:
Llámame en cuanto puedas.
Bruno:
O mejor te llamo yo en un rato.
Bruno:
Si no puedes hablar, no contestes al teléfono.
Bruno:
Prometo no tomármelo como algo personal.
Bruno:
Aunque personal es un rato, ¿eh?
Bruno:
¿Te he dicho ya lo mucho que te quiero?

Nicki:

Hoy solo dos veces.

Bruno:
Oh, ahí estás.
Bruno:
Pues allá va la tercera.
Bruno:
Te quiero.

Nicki:
Y yo a ti, pitufo.

Bruno:
¿Ves como no es tan difícil decirlo? Solo me has costado dos minutos y once mensajes.
Bruno:
Ahora sí que sí: ¡chao!
Bruno:
Y feliz segundo primer día. Parece que fue ayer cuando llegaste allí por primera vez. Te lo contaría al detalle, porque fui yo quien te llevó, pero el deber me llama. Y a ti también.
Bruno:
Te quiero.
Bruno:
Ahora sí que te dejo de verdad.
Bruno:
No literalmente.
Bruno:
Debería incluir en mi currículo la capacidad innata de hablar conmigo mismo.
Bruno:
Y a ti la de ignorar a la persona más importante de tu vida, la más maravillosa y la que más te quiere.

Nicki:
¿En serio sigues ahí?

Bruno:
Mierda, sí. Y estoy en medio de una clase.
Bruno:
Me van a confiscar el teléfono.
Bruno:
Y yo soy el profesor.
Bruno:
Oh, un alumno me está mirando mal. Qué picajoso, ¿no?
Bruno:
¡Beso!

Elevo los ojos al cielo; no tiene remedio.

El ajetreo de las mañanas ha comenzado y los pasillos del edificio principal están imposibles, como siempre. Deportistas que vienen y van, cargados con sus equipamientos. Murmullos de conversaciones mezcladas y cortesías matinales. «¡Nicki!». «Hola, Nicki». «¡Bienvenida!». «Hola, hola, hola, hola, hola… Sí, luego nos ponemos al día». El rumor de la máquina de café. Palos de *hockey* que golpean el suelo y me vibran en el pecho. Teléfonos que suenan. Aun así, no sé qué tiene la cotidianidad que me relaja. No sé qué tiene el aroma que encierran estas paredes de color bermellón que me colma el estómago de calidez, adormece a las mariposas de inseguridad que revoloteaban nerviosas en él y aviva mi entereza. El regreso al hogar puede convertirse en la mayor temeridad que has cometido en la vida. O en un acto de fe, como si te lanzaras al vacío sin saber lo que hay debajo, pero con la seguridad de que nada malo te va a suceder.

Advierto rostros nuevos, rostros de chicos y chicas que son deporte como yo. Rostros que me observan con curiosidad. Yo llegué aquí con dieciséis años, una maleta medio vacía y una emoción transparente en las pupilas y en cada poro de mi piel. Me fui a los veinticuatro con un oro olímpico en estilo libre y una proyección inmejorable. Ahora regreso para estar en el otro lado, en el de los profesionales que ayudan cada día a las jóvenes promesas de la natación española. Y tengo que estar a la altura, como lo han estado aquí siempre conmigo. También debo estar agradecida a la vida, porque voy a continuar en la piscina, porque el agua no se ha acabado para mí, sin embargo…

Me siento como si albergara una bomba muy potente a punto de explotar en mi interior, a la altura del pecho.

Camino ensimismada con la vista clavada en la pantalla del móvil —tengo que ponerme al día con un montón de correos electrónicos, notificaciones, inicios de sesión y contraseñas de las aplicaciones del centro— hasta que choco contra alguien.

—Perdona —me disculpo sin elevar la mirada, a pesar de que un remolino de aire me trae un aroma a las fosas nasales que hace que me sienta más en casa que nunca. Más sólida e inquebrantable que nunca. Como si hubiera abierto la puerta de mi dormitorio y una manta invisible, confeccionada con esa misma fragancia, me hubiera arropado mientras observo que todo sigue tal y como lo dejé antes de irme. No creo que exista nada más seguro que un hogar al que poder regresar siempre que lo necesites.

—Perdonada.

Levanto la cabeza, alertada al reconocer la rotundidad de esa voz.

Su voz.

Oh, Andrés.

Se me corta la respiración y me desprendo con un movimiento brusco de la manta invisible sobre mis hombros. La habitación y la sensación de seguridad salen volando por los aires mientras él clava los ojos colmados de apatía, aburrimiento y desagrado en mí. Lleva puesto uno

de sus trajes de tenis predilectos (el de color negro y verde fosforito) y la raquetera colgada en el hombro, la sudadera echada al cuello y el cabello humedecido en las puntas.

—¿Puedes apartarte? —añade en tono impertinente—. Me estás obstaculizando el paso y llego tarde.

Es un puto borde. Y el *malote* del centro. Supongo que en todas partes hay uno y aquí nos ha tocado este. Desde luego no ganó el epíteto en una tómbola. Tampoco se lo concedieron por ser un chico de noble corazón obligado a comportarse como un revolucionario-déspota-encantador por las circunstancias de una vida dura. Ni es el villano de los libros que sacrificaría el mundo —y el sistema solar enterito, si fuera necesario— para salvar a la protagonista de una muerte segura. No. La verdad es que solo es un rebelde sin causa. Sin cimientos. Sin motivación. Pero aquí todos lo adoran. Quizá porque no se esconde. Porque va de frente. Porque se muestra tal y como es sin importarle lo que los demás puedan pensar de él. Aun así, a mí nunca me gustó Andrés. Yo siempre anduve con pies de plomo a su alrededor. Pero vamos poco a poco…

¿Quién es Andrés Claramunt y por qué me he dado de bruces contra él nada más llegar? Para lo segundo no tengo respuesta… ¿Destino? ¿Mala suerte? ¿Karma? O quizá solo se deba al hecho de que él recorre este pasillo cada mañana a la misma hora. Respecto a lo primero…

Con tan solo veintitrés años Andrés es uno de los cien mejores jugadores de tenis del mundo. Su primer entrenador no es otro que Rafael Sandiego, el extenista español que consiguió ser número uno durante ocho semanas hace dieciocho años, y es hijo de Robert Claramunt, una de las raquetas más ilustres de la historia del tenis.

También tiene un carácter de mierda y es altivo, bocazas, camorrista, déspota y temperamental, por nombrar alguno de sus muchos atributos, así, al azar. No lo pilles en un mal día porque desearás meterle la cabeza debajo del agua y no sacarla de ahí en mucho tiempo. Es un diamante en bruto. Yo no soy su fan número uno, tengo que decir.

Y es hermano de mis dos mejores amigos: Aitana y Arturo Claramunt. Los Claramunt son familia; sin embargo, con él siempre han existido diferencias. Con él chocaba más que con cualquiera. Discutía más que con cualquiera. Perdía los nervios más que con cualquiera. Con él nada resultaba sencillo o cotidiano. Y con él mantenía relaciones sexuales. O lo hice durante un corto periodo de tiempo. ¿Dos meses? Sí, creo que sí. Él y yo fuimos sexo durante dos meses. Sexo impulsivo, voraz y ocasional. Aitana se enteró de nuestros escarceos una noche en que vino a mi habitación sin que me lo esperara. «Escóndete en el armario», le dije a Andrés. «Ni de coña», respondió. Aitana insistía y entonces él gritó: «¡Espera un puto momento, joder, estamos discutiendo!». Ese es Andrés. Y hay una cosa que no entiendo. ¿Qué tendrán los gilipollas, que roban corazones a diestro y siniestro? Este en particular lo que no tiene es una moto, él es más de coches. El Porsche 911 GT3 RS de color verde lagarto de la entrada es suyo, y lo de que yo «siempre anduve con pies de plomo a su alrededor» lo mantengo. Me metí en su cama, en su coche y en sus pantalones con pies de plomo.

Nuestra historia podría resumirse así: Nos conocimos. No me gustó. Discutimos. Me hice

amiga de su familia. Discutimos. Su familia se convirtió en la mía. Discutimos. Nos enrollamos. Discutimos. Nos enrollamos más. Discutimos. Nos enrollamos mucho más. Discutimos. Decidí marcharme. Me llevó al aeropuerto. Me establecí en Suiza. Discutimos. Se acabó.

Pero nunca es tan sencillo, ¿verdad?

Cuento hasta diez mientras continúo mirándolo a esos ojos color avellana tan encantados de formar parte de su rostro. No nos veíamos frente a frente ni hablábamos cara a cara desde el año pasado y me debato entre pasar de largo, vomitarle que puede meterse su «perdonada» por donde más le guste o estamparle en su camiseta impoluta el café que lleva en la mano. Desde que tomé la decisión de regresar al CAR me propuse pasar de él, pasar mucho de él (es mi mantra), así que creo que mi mejor opción es la primera.

—¿Estás contando hasta diez, Nicki? —Pálpito en el corazón. Mierda. ¿Por qué? ¿¿POR QUÉ??—. Porque puedes hacerlo al mismo tiempo que te retiras hacia la derecha.

—¿Te has levantado con el pie izquierdo?

—Algo así. —Da un sorbo a su café sin apartar sus ojos de mi rostro.

—Claro, hoy es el primer día de Christopher Lacoste en el centro —recuerdo.

—Sí, eso va a ser.

—¿Qué tal lo llevas, por cierto?

—Tengo la misma ilusión que en la mañana de Navidad. ¿No se me nota?

Andrés odia a Lacoste desde los catorce años. Lo odia por encima de todo y de todos. Y una parte insignificante de mí siente curiosidad por saber qué sucedió en realidad en Wimbledon entre ellos, una parte insignificante de mí quiere que él me lo cuente, pero es demasiado trivial como para hacer algo al respecto.

—¿Has desayunado ironía, Andrés?

—La misma que había en tu tazón de cereales con miel.

Sonrío con condescendencia (ojalá pudiera escupirle que no he desayunado cereales con miel, pero no puedo), me *retiro hacia la derecha* y le indico con la mano que ya tiene el camino libre. Nos mantenemos la mirada un segundo más. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Sus ojos exudan insolencia, pero no es más que una vidriera del cansancio que hay detrás; sí que debe de haber dormido mal ante la inminente llegada de su enemigo número uno.

Apartamos los ojos el uno del otro y nos movemos al mismo tiempo; estamos a punto de pasar de largo, pero me doy cuenta de que desde hoy volvemos a compartir tiempo y espacio, y de que vamos a tener que acostumbrarnos porque quiero demasiado a su familia y odio sentirme incómoda a su alrededor, así que…

—Andrés —lo llamo. Él me mira de nuevo. Pétreo—. ¿En serio quieres que estas sean nuestras primeras palabras después de meses sin hablar?

—No están a la altura de las últimas que cruzamos, ¿verdad?

Las últimas palabras que nos dijimos sacuden mi mente con la fuerza de un meteorito que se estrella en pleno océano. Y la onda expansiva viene directa hacia mí. Me estremezco. Han

pasado diez meses y aún las recuerdo, una por una.

—¿Te refieres a cuando estabas en una fiesta y me llamaste para decirme que querías follarte a una tía?

—¿Me estás recriminando algo, Nicki?

—Para nada.

—Porque llegas un año tarde…

—Eres tú el que ha sacado el tema a colación.

—Eres tú la que se ha quedado con más ganas de charla.

—«Hola, Nicki» también habría valido.

—Hola, Nicki.

—Hola, Andrés, ¿qué tal estás?

—Fenomenal. ¿Puedo marcharme ya? Por si no lo habías oído la primera vez, llego tarde. No era un farol.

Miro la hora en el reloj de mi muñeca y, en efecto, llega tarde. Aun así, ese tonito insolente es mejor que me lo vaya controlando. No pienso consentirle faltas de respeto en mi lugar de trabajo. Él y yo ya no jugamos en la misma liga. Miro hacia el cielo y en lugar de toparme con un firmamento azul lo hago con los paneles de escayola de color blanco que conforman el techo del CAR. Juro que lo he intentado por las buenas.

—Modera ese tono conmigo porque ahora formo parte del equipo de entrenadores y no voy a tolerar que me hables así. La próxima vez te amonesto.

—No puedes hacer eso.

—Pruébame, Claramunt.

—Oh, con apellido y todo…

—Sí, y hablando de apellidos… Me importa una mierda que tu padre —al que adoro— subvencione *desinteresadamente* la mitad de este centro y que las pistas de tenis lleven su nombre. Un paso en falso y acabo contigo.

—Ten cuidado tú, Monteserin, a ver si voy a ser yo el que ponga una queja contra ti ante el comité deportivo. —Y ahí está, AHÍ ESTÁ, el Andrés Claramunt que menos soporto, el hostil y prepotente. El que no siente el mínimo respeto por la autoridad o las normas. El que no duda en pisar a quien se le ponga por delante si entorpece su camino. O si se mete con alguien de los suyos. Me alegro de que lo saque a relucir porque hace que todo sea mucho más fácil—. ¿Puedo irme ya, *entrenadora*?

—¿A tomar por culo?

Mierda. «Controla, Nicki».

Andrés sonríe con indolencia y dibuja con los dedos un tic en un formulario imaginario del comité donde con toda probabilidad una de las preguntas es: «¿La entrenadora se ha extralimitado en sus funciones y ha mandado a la mierda a un alumno?».

—Uno a cero, Monteserin.

—¿No te largabas ya? —le digo de malas maneras. Me saca de mis casillas. Y acabo de llegar.

—Las explicaciones a Rafa por llegar tarde al entrenamiento se las das tú —escupe mientras pasa de largo por mi lado. Y yo odio cada molécula de ese aroma que sigue impregnándome y que me sabe a hogar. Andrés no es mi hogar. Nunca lo fue. Pero sí compartimos uno y eso lo complica todo. Me temo que pasar de él va a ser más difícil de lo que me había imaginado.

—¡Descuida, bombón! —respondo sin mirar.

«Respira, Nicki». Pero ¿cómo? ¿Cómo lo hago? No tengo una piscina a mano. El ser humano necesita aire para respirar; yo necesito estar debajo del agua.

De pronto, regreso al mundo real. Al alboroto que había desaparecido mientras reñía con Andrés. A los pasillos atestados de deportistas que vienen y van, cargados con sus equipamientos. Al murmullo de las conversaciones mezcladas y las cortesías matinales. Al rumor de la máquina de café. Palos de *hockey* que golpean el suelo y me vibran en el pecho. Teléfonos que suenan… Oh, es el mío.

Arturo:
Bienvenida.
Arturo:
Te invito luego a una botella de agua de máquina.
Arturo:
¿Quedamos donde siempre y a la hora de siempre?

Nicki:
Cuenta con ello.

Arturo:
Tengo ganas de verte.

Nicki:
Yo también.
Nicki:
Un montón.

Suspiro y prosigo mi camino bajo el escrutinio de decenas de ojos.

El resto del día sucede tan rápido que apenas me da tiempo a digerirlo. La mayor parte de la mañana se me va en temas administrativos, en ponerme al día con Julia y en saludar y abrazar a los que en su día fueron mis entrenadores y que ahora son mis compañeros. Antonio, Braulio, Valeria, Sofía, Vicente. Nadie me formula la GRAN PREGUNTA, nadie habla de mi última infección del oído medio, y salimos todos juntos hacia el que va a ser mi lugar de trabajo mientras el buen tiempo nos lo permita: la piscina exterior. Me pica el cuerpo por las ganas de meterme y probar el cloro. Podría alimentarme de cloro. O quizá ya lo he hecho porque creo que mi corazón en

cada latido lo envía a todo mi cuerpo. Puedo sentirlo. Saborearlo. Puedo inhalarlo, a pesar de no respirarlo. A la mayoría de la gente la piscina le huele a verano. A mí me huele a vida, a Bruno y a mis mejores momentos.

Todo permanece de la misma manera, invariable, como la cantidad de agua que alberga una piscina olímpica. Los doce carriles separados por los flotadores. Los doce pódiums de acero inoxidable para salida de nadadores en cada extremo. La garita de ladrillo rojo de los entrenadores con el cartel de PROHIBIDO PASAR al que nadie hace caso. El eco del tenis. El sonido del golpe seco del cordaje de la raqueta a la pelota y las expresiones de esfuerzo de los tenistas. Inspiro con fuerza y lucho por mantener a raya mis recuerdos, pero los ojos se me van sin remedio a la pista de tenis que tenemos justo enfrente, donde cuatro personas, con un temazo de los Celtas Cortos de fondo, disputan un partido. Damián Murnuais y Christopher Lacoste contra los gemelos Claramunt. Los reconozco. De Lacoste he oído hablar demasiado y lo he visto jugar al tenis en vivo y en directo, con Damián he convivido durante años y a los otros dos los reconocería con los ojos cerrados. Al principio solo los diferenciaba por la cinta deportiva de colores saltones que Arturo siempre lleva en la cabeza y porque Andrés no utiliza muñequeras, pero aprendí a distinguirlos por la manera de jugar. Ahora podría decir quién es quién solo por el sonido del golpe de la raqueta.

Una imagen de Andrés justo después de disputar un partido atraviesa mi apacible subconsciente. El flequillo pegado a la frente. La camiseta empapada. Y el olor a sudor limpio, como cuando hacíamos el amor.

Alguien me abraza por detrás y me tapa los ojos; sé quién es al instante, el aroma suave y afrutado por encima del cloro la delata.

—Hola, entrenadora —me susurra Aitana con cariño.

El abrazo me roza el corazón y no me giro hasta unos segundos después. Aitana Claramunt me mira con esos ojos suyos tan exactos a los de su hermano mayor; el mismo color y los mismos matices, el mismo poder y la misma predisposición a presentar batalla, pero de otra manera. Lleva el pelo rubio recogido en una coleta alta y de la punta manan ríos de agua de camino a su cuello y pecho. Han pasado dos meses desde la última vez que nos envolvimos en un abrazo, cuando vino a verme a Suiza unos días después de que la llamara para hablarle de mi infección, apenas unas horas antes de hacerla pública a pesar de saberlo desde tiempo atrás.

—Hola —respondo por fin.

—Bienvenida a casa. Estoy aquí para todo lo que necesites. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé.

—Bien, pues no lo olvides. —Sus ojos se desvían un segundo a la pista de tenis—. ¿Qué tal ha ido el reencuentro con Andrés?

Aitana y yo hablamos de su hermano sin reservas desde hace diez meses, cuando Andrés y yo lo *dejamos* y decidimos que no queríamos sentirnos incómodas la una alrededor de la otra.

—¿Ya ha salido en el Senticar?

El Senticar es una aplicación de mensajería instantánea exclusiva del centro. La crearon como método de comunicación entre deportistas para temas de interés general. Hay decenas de pantallas gigantes estratégicamente colocadas en los pasillos y en las salas del CAR y cada vez que alguien publica un mensaje se refleja en ellas y todo el mundo puede verlo sin necesidad de tener un teléfono a mano. Los «me gusta» y las respuestas a la noticia también se hacen públicos al instante. La verdad es que en la mayoría de las ocasiones se utiliza para chismorrear. Y se supone que está prohibido porque no es su uso, pero nadie hace ni caso.

—No —sonríe—, os he visto. ¿Y? ¿Cómo ha ido?

Regresamos a su hermano. ¿Y? Eso digo yo. ¿Y? Bueno, al menos hemos sido Andrés y Nicki, o hemos sido el Andrés y la Nicki que éramos antes del sexo impulsivo, voraz y ocasional, lo que me gusta y apacigua, porque es terreno conocido. El Andrés y la Nicki de después es más pirenaico.

Andrés y yo no llegamos a enamorarnos, esa es la parte buena de este lío. Todo sucedió muy rápido. Desde que él entró en el CAR hasta que caímos en su cama por primera vez habían pasado seis años. Seis años de encuentros y desencuentros, reyertas y avenencias, discrepancias y armonías. No he discutido con nadie en mi vida más que con él. Nunca nos ponemos de acuerdo en nada. Lo que yo veo de color rojo él lo ve verde o azul. Somos polos opuestos, pero de los que se repelen, no de los que se atraen.

Apenas llevábamos dos meses *juntos* cuando tuve que abandonar el CAR por motivos profesionales. Él y yo nos quedamos en una especie de modo de espera, o en reposo, como los aparatos electrónicos cuando no están completamente encendidos, hasta que una noche me llamó por teléfono para preguntarme si podía acostarse con otra chica. Qué considerado, ¿verdad? Es otra de sus virtudes. Y por supuesto que podía. Él y yo no éramos nada.

—Ha sido intenso —le digo a Tani—. Ese es el resumen.

«Y te he mentido sobre mi infección, pero es que si lo digo EN VOZ ALTA va a hacerse real y estoy muerta de miedo».

—Tenéis que daros tiempo y…

—¡Tani! —le grita su entrenador—. ¡¿Me estás vacilando?! ¿Qué coño haces ahí?

—Luego seguimos —me promete—. Y bienvenida de nuevo, Nicki Miliki. —Sonríe, me da un beso rápido en la mejilla y se marcha corriendo.

Nicki Miliki. Hacía tiempo que no me llamaban así. Demasiado tiempo. Yo a Aitana Claramunt la voy a querer toda mi vida. Lo sé igual que supe desde muy pequeña que el agua es mi razón de ser, porque la miro con el mismo brillo con el que miraba el polideportivo donde trabajaba Bruno y donde yo acudía a clases de natación.

Bruno es mi hermano mayor y la persona que me ha criado y convertido en lo que soy. Nuestros padres fallecieron en un accidente de avión el mismo día que yo cumplía veintisiete meses. Es curioso que el incidente se produjera dos días antes de la inauguración de los Juegos Olímpicos, teniendo en cuenta lo que estos iban a significar en mi vida. Él dice que hablé con

ellos ese día, yo no lo recuerdo, y por eso llevo veinticuatro años queriendo regresar al pasado. La máquina del tiempo de Marty McFly significa más para mí que para cualquiera.

Bruno acababa de alcanzar la mayoría de edad y se vio de pronto sumido en la responsabilidad de sacar adelante (y mantener vivo, como él suele recordarme con nostalgia) a un bebé de dos años muy llorón. Porque luchó por mi custodia con uñas y dientes, a pesar de que la familia al completo se enfrentó a él. A pesar de que todos le *sugirieron* que dejara que los adultos *de verdad* se ocuparan del asunto (yo) mientras él continuaba con su despreocupada vida de adolescente y sus fiestas preuniversitarias de los jueves. Era lo más razonable. En verdad lo era, pero… Los valores no se pueden comprar. No son un vestido nuevo o una camiseta *vintage* de la tienda más moderna de la ciudad. Ni siquiera son una casa, por muchas escaleras y cuartos de baño que posea. Bruno lo sacrificó todo y se enfrentó a una batalla legal épica porque quería educarme con los valores que nuestros padres le habían inculcado a él. Y lo consiguió. Criarme fue un auténtico desastre, todavía recuerdo el día que casi inunda la casa mientras me preparaba un baño con muuuchas burbujas (tal y como yo le había pedido), pero no existe mejor padre ni madre que él. Y no existe ser humano en este planeta al que yo pueda amar más.

Se sacó la carrera de Matemáticas al mismo tiempo que conseguía un trabajo de profesor de natación en el polideportivo del colegio donde había estudiado y aquella piscina se convirtió en mi segundo hogar. Bruno no tenía con quién dejarme (la relación con la familia era, y continúa siendo, un poco tensa), así que me llevaba con él. Aprendí a nadar con tres años y depuré la técnica en tiempo récord; tenía un don. Y me encanta que la pasión de Bruno por el agua fuera el detonante de que mi don nos explotara en las narices. A los dieciséis me ofrecieron una beca para entrar en el CAR. Y allí estaba yo, rodeada de un montón de deportistas de élite y de profesionales dispuestos a ayudarme, a cuidarme y a prepararme para las próximas olimpiadas. Y las próximas de las próximas. Y las próximas de las próximas de las próximas, donde gané mi primera medalla de oro.

La vida te cambia de la noche a la mañana. O ni siquiera de la noche a la mañana, de un instante a otro. Un instante Bruno era libre y al instante siguiente una cadena tan sólida como el metal más resistente lo unía a mí para siempre. Un instante soy Nicki Monteserin, la nadadora del momento, y al instante siguiente sufro un traspiés y ya no sé quién soy. Yo tenía un futuro prometedor en la natación. Ahora tengo veintiséis años, un problemón en el oído y tres medallas olímpicas escondidas en el fondo de un cajón junto a un koala de peluche que debí haber tirado a la basura hace mucho tiempo.

Echo la vista atrás y, aunque sé que en su momento lo disfruté, pienso que, si hubiera sabido que aquella carrera quizá fuera a ser la última, habría podido saborearla en condiciones. O no. No sé si saber que es la última vez que vas a hacer algo lo hace más épico. En fin… Vuelvo al CAR.

Me presentan a los nuevos nadadores y me concentro en el ahora, en memorizar sus rostros y sus nombres. Hay de todo, chavales de catorce años recién llegados con el mismo brillo en los ojos que mi yo de antaño y adolescentes con la mayoría de edad recién estrenada. Todos asienten

entusiasmados cuando los informamos de que voy a entrenarlos en estilo libre y mariposa, mis dos especialidades, y los insto a que se lancen al agua para que me muestren lo que son capaces de hacer. Y, mientras ellos nadan, los veteranos y yo nos fundimos en otro abrazo, pero mis ojos nunca dejan de observarlos. «Oh, aquí hay mucho potencial. Estoy deseando empezar».

Apenas paro para comer cinco minutos y la tarde también se me va en labores administrativas. Llego más de media hora tarde a mi cita con Arturo, pero ahí está él, esperándome como siempre, sentado en el suelo a la salida de la biblioteca junto a la máquina expendedora de bebidas con un libro en la mano y un subrayador amarillo en la boca. Arturo Claramunt y yo compartimos muchas cosas y una de ellas es la pasión por este lugar lleno de libros.

—Hola, tenis —le digo sin poder evitarlo; ya no hablamos tan a menudo como antes, pero el peso de los recuerdos es demasiado fuerte.

Se levanta y se acerca a mí.

—¿Puedo abrazarte?

Niego con la cabeza, las lágrimas se me agolpan en las mejillas sin permiso y…

Arturo ignora mi negativa y me cobija en un abrazo tan cálido que me deshace por dentro.

… por fin me siento en casa.

2: Podría emitir descargas de hasta ochocientos voltios, como las anguilas eléctricas

ARTURO CLARAMUNT

Miércoles. 8:59 de la mañana

Cuando tenía ocho años, por la obra y gracia de mi hermano gemelo, me obsesioné con una serie japonesa de dibujos animados que él veía a todas horas en una plataforma de *streaming*: *Raqueta de oro*. La protagonista, Marta, amaba el tenis más que ver despuntar el sol cada mañana. No tenía ningún don; de hecho, era bastante normalita, pero lo sacrificó todo para mejorar su técnica y se convirtió en la mejor.

A pesar de los quince años que han transcurrido, todavía la recuerdo nítida e imprecisa. Tan nítida e imprecisa como son la mayoría de los recuerdos. Y, de vez en cuando, aún canturreo la letra del *opening*.

Por supuesto, había un chico en la serie. Se llamaba Roberto y era miembro del equipo masculino. Marta y él se enamoraban locamente, pero su entrenador la obligaba a alejarse de él por el bien de su carrera. Un dramón.

En modo aleatorio y a un volumen tan desmedido como las gotas de sudor que me perlan la frente, el reproductor de música de mi teléfono cambia de canción. Abro los ojos en ese intervalo fugaz de silencio y me encuentro de frente con el rostro de mi DRAMÓN particular.

Tiene las pupilas dilatadas alrededor de los iris de color azul claro y el pelo rubio desmadejado, gracias a la ardua labor de mis manos. También tiene muy mala hostia y un revés prodigioso. Su polla aún se encuentra en mi interior, el orgasmo que acaba de reducirme a cenizas aún me palpita en cada vestigio y el golpeteo de mi corazón continúa retumbándome en el pecho.

Su nombre es Christopher Lacoste y es una de las jóvenes promesas que encabezan el relevo generacional de la mejor etapa en la historia del tenis. También es el ganador del último torneo de Wimbledon, donde derrotó una vez más a su mayor contrincante. O lo que es lo mismo: donde me derrotó. Por los pelos, pero me derrotó. Todavía me escuece.

Que Chris me gane al tenis me jode más que nada en el mundo, e insisto: su polla aún se encuentra en mi interior. Y tampoco es como si pudiera olvidarlo, dado que él no ceja en su empeño de restregármelo por la cara con la misma arrogancia poco contenida con la que ahora me restriega la lengua por el lóbulo de la oreja. Lo odio un poco (mucho) por ello.

—Estás tarareando esa canción de nuevo —me susurra al oído a la vez que sale de mí con cuidado.

No sé qué tiene la voz de Chris que siempre consigue ponerme el vello de punta. Quizá sea su casi imperceptible acento francés; por mucho que se haya criado con una institutriz española y que domine mi idioma natal, tiene un deje. Un deje que me vuelve loco.

—Tienes que ver esa serie. —Las yemas de mis dedos corretean soñolientas por su espalda desnuda—. Te apuesto lo que quieras a que también la tararearías. Me gustaría verte canturrearla con tu acento afrancesado.

—Sí, no tengo otra cosa que hacer que ver dibujos animados de frikis del tenis contigo. Bastante que me trago los documentales sobre pulpos y algas posidonias. Y yo no tengo acento. Hablo español mejor que tú.

Me ha soltado lo de las algas como quien no quiere la cosa y sin estallar en una carcajada. Qué profesional. La última vez no lo consiguió. Ni la penúltima. Ni la anterior a la penúltima, ya que estamos.

—Te encantan los documentales sobre pulpos y *plantas* posidonias. —Mmm, ahora sí advierto un atisbo de sonrisa. Intenta contenerla, mordiéndose el labio inferior, pero no lo consigue. Le planto una cachetada en el trasero y entonces sí estalla en esa carcajada. Niego con la cabeza y continúo acariciándole la espalda—. No lo niegues. Sé que los ves incluso cuando no estoy contigo. Y no hablas español mejor que yo.

—Los veo porque la plataforma de *streaming* se cree que soy tú y ya solo me sugiere movidas de animales marinos. Y hablo español mejor que tú de la misma manera que juego al tenis mejor que tú.

Bufo y mis manos vuelan a la almohada; entrelazo los dedos debajo de la cabeza.

—Eres un sobrado.

—A mí también me encantas, Claramunt. —Me da un beso rápido en la mejilla y se incorpora—. Me piro ya. Me espera un día de locos en este centro tuyo.

En este centro mío que ahora también es suyo por imposición de su padre. Y el mío estuvo de acuerdo. Mi hermano y él la liaron a lo grande en Wimbledon y de cara a la galería es un lavado de imagen en toda regla. En nuestro fuero interno es más bien un castigo. De lunes a domingo ambos tendrán que compartir techo, comedor, pistas de tenis y un sinfín de horas más hasta que aprendan a convivir sin lanzarse el uno sobre la yugular del otro. Soy escéptico al respecto; los conozco a ambos demasiado. ¿Y el efecto colateral? Ahora Chris va a vivir bajo mi mismo techo también. Vamos a vernos a todas horas. Vamos a vernos este año más que en toda nuestra historia juntos. Me excita y aterra a partes iguales. Porque los cambios excitan y aterran. Sobre todo mis cambios con él.

Chris abandona la cama con esa elegancia monegasca que lo caracteriza, privándome al instante del calor de su cuerpo. Se desprende del preservativo y lo tira en la primera papelera que encuentra a su paso, baja el volumen de la música de mi teléfono y comienza a cubrirse con la ropa que hay desperdigada por el suelo, moviéndose por la habitación. Yo cierro los ojos y disfruto de estos momentos de calma total después de correrme a lo bestia. El cuerpo laxo. La mente en paz. Mmm… Qué a gusto estoy. Espero que Chris no se vista con nada mío por error; Andrés conoce mi vestuario. Es más, Andrés y yo compartimos vestuario. Nuestra manera de vestir es opuesta excepto en la ropa deportiva, dado que nos patrocina la misma marca. Y a Chris

también, pero en una línea diferente a la nuestra, salvo por un par de excepciones. Sería gracioso ver a Chris vestido con algo de Andrés, o viceversa. Me río yo solo.

—¿De qué te ríes?

—De Andrés y de ti —respondo sin abrir los ojos.

—Ja. Ja. Adoro tu humor matutino, pero puedes metértelo por donde ya sabes.

Abro los ojos y giro la cabeza hacia la derecha para mirarlo de arriba abajo, recrearme y de paso reírme de él en su cara, pero me doy de bruces con la hora en el reloj despertador de mi mesita de noche y…

—¡Mierda!

Me incorporo como un resorte. ¡Llego tarde al entrenamiento! Y aquí llegar tarde al entrenamiento es peor que cometer un asesinato en primer grado con premeditación y alevosía. Apago la música (adiós, *Sigo vivo* de Raúl) y antes de que me dé tiempo a limpiarme el semen del abdomen, Chris ha salido por la puerta sin despedirse. Es extraordinariamente rápido, en la pista y fuera de ella. O quizá sea la experiencia. Llevamos años saliendo a hurtadillas el uno de la cama del otro. Nos liamos por primera vez cuando yo tenía catorce y él, quince. Ahora tengo veintitrés. Vaya. ¿Tanto tiempo ha pasado?

Habitaciones de hotel en un montón de emplazamientos diferentes.

Fines de semana en playas paradisiacas, en Suiza o en barcos alejados de cualquier tipo de civilización.

Discusiones, gritos, cabreos monumentales y competición máxima compartida en la pista de juego.

Sudor, caricias, orgasmos y gemidos compartidos en la cama. O en cualquier superficie vertical u horizontal donde se pueda follar. Esa es nuestra historia. No estoy orgulloso de llevar años acostándome en secreto con él, pero tampoco puedo, ni quiero, dejar de hacerlo. Chris tiene algo que me empujó hacia él desde el principio. Una especie de fuerza magnética que nos une como si fuéramos dos partes indivisibles de… ¿de qué? No lo sé. De algo.

Todo comenzó en Wimbledon. Y con «todo» me refiero a Chris y a mí. Chris y yo comenzamos en nuestro primer partido de Wimbledon Junior, rodeados de cientos de personas, pero solos al mismo tiempo. ¿Comenzamos qué? Comenzamos todo. No es un lío de palabras. Es lo que somos él y yo. Un lío. Un embrollo desenredado. Un desorden coherente. Debería recordar en letras mayúsculas mi primer enfrentamiento en Wimbledon Junior (MI PRIMER ENFRENTAMIENTO EN WIMBLEDON JUNIOR); sin embargo, a quien recuerdo en mayúsculas es a ÉL.

No era la primera vez que Chris y yo nos enfrentábamos en una pista, un año atrás habíamos coincidido en Les Petits As (donde me vapuleó), pero sí era nuestra primera vez en la hierba. También fue la primera vez que sentí miedo de un oponente. No porque me hubiera ganado con anterioridad, sino porque había algo en él que me intimidaba. Christopher Lacoste pertenece a una de las familias más destacadas del Principado de Mónaco (de ahí que mi hermano lo llame «principito» o sus derivados cada vez que tiene ocasión) y su nombre había invadido muchos de

los titulares deportivos de los últimos años, tanto por su florecimiento en el mundo del tenis como por aspectos mucho más personales. La manera en que se movía por la pista, la determinación en su mirada y en cada uno de sus raquetazos y la seguridad que irradiaba en cada poro de su piel me desconcertaban. Yo lo miraba fijamente y él me observaba con recelo. Ambos éramos favoritos. Ambos exhibíamos con orgullo en nuestro currículo y nuestro rostro los triunfos acumulados en un pasado muy cercano. Títulos como el Eddie Herr International o la Orange Bowl.

Escasos minutos después de nuestro primer saque en Wimbledon y con más de un millar de horas después de Les Petits As frente al ordenador en mi casa con su nombre en el buscador, entendí que había comenzado a admirarlo. Y a temerlo. A temer a alguien en el tenis por primera vez en mi vida. ¿Puedes admirar a alguien a quien temes? Mi yo de catorce años lo hacía. Y esa extraña fascinación ligada al miedo, como un botón a su ojal, se convirtió según los espectadores y los fanáticos del deporte, en uno de los mejores partidos de tenis individual junior masculino de las últimas dos décadas. Para mí se convirtió en otra derrota triunfal frente a él. No llegamos a disputarnos un tercer set, me venció en el segundo. Pero la multitud se volvió loca y ambos dejamos de ser quienes éramos para convertirnos en Christopher Lacoste y Arturo Claramunt. O Arturo Claramunt y Christopher Lacoste para otros. No importa el orden, eso sí, nuestros nombres quedaron unidos a partir de ese momento hasta el día de hoy.

AC 5 6
CL 7 7

Cuando acabó el partido, ambos nos acercamos a la red para darnos la mano y a mí su toque me electrocutó. Pero no a modo de descarga eléctrica por tocar los cables sueltos de una farola. Fue otra sensación. Una que no había sentido antes.

Días más tarde, en la cena de campeones que celebra la organización de Wimbledon, el broche de oro del torneo de hierba europeo más emblemático, coincidimos de nuevo. Él se sentaba en la mesa más alborotadora, la de los ganadores junior de las diferentes categorías (no pasó de las semifinales, pero el partidazo que jugó contra mí lo sentó allí en calidad de invitado), y mi hermano y yo compartíamos mesa con dos de las leyendas más admiradas del deporte de la raqueta, o lo que es lo mismo, con mi padre y el archienemigo de mi padre: Patrick Villar de Figueroa. Y con su hijo, Patrick también. Padre e hijo comparten nombre y rivalidad hacia los Claramunt. Mi padre y su Patrick son los Arturo Claramunt y Christopher Lacoste del pasado (sin el sexo, claro). Mi padre siempre se jacta de que hijo y padre se llaman igual porque son más originales que la creación del universo. Patrick suele replicarle, también muy jocoso, que él no pudo hacerlo porque en lugar de un hijo le salieron dos, la única vez que ha tenido puntería en su vida. Y así todo el día.

Mientras Patrick hijo se metía en la boca el cóctel de gambas de mi hermano, los dos adultos

discutían en su típico acaloramiento apacible sobre mi partido contra Lacoste, el maestro de ceremonias pedía calma en la mesa anfitriona (la gente, camareros incluidos, había enloquecido con las fotos y los autógrafos) y yo perdí la mirada en Chris. A pesar de las tres mesas que nos separaban, nos sentábamos uno enfrente del otro de tal manera que entre nuestros cuerpos no había más obstáculos que el propio aire, la música suave y el constante murmullo de los cuatrocientos comensales ataviados con sus mejores galas. Podría haber disparado una bola blanda en su dirección en ese momento y le hubiera dado de lleno en su cara engreída. Y digo blanda para no rompérsela; aún no estaba en ese punto. Tampoco es que quisiera hacerlo. Es solo que no podía dejar de mirarlo. Me llamaba muchísimo la atención. Chris era el menos escandaloso de la mesa, con él siempre tienes la sensación de que nada le llega a la suela de la deportiva. Para él mirar por encima del hombro es como el pestañear de cualquiera de nosotros, pobres mortales. Y es intocable. Nadie se atreve a soplarle un solo pelo del flequillo. Podría emitir descargas de hasta ochocientos voltios, como las anguilas eléctricas. Él crea esa sensación.

—¿Qué miras? —me preguntó mi hermano.

—¿Tú qué crees, Claramunt? —respondió nuestro Patrick por mí—. Una pista, lumbrera: es monegasco, tiene cara de sobrado sabelotodo y se apellida Lacoste. Ah, y le ha robado a tu hermano del alma el triunfo en su primer partido en Wimbledon.

—Eso son cuatro pistas. ¿No sabes contar?

—A ti tengo que ponértelo fácil.

—Me parto y me mondo. Ni siquiera sé qué haces tú aquí, si no juegas al tenis de manera decente desde hace años.

—¿Y tú sí?

Antes de que estallara una guerra civil entre ellos y que el pato que nos servían en ese momento saltara por los aires, lancé mi servilleta sobre la mesa y me levanté para ir al baño. Suelo hacer equipo con mi hermano contra Patrick, pero no estaba de humor.

Me abrí camino entre las mesas, uno de los flashes de las decenas de cámaras fotográficas que al segundo inmortalizaban el momento me deslumbró, y era todo tan Wimbledon, tan de color verde y morado (los manteles, las servilletas, las flores…), que llegué al servicio con la sensación de que mis iris solo captaban esas tonalidades. Me desabroché los pantalones antes de llegar al urinario, no aguantaba más, y me aflojé la pajarita, que me ahogaba. De pronto, sentí que se entornaba la puerta detrás de mí y supe que era él en cuanto se posicionó a mi lado. Mis fosas nasales reconocieron una fragancia que nunca antes habían olido pero que ya no olvidarían.

No nos saludamos. No hablamos. De hecho, él me ignoró como si yo fuera un elemento decorativo más; sin embargo, yo me negaba a dejar de observarlo. Cuando Christopher Lacoste entra en mi radar yo me niego a dejar de mirarlo. Así ha sido desde el principio.

No soy un rarito. No me quedo embobado contemplando a gente al azar, y menos mientras meamos y tenemos la polla fuera, pero, repito, algo me tiraba hacia Chris. Le di un buen repaso de arriba abajo, preguntándome por el motivo de mi extraña fascinación. ¿Sería consecuencia de

mi admiración por él? ¿O de que tenía catorce años y estaba deslumbrado por el halo de misterio y firmeza que lo rodeaba, a pesar de tener solo un año más que yo? Nunca me había sucedido nada igual.

Fue su firmeza la que me empotró de pronto contra la pared más cercana. Lógico, por otra parte, si estaba mirándole la polla, entre otras cosas. ¿Y qué me ocurrió a mí? Lo *mejor* que podía haberme pasado en ese momento. De largo.

Me empalmé. A tope.

—Dios. Oh, Dios —me lamenté después de mirar con mala cara a mi polla. Hasta aquel momento yo no hablaba con ella, pero comencé a hacerlo.

Cerré los ojos y recosté la cabeza en la pared mientras me preparaba para la hostia de Lacoste. Pero la hostia no llegó. Y yo en ese momento pensé: «Pégame un tortazo o tócame la polla, pero haz algo rápido porque esto es insostenible».

No tengo ni idea de dónde salió aquel pensamiento. Supongo que yo no era más que un adolescente que bailaba el tango a diario con sus hormonas revolucionadas.

Chris eligió la segunda opción: tocarme la polla. Abrí los ojos. Su mano quieta en mi cuerpo. Esperando una respuesta. Asentí con la cabeza y clavé mi mirada en la suya. Y yo, ahora, recordándolo, me pregunto si lo de: «Pégame un tortazo o tócame la polla» fue un pensamiento o si lo pronuncié EN VOZ ALTA. Tengo que preguntárselo en algún momento a Chris.

Dejé escapar un gemido en cuanto su mano cálida subió arriba y abajo por mi erección. Su toque se sentía poderoso pero delicado al mismo tiempo. Fui muy consciente de que en cualquier momento podía entrar alguien al baño, pero me daba igual. Mis pupilas solo lo enfocaban a él. Sus iris azules, vivos y penetrantes conectaron con los míos y ya no retiramos la mirada el uno del otro mientras me masturbaba como nunca nadie lo había hecho. Era la primera vez que alguien me tocaba de manera íntima. Fue rápido, quizá tanto que rozó lo vergonzoso, pero también me importó más bien poco. El vello se me puso de punta, el corazón me daba vuelcos al ritmo del movimiento de su mano y me corrí con fuerza entre gemidos que no pude controlar.

Me corrí en los baños de un hotel de lujo de Park Lane y en el puño del que estaba a punto de convertirse en mi mayor adversario en la pista. Los dos vestidos de rigurosa etiqueta. Yo sentía una gota de sudor que me resbalaba por la frente y a él no se le movió un solo pelo de la cabeza.

Fue a limpiarse las manos en el lavabo mientras se colocaba la erección, que se le intuía a través del bóxer oscuro; aún llevaba el pantalón del esmoquin desabrochado.

Yo era incapaz de moverme. Me encontraba más paralizado que la impoluta cerámica del suelo. Si algo o alguien debía moverse, sería ella.

—¿Ibas a pegarme una hostia? —le pregunté en mi idioma, sabía que lo hablaba, antes de que abriera la puerta para irse.

—Sí —confesó con ese acento tan particular, subiéndose la bragueta, muy imperturbable—. Pero has tenido suerte. Agradéceselo a tus padres y a esa cara tan bonita que te han dado.

Y me guiñó un ojo.

Yo salí a la calle, a refrescar con la brisa de la noche estival de Londres la turbación y la perplejidad que me impregnaban. También me sentía bien. Inesperadamente satisfecho. Aunque de pronto, el pánico apartó de un empujón al entusiasmo cuando caí en la cuenta de que llevaba todo el día mirándolo a los ojos, desde antes de que empezáramos a jugar al tenis, mientras jugábamos al tenis y después de jugar al tenis. Incluso podría decir que llevaba mirándolo desde el año anterior en Les Petits As. Dios, ¿estaba coqueteando con él? ¿Llevaba un año coqueteando con él? O peor, ¿pensó él que yo coqueteaba? ¿Por eso me miraba con recelo? Ni siquiera sabía lo que era coquetear.

Una noche memorable.

De lo que supone para mí ocultárselo a mi familia, sobre todo a mi gemelo, mejor no hablo. No lo llevo bien. Pero es lo que hay. Uno acaba acostumbrándose a todo, incluso a mentir. Si mi padre o Andrés se enteraran de que mantengo relaciones sexuales con «el imbécil de Lacoste», que es como se lo conoce en mi casa, sería como… La verdad es que no sé cómo sería y prefiero no pensarlo. Si papá y Andrés se encontraran a Chris muerto de sed en el desierto le ofrecerían polvorones para comer (comentario muy recurrente en mi casa), así que lo de chuparle la polla y permitirle que se corra en mi boca no lo van a ver con buenos ojos. Es una certeza que tengo. De todas formas, nadie tiene por qué enterarse, puesto que Chris y yo no somos nada. Solo nos enrollamos hasta que nos aburramos y luego a otra cosa.

Solo nos enrollamos hasta que nos aburramos y luego a otra cosa.

Solo nos enrollamos hasta que nos aburramos y luego a otra cosa.

Aún con el sabor de su piel en la boca, alcanzo la bolsa con las raquetas, salgo disparado de mi habitación y abandono la residencia para dirigirme a las pistas externas de tenis. Yo nunca llego tarde a ningún sitio; Chris acaba de llegar y ya me ha desestabilizado la vida.

Atravieso el edificio principal por dentro porque es más rápido que rodearlo. Yo siempre lo he visto como una especie de túnel gigante que conecta los dormitorios de los deportistas con el resto de las instalaciones. Cuenta con puertas de acceso a ambos lados y es la neuralgia del CAR. No solo porque todos atajamos por aquí para recorrer el lugar cuatro o cinco veces al día, sino porque es donde se encuentran muchas de las infraestructuras.

El edificio es un hervidero de gente que camina acelerada hacia todas partes, pero que aun así parlotea con todo el que se cruza, como cada mañana. Varios compañeros me saludan por los pasillos a golpe de «Arturo» o «Andrés», según les dé a primera vista, como cada mañana. Me vibra el teléfono en el bolsillo y lo reviso sin dejar de caminar.

Papá:
Ánimo con la llegada del imbécil de Lacoste.
Papá:
Y, Arturo, hijo, vigílame a tu hermano.

Mamá:

Robert…

Papá:
¿Qué? Confío en Andrés en un sesenta por ciento. No está de más que Arturo le eche un ojo.

Mamá:
No me refería a eso. Ahí estoy de acuerdo.

Papá:
¿Y entonces?

Andrés:
Estoy en este grupo familiar. Lo sabéis, ¿no?

Mamá:
Sí.

Papá:
Sí

Andrés:
Gracias por la confianza, mis queridos progenitores.

Papá:
Si no le hubieras pegado un puñetazo en todo el ojo al imbécil de Lacoste en Wimbledon, no estaríamos aquí.

Mamá:
¿Otra vez?

Papá:
¿Qué?

Mamá:
¡El insulto!

Papá:
¿Qué insulto?

Tani:
Imbécil…

Papá:
Perdonad. Tenéis razón. Es la costumbre.

Tani:
Y luego que si el tete le pega al otro…

Papá:
Tienes razón, hija. No hay excusa.
Papá:
Tenemos que controlarnos, ¿OK, hijos?

Mamá:
Ánimo, chicos. Os queremos.

Papá:
Por supuesto.

Nada nuevo. Aprovechando que tengo el teléfono en la mano, envío a Nicki un mensaje rápido de bienvenida y casi me choco con mi hermana.

—¿Ya has visto a Lacoste? —me pregunta de pasada sin que ninguno de los dos deje de caminar. Ella debería estar en la piscina y yo en la pista.

—¡Sí!

—¿Y todo bien?

—¡Fantástico! —grito—. Le he tocado las pelotas, literalmente, y a otra cosa.

Qué bien sienta poder decirlo EN VOZ ALTA.

—¿Literalmente? —replica de vuelta; yo ya giro en la próxima esquina—. ¡Lo dudo mucho! Ya te habría cortado la mano.

—Si tú supieras… —murmuro.

—¡Y vas tarde, por cierto!

—¡Lo sé!

—¡Tete y Dami ya están allí!

Tete es Andrés y Dami… ¿Dami? ¿Qué hace Dami en nuestras mismas pistas y a nuestra misma hora? No solemos coincidir en los entrenamientos, a no ser que nos haga de esparrin. No es el trabajo de su vida (sobre todo porque Andrés no siempre se lo pone fácil), pero necesita el dinero. He intentado ofrecerle mi ayuda en un montón de ocasiones, porque lo quiero como si fuera mi hermano y confío en él, pero no quiere saber nada del asunto. Está dispuesto a sacrificar su carrera como tenista con tal de no recibir ayuda de nadie que no sea él mismo. Lo respeto. Y lo admiro. En el entrenamiento él es más de pistas cubiertas y nosotros al revés. Andrés y yo casi siempre entrenamos fuera. Mi hermano lo hace en la pista que más cerca está de la piscina y yo en cualquiera de las dos de al lado.

Acelero el paso para llegar lo antes posible.

—Aleluya —me reprende Chris en inglés en cuanto me adentro en las pistas—, mira quién se ha dignado a venir, a saber dónde andabas metido. ¿Me tenías miedo, Claramunt Uno?

Freno en seco, sorprendido. Tan en seco que hasta la tierra batida del suelo se estremece bajo mis deportivas. Esta reunión no me la esperaba. Chris y su entrenador esperan de pie en un extremo de la primera pista. Por eso Chris me ha hablado en inglés. Siempre que Stefan anda cerca hablamos en su idioma. A no ser que no queramos que nos entienda…

Dami se encuentra en el otro extremo, junto a mi hermano.

El único que no me confunde es Rafa, con su melena morena a la altura de los hombros y el permanente ceño fruncido. Él nos supervisa el entrenamiento a Andrés y a mí desde que éramos unos críos. En dedicación exclusiva. Solo nos mezcla con Dami u otros compañeros cuando quiere que juguemos un partido, pero no en el entrenamiento diario. A los que no veo son a Miguel y Juan Carlos. Miguel es mi segundo entrenador y Juan Carlos es el de Andrés. Ellos trabajan con cada uno de nosotros a las órdenes de Rafa.

Miro con el rabillo del ojo a mi hermano, que observa a Chris con una antipatía innegable y se muerde el labio inferior para no replicarle. No quiero saber cómo ha sido su primer contacto. Se odian a muerte. Tanto que duele. Me duele en el pecho. Un dolor agudo que se resiste a desvanecerse por más que yo lo desgaste con mi toque.

—Un miedo que tiemblo —respondo con dejadez, una vez me he recuperado de la sorpresa.

—Última vez que llegas tarde, Arturo —me regaña Rafa también en inglés mientras me coloco la cinta en la cabeza—. Has superado a Andrés, y mira que eso es complicado.

—¿Por qué está él aquí? —Señalo a Chris.

—¿Quieres la versión oficial? —No me deja contestar—. Su entrenador solicitó una beca para entrar en el CAR al Consejo Superior de Deportes y dado que se trata de un deportista internacional de élite lo admitieron sin pestañear. ¿La extraoficial? Estoy convencido de que no necesitas que te la explique.

—Me refería a qué hace en las mismas pistas que nosotros y a la misma hora.

—Si hubieras llegado a tu hora, no tendría que repetir la explicación. En línea con la versión extraoficial, somos conscientes de la *afectuosa* relación que compartís vosotros tres —nos señala con el índice a Chris, a Andrés y a mí—, así que vuestros padres y la organización hemos decidido que hoy vais a entrenar un rato juntos pero no revueltos para que os aclimatéis los unos al otro y viceversa. Si escucho un solo insulto, os la cargáis. Si os amenazáis de alguna manera, os la cargáis. Si detecto la más mínima falta de deportividad, os la cargáis. ¿Me habéis entendido? No voy a consentir una sola falta de respeto en estas pistas. ¡No os escucho! ¿Me habéis entendido?

—Sí —respondemos Andrés y yo al unísono.

—¿Lacoste?

Chris sonríe juguetón. Un gesto que contra su voluntad le ilumina el rostro del mismo modo suave que la brisa ligera de mediados de septiembre le revuelve el cabello todavía desordenado.

—Diáfano.

—Bien. Empezamos. Calentad mientras os suelto el discursito en su versión extendida y os

explico las reglas del juego.

—Con Andy tienes que irte muy atrás en esas reglas —susurra Chris para que solo lo oigamos nosotros—: «Qué es el tenis y sus principios más básicos». Escucha, Claramunt Dos: «Deporte que se practica entre dos jugadores o dos parejas en una pista rectangular dividida transversalmente por una red… ».

—Quiero pegarle una patada en la espinilla —me gruñe Andrés—. O en los huevos. Y que no pueda follar en lo que le queda de vida.

No, por favor.

—¿Has visto a Nicki? —le pregunto a mi hermano.

—Sí.

—¿Y?

—Nos hemos amenazado de muerte y a otra cosa.

—¿Nicki? ¿Amenazado?

—¿Verdad? Saco lo mejor de ella.

—¿Estás bien?

Le aprieto el hombro y lo miro a los ojos. Arrastra unas ojeras importantes, ayer no nos dormimos hasta las tres de la mañana, minuto arriba minuto abajo.

—¡Silencio! —El grito de Rafa impide que mi hermano pueda contestarme—. A calentar he dicho. Y preparaos para un partido doble. Claramunts contra Murnuais y Lacoste. Gana el mejor de dos sets.

—Espera, espera, espera. —Chris se aproxima a Rafa con los brazos en alto.

—¿Tienes algún problema, Lacoste?

—Sí. Uno muy grande. Has dicho que íbamos a *entrenar* juntos. No que íbamos a jugar un partido.

—Vais a entrenar *jugando* un partido. Para limar asperezas. Y porque quiero veros juntos en la pista.

—No puedo jugar contra ellos. —Chris coloca las manos en las caderas.

—¿Por qué?

—Eso —añado yo con voz indolente—. ¿Por qué?

Chris me mira con animadversión y yo tengo que contener una sonrisa. Por supuesto, conozco la respuesta. Chris jamás juega un partido de tenis contra mí después de haber estado en la cama conmigo. Porque pierde siempre. Es su única superstición y la lleva a rajatabla. Y hablando de supersticiones… Me desprendo de las zapatillas y me cambio el orden de los calcetines mientras el resto calienta y discute al mismo tiempo.

—¿Nos tienes miedo, principito? —le pregunta Andrés a Chris tras derramar media botella de agua. Es su ritual.

—A ti tanto como un halcón a una hormiga recién nacida, Andy.

—No es lo que expresa tu cuerpo, bebé halcón.

—No es un enfrentamiento justo —se queja él, una vez más.

—Sí lo es. Andrés y Arturo están tan acostumbrados a jugar juntos como lo estáis Murnuais y tú. Es decir, nada.

Es cierto. Andrés y yo no solemos hacer equipo; en todo caso, jugamos enfrentados. Y Chris lo sabe, así que poco le queda por rebatir. Yo siempre juego con Dami.

Dami, que no ha dicho nada hasta el momento porque tiene más educación que todos nosotros juntos, me mira con complicidad y sonríe con disimulo.

Dami no es supersticioso, no realiza ningún ritual antes de un partido, y Andrés siempre se mete con él porque dice que es raro. Aunque también se mete conmigo alegando que cambiar el orden de los calcetines cuando no hay diferencia entre el derecho y el izquierdo eleva a la enésima potencia mi asuntillo del TOC. Y Chris opina lo mismo. Creo que es lo único en lo que coinciden ambos, aunque no lo saben. Y no tienen razón. Por supuesto que hay un calcetín derecho y otro izquierdo. Esas cosas se sienten. Se intuyen. Dami me entiende. Y también sabe lo que hay entre Chris y yo. Lo sabe TODO. Solo existen tres personas en este mundo que están al corriente de nuestra *relación,* aparte de Chris y de mí, y una de ellas es él. Otra, Stefan, el entrenador de Chris. El mismo entrenador que ahora me mira con esa afabilidad que no puede evitar, pero que por suerte nadie más advierte. ¿La tercera persona? El padre de Chris. El señor Lacoste.

—¿Ya te has toqueteado? —Andrés me toca el cuello con el dedo—. Y eso que hoy no llevas corbata. ¿Te aprieta la camiseta o qué? Te has dejado marca, como siempre.

Me llevo las manos al cuello y carraspeo. No, hoy no me aprieta nada y no me he toqueteado. Lacoste me ha besuqueado. Me subo la camiseta, aunque no creo que me cubra lo que sea que tengo en el cuello, y me meto de lleno en los ejercicios de calentamiento.

—¡Empezamos! —nos dice Rafa un rato después—. Vamos a grabar el partido, ¿vale, chicos?

—¡Andy! —grita Chris—. La pelota tiene que pasar por encima de la red, ¿OK?

—Dios, quiero matarlo muy lentamente —masculla Andrés entre dientes—. No tengo el puto día yo hoy para esto. Prométeme que vamos a machacarlo.

—Cuenta con ello.

Comenzamos a jugar al ritmo de *El emigrante,* de Celtas Cortos, con el sol de los últimos coletazos del verano oculto tras las sedosas nubes con forma de animales marinos y una sensación de humedad familiar. A Rafa le encanta ponernos música mientras jugamos en su afán por que eludamos todo lo que no sea tenis. No es problema; mis cinco sentidos están puestos en Chris. A Dami lo quiero con locura desmedida, pero al tenis soy capaz de ganarlo con los ojos cerrados y la mano izquierda atada a la espalda.

Andrés tiene mucha fuerza en la pista y una resistencia admirable, pero no es suficiente para derrotar a Chris. Porque para derrotar a Chris hace falta magia. Por suerte para nosotros, llevo años sacando conejos de un sombrero de copa vacío.

Chris y yo llevamos años combatiendo en dos modalidades de tenis.

La profesional, en la que peleamos como titanes en la lucha por ser el primero, sin dispensas, sin obsequios y sin un solo resquicio de falta de competitividad.

Y la personal, en la que entrenamos en la intimidad cuando nos escapamos del mundo con concesiones, galanteos y sin un solo resquicio de competitividad. Jugamos para aprender el uno del otro y jugamos porque nos gusta aprender el uno del otro.

Hoy, a pesar de tratarse de un entrenamiento, somos él y yo en modo profesional. Él y yo en el terreno de juego. En un terreno de juego donde yo soy el rey: la tierra batida.

Mi equilibrio entre ataque y defensa es extraordinario. Su contraataque es magistral. Yo poseo una mano derecha prodigiosa y una intensidad de piernas sublime. Su capacidad analítica en la pista y la manera en que planea los partidos a nivel táctico es impresionante. Sale a la pista sin complejos y sin miedos. Y siempre cree que puede ganar. Pero nada de esto importa porque hemos hecho el amor. Y es el arma más poderosa que puedo tener a mi favor. Porque Chris va convencido de que puedo ganarle, de que tengo ventaja, y en el tenis, como en la vida, es importante creer que puedes ganar. Creerlo de verdad.

Mientras él, de pura frustración por mi último tanto, lanza con fuerza su raqueta de canto hacia el suelo para recogerla un segundo después en una floritura digna de admiración, yo disfruto del preciosismo en sus golpes y me dejo deslumbrar por el detalle estético de sus tiros, especialmente del revés. Una belleza y armonía que más tarde todos aquí podrán apreciar y admirar en el vídeo a cámara lenta.

Dos horas después, el último tanto de Andrés nos concede la victoria. El cansancio desaparece y es sustituido por un subidón enorme, las gotas de sudor me saben a gloria y el bamboleo de mi corazón me hace sentir más vivo que nunca. Me encanta ganar a Chris. Aunque solo se trate de un entrenamiento. Es una satisfacción personal.

—Quita esa cara de suficiencia, Arthur —me escupe, aprovechando que los entrenadores nos han dejado solos mientras detienen el vídeo.

—Quítamela.

—¡Y así es como la hormiga recién nacida machaca al halcón! —responde Andrés entre risas; está pletórico, como yo.

Entonces coge su teléfono móvil y *Laxed*, de Sien Beat, comienza a sonar a todo volumen en un segundo muy concreto: el cincuenta y dos. Al instante, mi hermano y yo ejecutamos al ritmo de la música unos cuantos pasos de baile sincronizados. Todos dedicados a Chris, que nos mira con una aversión bastante descarada.

Andrés, Aitana y yo bailamos juntos desde que tengo uso de razón. Nos encanta y somos capaces de bailar todo tipo de música. No hay nada que se nos resista. Michael Jackson es nuestro favorito, por supuesto. Practicamos siempre que podemos y solemos ser el centro de atención en todas las fiestas. El movimiento unísono de nuestras piernas es, con toda franqueza, bastante espectacular. Andrés y yo somos buenos con las piernas, dentro y fuera de la pista. Y mi

hermana es una fuera de serie en todo.

Cuando acabamos de hacer el numerito, Chris nos saca el dedo corazón mientras la música sigue sonando.

—Podéis compartirlo, payasos.

Y hablando de cosas increíbles. Increíble es que el deje afrancesado de Chris desaparezca cuando nos insulta a mi hermano y a mí. Le lanzamos besos al aire en respuesta. Los míos, de verdad.

—Bienvenido al CAR, Lacoste —continúo yo.

—Que te jodan, soplapollas.

Me llevo la botella de agua a la boca y me atraganto de pura risa. Choco los cinco con mi hermano y le lanzo una sonrisa a Dami que me devuelve enseguida. Le gusta tanto o más que a Andrés que hayamos ganado nosotros; no es muy fan de Chris. Es lo que tiene haber sido testigo de toda nuestra historia. Chris y yo hemos pasado por momentos complicados y Dami los ha vivido conmigo.

Andrés me quita la botella de agua y la deja caer por su espalda para cogerla al vuelo con sus manos, a la altura de sus rodillas.

—¡*Oh, yeah!* —exclama antes de llevársela a la boca.

—Os dejo libres hasta la tarde, chicos —nos dice Rafa—. Vamos a analizar el partido y luego hablamos. Descansad y coged fuerzas.

—Tete, ¿quieres que vayamos a tocarle los huevos a Patrick? —me pregunta Andrés—. Me ha mejorado el humor y tengo una idea.

—Claro —respondo feliz. Hago lo que sea con tal de ayudar a mi hermano a que sobrelleve el día de hoy lo mejor posible—. ¡Dami, te veo luego! ¿Vienes un rato a la biblioteca antes de cenar?

—¡Sí! ¡Te veo allí!

Además, tocarle los huevos a Patrick siempre es un placer y más en un día como hoy donde el tenis me ha brindado uno de los mejores momentos de los últimos tiempos. Y esto es algo reseñable, teniendo en cuenta que yo odio el tenis y hace años que quiero dejarlo.



—Hola, tenis —me dice Nicki en cuanto llega a la biblioteca.

Nicki.

¿Con qué adjetivos podría calificarla?

¿Como la mejor amiga de mi hermana?

¿Como el exrollo de mi hermano?

¿Como mi amiga?

No. Ninguno de ellos suena del todo correcto. Ninguno encaja y hace clic.

Levanto la cabeza, la veo, contemplo sus ojazos azules y… Nicki siempre ha sido bastante transparente para mí. Me acerco a ella.

—¿Puedo abrazarte?

Niega con la cabeza, pero yo no la hago caso. La abrazo como abrazaría a alguien de mi… familia.

Clic.

3: «Prohibido contarlo. No puede saberlo nadie (crea una intimidad que no queremos y a mí podrían degollarme. O peor, arrancarme las pelotas)»

AITANA CLARAMUNT

«¿Y nadie es NADIE, OK? Nadie. NADIE. Que nos conocemos, Claramunt».

«Lo he pillado con el primer ‘nadie’».

«Contigo siempre tengo que asegurarme».

«Ja».

«Si Andrés se enterara, me arrancaría la cabeza. Sin anestesia. Y Arturo me arrastraría por el fango con tan solo el poder de su mirada llena de resentimiento y decepción. Por no hablar de tu padre. Dios, no quiero ni imaginármelo».

«Lo superarás».

Miércoles. 8:59 de la mañana

—¿Tú no tendrías que estar en la piscina? —me pregunta Patrick con ese tonito tan suyo, cargado de cansancio-barra-insinuación. Es uno de sus cansancios favoritos. Lo suelta por la boca de manera casual, pero en realidad te está dando una orden.

«¿Y tú no tendrías que irte a freír espárragos?», es lo que se merece que le conteste. Acabo de salir hace media hora del gimnasio, después de dos horas de entrenamiento, como cada mañana, y lo último que me apetece es que me toquen la moral, así que le contesto con un simple:

—No.

—Los lunes, miércoles y viernes entrenas tres horas por la mañana y cuatro por la tarde y los martes, jueves y sábados cinco horas seguidas desde el mediodía hasta la tarde. Hoy es miércoles y son las nueve de la mañana, *ergo*…

«Respira, Tani. Y recuerda que el asesinato está tipificado en el Código Penal y que en las cárceles no hay piscinas».

Nunca entenderé por qué algunas personas se creen con el derecho a *orientar* la vida de los demás por el simple hecho de haber nacido ochocientas catorce mañanas antes. Mis padres llegaron a este mundo tropecientos días más atrás (a ver, no llevo la cuenta) y no por eso se creen con el derecho a… Mmm, no, qué va, ¿a quién quiero engañar?, la verdad es que ellos también me *orientan*. Y mis dos hermanos mayores. Constantemente. Ser la pequeña de la casa es una mierda. No hay más.

Y subrayo la palabra «orientar» porque, donde ellos entienden que es un sinónimo de encaminar, guiar, sugerir o avisar, yo lo veo como un eufemismo de decretar, decidir, gobernar, impedir y mandar. Y Patrick ni siquiera es nada mío. Salvo un grano en el culo, pero eso no cuenta.

Por eso ni me molesto en responderle. Sería perder el tiempo. Tiempo del que no dispongo. Voy muy justa en todo. Un setenta por cierto de mi día se me va en el entrenamiento, un quince en pasar tiempo con mi familia y un diez en discutir con Patrick. (Sí, me he dejado un cinco por cierto sin explicar, lo sé). Y solo llego cinco minutos tarde. Podría ser peor.

En fin, que paso del idiota de Patrick. Me carga mucho.

Hablemos del agua, de la piscina y de los trampolines. Porque yo soy agua, soy piscina y soy trampolín desde que tengo uso de razón. Hay una imagen en mi cabeza que resiste el paso del tiempo. Creo que es uno de mis primeros recuerdos y es muy probable que el día en que yo deje de respirar lo haga con él. Porque es lo más bonito que tengo en la vida. Es mi identidad. Mi biografía. Mi historia.

En esa imagen, alguien se lanza de cabeza desde una plataforma de un metro. Y no era la primera vez que lo hacía, ni la primera vez que yo lo veía hacerlo, pero aquel lanzamiento me impactó del mismo modo en que su vientre lo hizo en el agua. No por el planchazo de campeonato, sino por la belleza del salto. Yo tenía cinco años. Él, siete.

Y aquí estoy, diecisiete años después, abriéndome paso en la piscina de uno de los centros de alto rendimiento más prolíficos del país, preparada para zambullirme en el agua durante tres horas. Es mi parte favorita del entrenamiento.

No quiero engañar a nadie. No importa las veces que me haya lanzado. No importan la cantidad de horas de gimnasio y entrenamiento en suelo y piscina que cargo sobre la espalda. No importa lo en forma que estoy y lo flexible que soy. Compito desde los catorce años y gané el bronce en la plataforma de diez metros individual en las últimas olimpiadas, pero allí arriba, justo antes de impulsarme, me estremezco y siento casi el mismo miedo del primer día. El impacto contra el agua no es ninguna tontería. Tengo que entrar perfectamente vertical si no quiero romperme como una sandía al impactar con el agua. Aun así, allá voy. Porque es mi razón de ser. Y me encanta.

Tras calentar en el trampolín subo las escaleras y llego hasta la última de las cuatro palancas de las que disponemos en el centro —la de diez metros—, me acerco al borde, me pongo de puntillas, estiro los pies, cojo aire y me preparo para saltar. Bloqueo cualquier pensamiento que no tenga que ver con el clavado.

Salto.

…

…

…

Paf.

Extiendo los brazos dentro del agua para disminuir la velocidad de inmersión y…

Dios, me flipa.

Miércoles. 8:59 de la tarde

Gabriel:
Hola, máquina.
Gabriel:
¿Cómo va todo por ahí?
Gabriel:
Actualízame cuando puedas.
Gabriel:
Besazo.

Cada vez que me llega un mensaje de Gabi, juro que me palpita el corazón. El teléfono vibra con un «bip» y mis entrañas lo hacen con un «thump». Mmm, luego le contesto.

Perogrulladas. Voy a decir tres al azar. Me gusta el número tres.

Una. Todos sabemos que el mar es de color azul y que nadar a contracorriente es más complicado que flotar a la deriva. Pero las cosas no siempre son como aparentan ser. O casi nunca lo son. Porque ¿y si las profundidades del mar están llenas de pirañas estáticas, tú apenas puedes mover las extremidades, por eso vas a la deriva, y tienes que esquivar, como mejor puedas, a esos pececillos de mandíbula cuadrada y dientes afilados? Entonces, nadar a contracorriente no parece tan complicado, ¿verdad? Además, mi hermano Arturo me explicó una vez que el agua del mar no es de color azul, que solo lo parece debido a la luz solar que absorbe.

Dos. Todos guardamos secretos dentro de una caja fuerte cerrada a cal y canto en algún lugar de nuestra psique, y el que diga lo contrario, miente. Yo tengo cuatro. Porque uno de ellos vale por dos.

Tres. Sabía que a estas horas Nicki se encontraría en la biblioteca del centro, la que está en la última planta del edificio principal, porque es uno de sus lugares favoritos del mundo. Y sabía que estaría con ellos, como antaño. No han tardado ni veinticuatro horas en reunirse aquí de nuevo. Arturo mete más horas que nadie (yo debería tomar ejemplo) y Damián lo acompaña siempre que puede, son como C-3PO y R2-D2. Y estoy segura de que si me escucharan decir esto sonreirían, con lo obsesionados que están con Star Wars, obsesión que yo nunca he entendido. ¡No tienen viajes en el tiempo! Es de locos.

Y solo necesito observar a Nicki sentada con la espalda recostada en la pared cerca de la doble puerta de madera al lado de Arturo y Damián durante siete segundos para saber que hoy tenemos que lanzar toda la mierda por la ventana. Reconozco que es una ventana que se encuentra a ras de suelo —tiene poco recorrido para todo el drama con el que cargamos alguno de nosotros—, pero es una ventana, al fin y al cabo.

Meto la mano en el bolsillo de mi pantalón de chándal, alcanzo el teléfono e inmortalizo este momento en una instantánea que tantas veces contemplé en el pasado, pero que nunca valoré

hasta que desapareció de mi vida. Nicki en un extremo, con las rodillas dobladas y los pies juntos, no deja de observar y escuchar a mi hermano con devoción. Arturo en el medio, con las piernas estiradas y cruzadas a la altura de los tobillos, gesticula con los brazos y habla sin descanso (de animales marinos, que me corten una mano si me equivoco). Damián (C-3PO), con las piernas cruzadas, interrumpe a mi hermano (R2-D2) cada poco para soltar alguna broma, pero nunca deja de escucharlo.

—Se os oye desde las escaleras, alborotadores —les digo en broma.

Los tres elevan la vista al mismo tiempo y sonríen al verme. Con el ajetreo del día apenas hemos tenido tiempo de cruzar cuatro frases aquí y allá.

Estiro las manos hacia Nicki y Arturo y los ayudo a levantarse de un impulso. Mismo proceso con Damián, con la diferencia de que el contacto con su mano me quema. Casi puedo ver las chispas que centellean alrededor. Y supongo que acabo de destapar uno de mis secretos. Damián es un poco mi amor platónico. Pero eso, *un poco*. O diez pocos, uno por cada año que me he sentido atraída por él de alguna manera. La primera vez que me di cuenta de que era un tío guapo yo tenía doce años, a pesar de que lo conozco desde siempre. Mi padre y su madre eran vecinos de niños, a ella la echaron sus padres de casa por quedarse embarazada de un chico que desapareció en cuanto tuvo ocasión y mis padres la acogieron cuando regresó unos años después con una mano delante, otra detrás y un hijo abrazado a su cuello. Mi madre le ofreció trabajo en la empresa de mis abuelos y Dami se ha criado con nosotros desde entonces como uno más de la familia, aunque siempre ha tenido un «algo» especial con Arturo. Bueno, y con Andrés también, pero a la contra. Él y yo siempre hemos mantenido una relación de cariño y complicidad, lo que nos lleva de nuevo a «la primera vez que me di cuenta de que era un tío guapo yo tenía doce años». No sé si fueron mis hormonas o su nuevo corte de pelo. No sé si fue la manera en que defendió a un compañero del colegio de unos idiotas o el cuidado con que le colocó la ropa en su sitio. El caso es que de pronto un día mi cabeza hizo clic. En plan, qué guapo es Damián. Clic. Tiene el pelo ondulado, a la altura de las orejas, y los ojos más expresivos que he visto en mi vida. También es un gran defensor de las minorías, como Arturo. Por eso encajan tan bien. En cualquier caso, es un amor platónico como otro cualquiera. Nunca le he dado importancia, pero ahí está y me gusta que esté. Damián es familia. Y a mí me encanta mi familia.

—Nos vamos —les digo con el típico autoritarismo que no admite réplica.

—¿Quiénes?

—¿A dónde?

—¿Qué?

Por supuesto, ellos me replican. Como siempre. Ser la pequeña es una mierda.

—Nosotros cuatro —aclaro—. A tomarnos unos chupitos. Y antes de que tú —señalo a Arturo— me digas que tienes que estudiar, tú —señalo a Dami— que estamos a miércoles y mañana tenemos que madrugar y tú —señalo a Nicki—, muy en tu faceta de nueva entrenadora, que no podemos beber alcohol, dejadme que os diga que…

Enmudezco. Porque no siempre hay que hablar en voz alta para hacernos escuchar. Y tampoco podemos estar seguros de que por el simple hecho de gritar alguien vaya a hacerlo. La mejor audición no se encuentra en el oído, sino en el corazón. No tengo que explicar que Nicki ha tenido que abandonar la competición durante una temporada porque necesita recuperarse de una otitis de caballo. Ni que su relación con Andrés está peor que nunca. Ni que ha llorado hace apenas cinco minutos en los brazos de Arturo (como si lo viera). Ni que la quiero con locura y haría cualquier cosa por ella.

—Vamos a tomarnos unos chupitos —continúa Arturo por mí con el típico autoritarismo que, de verdad, no admite réplica. Yo sonrío, me acerco a él y le doy un beso en la mejilla. Porque es cierto que ser la pequeña es una mierda, pero yo adoro a mis hermanos.

—Art, ¿y tus libros? —le pregunta Dami.

—Luego vengo a por ellos —dice al mismo tiempo que teclea a toda velocidad en la pantalla de su teléfono. Y yo sé a quién escribe y por qué motivo.

—Andrés está bien —le susurro al oído—. Me he asegurado de ello antes de venir.

—¿Qué te ha dicho?

—Que lo pasemos bien. Y que si Dami se atraganta con la bebida le saquemos una foto y se la mandemos.

A Arturo se le escapa una sonrisa y mete de nuevo el teléfono en el bolsillo. Me mira a los ojos y no necesitamos decirnos más. Los dos sabemos que va a ser difícil convivir con Andrés y Nicki en el mismo espacio, pero tenemos una estrategia muy clara: no posicionarnos. Que arreglen o gestionen sus mierdas solos; ambos son adultos. Nosotros estaremos aquí para sujetarlos cuando lo necesiten. Y tenemos claro que van a necesitarlo, dado el carácter explosivo de cada uno y lo dolidos que están, aunque no quieran reconocerlo. Uno de sus mayores inconvenientes es que son tan iguales como un número seis y un nueve que dan vueltas sin parar. Igual de bordes. Igual de inaccesibles. Igual de pasionales hacia la gente que quieren. Otro, que su historia es muy reciente. No les ha dado tiempo a asimilar nada. Ni a que intimaran. Ni a que se distanciaran. Es una mierda para todos. Porque están sufriendo.

Agarro a Nicki del brazo y ya no la suelto; la he echado demasiado de menos. He echado de menos nuestras charlas interminables a los pies de la cama con una bolsa de patatas con sal y vinagre en medio, he echado de menos las salidas nocturnas para nadar en el mar y he echado de menos escuchar su risa en mi oído. Las relaciones a distancia son duras, no importa la índole.

El camino a pie desde el centro hasta el Boulevard —así es como se llama la calle principal del pueblo más cercano al CAR— se me hace tan corto que podría recorrerlo sin descanso durante el resto de la noche, y eso que hay un buen trecho, pero es tan cálido… Como hoy es miércoles, nuestro local favorito no está demasiado abarrotado y encontramos libre una mesa de cuatro cerca de los ventanales. *Rasputin*, de Majestic, suena a todo volumen y las luces de led de todos los colores bailan en las paredes y en el suelo. Los clientes nos miran al entrar, los cuatro vamos vestidos con ropa de deporte y esto es un bar de copas nocturno, pero el camarero nos

aprecia (o aprecia a Andrés, que es un habitual) y no nos dice nada al vernos. De camino le muestro ocho dedos que significan «ocho chupitos de esos que nos pones siempre y que saben a fresa, por favor». Me fijo sin poder evitarlo en el chico a su lado en la barra. Es la primera vez que lo veo aquí, pero su cara me suena muchísimo. Parece joven. Muy joven. Vamos, que llega a los dieciséis de milagro. Si es que llega…

Arturo se sienta de espaldas a la ventana y Dami lo hace a su lado. Nicki y yo nos sentamos enfrente. No tardo ni dos segundos en colocar sobre la mesa uno de mis juegos favoritos y que llevaba escondido en el bolsillo de la sudadera atada a la cintura: un montón de papeles con retos escritos de puño y letra de mis hermanos y el mío propio. Hemos jugado a esto desde que tengo uso de razón, ni siquiera recuerdo quién lo inventó (¿Andrés?), con la diferencia de que según hemos ido creciendo los desafíos han ido cambiando. Atrás quedaron «masticar un helado» y «llamar a la puerta del despacho de papá y salir corriendo» para dejar hueco a «háblanos de tu última cagada» y «llama por teléfono a tu ex y pídele un helado de chocolate».

El camarero trae los chupitos y los deja en el centro. Arturo, sin ser consciente, pone cara de asco porque, a pesar de haber bebido cientos, no acaba de convencerle el dulzor, y Nicki comienza a rebuscar entre los papeles y retira algunos de ellos.

—Estoy quitando los que tienen que ver con los «ex» —nos explica—. No pienso mandar un mensaje guarro a Andrés ni llamarlo para pedirle un helado. Está más tonto de lo habitual y no quiero que me despidan en mi primer día por cerrarle con la grapadora de recepción la bocaza que la genética le ha dado.

Me gusta que Nicki hable sin filtro de Andrés delante de nosotros. Me gusta que no tenga pelos en la lengua. Me gusta que vaya siempre de frente.

—Venga, empiezo —dice Arturo, cogiendo el primer papel.

—Tete —replico yo—, no vamos a regresar a una hora prudente para que puedas estudiar, así que no te molestes en correr.

Me ignora y lee en voz alta.

—«Manda un mensaje guarro, muy guarro, a alguien». —Mi hermano deja salir una palabrota (a su manera) y mira a Nicki con mala cara.

—No me mires así, tenis —se defiende ella con los brazos en alto—, solo he eliminado a los «ex» de la ecuación.

—Puedes beber si no quieres hacerlo —le dice Dami, divertido.

—Exacto —añado yo.

Pero, claro, la gracia de este juego es cumplir los retos. Y todos lo sabemos. Arturo contempla los vasos y duda durante unos segundos, pero acaba sacando el teléfono del bolsillo. Lo vitoreamos mientras escribe y cuando acaba lo deja bocabajo sobre la mesa. Se le han subido los colores y todo. Me parto.

—Dami, te toca.

—«Da un beso donde quieras a la persona que tengas a tu derecha o a tu izquierda».

Esos son Nicki o Arturo e indudablemente elige la mejilla de Arturo. Es su media mitad. Vitoreamos de nuevo, más alto que la primera vez, y eso que aún no hemos empezado a beber, mientras Nicki coge un papel y lo aparta a un lado sin leerlo. Atrapa uno de los chupitos, se lo bebe de un trago y lo deja de nuevo sobre la mesa de un golpe seco.

—¡Siguiente! —exclama.

—Pero ¡si no has leído lo que ponía! —le dice Arturo.

—¿Qué quieres que te diga, Claramunt? Tenía sed.

—Si no ibas a hacer caso a los retos, podías haber dejado los papeles de los «ex».

—Podía…

El teléfono de Arturo vibra y los tres nos morimos de curiosidad por saber qué le ha llegado cuando lee el mensaje y se le suben los colores otra vez. No nos lo va a enseñar, porque es muy celoso de su intimidad, pero a mí se me ensancha la sonrisa solo con la certeza de saber que hay alguien en su vida que provoca con unas pocas palabras que los ojos le brillen como ahora. Y que no pueda dejar de sonreír como un idiota. Esa persona especial… la compartirá con nosotros cuando él lo considere. Esperaremos y la recibiremos con los brazos abiertos. Arturo se merece todo lo bueno que pueda pasarle en la vida. Él y Andrés son mis personas favoritas del mundo. Jamás podré elegir a uno de ellos por encima del otro. Prefiero cortarme las piernas y no volver a zambullirme en una piscina.

—Tani, ¡te toca!

Allá voy.

Tres horas después he perdido la cuenta de los retos que hemos aceptado y de los chupitos que hemos bebido (aun habiendo realizado los retos, porque es que de lo contrario no bebemos; la competitividad es un miembro más de mi familia). Arturo ha salido a hablar por teléfono y Nicki y yo lo vemos andar de un lado a otro desde los ventanales; no sabe estarse quieto.

—«Da un beso en la boca, con lengua, a cualquier chico que esté cerca de ti» —leo en voz alta.

Nicki y Dami me vitorean y a mí el corazón me da un pequeño vuelco. Un beso en la boca. Vale. Es solo un juego. Puedo hacerlo. Echo un vistazo rápido a los clientes del bar, a la barra y a la pista de baile; no hay demasiado donde elegir. Lo que es lógico, teniendo en cuenta que son más de las doce de la noche de un día entre semana. Me levanto y me dirijo hacia la barra, donde tengo una mejor panorámica. Damián se une a mí y apoya los brazos en la madera, divertido. Se lo está pasando en grande; le encanta este juego.

—¿Quieres que te eche una mano, rubia?

—Dale.

—¿Qué me dices de ese? —Apunta con los ojos a uno de los chicos sentado a la mesa al lado de la nuestra.

—No me gusta su pelo. Demasiada gomina.

—¿Y el amigo?

—Demasiado serio.

—¿El otro amigo?

—Demasiado sonriente.

—¿Y aquel de allí?

—Muy bajito.

—¡Es solo un beso, Tani!

—Me gustan los chicos altos.

—Vale, altos. ¿El camarero?

—No me van los rubios.

—¿Desde cuándo?

—Desde nunca. Soy más de morenazos.

Como tú.

—¿Y el camarero nuevo? Es morenazo.

—Es un crío. Creo que besarlo sería ilegal…

—Pues te quedas sin opciones.

Ya me he dado cuenta. Le pido un tequila al camarero (necesito algo fuerte) y espero a que me lo sirva. Y entonces…

—Pues resulta que estoy viendo a un chico de pelo castaño, larguito y ondulado, así —me señalo la nuca con la mano—, a esta altura, como a mí me gusta. Y no lleva gomina. Es bastante alto y sonríe de una manera perfecta.

Dami abre mucho los ojos, sabe que me refiero a él, y yo le agarro la camiseta a la altura del pecho, lo acerco a mí y casi sello nuestros labios por primera vez en la vida. Sin embargo…, no lo hago porque no tengo derecho a robarle un beso. Y supondría cruzar una línea para la que no estoy preparada. ¿Y si me gusta? ¿Y si le gusta a él? ¿Y si nos lleva a algo? Me encanta Dami, pero… No estoy preparada para confiar en nadie. No quiero confiar en nadie. Nunca. Jamás llevaría más allá esta emoción platónica que siento por él. Además, Damián es demasiado honesto y se merece mucho más que a alguien como yo. Por eso mando a la mierda mi competitividad y me echo la sal sobre la mano, absorbo el jugo ácido del limón y me bebo el tequila de un solo trago sin dejar de mirarlo. Puaaaj, había olvidado lo mal que sabe la derrota. Y el tequila.

Me arde la garganta mientras escucho la mente de Dami funcionar a toda velocidad. Nos giramos a la vez hacia Nicki, que se ha levantado para vitorearnos. Arturo ya ha regresado al bar y sacude la cabeza al mismo tiempo que, divertido, se tapa los ojos con las manos.

—¿Casi le metes la lengua a mi hermana? —le pregunta a Dami cuando nos unimos a ellos.

—No —responde el otro—. Casi me la mete ella a mí.

Y los cuatro estallamos de la risa. Es por culpa del alcohol, clarísimamente.

Estamos a punto de sentarnos otra vez cuando se acerca el camarero nuevo.

—Gente, cerramos ya.

—Noo —respondemos los cuatro al unísono. Y reímos de nuevo. Porque ha sido una gran noche. Porque la necesitábamos. Y porque ahora el cielo brilla en una tonalidad de azul más bonita que antes.

Llegamos al CAR y a pesar de lo tarde que es no me dirijo a mi dormitorio, sino al de otra persona. Compruebo que la puerta no está cerrada con pestillo y la abro con cuidado.

Dentro reina la penumbra. No tropiezo con nada porque conozco los obstáculos de memoria y porque cuento con que haya un par de zapatillas tiradas por ahí, así que camino muy despacio y con la mirada en el suelo. La estancia permanece en completo silencio. Ni siquiera lo escucho respirar, no, al menos, hasta que me acerco lo suficiente. Hasta que me meto en su cama y me subo a sus caderas, coloco las manos en su pecho y me aprieto contra su entrepierna. Solo lleva puesta la ropa interior. Bendita fricción. Duerme bocarriba, como siempre, con el pecho desnudo y medio destapado; aun así, su cuerpo emite calor y… Creo que he descubierto algo. Y es que el alcohol me pone a tono. Ya sé que no es un gran descubrimiento en el esquema del mundo, pero es que el sarcasmo y la penicilina estaban cogidos.

—¿Tani? —carraspea adormilado—. ¿Eres tú?

—Noo. Soy el monstruo de las galletas que ha venido a comerte.

—Vale, eres tú. Nadie más diría semejante estupidez en un momento así.

—Coño, ¡una galleta que habla!

Rompe a reír a carcajadas. No es que fuera mi intención hacerle reír, pero a veces sucede. Y no nos quita la excitación. Supercomprobado.

—Eres muy idiota —me dice en su tono habitual. Ya está despierto del todo.

—En serio que no soy Tani. Te lo juro.

—No cuela. Aunque reconozco que por un segundo me la has colado.

—¿Sí?

—Sí. —Me agarra el trasero con ambas manos y yo empujo más fuerte mi cuerpo contra el suyo. Acelero el balanceo y comienzo a notar su erección—. No he reconocido ni tu voz ni tu aroma, pero el sarcasmo…, el sarcasmo te ha delatado, Aitana Claramunt.

—El sarcasmo es uno de los mejores inventos de la humanidad —le digo sin dejar de moverme. Hay un punto, ahí abajo en mi cuerpo, que se estremece cada vez que su erección lo toca.

—Mejor que la penicilina.

Oh, ¿de verdad? ¡Venga ya! ¿No había más opciones?

—Si tú lo dices.

—Hueles a alcohol —me dice de pronto, mirándome a los ojos. La oscuridad se ha disipado y distingo su rostro sin ni siquiera tener que entrecerrar la mirada—. ¿Qué hora es?

—Más de medianoche. —Levanto las caderas, me desprendo de los pantalones y la ropa interior y regreso a su regazo. Ambos gemimos por el contacto. Hay emociones que son inevitables y la única barrera que queda entre nuestros cuerpos es su ropa interior—. Hemos ido

a tomar algo Arturo, Nicki, Dami y yo. He llevado el juego de los retos y he tenido que beberme un tequila por no cumplir uno de ellos.

—¿Tú, claudicando frente a un reto? ¿Cuál ha sido?

No es de su incumbencia, así que no respondo.

Continúa con sus manos en mi trasero y me empuja arriba y abajo hacia su erección. Le bajo el bóxer con la mano y jugueteamos hasta que entra en mí sin apenas esfuerzo. Hace un par de meses que dejamos de usar preservativos y la sensación es… buena. Me gusta. Quién lo diría.

Volvemos a gemir al unísono y comenzamos a movernos. Cuela las manos por debajo de mi camiseta, me acaricia el pecho y tira de los pezones, sacándome otro gemido. Entonces baja los brazos, se agarra al cabecero de la cama, por encima de la almohada, y me folla solo con el movimiento experto de sus caderas.

—Úsame —me dice con la voz ronca por completo—. Soy todo tuyo. Me pone a cien.

Lo veo cerrar los ojos y abandonarse al placer embestida tras embestida. Mantiene los labios separados, pequeños gemidos se le escapan de la boca y… El alcohol que corre por mis venas debería ralentizarme el orgasmo; sin embargo, en pocos segundos, estoy a punto de explotar. Porque la visión de él dejándose llevar así por mí y permitiéndome llevar el control me pone a mí a cien. Le clavo los dedos en el pecho y exploto. Él lo hace conmigo. Porque ya incluso hemos sincronizado los orgasmos. Esto va viento en popa. Las primeras veces fueron muchísimo más desastrosas.

Me dejo llevar por la extenuación y caigo sobre su cuerpo. Escondo la cabeza en su cuello. Está sudando, pero huele bien. A jabón y a él.

—No me suena que en los retos haya uno de follar —me dice entonces. Conoce bien los retos; ha jugado unas cuantas veces. Y sé por dónde va.

—Porque no lo hay. He fallado el de besar a un chico cualquiera.

—¿¿En serio?? —ríe—. Qué floja.

—Ja.

Nos quedamos unos instantes en silencio, recuperándonos, con su erección aún dentro de mí, cada uno perdido en nuestras cavilaciones. No es uno de esos silencios que llenan la habitación entera. Es uno normal.

—¿No vas a pedirme disculpas? —me pregunta de pronto. Ahora soy yo la que me río. A veces a mí también me sucede. A veces me hace gracia.

—¿Por qué tendría que pedirte disculpas?

—¿Por haberme insultado esta mañana?

—Tenía mis motivos. Y te lo merecías.

—Menuda mierda de disculpa, Claramunt.

Porque no es una disculpa.

—Menuda mierda de comportamiento el tuyo de esta mañana, Figueroa.

Patrick suspira y nos mueve con cuidado hasta que ya no estoy encima de él, sino a su lado.

Las sábanas se sienten frías en contraste con el calor de su cuerpo. Enfrenta nuestros rostros y me mira con fijeza.

—No voy a discutir mi comportamiento de esta mañana contigo, Aitana.

Aitana…

—No te lo he pedido.

—Apenas han pasado veinticuatro horas desde que he regresado al CAR —continúa— y ya tengo ganas de largarme otra vez y perderos de vista. Me tenéis al límite.

Por «perderos de vista» se refiere a mis hermanos y a mí.

—¿Tú quieres perdernos de vista a nosotros? ¿Y qué narices te hemos hecho ahora?

Suspira.

—Existir.

—Todo esto es por Andrés, ¿verdad? —respondo—. Te has enfadado con él y estás proyectando. Ha debido de ser una bronca de las gordas para que horas después continúes así de cabreado. No es lo habitual en vuestra dinámica.

Andrés y Patrick son dignos herederos de la rivalidad entre nuestros padres. Su relación es una calcomanía de la de ellos. Patrick no me responde. No quiere hablar de ello y yo no pienso forzarlo. No me importa lo suficiente. Salgo de la cama, voy al baño a limpiarme, busco mi ropa entre las sábanas, bajo su escrutinio, y me visto con rapidez.

—Mi mundo no gira alrededor de Andrés —me dice entonces.

—¿Qué significa eso? ¿Te pasa algo más?

—Sí, claro, a ti te lo voy a contar. Dulces sueños, Claramunt —se despide antes de que yo cierre la puerta detrás de mí.

Y aquí está ese cinco por ciento que me faltaba antes. El cinco por ciento de mi tiempo que ocupo en acostarme con Patrick. Él y yo no estamos juntos, ni muchísimo menos. Ni siquiera me cae bien y yo tampoco a él, pero nos conocemos desde que tengo uso de razón y no encontré a nadie más que pudiera ayudarme con mi experimento. Porque esto es un experimento. Un experimento al que él accedió a participar a regañadientes. Un experimento para quitarme la losa del sexo de encima y poder seguir con mi vida. En cuanto tomé la decisión de hacerlo y lo vi atravesar una mañana el pasillo principal del CAR lo tuve claro. Tenía que ser él. Era perfecto. Cero atracción emocional. Cero riesgo. No fue fácil convencerlo. Patrick incluso se estremeció cuando pensó en lo que mi padre podría hacerle si llegara a enterarse. Juro que se estremeció.

Él es mi segundo secreto. Él o los cinco meses que llevamos manteniendo relaciones sexuales a hurtadillas.

¿Y el tercer secreto? ¿El que vale por dos? Oh, ese jamás saldrá de mis labios.

Jamás.

4: «Vista arder una gasolinera, vistas todas. La primera impacta, luego ya...»

NICKI

ME LLENO los pulmones de aire antes de entrar en la fiesta de inicio de curso que organiza el centro cada año. No es que el CAR tenga un día de inicio de curso como tal, nuestros calendarios dependen de los eventos deportivos que tengamos y cada deporte es un mundo, pero hace años que se estableció mediados de septiembre como punto de inflexión. Coincide con el inicio de las clases del instituto de los más jóvenes, así que supongo que tiene sentido.

Estoy nerviosa y ni siquiera sé por qué, he asistido a nueve fiestas como esta y siempre acaban bien. Me río yo sola. Claro, ¿qué catástrofe podría desencadenarse en una reunión de deportistas, médicos, psicólogos y personal administrativo que consumen cócteles sin alcohol y canapés condimentados con verduras y marisco?

Bueno, dicho así, alguien alérgico al marisco podría acabar en el hospital…

Ignoro el pinchazo en el corazón y recorro la sala cuadrada de paredes carmesíes con la mirada; casi todo el mundo está aquí. Excepto Aitana, que no me coge el teléfono. ¿Dónde se ha metido?

Llevo una semana en el centro y aún no he tenido ocasión de ponerme al día con la gente (tampoco es que sea una prioridad para mí, la verdad). He estado organizando la mudanza, aislada en mi cabaña (los entrenadores que pernoctamos en el centro tenemos vivienda propia en la ladera del bosque) o en la piscina con los chicos.

Antes de que me dé tiempo a decidir a dónde dirigirme en primer lugar, uno de mis nadadores (uno de los más prometedores, por lo que he podido observar) abandona su grupo y se acerca a mí con cautela. Se muerde el labio inferior, en un intento de no reír, al mismo tiempo que junta las manos y cierra los ojos, como si rezara. No sabría decir si está de cachondeo o a punto de entrar en un matadero, pero, desde luego, algo trama.

—Entrenadora, hola.

—Hola —respondo despacio; la mirada entrecerrada.

Entonces acerca su rostro al mío y me susurra al oído:

—Ese vestido le queda genial. El rojo le favorece y tiene usted las piernas más increíbles que he visto en mi vida.

Me atraganto con mi propia saliva y lo miro con los ojos desorbitados. Me doy golpes en el pecho para acabar con la tos y escucho, y veo, las carcajadas de su grupito. Me cabreo.

—Por favor, por favor, por favor —suplica de manera genuina—, no me amoneste. No quería faltarle el respeto, pero es que soy incapaz de resistirme a un reto. No es culpa mía, es herencia familiar. Pura genética. Lo juro. Y no se lo diga a mi padre; me mataría y aún me quedan un montón de cosas que hacer en la vida.

Los tres componentes del grupito en cuestión se acercan a nosotros con el semblante

divertido.

—Perdónenos, entrenadora —se disculpa uno de ellos; debe de ser el decente del grupo—, asumiremos las consecuencias entre todos.

Lo cierto es que su cara me suena, pero ¿de qué?

—Tampoco te pases —añade otro. Mmm…, debe de ser el indecente-barra-pendenciero del grupo. Tiene toda la pinta. El chaval es un desafío andante. No hay más que mirarlo a la cara. Menudo pieza.

Los miro con seriedad y me devuelven la mirada con ojos de cervatillos asustados (menos el pendenciero, que se la suda todo), pero que no se la creen ni ellos. Menuda pandilla de mosqueteros. Al final sonrío porque estos chavales tienen catorce años, entrenan más de ocho horas al día y deben compaginarlo con los estudios; se merecen poder comportarse de acuerdo con su edad de vez en cuando.

—¿Qué le ha dicho? —me pregunta la única chica del cuarteto. No la conozco. No es de natación. De hecho, los otros dos tampoco lo son.

—Se suponía que tenía que ser algo sugerente —añade el «decente». ¡Oh! Ya sé de qué me suena. Es el camarero nuevo del otro día. ¿No es demasiado joven para trabajar en un bar? O para trabajar en general…

—Ha sido sugerente —les confirmo.

El decente y la chica me miran con una curiosidad palpable y el pendenciero no acaba de creérselo.

—Julián no se lo ha tomado tan bien… —añade ella.

—Normal, es un tirano. —El pendenciero.

—¡Cállate, Elliot!

Oh, así que Elliot… Ya no voy a poder llamarlo «pendenciero». Una pena. Le pegaba bastante más.

—¿Ahora le robáis la frase?

Mmm, Julián… Así que esta pandilla forma parte del equipo juvenil de *hockey* sobre hielo. Julián es el entrenador y es duro de pelar. Me pregunto qué le habrán hecho a él.

—¿Nicki? —Alguien me coge el brazo y lo aprieta con fuerza—. ¡Hola! ¡Bienvenida, tía!

Es Elvira, una compañera de natación de antaño. Entramos casi a la vez y aunque nunca hemos sido grandes amigas sí nos hemos llevado siempre bastante bien. No habíamos coincidido hasta ahora, dado que ella se encontraba fuera del centro en una competición que ha ganado de una manera brutal, por cierto.

—Bueno, nosotros nos vamos, entrenadora.

—No tan rápido. —Apunto con el dedo al joven seductor y de gusto exquisito en piernas—. Mañana te espero a las tres y media en la piscina interior de natación. Y no te atrevas a llegar ni un solo minuto tarde.

—A esa hora nos toca entrenamiento en seco.

—A las tres y media de la mañana —le recalco. Se le ensanchan los ojos con incertidumbre y temor—. Ven descansado.

Se marcha con el rabo entre las piernas y su cuadrilla lo acompaña a golpe de «tío, ha merecido la pena» y «ya eres uno de nosotros, que lo sepas».

—Menudo Casanova está hecho el niñato. ¿Qué te ha hecho para que lo castigues de esa manera? —Elvira no me da opción a responder, como de costumbre; me coge del brazo por segunda vez y me enfrenta a un rubiales de aspecto impoluto y mirada indolente que no es otro que Christopher Lacoste—. Mira, quiero presentarte a alguien. Él es Christopher Lacoste, una estrella del mundo del tenis. Ella es Nicki Monteserin, la nueva entrenadora de natación. Se ha tomado un descanso en su carrera deportiva y, mientras tanto, va a ayudarme a ganar medallas. No os conocíais, ¿verdad?

«Descanso en mi carrera deportiva»… Es una forma de decirlo.

—En persona no —respondo al mismo tiempo que le ofrezco la mano.

Me devuelve el apretón y me escanea de arriba abajo, muy despacio. Estoy a punto de dar una vuelta completa sobre mí misma para que pueda juzgarme también por detrás, pero tiene los ojos de un azul tan brutal que impactan. Y se me pasa la oportunidad.

—En persona no —repite él en un castellano casi perfecto.

—Chris tiene un revés prodigioso… —comenta Elvira.

—Christopher —la corrige él.

—… y unos ojazos azules que quitan el hipo, ¿verdad? —añade con naturalidad—. No puedes dejar de mirarlos.

Totalmente de acuerdo. Los míos también son azules, pero nada impresionantes. Lo de este chico es de otro mundo.

—Hace unos años te vi jugar en vivo y en directo en el Masters de Madrid —le digo, aunque no me presta atención; mira de reojo algo que hay enfrente de él, a mi espalda—. Te enfrentabas a Arturo y las entradas se habían agotado en cuestión de minutos, pero me coló para que pudiera veros.

Deja de observar lo que fuera que observara y me presta atención de nuevo.

—¿Arturo?

—Claramunt.

—Sí —sonríe con suficiencia—, conozco su apellido. Me refiero a si fue Arturo el que te coló en el partido. —Pues sí que me escuchaba—. No se sale de la raya ni para escribir la lista de la compra, así que me llama la atención.

—¿Qué puedes saber tú de la lista de la compra de Arturo? —le pregunto con la mirada entrecerrada, llena de curiosidad.

—Es una forma de hablar, simpática —me responde con despreocupación.

—Chicos, chicos. Que no llegue la sangre al río. Chris…

—Christopher.

—… se refería a que Arturo es puro perfeccionismo —me explica Elvira a mí como si yo no me enterara de nada—. Pero Nicki es intimísima amiga de Arturo —le explica a él como si tampoco se enterara de nada— y no acepta críticas. No os enfadéis. Y mucho menos por Arturo Claramunt, el hombre que menos se enfada por nada en el mundo.

—Prueba a decir «algas» en lugar de «plantas posidonias» delante de él y me lo cuentas —le replica él.

¿Perdona?

—Oh —exclama Elvira, impidiéndome escupirle la réplica que tenía en la punta de la lengua y pasando olímpicamente del comentario de Lacoste—, hablando del rey del TOC, por ahí vienen mis gemelos favoritos del mundo. ¿De dónde han salido, por cierto? Hace un segundo no estaban ahí.

—Ni idea —responde Lacoste con desinterés—, pero podrían ser así de rápidos en la pista. Les iría mucho mejor. Sobre todo a Andy.

—¡Chip y Chop! —los llama Elvira, muerta de la risa por el comentario de Lacoste.

A mí me encantaría unirme a las mofas, pero no puedo. A pesar de lo que ha pasado entre Andrés y yo, no puedo. Porque él ama el tenis por encima de todo y lucha cada día por mejorar y que su familia se sienta orgullosa de él. Y a Arturo lo quiero demasiado como para reírme de él.

—¿Chip y Chop? —pregunta Lacoste, divertido. Elvira le guiña un ojo y vuelve a los gemelos.

Arturo le rodea el cuello a Andrés con el brazo y le susurra algo al oído. Damián viene con ellos. Es difícil ver a Arturo sin Damián, o a Damián sin Arturo. Son mejores amigos desde que ambos tienen uso de razón. Damián con Andrés no se lleva tan bien, lo que no me extraña, teniendo en cuenta la cantidad de horas que pasan juntos y el carácter de mierda que tiene el segundo. El que me falta ahí con ellos es Patrick… Qué raro.

—¡Chicos! ¿Qué hacéis tan juntitos y abrazaditos? ¿Estáis conspirando? No os conoceré yo ya.

Iban a pasar de largo, pero la insistencia de Elvira los obliga a detenerse.

—Hola, chicas —nos saluda Damián. De Lacoste pasa como de la mierda.

No he tenido ocasión de observarlos demasiado esta semana, pero por lo poco que he visto me resulta curioso que Andrés, Damián y Lacoste griten en voz bien alta que no se soportan cada vez que tienen ocasión y que Arturo y Lacoste, que son rivales directos en la pista (mucho más que Andrés y Lacoste), se traten con ¿afabilidad? Es cierto que Arturo es un trozo de pan, pero aun así… ¿Es posible que se admiren de alguna manera? No sería de extrañar, ambos son igual de prodigiosos.

—¿Es cierto lo que se dice de Wimbledon? ¿Que vosotros dos os peleasteis a lo grande? ¿Que llegasteis a las manos?

¿Por qué Elvira le habla a Arturo como si se tratara de Andrés? Creo que no he escuchado parte de la conversación, perdida en mis pensamientos.

—Lo que sucedió en Wimbledon se quedó en Wimbledon —responde Andrés.

—Tú siempre tan conciliador, Arturito —le replica Elvira.

Oh, entiendo, los ha confundido y ellos no se han molestado en corregirla. Ya veo que las cosas por aquí no han cambiado nada. Arturo y Andrés son tan idénticos que la gente los invierte a diario.

—Somos una familia de conciliadores, bombón —añade Arturo—. Ya lo sabes.

¿Bombón? Arturo jamás llama a nadie así. Es Andrés el que… Vaaale. No solo no se han molestado en corregirla, sino que han aprovechado la coyuntura y han intercambiado los papeles; les encanta hacerlo, para ellos es un juego. Miro de reojo a Andrés, al verdadero; no les quita ojo a su hermano y a Lacoste. ¿Evita mirarme a mí? Qué maduro por su parte. Aunque muy en línea con su comportamiento de la última semana, donde yo soy la peste y él, el último humano sobre la faz de la Tierra que lucha por su supervivencia. Yo también me he propuesto pasar de él, me lo he propuesto desde que supe que regresaba al CAR (tengo que repetírmelo a menudo), pero lo suyo es de un nivel superior. Y así están las cosas. Yo estoy bien. ¿Y le ha dado el reloj a su hermano? Sí, claro que lo ha hecho, se toma muy en serio el intercambio de gemelos.

—Sí, sobre todo tú, *bombón*. Cuidado con los canapés, por cierto, muchos llevan marisco y no queremos tener un disgusto.

—Tranquila, no me como nada que no haya probado Patrick antes.

Elvira ríe a mandíbula batiente, Lacoste arquea una ceja, Andrés mira a su hermano con orgullo, por esa salida tan de él, y creo que yo también lo hago.

—Arturo es el gemelo pacífico —le explica Elvira a Lacoste— y Andrés es el revoltoso. Aunque estoy segura de que tú los conoces bien.

«Revoltoso», dice la otra. Qué considerada…

—No tanto —responde Chris—. Mis conocimientos sobre ellos no van más allá de que ninguno sabe jugar al tenis.

Arturo rompe en una carcajada y Lacoste lo imita un segundo después. Entrecierro la mirada, creo que me he perdido algo. Andrés continúa sin mirarme.

—¿De qué os reís vosotros dos? —les pregunta Elvira.

—Yo de algo de lo que me he acordado.

—Yo también.

—¿Has visto la grabación de tu primer día aquí, Lacoste? —contraataca Andrés—. ¿Esa en la que te doy una paliza en la pista?

—¿Tú me das una paliza, Arthur? ¿No me digas? ¿Cómo he podido olvidarlo?

«Arthur». Él también los ha confundido. Lógico. Y, además, esta noche van vestidos de manera muy similar: pantalones vaqueros y camisetas en tonos pálidos. A mí también me habrían engañado si hubieran fingido ser el otro desde el principio. No tengo problema en reconocerlos cuando Arturo es Arturo y Andrés es Andrés. ¿Pero cuando actúan para ser el otro? Esa es otra historia. Porque lo bordan. Aunque algo me dice que a Lacoste no lo habrían

engañado si hubieran llevado una raqueta en la mano. A Andrés lo prefiero con camisetas oscuras, pero eso no viene al caso.

—Mi hermano y yo tenemos una teoría. Cenas hamburguesas con carne de tu propio cerebro por las noches y eso hace que cada vez seas más gilipollas. Y un poco zombi, ahora que lo pienso. Lo que va en total sintonía con tus andares.

—Qué valiente te veo, Arthur, rodeado de tanta gente. ¿Me lo dices a solas?

—Cuando quieras —replica Andrés con los ojos fríos clavados en él, sin una gota de mofa o diversión.

Lacoste ríe de nuevo.

—Creo que nunca me habías llamado gilipollas a la cara —responde divertido, dejando pasar la tormenta en lugar de enfrentarse a ella. No me esperaba a Lacoste de esta manera. Tiene un gran sentido del humor y es bastante pacífico, muy en la línea de Arturo. Cada vez tengo más curiosidad por saber qué fue lo que los llevó a llegar a las manos a él y a Andrés en Wimbledon. Aitana no sabía demasiado; Andrés no suele dar explicaciones—. ¿Y qué problema tienes con mis andares, Arthur? —le insiste Lacoste a Andrés—. No me lo habías dicho.

—¿Por qué iba a decírtelo?

—Cierto. ¿Y tú no dices nada, Andy? —le pregunta a Arturo.

—Lo de que te comes tu propio cerebro ha sido idea mía.

—No me cabe la menor duda.

—Qué año más divertido nos espera —exclama Elvira de pronto.

No puedo estar más de acuerdo. Damián, que apenas ha abierto la boca, rompe de pronto en una carcajada.

—¿Y ahora tú de qué te ríes?

—Acabo de entender el doble sentido sexual de lo de que Andrés no come nada que no haya probado Patrick antes.

—A buenas horas, mangas verdes —le dice Andrés en una salida espontánea muy suya. Mal, Andrés. Así no engañas a nadie. Arturo jamás le diría algo así a Damián.

—¿Os he contado alguna vez de dónde viene ese refrán? —añade Arturo—. Escuchad, hace muchos años…

Qué buena salida de Arturo. Esta noche está bordando la imitación a su hermano. Porque con Andrés Claramunt nunca te aburres, a no ser que no lo soportes, claro, y una de las muchas *virtudes* que posee el muchacho es la de inventarse versiones de una misma historia. Te narra tres y tú tienes que adivinar cuál es la verdadera. Y te las cuenta de tal manera que todas parecen reales. Es un don. Miente más que habla.

Arturo termina su relato y todos juegan a adivinar cuál es la opción correcta.

—¡Elvira! ¡Nicki! —Julia nos llama desde el otro extremo de la habitación—. ¿Podéis venir un momento?

—Claro. Perdonadnos —nos disculpa Elvira a las dos—. Os tenemos que dejar, chicos. Pero

ya seguiremos. Me ha encantado compartir este rato con vosotros.

Abandonamos el grupo y Andrés, en el instante en que paso cerca de él, me mira de reojo. Es la peor interpretación de Arturo que ha hecho en su vida; su hermano jamás me esquivaría la mirada. Yo le lanzo un beso para que enloquezca pensando si es para él o para su gemelo. Uno a uno, subnormal.

Julia nos habla de un entrenamiento personalizado que pretende que tengamos Elvira y yo y es importante que le preste la atención que se merece, pero no lo hago porque estoy cansada y tengo la cabeza en otra parte.

—Disculpadme un momento, por favor —les pido—. Tengo que ir al servicio.

—Voy contigo —me dice Elvira.

—Eh… —me sorprendo; nunca hemos sido la clase de compañeras que van juntas al baño—, vale.

Salimos de la sala y cruzamos el pasillo que nos lleva hasta el primer cuarto de baño. Me aborda en cuanto la puerta se cierra detrás de nosotras.

—Nicki, ¿has estado con Andrés?

—Es evidente. Ahora mismo. Delante de tus narices.

¿Está ciega o qué?

—Me refiero a si habéis coincidido a solas.

No me gusta dar explicaciones de mi vida a nadie, y mucho menos a gente que no forma parte de mi entorno más íntimo, pero, como siempre me dicen que soy una borde, en lugar de responder como quiero («¿y a ti qué te importa?»), saco a relucir la buena educación que mi hermano me ha dado y…

—Sí, coincidimos a solas mi primer día.

—¿Y todo bien?

Abro el grifo del agua fría y me empapo las manos.

—Todo como siempre.

—¿Habéis hablado de lo vuestro?

—¿De qué nuestro, Elvira?

Que Andrés y yo nos acostábamos lo acabó sabiendo todo el CAR; hay situaciones que son difíciles de ocultar y más aún si doscientas personas viven bajo el mismo techo.

Humedecerme las manos no es suficiente para despejarme, así que vuelvo a llenarlas de agua y me refresco el rostro. Me froto los ojos.

—Ya lo sé, es solo que… Ya conoces a Andrés. —Sí, bastante—. Nunca sabes por dónde te va a salir y quería saber si estabas bien. Es como cuando te metes en la cama con él, te despiertas con sus pies en la cara, ¿verdad? Literalmente.

Se me tensan tanto los músculos que dejo de frotarme los ojos. Me congelo. ¿Literalmente? ¿Cómo que literalmente? Andrés no para quieto en la cama, lo sé porque he dormido con él. Andrés amanece la mayoría de los días del revés, lo sé porque he amanecido muchas veces con

sus pies en mi cara. ¿Y ella lo sabe *literalmente?*

Oh, Dios. Cierro los ojos y chasqueo la lengua. Lo entiendo de inmediato y siento que una astilla se me clava en el corazón. Se han acostado juntos. ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Por qué? ¡¿Cuántas veces?!

Sé que Andrés, siendo quien es, y siendo como es, se acuesta con tías casi a diario, pero tener a una de ellas delante de mis narices y saber que lo han hecho aquí, en mi hogar… No soy de piedra. Y a ella le ha faltado tiempo para venir a contármelo. Levanto la vista y me doy de bruces con la suya a través del cristal. Irradia culpabilidad. ¿Por qué culpabilidad?

—Lo siento —me dice muy seria—. Lo siento muchísimo, Nicki. Siento asediarte así, pero necesitaba decírtelo. Hace un año que necesitaba decírtelo. No podía mirarte a la cara y ahora necesito mirarte a la cara en la piscina.

¿Hace un año? Entonces ato cabos y dejo de respirar.

—Tú eres la chica de la fiesta —susurro—. Fuiste tú quien se acostó con Andrés esa noche.

—Sí —reconoce sin pestañear.

Siento… asco. Siento tanto asco que no puedo ni compartir espacio con ella. Necesito respirar. Necesito largarme de aquí.

—No, espera. —Elvira me corta el paso hacia la salida y detiene mi avance—. Por favor, espera. Lo siento. Lo siento muchísimo. No voy a intentar justificarme porque no existe justificación para lo que hicimos. Solo quiero disculparme. Por favor. Tenemos que trabajar juntas a partir de hoy y va a ser muy jodido hacerlo si no solucionamos esta mierda. Quiero contártelo todo, quiero ser sincera contigo. Fui una hija de puta y te pido perdón por ello. Porque él era tuyo en ese momento. Estábamos borrachos los dos, tonteamos, nos hablamos al oído y se nos fue de las manos. Debí haberlo parado. Fue un calentón y… No te voy a decir que me arrepentí al terminar, porque mentiría. Ni que pensé en ti mientras follábamos, porque tampoco es verdad, pero si pudiera echar el tiempo atrás…

—¿No te lo follarías?

—Esa noche no. Ni la siguiente. Ni la siguiente de la siguiente. Esperaría. Debí esperar.

—¿Esperar a qué?

—Esperar a que lo vuestro se enfriara. Lo siento. Nicki… Él y tú…

—Él y yo nada —la interrumpo—. ¿Tienes algún remordimiento más que confesar?

—No.

—Pues apártate de mi camino.

Lo hace y paso por su lado como una exhalación.

—¿Crees que podrás trabajar conmigo? —me pregunta en cuanto abro la puerta—. Porque, si no puedes, tenemos un problema y Julia tendrá que saberlo. Asumiré las consecuencias. Soy muy consciente de que esto es culpa mía.

—Sé consciente también de que mi trabajo está por encima de todo. Como compañera, te acostaste con el tío con el que me acostaba yo y puedes irte a la mierda. Como nadadora,

prometo sacar lo mejor de ti.

—Gracias, Nicki. Y respecto a Andrés…

—Es todo tuyo. Te lo regalo.

Abandono el baño de un portazo. Voy a matarlo.

Andrés Claramunt dinamitó nuestra no-relación por teléfono. Yo estaba sola en mi nuevo apartamento en Suiza, medio dormida en el sofá, y todavía hay días en que me estremezco con el sonido de una llamada entrante. Me merecía algo más. Recuerdo que apenas podía oírlo, había muchísimo ruido de fondo, pero advertí un matiz extraño en su voz. ¿Urgencia? ¿Angustia? No sé.

—¿Andrés?

—*Hola.*

—¿Y ese jaleo?

Entonces debió de moverse, porque la música, el canturreo, los silbidos y los murmullos murieron casi en su totalidad.

—*Estoy en una fiesta.*

—¿Estás borracho?

—*No.*

—¿Has bebido?

—*Sí.*

—¿Estás bien?

—*No.*

—Andrés, ¿qué pasa?

—*Necesito hablar contigo.*

—¿Ahora? ¿Sabes qué hora es?

—*Las dos de la mañana.*

—¿De qué quieres hablar?

—*De algo que podría hacer, pero que no sé si puedo hacer.*

Se me heló la sangre en las venas, el corazón comenzó a latirme a mil por hora y cerré los ojos porque supe con exactitud a lo que se refería. Lo conocía demasiado bien.

—¿Qué quieres hacer?

—*No he dicho que quiera, he dicho que no sé si podría hacerlo.*

—¿Con quién?

—*Qué más da. No tiene nombre. Con cualquiera. Ella no es el problema. El problema somos nosotros.*

—No hay ningún nosotros.

—*Estaba a punto de enrollarme con ella. A punto, y…*

—¿De pronto te has acordado de mí?

—*Sí. Y no he podido hacerlo. Necesitaba hablar contigo. Porque tú y yo… ¿Tú y yo…?*

Nicki, tú y yo…

—Tú y yo no estamos juntos, Andrés. Lo sabes, ¿verdad?

—*¿Lo sé?*

—Sí, lo sabes.

—*Vale, entendido.*

—¿Hemos hablado alguna vez de ser exclusivos?

—*No. Pero hay ocasiones en que las palabras no son necesarias.*

—No es nuestro caso.

—*Bien.*

—¿Necesitabas corroborarlo conmigo? ¿Necesitabas llamarme por teléfono para que te diera permiso para follarte a otra tía?

—*Algo así.*

—Pues te lo doy. Dime una cosa, por curiosidad, ¿desde cuándo?

—*Desde cuándo, ¿qué?*

—¿Desde cuándo necesitas acostarte con otras tías y no lo haces porque crees que tienes algo conmigo?

—*Desde hace un par de meses.*

—Hace un par de meses que me fui.

—*Sí.*

—¿Y has estado dos meses aguantándote las ganas? Te felicito.

—*Gracias. Dime tú otra cosa, por curiosidad.*

—¿Qué?

—*Imagínate que tú y yo sí tuviéramos algo y que te llamo para dejarlo contigo porque quiero follarme a otra. ¿Qué me dirías?*

—Te diría que eres un iluso si crees que no es infidelidad por dejarme por teléfono cinco minutos antes de follarte a otra. Te diría que es lo más asqueroso que has hecho en tu vida. Te diría que ya no hay vuelta atrás. Que no puedes arrepentirte mañana, pedirme perdón, llorar en mi regazo y pretender que no ha pasado nada. Te diría que yo no soy Arturo. Ni Aitana. Ni Patrick. ¿He saciado tu curiosidad?

—*Sí.*

—Si tú y yo tuviéramos algo de verdad, podría odiarte por esto.

—*Deberías.*

—No te importaría, ¿verdad? Que te odiara.

—*Vista arder una gasolinera, vistas todas. La primera impacta, luego ya…*

—Vete al infierno, Andrés.

—*El Leviatán y yo nos llevamos bien. Adiós, Nicki.*

Me colgó el teléfono sin que le temblara la mano y yo permanecí inerte con él en la oreja durante minutos, u horas, reproduciendo la conversación, sin acabar de creerme lo que había

ocurrido.

«No tiene nombre. Con cualquiera». Maldito mentiroso. Lo ahogaría en la piscina ahora mismo. Y el universo me lo sirve en bandeja cuando lo veo, solo, cruzar el pasillo con cara de estar buscando a alguien. Sin pensármelo dos veces, lo cojo de la muñeca y lo arrastro a la primera habitación libre que encuentro. También mando a la mierda el escalofrío que me ha recorrido las venas cuando lo he tocado.

—¡Ey! ¿De qué vas? Suéltame. ¡Nicki!

Entramos y lo dejo libre, frente a mí. Cierro de un portazo. Es la noche de los portazos. Lo miro con rabia. Con decepción. Con asco. Con ira. Cojo aire y lo suelto, despacio. Tengo que controlarme. Enciendo la luz, el reflejo de la noche que entra a través del cristal apenas nos ilumina las caras. Cuento hasta sesenta, porque me transporta al lugar más bonito del mundo, a mi piscina, donde mido las sesiones para mis adentros. Uno, dos, tres, cuatro…

—¿Qué coño haces, Nicki?

—¿Buscando a tu próxima víctima, Claramunt? —contraataco con la mandíbula apretada.

—Buscando a mi hermano —responde con cautela. Y con sospecha. Su atención, fija en cualquier parte menos en mi rostro.

—Cómo no.

—¿Lo has visto?

—¿A Arturo?

—No, al Papa. —Mis ganas de fulminarlo con la mirada surten efecto, porque enseguida recula y me responde como lo haría una persona normal—. Sí, a Arturo.

—No sabría decirte. Puede que lo haya visto, pero quizá solo eras tú.

Me acerco a él, necesito mirarlo a los ojos y que él me mire. Veinte, veintiuno, veintidós, veintitrés…

—Es algo maravilloso que continúes sin diferenciar al tío con el que follabas de su hermano gemelo —me susurra sin rastro de su burla habitual. Se acerca más a mí.

—¿Verdad? —susurro. Estamos tan cerca que apenas necesitamos las voces para hablar; él continúa sin mirarme.

—Quizá te enrollaste con él en el pasado en lugar de conmigo y no te diste cuenta. —Su aliento me impacta en el rostro de igual manera que aquella noche impactaría en el rostro de ella. Siento nauseas—. Quizá tu ex sea él y no yo.

Cuarenta, cuarenta y uno, cuarenta y dos, cuarenta y tres…

—Tú no eres mi ex. Y eso habría sido francamente divertido.

—¿Verdad?

—Arturo y yo tenemos muchas cosas en común. Somos muy parecidos.

—Sí, sois tal para cual.

Sonrío.

—Te daría igual. ¿A que sí?

—¿El qué?

—Que me hubiera enrollado con tu hermano.

—Cero preocupación. No eres su tipo.

Cincuenta y siete, cincuenta y ocho, cincuenta y nueve, sesenta.

Lo agarro por el pelo y lo obligo a mirarme de una vez por todas. Nuestros rostros quedan a pocos centímetros de distancia, así que no le queda más remedio que enfrentarme. El suyo sigue siendo tan bonito como siempre. Y de cerca lo es aún más. La piel es blanca y tan suave al tacto que incluso la sientes sin tocarla. El minúsculo lunar en la mejilla derecha. Los labios gruesos y sensuales. Es evidente que no me acosté con él porque me atrajeran sobremanera su temperamento y arrogancia, lo hice por «su cara bonita», que es realmente bonita, y porque me hacía reír, a veces. A nadie le amarga un dulce, a no ser que no le guste el dulce, claro. Eso sí, el flequillo debería cortárselo; no le cubre los ojos porque se lo curva hacia arriba. El recuerdo de Andrés tumbado en la cama, desnudo, soplándose el flequillo justo después de alcanzar el orgasmo me atraviesa entera. ¿También lo hizo cuando se acostó con ella? Debo de ser muy transparente ahora mismo porque…

—Lo sabes —susurra.

—Lo sé.

—¿Te lo ha contado Elvira?

—Bingo. Le ha faltado tiempo, ¿no crees?

—Hummm.

¿¿¿Hummm??? Dejo de susurrar, dejo de aguantarme la rabia, lo libero de mi agarre y exploto.

—¿Una cualquiera? ¡¿Una cualquiera, Andrés?! Eres un puto mentiroso. —Elevo las manos al cielo de pura frustración—. Me hiciste creer que fue la primera tía que se te puso por delante y…

—Yo nunca te dije eso —me dice muy tranquilo, lo que me exaspera aún más—. No fue la primera tía que se me puso por delante, ni la número cien, en los meses en que tú y yo *estuvimos juntos*. Fue la primera a la que le dije que sí. Y a ti te importó una mierda, así que no entiendo por qué me sacas de la fiesta del CAR, donde me lo estaba pasando de puta madre, y me traes a discutir a esta sala que huele a rancio. Y, por cierto, no vuelvas a tocarme.

Puff, me lo como. Y no en el buen sentido.

—¡Me mentiste! No era una tía al azar, era una de mis compañeras. Joder, Andrés. ¡Una de mis compañeras!

—En ese caso, lo siento. Debí haberlo hecho con alguien de gimnasia rítmica o de kárate.

—Con el paso de los años he desarrollado inmunidad hacia tus gilipolleces —lo señalo con el dedo—, así que no te molestes. Y ahora cuéntamelo.

—¿El qué?

—Lo que sucedió aquella noche. Quiero escucharlo de tu propia boca. Quiero que tú me lo

cuentes.

—¿Por qué?

No lo sé.

—Porque sí. Habla. Estabais en una fiesta, en una casa a las afueras de Barcelona.

Andrés duda, pero entonces se acerca de nuevo a mí y…

—Estábamos en una fiesta, en una casa a las afueras de Barcelona —repite—. Hacía calor. Había mucha gente. Alcohol. Música. Yo estaba con Patrick. Arturo andaba desaparecido, como siempre. Bebí. Comencé a bailar. Ella estaba allí. Vino a hablar conmigo. Le ofrecí mi bebida. Tonteamos. Bailamos. Hablamos. Nos tocamos. Y estuve a punto de besarla porque todo parecía empujarme a ello. Patrick me cogió del brazo y me sacó de allí. Yo te llamé por teléfono y hablamos. Me diste permiso para que me la follara.

—¿Qué pasó después?

—Que me la follé.

Sus ojos ya nunca abandonan los míos y, la verdad, creo que prefiero que no me mire, el impacto de sus palabras es menor.

—¿Y ya está?

—Ya está. —No me lo creo. Hay algo en su mirada que… —. Patrick me llevó a casa porque yo no podía conducir —añade.

Espera un momento…

—¿Patrick te llevó a casa?

—Sí.

De pronto, lo noto nervioso. No me había percatado hasta ahora de que lo estaba, perdida en mis propias emociones. ¿Desde cuándo está nervioso? Andrés no suele inquietarse. Por nada.

—¿Esa misma noche te llevó a casa?

—Sí.

—¿Y por qué acaba de decirme Elvira que se levantó con tus pies en la cara?

—Lo ignoro —responde con auténtica naturalidad—. Jamás he dormido con ella.

—¿Y cómo lo sabía entonces?

—Lo habrás comentado tú en alguna ocasión. O se lo habrá oído decir a Arturo. O a Aitana. O a Patrick. O a mis padres. No hay más posibilidades. Sois las únicas personas con las que he compartido cama en algún momento de mi vida. Lo de mis padres no lo veo, y respecto al resto de mi familia… algo me dice que tampoco. Lo más probable es que hayas sido tú, teniendo en cuenta que sueltas lindezas por esa boquita tuya a diario.

No se lo niego, no siempre controlo lo que me sale por la boca. Y Elvira en ningún momento ha dicho que ella se ha levantado con los pies de Andrés en la cara. Supongo que ha jugado con las palabras a propósito. Supongo que era una manera como cualquier otra de sacarme el tema.

—¿No me ocultas nada, Andrés?

—No —afirma con rotundidad, pero con una un tanto… ambigua. Es una determinación que

roza la timidez.

—¿Y por qué tengo la sensación de que sí? ¿Por qué tengo la sensación de que me ocultas algo importante?

—No lo sé —desvía la mirada, por fin, y se aleja de mí—, pero eso es lo que sucedió con ella aquella noche. Puedes creerlo o no. Tú misma. Me importa una mierda. Ni siquiera sé qué coño me recriminas. Dejaste muy claro que te daba igual. Ah, espera, que casi lo olvido. Me echas en cara que no me follara a alguien de tiro con arco, ¿no?

—Justo —respondo con ironía. Dios, menos mal que Andrés aún no me importaba lo suficiente. Menos mal que no lo quería, porque habría sido desastroso para mi corazón. Aunque estuve a punto de sentirlo. A punto—. Por cierto, creo que a Elvira todavía le gustas.

—¿No me digas? ¿Y qué te ha llevado a esa conclusión? ¿Te lo ha contado ella?

—¿Por qué? ¿También estás interesado?

—Quizá…

—En ese caso te digo lo mismo que le he dicho a ella, lánzate y no os preocupéis por…

—¿Qué le has dicho? —me interrumpe.

—¿Qué?

—¿Qué le has dicho exactamente?

—Que se lance. Que eres todo suyo. No sé, algo así.

—¿Me has regalado? —me pregunta molesto.

Me encojo de hombros.

—Quizá…

—¿Y quién te crees que eres tú para regalarme?

—¿A qué viene ahora hacerse el ofendido, Andrés? Tú solito te sirves en bandeja cada vez que tienes ocasión.

—No en una bandeja que vaya en tus manos. No te pases, Nicki. No pienso permitírtelo.

Pero… ¡Dios! Ya no puedo más. Esto no es terreno conocido, esto son unas arenas movedizas estratosféricas. Andrés y yo siempre hemos discutido, porque nuestros caracteres chocaban con la fuerza de dos aviones a más de mil kilómetros por hora, enfrentados en el mismo espacio. Discutíamos incluso cuando nos acostábamos —como aquella vez en que entrenaba en la pista al lado de la piscina y una de sus pelotas de tenis se salió de la red, cayó en el agua justo a mi lado y estuvo a punto de darme. Tuvimos una bronca épica y eso que lo hizo sin querer y que acabábamos de salir de su dormitorio hacía veinte minutos—, pero su actitud ante mí nunca ha sido tan hostil. Y Andrés no es una persona irascible.

—¿Qué pasa contigo, Andrés? ¡¿Qué pasa?! ¿Por qué estás tan enfadado conmigo? ¡Debería ser yo la enfadada!

—¿Por qué? —Se acerca tanto a mí que otra vez me queda demasiado cerca ese lunar suyo de la mejilla. Arturo también lo tiene, es uno de esos lunares determinados por la genética, pero no es igual. Ni de lejos—. ¿Por qué deberías ser tú la enfadada?

—¿Cómo que por qué? ¡Te acostaste con Elvira!

—¡Y a ti te importó una mierda!

—¡Me importa ahora!

—Ahora ya es tarde, las explicaciones tenías que haberlas pedido en su momento.

—¿No había otra, Andrés? ¿Tenía que ser con ella?

Andrés bufa, me mira como nunca lo ha hecho en la vida, con decepción, y sacude la cabeza.

—Paso, Nicki. Paso.

—¿Pasas palabra?

—No, paso de ti. Pasa tú de mí también.

Sale de la habitación sin mirar atrás y yo, a pesar de encontrarme entre las paredes de mi hogar, me siento más perdida que nunca. Porque no entiendo nada. ¿Qué se supone que debía decirle cuando me llamó aquella noche? ¿Qué mierda se supone que debía decirle? Apenas había llegado a Suiza y él y yo casi no habíamos hablado. Solo un par de mensajes cruzados. Banalidades. Estábamos… fríos. Dormidos. Yo di por hecho que no habíamos hablado de lo nuestro porque no había nada. Porque no éramos nada. Y él me llamó para corroborarlo. Me llamó para decirme que quería acostarse con otra. Si hubiera querido algo conmigo, no habría hecho esa llamada. Y no habría querido follársela. ¿Quién era yo para impedírselo? Nadie. No podía exigirle nada. No tenía derecho.

No querías exigirle nada, Nicki, porque no estabas enamorada de él.

Sí, eso.

5: No sé qué tienen las apuestas, pero se extienden más rápido que la tinta del chipirón cuando se encuentra en peligro

ARTURO

Dos horas antes

Situación actual: mi hermano y yo estamos tumbados boca abajo con la cabeza sobre las manos, debajo de la cama de Patrick, a la espera de su inminente llegada, que lleva siendo inminente desde hace más de diez minutos, dado que Andrés ha «escuchado sus pasos» ocho veces por lo menos. Físicamente me encuentro bien, el pavimento se ha calentado bajo mi peso y mis huesos podrían permanecer aquí diez horas más (no sería la primera vez que duermo en el suelo), pero psicológicamente llevo más de diez minutos viendo el último cajón del escritorio de Patrick medio abierto y mi trastorno obsesivo-compulsivo me está haciendo papilla. No puedo soportarlo más. He intentado salir varias veces y cerrarlo a toda prisa, pero las manos de Andrés me han frenado en cada una de las ocasiones.

—Aguanta, joder.

—El cajón, Andrés. Me está matando.

—Lo sé, pero mira hacia otro lado. O piensa en otra cosa. En lo que sea.

¿En lo que sea? Pensar en Chris suele teletransportarme bastante, así que… Divago.

Mmm… La tercera vez que me enfrenté a Chris, y que lo tuve frente a frente de nuevo, respirándolo, fue casi dos meses después de Wimbledon, en las pistas de superficie dura de Nueva York, en la ronda preliminar individual junior masculino del Abierto de Estados Unidos, el cuarto y último torneo Grand Slam de la temporada. Jugué dos Grand Slams en un año. Fue un gran año. Y a pesar de encontrarme en el estadio de tenis más grande del mundo, empequeñecía en comparación con la presencia de Christopher Lacoste, que lo inundaba todo. El tiempo se detuvo cuando él entró en la pista. El tiempo se detiene cuando Christopher entra en una pista. El tiempo y mis sentidos.

La suave brisa del verano neoyorquino renunció a agitarme el cabello y mis pulmones abandonaron la tarea que se les encomendó hace tantos años, antes incluso de que mis ojos vieran la luz del día por primera vez: respirar. Hay que reconocerle a Chris el mérito de ser capaz de hacer algo así con tan solo sus andares prepotentes, sus pantalones negros de competición y una bolsa en cada hombro. Así ha sido siempre. Nunca le di demasiadas vueltas. Yo las vueltas se las doy a las pelotas de tenis.

Y a las de él.

Recuerdo inspirar con fuerza y respirar tenis. En las pistas de tenis se respira tenis, y es posible que suene redundante, pero no lo es. En la calle no siempre se respira aire libre y en las casas no siempre se respira hogar. Aquel día yo respiraba tenis. Y a Chris. Partículas y partículas de aire impregnadas con la presencia de ambos. Una esencia que nació aquel día y que mi

sentido del olfato no descompondría jamás.

El Abierto de Estados Unidos es lo contrario a Wimbledon. No existe nada más opuesto. Ni siquiera la noche y el día. La gente tiende a comparar las desigualdades de la vida con la noche y el día. Yo las comparo con Wimbledon y el Abierto de Estados Unidos. En ocasiones, también con los caracoles de río y los de tierra. Wimbledon es Inglaterra y el Abierto de Estados Unidos es Norteamérica. Y Norteamérica se aleja más de la calma inglesa que Plutón de la Tierra.

Los fanáticos reventaban las gradas, volcados en ambos por igual, y la temperatura y la humedad eran tan altas que me sentía como en casa. Vi un avión surcar el cielo y dirigí la mirada a mis calcetines; debía asegurarme una vez más de que estaban al revés o el partido se iría a la mierda sin remedio. Rafa me dio una palmada en el hombro y entré en la pista.

Chris estuvo fuerte, pero yo lo estuve más.

Chris intentó confundirme con sus saques, pero yo conocía demasiado bien su juego. Más que el de cualquier otro rival.

Chris me hizo correr como nunca, pero a mí me sobraban energías. Y eran todas para él.

Chris solo había perdido un set en lo que llevábamos de torneo y todo apuntaba a que continuaría así.

No se cumplió.

Supe que iba a ganarle en el comienzo del segundo. Solo lo supe. Y así fue. Le gané por goleada. O por pelotada. Y mientras estaba tirado bocarriba en el suelo, cuando fui consciente de que lo había conseguido, me sentí de puta madre. Feliz. Con ganas de jugar doscientos partidos más contra él y de ganarle todos los que pudiera. Hacía muchísimo tiempo que el tenis no me hacía sentir así. Y solo tenía catorce años.

AC 6 6 6
CL 7 0 2

La fiesta posterior al evento se celebraba esa misma noche en Long Island, en el condado de Suffolk. No la fiesta oficial, sino la extraoficial, organizada por uno de los participantes en su propia casa y al que, por cierto, Chris había machacado en varios torneos en los últimos años.

La alternativa a la fiesta era cenar con nuestras familias (Claramunts y Figueroas) en el restaurante favorito de mi madre en Nueva York y aburrirnos como ostras. No lo dudamos, a pesar de que Aitana no pudo venir con nosotros por ser demasiado pequeña. Nos dijeron que la temática del evento sería *El gran Gatsby* y nos vestimos de punta en blanco para la ocasión. Recuerdo el tremendo calor que me causaban los tirantes y que traspasaba la camisa de manga corta y recuerdo intentar arrancarme la corbata sentado en la parte de atrás del taxi que compartíamos con Patrick mi hermano y yo. Los tres estábamos exultantes tras mi victoria contra Chris.

La música sonaba a tal volumen que se escuchaba desde el interior del taxi: jazz. Había gente

por todas partes, fuera y dentro de la vivienda, una casa victoriana de dos alturas y pintada de color blanco y azul. Y puede que saliéramos los tres juntos del taxi, pero nos separamos en el instante en que entramos en la vivienda. Patrick arrastró sus pies hacia la izquierda y nosotros hacia la derecha. Andrés y yo tiramos mucho hacia la derecha. Incluso en la pista. O eso dicen.

Christopher Lacoste fue lo primero que vi. Mucho antes que la decoración de los años veinte. Mucho antes que el *champagne* de copa ancha y escasa profundidad amontonado en cascada sobre el ponche de frutas. Mucho antes que las cortinas doradas que colgaban del techo y que los globos de látex del mismo color desparramados por doquier. Mucho antes que al resto del mundo disfrazado de *flapper* o de gánster. Él no llevaba disfraz. Por supuesto que no. Solo unos vaqueros y una camiseta negra de manga corta; aun así, se lo veía todo emperifollado. Y guapo. O despampanante.

También él fue lo primero que vio Andrés. Y yo pronto aprendí que verlos interactuar era como asistir a un partido con comentarios mordaces y virulentos que viajaban de uno a otro como pelotas de tenis. En pocos meses, la animosidad entre ellos se había inflado más que un pez globo en peligro. Una animosidad inherente a la manera de jugar de Chris: agresiva y alborotadora. Chris juega con sus rivales y a mi hermano lo saca de sus casillas. A Chris le cuesta contener la risa y Andrés pierde. Yo recordé que la última vez que había estado con él, sin contar el partido, me había corrido en su puño. Todo fenomenal.

Mi hermano entrecerró la mirada y colocó las manos en un alto al fuego a poca distancia de Chris.

—Espera, yo a ti te conozco de algo, pero ¿de qué? No te ubico. Espera, espera, espera. Me está viniendo algo. —Cerró los ojos por completo, muy teatral todo, y entonces chasqueó los dedos—. Ah, ya sé. Mi hermano te ha dado una paliza esta tarde en una pista de tenis. Ha sido orgásmico.

—Espera, espera —replicó el otro con la misma expresión en el rostro.—. ¿Tú no eres el tipo al que he vapuleado decenas de veces? Ah, no. Que nunca has llegado tan alto como para enfrentarte a mí. Pero tú sigue soñando con un Grand Slam de tenis como los que sueñan con la paz en el mundo. Y como consejo personal —inclinó la cabeza y aproximó su rostro al de mi hermano—: explora tu cuerpo y busca tu propio orgasmo. Te gustará mucho más que apropiarte de los de tu hermano.

A Andrés no se le borró la sonrisa socarrona.

—Mi hermano y yo hacemos todo juntos. Podemos incluso replicarnos orgasmos. Conexión de gemelos, lo llaman.

—¿No me digas?

—Sí te digo.

—Te apuesto mil pavos a que puedo llevarme a tu gemelo a un cuarto oscuro para provocarle el orgasmo de su vida y que tú ni te darías cuenta.

Andrés estalló en carcajadas. Yo me atraganté con mi propia saliva.

—Y la paz en el mundo.

—Vosotros lo compartís todo, ¿no?

—Todo.

Chris nos sacó el dedo corazón antes de darse la vuelta:

—Compártelo con tu hermano, gilipollas.

—¡Seis cero! —gritó Andrés a su espalda. Después, se dirigió a mí—. Anda, vamos a celebrarlo, tete. Es tu noche.

—¿Replicar orgasmos?

—Bah, que le jodan.

Una hora después, frente al ponche, torcí el morro por tercera vez consecutiva. Demasiado dulce. La boca me sabía a un festival de azúcar pegajoso. Era agobiante. Y entre el dulzor y el bochorno de la noche el ambiente estaba cargado. Yo sudaba azúcar. Necesitaba algo salado, pero entonces mi hermano me agarró del brazo y me arrastró a bailar al centro del salón. Yo me sentía observado. Siempre me siento observado cuando bailo con mis hermanos, es parte de la gracia, pero me sentía más observado de lo normal. Y me sobraba la ropa. Qué puñetero calor. El traje pesaba más que la deuda fiscal de todos los gánsteres del mundo juntos.

Tras dar el espectáculo y echarnos unas risas salimos al jardín, a la zona de la piscina, a que nos diera el aire. Y no sé en qué momento acabamos de nuevo con Patrick, pero estábamos con él cuando Chris lo llamó.

—Patricio.

Nos giramos los tres.

—Lacoste.

—He oído por ahí que te gusta saltar en tu tiempo libre.

—Se llama *parkour*.

Patrick aún jugaba al tenis de manera profesional en aquella época, pero el mundo comenzaba a descubrir su pasión por la disciplina física en cuestión.

—Estoy casi seguro de que el *parkour* es otra cosa. Tú das saltitos aquí y allá.

—¿Saltitos?

A Patrick se le salían los ojos de las órbitas, Andrés se lo pasaba en grande y yo no dejaba de mirar a Chris a los ojos, pero él no me devolvía la mirada; como si yo no existiera, solo observaba a Patrick.

—Lo que tú haces puede hacerlo cualquiera. El *parkour* es otro asunto.

—Cualquiera, ¿eh? ¿Quieres apostar?

—Siempre.

A mi hermano y a Patrick el ego y la boca les puede. A mí me la suda bastante.

—Mil pavos a que lo hago mejor que tú —escupió Patrick.

—Hecho. Empiezo yo.

—Voy con él —añadió Andrés.

—¿Con quién? —preguntó Patrick mientras Chris se aproximaba a la piscina y nosotros lo seguíamos.

—Contigo, patito.

—¿Y ese voto de confianza?

—Cualquier cosa con tal de ir en contra del Príncipe de las Mareas.

—¿Y tú, tete? —me preguntó Andrés.

—Voy con Patrick.

Chris giró la cabeza y me miró por primera vez. Yo me hice el interesante y pasé de él. Y no sé qué tienen las apuestas, pero se extienden más rápido que la tinta del chipirón cuando se encuentra en peligro. Si un segundo antes había cien personas desperdigadas por la casa, en ese momento las cien se hacinaban alrededor de Chris y Patrick, todas ellas con un vaso rojo en una mano y billetes de dólar en la otra.

Una de las paredes de la casa se encontraba lo bastante cerca de la piscina como para saltar en ella con ambos pies al mismo tiempo y aprovechar el impulso para lanzarse al agua en un mortal hacia atrás. Sin pisar el suelo, claro. Esa era la idea de Chris. Una locura para abrirse la cabeza en toda regla, si no eres Patrick Villar de Figueroa. Para él era pan comido. Por aquella época Patrick había comenzado a arriesgar más y Andrés y yo habíamos comenzado a odiarlo. El salto que proponía Chris era de perfil bajo para su nivel. Y la integridad de Chris no me importaba demasiado, aún no estábamos *tan* liados.

—Eso no es muy *parkour* —replicó Patrick—. Es más bien una acrobacia para zambullirse en el agua.

—¿Ya te estás rindiendo?

—Por supuesto que no.

De pronto, la música cambió radicalmente. Tan radical como que comenzó a sonar la voz de Britney Spears.

Britney. Spears.

Oops!… I did it again.

Podría tratarse de un error, pero, en serio, Britney jamás podrá considerarse un error. Y después de un par de horas escuchando jazz, era reseñable. Tan reseñable como que Patrick se quitara toda la ropa excepto el bóxer y Chris no se desprendiera ni del halo de superioridad.

Chris fue el primero en saltar y… fue un desastre. Ni siquiera lo intentó. Saltó a la pared con un solo pie y de ahí al suelo. Punto. Ganó Patrick, por supuesto. Con un salto perfecto que dejó sin aliento incluso a la extravagante decoración, que palidecía a su lado. Aquello se convirtió entonces en un torbellino de vítores, aplausos, retos, gritos y mil cosas más. Un alboroto de los gordos. Yo ya no era capaz de ver la cabeza de Patrick, todos querían rodearlo, tocarlo y retarlo. Tampoco veía la de Andrés, lo perdí cuando se nombró a sí mismo tesorero de las ganancias del otro. Ahí andaban los dos, en el epicentro de la algarabía, juntos y revueltos como siempre. Podría caer un rayo sobre sus cabezas y ni se inmutarían.

Una cortina fina de gente se abrió y mis ojos se dieron de bruces con los de Chris.

«*Oops!… I*», vocalizó, solo para mí.

Se me aproximó con aire triunfal, a cámara lenta. Cruzó sus ojos con los míos, pasó de largo y se encaminó al interior de la vivienda.

Lo seguí.

Había una pareja enrollándose en el sofá. Al chico lo reconocí como otra víctima de Chris. Se estaban metiendo mano muy a lo grande. Tragué saliva. Me había entrado hambre. Hambre sexual.

Subimos por las escaleras al primer piso y miré hacia atrás en el último escalón para asegurarme de que nadie nos observaba. Cruzamos el pasillo hasta el último dormitorio. Entré después de Chris y cerré la puerta tras de mí. No me molesté en encender la luz artificial, el brillo de la noche era más que suficiente.

—Le he ganado mil pavos a tu hermano.

«Te apuesto mil pavos a que puedo llevarme a tu gemelo a un cuarto oscuro para provocarle el orgasmo de su vida y tú ni te darías cuenta».

—Todavía no.

El responsable de la música debió recuperar la cordura porque la banda sonora de la película *El gran Gatsby* llegaba estrangulada a la habitación. Lana del Rey: *Young and beautiful*.

Me acerqué a él.

Coloqué mi cuerpo a escasos centímetros del suyo.

Levanté uno de los brazos y muy despacio colé la mano por debajo de su camiseta.

Lo acaricié por primera vez en mi vida. Acaricié al intocable Christopher Lacoste. A la anguila eléctrica. Con intimidad. Y él se estremeció.

Su piel era suave. Y cálida. Delicada. Exquisita. Yo jamás había tocado el cuerpo de otra persona, no de manera íntima. Él fue mi primera vez y me gustó. El cosquilleo en los dedos. Los empujones de mi corazón contra el pecho, tan potentes que competían con la voz de Lana del Rey. La sensualidad. La seguridad que sentí.

Fui bajando. Y bajando. Le desabroché los vaqueros. Ambos respirábamos muy fuerte y nuestros alientos dulzones se encontraban a medio camino entre nuestras bocas. Mi cabeza no cejaba en su canto: «Estás tocando a Lacoste. Estás tocando a Lacoste. ESTÁS TOCANDO A LACOSTE».

Mis dedos inexpertos en su cuerpo alcanzaron su erección y la acariciaron como a mí me gusta que me acaricien. No dejamos de mirarnos a los ojos. Los suyos tenían las pupilas muy dilatadas. Los míos temblaban de la misma manera que mi mano y mis piernas. Hasta que tuve que agacharme. Y digo «tuve» porque era una necesidad. El cuerpo de Chris me llamaba como la luna llena llama a las mareas: sin remedio.

Lo abracé por la cintura y, cuando me metí su erección en la boca, mil pensamientos cruzaron por mi cabeza. Todos positivos. Porque también me gustaba.

El dulzor de mi paladar enseguida fue sustituido por el sabor salado de su excitación. Y me puse tan a tono que aumenté la velocidad.

Tanto que incluso gemí.

Tanto que hice oídos sordos a su primer aviso minutos después. Y al segundo y al tercero:

«Me voy a correr».

«Me voy a correr».

«Me voy a correr».

«Claramunt…».

Tanto que me corrí en los pantalones mientras él lo hacía en mi boca.

Otra noche memorable.

Andrés me da un codazo y los recuerdos de mi pasado con Chris se diluyen tan rápido como la resistencia de mi orgasmo de aquella noche. Un visto y no visto en toda regla.

—Oigo pasos —me susurra al oído—, y esta vez sí son los de Patrick. Prepara el teléfono.

Sí, esta vez sí son los suyos. Ese arrastre de zapatilla lleva su nombre. «Por fin».

—Por cierto, ¿no hueles a nata? —me pregunta Andrés, olisqueando el ambiente.

—¿A nata?

—Sí. A nata montada. Montada de habérselo montado a lo grande. Lo sabré yo… Patrick no suele traerlas a su cama. Es una novedad.

Arrugo la nariz y aspiro. Ahora que lo dice, sí que huele a algo dulzón. Abro la cámara del móvil y comienzo a grabar mientras regreso del todo al presente. A mi misión y al entorno que me rodea y que me sé de memoria: las láminas del suelo de madera gris clara, dos de las muchas que me rodean astilladas por tres sitios concretos. La caja de tela negra a mi derecha llena de discos de vinilo y libros antiguos. Las bambas de todos los colores apelotonadas unas encima de otras en el lado opuesto. La alfombra roja en medio del dormitorio con hilos que despuntan hacia todas partes. Y reconozco que el hecho de que me conozca el suelo de Patrick Villar de Figueroa mejor que el mío es destacable. Quizá Andrés y yo pasamos demasiadas horas aquí debajo…

Patrick hace acto de presencia en su dormitorio. O lo hacen unas deportivas de color azul fosforito y unas piernas enfundadas en un pantalón de chándal negro; es todo lo que mis ojos captan a través de la pantalla de mi teléfono. Esperamos unos segundos a que se interne del todo y entonces, solo entonces, Andrés y yo estiramos los brazos y le agarramos los tobillos al mismo tiempo que aullamos: «Buuu».

El grito de auténtico terror llega a mis oídos alto y claro justo un instante antes de que mi hermano y yo rompamos a reír a carcajadas. Brutal. Y segunda broma consecutiva que le colamos en la última semana. Patrick se agacha para mirar debajo de la cama y nosotros nos arrastramos como culebrillas por el otro lado mientras él se recupera de la impresión. Salimos de nuestro escondite a toda leche perseguidos por los inagotables insultos de Patrick, que compiten en originalidad con el edredón rojo de su cama. Cierro de una patada el cajón abierto de su escritorio y el gesto casi me cuesta que me atrape, pero consigo escabullirme.

—¡Os voy a matar a hostias, imbéciles! —grita por las escaleras detrás de nosotros.

Andrés y yo corremos más que en toda nuestra vida y casi impactamos con Chris al final del último tramo.

—¡Aparta, Lacoste!

Chris se retira tras el grito de Andrés porque no se lo esperaba. Si su cabeza hubiera procesado la información durante un segundo más, estoy seguro de que no solo no se habría apartado, sino que nos habría detenido para que Patrick nos alcanzara. A Andrés, el primero. En el instante fugaz en que paso por su lado me consiento mirarlo de reojo, cruzar mi mirada con la suya, de un azul tan impactante como siempre, por muy breve que sea, y sonreír.

—¡Imbéciles! —continúa Patrick a nuestras espaldas.

Andrés y yo reímos sin dejar de correr. Entramos en el edificio principal, sorteando a cuatro, cinco, seis, siete compañeros y subimos las escaleras de dos en dos hasta que llegamos a la sala de conferencias del segundo piso, donde se celebra la fiesta de bienvenida del nuevo curso escolar.

Una vez estamos dentro, los tres nos frenamos a la vez. Andrés y yo de sopetón y Patrick sobre nuestras espaldas. Como si no pasara nada. Como si no hubiéramos recorrido medio complejo a quince kilómetros por hora. Como si nuestros corazones palpitaran al ritmo del Richard Miles de la muñeca izquierda de mi hermano y no al de nuestras respiraciones alteradas. Como si un hilillo de sudor no me recorriera la espalda hasta escondérseme en la cinturilla de los pantalones vaqueros.

Miguel y Juan Carlos, junto a Rafa, nos ven en ese momento (qué raro se me hace siempre verlos enfundados en ropa no deportiva) y nos miran con sospecha.

—Chicos, portaos bien —nos advierte el último.

Sonia, la responsable del departamento de prensa, nos mira con la frente arrugada, pero Andrés le lanza una de sus sonrisas de anuncio y ella se la devuelve. Yo carraspeo, me sacudo la ropa y Patrick me masculla por lo bajo:

—Como se te ocurra colgar el vídeo que sé que me has hecho en el grupo familiar, te parto la cara, Arturo.

—¿Qué vídeo? —pregunto yo con inocencia.

—Estás avisado.

Se da media vuelta y se larga. Andrés y yo nos camuflamos en la fiesta con sendas sonrisas en el rostro y un par de pasos de baile que nos salen espontáneos al ritmo de la música. Subo el vídeo al grupo *familiar* que tenemos desde hace años los Claramunt y los Villar de Figueroa al mismo tiempo que me meto en la boca un canapé que atrapo de pasada de la mesa de los aperitivos.

Arturo:
VÍDEO

Patrick:
Qué hostia tienes, Arturo.

Andrés:
Brutal. Ja, ja, ja, ja, ja, ja.
Andrés:
Pena no verte el careto, patito.

Patrick:
Qué hostia tienes, Andrés.

Papá:
Chicos…, eso no se hace.
Papá:
;)

Patrick padre:
Hijo…, que ese truco es más viejo que el tebeo.

Patrick:
Qué hostia tienen los dos, joder.

Cinco minutos después la fiesta se encuentra en su máximo apogeo. La música de Meredith Brooks (*Bitch*) suena al mínimo volumen por los altavoces y hay conversaciones, risas y gente por todas partes: deportistas, entrenadores, médicos, psicólogos, fisios, personal de administración… Echo un vistazo a un cóctel de color rojo que tiene buena pinta, lo huelo y estoy a punto de llevármelo a los labios después de comerme otro canapé cuando Andrés me coge del brazo y nos esconde a ambos detrás del cortinón más cercano. No se me cae el líquido encima de la camiseta blanca de puro milagro.

—Pero ¿qué haces?

—Mira hacia la puerta. Con disimulo, por favor, que nos conocemos.

Me asomo y miro. Y veo a Nicki, que acaba de llegar y barre la sala con sus ojos. Me escondo de nuevo.

—Qué pereza todo, tete —me dice. Cierra el cortinón para que tengamos más espacio. Yo me recuesto en la ventana con mi bebida roja y bebo. Demasiado dulce, y tiene una textura que… —. Bueno, bueno, bueno. Mira quién acaba de llegar.

—No veo. ¿Quién?

—El imbécil de Lacoste.

Pongo los ojos en blanco. Tiene sentido. Venía detrás de nosotros.

—Mmmm. Se me hace raro verlo en el CAR.

Es la verdad más rotunda que puedo decirle a mi hermano en estos momentos.

—Raro no es la palabra con la que yo lo describiría. Prueba mejor con… Mmm, qué

interesante.

Arrugo la frente al mismo tiempo que bebo otro sorbo; te acostumbras al sabor.

—¿Interesante? ¿El imbécil de Lacoste?

Que el mundo marino me perdone.

—No, joder. Él, no. Interesante lo que está a punto de suceder.

—¿Qué ocurre?

—Elvira acaba de verlo y va directa a su encuentro.

Elevo los ojos al cielo. Elvira ha llegado hoy al centro después de unos días de ausencia. Es oficialmente nuestra mejor nadadora y extraoficialmente la relaciones públicas del CAR. No hay recién llegado a quien ella no dé una cálida bienvenida y es imposible sentirse solo a su alrededor. Tampoco tranquilo, porque habla por los codos. Me resulta cargante pero familiar a la vez.

Andrés y Elvira se liaron un minuto después de que mi hermano lo *dejara* con Nicki. Quizá por ello mi imagen de ella puede verse distorsionada, emborronada, como papel mojado. Se enrollaron en un momento en que no deberían haberlo hecho. A mi hermano le eché la bronca por ello, cuando pude hacerlo. Con ella no hablé porque no me siento con derecho a meterme en la vida de nadie, salvo en la de los miembros de mi familia.

—Te apuesto lo que quieras a que soy capaz de adivinar lo que hablan en tiempo récord —me dice Andrés, desprendiéndose de su reloj; yo no suelo llevar—. Cronométrame.

Cojo el reloj y me lo pongo.

—Dale.

—*Holiii, no habíamos coincidido todavía, yo soy Elvira: la mejor nadadora del último siglo.* —Andrés imita la voz dulzona de Elvira y gesticula con los brazos—. *Bienvenido al CAR, Chris. Es un honor tenerte aquí con nosotros. Cuenta conmigo para lo que necesites. Para enseñarte los entresijos de este lugar o para responder a cualquier pregunta que requieras. Lo sé tooodo.* Hola, Elvira. —Andrés cambia el registro de la voz e imita la de Chris, bastante bien, por cierto. Se me escapa una carcajada y doy otro sorbito—. Yo soy el mejor tenista del último siglo y la gente de este sitio no me llega ni a la suela de los zapatos. Se han olvidado la alfombra roja y ¿has visto los músculos de mis brazos? *No soy fácilmente impresionable, Chris. Tendrás que esforzarte más. ¿Puedo tocarlos? Oh, vaya. Y qué guapo eres, aunque no tanto como se comenta por ahí. Creo que tienes la fama inmerecida, ji,ji,ji,ji,ji*. No has visto un tío más guapo que yo en tu vida, nena. Hice un pacto con el diablo y me como cada noche mi propio cerebro a cambio de belleza. Por eso soy tan gilipollas. Pero mientras beses el suelo que yo piso y no me hagas preguntas de geografía nos llevaremos bien. *Pues resulta que soy una gran besadora*. Yo, un fiasco en la cama. Todas me abandonan en cuanto se dan cuenta de que no tengo ni idea de follar, y no será porque no me tiro a todo lo que se menea, pero la puntería no es lo mío. *No me lo creo, Chris. Te apuesto lo que quieras a que encuentras mi clítoris a la primera*. ¿Tu qué? Ostras, qué bueno —Andrés regresa a su voz real y gira el cuerpo hacia mí—, acaba de venirme

una imagen de Lacoste buscando en el diccionario la palabra «clítoris». Seguro que incluso follando se preocupa más de mirar por encima del hombro en lugar de concentrarse en lo que hace. Joder, tendrías que verte la cara de asco, tete. ¿También te estás imaginando a su majestad el príncipe desnudo? No me potes encima, que esta camiseta me gusta y ese mejunje rojo tiene pinta de dejar marca.

No sé en qué momento he dejado de reírme. Quizá en la parte en la que ella le toca a él los músculos del brazo. Quizá en el momento en que la conversación versa sobre sexo. Sobre sexo entre ellos. O quizá cuando me he dado cuenta de que no sé si Andrés se lo estaba inventando o si en realidad captaba algo de todo ello mientras los observaba. También me gustaría preguntarle de dónde saca eso de que Chris se tira a todo lo que se menea. ¿Acaso lo ha visto?

No soy imbécil. Sé que hace años sucedía. Y sé que hoy puede suceder. Él y yo jamás hemos hablado de no estar con otras personas. Tampoco era necesario. Si una cosa me ha dejado clara Chris desde el principio, al menos de boquita para fuera, es que no somos nada, y yo no suelo perder el tiempo cuestionándome algo que cae por su propio peso. ¿La Tierra es redonda? Sí. ¿El tenis es un deporte? Sí. ¿Dos personas que no son pareja pueden acostarse con otras personas? Obviamente, sí. No hay más preguntas, señoría.

Chris puede estar con quien quiera. No es algo en lo que suela pensar y jamás ha sucedido delante de mis narices. Lo que tiene sentido, teniendo en cuenta que hasta ahora siempre hemos vivido a miles de kilómetros de distancia y que cuando quedábamos para estar juntos *quedábamos para estar juntos*. No hemos sido testigos del día a día el uno del otro. Me pregunto qué pasará ahora. Me pregunto cómo va a comportarse Chris respecto a ello. Y me pregunto cómo voy a responder yo.

Decido salir de dudas en cuanto a Chris y Elvira. Abandono el cristal, asomo la cabeza por el hueco del cuello de mi hermano y los veo. Mis ojos se detienen en él y lo observan de arriba abajo: pantalones vaqueros ajustados y camisa de cuadros azules. Bestial. Por eso le brillaban antes tanto los ojos. Cuando Chris viste de azul algo extraño sucede con sus ojos. Extraño y excepcional. Extraño y maravilloso. Extraño y familiar.

Y ni Elvira le toca el brazo ni Chris la mira con su sonrisa devastadora de antes de follar. Me voy a cargar a Andrés. Tremendo susto que me ha dado. Estoy a punto de retirar la mirada cuando alguien nos sorprende por el otro lado de la cortina.

—¡Os pillé!

El corazón se me sale del pecho por un segundo. El mismo segundo que tarda mi cerebro en darse cuenta de que solo es Dami.

—Joder, Murnuais —protesta mi hermano—, me has quitado tres semanas de vida y tengo un partido dentro de dos.

—¿Por qué? ¿Qué tramáis aquí escondidos, Chip y Chop? ¿A quién espiáis?

Andrés y yo movemos los ojos con el mismo gesto de hastío. Fue Elvira la que nos apodó de esa manera la primera vez que nos vio y así nos hemos quedado. No es nuestra denominación

favorita.

Le hago un gesto con los ojos a Dami para que vea a quién espiamos. Andrés se retira y se recuesta en el cristal junto a mí con las piernas estiradas. Me arrebata el cóctel y lo prueba.

—Lacoste y Elvira —exclama Dami—. Vaya, le ha faltado tiempo.

—¿Al uno o a la otra? —pregunta mi hermano. Me devuelve la bebida—. Muy dulce. Y le falta alcohol.

Dami cruza una mirada rápida conmigo y entonces abre los ojos más de lo normal. Me alejo de la ventana, sigo la dirección de su mirada, vuelvo a la *parejita* y lo veo. Elvira ha cogido a Nicki del brazo y la ha llevado hasta Chris. Elvira y Nicki no habían coincidido desde que Nicki abandonó el CAR, y desde que Nicki abandonó el CAR han ocurrido muchas cosas; entre ellas, el sexo entre Elvira y Andrés.

—Uy.

—Uy, ¿qué? —me pregunta mi hermano.

—Elvira acaba de invitar a Nicki a la reunión.

—Bravo.

—Querrá darle la bienvenida.

—O lo mismo le cuenta que fue a ella a quien me follé un minuto después de que lo dejáramos.

—No creo —dice Dami—. Más bien parece que le está presentando a Lacoste.

—Pero si ella misma acaba de conocerlo. Esta chica me carga mucho.

—Pues bien que te la follaste.

—Paso. Decidme qué hacen.

—Hablan.

—¿Qué hablan?

—Como ha dicho Dami, se están presentando.

Andrés alza los ojos al cielo.

—¿El Príncipe Encantador continúa en su papel de «soy el rey del mundo y tenéis que besar el suelo que yo piso»?

—Sí —respondo, sin dejar de mirar hacia el salón—. Pero, espera. Elvira acaba de irse y los ha dejado solos. Solos y muy juntos. Mierda.

—¿Qué? —La voz de mi hermano es cautelosa.

—Él se ha levantado la camiseta para mostrarle algo. No sé el qué, no veo bien desde aquí y un grupo de gente se ha puesto justo en medio. Quizá sea una herida o un tatuaje. ¿Te suena que Lacoste tenga algún tatuaje en el abdomen? ¿O un *piercing* o algo? Ella ha acercado la mano y lo está tocando. Sonríe. Él también sonríe y se baja la camiseta. Ahora ríen a carcajadas por algo que ha dicho ella y…

Y giro la cabeza hacia atrás para mirar a mi hermano. Está pálido. Quieto y pálido. Como si acabaran de comunicarle que un tornado se ha llevado su Porsche y lo ha destrozado. Dami me

mira con diversión.

—Y… —continúo— no es verdad.

Andrés levanta la vista y me mira confundido. Me aproximo a él, apoyo las manos en sus hombros, lo incorporo y lo acerco a la cortina para que lo vea con sus propios ojos.

—Me lo he inventado todo. Para hacerte reflexionar sobre esa pereza que sientes al ver a Nicki.

—Cómo te pasas, ¿no?

Dejo la bebida en la repisa, abrazo a mi hermano por el cuello, para infundirle apoyo, mostrarle que estoy con él, que jamás estará solo, y para ver si se le pasa el susto, y abandonamos nuestro escondite tras las cortinas.

—Te quiero —le susurro al oído.

—De todas formas, ha sido por el agravante de tener al principito monegasco en la ecuación. Te juro que solo el pensamiento de que pueda formar parte de la vida de alguien cercano a mí me mata.

Trago saliva.

—¡Chip y Chop! —nos llama Elvira al pasar cerca de ella. Tanto Andrés como yo fingimos no haberla escuchado y continuamos nuestro camino…

—Lo sé —vuelvo a susurrar, respondiendo a su último comentario.

… pero ella tiene otro propósito.

—¡Chicos! ¿Qué hacéis tan juntitos y abrazaditos? ¿Estáis conspirando? No os conoceré yo ya.

Suelto a Andrés y ambos nos detenemos junto al grupo de tres. Dami, que venía detrás de nosotros, también se detiene. Chris nos mira con curiosidad, Nicki con indiferencia y Elvira con diversión.

—Hola, chicas —saluda Dami.

—Hola, Murnuais —le devuelve Elvira. Después nos mira a nosotros—. ¿Y a vosotros os ha comido la lengua el gato o qué? Por cierto, Andrés —me dice a mí—, llevas el cronómetro encendido.

¿Qué? Levanto la muñeca y lo veo. Marca diez minutos. Con todo el lío de Chris y Elvira se me ha olvidado apagarlo y devolvérselo a mi hermano.

—Chris…

—Christopher —la corrige él, pero ella sigue a lo suyo.

—…, no son necesarias las presentaciones ¿verdad? Vuestros enfrentamientos son épicos. Siento que estoy presenciando un momento único. ¿Es cierto lo que se dice de Wimbledon? ¿Que —Elvira nos señala a Chris y a mí con el dedo— vosotros dos os peleasteis a lo grande? ¿Que llegasteis a las manos?

Nos ha confundido por el reloj y ninguno de los dos la sacamos de su error. *Live is life,* de Opus, se apropia del ambiente. ¿Quién está pinchando la música? Ni rastro del rey del pop. Chris

me mira con la ceja arqueada y yo le regalo una mueca de repulsión toda para él. Es lo que haría Andrés. Él se cruza de brazos, como si estuviera a punto de asistir a un partido de tenis de los buenos.

Verdad universal: a mi hermano y a mí nadie nos diferencia. Si tuviera que bajar un dedo de la mano por cada afirmación sobre gemelos que nos representa, los bajaría todos y me quedaría sin dedos.

¿La pregunta más recurrente en nuestra vida es quién es quién?

Bajo dedo.

¿Nuestros compañeros del CAR no nos diferencian?

Bajo dedo.

¿Nuestros entrenadores no nos reconocen si estamos quietos?

Bajo dedo. Ellos solo nos diferencian cuando nos movemos.

¿Nos giramos aunque digan el nombre del otro?

Bajo dedo.

¿Nos preguntan a menudo si podemos leernos la mente?

Bajo dedo.

¿Y si sentimos el dolor del otro?

Bajo dedo.

¿Hemos hecho alguna vez el uno un examen del otro?

Bajo dedo.

¿Nuestros propios padres han llegado a confundirnos?

Bajo dedo.

¿Nuestra hermana?

Bajo dedo.

¿Nos intercambiamos a menudo?

Bajo dedo.

Bajo dedo.

Bajo dedo.

—Lo que sucedió en Wimbledon se quedó en Wimbledon —responde Andrés. Es algo que diría yo. Le saco la cara a mi hermano y soy conciliador al mismo tiempo. Perfecto.

—Tú siempre tan conciliador, Arturito —le dice Elvira.

Bingo.

—Somos una familia de conciliadores, bombón —añado yo—. Ya lo sabes.

—Sí, sobre todo tú, *bombón*. Cuidado con los canapés, por cierto, muchos llevan marisco y no queremos tener un disgusto.

—Tranquila, no me como nada que no haya probado Patrick antes.

Le guiño un ojo y sonrío. Elvira comienza a reír a carcajadas y yo me pregunto si Patrick se la ha, ejem, comido a ella antes de que lo hiciera mi hermano. Madre mía, Arturo… Estás

desatado. Me lo estoy pasando bien. Siempre me lo paso bien cuando me hago pasar por Andrés. Intento seguir la conversación, pero al final no me aguanto y suelto la carcajada que estaba conteniendo y que nadie entiende al acordarme de que Chris y yo solemos reírnos de que Andrés llame «bombón» a tooodo el mundo; pasa tanto de la gente que no se acuerda de sus nombres, hombres y mujeres por igual. Chris me observa con diversión, sin apartar su mirada de la mía, y de pronto deja salir otra carcajada. ¿Lo sabe?

Andrés nos mira con extrañeza. En realidad, todos nos miran con extrañeza. Y yo tengo que hacer el esfuerzo de mi vida por no mirar a Chris a los ojos.

—¿De qué os reís vosotros dos?

—Yo de algo que me he acordado —explico yo.

—Yo también —suelta Chris con naturalidad y diversión.

La conversación continúa y, cómo no, Andrés y Chris acaban enfrentándose de nuevo. O Chris y yo. ¿Así es como se nos ve desde fuera? Me refiero, ¿esos podríamos ser nosotros? ¿Así es como me mira Chris delante del mundo? ¿Así lo miro yo a él? Andrés le cuenta lo de comerse su propio cerebro y yo me río porque tiene su gracia y porque Andrés se reiría seguro.

—Creo que nunca me habías llamado gilipollas a la cara —le dice Chris divertido a Andrés —. ¿Y qué problema tienes con mis andares, Arthur? No me lo habías dicho.

—¿Por qué iba a decírtelo?

—Cierto. ¿Y tú no dices nada, Andy? —me pregunta a mí.

Vale. Estoy casi seguro de que lo sabe.

—Lo de que te comes tu propio cerebro ha sido idea mía.

—No me cabe la menor duda.

—Qué año más divertido nos espera.

Damián rompe en una carcajada (¿ein?) y yo intento salvar como puedo la metedura de pata de Andrés hasta que Julia requiere la presencia de Nicki y Elvira. Elvira realiza una floritura con la mano y se marcha a hablar con el otro grupo. Nicki le envía un beso a Andrés. ¿O a mí? ¿Se ha dado cuenta del engaño? No lo tengo claro.

—Yo también me voy —dice mi hermano—. Tengo que mear.

—Demasiada información, Arthur.

Andrés le lanza un beso a Chris. Es la noche de los besos.

—Yo también te quiero —responde el otro.

Nos quedamos los tres solos y es un momento incómodo. Que no lo es porque yo jamás me sentiré incómodo al lado de Dami y de Chris, pero tenemos que aparentar que es incómodo. Desde luego, es raro.

—Nosotros también nos vamos —dice Dami—. ¿No, Andrés?

—Mmm —ronronea Chris—, Andrés Claramunt y Damián Murnuais juntos no es algo que se vea todos los días. Tú —señala a Dami— siempre revoloteas alrededor de Arturito. Qué extraño, ¿no?

—Se ha ido a mear, aunque es cierto que podría sujetársela mientras tanto. No sé por qué no lo he pensado antes.

—¿Sujetarle qué?

—¿Tú qué crees, Lacoste? Adivina. Empieza por «p» y acaba con «a».

—Tete —me llama entonces mi hermana, salvándonos sin saberlo de…, no sé, de algo, y me pregunta por Nicki. Yo respondo tal y como lo haría Andrés. Aitana me mira raro, pero no dice nada y se va tan rápido como ha venido.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunta entonces Chris a Dami.

—¿Qué ha sido el qué?

—Esa mirada que te ha echado la rubia.

—Qué observador.

—Siempre.

—Pero hazte mirar esa vista porque no sé de qué hablas.

—Seguro que no. En fin, oye, Andrés —me dice a mí.

—Espera —le pido, y me dirijo a Dami—. ¿Qué ha ocurrido con mi hermana?

—Nada.

—Seguro… —insiste Chris.

Dami suspira, chasquea la lengua y sacude la cabeza. Todo a la vez.

—He ido a su habitación a preguntarle por el casi beso del otro día.

—¿Qué casi beso? —pregunta Chris mirándome a mí con cara de «¿por qué no me ha llegado esta información antes?». Yo en respuesta lo miro en plan «no lo consideré importante». Y entonces recuerdo que soy Andrés. Mierda.

—No te importa, Lacoste —le responde el otro.

—¿Qué ocurre con el casi beso? —le pregunto yo casi al instante. Quiero saberlo.

—No ocurre nada. Solo quería saber si estuvo a punto de dármelo por el juego o porque yo le gusto de alguna manera. Le he dicho que tiene cero posibilidades conmigo.

—Ah, entonces ahora sí me encaja la mirada —resuelve Chris.

—¿Por qué? —le pregunta Dami exasperado.

—Porque ha sido una mirada de «eres un creído».

—No ha sido una mirada de «eres un creído».

—Sí que lo ha sido.

La verdad es que no me he fijado, pero esa podría ser una reacción de mi hermana bastante factible.

—No lo ha sido.

—Lo que tú digas, guapito de cara. En fin. Oye, Claramunt, ¿me atiendes ahora?

—¿Qué quieres?

—¿Puedes darle esto a tu hermano? —me ofrece la llave de mi dormitorio—. Me la he quedado esta mañana después de follar con él. Ha tenido que largarse corriendo porque tu padre

lo ha llamado y yo he salido el último.

Vale. Sabe que soy yo.

—Muy gracioso —susurro, y miro hacia ambos lados para asegurarme de que nadie lo haya oído.

—Eso sí que es demasiada información —nos dice Dami—. Me piro.

—Espera —le pido—, ¿me acompañas fuera? Tengo que hablar con Chris de una cosa y no quiero que nos vean abandonar la sala juntos.

—¿Ahora?

—Sí.

—No pienso parapetaros a todas horas, os aviso desde ya.

—Después de tantos años haciéndolo, ¿de repente vas a ponerte digno? Espera, ¿parapequé?

—Parapetaros. Abre un diccionario, Lacoste.

—¿No te has tomado la fibra esta mañana, Murnuais?

—Dami… Por favor —suplico.

—No me supliques. No es justo. Sabes que no puedo resistirme.

—¿Por favor?

Y le pongo ojitos y todo.

—Joder, está bien.

—Qué facilón, ¿no? —deja caer Chris.

—Eres el mejor, Dami.

—Eres el mejor, Dami —me parafrasea Chris con tonito. Guiña un ojo a Dami y yo abandono el salón con la certeza de que mi amigo camina detrás de mí.

No vamos muy lejos, al lado de la sala de conferencias hay una pequeña sala que apenas se utiliza. Es perfecta.

Entro y mando a Dami a por Chris. No enciendo las luces, solo me quedo a la espera. Cuando un par de minutos después se abre la puerta y él aparece… Cuando eso sucede, mi boca se lanza a su yugular a ciegas. Y la encuentra. Siempre la encuentra.

Gimo. La camisa me estaba volviendo loco. Demasiado azul. Demasiado guapo. Demasiado perfecto. Estoy más que acostumbrado a ver a Chris desnudo, y me pone a cien por hora, pero sigue llamándome muchísimo la atención con ropa también. Podría decir que con un tipo de ropa específica, pero la verdad es que suele gustarme con casi todo. Y cómo se le marca el *piercing* que lleva en el pezón, cuando lo lleva, como ahora. Recorro su cuello con la lengua y bajo hasta él. Lo chupo por encima de la ropa y la respuesta de su cuerpo es instantánea, siento su piel de gallina en cada fibra de mi ser.

—Entonces, ¿tú eres Chip o Chop? —susurra con voz ronca.

Río sobre su cuerpo.

—Chip.

—Mmm… Así que me como mi propio cerebro.

—Mmm… —ronroneo, imitándolo, a la vez que enredo las manos en su pelo, revolviéndolo entero—. Ajá.

—No me ha quedado claro si ha sido cosa tuya o del imbécil de tu hermano.

—Trabajo en equipo. Por cierto, ya sé cómo nos has reconocido.

—¿Quizá porque no os parecéis en nada? He sabido que tú eras tú incluso cuando estabais escondidos, solo vosotros sabréis por qué, detrás de las cortinas.

—Y porque nos has visto en las escaleras. Andrés te gritó para que te apartaras.

—Sí, eso va a ser. Arturo…

—Espera —lo interrumpo. Retiro la boca de su piel y aguzo el oído. Oigo unos pasos y unas voces—. Escucho una voz.

—¿Qué?

Una voz que conozco.

—Es mi hermano. ¡Va a entrar!

Miro en derredor, apenas hay muebles en la sala, solo una mesa alargada de conferencias cubierta por un mantel rojo que llega hasta el suelo y… ¡Mierda! Cojo a Chris del brazo y lo meto debajo un segundo antes de que se abra la puerta.

—¿Buscando a tu próxima víctima, Claramunt?

—Buscando a mi hermano.

—Cómo no.

—¿Lo has visto?

—¿A Arturo?

—No, al Papa. Sí, a Arturo.

—No sabría decirte. Puede que lo haya visto, pero quizá solo eras tú.

—Es algo maravilloso que continúes sin diferenciar al tío con el que follabas de su hermano gemelo.

—¿Verdad?

Chris bufa a mi lado. Yo giro la cabeza y lo mando callar, cruzando mi dedo índice en sus labios. Y creo que los dos tenemos el mismo pensamiento en cuanto al tiempo que vamos a tener que escondernos aquí, porque en una sincronización digna del equipo de natación nos ponemos cómodos uno frente al otro con las piernas cruzadas a lo indio. Chris, hastiado, comprueba la hora en su muñeca y yo levanto la vista hacia arriba: nuestras cabezas no tocan la mesa por muy poco, debemos tener cuidado si no queremos darnos un coscorrón y alertar a Andrés.

—Quizá te enrollaste con él en el pasado en lugar de conmigo y no te diste cuenta. Quizá tu ex sea él y no yo.

—Eso habría sido francamente divertido.

—¿Verdad?

—Arturo y yo tenemos muchas cosas en común. Somos muy parecidos.

—Sí, sois tal para cual.

—*Te daría igual. ¿A que sí?*

—*¿El qué?*

—*Que me hubiera enrollado con tu hermano.*

—*Cero preocupación. No eres su tipo.*

—Y tanto que no —me susurra Chris.

—Esto no me gusta —le devuelvo.

—¿El qué?

—Escuchar su conversación. Tengo la sensación de estar traicionando la confianza de mi hermano. O violando su intimidad.

—No escuches.

Me coge las piernas con cuidado, las desenreda y tira de mí hacia él, colocándolas alrededor de su cintura. Apenas una capa de aire nos separa y yo me olvido de dónde estoy, me olvido de mi hermano, de Nicki, del CAR, de la fiesta de inauguración del curso y hasta de mi nombre. De todo excepto de que estoy con él.

Chris me besa el cuello y yo cierro los ojos. Me dejo llevar. Me pierdo en la sensación de sus labios cálidos sobre mi piel y de su esencia que ya forma parte de mí y que al mismo tiempo se cuela entre las fibras de mi ropa como si me lanzara de cabeza al agua con ella puesta. Tengo la sensación de caer en algún momento, de que sus brazos frenan el impacto, de recostar la espalda en el suelo, de que me sube la camiseta. De sentir mucho calor. Una de sus manos me acaricia la pierna por encima de los pantalones y…

—El imbécil de Andy está bien jodido —me dice al oído—. ¿Se lo has dicho?

Regreso al mundo real.

—¿Qué?

Chris me mira con diversión.

—Sí que te has ido lejos. Tu hermano por fin se ha largado. Han tenido la bronca del siglo y le ha colado a la nadadora la mentira del siglo.

—¿Qué mentira?

—Sobre lo que sucedió la noche fatídica en que se folló a la otra nadadora.

—Tendrá sus motivos —atajo.

—Andrés siempre tiene sus motivos para ti. ¿Se lo vas a justificar siempre todo? —Saca la lengua y la restriega por mis labios—. Me gusta esa chica, tiene muy mala hostia y… ¿A qué coño sabes?

—Al cóctel de color rojo de la fiesta.

—Cómo te gusta meterte guarradas en la boca.

Suelto una carcajada y al instante me cubro los labios con la mano. Cierro los ojos. Segunda risotada que se me escapa en la última media hora.

—Debemos tener cuidado —me dice Chris con seriedad.

—Lo sé.

—No vuelvas a hacerte pasar por tu hermano y usar la palabra «bombón», ¿OK?

—No vuelvas a ponerte esa camisa, ¿OK?

—¿Por qué?

—Porque no.

Va a replicarme, pero la puerta se abre de nuevo. Ambos nos quedamos muy quietos, mirándonos a los ojos, mis brazos rodean su cintura y sus manos están enredadas en mi pelo. Ahora resulta que la sala menos concurrida de la historia del CAR es la sala más concurrida de la historia del CAR. Giro la cabeza hacia la derecha, hay un resquicio de espacio entre el suelo y el mantel, lo justo para vislumbrar unas deportivas de color azul fosforito. Yo he visto antes esas deportivas. Y también desde el suelo.

«Es Patrick», le digo a Chris con un movimiento de mis labios.

Chris nos da la vuelta como puede y queda él debajo y yo encima. Echa un vistazo rápido por el resquicio.

—*… y más vale que sea de vida o muerte. No tengo el día hoy* —dice Patrick.

—Tenemos para rato —me susurra entonces Chris—. Y no creo que Patrick Hola Soy Una Ameba tenga nada interesante en su vida que merezca la pena escuchar. ¿Nos dejamos llevar otra vez? Le estoy cogiendo el gusto a esto de enrollarnos debajo de una mesa.

Sonrío, Chris me introduce con cuidado un dedo en cada oído y yo me dejo llevar de nuevo. No soy capaz de escuchar nada. Vuelvo a perderme en sus caricias hasta que él mismo nos separa, no sé cuánto tiempo después.

—Tienes varios mensajes en el móvil. Están insistiendo mucho. Puede que sea importante.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lleva un rato vibrando cerca de mi entrepierna.

—Eso no era mi teléfono, tontorrón. —Ríe—. Oye, ¿y Patrick?

—Acaba de irse.

Saco el móvil del bolsillo y veo varios mensajes en el grupo que tengo con Patrick y Andrés. Es un grupo para emergencias.

Andrés:
Tíos.
Andrés:
¿Dónde coño estáis?

Patrick:
Te pueden dar bien por el culo, Claramunt.

Andrés:
Está siendo una noche de mierda y he visto una cosa que quiero hacer. Un vídeo de tres tíos haciendo una acrobacia. Me apetece. ¿Os apuntáis?

Patrick:
REENVIADO:
Te pueden dar bien por el culo, Claramunt.

Andrés:
Os necesito.

Respondo al instante.

Arturo:
Cuenta conmigo.
Arturo:
¿Patrick?

Patrick:
REENVIADO:
Te pueden dar bien por el culo, Claramunt.
Patrick:
¿No sabéis leer o qué?

Andrés:
¿Nos vemos en la pista de atletismo en diez minutos?

Arturo:
Voy.

Patrick:
REENVIADO:
Te pueden dar bien por el culo, Claramunt.

—Me tengo que ir, tete —le digo a Chris antes de salir corriendo—. ¡Te veo luego! ¡O mañana!

En la pista de atletismo se respira un silencio absoluto. Es noche cerrada y no hay ni un alma, exceptuando a Patrick y Andrés, que me esperan sentados en la hierba, cada uno perdido en sus pensamientos. Andrés con una botella de tequila en la mano. Botella que, al parecer, comparten.

—Por fin —me dice mi hermano al verme—. ¿Dónde andabas?

—Por ahí.

—Mira, ven.

Me agacho y Andrés nos enseña en su móvil un vídeo de lo que quiere hacer. Me flipa. Es el tipo de acrobacias que me encanta probar con Patrick y Andrés. Bonita y de riesgo mínimo.

—Vamos a comprobar si es posible —nos dice. Y los tres nos ponemos en pie—. Arturo, a mis hombros y tú le sujetas las piernas, Patrick.

—OK. Pero vamos a la hierba mejor. Por lo que pueda pasar.

Andrés se agacha, apoya las manos en la hierba y yo me subo a sus hombros. Sus piernas se tambalean mientras se incorpora hasta que está en pie del todo y nos estabilizamos. Me sujeta los muslos con las manos y yo estiro las piernas para encajar a Patrick entre ellas. Patrick se agarra a mis gemelos y Andrés comienza a dar vueltas sobre sí mismo, arrastrando en el proceso a Patrick, que coge carrerilla y levanta las piernas del suelo hasta que… nos damos una buena hostia: Patrick por un lado y yo encima de Andrés.

Lo intentamos cuatro veces más.

Lo conseguimos a la quinta.

Patrick consigue levantar los pies del suelo mientras damos vueltas y se sujeta en el aire solo por la fuerza de mis piernas. Mis músculos gritan, pero no es de dolor. Es osadía. Es valentía. Es familiaridad. Es liberación. Es bienestar. Comodidad. Es sentirse en casa. Es perder la consciencia durante unos segundos. Los mismos segundos en que los tres gritamos de puro júbilo hasta que caemos de nuevo al suelo y quedamos despatarrados, pero con las cabezas muy juntas.

—He discutido con Nicki —nos confiesa Andrés—. Solo lleva una semana aquí y ya ha estallado todo por los aires. Se ha enterado de lo de Elvira. Se ha enterado de que fue con Elvira.

—¿Se ha enterado por ti?

—No.

—Tenías que habérselo dicho tú —le recrimina Patrick, como lleva haciendo los últimos meses.

Andrés solo suspira.

—¿Y a ti qué te pasa? —le devuelve—. ¿Sigues enfadado conmigo?

—Sí.

—¿Quieres que me ponga de rodillas y te pida perdón por ser un puto borde la noche antes de que Nicki llegara al CAR?

—No. Ahórratelo. —Patrick se levanta y se sacude la hierba del pantalón de chándal—. Me piro.

Entonces saca algo de la mochila y lo deja en el suelo. Y, justo cuando Andrés y yo levantamos las caras para mirar, Patrick pone el pie encima y aprieta con fuerza. Era una botella de plástico llena de nata. Ahora la nata está en nuestra cara.

—Esto es por lo de antes, imbéciles.

6: «Prohibido dejar de usar protección (crea una intimidad que no queremos)»

AITANA

«Estoy de acuerdo. Sobre todo, teniendo en cuenta que te has follado a medio CAR».

«Yo más bien diría a tres cuartos. Y subiendo. De todas formas, siempre uso preservativo. No soy gilipollas».

«Eso yo no lo sé».

«¿No sabes qué? ¿Si uso preservativo o si soy gilipollas? Y acabas de llamarme ‘puto’, por cierto».

«Lo superarás. Todo».

Cuatro horas antes

Miro hacia el cielo sin acabar de creérmelo; hace unos minutos brillaba el sol y ahora no es que llueva a cántaros, es que llueve a cántaros gigantes o a tinajas de barro de orza de cuatro asas. O de seis. Es un nivel superior. Es el fin del mundo. Y a mí me ha pillado en pantalón corto, tirantes, sandalias y sin batería en el teléfono.

Con el último trueno aún retumbándome en el pecho y tras pasarme más de diez minutos calándome hasta los huesos en busca y captura de un taxi que me lleve al CAR, regreso a todo correr, con el pelo, la ropa y los pies empapados (y sin el taxi) a la tienda de ropa con la música electrónica a tope de la que acababa de salir. Le pido al dependiente con toda mi buena educación que me deje utilizar su teléfono. No sé ni cómo me entiende, con tal volumen de los altavoces.

Bum, bum, bum. Pumba, pumba, pumba.

Marco el número de Andrés, pero no contesta. Marco el de Arturo y después el de Damián, pero tampoco responden. Miro la hora en el reloj, falta poco para que empiece la fiesta de inicio de curso del CAR. ¿Dónde se han metido? Suspiro y llamo a mi última esperanza, aunque me cueste la vida hacerlo, pero es que no me sé más números de teléfono de memoria de gente que pueda disponer de un vehículo a motor al momento.

—*¿Sí?*

Por fin. Me tapo el oído libre con el dedo, a ver si así soy capaz de escuchar algo entre los bum, bum, bum y los pumba, pumba, pumba.

—¿Sabías que más del noventa por ciento de la población de este país respondéis al teléfono con ese «sí» y que hay estafadores que se dedican a grabaros para luego utilizarlo en vuestra contra? Para aceptar contratos de telefonía o para vender al mejor postor a vuestros futuros primogénitos.

—*Sí.*

—Ja.

—*¿Qué quieres, Claramunt, y por qué me llamas desde un número desconocido?*

Bum, bum, bum. Pumba, pumba, pumba.

—¿Llueve en el CAR?

—*¿Dentro? Claro, a cántaros.*

—Ja. —Echar un pulso de sarcasmo contra Patrick es igual de frustrante que discutir con Andrés. No sé cómo lo hacen, pero siempre ganan—. Necesito que vengas a buscarme. Por favor.

—*¿A una discoteca?*

—A un fumadero de opio. Se llama *El loto azul*.

—*Gran libro. ¿Qué coño es esa música?*

—Mi dolor de cabeza de mañana. ¿Puedes coger el coche de Andrés? Las llaves de repuesto están en…

—*Sé dónde están las llaves de repuesto del coche de tu hermano.*

Bum, bum, bum. Pumba, pumba, pumba.

—Perdón por el agravio, Figueroa. Estoy en el Boulevard, en el número —miro al dependiente, que me da la respuesta con los dedos— veinticuatro.

—*Voy. No te muevas de ahí.*

—Claro, así me exploten los tímpanos.

—*Ponte unos tapones.*

—Ahora me los saco del culo. Los he metido esta mañana.

No me pierdo la mirada reprobadora del dependiente, seguro que ha sido por decir «culo» en voz alta. Mi problema con Patrick es que soy demasiado espontánea con él. La confianza da asco.

—*Ja.*

A Patrick le lleva más de quince minutos dejar de hacer lo que estuviera haciendo, ir al edificio principal e introducir la contraseña de la taquilla de Andrés, coger las llaves del coche, salir al aparcamiento, arrancar y recorrer los dos kilómetros escasos que separan el CAR del centro del pueblo. Abandono la seguridad de la tejavana de la tienda en cuanto veo aparecer el coche de mi hermano al final de la calle. Monto en el asiento del copiloto y me sacudo el agua del pelo mientras la música suave de Modestia Aparte (*Ojos de hielo*) me envuelve.

—Gracias por venir —le digo a Patrick. La educación ante todo.

—Siempre a tus pies, Claramunt.

Arranca de nuevo y yo lo observo durante unos segundos. Patrick es, para el mundo entero, el único hijo del mayor rival de mi padre. También es, para ese mismo mundo, una cara bonita y un niño mimado que ha dejado el tenis profesional para dedicarse a los saltos de trampolín. Tiene el pelo de color rubio oscuro, los ojos claros —una mezcla rara entre el verde, el azul y el gris—, un *piercing* en la lengua y una sonrisa que, cuando la saca a relucir, hace que se le dibujen unos

hoyuelos de escándalo y traspasa fronteras. O eso dicen. A mí no me parece para tanto.

Qué casualidad que los dos nos dediquemos ahora a los saltos, ¿verdad? O quizá no sea casualidad. Porque aquel niño al que yo vi zambullirse desde un trampolín cuando tenía cinco años y que hizo que me enamorara sin remedio de los saltos era Patrick. ¿Y el trampolín? Era el de la casa de mis padres.

Yo he crecido y me he criado con él alrededor. Nuestros padres son enemigos mortales, pero los suyos solían venir a buscarnos al colegio para que pasáramos la tarde en su casa cuando los míos no estaban y viceversa. Es cierto que yo he aprendido mucho en su hogar. He aprendido a amar los viajes en el tiempo, por ejemplo. Así que Patrick, para mí, es esa sensación que te embarga cuando regresas a casa después de haber pasado una temporada fuera de ella y comienzas a reconocer el paisaje a tu alrededor. No sabes desde cuándo ocurre y no importa de dónde vengas, norte, sur, este u oeste, llega un punto en que la acuarela de la campiña que te rodea hace que te sientas cerca de tu hogar y que pienses: «Ya hemos llegado». Patrick es ese horizonte repleto de casas, árboles y marcas en la carretera de antes de llegar a casa. O lo era. No sé. Solíamos ser amigos hasta que un día dejamos de serlo, hace mucho tiempo. Yo lo tenía en un pedestal y él se cayó. Entonces empezamos a discutir y a llevarnos mal. Y la verdad es que él siempre ha revoloteado mucho más alrededor de mis hermanos. A excepción de los últimos tiempos, en los que me lo estoy tirando. Patrick y yo discutimos menos cuando follamos. Es un avance en nuestra relación.

—¿Qué me miras, enana? —me pregunta. Odio que me llame así. Es tan condescendiente.

—Nada. —Pierdo la mirada en la ventana—. ¿Has hecho las paces con Andrés?

—No.

—Entonces le va a encantar que hayas cogido su coche y le hayas movido el espejo retrovisor y el asiento.

—También me he tirado un pedo.

—Muy maduro por tu parte.

—Habló la adolescente madura que cambia la hora de todos los relojes de su casa y la mía.

—Eso lo *hacía* con doce años.

—*Eso* lo hiciste las últimas Navidades.

—Ahora tengo veintidós.

—¿¿Ya??

Giro la cabeza y lo miro. Patrick me observa escandalizado.

—Idiota.

—Siempre a tus pies, Claramunt de veintidós años.

Dios, qué paciencia.

Llegamos al CAR en un par de minutos y nos separamos en la tercera planta de la residencia, donde se encuentra mi habitación. Él continúa subiendo un piso más hasta la suya. Y lo último que podría esperarme es encontrarme a Dami sentado en el suelo y con la espalda recostada en

mi puerta, pero es lo que ven mis ojos. Entrecierro la mirada.

—¿Dami?

Se levanta al instante al reparar en mí.

—Estás empapada. ¿Estás bien? ¿Has estado entrenando con la ropa puesta o qué?

Sonrío.

—No. He ido de compras después del entrenamiento y me he mojado. Te he llamado, por cierto. Y a mis hermanos. ¿Dónde andabais metidos?

Dami se palmea la ropa de tenis.

—Lo siento. No llevo el teléfono encima. He acabado el entrenamiento y he venido directo hacia aquí.

—¿Qué ocurre? —le pregunto al mismo tiempo que abro la puerta de mi dormitorio.

—Necesito hablar contigo. Sobre el casi beso del otro día. La duda me está matando y no puedo soportarlo más.

—¿Qué duda?

—Siéntate.

Vaaale. Me siento en la cama y él se coloca enfrente de mí, con las manos en las caderas. ¿Está nervioso?

—¿Qué duda? —repito.

—¿Casi me besaste porque querías cumplir con el reto o era algo que querías hacer de antes? ¿Fue algo espontáneo del momento o existía un poso en tu cabeza?

Guau, qué directo. Típico de Dami. No puede pasar de largo sin sobreanalizarlo todo.

—¿Qué pasaría si fuera la primera opción? —tanteo. La curiosidad me puede.

—No pasaría nada.

—¿Me hubieras devuelto el beso?

—Claro. Te habría metido la lengua hasta el fondo.

Suelto una carcajada.

—¿Y si fuera la segunda opción? —susurro al cabo de unos segundos, sin dejar de mirarlo a los ojos—. ¿Y si fueras mi amor platónico?

—Pasaría todo, Tani.

—¿Por qué?

—Porque yo jamás podré mirarte de esa manera. Jamás.

Vale. Eso ha dolido. Es imposible ser inmune a que tu amor platónico te rechace con tal contundencia. Suspiro y me dejo caer de espaldas en la cama. Cierro los ojos. Tenía que haberlo besado cuando tuve la oportunidad. Ya estaría hecho, me habría quitado la espinita y ahora no sería un mar de dudas.

Dami se tumba junto a mí y me obliga a girar la cabeza para enfrentarlo. Abro los ojos. Estamos muy cerca, pero no nos tocamos.

—Ey, rubia —me susurra con cariño.

—¿Por qué? —le pregunto—. ¿Por qué jamás podrás mirarme de esa manera?

—Eso no puedo decírtelo.

—¿Por qué?

—Porque es un secreto que te rompería el corazón en mil pedazos, en caso de que estuvieras enamorada de mí.

—¿En mil? ¿En tantos?

—Sí. En tantos —responde serio.

Sonrío al mismo tiempo que le retiro el pelo del flequillo. A ver, que tampoco estoy loca por él. Creo.

—Tampoco te lo creas tanto, Murnuais. —Entonces sonríe (y qué sonrisa) y yo sigo investigando—. ¿Qué tipo de secreto es?

—Uno que te convierte a ti en alguien intocable. Y que evita que le dé a Andrés las dos hostias que se merece cada vez que abre esa puta boca de mierda que tiene.

—Andrés no tiene ninguna puta boca de mierda.

—Sí que la tiene, y lo sabes.

No, no la tiene. Y podría rebatírselo y demostrarle que está equivocado, que el mundo entero está equivocado, pero Andrés no me permite hacerlo, porque es un cabezota. Un cabezota al que yo respeto por encima de todo.

—Y de todas formas no es eso de lo que estamos hablando —añade—. No quiero hablar de Andrés y pelearme contigo por su culpa.

Ya. El secreto. El secreto que me rompería en mil pedazos si yo estuviera enamorada de él. Una bombilla, una posible explicación, una posibilidad que encaja con lo que me ha dicho, acaba de iluminárseme en la cabeza. Es algo que siempre ha estado ahí… Una duda que ha estado ahí, pero que siempre he descartado. ¿Es posible?

—Tani —Dami repite mi gesto y me retira el flequillo mojado del rostro con cariño—, tú tienes que enamorarte de alguien que pueda quererte como tú te mereces. Con toda su alma. Y yo no puedo.

Río sin poder evitarlo. Río porque es lo mismo que opino yo de él. Vaya dos.

—¿De qué te ríes? —me pregunta sospechoso a la par que divertido.

—Has sonado muy paternalista —atajo.

Entonces él también ríe.

—Te quiero mucho, Aitana Claramunt —susurra poco después. Y se levanta de la cama de un impulso—. La fiesta habrá empezado ya. ¿Vamos juntos?

—No, ve adelantándote. Tengo que ducharme y vestirme.

—Vale. Te veo allí.

—Sí.

Dami abandona mi dormitorio y yo me quedo como estoy, empapada de pies a cabeza encima de la cama, muy perdida en mis pensamientos. Necesito contárselo a alguien. Necesito

respuestas.

Tengo que encontrar a Nicki.



Echo un vistazo general por la sala y no veo a Nicki. Tampoco a Andrés. Solo a Arturo con Dami y Lacoste. Hummm, extraña combinación.

—Tete —llamo a mi hermano al acercarme.

—¿Qué? —responde con una pizca de arrogancia, o como si me estuviera perdonando la vida. Arrugo la frente. A saber… Quizá Lacoste lo tiene hasta las narices ya.

—¿Sabes dónde está Nicki? —le pregunto.

—No.

—Vale. Voy a buscarla.

—Vale.

Antes de darme la media vuelta, lo miro una vez más con la frente arrugada, hay tanto desdén en su voz que comienzo a pensar que quizá finge ser Andrés. Suele pasar.

A Nicki no la encuentro por ninguna parte, y estoy a punto de llamarla por teléfono cuando veo a cierto rubiales abriéndose paso en la fiesta. Sigue vestido con el mismo chándal con el que vino a buscarme; un guateque en el centro no es motivo suficiente para que el señorito se enfunde en unos vaqueros y una camisa. Acelero el paso y lo alcanzo. Él me servirá.

—¡Patrick!

—Ahora no, Claramunt —responde malhumorado—. Lanzaría en este instante a tus dos hermanos por la ventana para mandarlos bien lejos de aquí, ni te imaginas las ganas que les tengo, así que aléjate de mí antes de que me dé por pensar que tú me vales para la causa.

Paso de sus disputas.

—Necesito hablar contigo de una cosa.

—Y yo necesito perderos de vista durante una semana por lo menos. ¿Acaso no escuchas? Menuda puta tarde me estáis dando.

—Patrick, es importante. Es de vida o muerte.

—Me la suda.

Señalo la primera puerta que encuentro en el pasillo y le indico con la mano que entre. Me arquea una ceja.

—Por favor —susurro.

—Tus «por favor» comienzan a darme escalofríos. —Suspira y abre la puerta—. Y más vale que sea realmente de vida o muerte. No tengo el día hoy —me advierte.

Asiento con la cabeza, enciendo la luz y cierro. Suspiro y me preparo para darle el bombazo.

—He tenido una conversación con Damián.

—Vamos, no me jodas. Has dicho que era de vida o muerte.

—Y necesito hablarlo con alguien.

—¿Y tengo que ser yo? ¿Ahora también tengo que ser tu confidente de chismorreos? ¿No te vale con que follemos por y para tu aprendizaje? En serio, no tengo tantos usos. Además, se supone que tú me odias. Céntrate.

Lo ignoro y voy al grano.

—La semana pasada casi lo beso en la boca. Con lengua.

Ahora sí me presta atención.

—¿A quién?

—A Dami —le digo, exasperada—. ¿A quién va a ser? Fue en el juego del reto, cuando salimos los cuatro a tomar algo el día en que Nicki llegó al CAR. Iba a besarlo, pero me eché atrás y me bebí el tequila en su lugar. Te lo conté en tu dormitorio.

Patrick arruga la frente y mira hacia arriba.

—¿La noche en que te hiciste pasar por el monstruo de las galletas sin éxito?

No entiendo el humor de este chico. Es algo que me supera.

—Justo.

—¿Y por qué te echaste atrás? ¿Te gusta Damián?

—Un poco —reconozco.

Ahora sí lo he sorprendido.

—¿En serio? ¿Damián? ¿Damián Murnuais?

—Sí. ¿Tienes algún problema?

—Ninguno. Solo estoy sorprendido.

—Es un chico superguapo. Y amable. Cariñoso. Inteligente. Sexi.

—Vale, vale, lo pillo. ¿Desde cuándo te gusta?

—Desde que tengo uso de razón. Siempre ha sido mi amor platónico.

—Pensé que tu amor platónico era yo.

No sé si lo dice en serio o es ironía: en cualquier caso, yo rompo a reír a carcajadas.

—Eres muy subnormal —añade—. ¿Y por qué no lo hiciste? ¿Por qué no lo besaste?

—No lo sé.

—¿No sería por mí, Claramunt? Porque…

—No fue por ti —lo corto enseguida. Pero él pasa de mí y sigue a lo suyo.

—… quedamos en que no te enamorarías de mí. Es una de las normas.

Tenemos una lista con normas, por supuesto. Fui yo la que propuso lo de no enamorarnos y él se rio en mi cara al instante. En mi cara. Al instante. Con hoyuelos y todo. El muy imbécil.

—No estoy enamorada de ti. Ni en proceso de enamorarme, créeme. La mayor parte del tiempo me caes mal. *Ahora* me caes mal. Intento decirte una cosa y no me dejas.

—No me corro lo suficiente como para aguantar estas movidas —medita en voz alta.

—¿Puedes cerrar la boca por una vez en tu vida y escucharme? ¿Serás capaz?

Patrick no me responde, solo hace el gesto de la cremallera con los dedos en la boca. Es muy payaso.

—Hoy ha venido Dami a mi dormitorio, me esperaba en la puerta justo cuando me he separado de ti. Me ha dicho que algo le carcomía desde aquella noche y me ha asegurado que jamás podrá enamorarse de mí. Que tiene un secreto.

Espero algún tipo de respuesta por su parte, pero no llega. Le insto con un arqueo de cejas para que hable y él vuelve a hacer el gesto de la cremallera con los dedos en los labios. ¡Por Dios!

—¡Habla!

—¿Me levantas el veto?

Dios, qué paciencia.

—¡¡Sí!!

—¿Qué secreto?

—¡No lo sé! ¡Es un secreto! Y si lo supiera habría dicho que Dami *tenía* un secreto. Pero he usado el presente, ¿verdad?

—Joder, eres tan Claramunt. No os aguanto.

—Y eso es lo que necesitaba hablar con alguien. Pero no encuentro a Nicki. ¡Dami tiene un secreto! ¿Qué crees que es?

—Hasta hoy ser adivino sin contextualización no destaca entre mis cualidades. Así que, ¿me *contextualizas*, por favor? ¿Qué te ha dicho exactamente?

—Eso. Que tiene un secreto. Uno que me convierte a mí en alguien intocable para él. Y que hace que no le dé a Andrés dos hostias.

Patrick suelta una carcajada.

—Como si pudiera.

Entonces nos quedamos ambos unos segundos en silencio.

—Yo lo veo bastante claro, Tani —me dice por fin—. ¿Tú no?

—¿Crees que Damián está enamorado de Arturo? —suelto a bocajarro.

—Andrés sí lo cree —me responde al instante.

—Te estoy preguntado por lo que tú crees, no por lo que cree mi hermano.

—No lo sé. La verdad es que no tengo ni idea.

—De ser así, todo lo que ha dicho Dami tendría sentido. Si él estuviera con Arturo, a mí me vería como a una hermana y a Andrés lo respetaría por deferencia a él.

—Supongo que sí.

—¿Crees que Damián es el novio que Arturo esconde?

—No. Ni de coña.

—¿Por qué no?

—Porque ellos dos no me pegan juntos. Además, es posible que Damián esté enamorado de Arturo, que tampoco puedo afirmarlo porque me cuesta leerlo, pero Arturo no lo está de él. Lo

quiere de una manera fraternal, no romántica. Salta a la vista para cualquiera que tenga ojos.

—Arturo es muy celoso de su intimidad.

—Sí, pero aun así…

—Espera —le corto. Porque se me acaba de ocurrir una posibilidad nueva. Ostras. Ostras—. ¿Y SI ESTÁ ENAMORADO DE ANDRÉS?

—No me…

A Patrick le suena el teléfono de pronto. A Patrick siempre le suena el teléfono de pronto. Alguien lo está bombardeando a mensajes y, por la cara que pone, tiene pinta de ser Andrés.

—Alucino —dice en voz alta.

—¿Qué pasa ahora?

Niega con la cabeza y teclea con mala leche sobre el teléfono, como si por el hecho de darle con fuerza el mensaje fuera a llegar con un puñetazo incluido. Bufa. Dos veces.

—Es increíble.

—¿Qué es increíble?

—Me tengo que ir —me dice mientras pasa por mi lado de camino a la salida.

—¿¿Ahora?? Estábamos en medio de algo importante.

—No, tú estabas desvariando.

—Y siempre te tienes que ir.

—Luego hablamos. O follamos. O lo que sea que quieras. Y, por cierto, a partir de ahora, cada vez que entres en mi habitación mira debajo de la cama antes de desnudarte.

¿Qué?

—¡Haz las paces con Andrés de una vez! —grito antes de que abandone la sala por completo —. Me dais dolor de cabeza.

En respuesta, me enseña el dedo corazón. Muy maduro por su parte, como siempre. Suspiro y… No se me ha perdido nada en la fiesta, así que regreso a mi dormitorio. Ha sido una noche rara.

De regreso a la residencia pienso en todo lo que ha pasado y en cómo pueden cambiar las cosas en tan poco tiempo. Hace unos días Dami era mi amor platónico, hace unas horas era, además de mi amor platónico, el amigo creído de Arturo, y ahora es la persona que con toda probabilidad está enamorada de uno de mis dos hermanos.

Veo a Nicki sentada en el suelo y con la espalda recostada en mi puerta en cuanto atravieso el pasillo. Hoy es el día en que la gente a la que quiero me espera sentada en el suelo y con la espalda recostada en mi puerta. Definitivamente.

—Ey —la llamo para captar su atención—, ¿qué haces aquí?

—¿Dónde estabas? —me pregunta al mismo tiempo que se levanta.

—¿Qué ha pasado? —contrarresto. No tiene buena cara.

—Abre.

Lo hago. Abro la puerta de mi dormitorio, entramos y, antes de que me dé tiempo a cerrar, se

lanza a mis brazos.

—Ey, ey, ey. Nicki, ¿qué ha pasado? ¿Andrés? —Asiente con la cabeza. Yo cierro con el pie.

—Ni siquiera sé por qué estoy llorando. Solo sé que no puedo evitarlo.

—¿Habéis discutido?

—Sí. Muy fuerte.

—¿Sobre qué?

Nicki se separa de mi cuerpo y me mira con intensidad.

—Necesito hacerte unas preguntas. Y necesito que me las contestes con sinceridad. Tani, por favor.

—Muy bien —le prometo—. Adelante.

—La noche del veintisiete de noviembre. ¿Te sitúas?

—Sí.

Como para no situarme. Fue la noche en que Andrés se acostó con Elvira.

—Estabais en Barcelona ese fin de semana. Lo recuerdo porque hablé contigo por teléfono por la mañana y tu madre me saludó de fondo. ¿Andrés fue a dormir a casa?

Mmm, rebusco en mis recuerdos. Entrecierro la mirada. Regreso a esa noche. Y a la mañana siguiente. Vale, lo tengo.

—No. Bueno, sí. Pero aparecieron a las ocho de la mañana. Me acuerdo bien porque mi padre les echó la bronca del siglo a los tres.

Nicki arruga la frente.

—¿A los tres? ¿A qué tres?

—A Andrés, Patrick y Arturo.

—¿Arturo estaba con ellos? —me pregunta sorprendida.

—Sí, claro. Como siempre.

Se lleva el dedo a los labios y piensa.

—Según Andrés esa noche solo estuvieron él y Patrick en la fiesta. Y me ha recalcado que Arturo estaba desaparecido, *como siempre*. ¿Por qué llegaron con él?

—No tengo ni idea. Supongo que… ¿se encontraron por el camino?

—No —sacude la cabeza—, hay algo que no me encaja. Creo que ocultan algo, Tani. Sobre lo que sucedió esa noche. Cada vez estoy más convencida.

—¿Ocultan? ¿En plural?

—Sí. Los tres. Arturo acaba de entrar en la ecuación. ¿No notaste nada raro esa mañana?

—No —respondo con sinceridad. A veces le oculto cosas a Nicki, pero esta no es una de esas veces—. Los tres tenían cara de circunstancias, pero es que mi padre les gritaba como nunca. Andrés y Patrick olían a tabaco y alcohol que echaban para atrás y ya sabes lo poco que le gusta que desfasen tanto. Nicki, creo que te estás haciendo ideas raras en la cabeza.

—No, yo no lo creo. ¿Tú sabías que Elvira era la chica con la que se acostó Andrés en la fiesta?

Nos miramos a los ojos. Ella ríe sin ganas sin que a mí me haga falta responder.

—Nicki…

—Oh, claro que lo sabías.

—Ven aquí —le digo, y la envuelvo entre mis brazos.

Entre Nicki y yo no existen las recriminaciones. Si no se lo conté es porque tengo mis motivos, y ella aún no está preparada para escucharlos. No está preparada para hablar de verdad de Andrés. No está preparada para escuchar que lleva toda la vida huyendo. Huyendo de las personas y huyendo de los sentimientos. ¿A Suiza? A Suiza huyó. Fue inconsciente, pero escapó. Era la oportunidad de su vida, sí, pero también la aprovechó para poner distancia entre ella y Andrés. Porque comenzaba a enamorarse, si es que no lo estaba ya. Cuando abra los ojos, se lo diré. O cuando yo vea que no los abre a tiempo, tendré que darle un empujón. De momento, la dejo seguir a su ritmo. La dejo ser Nicki. La dejo lidiar con sus sentimientos a su manera. La dejo crecer como persona. Enterarse de lo de Elvira la ha matado por dentro. Y desearía haber podido evitárselo, porque no me gusta verla sufrir, pero también creo que era necesario y que tenía que pasar en algún momento.

Ahora que ha pasado, vamos a seguir avanzando. Poco a poco.

«A tu ritmo, Nicki».

7: «Tengo memoria selectiva absurda»

NICKI

Antes del viaje de Arturo al partido

Cruzo el aparcamiento del centro y juro que los faros delanteros del Porsche 911 GT3 RS de color verde lagarto me observan con desidia. Y este coche nunca ha sido hostil. Debe de estar conectado al cerebro del dueño a través de algún mecanismo de empatía invisible.

Me envuelvo en mi jersey favorito, de rayas azules y blancas, le saco la lengua al coche y, hasta que entro en el edificio principal, disfruto del único sonido que se escucha a estas horas en la calle: el de las olas que rompen en la cala más cercana al CAR.

Son las tres y media de la mañana y el culpable de que yo me encuentre aquí a estas horas ya me espera en el agua, nadando sin descanso en estilo crol. Me da un poco de pena. El primer día ni siquiera trajo el bañador puesto (sin comentarios) y apenas podía tenerse en pie, pero la sonrisa no se la dejó olvidada en la almohada. Y no la ha perdido en las casi dos semanas que lleva castigado, a pesar de que lo he tenido en el agua entrenando durante horas sin apenas descansar. Y allá vamos de nuevo.

Lo mando salir del agua dos horas y media después y nos dirigimos juntos al banco donde hemos dejado nuestras cosas. De camino nos quitamos el gorro al mismo tiempo, con la diferencia de que él se sacude como un perrillo para quitarse parte del agua que le sobra. Yo apenas me he mojado la cabeza. Su pecho sube y baja de puro cansancio. Casi vuelve a darme pena. Aún es noche cerrada, pero, detrás de la ventana, allá en el horizonte, sobre el mar, si estrechas la mirada, puedes intuir una chispa de color naranja que quiere asomar sobre el agua oscura. Es de color azul marino. O la oscuridad hace que sea de color azul marino. Es mi color favorito, porque cuanto más azul es el agua más profundidad tiene. Y a mí me encanta que sea profunda y me cubra.

—Adivina —le digo con una sonrisa.

—¿Qué?

—Lo has hecho muy bien.

—Gracias.

—Y ya eres un chico libre.

—¿Hemos terminado?

—Hemos terminado.

—¡Aleluya! —Se seca, feliz, el rostro y el pecho con la toalla—. Aunque creo que voy a echar de menos levantarme a las tres de la mañana, entrenadora.

Se me escapa una carcajada sin poder evitarlo.

—No lo creo.

—Ha merecido la pena meterme en este lío —reconoce. Entonces sus ojos se llenan de terror —. Lo que no quiere decir que esté orgulloso de haberle faltado al respeto. Entiéndame, entrenadora.

—Ey, —le aprieto el hombro, él me mira con esos ojos suyos del mismo tono azulado que las baldosas de la piscina y yo siento una ternura difícil de explicar. Es un buen chico—, has cumplido con tu castigo y lo has hecho genial. De verdad. Sigue así.

—Ha sido un honor nadar a su lado, entrenadora. Gracias por la oportunidad que me ha dado.

—De nada. Pero no intent…

De pronto escuchamos un carraspeo detrás de nosotros y yo me quedo a mitad de frase. Los dos miramos hacia la entrada y yo reconozco a Andrés al instante. Me sorprendo al verlo, sigue esquivándome como si yo fuera la peste y apenas he sabido de él en estas dos semanas, a pesar de la cantidad ingente de tiempo que comparto con sus hermanos.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunto en un tono un tanto borde. Me sale solo.

—¿Qué hago en una piscina y con una mochila al hombro? Ni idea. Iba al baño a mear y he debido de perderme. —Subnormal—. ¿Por qué? ¿Interrumpo algo? —pregunta con una inocencia que no se la cree ni él. Andrés no ha sido inocente en su vida. Ni siquiera cuando era un bebé recién nacido. Deja la mochila en el suelo y comienza a desprenderse de la ropa.

—No interrumpes nada. Ya hemos terminado. ¿Tienes que desnudarte para mear, Claramunt?

—Es una manía que tengo —replica sin levantar la vista.

—Bueno, yo me voy —nos dice mi pupilo, muy educado. Recoge sus cosas y se dirige a la salida—. Luego la veo, entrenadora. ¡Y gracias otra vez!

Asiento con la cabeza y le sonrío a modo de despedida. Andrés saca el gorro y las gafas de la mochila y se dirige al agua. Pasa por mi lado enfundado en su bañador deportivo más minúsculo y se aclara la garganta un par de veces al mismo tiempo que masculla casi de manera incomprensible: «tiene doce años». Casi. ¿Qué mierda insinúa?

—¡Tiene catorce, imbécil! —grito a su espalda.

Se coloca frente a la piscina y comienza a ponerse el gorro muy tranquilo, ayudándose de los dedos para esconder los mechones más rebeldes del flequillo (sigue teniéndolo demasiado largo). Yo me obligo a mirarlo a la cara. A la cara.

—Y tú veintiséis. Sigue siendo ilegal. Lo sabes, ¿verdad? Y, por cierto, ¿imbécil?

Se hace el ofendido, vuelve a sacar el formulario invisible que va a presentar contra mí ante el comité deportivo y dibuja con los dedos un tic en la casilla que dice: «¿La entrenadora se ha extralimitado en sus funciones llamando imbécil a un alumno?». Sonríe y se lanza al agua de cabeza. Comienza a nadar a estilo crol y me jode la vida pensar que hubiera sabido que era él aunque no le hubiera visto la cara, porque yo siempre distinguiré a Andrés en el agua. Reconozco su manera de nadar (exuda actitud), reconozco su espalda (he dormido sobre ella más de una vez) y reconozco esos brazos que he acariciado con los labios tantas veces.

Le saco un dedo corazón en respuesta, aunque llega tres minutos tarde y él no lo ve, pero me

da igual. Paso. Que le den. Me pongo los tapones y me lanzo al agua justo en la calle al lado de la suya. Comienzo a contar.

Uno, dos, tres, cuatro…

Nadamos juntos durante media hora, nos cruzamos en cada largo y su mirada no se desvía ni una sola vez en mi dirección. Ni. Una. Sola. Vez. Y yo no puedo dejar de pensar en nuestra última discusión en la fiesta del CAR y en su cara de decepción. ¿Decepción por qué? ¿Qué es lo que le molesta de que a mí me moleste que se acostara con una de mis compañeras? No alcanzo a comprenderlo.

Oh, pero entonces volvemos a cruzarnos y ahora sí me mira. Y me doy cuenta de que no es la tonalidad de azul, verde o marrón lo que diferencia nuestros ojos. Es la forma de mirar. No son los rasgos físicos lo que nos hace únicos entre los siete mil millones de personas que habitamos el planeta. Es la personalidad. ¿Qué mierda le estará pasando a este chico por esa cabeza suya para que me mire como me mira? Suspiro, si es que acaso es posible suspirar debajo del agua, y me pierdo en el pasado. En nuestro pasado.

La primera vez que vi a Andrés Claramunt en realidad no era Andrés Claramunt. Era Arturo Claramunt. Una mañana, después del entrenamiento en seco y de mi hora y media en el agua, caminaba distraída por el comedor, reproduciendo el vídeo que acababa de grabar en la piscina (oh, Dios, cómo echo de menos grabarme con la cámara), y no me percaté del chico nuevo sentado en el sitio donde yo solía sentarme hasta que le planté la bandeja en la cabeza.

—¡Mierda, perdona!

Me miró sobresaltado. Tenía los ojos marrones y una mirada muy suave. Limpia. Y tan vivaracha como el canto de un ruiseñor, a pesar de que eran las nueve y media de la mañana y de que acababa de atropellarlo con mi bandeja.

—Tranquila —me dijo con una sonrisa—, no te preocupes. Soy nuevo. Me llamo Arturo, por cierto. Tenis.

El tenis nunca me había llamado la atención (aburrido, ping, repetitivo, pong. Ping, pong, ping, pong) y apenas le prestaba atención. Podía tener delante de mis ojos al mismísimo hijo de Robert Claramunt que no me enteraría. Real. Fue lo que sucedió.

—Yo soy Nicki. Natación.

—¿Nicki Monteserin?

Lo miré con sorpresa y esbocé una sonrisa.

La segunda vez que vi a Arturo Claramunt en realidad no era Arturo Claramunt. Era Andrés Claramunt. Recostado en mi taquilla con los tobillos cruzados, leía unos documentos con despreocupación (y pereza) mientras Patrick escarbaba en su propia taquilla y hablaba de algo sin darse cuenta de que su interlocutor no le prestaba el menor interés. Me sorprendió su altura; un par de horas antes, en el comedor, no me había parecido tan alto.

—Ey, tenis —le dije con una sonrisa—. Estás en mi taquilla.

Levantó la vista y me topé de nuevo con los mismos ojos marrones de horas atrás, pero no

había rastro ni de la dulzura ni de la jovialidad que tanto me habían llamado la atención. Reinaba el desdén. Hasta que me miró de arriba abajo, muy despacio, y su cerebro debió de decidir que le gustaba lo que veía porque inclinó la cabeza hacia la izquierda y sus ojos dijeron adiós al desprecio y dieron la bienvenida a la mirada más depredadora y devastadora que había recibido en mi vida. El chaval tenía dieciséis añitos recién cumplidos. Yo, diecinueve.

—Hola, bombón. ¿Cómo te llamas?

Fruncí el ceño.

—Nicki. Ya lo sabes.

—Tengo memoria selectiva absurda. ¿Nicki de qué?

—¿Cómo que Nicki de qué?

—¿Diminutivo de qué? —preguntó con cansancio. Con ese típico cansancio de quien se pasa el día respondiendo preguntas absurdas porque él está por encima del bien y del mal.

—De Nicolasa.

Carraspeó, ahogó una sonrisa y se mordió la lengua. Yo arrugué la cara un pelín más, porque en el desayuno habíamos compartido quince minutos de charla y no me había parecido un gilipollas. Había sido amable y divertido, incluso un poco friki.

—En mi barrio hay una pizzería que se llama igual.

Con «barrio» se refería a Pedralbes, el enclave afortunado de Barcelona más conocido por sus pedazo de villas que por las pizzerías.

—Es Nicanora —lo corrigió Patrick.

—¿Qué quiere decir «memoria selectiva absurda? —le pregunté yo. Respecto a lo otro… sin comentarios.

Patrick cerró su taquilla y me respondió por él.

—Que puede canturrearte la canción completa de *El Equipo A*, ¿la serie aquella de los ochenta?, pero luego no se acuerda de lo que comió ayer.

—«En mil novecientos setenta y dos» —comenzó a recitar el otro— «un comando compuesto por cuatro de los mejores hombres del ejército americano fueron encarcelados por un delito que no habían cometido. No tardaron en fugarse de la prisión en que se encontraban recluidos. Hoy, buscados todavía por el gobierno, sobreviven como soldados de fortuna. Si tiene usted algún problema y se los encuentra, quizá pueda contratarlos… ¡El Equipo A!» —y entonces tarareó la musiquilla—. Ta, ta, ta, taaa, ta, ta, ta, tararatatá, tatararará…

Parpadeé varias veces.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunté.

—¿Cuántos quieres que tenga? —me respondió con fanfarronería. Yo levanté una ceja que venía a decir: «Venga, chaval, baja de la parra»—. Diecinueve —añadió él.

—Ni de coña —contrarresté.

Su rostro era demasiado suave (y yo ahora sé lo suave que se siente al pasar los dedos por él). Recuerdo pensar que era gilipollas pero guapo también. Más guapo que en el comedor.

—Patito, ¿cuántos años tengo?

—¿La mayor parte del tiempo? Once o doce.

—No le hagas ni caso. —Movió un brazo con despreocupación—. Somos enemigos mortales y no acabamos de llevarnos bien. Familias enfrentadas y todo eso.

No tenían pinta de ser enemigos, al menos a simple vista.

—Sigues estando en mi taquilla —le dije—. ¿Te quitas?

—Claro —respondió, como si me estuviera perdonando la vida. Se acodó en la de Patrick y clavó la mirada en mi perfil izquierdo. Cogí los libros con rapidez y cerré la casilla con más fuerza de la que pretendía.

—Adiós, tenis.

—Chao, bombón.

Patrick no dijo nada, en su línea. No es un gran orador. Supongo que lo compensa con el hecho de que su amigo del alma hable a borbotones.

Hora y media más tarde, cuando regresé al comedor, lo descubrí todo.

—¡¡Arturo!! —escuché de pronto—. Dale.

El sonido de unos latidos muy potentes y una música suave de fondo comenzó a sonar a todo volumen por los altavoces. Me giré y vi al chico bipolar de ojos marrones lanzar una moneda al aire. La moneda cruzó medio comedor y acabó en las manos de… de él mismo. El chico no era bipolar; había dos iguales. Tan iguales como la cara de una misma moneda. Jamás había visto a dos gemelos tan parecidos. Supe que iba a suceder algo y, por puro instinto, pulsé el botón de «grabar» en mi cámara. La música explotó y los gemelos se movieron al mismo tiempo ejecutando pasos de baile idénticos. El que había recogido la moneda se acercó al otro, sin dejar de bailar, y se posicionaron juntos en medio del comedor para que todo el mundo pudiera verlos. Protagonizaron una interpretación magistral del que es, para mí, uno de los mejores videoclips de finales de los ochenta. La canción era *Smooth criminal* y los pasos de baile eran los de Michael Jackson.

Todo el mundo dejó de comer. Los cientos de ojos que se congregaban allí estaban clavados en los gemelos sin saber qué hacer. Hasta que en la parte de «*Annie, are you okay? Will you tell us that you're okay?*» ambos hermanos, en un movimiento muy elegante, saltaron y tiraron de sus pantalones de chándal hasta dejarlos fijos justo encima de los tobillos. La gente se volvió loca y los aplausos al ritmo de la música no tardaron en llegar. Incluso yo dejé escapar una sonrisa.

Mientras la cámara seguía grabando, yo los observaba con atención. Cómo levantaban y movían al unísono las piernas, las caderas, las cabezas. Cómo giraban sobre sus talones una y otra vez. Cómo se sujetaban el uno al otro en los pasos más complicados. Cómo fingían subir y bajar escaleras. Era hipnotizador. Arrastré los ojos de arriba abajo por sus cuerpos —los desnudé con la mirada, en cierto modo— y me di cuenta de cuál era la gran diferencia entre ellos: la actitud. Arturo expresaba sin palabras que tenía dieciséis años. El otro (aún no sabía su nombre) gritaba: «Tengo la edad que a mí me dé la gana tener, ¿*okay*?».

Y así fue como comencé a diferenciarlos. Aunque (lo reconoceré una y mil veces más), incluso ahora, siete años después, si ellos se proponen intercambiar papeles, pueden llegar a confundirme. A mí y a cualquiera.

Dejé de grabar antes de que acabaran. El comedor se llenó de vítores y los gemelos se inclinaron en señal de agradecimiento. Acababan de llegar y ya eran más famosos que cualquiera. Las personas son como las olas en el mar. Algunas apenas las sientes y otras te golpean hasta revolcarte en la arena y sacarte la mayor de tus sonrisas. Los gemelos Claramunt no son ni lo uno ni lo otro. Son una de esas olas descomunales que solo verás pasar una vez en la vida. Y puede ser la mejor experiencia que vivas. O puede destrozarte, si no sabes cómo bailarla.

Una chica silbó a mi lado con tanta potencia que incluso me repiqueteó en el oído. Era Aitana; aplaudía y exudaba felicidad.

—¿Te ha gustado? —me preguntó.

Aitana comenzaba su segundo año en el CAR, aún no éramos amigas, aún no había acontecido el hecho que nos uniría para siempre (una invitación a que pasara las Navidades en Barcelona con su familia), pero nuestra pasión por el agua nos había convertido en compañeras y no teníamos pelos en la lengua la una con la otra.

—El de la derecha es un gilipollas —le dije.

Ella río a carcajadas.

—Sí, un poco.

—¿Los conoces?

—Son mis hermanos.

Me atraganté con mi propia saliva, ella me guiñó un ojo y fue directa a donde ellos.

Esa misma noche fui a estudiar a la biblioteca y…

—Estás en mi sitio —le dije al chico de pelo castaño que ocupaba mi lugar.

—¿En serio? —me preguntó él entre risas. Sonreí de vuelta.

—Arturo, ¿verdad?

—Sí. ¿Ya has conocido a Andrés?

«Oh, Andrés. Así que ese era su nombre…». Sí había conocido a Andrés. Y no me había gustado un pelo.

Cincuenta y uno, cincuenta y dos, cincuenta y tres, cincuenta y cuatro…

Andrés sale de la piscina por las escaleras y se dirige al banco donde ha dejado la ropa. Se viste con rapidez por encima del bañador empapado con una sudadera, unos pantalones de chándal, calcetines y deportivas, y se va sin más ceremonias. Yo dejo de nadar, me quedo inerte en el agua, tendida bocarriba con los brazos y las piernas abiertos, y cierro los ojos.

«Todo va a salir bien», repite la voz que escucho a través de los altavoces de la piscina. Yo también la canturreo para mis adentros en un intento de transformarla en, no sé, una frase sagrada o algo por el estilo. Como si fuera a hacerse realidad. Quizá logre incluso convencerme de lo que significan esas cinco palabras juntas. Abro los ojos y ahí arriba, en lo más alto, se halla

una de mis panorámicas favoritas, tan resplandeciente y sobrecogedora como siempre. Tan cercana. Tan mágica. Tan llena de recuerdos. Y de emociones. ¿Cuántas veces habré perdido la mirada y la sensación del tiempo y el espacio en el techo azul lleno de estrellas que me cubre y protege como si fuera el edredón de mi cama? He perdido la cuenta. El mismo lienzo gigante con las mismas estrellas dibujadas. Conozco de memoria cada una de ellas. Cada uno de los intrincados dibujos que para mi imaginación desbordante albergan figuras de animales fantásticos. Y me encantan, me embrujan, aunque prefiero las estrellas verdaderas que habitan en el cielo junto a mis padres, o eso me gusta pensar.

Floto en el agua como llevo haciendo toda la vida, pero ya no soy la misma persona. Y mi cuerpo tampoco lo es. Me sumerjo una última vez hasta el fondo antes de abandonar la piscina.

Antes de salir de las instalaciones pienso en Aitana. El corazón me da un pellizco y … «Tengo que contárselo en algún momento. Tengo que enfrentarme a ello».

El pasillo central es, una mañana más, un torrente continuo de gente que viene y va. Las siete de la mañana de aquí son como las nueve en los ascensores de un edificio en pleno centro financiero de cualquier ciudad. Y algo ha debido de pasar porque las pantallas del Senticar están llenas de mensajes que se suceden sin descanso. Oigo murmullos sobre no sé qué información de Enigmaticar, pero paso de largo sin leerlos y sin molestarme en afinar el oído porque es un medio de comunicación sobre todo para los alumnos y a mí me interesan bastante poco sus amasijos y chanchullos.

Busco una moneda en el bolsillo pequeño de la mochila mientras me dirijo a mi máquina de café favorita. Tengo cafetera en la cabaña, pero tomarlo en los pasillos del centro es una costumbre a la que no puedo renunciar, a pesar de que no me gusta demasiado la gente en general. No me entiendo ni yo misma. Y la puñetera moneda que no aparece. Estoy segura de que había una. Meto la cabeza en la mochila y…

—¡Ehh!

… impacto con alguien. Con Christopher Lacoste, al que no le he tirado el café por encima de milagro. O gracias a sus reflejos, porque ha tapado el vaso de plástico con la mano y no ha salpicado una sola gota.

—Perdona —me disculpo—, tengo que dejar de chocarme con la gente.

—Quizá mirar hacia el frente te ayude.

Qué moscardón es y qué razón tiene. Ignorando mi presencia, recuesta la espalda en la máquina, cruza las piernas a la altura de los tobillos y da un sorbo a su café con indolencia. Todavía no sé si el chico es así de pedante porque el mundo lo hizo así, porque tiene una raqueta metida en el culo o porque las mañanas lo ponen de mal humor. Yo sigo buscando la moneda, a mi rollo, pero cuando lo oigo suspirar me rindo. No me gusta que la gente suspire a mi alrededor, me resulta muy molesto.

—¿Tienes tú una moneda? —le pregunto un poco borde. Me he escuchado hasta yo.

No me contesta, solo se incorpora, saca una del bolsillo del pantalón corto de tenis y la

introduce por la ranura de la máquina.

—Sírvete, simpática.

Aguántalo. Pulso el botón y espero.

—Gracias.

—De nada.

—Buenos reflejos, por cierto. Por lo del café, me refiero. —Señalo el vaso y la camiseta amarilla, impoluta, que lleva puesta—. No se ha derramado ni una gota.

—Gracias.

—De nada.

Cojo mi bebida y me recuesto en el recoveco que queda entre la máquina y la pared. Él continúa apoyado en la parte frontal como si la máquina fuera suya. Lo observo. Lacoste no tiene amigos en el CAR y no es porque su conducta dificulte *del todo* la creación de lazos afectivos, es porque ni lo intenta. Va a lo suyo y no pierde un segundo de su tiempo en girar la cabeza para ver quién pasa por su lado. Me recuerda en cierto modo a Andrés, él tampoco va por la vida buscando amigos, pero sus pisadas en el pavimento deben de desatar una especie de magia hipnótica en forma de notas musicales, porque la gente lo sigue como las ratas al flautista de Hamelín. Lo que no sé es qué nota hay que tocar para que Lacoste gire la cabeza. Quizá ninguna. Quizá tenga el oído atrofiado, como Beethoven. Oh, pero la sordera de Beethoven fue progresiva, él ya sabía cómo sonaban los violines, las trompetas, los oboes…, cuando perdió la audición. Me pregunto entonces qué instrumento hay que tocar para que Lacoste gire la cabeza.

—Buenos días, Christopher —lo saluda de pronto una voz jovial. Y conocida—. Oh, Nicki —Arturo se asoma a mi recoveco—, no te había visto, ahí escondida.

Arturo deja la raquetera en el suelo y encaja una moneda en la máquina; Lacoste no se aparta ni un ápice, lo que hace que el primero tenga que esquivarlo de alguna manera. Arturo pidé su café (solo y sin azucar, estoy segura) y espera, paciente, con una sonrisa. Se ha vestido con el mismo traje que llevaba el otro día su hermano, el de color negro y verde fosforito. Es lo que tiene compartir marca deportiva.

—¿Tienes que destilar energía a raudales desde las siete de la mañana, Arthur?

—*Sip.*

—Es agotador.

—Pues los peces marinos pueden tener sed, aunque parezca increíble.

Yo me río y Lacoste eleva los ojos al cielo.

—Friki —lo llama.

—Mis continuas referencias al mundo marino le producen dolor de cabeza —me comparte Arturo, como si fuera un secreto—. Y si lo hago en la pista de tenis lo desquicio del todo y un puntito que me llevo.

Me sonríe con complicidad y se agacha a recoger el dinero que le ha sobrado del café, las monedas se caen al suelo y… Elvira pasa por su lado y, sin detenerse, le da una palmada en el

trasero. ¡Zas! Arturo se incorpora de inmediato y mira a Lacoste horrorizado, con los ojos muy abiertos. Su expresión grita: «¡¿¿Acabas de tocarme el culo??!». Lacoste se incorpora y sacude la cabeza repetidas veces al mismo tiempo que levanta las manos en señal de «¡yo no he sido, te lo juro, Arthur!».

—Lo que me gusta a mí este chico en pantalón corto —exclama Elvira entre risas, sin mirar atrás.

La sigo con la mirada hasta que desaparece en el primer cruce del pasillo. La sigo con la mirada con asco, porque nunca podré mirarla con otros ojos y porque me molesta que se tome esas confianzas con Arturo; es muy celoso de su intimidad y este tipo de «cachondeítos» no van con él. No sé, un poco de respeto, ¿no?

Regreso a Lacoste y a Arturo. Arturo tuerce el gesto (lógico) y Lacoste tiene la vista fija, fría, en el cruce por donde acaba de irse Elvira.

—¡Arturo! —Rafa aparece como por arte de magia, en su línea, y lo señala con el dedo—. ¡Llegas tarde! ¿Qué pasa contigo últimamente que siempre llegas tarde?

—No llego tarde, aún me queda un minuto.

—¿Y vas a beberte ese café rancio en un minuto y recorrer medio centro hasta llegar a la pista de tenis? Ya estás tardando, Claramunt.

Nos dedica a Lacoste y a mí una última sonrisa de las suyas, abierta y acogedora, coge la raquetera y se marcha corriendo. Los malabarismos que hace con el vaso para no derramarlo son dignos de ver. Entrañables y simpáticos. Lo adoro.

A la mañana siguiente, Lacoste y yo volvemos a coincidir a la misma hora y en el mismo lugar. No es que yo haya venido a propósito, es que mis horarios son los que son y supongo que los suyos también.

—Hoy invito yo —le digo, antes de que introduzca la moneda por la ranura.

—Gracias.

—De nada. No me he chocado con nadie desde que me he levantado.

—Bravo —responde con condescendencia. Qué hombre.

—Oye —añado con una espontaneidad que incluso a mí me sorprende—, si necesitas ayuda con algo del centro, no tienes más que decírmelo. Sé lo que es llegar nuevo a un sitio como este y lo perdido que puedes llegar a sentirte al principio.

—Gracias —responde sorprendido.

—De nada.

En ese momento aparece Andrés y la respiración se me atora en la garganta de la misma forma que su mano se detiene en el aire a punto de meter la moneda en la máquina. Otra vez

tiene el pelo húmedo y ahora ya sé que es porque va de vez en cuando a nadar a la piscina a las seis de la mañana. Me mira durante unos segundos y se da media vuelta, sin su café. Y así todos los días. O me ignora, o me rehúye como la peste, o me provoca para que se me escape alguna grosería y pueda apuntarla en su formulario imaginario. Empiezo a estar harta de su actitud pasivo-agresiva. Y me molesta. Como cuando me entra agua por la nariz y me llega al cerebro.

—¿Eso ha sido por ti o por mí? —me pregunta Lacoste.

—Por mí.

—No sé qué me gusta menos de esta máquina, si el entusiasmo matutino de Claramunt Uno o la cara de amargado de Claramunt Dos. Me agotan ambos.

Entonces me doy cuenta de algo.

—¿Tú sabes que Andrés y yo tuvimos algo?

—Yo y el mundo entero, simpática.



El viernes Lacoste y yo coincidimos de nuevo en la máquina (comienza a ser una costumbre) y nos encontramos con Damián.

—Hombre, Murnuais —lo saluda él—, ¿dónde has dejado a tu apéndice?

—¿Te refieres a Arturo? En la cama, exhausto. Ha sido una gran noche.

Le guiña un ojo a Lacoste y se marcha feliz con su café. Yo parpadeo varias veces. No acabo de pillar la relación de estos dos. Y me he perdido algo en esas dos frases que han cruzado. Sin ninguna duda.

Durante el viaje de Arturo al partido

El domingo Aitana aparece en la máquina y nos mira a Lacoste y a mí con una sonrisa. A mí me saluda con su clásico «hola, Nicki Miliki», me guiña el ojo y no dice más mientras se prepara su café, hasta que es consciente de la mirada penetrante de Lacoste sobre su persona.

—¿Qué me miras, Lacoste? ¿Tengo monos en la cara?

—Me creas mucha curiosidad, Claramunt Tres. Eres, con diferencia, a la que menos controlada tengo. He oído que por aquí os conocen como la Triple A. ¿Qué A eres tú? ¿La de la izquierda o la del centro?

Oh, la Triple A. Es cierto que es como llaman en el CAR a los tres hermanos. Aitana, Arturo y Andrés, tres nombres que empiezan por la letra «a», un electrolito que se descompone en partículas cargadas de electricidad cuando se sumerge en el agua, un polo positivo y uno negativo. Las pilas Claramunt. Hacía tiempo que no oía ese término.

—¿Y por qué no puedo ser la de la derecha? —responde ella.

Lacoste se encoge de hombros y ella se marcha sin más.

—Esta tiene el mismo carácter que el hermano del polo negativo —me dice a mí.

Me río sin poder evitarlo y sin un ápice de sorpresa por la rapidez con la que ha desintegrado la pila. Lacoste es un tío muy intuitivo y conoce bien a los gemelos; mucho más de lo que me hubiera podido imaginar.

—Aitana es el electrolito —le confirmo.

—Hummm. —Asiente con la cabeza—. Tiene sentido. Te llevas muy bien con ella, ¿no?

—Sí.

—¿Mejor que con Arthur?

—Parecido. Y diferente. Aitana y yo somos como almas gemelas y Arturo y yo somos como hermanos. Además, nos parecemos mucho.

—¿En qué?

—En todo. En lo metódicos que somos, en la obsesión por el orden y la limpieza, en las ganas de aprender.

—Sí, me suena.

—Ojalá me hubiera enrollado con él —susurro—, pero nunca me ha atraído, a pesar de tener la misma cara que Andrés. Es dificil de explicar.

—Creo que te entiendo.

Después del viaje de Arturo al partido

Cuatro días después, el jueves siguiente, Christopher lleva una camiseta de color azul marino y unos pantalones naranjas. A pesar de lucir unas ojeras importantes, está muy guapo. Y no soy la única que lo piensa porque medio CAR suspira cuando pasa por su lado. Este chico arranca corazones allá a donde va. Y su cuerpo y su ropa desprenden un aroma que… no sé, me recuerda a alguien, pero no lo localizo.

—Hoy estás muy guapo —le digo—. El azul te sienta bien.

—Gracias.

—De nada.

Los silencios entre Christopher y yo suelen extenderse, así que aprovecho el vacío y cojo el móvil para mandar un mensaje rápido a mi hermano.

Nicki:
Acabo de hacerle un cumplido a un chico. Le he dicho que está muy guapo. Supersimpática he sido.

Bruno:
Mi niña se hace mayor. Estoy orgulloso.
Bruno:
Espera.
Bruno:
¿Ese chico se llama Andrés?

Voy a contestarle con una salida de tono muy grande, pero entonces me doy cuenta de que algo se mueve en la mochila de Lacoste. Es de color grisáceo y está vivo.

—¿Qué tienes ahí dentro? —le pregunto con verdadera curiosidad. No lo conozco en absoluto, así que me veo incapaz de hacer suposiciones.

—Un conejo. Bueno, una coneja.

Antes de que me dé tiempo a asimilar la respuesta, el bichito saca la cabeza por un hueco que ha quedado abierto y mira a Lacoste. Es una monada, las cosas como son. Pequeñita y de aspecto suave.

—¿De dónde la has sacado?

Lacoste abre la boca, pero no dice nada y la cierra de nuevo. La abre. La cierra. La abre. La cierra.

—No tengo ni idea de cómo contestarte a esa pregunta —reconoce por fin.

—Pues no me contestes. ¿Te la vas a quedar?

—Claro.

—No están permitidos los animales en el centro.

—Nadie lo diría…

Suelto una carcajada. El muchacho tiene su gracia.

—¿Cómo se llama?

—René.

—¿Puedo cogerla?

—No.

Y luego la borde soy yo…

Patrick aparece en ese momento, pide su café y no nos da ni los buenos días. Patrick y Andrés tienen *tanta personalidad* que lo que a uno no le gusta al otro tampoco.

—Este es el silencioso del grupo, ¿no? —me pregunta Christopher desde el otro extremo de la máquina.

Patrick continúa sin decir nada (en su línea), hasta que le llega un mensaje y lo lee. Entonces empieza a jurar en catalán.

—Hijos de puta, me los voy a cargar.

Y se marcha a grito de «¡¡¡Arturo!!!», «¡¡¡Andrés!!!» y «¡¡¡Os vais a cagar con lo que tengo pensado para vosotros!!!».

—Tienen una especie de concurso de quién hace la broma más pesada —le explico a Lacoste —. Desde los diez. No sabría decirte quién va ganando. Depende de la época.

—Menudo grupo de niñatos —masculla Christopher—. Esto parece un colegio más que un centro de alto rendimiento.

—¿Sabes que tengo una máquina de café en mi cabaña y aún no la he probado? Y no me gusta demasiado mezclarme con la gente. Tomármelo allí sería perfecto.

—¿Y por qué vienes aquí?

Eso digo yo…

—Porque soy gilipollas —resuelvo con rapidez—. Puedes venir un día si quieres. Te invito.

—¿A dónde?

Este chico las pelotas las pillará al vuelo, pero todo lo demás… no sé yo.

—A mi cabaña —le aclaro como si le faltaran un par de veranos. Oh, y entonces me doy cuenta de algo y me apresuro a aclarárselo—. No es una proposición sexual, te lo juro. Pero puedes venir a…, no sé, a jugar a algo.

—¿A jugar a qué?

—¿A las cartas?

—A las cartas —repite.

—Sí, al tute o a la brisca. Mi hermano y yo jugábamos todo el tiempo y soy bastante buena.

—Y modesta.

—¿Tú sabes jugar?

—¿Tú qué crees?

—Puedo enseñarte.
Coge la raquetera y se dispone a irse, supongo que es una negativa, pero entonces…
—¿A qué hora quieres que vaya? —me pregunta.
Sonrío.
—¿A las ocho?
—Bien.
—¡Puedes traer a René contigo! —grito cuando ya se encuentra lejos de mí.
—¡Allí estaremos!
Por cierto, ¿qué comen los conejos? ¿Y los tenistas bordes?

8: «Más sereno que tus peces cuando duermen»

ARTURO

Antes del viaje al partido

Rutina: «Costumbre o hábito adquirido de hacer las cosas por mera práctica y de manera más o menos automática».

En nuestros inicios, yo perdía una cantidad descomunal de horas pensando en mis encuentros sexuales con Chris, que cada vez eran menos espaciados en el tiempo y más confusos en mi cabeza (eso sí, mi polla estaba encantada), así que tuve que buscar la definición de «rutina» en el diccionario. ¿Lo nuestro era rutina? Desde luego se asemejaba bastante. Y si no, ¿qué era? Una locura, eso seguro.

No había evento deportivo internacional relacionado con el tenis en el que no nos viéramos y en el que no nos enrolláramos. Y una parte de mí me decía que estaba mal, muy mal, porque si no encontraba el valor para contárselo a mi hermano gemelo, con el que lo compartía todo desde que éramos unos críos, era porque estaba mal. Porque Chris era mi rival en la pista. Porque no nos caíamos bien. Porque mi hermano lo odiaba. Porque todo lo hacíamos a escondidas. Porque apenas intercambiábamos palabras. «Claramunt». «Lacoste». «Me corro». «Sí». «Dios». «Hasta la próxima». «*Adeu*».

Pero me gustaba estar con él. Me flipaba. Había descubierto el placer del sexo con otra persona y quería practicarlo a todas horas. Practicarlo con él. Llegar al éxtasis con él y correrme mientras le gemía cerca del oído. El tiempo volaba a su lado y los segundos lejos de él se convertían en eones. A fin de cuentas, yo no era más que un adolescente dominado por las hormonas y el frenesí. Incluso marcaba las competiciones deportivas en el calendario, cosa que no había hecho antes. Y lo echaba de menos cuando no podíamos vernos.

Lo. Echaba. De. Menos.

¡A Lacoste!

Cómo me flipaba cada vez más su manera de jugar al tenis lo dejamos para otro momento.

—¿Y a ti qué te pasa, tete? —me preguntó un día Andrés.

—¿A mí? Nada. ¿Por?

—Estás raro. Intranquilo o ansioso, no sé. Y tú no eres ansioso. Eres lo contrario a ansioso. Más sereno que tus peces cuando duermen.

—Será por el partido de mañana.

—Tú jamás te obsesionas por un partido de tenis. Es parte de tu magia.

—Hummm.

—Sí. Eso digo yo.

Si tuviera que poner música a mis encuentros con Chris, sin duda elegiría *Overprotected*, de

mi amiga Britney.

Overprotected era la canción que sonaba a todo volumen en mi habitación de hotel la noche en que me magreaba con Chris sobre mi cama. Andrés dormía en la habitación al lado (solemos compartir habitación excepto cuando yo tengo mucho que estudiar) y que me oyera gemir mientras me corría con la cabeza de mi rival número uno entre las piernas y con sus brazos rodeando mis muslos no entraba a discusión. La pusimos en bucle y no sé cuántas veces sonó; imposible calcularlo. Me corrí dos veces, eso sí puedo decirlo.

—Ayer le diste bien, ¿eh? —me comentó Andrés, casual, al día siguiente. Casi escupí el desayuno.

—¿Qué?

—A Britney.

Carraspeé.

—Me gusta.

—No hace falta que lo jures. No tiré la pared abajo porque sé que te gusta estudiar con música, pero ya que no dejas los libros ni cuando estamos de viaje al menos baja el volumen, ¿OK?

OK.

Overprotected era la canción que sonaba a todo volumen en mi cabeza mientras Chris y yo nos frotábamos las erecciones con los pantalones deportivos en las caderas, recostados en una pared del complejo deportivo de la ciudad de turno. Y semanas más tarde en una pared de los baños de otra ciudad de turno.

Overprotected era la canción que sonaba a un volumen moderado en la recepción del polideportivo del Abierto de Australia cuando Chris y yo nos cruzamos sin pretenderlo. Yo caminaba distraído, absorto en la pantalla de mi teléfono, pero sentí su presencia cuando pasó junto a mí. Levanté la vista y me arrebató el móvil tan rápido que apenas sentí el roce de sus dedos en los míos. Escribió algo a la velocidad de la luz y su teléfono sonó.

—¿Qué haces?

—Ahora ya tienes mi número, *tete*.

Me guiñó un ojo y prosiguió su camino. No hubo testigos del intercambio. Y yo tenía el número de teléfono de Lacoste en mi móvil. Me estremecí, sonreí de manera involuntaria y carraspeé. En ese orden. Lo que más me gustaba de Chris en aquella época era que fuera el mismo imbécil dentro y fuera de la pista. Él y yo éramos secreto pero reales al mismo tiempo.

No podía añadirlo a mis contactos como «Chris» o «Christopher» y mucho menos como «Lacoste», así que lo guardé como «el de los panes de ajo a domicilio». Andrés y yo acabábamos de ingresar en el CAR y ya habíamos encontrado nuestra pizzería favorita en el pueblo. Somos adictos a los panes de ajo.

Que Chris y yo estuviéramos conectados vía móvil supuso un avance importante en nuestra *relación.* Ya no dependíamos del azar de que nos cruzáramos en un evento para magrearnos en

cualquier esquina o para quedar en mi habitación de hotel, en la suya o en una que reservábamos.

Un día dejé mi teléfono bocarriba encima de la mesa mientras desayunábamos y el mensaje llegó en el momento exacto en que mis hermanos se sentaron junto a mí.

Bip. Bip.

Los tres dirigimos la mirada a la pantalla por pura inercia.

El de los panes de ajo a domicilio:
Hola.

—¿Por qué te manda un saludo «el de los panes de ajo a domicilio»? —me preguntó Tani.

—Porque he pedido unos panes de ajo a domicilio.

—Son las ocho de la mañana.

—Tengo hambre. Hambre de panes de ajo.

—Joder —exclamó Andrés—, ¿y te mandan un mensaje al teléfono? Sí que se han tomado en serio la fidelización con el cliente.

—Son muy atentos —atajé yo.

—Ya veo…

Por supuesto, tuve que pedir unos panes de ajo a domicilio para disimular. Una nueva rutina. También silencié los mensajes de Chris.

Arturo:
Tengo una duda.

El de los panes de ajo a domicilio:
¿Solo una? Si yo jugara al tenis como tú, tendría un millón.
El de los panes de ajo a domicilio:
Y tu hermano debería retirarse para dedicarse a otra cosa. Fuera del deporte en general. Plantéaselo. A ti te escucha, ¿no?

Pero ¿cómo podía ser tan gilipollas y a mí gustarme tanto?

Arturo:
Una duda sobre nosotros. Tú y yo como concepto. ¿Somos amigos con beneficios?

El de los panes de ajo a domicilio:
Tú y yo no somos amigos.

Arturo:
Vale. Solo la parte de los beneficios entonces.
Arturo:
Hasta que nos aburramos.

Arturo:
Y a otra cosa.
Arturo:
¿No?

El de los panes de ajo a domicilio:
No te pongas tonto, ¿OK? Es lo que es.

Arturo:
No me pongo tonto. Solo me pregunto cosas. ¿Tú no te preguntas cosas?

El de los panes de ajo a domicilio:
Pregúntate más sobre el tenis y menos sobre «cosas».

Arturo:
Pienso machacarte la próxima vez que coincidamos.

El de los panes de ajo a domicilio:
Has hecho que escupa mi bebida isotónica de la risa.
El de los panes de ajo a domicilio:
Espera.
El de los panes de ajo a domicilio:
Porque hablamos de tenis, ¿no?

Me cambié de chat y entré en el de Dami. Yo todo lo hablo con Dami y aquello era como la hecatombe de cosas que tenía que hablar con él.

Arturo:
¿Tú qué entiendes por rutinas?

Dami:
¿Rutinas? En el sentido más estricto de la palabra es algo que haces a menudo, ¿no?

Arturo:
¿Y en el sentido menos estricto?

Dami:
¿En qué andas metido?
Dami:
Te noto cosas, Art.

Arturo:
No puedo decírtelo. Pero te prometo que no es nada de drogas.

Dami:
¿Sectas?

Arturo:
Tampoco.

Dami:
¿Algo ilegal, en el sentido más amplio de la palabra?

Arturo:
Tampoco.

Dami:
OK. Te esperaré entonces.

Y así pasó el tiempo.

Una pelota de tenis me impacta con fuerza en la cadera y me saca de golpe y porrazo de los recuerdos del pasado.

—¡Auch! —Me froto la zona con la mano. Ha quemado.

—¡Despierta, Arturo! —me grita Miguel—. ¿Dónde estabas? ¿En la cama todavía?

—¿Soñando despierto, Arthur? —me pregunta Chris.

—Soñando contigo, *honey* —respondo con naturalidad.

Hago una mueca que pretende ser una burla pero que se queda en… yo qué sé. Algo ridículo, eso seguro.

Hoy Chris y yo estamos entrenando juntos. En un par de días disputo un partido y Rafa ha creído conveniente que jugara contra él. «Ya que tenemos al enemigo en casa, vamos a aprovecharlo» fueron sus palabras. Chris aceptó como si me estuviera haciendo el favor de mi vida. Cero teatro, además; lo cree de verdad. De hecho, nos lo ha dicho a Miguel y a mí al entrar en la pista con ese aire de superioridad que lo caracteriza y del que no se despoja ni para ir al cuarto de baño. También nos ha informado de que yo le debo un favor y que se lo cobrará cuando lo considere conveniente.

A pesar de haber entrado de lleno en el otoño, hace una mañana inusualmente calurosa. El sol, enorme, brilla con fuerza en el cielo azul y sus rayos son visibles en el aire que nos rodea como cortinas de luz y calor. Las gotas de sudor se me deslizan por las sienes, la espalda y el pecho. Vamos, que estoy chorreando. ¿Quizá porque Chris ha lanzado su camiseta al suelo hace más de media hora y está jugando con tan solo un pantaloncito corto de tenis? No sé. O quizá porque llevamos horas practicando en picos muy altos de esfuerzo. Chris me obliga a realizar cambios de ritmo cada poco y hasta mi tobillo está sufriendo más de lo normal. No tengo queja, es su trabajo. Chris sabe dónde tiene que darme y hasta dónde puede darme. Siempre saca lo mejor de mí en el tenis. Y creo que también fuera de él. Solo espero que Miguel no se dé cuenta

de que no es la primera vez que hacemos esto. Ni la número cien.

—Vale —grita entonces—. Suficiente por hoy, chicos. Bien, Arturo. Bien, Christopher.

Estoy agotado, aunque reconozco que podría quedarme aquí dos horas más jugando contra Chris. Me dirijo a mi rincón, a recoger mis cosas, y el mensaje me llega al móvil en cuanto lo saco de la bolsa:

El de los panes de ajo a domicilio:
¿Te he hecho daño?
El de los panes de ajo a domicilio:
Ha sido sin querer.

Arturo:
Me has dejado moratón.

Me levanto la camiseta con disimulo para que lo vea. Aún no está morado, pero sin duda lo va a estar en un futuro próximo.

El de los panes de ajo a domicilio:
Ya veo.
El de los panes de ajo a domicilio:
Luego te lo curo.
El de los panes de ajo a domicilio:
Y por cierto…
El de los panes de ajo a domicilio:
Muy buen juego el de hoy.

Y, en verdad, más tarde me lo cura con la suave presión de su lengua sobre mi abdomen mientras follamos en mi cama hasta que la fuerza del placer lo obliga a echar la cabeza hacia atrás, cerrar los ojos y regalarme una primera vista de sus jadeos que me catapulta al orgasmo al instante.



La noche antes de mi viaje me pongo de acuerdo con mi hermano para levantar a Patrick de la cama con alguna excusa falsa, en venganza por su última bromita. Patrick suele acostarse temprano, así que quedamos en mi dormitorio a las diez en punto.

—¿Te apetecen primero unos panes de ajo? Todavía llegamos —me pregunta en cuanto abro la puerta.

—Siempre.

—¿Vamos dando un paseo?

—Claro.

A pesar de la oscuridad y del frescor que empieza a picar en el aire, el pueblo tiene ambiente. Este pueblo siempre tiene gente que recorre arriba y abajo la calle principal, tiendas que con sus vistosos escaparates superan a las farolas en iluminación, restaurantes abiertos que impregnan el aire de un montón de aromas suaves, luces de colores que adornan las alturas y música. La calle Boulevard la inhalas, la saboreas, la sientes y la escuchas. La playa de dos kilómetros de arena dorada se encuentra una calle paralela más allá y está protegida por el paseo marítimo, pero, aun así, la sensación de tenerla cerca llega hasta aquí.

Nos detenemos unos segundos a bailar enfrente del hombre que tamborilea sobre su guitarra clásica y canta flamenco cada noche en el mismo bar. Es inevitable no hacerlo.

Llegamos a la pizzería y, como es habitual, mientras yo pido los panes, Andrés mira con fijeza a los dos chicos que sonríen detrás de la barra. Los sigue con la mirada hasta la cocina y luego la clava en mí. Cree desde hace mil años que «el de los panes de ajo a domicilio» y yo tenemos algo o, lo que es lo mismo, que uno de esos dos chicos y yo tenemos algo. Nunca lo he negado.

En las mesas de la terraza hay sentadas dos parejas y dentro más de lo mismo; todas ellas sin comida a la vista, lo que significa que nos toca esperar. Apoyo ambos codos sobre la barra y cruzo los tobillos.

—¿Se lo has contado a Nicki? —le lanzo a quemarropa.

—¿Contarle el qué?

—Todo lo de Elvira.

—No. No se lo he contado.

—Tienes que contárselo.

—¿Por qué? No es de su incumbencia.

—Yo creo que sí.

—Ya, pues yo creo que no.

—Andrés, ahora que sabe que fue Elvira la chica con la que te acostaste aquella noche se merece la versión completa.

—No se merece ninguna versión completa.

—Yo creo que sí.

—Ya, pues yo creo que no. Insisto, no es de su incumbencia.

—Quizá no lo sea del todo. Solo digo que…

—Tengo la sensación de que me odia por lo de Elvira —me interrumpe—. ¿Te lo puedes creer?

—La verdad es que sí.

—¿Sí? No me jodas, Arturo. O está como un puto grillo o yo ya renuncio a entender a las tías.

—Y solo te odia un poco.

—No se puede odiar *un poco*. O se odia o no se odia, Arturo. Yo odio a Lacoste. Sin adjetivos indefinidos alrededor.

Lo de Lacoste lo ignoro por pura salud mental.

—Nicki puede odiarte *más* si no se lo cuentas ahora.

—Muy bien, pues si Nicki aparece *ahora* en esta pizzería, se lo cuento.

Me rindo.

—¿Estás tratando el tema con Fernando?

—¿Cuál de todos?

—El regreso de Nicki al centro.

—Sí, lo tocamos de vez en cuando, pero no es prioritario. Mis otras movidas le molan más. A veces creo que soy como una droga para él.

—Te sienta bien hablar con él. Reconócelo.

—Jamás —ríe. Y yo lo hago con él—. Y, oye, dile a tu novio que se dé prisa con los panes. Tengo hambre.

—Señor, sí, señor.

Sonrío de nuevo y le guiño un ojo.

Más de una hora después regresamos al CAR. Vamos directos al dormitorio de Patrick, contamos hasta tres y le aporreamos la puerta al mismo tiempo que gritamos: «¡Patrick! ¡Abre, Patrick! ¡Corre!».

Sin embargo, los sorprendidos somos nosotros cuando él nos abre muy tranquilo en pantalón de chándal y sin rastro de signos de haber estado durmiendo.

—¿Dónde está el fuego, Chip y Chop, aparte de en vuestras almas insustanciales?

—¿Qué estabas haciendo, patito? —le replica Andrés con sospecha.

—Nada.

—El que nada no se ahoga.

—Pero corre peligro. Buenas noches.

Y nos cierra la puerta en las narices.

—¿Sabes lo que más me gusta de Patrick? —me pregunta Andrés.

—¿Su pelo?

—No, joder. Nuestro pelo es mucho mejor que el suyo. Lo que más me gusta de Patrick es que siempre consigue sorprenderme.

Me encojo de hombros y me encamino a mi dormitorio sin más ceremonias; estoy rendido.

—Chao, Andrés.

—Que tengas buen viaje, tete —responde mientras baja las escaleras de camino a su planta —. Llámame al llegar.

—¡Sí!



Arturo:
Cuídamelo estos días mientras estoy fuera.

Dami:
El niñato sabe cuidarse solo.

Arturo:
Está lejos de sus aguas. Solo.

Dami:
No es un pez, Art. Y, de serlo, se asemejaría más a un tiburón blanco que a un caballito de mar.

Arturo:
Yo lo dejo en tus manos y ya decides tú qué hacer.

Dami:
Te odio cuando sacas la mierda psicológica.
Dami:
Mucho.

Durante el viaje al partido

Arturo:
Hemos llegado. Todo bien. Mucho calor.

Andrés:
Aprovecha para tomar el sol. Ayer te vi un poco paliducho.

Esa línea de Andrés tiene más secretos que el triángulo de las Bermudas. Escribir «un poco» en cursiva es una clara referencia a nuestra conversación de ayer. Lo de paliducho significa que no va a contarle nada a Nicki sobre toda la movida con Elvira. De lo contrario hubiera buscado la manera de decirme «ayer te vi brillante». O incluso «ganador».

Arturo:
No estaba paliducho. Estaba radiante.

Andrés:
Para nada.

Tani:
¿Qué dices, Andrés? No estaba paliducho.

Arturo:
¿Ves? Tani está de acuerdo. No estaba paliducho.

Tani:
¡Y mucha suerte en el partido de mañana!

Arturo:
Mamá también me acaba de decir que no estoy paliducho. Que estoy guapísimo.

Andrés:
Son tu madre y tu hermana. Qué van a decir.

Arturo:
Y que necesitamos un corte de pelo.

Andrés:
¿Necesitamos?

Tani:

Chicos…
Tani:
¿Estáis hablando en clave?

Andrés:
No.

Arturo:
Sí.

Tani:
Y es verdad que os hace falta un corte de pelo.
Tani:
A los dos.

Andrés:
¿Se pueden subrayar mensajes?
Andrés:
Qué nivel, nen.



Andrés:
Suerte, tete. De parte de todos.

Luego le contesto, ahora tengo otra cosa en la cabeza. Y puede que no sea la mejor decisión que he tomado en años, teniendo en cuenta que son las siete de la mañana y que mis padres se encuentran en la habitación al lado, con toda probabilidad despiertos, pero necesito un orgasmo antes del partido.

Arturo:
Necesito correrme antes del partido. He tenido un pálpito.

El de los panes de ajo a domicilio:
Se atraganta con el café delante de sus hermanos
El de los panes de ajo a domicilio:
Y ambos somos conscientes de la enormidad de mi polla, pero de momento no cruza países.

Arturo:
¿¿Estás con mis hermanos?? Que no llegue la sangre al río, por favor.

El de los panes de ajo a domicilio:
El azar…

¿El azar ha hecho que esté con mis hermanos o del azar depende que no llegue la sangre al río? Prefiero no preguntar…

El de los panes de ajo a domicilio:
Se levanta de la mesa sin dar explicaciones y guiña un ojo a los Claramunt y compañía con la seguridad de que está a punto de follar

Arturo:
Eleva los ojos al cielo
Arturo:
¿Vas a tu dormitorio?

El de los panes de ajo a domicilio:
Depende. ¿Dónde me quieres, morenazo?

Arturo:
En las pistas de tenis.

El de los panes de ajo a domicilio:
Cierra el puño en señal de victoria
El de los panes de ajo a domicilio:
¡Por fin!
El de los panes de ajo a domicilio:
Te lo compro, aunque sea virtual.

Arturo:
Pero hoy no.

El de los panes de ajo a domicilio:
Rajado.

Arturo:
Hoy en tu dormitorio.

El de los panes de ajo a domicilio:
Voy.

Arturo:
Videollamada en tres min. Me voy preparando.

El de los panes de ajo a domicilio:
*Se desnuda a la velocidad de la luz sin aguantarse las ganas de entregarse

al fornicio*

Arturo:
Me refería a que voy a encender el ordenador.

El de los panes de ajo a domicilio:
Ya…

Sonrío y enciendo el portátil. Me siento en la cama y adopto la postura de siempre que quedo con Chris para sexo virtual: la espalda recostada en el cabecero, las plantas de los pies sobre el colchón, las rodillas en alto y el ordenador encima del abdomen, apoyado en mis piernas. Pongo la música a tope en el teléfono y me coloco en las orejas los auriculares enchufados al portátil. Lo llamo y su rostro enseguida aparece en la pantalla.

—Merde, *qué guapo estás hoy.*

—*Bonjour* —respondo con una sonrisa de oreja a oreja.

—*Pero es cierto eso de que no te estabas desnudando. Qué decepción más grande.*

—Desnúdame tú.

Chris se lame con lentitud el labio inferior y a mí un chispazo de placer me nace en la entrepierna. Deslizo los dedos hacia abajo y… empezamos.

Unos minutos después me corro con tanta fuerza que me replanteo eso que he dicho de que «puede que no sea la mejor decisión que he tomado en años, teniendo en cuenta que son las siete de la mañana y mis padres se encuentran en la habitación al lado, con toda probabilidad despiertos» porque ha merecido la pena, a pesar de que es muy posible que me hayan oído gemir.



Andrés:
Partidazo, tete. Luego te llamo.

Tani:
¡Felicidades, tete! Me ha encantado.



Dami:
Eres el mejor. Estoy orgulloso.
Dami:
Te veo en un par de días.

Dami:
Saluda a tus padres de mi parte.



Patrick padre:
Enhorabuena, hijo.
Patrick padre:
Un partido para recordar.

Papá:
¿Has podido verlo entero?

Patrick padre:
Sí. Me he escabullido del trabajo.

Andrés:
Qué vergüenza. Un hombre tan importante como tú…

Patrick:
¿Te has escondido en los baños, papá?

Andrés:
¿Con los pies cruzados a lo indio encima del inodoro para que no te descubran?

Patrick:
¿Y un táper de comida en el regazo?

Andrés:
¿Macarrones, quizá?

Patrick:
¿Alubias? El otro día me dijo mamá que le habían salido unas buenísimas.

Andrés:
Cuidado con los gases… ;)

Patrick:
Y con las calorías del chorizo y la morcilla…

Patrick padre:
¿Vais a parar en algún momento?

Papá:
No creo…

Patrick padre:
Vamos a hacer una cosa. Os propongo un campeonato de golf. Vosotros dos contra nosotros dos. Si nos ganáis, os lo cuento todo.

Andrés:
Hecho.

Patrick:
Hecho.

Andrés:
¿Cuándo?

Papá:
Durante las vacaciones de Navidad.

Andrés:
Y Arturo puede sustituirnos a cualquiera de nosotros cuando lo creamos conveniente.

Papá:
Eso son tres contra dos.

Patrick padre:
Hecho.



Arturo:
Acaban de hacerme una proposición muy indecente.

El de los panes de ajo a domicilio:
¿Te han invitado a comer pez Napoleón?

Arturo:
Peor. Atún rojo.

El de los panes de ajo a domicilio:
AUDIO

Es un audio donde solo se ríe. Yo también sonrío. Porque esos son mis audios favoritos. Su carcajada espontánea inmortalizada en mi teléfono.

El de los panes de ajo a domicilio:
Qué osados. ¿Les has hablado de la sobrepesca?

Arturo:
Por supuesto. ¿Has visto el partido?

El de los panes de ajo a domicilio:
Por supuesto.
El de los panes de ajo a domicilio:
No ha estado mal, Claramunt.
El de los panes de ajo a domicilio:
Y, por cierto, no pienso volver a follar contigo antes de un partido o entrenamiento. Ni virtual ni presencial.

Arturo:
¿Qué ha pasado?

El de los panes de ajo a domicilio:
El imbécil de tu hermano me ha ganado hoy.

Rompo a reír a carcajadas. Y me pregunto en qué momento han coincidido en las pistas.

Después del viaje al partido

Me encuentro en Barcelona, en casa de mis padres, y hasta mañana no regreso al CAR, pero mi carrera vespertina por la ciudad me lleva a un refugio de animales y… tengo otro pálpito.



Cuatro horas después me despido del taxista y me bajo del coche. Al entrar de nuevo en el CAR me doy cuenta de que he echado de menos a Chris. Lo he echado más de menos que cuando no *vivíamos* juntos. Y eso que no es mi primer viaje desde su llegada al centro, ambos llevamos varias semanas viajando, cada uno en su estrategia para conseguir puntos ATP. Toda una vida habituado a verlo en contadas ocasiones al año y, de pronto, se viene a pasar una temporada a mi hogar y me acostumbro a tenerlo a mi lado cada día. Y no me refiero a tenerlo de una manera romántica o sexual (con Chris todo es sexual). Me refiero a verlo. Inhalarlo. Escucharlo. A saber que está al alcance de mi mano, aunque solo sea para observarlo, siempre que yo quiera.

Voy directo a su dormitorio, sin hacer ruido y con la esperanza de que, como es tarde, nadie me vea. Dejo la maleta a mi lado y poso con cuidado la jaula en el suelo, junto a la pared, para que Chris no pueda verla al abrir la puerta.

Toc. Toc.

He dormido las suficientes noches con él como para saber que tiene el sueño ligero. Se acabará de dormir. Toco más fuerte. Mucho más fuerte. Odia que lo despierten, pero me la juego a que el hecho verme después de estar varios días separados pese más en su balanza del humor.

TOC. TOC.

Nada.

Lo llamo por teléfono y me contesta al cuarto tono.

—*¿Arturo? ¿Estás bien?*

—Sí. Abre la puerta.

—*¿Qué puerta?*

—La de tu corazón. —Ups—. No, es broma. La de tu cuarto.

—¿Qué hora es? ¿Tú no dormías esta noche en Barcelona? —me pregunta adormilado al abrir. Va sin camiseta, el pelo se le dispara hacia todas las direcciones y los pantalones de pijama le caen por debajo de las caderas. Brutal.

—Las doce. He adelantado mi vuelta en el último momento y te he traído una cosa.

—¿Un regalo? —me pregunta sorprendido. Y caigo en la cuenta de que Chris y yo jamás nos

hemos regalado nada.

—Una sorpresa.

—¿Se come?

Carraspeo de pura risa.

—Espero que no.

Alcanzo la jaula con mi mano derecha y se la tiendo:

—Sujétame esto un momento.

—¿Qué mierda es esto?

—Ah, pues tu sorpresa. Una nueva compañera de dormitorio. Es una coneja. La encontraron perdida en la calle; creen que su madre murió o que se perdió. Calculan que tiene unas siete semanas de vida. Te he dejado algo de comida en la jaula para que vayas tirando. Luego te informo vía mail de sus cuidados.

Me mira de la misma manera que lo haría un pez saltamontes: con los ojos fuera de sus órbitas. Muy monos los dos, por cierto.

—¿Qué? Ni hablar. —Intenta devolvérmela, pero levanto los brazos en señal de rendición—. Arturo, no estoy de broma. Llévatela.

—¡Tarde! —Agarro la maleta y me alejo de camino a mi habitación.

—¡Arturo, ven aquí! ¡¡Arturo!! ¡Pienso dejarla abandonada en el pasillo!

—No te atreverás… —canturreo.

Él puede decir lo que quiera y puede fingir ser el tipo más duro del lugar, pero yo sé que extraña su hogar y a su padre. Yo sé que se siente solo. Y eso es lo que menos quiero en el mundo.

De camino a mi dormitorio, recibo un mensaje de Nicki:

Nicki:
Acabo de verte por una ventana bajar de un taxi. Enhorabuena por el partido, por cierto. Me gustó muchísimo.

Abro la puerta de mi dormitorio y dejo la maleta.

Arturo:
¿Estás en la biblioteca?

Nicki:
Sí. No podía dormir y he venido a leer un rato.

Arturo:
Voy. No tengo sueño.

Nos sentamos en el suelo y charlamos como lo hemos hecho siempre. Ella me habla de sus

últimas lecturas y yo le hablo de mis animales. La puerta de la biblioteca se abre de pronto y uno de nuestros fisioterapeutas sale de la biblioteca. El ambientazo nocturno que tiene este lugar no tiene parangón. Se detiene enfrente de nosotros.

—Andrés —me dice a mí—, qué bien que te pillo aquí. Me has ahorrado un correo electrónico.

—¿Qué ocurre?

—La charla motivacional de la semana que viene se ha trasladado del viernes al domingo.

—Vale.

—¿Qué tal la llevas, por cierto?

—Espera, ¿qué charla? —bromeo.

—Jo, jo. Muy gracioso, Claramunt. Espero que eso signifique: «Lo tengo todo controlado».

Le guiño un ojo antes de que se vaya y le envío un mensaje rápido a mi hermano.

Arturo:
Te han movido la charla motivacional del viernes al domingo.

Andrés:
OK.
Andrés:
¿¿Estás en el CAR??

Arturo:
Acabo de llegar.

Me entra otro mensaje.

El de los panes de ajo a domicilio:
Que esta cosa está viva de verdad. Socorro.

Sonrío y guardo el teléfono. Que se las apañe.



El de los panes de ajo a domicilio:
No he dormido nada en toda la noche. Voy a matarte, Arturo.
El de los panes de ajo a domicilio:
Pero primero voy a por café.

9: «Prohibido hacerlo cuando los gemelos estén en el centro (si nos pillan, seguro que es una intimidad que no quieren ver)»

AITANA

«¿Eres virgen, Tani?».
«No he venido aquí a hablar de mi vida sexual».
«Pues qué fracaso más estrepitoso».
«Ja».
«Vamos, contéstame».
«No soy virgen. ¿Y tú?».
«No».
«Me alegro».
«Y yo, pero lo que quería decir es que si ya has follado con anterioridad sabrás que es algo íntimo. Espiritual. Y no me refiero al amor. Se puede follar con amor o sin él, pero necesitas una chispa de… algo. Una chispa de deseo hacia la otra persona. Una chispa de atracción. Un calentón. Lo que sea, pero algo. Algo lo suficientemente fuerte como para querer desnudarte y ofrecerle tu cuerpo a otra persona. Algo que te excite y te caliente por dentro».
«¿Tienes miedo de que no me excite contigo o quieres que te regale los oídos diciéndote lo guapo que eres?».
«Ni lo uno ni lo otro. Quiero que sepas que lo tengo cubierto».
«¿El qué?».
«La chispa. El calentón».
«¿Cómo?».
«Porno».

Antes del viaje de Arturo al partido

Patrick:
Claramunt.

Tani:
¿Qué?

Patrick:
¿Qué haces fuera del agua a estas horas? ¿Todo bien?

Tani:
He estado en el fisio. Visita rutinaria. Voy de camino a la piscina.

Patrick:

OK.

Tani:
¿Quedamos esta noche en tu dormitorio para eso?

Patrick:
¿Eso?

Tani:
Eso eso.

Patrick:
Tus hermanos están en el CAR.

Tani:
Me apetece.

Patrick:
Vigila esa ansiedad.

Tani:
Ja.
Tani:
¿Llevo algo?

Patrick:
¿Algo como qué?
Patrick:
¿A qué vienes exactamente a mi dormitorio? A ver si he interpretado mal la clave…

Tani:
A echar un polvo.

Patrick:
¿Y qué demonios quieres traer?

Tani:
Yo qué sé.

Patrick:
Lo que está claro es que ya no estamos hablando en clave. Que tus hermanos no te miren el móvil, por favor te lo pido.
Patrick:
Dios, no voy a llegar vivo a los veinticinco.

Tani:
Lo superarás.

—*Lo que me gusta a mí este chico en pantalón corto* —escucho las risas de Elvira y levanto la cabeza del teléfono.

Lacoste y Arturo se encuentran en la máquina del café y el último se toca el trasero con la mano. El primero sacude la cabeza. No hay que ser muy lista para saber lo que ha ocurrido.

—Le acabas de tocar el culo a Arturo —le digo a Elvira cuando pasa por mi lado. Ella me mira horrorizada.

—Mierda —exclama—. Sería mucho más fácil si él y Andrés no se pusieran los mismos pantalones.

—Hummm —mascullo al mismo tiempo que miro hacia el corro de gente que se ha formado delante de una de las pantallas del Senticar—. ¿Y ese alboroto?

—¿Qué alboroto? —Elvira imita el recorrido mi mirada—. Oh, es el Senticar. Vamos a ver qué ha pasado.

Nos acercamos juntas y leemos la pantalla. Es un mensaje del usuario **@ENIGMATICAR**. Es una cuenta fantasma que lleva años atormentándonos con sus comentarios, llevándose por delante la intimidad del elegido, o elegidos, en cuestión. Y está en el CAR. Es uno de nosotros. Sabe demasiadas cosas y siempre está en el momento y el lugar indicados. Podría ser Elvira. Podría ser yo. De hecho, mucha gente piensa que es alguien de mi entorno porque casi nunca nos ataca y cuando lo hace siempre es muy suave. El centro lleva años intentando neutralizarla sin éxito. Eliminan la cuenta y todos sus mensajes, pero resucita al cabo de un tiempo.

¿LAS RELACIONES ÍNTIMAS ENTRE ENTRENAD@R Y ALUMN@ ESTÁN PERMITIDAS? PORQUE ME DA LA SENSACIÓN DE QUE ESTE AÑO VAMOS A TENER MOVIMIENTO… YO AHÍ LO DEJO. ¡HAGAN SUS APUESTAS!

@ENIGMATICAR

Mmm… Frunzo el ceño. Es cierto que podría ir por Nicki y Andrés, pero, la verdad, hay tantos líos en este centro que podría ser cualquiera.



Dejo salir el aire que guardaba en los pulmones y me quedo tumbada en el suelo bocarriba mirando hacia el techo.

—No puedo moverme, Claramunt —dice Patrick a mi lado—. Esa flexibilidad tuya… No es ni medio normal.

—¿Alguna queja?

—Ninguna en absoluto. Pero estoy pensando… Creo que podríamos intentar las posturas del Kama Sutra. Intentarlas todas, me refiero.

—¿Es un reto?

—A lo mejor…

Me guiña un ojo y a mí se me escapa una carcajada. Patrick es gracioso. A veces.

Hoy hemos sido un poco salvajes. A Patrick le gusta salvaje, es algo que he ido aprendiendo con el tiempo. Y a mí también. Giro la cabeza y lo miro de nuevo. Él no hace lo mismo hasta unos instantes después. Se toma su tiempo. Para todo. Patrick siempre se ha tomado las cosas con calma; no es de los que actúan por instinto. Me di cuenta de ello un día de Navidad, cuando vino a nuestra casa a por su regalo y, en lugar de hacer trizas el envoltorio y abrir la caja de los bloques de construcción por cualquier parte, lo estudió con detenimiento hasta que halló la manera de abrirlo sin destrozar nada. Ni siquiera el celo. Y así tooodos los años. En el comedor del centro examina la comida durante diez minutos hasta que por fin se decide por algo. Y luego siempre coge lo mismo.

—Creo que es la primera vez que follamos en el suelo —dice por fin—. Era un territorio aún no conquistado.

—No lo hemos hecho en el suelo —replico—. Solo lo hemos acabado en el suelo. Así que no sé si está conquistado del todo. Espera, el primer día lo hicimos en el suelo. ¿O no? ¿Lo que hicimos cuenta como hacerlo?

—Hablar en clave va a acabar pasándome factura.

—Me agotas, Figueroa.

—Y tú a mí. Me estoy acordando de la cara de susto que tenías la primera vez que lo hicimos, si es que lo que hicimos puede considerarse como *hacerlo*. Parecía que venías al matadero. No se te salían tanto los ojos de las órbitas desde tu primera visita al dentista.

—¿Te acuerdas de lo que guapo que era mi dentista?

—No, pero me lo tomaré como un cumplido.

—Tú mismo.

Recuerdo nuestra primera vez. También estábamos tumbados en el suelo de su dormitorio. Y también nos rodeaba la mierda, como ahora. Porque puede que Patrick sea capaz de desempaquetar la caja de los bloques de construcción sin destrozar nada en absoluto, pero una vez abierto podría ahogarse en el desorden de sus propias piezas. Había ropa y trastos desperdigados por todas partes. Los cajones a medio cerrar. Incluso el escritorio estaba patas arriba, y eso que solo lo utiliza para jugar a videojuegos online con Andrés. Si Arturo lo hubiera visto le habría entrado un síncope. O lo habría recogido todo, según el momento en que le pillara.

—Para que esto funcione y no acabe en desastre y conmigo muerto en una cuneta en manos

de dos gemelos psicópatas tenemos que ser muy sinceros el uno con el otro —me dijo con seriedad—. Júrame que no eres virgen, Tani.

—Te lo juro —respondí de inmediato.

—¿Y entonces por qué estás tan asustada?

—Porque ha pasado un tiempo desde la última vez y no sé si me va a doler.

Recuerdo que la mirada de Patrick se suavizó.

—No, no te va a doler. Pero antes de empezar, dime, ¿te sientes con ganas de desnudarte delante de mí?

—No.

—No te preocupes, lo tenía previsto, ¿recuerdas? —La verdad era que no—. Túmbate en el suelo. Y ponte de lado.

—¿Por qué?

—Porque a ti te gusta tumbarte en el suelo para leer, escuchar música…, no sé, para todo.

Hice lo que me dijo, todavía temblaba, y él se tumbó frente a mí.

—Relájate.

—Relájame.

—Vamos a partir de la idea de que tu experiencia en el sexo es nula, ¿OK? —Asentí con la cabeza. Me gustó la idea—. Así que empezaremos por lo básico.

—¿Y eso es?

—La masturbación.

Se me escapó una mirada involuntaria a su entrepierna. Llevaba puesto un chándal de color gris claro sin ropa interior. Se intuía. Me refiero a que se intuía que no llevaba ropa interior. No a que se intuyera «algo». ¿Y por qué me doy explicaciones a mí misma?

—¿Acabas de mirarme el paquete?

—Sí.

—Bien. Ese es el camino.

—¿Vamos a masturbarnos?

—Es la idea.

Patrick estiró el brazo y alcanzó su portátil del escritorio. Movió el ratón táctil y la imagen de un montón de personas desnudas practicando sexo en la piscina de una vivienda privada invadió la pantalla. Las había dentro del agua, fuera, en las hamacas; parejas, tríos, escalera de color… Y no era una partida de póker. Era Sodoma y Gomorra.

—¿Porno? —pregunté.

No había visto porno en mi vida. Pero es cierto que Patrick lo había mencionado en algún momento de nuestra gran charla.

—Porno —confirmó antes de dejar el portátil en el suelo, cerca de nuestras cabezas—. Rápido y eficaz. Como no sé lo que te gusta, he elegido un vídeo donde hay de todo. Retén la imagen en la cabeza.

—¿Es una orgía?

—Correcto. Y ahora cierra los ojos.

—¿Por qué?

—Porque quiero que te concentres en los diálogos.

—¿Quieres que me concentre en los diálogos de una película porno?

—Eh, no los subestimes.

—Ni siquiera sabía que el porno tenía diálogos.

—Más que en el debate sobre el estado de la nación. ¿Preparada?

—Preparada.

Suspiré y cerré los ojos. Y me di cuenta de que me había relajado bastante. Incluso me lo estaba pasando bien. Todavía no habíamos hecho nada, pero me lo estaba pasando bien.

—Pues allá vamos. Tú no abras los ojos, ¿de acuerdo? Confía en mí, por una vez en tu vida.

—Vale.

Y de pronto… Besos. Alientos. Gemidos. Suspiros. Y yo era consiente de cada soplo. No podía verlo, pero lo intuía. Intuía las caricias, intuía el contacto físico, y la habitación de Patrick desapareció junto con mis temblores. Agucé el oído y capté una respiración que se escuchaba por encima de todo lo demás. Era intensa. Profunda. Y era la mía. Se me erizó el cuerpo y sentí un cosquilleo. Un deseo. Un impulso. Una fuerza que me movió a abrir los ojos. Y me di de bruces con la imagen de Patrick, frente a mí, acariciándose la erección con lentitud por encima de la ropa. La punta le sobresalía y a mí el corazón me dio un vuelco. Hacía mucho calor. Me ardían las mejillas. Me ardía todo. Y yo que pensaba que salir a correr cada mañana ardía. No tenía ni idea de lo que significaba el verbo arder.

—Tócate —me dijo con la voz ronca—. Explórate. Curiosea. Tienes que conocer tu cuerpo y saber lo que te gusta. Tienes que saber dónde y cómo tocarte para darte placer. Así sabrás dónde y cómo quieres que te toquen. Acaríciate. Explora cada rincón. Y llega hasta donde quieras llegar.

Cerré los ojos de nuevo, hice lo que me dijo, colé la mano derecha por dentro del pantalón y de la ropa interior y me toqué. Sentí los dedos de la mano fríos, pero mi cuerpo era puro fuego, así que el contraste era interesante. Los gemidos que brotaban desde los altavoces del ordenador continuaban estimulándome, pero por encima de todo lo hacía la imagen de Patrick acariciándose. Me encantó. Sorprendente pero cierto. ¿Habría colado ya su mano dentro? ¿O se habría bajado los pantalones? A mí me palpitaba todo, así que me toqué más. Más fuerte. Más profundo. Más valiente.

Abrí los ojos por segunda vez y no sé si fue la mejor idea del mundo o la peor. La erección de Patrick estaba totalmente fuera del pantalón y me miraba sin pestañear mientras se masturbaba con rapidez y se mordía el labio inferior. «Oh, Dios. Esto se acaba».

Bajé los párpados por tercera vez y esa última imagen de él se repitió en mi cabeza en bucle. Y saber que me estaba mirando, lejos de asustarme, me puso a cien por hora. Me excitó. Sentí mi

pulso latir en cada palmo del cuerpo y me dejé llevar. ¿A dónde? No sé, a un lugar maravilloso que no había visitado todavía. Y eso que he estado en muchísimas partes del mundo. Pero a este rincón no se llega en coche o en avión. Ni siquiera andando. No tienes que cargar con equipaje y está al alcance de cualquiera. Quería más.

Cuando abrí los ojos casi vuelvo a correrme con la imagen de los abdominales y el puño de Patrick manchados por la evidencia de su orgasmo.

—Ey. ¡Claramunt!

Salgo de mis recuerdos y regreso al presente de golpe. Patrick me mira divertido.

—¿Qué?

—¿A dónde te has ido? —me pregunta.

«A nuestra primera vez», estoy a punto de contestarle, pero alguien golpea la puerta con fuerza. A Patrick se le salen los ojos de las órbitas más que «en su primera visita al dentista» (y ahora, ¿qué?) y a mí se me detiene el corazón. ¿¿Quién puede ser??

—¡Patrick! ¡Abre, Patrick! ¡Corre! —gritan Andrés y Arturo.

Ambos nos levantamos al instante y fijamos la mirada en el mismo sitio: en el cuerpo desnudo del otro. Él se viste a todo correr tropezando en el camino, lo que sería bastante cómico si estuviera sucediendo en otras circunstancias, y se coloca en la puerta. Dios. Yo recupero mi ropa como puedo y me escondo debajo de la cama.

—¿Dónde está el fuego, Chip y Chop, aparte de en vuestras almas insustanciales? —pregunta al abrir. Parece tranquilo. Qué temple. Admirable.

—*¿Qué estabas haciendo, patito?* —pregunta Andrés.

—Nada.

—*El que nada no se ahoga.*

—Pero corre peligro. Buenas noches.

Cierra la puerta tan rápido que a mí no me da tiempo ni a quejarme en mi cabeza por el desorden que reina incluso debajo de la cama. Me arrastro por el suelo hasta salir y me quedo tumbada bocarriba.

—Tenemos que dejar de saltarnos las normas —me dice Patrick, que me mira con seriedad desde arriba—. Ya es «de vida o muerte».

Es totalmente de vida o muerte. Y entonces vuelven a llamar a la puerta. ¿¿Y ahora quién es??

—*Patrick.*

Oh. Es mi hermano otra vez. Andrés. Me levanto del suelo y comienzo a vestirme, por si acaso.

—Lárgate, Andrés —escupe el otro.

—*¿No vas a abrirme?*

—No.

Si yo no estuviera aquí, Patrick abriría la puerta. Creo. Y me da rabia que por mi culpa no

puedan hablar en condiciones. Porque una cosa es que Patrick se me cayera a mí del pedestal hace años y otra que no esté ahí para Andrés.

—*Quiero preguntarte una cosa.*

—Pregunta.

—*¿Me perdonas?* —Patrick no dice nada y Andrés insiste—. *¿Patrick?*

Se acerca a la puerta y recuesta medio cuerpo en ella.

—Claro —responde al fin.

—*Esa no es tu voz de que lo haces de verdad. Te conozco bien.*

—¿Qué quieres que te diga, Andrés? Estoy harto.

—*Ya lo sé. Ya lo sé, joder. Y lo siento. Había tenido unos días de mierda y Nicki estaba a punto de llegar. Pagué toda mi frustración contigo.*

—Adelanté mi viaje de vuelta para estar contigo esa noche.

—*No lo sabía. Lo siento mucho.*

—Lo habrías sabido si hubieras hablado conmigo. ¿Estabas enfadado, Andrés? ¿Por haberme ido de vacaciones justo cuando venía Nicki?

—*Tú no sabías lo de Nicki. Y necesitabas esas vacaciones a tu bola. Yo mejor que nadie sabía que las necesitabas.*

—No es eso lo que estoy preguntándote.

—*No estaba enfadado. Te lo juro. Solo te echaba de menos.*

Elevo los ojos al cielo. Si es que parecen un matrimonio.

—Pues tienes una forma cojonuda de demostrarlo.

—*Patito…, perdóname. Por favor. Haré lo que quieras.*

—¿Lo que yo quiera?

—*Lo que tú quieras.*

Elevo los ojos al cielo por segunda vez y trato de ocultar mi sonrisa. ¡Vaya dos!

—Quiero ir a un sitio, a practicar unos saltos, y necesito que me acompañes y lo grabes todo.

—*¿Un salto arriesgado?*

—Un poco…

Escucho el lamento de Andrés alto y claro. Mi hermano odia que practique saltos peligrosos en *parkour*. Y yo también. O lo odiaba. Lo odiaba cuando Patrick me importaba de alguna manera. Ahora me da igual lo que haga con su vida.

—*Joder…*

—A ver, que no es para tanto. No es un salto de vida o muerte.

—*Ahora hablas como mi hermana. Y gracias por la aclaración. Me quedo mucho más tranquilo si no es de vida o muerte.*

—Has dicho que harías cualquier cosa.

—*Joder…, ¡está bien! Te acompañaré. Y lo grabaré todo. ¿Contento?*

—Bastante.

—*¿Podemos recuperar ya nuestra relación, por favor?*

—Bien. Quedamos mañana a las nueve.

—*Tengo entreno. Y tú también.*

—A las nueve de la noche.

—*Genial. De puta madre. Vas a practicar saltos de noche.*

—Te va a encantar.

—*Seguro que sí.*

—Hasta mañana, Andrés.

—*Hasta mañana, patito. Pero nos vemos antes de esa hora, ¿no? ¿En el desayuno?*

—Claro. Como siempre. Te toco la puerta cuando vaya de camino.

—*Genial. Intentaré estar listo…*

—No estarás listo y yo me adelantaré.

—*…pero no prometo nada. Chao, patito.*

—Chao, patito. —Patrick no se mueve de la puerta. Espera unos segundos y entonces habla de nuevo—. ¿Sigues ahí?

—*Sí. Cuelga tú.*

—No, cuelga tú.

—*No, tú.*

—¡Tú!

¡Por Dios! Si estuvieran al teléfono, colgaría yo.

—*Vamos patito, cuelga.*

—Vale, cuelgo yo. A la de tres.

—*OK. Hasta mañana.*

—*Adeu.*

Andrés se marcha y a Patrick no solo le ha ido cambiando la voz según hablaba con mi hermano, le ha cambiado hasta la cara. Ahora está feliz. Bien por él.

—Sois los dos muy tontos —le digo.

Él, en respuesta, abre la puerta de su dormitorio y comprueba que no hay nadie en el pasillo. Después viene a la cama y se deja caer en ella de una manera demasiado dramática para ser él.

—Cuando Andrés se entere de esto va a matarme.

—Si se entera…

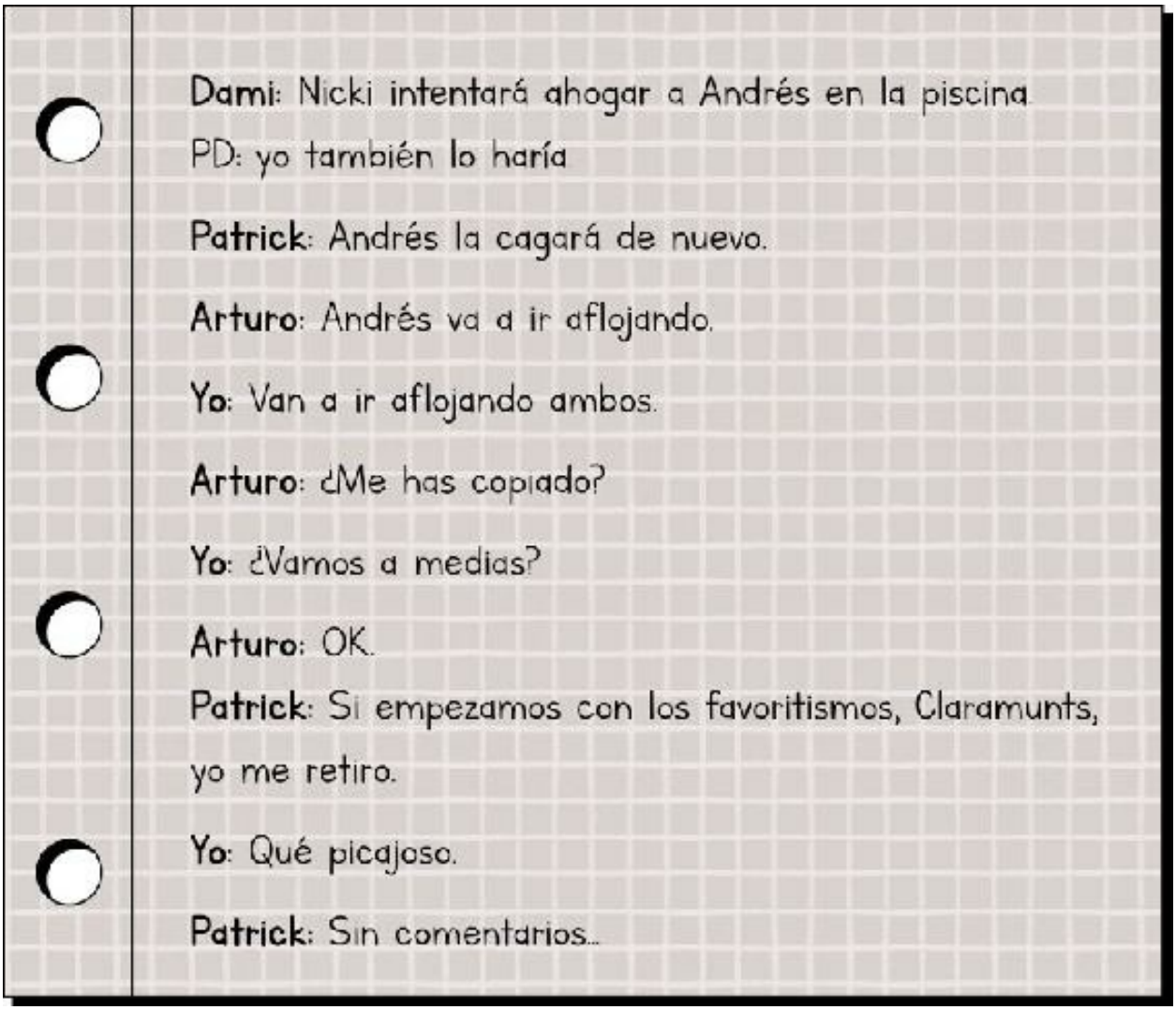
—*Cuando* se entere. Y ya puedes irte, Claramunt. No hay moros en la costa. Ha sido un placer, como siempre.

Me marcho sin despedirme.

Durante el viaje de Arturo al partido

—Si molesto, me quedo —nos dice Andrés al llegar a nuestra mesa de ocho en el comedor. Llega tarde, como siempre, y tal y como predijo Patrick. Si es que no falla.

Sé que Nicki ahora es entrenadora, sé que está en otro nivel, pero también continúa siendo mi familia, así que hoy la he obligado a sentarse a desayunar con nosotros y… no creo que hagan falta más explicaciones para entender la entrada de Andrés. La relación entre ellos no ha avanzado, se ha quedado estancada en una especie de conversación interminable. «Paso de tu culo». «Y yo del tuyo, así que estamos en paz». Todos esperamos con ansias el próximo movimiento. ¿Cuál será? ¿Y de parte de quién será? Puede que Dami, Patrick, Arturo y yo hayamos hecho apuestas y que Arturo las tenga a buen recaudo en su dormitorio. Puede que nos juguemos dinero y honor. Puede que sean estas:



Andrés se sienta a la derecha de Patrick, en diagonal a Nicki, coge una de sus tostadas y bebe un sorbo de su café. Eleva el autoservicio a su enésima potencia, pero también significa que son ellos de nuevo. Sin límites. También es verdad que Patrick siempre coge de más porque Andrés es demasiado vago para ir a por ello.

Mi hermano observa a Nicki con la mirada entrecerrada. Bueno, al menos la mira. Algo es algo. Estoy más cerca de ganar. Carraspeo y estoy a punto de decirles algo ingenioso que los haga interactuar entre ellos cuando Lacoste y su entrenador aparecen a nuestro lado, cada uno con un café para llevar en la mano.

—Claramunt —llama el entrenador.

—¿Qué? —respondemos Andrés y yo al unísono.

El primero nos mira con una pizca de diversión y el segundo suspira antes de sentarse en el sitio libre a mi derecha. Arrugo la frente. Esto es muy nuevo. Incluso Nicki y Andrés dejan de fulminarse con la mirada para unirse a la curiosidad con que el resto miramos a la pareja.

—Siéntate, Christopher —le ordena el entrenador. Nunca consigo recordar su nombre. ¿Silvio? No. ¿Enrico? Tampoco. Pero es algo así.

Lacoste obedece (lo que me llama mucho la atención; no es de los que acatan órdenes, o no lo parece a simple vista) y preside el otro lado de la mesa.

—¿Esto es culpa tuya? —le pregunta Andrés a Nicki, señalándolos a ella y a Lacoste, haciendo alusión a sus quedadas en la máquina de café.

—Ojalá —responde la otra.

Le guiña un ojo a Lacoste y este se lo devuelve. Me alucina la relación que tienen estos dos. Nicki apenas se junta con nadie del centro, no hace amigos, solo establece vínculos profesionales en la mayoría de los casos. Y es porque la gente le da igual. Pero Lacoste no le da igual. Por alguna razón, ellos dos han congeniado. Y yo me alegro un montón por Nicki. Porque necesita relacionarse más y porque me encanta que haya encontrado a alguien con el que le gusta pasar el tiempo, aparte de nosotros. A Andrés, sin embargo, no le gusta un pelo. Aprieta la mandíbula al verlos interactuar y entrecierra la mirada. Todo bien.

—Claramunt —pronuncia de nuevo el entrenador.

—¿Qué? —respondemos de nuevo Andrés y yo. Él mira a mi hermano—. Solo vengo a decirte que mientras Rafa y Arturo están fuera voy a ocuparme de tu entrenamiento.

—¿Es una broma? —pregunta Andrés.

—¿¿Qué?? —demanda Lacoste al mismo tiempo. Ya no está tan contento.

—¿Se puede ver? —propone Nicki con diversión.

—¿Por qué tengo que entrenar contigo? —le insiste mi hermano al entrenador.

Eso digo yo. Rafa es el entrenador principal de Andrés y Arturo, los supervisa a ambos, pero luego cada uno tiene un segundo entrenador (Miguel y Juan Carlos), que son con los que pasan la mayoría de las horas.

—Porque, después del éxito cosechado en el entrenamiento conjunto de Arturo y Christopher, Rafa quiere que tú también lo intentes. Para probar. Y tanto Christopher como yo hemos aceptado encantados.

Mmm, qué interesante. Pueden aprender mucho el uno del otro.

—Pero ¡si acabo de enterarme! —se queja Lacoste, a lo que su entrenador lo fulmina con la mirada.

—Yo no soy Arturo —dice Andrés con voz de ultratumba.

—Lo sabemos. Aun así, no quiero ni una queja. La decisión está tomada y es inamovible. Habla con Rafa, si quieres. No estoy aquí para que me rebatas nada, Claramunt. Estoy aquí porque quería avisaros a los dos, fuera de la pista, de que quiero un comportamiento ejemplar por vuestra parte. Vais a dejar vuestras mierdas fuera y a jugar juntos durante un par de días. Os veo en una hora en las pistas exteriores, empezaremos echando un partido. Traed todo el equipo y una sonrisa de repuesto.

Se levanta y abandona la mesa sin más ceremonias. Lacoste también va a hacerlo, pero Nicki

comienza a hablar con él y lo retiene. Andrés se entretiene con el teléfono.

—¿Estás escribiendo a Arturo? —le pregunto.

—Deséale suerte de parte de todos —añade Dami—. No quiero petarle el teléfono con mensajes antes del partido.

—Qué buen amigo, Murnuais —dice Lacoste. ¿No andaba entretenido hablando con Nicki? Este hombre tiene veinte orejas—. Deséale suerte a Arturito de mi parte también, Claramunt.

—¿Incluyo un beso de tu parte también? —le pregunta Andrés con sorna.

—Dos —contesta el otro.

No sé qué pensar de Lacoste. Nunca he sabido qué pensar de él. Apenas hemos hablado el uno con el otro, pero llevamos coincidiendo en acontecimientos deportivos y extradeportivos desde que Arturo y él jugaron el uno contra el otro en Les Petits As hace mil años. Solía acompañar a mis hermanos a casi todos sus partidos, pero entonces los saltos de trampolín se convirtieron en un medio de vida para mí y ahora solo los acompaño cuando mi propia agenda y el entrenamiento me lo permiten. O cuando es un partido importante de verdad y lo mando todo a la mierda.

Lacoste saca el teléfono del bolsillo (le habrá vibrado con la llegada de un mensaje) y al leer la pantalla se atraganta con el café, pero contesta al segundo. Es un mensaje personal. *Muy* personal. De alguien muy cercano a él. Salta a la vista. El brillo en sus ojos. La sonrisa permanente. ¿Lacoste tiene pareja? ¿Lacoste tiene sentimientos?

—Me vais a perdonar, familia —nos dice colocando las manos en la mesa y levantándose en el proceso—, pero el deber me llama.

Nos guiña un ojo antes de irse y…

—Cualquiera diría que va a echar un polvo —digo en cuanto se ha marchado. Juro que me ha dado esa impresión.

Tanto Andrés como Damián se atragantan. Hoy debe de ser el día de los atragantamientos. Recibo un mensaje al instante:

Patrick:
Qué intuitiva, Claramunt. Me gusta. Me pone. ¿Echamos un polvo rápido nosotros?

El café me entra por otra vía y durante unos segundos no soy capaz de respirar.

—Es el día de los atragantamientos —opina Dami.

Definitivamente.

Tani:
¿Ahora?

Patrick:
A ver, ahora ahora… Tampoco quieras correr.

Tani:
Pensé que se trataba de eso…

Patrick:
Eres buena, Claramunt.

—¡Rubia! —me grita Dami cuando abandono el comedor poco después. He quedado con Patrick en los baños más cercanos a la piscina de saltos—. Te acompaño al edificio principal.

Reanudamos el camino en silencio y yo aguanto como tres segundos.

—Vamos, suéltalo —le digo.

Damián se detiene, se recuesta en la pared exterior del pabellón del comedor y se tapa la cara con las manos. Se las separo y cierra los ojos.

—¿De verdad crees que soy un creído por decirte que el hecho de que no pueda enamorarme de ti te destrozaría? —me pregunta—. Lo siento. No me refería a eso. No me refería a que estés loca por mí. Solo quería ponerte en situación.

—¿A qué viene eso?

Abre los ojos.

—El imbécil de Lacoste lo dejó caer el otro día…

—¿Lacoste? —¿¿Perdona??—. ¿Christopher Lacoste?

—Sí. No preguntes.

Claro que pregunto.

—¿En qué contexto te dijo eso?

—En la fiesta de bienvenida del CAR. Me dijo que me mirabas con cara de «eres un creído» y… sumé dos y dos.

Qué intuitivo, el príncipe monegasco. Oh, mierda. Ahora hablo como Andrés.

—Un poco sí te miraba así —reconozco con una sonrisa.

Dami hace un mohín y yo sonrío del todo.

—Soy un creído.

—Te sigo queriendo igual.

—¿Gracias?

—Pero… creo que tienes que compensarme el agravio de alguna manera.

—¿Qué quieres? Pide por esa boquita, rubia.

—Dami… ¿Estás enamorado de Arturo? ¿Es eso?

Damián suspira y se da golpes suaves contra la pared.

—Pasas demasiado tiempo con Andrés.

—Contéstame.

—Tani, yo a Arturo lo quiero con locura, pero no estoy enamorado de él. O creo que no lo estoy al noventa y cinco por ciento.

—¿Y el otro cinco?

—A veces dudo. A veces me pregunto cosas. A veces siento cosas. A veces lo miro y veo… Esto es una mierda, ¿sabes?

—¿Qué ves?

Dami está a punto de decírmelo, pero se arrepiente en el último momento.

—¿A veces ves a Andrés en él?

—¿Qué?

—Dami, ¿estás enamorado de Andrés?

Rompe a reír a carcajadas. Y no sé si es real o un mecanismo de defensa. En cualquier caso, quiero ser sincera con él.

—No tienes ninguna posibilidad con Andrés. Ninguna.

Dami sonríe y advierto tantas emociones en esa sonrisa que no sé con cuál quedarme. Incredulidad. Diversión. Aflicción. O sí. Me quedo con la aflicción. Oh, Dami.

—Nunca se sabe, rubia. Nunca se sabe… Quizá, debajo de toda esa hostilidad… —me dice al mismo tiempo que me guiña un ojo y comienza a alejarse de mí de camino al pabellón de tenis —. ¿Te veo luego?

—Claro.

Me quedo plantada en medio de la calle durante minutos. Pensando en todo y en nada, pero, sobre todo, en que las ganas de besar a Dami no se me quitan ¿Por qué no se me quitan?

Patrick:
¿Dónde estás?

Tani:
Lo siento. Dami me ha liado.

Patrick:
¿Dami te ha liado? ¿En serio?

Tani:
Sí. Y ahora tengo que ir directa a la piscina.

Patrick:
¿No hay polvo? Tengo los pantalones en los tobillos.

Estallo en una carcajada en la entrada del edificio principal.

Tani:
Aprovecha para una paja, rubio.

Patrick:
¿Rubio?

Tani:
Mierda. Todo se pega.

Patrick:
¿Estoy en un mundo alternativo?

Tani:
Lo superarás.

Patrick:

REENVIADO.
¿Dami te ha liado? ¿En serio?
Patrick:

REENVIADO.
¿No hay polvo? Tengo los pantalones en los tobillos.

Después del viaje de Arturo al partido

Gabriel:
Estoy en una hamburguesería con unos colegas.
Gabriel:
Y alguien ha pedido una triple sin cebolla y pepinillos.
Gabriel:
Hasta ahí todo bien.
Gabriel:
Pero es que luego ha pedido un batido de fresa.
Gabriel:
Y yo me he acordado de ti sin remedio.
Gabriel:
¿Qué tal lo llevas?

Mamá:
Hola, chicos. Me ha surgido un tema con la abuela, se le ha inundado el jardín, todo está bien, no os preocupéis, pero no voy a poder ir hoy al desayuno de los domingos. Luego os llamo y hablamos un rato. Os quiero.
Mamá:
Mandadme una foto cuando estéis todos y así no os echo tanto de menos.

Arturo:
OK.

Andrés:
OK.

Mamá:
Qué escuetos. ¿Todo bien?

Andrés:
Domingo, mamá…

¡Son más de las ocho de la mañana! Llego tarde y no tengo excusa. Se me han pegado las sábanas por primera vez en años; tengo que dejar de trasnochar tanto. Las sesiones con Patrick comienzan a pasarme factura.

Hoy es domingo y toca desayuno familiar con mis padres. Es una costumbre que hemos adquirido los Claramunt en los últimos años. Papá y mamá vienen desde Barcelona un par de domingos al mes para pasar la mañana con nosotros. Los padres de Patrick también vienen. Al principio nos sentábamos en mesas diferentes, una al lado de la otra, pero hace tiempo que dejamos de fingir. Y ahora es nuestro momento «padres».

—Hija —me dice papá al llegar a la mesa, levantándose para darme un abrazo—. Incluso Andrés ha llegado antes que tú. ¿Qué te ha pasado?

—Jo, jo —responde mi hermano sin dejar de leer el menú que se sabe de memoria. Este acaba de llegar, porque de lo contrario ya habría pedido algo.

—Me he dormido —admito—. Ayer me acosté tarde.

Huele genial y me entra un hambre atroz. La cafetería está casi vacía, el CAR está casi vacío, lo que es lo más normal del mundo un domingo a estas horas intempestivas de la mañana. A veces pienso que mis padres no duermen. Y por lo que he oído es culpa de Andrés, debió de ser bien puñetero de bebé. Papá suele contar en sus veladas que todavía no entiende cómo mi madre y él se animaron con un tercer hijo después de conocer el premio gordo que les había tocado con Andrés. Siempre desde el cariño. Luego comparte una mirada cómplice con mamá y ríen mientras comentan en voz alta que ojalá cuando él tenga hijos le toque uno igual. Y se les ilumina el rostro cuando lo hacen.

Me siento en el hueco libre que hay entre Nicki y Damián, frente a Patrick. Patrick, que ni ha reaccionado a mi comentario de «ayer me acosté tarde» ni ha dejado de untar mantequilla en un trozo de pan. Me quedo mirándolo durante unos segundos; hoy está un poco guapo. Tengo que reconocerlo. A ver, que Patrick no me guste como persona no significa que no crea que es atractivo. De hecho, lo es. Lo es siempre, pero hoy lo es un poco más que los otros días. Se ha quitado el chándal y se ha vestido *elegante*, con vaqueros y camisa. Y eso solo lo consiguen los desayunos familiares. Su madre tampoco está. ¿Habrá ido con la mía para arreglar lo del jardín de la abuela?

La camarera se acerca a la mesa y comienza a servir cafés y zumos de naranja. Se la ve nerviosa. Siempre está nerviosa cuando mi padre o el de Patrick revolotean por aquí. Para ella son dos leyendas del tenis. A veces me cuesta entenderlo, porque para mí él solo es… papá.

—Ahora viene el resto —nos dice. Y a continuación nos mira a Andrés y a mí—. ¿Qué os traigo a vosotros, chicos?

—Yo quiero un café con leche, un zumo de naranja y unas tortitas con caramelo —respondo yo. Es mi desayuno de los domingos.

—Yo lo mismo —añade Andrés—. Pero el café sin leche, bien cargado y con mucho azúcar, y el zumo que sea de piña. Y añade un sándwich vegetal con jamón y queso, por favor. Todo supermezclado y con doble piso.

—Hijo…

—¿Qué?

—¿Sándwich vegetal?

—¿A estas horas te vas a meter semejante bomba en el estómago? —le dice Patrick padre. A lo que Andrés responde con un arqueo de ceja—. Mejor algo con más proteína. Luego te dolerá el estómago. Como siempre.

—Pues me tomo una manzanilla.

—Esa no es la solución, jovencito.

—¿Qué tal con… Lacoste? —pregunta papá antes de que Andrés soltara alguna de las suyas. Y ha estado en un tris de llamarlo imbécil. Lo sé yo, lo sabe él, lo sabe el resto y lo sabe casi hasta la camarera, que acaba de traer un montón de comida.

—Igual que siempre —responde Andrés—. Es un gilipollas. ¿A que sí, Arturo?

Arturo entrecierra la mirada durante unos segundos. No responde.

—Chicos, es importante que os comportéis de manera correcta delante de él —continúa papá —. Todos. No quiero otro episodio como el de Wimbledon. Mirad a dónde nos ha llevado.

—Descuida…

—¿No fue Andrés el que inició la pelea? —pregunta Nicki cuando estábamos a punto de cambiar de tema.

Yo intento disimular una sonrisa, no sé si lo consigo. Desde luego que Damián no lo consigue. Andrés levanta la vista, continuaba leyendo la carta, fascinado, y arquea otra ceja en su dirección. Arturo tiene pinta de querer irse muy lejos y Patrick parece aburrido, como de costumbre. No suele ser el más hablador en los desayunos de los domingos. Nuestros padres están atónitos pero orgullosos al mismo tiempo. Una de las cosas que siempre han admirado de Nicki, desde el primer día que la conocieron, es su franqueza. Y que no tenga pelos en la lengua.

—Hija —le dice mi padre—, es complicado.

—¿Qué pretendías con esa pregunta, Nicolasa? —contrarresta Andrés.

—Que quizá es Lacoste el que tiene que cuidarse de ti y no al revés —responde ella—. Hasta donde yo sé no ha hecho nada y su comportamiento está siendo ejemplar.

—Si repites esa frase en tu cabeza te darás cuenta de que la clave de todo está en «hasta donde yo sé». ¿Y sabes por qué? Porque tú no sabes nada.

—Yo sé cosas.

—¿Qué cosas?

—Muchas cosas.

—Hijos… —los interrumpe mi padre—. No vamos a discutir entre nosotros por Lacoste. Ya es lo que nos faltaba.

—Nicki y él son amigos —le explica Andrés.

—¿Cuándo ha pasado eso? —pregunta mi padre con verdadero interés—. No tenéis nada en común.

—¿Podemos dejar de hablar de Lacoste? —pide Arturo con cansancio—. ¿En serio tiene que estar presente hasta en los desayunos de los domingos? Ya está bien, ¿no?

—Tienes razón, hijo. Hablemos de ti.

—¿De mí? —pregunta con sorpresa.

—Sí, de ti. Últimamente te veo más disperso de lo normal. O disperso, en general. Y tú no sueles estar disperso.

—Tu juego es ejemplar —aclara Patrick padre—. No van por ahí los tiros.

—Por supuesto —reconoce el mío—. Yo me refiero al ámbito personal. Tu madre dice que la llamas menos por teléfono. Y el otro día, cuando regresamos del partido, ibas a dormir en casa, pero de repente decidiste venir corriendo al CAR en plena noche. Tu madre y yo queríamos que cenaras con nosotros y estuviéramos un rato juntos. ¿Sucede algo, hijo? Porque estamos preocupados.

—No sucede nada —responde mi hermano incómodo, estirándose el cuello de la camisa—. Solo quería llegar lo antes posible al CAR.

—¿Por qué? Y no me digas que es por el entrenamiento porque no me lo creo. ¿Qué te esperaba en el CAR, que no te dejaba pasar una noche más con nosotros? ¿O… quién? ¿Hay alguien, hijo?

Arturo abre la boca, pero la cierra de nuevo. Está nervioso y él nunca se pone nervioso. Tiene un control férreo sobre sus emociones, por eso es tan bueno en la pista.

—Como si no lo supierais ya —apunta Andrés con desinterés—. Para ver a su novio.

Si tuviera que explicar la reacción de toda la mesa con una sola imagen sería con la del emoji sorprendido. O con la de un melón. Porque Andrés acaba de abrir un melón muy grande.

—¿¿Qué novio?? —preguntan ambos padres al mismo tiempo.

—¿En serio nos vamos a hacer los despistados a estas alturas de la película? —responde Andrés—. Arturo tiene un lío con el chico de los panes de ajo a domicilio desde hace años. Llevo tiempo diciéndolo y en algún momento os daréis cuenta de que tengo razón.

Durante unos segundos nadie dice nada, aunque Arturo lo dice todo con la manera en que observa a Andrés. Es una mezcla entre asombro, sorpresa, decepción y ganas de estrangularlo.

—Hijo —es mi padre el que rompe el silencio por fin—, ¿con el de los panes de ajo a domicilio? ¿No había otro? Con la grasa que tienen…

Hala… Madre mía. Niego con la cabeza mientras papá mira a Arturo con cara de «no me culpes por querer que tengas una buena alimentación».

—¿Otro, cuál? —responde Arturo mosqueado—. ¿El de las frutas y verduras?

Entonces, sin dejar de mirar a Andrés, se levanta de la mesa.

—Gracias —escupe a nuestro hermano antes de irse.

—Hijo.…

—De nada —responde el otro con la mandíbula apretada. No estoy segura de que Arturo lo haya oído. Y no estoy segura de lo que acaba de pasar entre mis hermanos. No me lo cuentan todo, ni de lejos.

—¡Arturo! —lo llama papá sin éxito—. Joder, Andrés.

—Joder, ¿qué? ¿No quieres conocer a tu hijo político?

Dami también se levanta y corre tras él. ¿Qué coño está pasando? Es cierto que Andrés lleva muchos años diciendo lo del chico de los panes de ajo a domicilio, pero yo no acababa de creérmelo. Hasta ahora. Porque… encaja. Todo encaja.

—Quizá si no hablarais de su vida privada —deja caer Patrick como quien no quiere la cosa

—, no se habría marchado.

—Patrick —lo reprende su padre.

—¿Qué?

—Tú no te metas.

—¿Por qué?

—Porque no. Mejor preocúpate por lo tuyo.

—No tengo que preocuparme por nada mío. Está todo en su sitio.

—¿Tú crees? ¿Quieres que hablemos de lo que estás haciendo con tu vida? Porque me lo has puesto a huevo.

Patrick observa a su padre de la misma manera en que Arturo ha observado a Andrés y se levanta y se marcha de la misma manera en que lo ha hecho Arturo.

—Tienes que dejar de machacarlo —le recrimina Andrés.

—No lo estoy machacando, Andrés. Miro por su futuro. Alguien tiene que hacerlo, ya que él no está por la labor.

Bueno, pues hasta aquí hemos llegado. No soy defensora de Patrick, hasta el cosmos sabe que no lo soy, y me importa una mierda lo que haga con su vida, él sabrá, pero tampoco puedo mirar hacia otro lado cuando veo una injusticia. A Patrick lo machacan casi a diario desde que dejó el tenis. Yo creo que fue una decisión valiente.

—¿Qué tiene que hacer para que te tomes en serio su carrera? —le pregunto yo—. ¿Ganar una medalla olímpica? ¿O tampoco te valdría con eso?

—Aitana —me advierte papá.

—¿Qué?

—No es tu guerra.

—Tampoco la tuya y llevas años opinando —le echa en cara mi hermano a papá.

—Yo opino con conocimiento de causa, sé lo que hay detrás.

—¿Y yo no?

—No sé, Andrés, dímelo tú. ¿Qué hay detrás?

Mi hermano se queda en silencio y yo contraataco.

—¿Sabéis lo que creo? —les pregunto a los dos, a papá y a Patrick padre—. Que ya es hora de que asumáis y superéis, *ambos*, que Patrick ha dejado el tenis. Han pasado tres años. ¡Tres! No era lo suyo. No le gustaba. Y no pasa nada. La vida continúa.

—¿Y qué es lo suyo, Aitana? —me pregunta Patrick.

—Los clavados.

—¿Tú crees?

—Sí, claro que lo creo. Patrick lleva saltando desde que tengo uso de razón. Creo que siempre ha deseado dedicarse a ello, pero tenía miedo de decírtelo porque no quería decepcionarte. No es tu vida. No es vuestra vida. Es la de él. Y no quiere sujetar una raqueta de tenis. ¿Tanto os cuesta entenderlo?

—No se trata de eso, Aitana. No estamos hablando de tenis.

—Siempre estamos hablando de tenis. —El abandono del tenis de Patrick y su preferencia por el salto de trampolín aún escuece demasiado en su familia, y en la nuestra, por increíble que parezca—. Tendrías que verlo en la piscina, Patrick. Estarías orgulloso de él. Está entrenando duro y… Él todavía es un bebé en este mundo. Apenas acaba de empezar, pero lo está haciendo muy bien y…

—No es una carrera a largo plazo —me dice Patrick.

—¿Cómo que no es una carrera a largo plazo? —pregunto indignada—. Es mi carrera.

—No es lo mismo.

—¿Por qué? ¿Porque llevo entrenando desde los cinco años? No es lo que marca la diferencia. ¿Alguien que lucha por ser… cantante o abogado a los treinta es menos cantante o abogado que el que lleva toda la vida dedicándose a ello? Yo no lo creo.

—Yo tampoco lo creo. Y no, no es eso lo que marca la diferencia.

—¿Y entonces qué es?

—¿Cuál es tu objetivo, Aitana? En tu carrera deportiva, me refiero.

—Ganar el oro olímpico en las próximas Olimpiadas.

—Ni siquiera lo has dudado.

—Por supuesto que no.

Llevo entrenando y trabajando toda mi vida, tanto dentro como fuera del agua, con el deseo de convertirme en una de las mejores clavadistas del mundo. No he tenido nada más claro en toda mi vida. Cuando el CAR se puso en contacto conmigo, cuando se fijaron en mí, yo solo tenía doce años. Me propusieron entrenar con ellos y no lo dudé. Era un honor y no podía sentirme más feliz. Al principio no me quedaba a dormir y lo compatibilizaba con mi vida en Barcelona, pero en cuanto cumplí los catorce me vine a vivir y a estudiar aquí.

—Y dime otra cosa —continúa Patrick—, ¿qué va a pasar cuando no puedas saltar? ¿Cuando físicamente no puedas saltar?

—Que habré terminado la carrera de Filología, me habré especializado en Literatura Americana del siglo xx y seré profesora en algún lugar. Todavía no he decidido dónde.

Cuando dije que en casa de Patrick aprendí a amar los viajes en el tiempo no empleé el verbo «amar» al azar. Algún día, cuando no pueda zambullirme en el agua desde una plataforma o un trampolín, quiero dedicar el resto de mi vida a enseñar a todo aquel que esté dispuesto a escucharme el legado que nos dejaron genios de la literatura como Philip K. Dick, Robert Heinlin, H.G. Wells o Alfred Bester. No meto mil horas en la biblioteca como Arturo para terminar la carrera porque no tengo prisa. No necesito terminarla en cuatro años. Tengo tiempo. Y voy poco a poco.

—¿Y por qué Patrick no tiene intención de prepararse para intentar ir a las Olimpiadas? —insiste su padre.

—Porque es demasiado pronto. Aún no tiene el nivel.

—No es por eso.

—¿Y por qué es?

—Porque no sabe lo que quiere. Es cierto que siempre le ha gustado saltar, pero nunca ha querido convertirlo en su futuro. Solo está probando. Hasta que se canse. Entonces lo dejará y hará otra cosa. —Voy a interrumpirlo, pero no me lo permite—. Patrick no jugaba al tenis para contentarme. Lo hacía porque no sabía qué otra cosa hacer. ¿Por qué crees que vino al CAR? ¿Por propia voluntad? No. Lo hizo porque Andrés y Arturo se empeñaron en venir.

Andrés y Arturo se empeñaron en venir cuando yo dejé de vivir en Barcelona. Eso lo sé. Amoldaron su trayectoria deportiva al CAR para estar cerca de mí. Dos tenistas de élite como ellos no entrenarían aquí de otra manera. Y Patrick vino con ellos. Patrick siempre viene con ellos. Y viceversa. Dami lo hizo un año después.

—Pregúntaselo, Aitana. Pregúntale a mi hijo cuál es su objetivo en la vida. ¿Sabes lo que va a pasar? Que no va a ser capaz de responderte. Porque no tiene ni idea.

—Eso no es verdad —respondo. Por supuesto que sabe lo que quiere en la vida, pero no le habían dejado elegir hasta hace poco.

—Andrés —llama Patrick a mi hermano—, ¿tú qué opinas?

Andrés. Ni siquiera era consciente de que mi hermano continuaba sentado a la mesa. No ha abierto la boca en un buen rato ni para comer. Ahora solo mira su plato con la mandíbula apretada. Tampoco era consciente de que Nicki también sigue aquí, observándonos sin decir una palabra.

—Andrés —repite mi padre.

—¿Qué? —responde con seriedad, levantando la mirada por fin.

—¿Qué crees que contestaría mi hijo a la pregunta que le he hecho a tu hermana sobre sus objetivos? —insiste Patrick—. Vamos, hijo. Responde.

La respuesta de mi hermano es levantarse y abandonar la cafetería. Es un claro acto de lealtad hacia Patrick. Prefiere no hablar antes que traicionarlo. Y es la señal que yo necesito para darme cuenta de que quizá el padre de Patrick está en lo cierto. Quizá Patrick hijo no tiene ni idea de lo que quiere hacer en la vida. ¿Es posible?

—Aitana —Patrick requiere mi atención de nuevo—. Todos en esta mesa sabemos que mi hijo tiene la vida solucionada. Que no necesita trabajar porque nunca va a faltarle de nada. Pero yo no soy su amigo. Ni su compañero. Soy su padre. Y si lo presiono es porque quiero que, dentro de cincuenta años, cuando eche la vista atrás, se sienta realizado como persona. Que se sienta satisfecho y feliz. Solo quiero que encuentre su pasión. Y me da igual cuál sea. Pero que la encuentre y que su vida, para él, merezca la pena.

Mi padre suspira. Patrick parece derrotado y yo solo soy capaz de cruzar una mirada con Nicki. Un éxito el desayuno de hoy.

—Hija —le dice mi padre a Nicki—, ¿qué tal está Bruno?

10: «¿Qué le pasa a este helado? Está espachurrado». «He tropezado y se me ha caído al suelo. Lo siento». «¿¿¿Y aun así me lo has ofrecido???»

NICKI

TOC. Toc.

—*¡Ocupado!* —grita Arturo desde el otro lado de la puerta.

Insisto.

Toc. Toc.

—*¡Muy ocupado! Si es importante, pásame un papel por debajo de la puerta y luego lo leo.*

—¡Arturo, soy Nicki!

Escucho el sonido del movimiento de la silla del escritorio, pasos que vienen y van, un par de golpes y algún que otro juramento hasta que unos segundos después por fin me abre la puerta. Una ráfaga de colonia me perfora la nariz. Por Dios, ¿qué estaba haciendo ahí dentro? Luce unas ojeras importantes, va vestido de cualquier manera, está descalzo y sostiene su clásico subrayador amarillo entre los dientes. Estaba estudiando, y me apuesto cien largos a que lleva todo el fin de semana estudiando. Esboza una sonrisa al verme, pero me da la impresión de que quiere que me vaya.

—Hola —me dice.

—Hola. Solo voy a robarte unos minutos. ¿Puedo pasar?

Duda (los estudios le pueden), pero accede y me invita a entrar. Dentro del dormitorio el aroma a perfume es aún más intenso. Arturo lleva usando la misma colonia desde que lo conozco y siempre se echa a borbotones.

—¿Se te ha caído el bote de colonia al suelo?

Me ofrece una tímida sonrisa —¿eso es que sí?— y regresa a su silla, nervioso. Me sorprende el desorden que reina; hay libros y papeles pintarrajeados con la letra más pulcra del centro desperdigados por todas partes, algo muy impropio en él. Sí que ha tenido que ser una noche dura. Por lo demás, la habitación está igual que siempre. Me mira con expectación. Vale, sí, a lo que iba.

—Estoy recogiendo firmas para que permitan animales pequeños en el centro y se me ha ocurrido que quizá te gustaría colaborar.

—¿Tiene esto que ver con Lacoste y el conejo que lleva a todas partes? —me pregunta al mismo tiempo que alinea los libros y papeles del escritorio.

—Sí. Y es una hembra. Se llama René. Ya sé que Lacoste y tú no sois los mejores amigos del mundo, pero está solo, lejos de su hogar, conviviendo con sus rivales de toda la vida, y tú amas los animales por encima de todo, más los de mar que los de tierra, lo sé, pe…

—Dame esos papeles, Monteserin —me dice con cariño—. Los firmaré encantado.

Extiende la mano y yo le ofrezco los documentos. Coge un bolígrafo de color azul y comienza a pasar las páginas.

—He mecanografiado los nombres de todas las personas del centro —le explico—. Búscate en la «c», de Claramunt.

Levanta la vista y me mira con diversión.

—Listo —me dice al acabar—. ¿Quieres que firme también por Andrés?

El aire abandona la habitación y yo me quedo sin nada con lo que respirar. Las paredes se estrechan y el corazón empieza a latirme muy deprisa. No lo puedo controlar y me toca mucho las narices.

—¿No te importa firmar por él?

—Por supuesto que no. —Garabatea el papel por segunda vez y me lo ofrece—. Listo.

Echo un vistazo a las firmas. Ambas son perfectas. Con los trazos tan diferenciados que podrían haberlas escrito dos personas distintas. Y la de Andrés no es que se asemeje, es que es su firma. Exacta.

—Es impresionante —reconozco en voz alta—. Has bordado la firma de tu hermano.

—Andrés es pan comido. Con la de Tani no me atrevo. De todas formas, estoy seguro de que si se la pides a ella te va a decir que sí.

—Lo sé. Y gracias.

—No hay de qué.

Sonríe de nuevo y yo tendría que irme ya, pero la habitación me sigue pareciendo muy pequeña y el aire escaso. Necesito recuperar un poco de aire y a falta de una piscina… Me dejo caer de espaldas en la cama y cierro los ojos. Suspiro.

—Andrés me oculta algo.

Zasca. Directa al grano.

—Nicki… —responde él con voz estrangulada.

Abro los ojos y giro la cabeza. El gesto de Arturo ha cambiado, ya no exuda jovialidad, más bien, todo lo contrario. Sus ojos están apagados y su mirada teñida de angustia.

—¿Qué es lo que me oculta? Tú lo sabes. Estoy segura. No hay nada de Andrés que tú no…

—No puedo, Nicki —me interrumpe—. No puedo.

—Sí, lo sé. Lo siento.

—No puedo hablar contigo de Andrés. Ahora no. Hoy no. Por favor.

—A veces trago agua en la piscina —pienso en voz alta, con la mirada perdida en el techo—. No es agradable, pero al mismo tiempo es una sensación tan conocida, tan mía, tan inherente a mi vida y a mis mejores momentos, que incluso me gusta. No tanto como para tragar agua a propósito, no estoy tan pirada, pero… Cuando pienso en Andrés tengo la misma sensación.

—No me hables de Andrés, por favor —me suplica en un susurro—. No digas nada más.

—Tengo la sensación de albergar una bomba muy potente en mi interior, Arturo. Está aquí —me toco el pecho—, y no me deja respirar. Necesito que explote ya, aunque acabe conmigo en el proceso. Soy una olla a presión.

—¿Por qué? —me pregunta alarmado.

No respondo. Creo que estoy a punto de romper a llorar. Y yo que pensaba que me había quedado sin lágrimas… Arturo se levanta de la silla y viene hacia la cama con determinación, se tumba a mi lado y me abraza sin dudarlo. Fuerte. Real. Bonito. La válvula que limitaba mi presión sale disparada por los aires y libera mi angustia, mi ansiedad y toda la mierda que llevo dentro desde hace meses. Le devuelvo el abrazo y lloro a lágrima viva.

—Shhh —me consuela Arturo sin dejar de acariciarme el cabello y de sostenerme entre sus brazos, aun sin saber lo que me sucede—. Estoy aquí contigo y no voy a soltarte. Déjalo salir.

Me quedo recostada en su pecho y en medio de la desesperación sonrío sin poder evitarlo cuando el aroma de su camiseta, empapada en colonia, me asfixia. Y vuelvo a llorar, envolviendo el perfume con mis lágrimas.

—Os he mentido a todos. No estaba preparada para decirlo en voz alta. Y creo que aún no lo estoy. Pero ya no puedo más.

—¿Sobre qué nos has mentido?

—Sobre mi lesión. —Arturo se tensa bajo el peso de mi cuerpo—. Primero lo hice con Bruno y Tani, cuando les conté que tenía que dejar la natación durante unos meses y que mientras tanto regresaba al CAR como entrenadora para mantener la mente ocupada. Luego, contigo, cuando me llamaste por teléfono una vez la noticia salió en prensa y te di la misma versión. Que necesitaba descansar. Después me llamaron tus padres, estaban preocupados y… El único que no contactó conmigo fue Andrés. Se lo agradeceré algún día, porque a él le habría dicho la verdad, sé que le habría dicho la verdad. No me preguntes el motivo porque ni yo misma lo sé. Mi problema con los oídos… —cojo aire con brusquedad— no sé si tiene solución. No sé si voy a poder nadar de nuevo a nivel olímpico.

Arturo se separa de mí y me mira con horror.

—¿Qué estás diciendo?

—Tuve el tímpano perforado. Hace unos meses. Mis infecciones del oído alcanzaron un nuevo nivel. Se me acumuló demasiado líquido detrás del tímpano y estalló. No se curó por sí solo y tuvieron que colocarme un parche.

—¿Y ha ido bien?

—Sí. De momento.

—¿Qué dicen los médicos?

—El resumen es que tengo que descansar durante una temporada y mantener el oído seco. Puedo meterme al agua con tapones, pero sin abusar. Y luego ya veremos. —Se me rompe la voz.

—Nicki…

Escondo de nuevo la cabeza en su pecho. Me siento segura. Arropada. Y en casa.

—¿Has pedido una segunda opinión?

—Sí.

—¿Y?

—Más de lo mismo.

—Pediremos una tercera. Hablaré con mi padre.

—¿Quién te crees que ha pedido esa segunda opinión?

—¿Mi padre?

—Sí. Cuando me llamó por teléfono no le dije nada, pero él solo… lo supo. Arturo, ¿qué voy a hacer si no puedo nadar? ¿Qué voy a hacer sin agua si yo respiro mejor dentro que fuera de ella? Tengo miedo. Tengo mucho miedo. Dios, estoy aterrorizada.

—Lo sé —me aprieta más fuerte—. Lo sé. De otra manera, no habrías explotado delante de mí. Nicki, tienes que darte cuenta de una vez de que puedes contar con nosotros. Para todo. De que no estás sola. Y de que no eres menos fuerte ni menos tú por compartir tus problemas con nosotros. Siempre te ha costado abrirte a los demás, solo lo haces cuando estás al límite, pero desde que te marchaste a Suiza has estado más distante que nunca. Y no hay ser humano que pueda soportar algo así solo. Estamos aquí contigo, ¿de acuerdo? Y lo siento mucho. No te imaginas cuánto lo siento. Te daría mis oídos si pudiera. No te merecías nada de esto. Tú menos que nadie.

—No sé quién soy. No sé quién voy a ser.

—No digas eso. Tú eres Nicki Monteserin. Formas parte de la historia del deporte y el mundo ya está agradecido por ello.

—No se trata de fama.

—Ya lo sé. Se trata de pasión. Y de identidad. Todo va a salir bien. Confía en mí.

Me da un beso en la cabeza y yo cierro los ojos. Por primera vez desde hace meses siento que el mundo pesa menos. El mundo siempre pesa menos cuando Bruno o los Claramunt entran en la ecuación. Me ayudan a sujetarlo. Y Andrés… Andrés me lo ha sujetado más que nadie sin pretenderlo. Ironías de la vida. Como aquel diecisiete de julio. Casi atardecía y yo deambulaba por el centro sin rumbo fijo y con la mente en blanco, porque el diecisiete de julio es uno de esos días que tengo marcados en mi calendario emocional. Andrés me vio, me cogió de la mano y me sacó a la calle. Yo ya era amiga de su familia, pero él y yo no acabábamos de encajar.

—¿Qué haces?

No me respondió, solo me arrastró sin dificultad hasta el aparcamiento. Hasta su Porsche de color verde lagarto. Me abrió la puerta del copiloto y me empujó dentro con cuidado hasta sentarme en el asiento de cuero negro. El coche olía a nuevo y a él, porque ya lo había conquistado. Él se sentó al volante y arrancó. Tocó la pantalla del reproductor de música y una canción sonó de pronto a todo volumen. Me sobresalté y tuve que taparme los oídos, me retumbaba demasiado en los tímpanos, pero fui acostumbrándome y la letra comenzó a calar en mí. Era *The show must go on*, de Queen.

Andrés no decía nada, escuchaba la canción, ensimismado, y miraba la carretera con atención. Me puse el cinturón de seguridad, me acurruqué de costado en el asiento de cara a él y cerré los ojos. Tardé veinte segundos en romper a llorar. Caí, por fin, en el primer «*show must go*

on». El diecisiete de julio es el día en que un Boeing 747-130 explotó, se partió en el aire y se estrelló en el océano Atlántico. Mis padres viajaban en él.

No sé cuántas horas lloré, no sé cuánto tiempo Andrés condujo por los alrededores del centro, dando vueltas en un bucle infinito. Sí sé que la canción sonó cientos de veces, que la noche cayó y que la ciudad se durmió mientras yo me desgarraba por dentro. No me di cuenta de que nos habíamos detenido, ni de que el volumen de la música se había suavizado y yo había dejado de llorar, hasta que se abrió la puerta del copiloto y apareció Andrés con un gofre de chocolate en la mano. Yo no había comido un gofre en mi vida. Regresó a su asiento y… No recuerdo por qué comencé a hablar. No recuerdo si lo hice para sacarlo de mi alma o para contárselo a él.

—Mis padres murieron en un accidente de avión un día como hoy, hace veintidós años. Regresaban de Nueva York. Era una especie de viaje de enamorados. Una sorpresa que mi padre le quiso dar a mi madre por su cumpleaños; Bruno insistió en que él podía hacerse cargo de mí y… —suspiré—. Yo tenía dos años. No los recuerdo. No recuerdo a mis padres. Pero ojalá fuera solo eso. No… No los reconozco en las fotos que Bruno guarda de ellos. Las contemplo una y mil veces, durante horas, y no veo nada. No me viene nada a la cabeza. Ni una sola emoción que no sea la terrible pena por no haber podido pasar algo más de tiempo con ellos. Al menos el suficiente como para traer a mi memoria un aroma, un sabor, una sensación o una imagen de nosotros tres juntos. Aunque solo fuera una. Tendría algo a lo que aferrarme. Algo que recordar y que me sacara una sonrisa. Todo lo que sé de ellos es porque mi hermano me lo ha contado.

—Y no es suficiente —concluyó Andrés.

—No. No lo es.

Miré el helado de vainilla que acompañaba al gofre, estaba espachurrado.

—¿Qué le pasa a este helado? —le pregunté—. Está espachurrado.

—He tropezado y se me ha caído al suelo. Lo siento.

—¿¿¿Y aun así me lo has ofrecido???

¿Se le había caído el helado al suelo, lo había recogido y me lo estaba dando para que me lo comiera? ¿¿En serio?? Lo miré alucinada.

—Es broma —me dijo con una sonrisa—. Me ha debido de tocar el heladero becario.

No supe si llorar de la risa o reír de la pena. Pero desde aquel día, el diecisiete de julio ya no es un recuerdo que solo duele. Tampoco es uno bonito. No sé. Solo es… menos malo. Y… ¿me he quedado dormida?

Me incorporo y regreso al dormitorio de Arturo y a su pecho. Me siento más liviana.

—Vas a estar bien —me dice—. Te lo prometo.

Asiento con la cabeza y abandono la cama.

—No quiero robarte más tiempo. Sé que tienes mucho que estudiar. —Me limpio los surcos que me han dejado las lágrimas en las mejillas con la manga de la sudadera y recojo los papeles que me ha firmado—. Gracias, Arturo.

Sonríe con pena y, al verlo tirado en la cama deshecha, una idea hace clic en mi cabeza. La forma apresurada con que me ha abierto la puerta, el fuerte aroma a colonia, los papeles desordenados… Oh, Dios. Me tapo el rostro con las manos.

—Acabo de darme cuenta de algo.

Lo miro de nuevo y él me devuelve la mirada, aterrorizado.

—¿De qué?

—La colonia, el desorden… Dime, por favor, que no estabas echando un polvo y te he interrumpido.

Arturo rompe a reír y a mí se me suben los colores. Hace mucho calor de repente.

—Tú no mires debajo de la cama —responde juguetón—, por si acaso.

Ahogo un grito y me voy corriendo. Y lo hago con una sensación extraña en el estómago. Muy extraña. Abandono la residencia de los deportistas y me dirijo al edificio principal; quiero aprovechar el tiempo del desayuno para recoger más firmas. Me cruzo con Andrés en los pasillos y me evita una vez más. Cualquiera diría que no nos conocemos. Simula mirar la hora en su reloj y va a esconderse al baño, como si estuviera cometiendo un delito. La sensación extraña en mi estómago se acrecienta; hay algo que no está bien, pero no sé qué es. Me detengo en la puerta de los servicios, con la sensación de que tengo la respuesta en la punta de la lengua, y Christopher aparece en ese momento.

—¿Estás haciendo cola para ir al baño?

—Andrés acaba de entrar.

—¿Y?

—¿Sabes una cosa? No quiero tragar agua en la piscina y que me guste. Y tampoco quiero que me entre por la nariz y que la sensación no sea del todo desagradable.

Me mira como si me hubieran crecido tres cabezas. Entrecierra la mirada y sonríe.

—Eres una personita muy extraña, Monteserin, pero me gustas.

Entra en el baño sin decirme nada más. Una avalancha de gente sale de las piscinas de waterpolo y natación y aprovecho para recoger firmas. Christopher sabe lo que estoy haciendo, pero se ha negado a firmar; le importa una mierda que no se puedan tener animales en el centro. Pasamos mucho tiempo juntos y es bastante borde y seco, pero él también me gusta a mí. Me recuerda a Arturo, y sé que es una locura, pero tienen comportamientos muy parecidos y juraría que incluso los he oído utilizar las mismas expresiones.

—Hola, entrenadora cañón.

Salgo de mi ensimismamiento y me doy de bruces con Aitana y Damián.

—Hola. ¿Me haríais un favor?

—Claro. ¿Qué necesitas?

—Que me firméis esto.

Les enseño los documentos y les explico de qué trata todo.

—¿Andrés lo ha firmado? —me pregunta Damián. Es el más renuente a firmar, porque sabe

que es para Lacoste y se llevan fatal. No lo entiendo. No los entiendo. Damián es otro trozo de pan como Arturo y jamás ha tenido que enfrentarse a él en un partido. Su carrera como tenista quedó estancada hace unos años, cuando comenzó a dedicar la mayor parte de su tiempo a ser el esparrin de los gemelos. Podría entender que la lealtad que lo une a Arturo lo llevara a malentenderse con el monegasco, pero es que Christopher y Arturo no se llevan mal. Nada mal.

—¿Andrés? —Aitana arruga la frente y observa la firma con atención. A mí el corazón se me acelera y rezo para que Andrés no salga del baño en este momento—. Es su firma, sin ninguna duda. ¿Cómo la has conseguido, Nicki Miliki?

—No te lo creerías.

—Pruébame.

—Oye, ¿Lacoste no ha firmado? —pregunta entonces Damián.

—Sin comentarios —le digo.

Les meto prisa para que firmen y antes de perderlos de vista ya estoy llamando a las próximas víctimas: mis alumnos más jóvenes. Qué a gusto estoy con ellos y qué buen rollo se respira en la piscina. Y profesionalidad. Perseverancia. Entusiasmo. Me dan vida.

—¡Chicos! —los llamo—. ¿Me haríais un favor?

—A usted, gratis —responde el joven conquistador y con buen gusto en piernas. Es un zalamero. Qué peligro tiene cuando sea mayor. Me recuerda al Andrés de dieciséis.

Sacudo la cabeza y elimino su imagen de un porrazo. A mi alumno lo llaman por teléfono y al ver quién es se le ilumina la mirada.

—Tengo que responder —nos dice con una sonrisa—. ¡Luego os veo, chicos!

Las pantallas del Senticar también se iluminan de pronto y echo un vistazo sin poder evitarlo; tengo una justo enfrente.

ANDRÉS CLARAMUNT VA A DAR UNA CHARLA MOTIVACIONAL EN EL SALÓN DE ACTOS DENTRO DE MENOS DE UNA HORA. INO OS LA PERDÁIS! ¡GRANDE, ANDRÉS!

@CHRISTOPHER.LACOSTE

Niego con la cabeza, en ese momento Christopher y Andrés salen del cuarto de baño y cada uno se va por su lado, en su línea. No quiero saber lo que ha podido pasar ahí dentro. Andrés ni me ve. Le señalo el Senticar a Christopher.

—Seguro que lo has hecho con la mejor intención del mundo.

—Mis mejores deseos para mi chico favorito.

Sonrío y sigo con los ojos a Andrés. Estoy a punto de perderlo de vista cuando una chica rubia, una niña que me suena muchísimo y que no aparenta más de trece años, aparece por el pasillo de enfrente y se lanza a su boca. Ignoro el pinchazo en el corazón y los miro alucinada,

sin poder creérmelo. Andrés le devuelve el beso como si se le fuera la vida en ello. Por Dios, que es una cría. ¿Acaso no le quedan valores? O quizá nunca los ha tenido.

—Y ya van dos —masculla Chris con la mandíbula apretada.

—¿Dos qué?

—¡Eh!

No me contesta. Se dirige cabreado a donde la chica (Andrés ya ha desaparecido por el pasillo) y yo lo cojo del brazo en un intento de detenerlo y que no haga nada, pero no lo consigo.

—Si vuelves a meter la lengua en esa boca —la amenaza—, te la corto.

La chica lo mira con sorpresa y sale corriendo. Yo también lo miro con sorpresa. ¿Y a este qué le pasa? Que yo paso de Andrés, no necesito que defienda mi honor. Además, él es un hombre libre. Sinvergüenza pero libre.

—La has asustado.

—Bien.

—No tenías que haberlo hecho. No era necesario.

—Sí lo era.

—Yo paso de Andrés. De verdad que paso de Andrés…

—Bien por ti.

—… pero… ¿Alguna vez has sentido que alguien no puede caer más bajo en tu escala de valores y de repente cae y entonces piensas «ahora sí que no puede caer más» y vuelve a caer?

—No.

—Pues tienes mucha suerte. Es como sumergirte en un océano sin fondo.

Cojo el teléfono y mando un mensaje a Andrés; sé que no debería, porque no es asunto mío, y sé que voy a arrepentirme después, porque no quiero que él piense que sus actos provocan alguna reacción en mí, pero es un impulso que no puedo controlar, como cuando bebes más alcohol de lo normal y te pasas con la espontaneidad. También me doy cuenta de que no estoy preparada para verlo con otras chicas. Suspiro. Mierda.

Nicki:
Eres despreciable. Solo quería que lo supieras.

No usar ni para emergencias:
GIF

No me esperaba una respuesta en absoluto, pero es que lo que me ha mandado… Contemplo anonadada la ardilla volando. ¿Esto es en serio?

Nicki:
¿Me estás vacilando, Andrés?

No hay respuesta. No hay respuesta hasta dos horas más tarde.

No usar ni para emergencias:
¿Qué he hecho ahora, Nicki?

«No respondas». «No respondas». «No respondas». «No respondas». «No respondas». «No respondas». «No respondas». «No respondas». «No respondas». «No respondas».

Nicki:
¿Meterle la lengua hasta la garganta a una niña?
Nicki:
Tú no tienes ética.

Mierda.

Cuatro horas después

Me suena el teléfono y es él. Lo dejo sonar encima de la mesa de café que tengo junto al sofá porque no estoy segura de querer contestar, pero claudico en el sexto tono.

—¿Qué quieres?

—*Confesarte algo. Porque no soy tan hijo de puta.*

—¿Qué?

—*Abre la puerta.*

—¿Qué puerta?

—*Esta.*

Toc. Toc.

Miro hacia la puerta de la cabaña, sorprendida. ¿Está Andrés ahí fuera? Me levanto del sofá y me acerco con el teléfono en el oído. Abro y al verlo, al mirarlo de arriba abajo, al ver la ropa que lleva, me llevo la sorpresa de mi vida.

Oh, Dios. No puede ser.

Oh, Dios.

Me la han colado. No me lo puedo creer. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué?

¿¿Cómo??

«Tierra, trágame y no me vomites hasta el año que viene».

11: Como los escualos en las playas de las películas de Spielberg

ARTURO

Unas horas antes

Con dieciséis años me convertí en el primer tenista de mi generación en ganar un partido en un Torneo Challenge, pero no llegué a nada en Wimbledon Junior. Reconozco que me pilló por sorpresa. Di por sentado que Chris y yo nos enfrentaríamos de nuevo y no sucedió. Aquel día aprendí que no existen los dioses fuera de los mundos de *La Ilíada* y *La Odisea* de Homero. Y que desde luego yo no lo era. Que quizá había pecado de prepotente.

Fue un golpe de realidad.

Y fui a ahogar mis penas en el alcohol. Y eso que aún desconocía el hecho de que Chris y yo jamás volveríamos a enfrentarnos en un partido de tenis junior. Mi idea inicial no era emborracharme, solo quería tomar el aire, pero de pronto me vi dentro de un *pub*, sentado en un taburete alto junto a la barra y con una cerveza negra en la mano. Mi primera cerveza negra. Me gustó.

Y entonces me llegó su primer mensaje. Y es una locura, pero recuerdo leerlo y que me sonara a su acento afrancesado.

El de los panes de ajo a domicilio:
Hola, perdedor.

Arturo:
Que te jodan. No estoy de humor, así que puedes irte a la mierda.

El de los panes de ajo a domicilio:
¿Dónde estás?

Arturo:
En un pub.

El de los panes de ajo a domicilio:
¿Por qué?

Arturo:
Porque estoy bebiendo.

El de los panes de ajo a domicilio:
¿Por qué?

Arturo:
Porque me apetece.

El de los panes de ajo a domicilio:
¿Por qué?

Arturo:
Porque no voy a enfrentarme a ti en Wimbledon.

El de los panes de ajo a domicilio:
No sé a lo que has jugado hoy, Arturo, pero tenis no era.
El de los panes de ajo a domicilio:
Se lo has servido en bandeja al imbécil de Quinzi.
El de los panes de ajo a domicilio:
Has fallado en todo y te ha faltado de todo.
El de los panes de ajo a domicilio:
Ha jugado mejor hasta el imbécil de tu hermano.

Arturo:
Cuidado con el imbécil de mi hermano porque quizá te juegues con él la final de Wimbledon Junior de este año.

El de los panes de ajo a domicilio:
Lo estoy deseando.
El de los panes de ajo a domicilio:
¿Dónde estás?

Arturo:
En un bar.

El de los panes de ajo a domicilio:
Resopla
El de los panes de ajo a domicilio:
¿En qué bar?

Arturo:
Ni idea.

El de los panes de ajo a domicilio:
Mándame tu ubicación.

Arturo:
Ubicación.

El de los panes de ajo a domicilio:
Y, por cierto, ¿por qué te están dando de beber alcohol en un pub si eres

menor de edad?

Arturo:
Porque lo he pedido.

El de los panes de ajo a domicilio:
¿A quién?

Arturo:
Al camarero.

El de los panes de ajo a domicilio:
¿Y te lo ha servido sin más?

Arturo:
Sí. Le habré parecido mayor de edad.

El de los panes de ajo a domicilio:
Lo dudo mucho.

Arturo:
No he jugado una mierda al tenis hoy, mi hermano es un imbécil, tengo cara de crío y me llamas perdedor a la cara… ¿Quieres dedicarme alguna lindeza más?

El de los panes de ajo a domicilio:
Sí, pero mejor te lo digo a la cara, dramas. No te muevas de ahí.

Terminaba mi segunda cerveza cuando Chris llegó al *pub*. Se veía imponente con su pelo ondulado arreglado al detalle, la ropa informal y ese rostro suyo que resulta igual de atractivo sin importar la expresión que adopte, y eso que mis ojos no lo percibían con mucha claridad. Se colocó de costado y se acodó en la barra en el pequeño hueco que había junto a mí; en los últimos minutos el lugar se había abarrotado tanto que no cabía ni un británico más; habían recogido hasta los taburetes. Emitían en el televisor no sé qué partido decisivo de fútbol y los londinenses estaban locos de emoción. El sonido de la música era bastante más potente que a mi llegada y cada dos minutos alguien impactaba contra mi cuerpo.

Chris me miró sin parpadear y sin emitir palabra. El camarero llegó y me sirvió otra cerveza sin que yo se la pidiera. Chris abandonó mis ojos para observarlo a él con la mirada entrecerrada y no la retiró hasta segundos después de que se hubiera marchado. Me resultó cómico. Aunque debo reconocer que en la última media hora todo me hacía gracia. Incluso mi último partido de tenis.

—¿Cómo has logrado deshacerte de tus guardaespaldas? —me preguntó entonces.

—¿Qué guardaespaldas?

Lo empujaron. Resopló.

—Andy. Patricio. Murnuais.

—No sé. Les he dicho que quería tomar el aire.

—Te vas tú solo a tomar el aire, entendamos aire como sinónimo de cerveza, en una ciudad desconocida para ti y nadie te dice nada. Pides alcohol en la barra de un *pub* y te la sirven. ¿A ti todo el mundo te obedece, Claramunt?

Lo miré y sonreí.

—Sí. Así que ten cuidado conmigo no vayas a ser el siguiente. Te tengo tantas ganas, en el peor sentido de la palabra, que podrías acabar haciendo algo tan bochornoso que daría que hablar por los siglos de los siglos.

Chris rio a mandíbula batiente y me arrebató la cerveza de la mano. Le dio un buen trago.

—¿Me tienes ganas?

—Sí.

Y otro trago.

—¿Cuántas?

—Muchas.

Y otro trago.

Yo me refería a ganas de cerrarle la bocaza, pero en ese momento caí en la cuenta de que en un año de *relación* (masturbaciones y mamadas, todo muy mutuo) nunca nos habíamos besado en la boca.

—Oye, te has bebido mi cerveza —le dije, tonteando. O con voz de tontorrón, no lo tengo claro.

—¿Sabes qué? —Se aproximó a mí hasta que nuestros cuerpos se tocaron. Cruzó los brazos en la barra y giró la cabeza para mirarme—. Estás muy gracioso cuando te emborrachas. Y me miras de una manera muy cómica también.

—Eres un poco guapete tú.

Esa fue mi respuesta, sí. Literal. Y se lo dije así, sin orden ni concierto, sin filtros y sin que viniera a cuento. Pero es que su rostro se encontraba tan cerca del mío que no lo pude evitar. Él volvió a reír.

—¿Guapete? ¿Eso es catalán?

—No, es español. Es una manera cariñosa de llamarte guapo.

—Ya veo. ¿Te cuento una cosa?

—¿Qué?

—¿Sabes por qué el camarero te ha servido alcohol sin rechistar?

—¿Por qué?

—Porque tú también eres guapete. Demasiado.

Algo importante sucedió en el partido porque de pronto la multitud enloqueció. Las luces se

atenuaron y los abrazos aumentaron. Reconocí la canción que comenzó a sonar a todo volumen: *Neutron star collision*, de Muse. A Chris le dieron un empujón tan fuerte que impactó con mi cuerpo, y nos encontrábamos tan cerca, y yo estaba tan borracho de alcohol y de una felicidad repentina que no acababa de entender que…

Acerqué con lentitud los dedos a su boca y le acaricié los labios. Eran suaves. Cálidos. Sensuales. Y temblaban. Aunque no sé si eran ellos, que permanecían abiertos, o mis dedos. Su aliento los acariciaba. Apenas podíamos vislumbrar nada; estábamos en penumbra. Y a pesar de la carencia de palabras en nuestras bocas y del exceso de alcohol en mis venas yo intuía, sabía, que a él no le molestaba mi cercanía. Que quería que lo acariciara. Era un lenguaje nuevo para mí. Para nosotros. ¿El lenguaje del sexo? ¿De la atracción? Quizá… ¿instinto?

Lo besé.

Por primera vez en nuestra historia, besé en los labios a Christopher Lacoste, justo en el momento en que el vocalista de Muse gritaba que «nuestro amor sería eterno». Lo besé con fuerza y determinación, sin titubear, con una mano firme en su rostro y la otra en su cadera, y él me devolvió el beso con idéntica fuerza y determinación al mismo tiempo que me rodeaba el cuello con los brazos. Las bocas nos sabían a cerveza y a algo más. Con toda probabilidad, a saliva, pero era la mejor saliva que yo había probado nunca. Dulce y firme a la vez. Y en el momento en que su lengua rozó la mía retiré mis dedos de su mejilla y los encajé en su cabello, ese cabello que tanto se había molestado en acicalar. Fue mi primer beso. Bueno, en realidad fue el segundo, pero el primero había sido con Patrick y no contaba.

Creo que Chris y yo nos teníamos ganas. Porque estuvimos horas besándonos mientras nos empujaban de un lado para otro. Solo besándonos. A nadie le importaba lo que hacíamos, no nos prestaban atención, a pesar de ser dos chicos que se estaban enrollando como dos posesos. Y a nosotros nos daba igual a dónde nos llevara la corriente infinita de empujones siempre que nuestros labios no se separaran. Siempre que el golpeteo de nuestros corazones se escuchara al unísono por encima de todo lo demás.

Yo me sentía como una gota de agua que cae desde el cielo y explosiona en un montón de gotas diminutas cuando impacta en el suelo. Llevaba tantos meses cayendo sin encontrar el fondo que cuando por fin lo hallé… estallé.

En ese momento supe que todo estaba bien. Que lo que estábamos haciendo estaba bien. Lo sentí correcto. Chris y yo teníamos algo. Algo bonito. Aunque fui incapaz de darle nombre a ese «algo» hasta muchos años después. «Algo» a lo que Chris quizá nunca le dará nombre. Creo que el ser humano sabe cuándo algo o alguien es lo *suyo*. Lo siente en las entrañas. Y yo sentí aquel día que Chris era lo mío. Y era un calor que me recorría el cuerpo, una ilusión tan bonita como la mañana de Navidad. O como el primer helado del verano.

Toc. Toc.

¡Toc. Toc!

Vuelvo al presente de golpe. O me despierto. Mmm… ¿Estaba soñando?

¡Toc. Toc!

Es la puerta de mi dormitorio.

—¿Sí? —pregunto en voz alta.

—¿Puedo pasar?

—Sí.

Andrés entra en mi dormitorio como los escualos en las playas de las películas de Spielberg: directo a su objetivo.

—Necesito un favor —ladra.

Se quita la ropa y la lanza al suelo de camino a mi armario. Yo lo miro desde la cama con ojos legañosos. Hemos pasado unos días raros, pero ya estamos bien. Me sentó fatal lo que me hizo en el último desayuno con papá, él se justificó diciéndome que estaba haciéndome un favor y, aunque todavía no alcanzo a entenderlo, me resulta imposible estar enfadado con mi hermano durante más de dos horas.

—Por Dios, Andrés. Que es domingo y apenas estoy despierto. ¿Qué hora es?

—Las siete y media. —Coge una de mis camisetas y un pantalón vaquero y comienza a vestirse rápido como el viento—. Necesito que hoy tú seas yo, al menos durante la mañana.

—¿En qué lío andas metido?

—Nada grave. —Se sienta en mi escritorio y enciende el ordenador—. Llevo toda la noche enfrascado en una partida en línea y no puedo dejarla ahora. ¡Estamos a punto de conseguir algo grande!

—¿Y?

—Y hoy doy el discurso motivacional al que me comprometí…

—No, no, no —me niego en rotundo, con movimiento de cabeza y todo—. Ni hablar.

—¡Por favor!

—No. Tú solito te metiste en ese marrón y ahora no pienso comérmelo yo.

—Me han cambiado el día y esta partida es de vida o muerte, tete. ¡Te lo juro! —Ni siquiera me mira, está dándole a la tecla a tope—. De lo contrario, no te lo pediría. Ah, ya estoy dentro. ¡Vamos!

Se pone mis auriculares *gamer* y yo sé que estoy perdido. Y que en un par de horas me toca impartir una charla motivacional a jóvenes deportistas.

—Andrés…

Me ha escuchado, porque gira la cabeza y me sonríe.

—Te debo una muy grande. Te quiero con todo mi corazón.

—Qué morro tienes…

Me doy una ducha rápida y me visto con la ropa que ha dejado Andrés desperdigada por el suelo. Me acerco al escritorio y le quito los auriculares.

—Me voy a desayunar.

—Espera. —Clava sus dedos en mi pelo e intenta separarme el flequillo—. Y toma esto. —

Me tiende su teléfono y su reloj—. En el móvil tienes un esquema de los puntos a tratar en la charla. No te vuelvas loco y lo cambies todo, ¿OK? Está perfecto, como a ti te gusta. Si alguien me llama, pasa. Si alguien me escribe, pasa. Si te encuentras con Patrick, no te pares a hablar con él, te descubriría en menos de un segundo. Me ha dicho que tenía que ir a no sé dónde, así que en principio no tendrías que cruzarte con él, pero por si acaso. Y si Nicki me envía un mensaje diciéndome lo mucho que me odia, respóndele con una ardilla volando.

Elevo los ojos al cielo y me pongo la capucha de la sudadera porque Andrés casi siempre la lleva puesta.

—Tenemos que intercambiarnos de nuevo antes de que papá y mamá lleguen al desalmuerzo.

Hoy no toca desayuno de los domingos, hoy toca *brunch.* Tenían que hacer no sé qué antes de venir.

—Sí, descuida. Y si alguien te pregunta por *ti*…

—Sabré apañarme. —Dejo mi teléfono en el primer cajón de la mesita al lado de la cama y me guardo el de Andrés en el bolsillo trasero del pantalón.

—Genial. ¡Deséame suerte!

Suspiro y abandono la habitación. De camino al comedor cuatro personas me saludan con un «hola, Arturo» y cinco con un «hola, Andrés». Nada nuevo, no tengo de qué preocuparme. Yo creo que lo hacen al tuntún.

Llego al comedor y me siento a nuestra mesa de siempre, donde Dami y Aitana ya desayunan. Sin apenas saludar (muy en la línea de Andrés) dejo de mala gana el teléfono encima de la mesa, en el sitio de mi hermano, y me voy a coger mi comida. Hoy tengo que hacerlo bien; si nos pillan, se nos cae el pelo. Una cosa es intercambiarnos para trolear a nuestro entorno y otra hacerlo en actos *oficiales*.

Lo peor de hacerme pasar por mi hermano es tener que beberme su café; lo toma muy cargado para mi gusto y con muchísimo azúcar. Y con mermelada en las tostadas. Odio la mermelada. Es demasiado dulce.

—¿Cómo llevas el discurso, Andrés? —me pregunta Damián en cuanto me siento.

De culo, cuesta abajo y sin frenos.

—De puta madre.

Cojo el teléfono y lo desbloqueo con el reconocimiento facial (ventaja de gemelos). Busco el archivo en la nube y enseguida lo encuentro. Lo abro y le echo un vistazo rápido. Dios, es un desastre. No hay hilo conductor. Voy a cargarme a mi hermano. Mi TOC me obliga a rehacerlo entero y el Arturo intrépido que llevo dentro me incita a estudiar sus *apunte*s mientras desayuno y tirar con ello. ¿Qué hago? Me encuentro en una encrucijada.

—Qué aplicado. Aunque pareces un poco ansioso. ¿No lo llevas de puta madre? —me increpa Dami.

—Shh. Chitón, que necesito concentrarme.

—No has preparado nada, ¿verdad? Eres lo peor, Andrés.

—Yo también te quiero.

Me entra un mensaje de Aitana en el teléfono. Bueno, a Andrés le entra un mensaje de Aitana en el teléfono.

Aitana:
Sé que eres tú, Arturo.

Mierda.

Andrés:
¿¿¿Cómo???

Aitana:
Llámalo intuición.

Andrés:
No digas nada. Y disimula. Luego te lo cuento.

Las tostadas y el café no me dan ni para media página (y son siete), así que decido encerrarme en la biblioteca hasta que comience el espectáculo. De camino me cruzo con dos personas.

La primera, Patrick. Línea para bingo. Menos mal que estaba fuera…

—Andresito… —me dice al pasar.

No sé en qué estado se encuentra ahora mismo su relación con mi hermano, seguirlos a esos dos es más complicado que perseguir a un pez marlín en el mar, pero, dado que me ha llamado Andresito de esa manera suya tan despreocupada, creo que voy a inclinarme por:

—Patito —respondo, sin detener mis pasos.

No te pares, no te pares, no te pares, no te pares, no te pares no te pares, no te pares, no te pares, no te pares, no te pares, no te pares, no te pares, no te pares.

Pero él se para y me para a mí.

—¿Todo bien? —me pregunta con la mirada entrecerrada.

—De lujo.

—Ya… Oye, últimamente no sé dónde tienes la cabeza.

—Sobre mis hombros.

—Ya… Que se lo digan a tu querido coche…

Me envaro.

—¿Qué has hecho?

—¿Yo? —Se señala con inocencia—. Nada. Pero, al parecer, tú lo dejaste ayer mal aparcado…

—Ni de coña.

—… *Muy mal* aparcado —continúa—. Y alguien ha llamado a la grúa. Entorpecía el paso y…

Salgo corriendo hacia el aparcamiento, pero no me sirve de nada. Cuando llego al lugar del crimen, la grúa ya se ha llevado el deportivo de Andrés. Me llevo las manos a la cabeza y mascullo una palabrota. Ahora no puedo hacer nada, tengo una charla que dar en menos de hora y media, así que me dispongo a regresar al CAR. Casi impacto con Patrick, que estaba a mi lado y ni lo había visto. Sonríe. ¿Justo tenía que elegir el día de hoy para devolvernos la última broma?

—Ahora ya estamos empatados de nuevo —me dice.

—Que te den por el culo —respondo muy al estilo de Andrés—. Ahora no tengo tiempo para esto.

Él me mira otra vez con los ojos entrecerrados, pero no dice nada. Ahí lo dejo.

La segunda persona con la que me encuentro es Nicki. Bingo. No la mires, no la mires, no la mires, no la mires, no la mires. Consulto la hora en el reloj para tener la vista entretenida. Aun así, siento su mirada penetrante, que me traspasa hasta el alma y… Me escondo en el baño.

Soy un desastre.

Una vez dentro, dejo el móvil sobre el mármol y me humedezco la cara con agua fría. Alguien entra, pero no hago el menor caso. Hasta que levanto la mirada hacia el espejo y me doy de bruces con el rostro de Chris. ¿Se puede tener peor suerte?

—Buenos días, bombón —me saluda con indiferencia.

Le enseño el dedo corazón en respuesta.

Se dirige a uno de los habitáculos, pero enseguida retrocede y me encuentro de nuevo con sus ojos a través del cristal. Me mira fijamente. Lo ignoro. El cosmos está de mi parte porque justo me llega un mensaje de Andrés. Cojo el móvil de mi hermano y lo desbloqueo de nuevo con mi rostro. Necesito hacer tiempo.

Tete:
Nicki ha venido a tu habitación a que le firme una mierda para el imbécil de Lacoste y su coneja. Creo que no se ha dado cuenta del intercambio, pero… cuidado.

Andrés:
OK.

Cuando levanto de nuevo la mirada, Chris continúa observándome.

—¿Tengo monos en la cara? —le pregunto.

—¿Y esa agresividad, Claramunt? ¿Un mal día? Oh, no me digas que el Porsche verde que se ha llevado la grúa era el tuyo.

Paso de contestar. Me guardo el teléfono y abandono el lavabo. Me dirijo a la salida, pero

Chris me frena con uno de sus brazos, me empotra en la pared y me sujeta con fuerza, privándome de mi libertad. Dios, qué brazos tiene. Qué músculos. Se los chuparía enteros. Aquí y ahora.

—¿Qué coño haces? —pregunto en su lugar.

No responde. Solo me mira aún más. A los ojos. Siempre a los ojos.

—Imbécil —me dice—. Te ha faltado llamarme imbécil. ¿Qué coño haces, *imbécil*? Qué flojo, Andrés.

—Suéltame.

—¿O qué? ¿Vas a darme otro puñetazo como en Wimbledon?

—Dos.

Chris ríe a carcajadas. Tanto que incluso echa la cabeza hacia atrás.

Intento soltarme sin éxito. E intento no ser un libro abierto en cuanto a que su agarre, en lugar de avivar en mí un deseo irrefrenable de partirle su cara bonita, me incinera. Porque las manos de Chris me incineran. En nanosegundos. En realidad, todo lo que él me hace provoca en mi cuerpo una reacción en cadena en nanosegundos. ¿Yo en él también? En algún momento tendré que echarle un par de huevos y preguntárselo.

—Eh, tranquilo, Claramunt, que solo estamos hablando.

—Que me sueltes, joder.

—Oye, ¿quieres que te cuente un secreto?

—No.

—Siempre he pensado que tu hermano era el guapo del tándem. —¿Qué? Pero ¿qué dice? Lo miro sin saber a dónde quiere llegar—. Arturo tiene un algo. Pero ahora que te tengo a ti tan cerca, más cerca que nunca, me doy cuenta de que tú tienes un algo superior. Y esa agresividad. Ese enfado diario con el mundo que te rodea. Esa constante mala hostia. Eres la versión potente de tu hermano.

—¿Se te ha ido la olla?

—Sí. Por ti, Andrés. Se me ha ido la olla por ti.

Y me besa. Directo, agresivo y con un gemido muy poco disimulado. Sin dudar. Me quedo paralizado, como si me encontrara enfrente de diez cocodrilos marinos. Chris empuja su lengua dentro de mi boca y me aprieta más con su cuerpo. Entonces comienza a reírse. Los cocodrilos se evaporan y me doy cuenta de que LO SABE.

—Eres imbécil —le digo—, casi me provocas un ataque.

Chris ríe más alto y fuerte sobre mis labios. Saboreo la sensación de su boca en la mía. Una boca que he probado miles de veces y que siempre me deja con ganas de más, no importa que nos besemos durante un minuto o un fin de semana entero. Abro las piernas y él encaja las suyas dentro. Cuelo mi mano por debajo de su camiseta y hundo los dedos en su piel. Todo se desvanece. Todo. Me deleito con su tacto hasta que lo aparto de un empujón; en cualquier momento entra alguien y nos pilla. ¿Cómo lo ha sabido? Dicen que nuestra voz cambia cuando

hablamos con la persona que nos gusta… ¿Habrá sido por mi voz?

—¿No sientes lo mismo, Andrés? ¿No te arden las entrañas por mí?

—¡Cállate! —Le cubro la cara con la mano.

—Oh, qué batacazo emocional.

—¡Vale ya!

—Está bien, está bien. ¿Me quieres decir qué haces vestido con la ropa de tu hermano?

—¿Cómo has sabido que era yo?

—No voy ni a molestarme en contestarte a eso, Arturo.

—Nadie se ha dado cuenta. Solo Tani.

—Porque no saben mirar. —Me baja el gorro, enreda las manos en mi pelo y me revuelve el flequillo—. ¿Me vas a decir ahora qué haces vestido con la ropa de Andrés? Que no es por nada, pero huele fatal.

¿Huelo mal? ¿Habrá sido capaz el muy cara dura de darme la ropa con la que ha pasado toda la noche jugando a videojuegos? Me huelo. No noto nada.

—Lo estoy cubriendo unas horas. Tenía que hacer una cosa.

—¿Y por qué lo estás cubriendo? ¿No puede hacer esa cosa sin más?

—No, porque dentro de menos de una hora tiene que ir al salón de actos a impartir una charla motivacional.

Chris suelta una carcajada. Y otra más.

—¿Te ha encasquetado el marrón? Qué máquina. Y tú eres medio tonto, Arturo.

Tuerzo la boca.

—Gracias por el insulto gratuito.

—De nada.

—Alucino con Andy. En serio, alucino.

—No digas nada, por favor —le digo, serio—. Si nos descubren se nos puede caer el pelo. Esto no es una niñería, es un acto oficial y podrían llegar a pensar que también nos hemos intercambiado en el tenis.

—Qué puto liante es Andrés. Os guardo el secreto solo si me dices dónde está tu hermano —responde meloso, besándome el cuello—. Me puede la curiosidad.

—En una partida online interminable.

Se aparta de mi cuello con brusquedad.

—Me estás vacilando.

—No.

Y otra carcajada.

—Joder, eres muy tonto.

—Sí, ya lo has dejado claro. Me piro, tengo que preparar una charla.

—Espera. —Chris trastea con su móvil. Mueve los dedos a toda velocidad—. Lo siento por lo que te toca, tete, pero es algo que sin duda haría yo por el imbécil de Andrés.

Y entonces me llega una notificación. Una notificación del Senticar:

ANDRÉS CLARAMUNT VA A DAR UNA CHARLA MOTIVACIONAL EN EL SALÓN DE ACTOS DENTRO DE MENOS DE UNA HORA. INO OS LA PERDÁIS! ¡GRANDE, ANDRÉS!

@CHRISTOPHER.LACOSTE

Genial. Ahora todo el mundo va a venir.

—Tengo una duda —me dice.

—¿Qué?

—¿Tu hermanito también puede hacer eso de desbloquear tu teléfono con su cara?

—No te preocupes, te tengo silenciado.

—¡¿Me tienes silenciado?!

—Sí.

—Oh, sin duda me quedo mucho más tranquilo.

—De todas formas, Andrés es incapaz de fisgonear en mi móvil. No hay peligro. Y gracias por esto —señalo el mensaje—. Ahora va a venir todo el mundo a verme y los apuntes de mi hermano son un desastre.

—Mejóralos. Y no te preocupes. Tú te mueves como pez en el agua en estas mierdas. —Me guiña un ojo y se dirige a la salida—. Chao, bombón. ¡Y suerte!

—Pronto has aprendido tú a manejar el Senticar.

—Todo por y para ti.

Chris es capaz de incinerarme en nanosegundos, pero también me toca los huevos de una manera (y no literalmente) que…

Miro el reloj; me queda media hora para la charla. Tengo que estudiar. Salimos del baño y cada uno tiramos hacia un lado. Estoy a punto de cruzar el pasillo que me lleva a la biblioteca cuando una chica aparece de pronto y me mete la lengua hasta dentro. Mi primer impulso es apartarme, pero recuerdo que soy Andrés. Hago de tripas corazón y la beso de vuelta. Qué asco. Lo hago rápido, lo más rápido que puedo, y me marcho más rápido aún con la disculpa de la charla. Voy a matar a Andrés.

Andrés:
Una chica acaba de besarme.
Andrés:
¡En la boca!
Andrés:
Se me ha echado encima.

Tete:

Ja, ja, ja. Me parto.

Andrés:
Voy a matarte.

Tete:
¿A mí? ¿Y yo qué culpa tengo?

Andrés:
Se ha pensado que yo era tú.

Tete:
¿Quién era?

Andrés:
Ni idea.

Tete:
¿Y por qué iba a besarme a mí una chica desconocida?

Andrés:
Quizá para ti no sea desconocida. Me pierdo con tus rollos pasajeros.

Tete:
Ahora mismo, así a priori, ninguna chica que no conozcas debería asaltarme por los pasillos. Habrá sido una espontánea que me tenía ganas. ¿Y qué has hecho?

Andrés:
Devolverle el beso con efusividad.

Tete:
Ja, ja, ja, ja, ja. ¿Por qué?

Andrés:
Porque repito: me pierdo con tus rollos pasajeros. He pensado que lo mejor era seguirle el rollo.

Tete:
¿Cómo era la chica? Que está en juego mi reputación, tete…

Andrés:
No me he fijado. Se me ha echado encima, la he besado y me he marchado corriendo.

Tete:
¿Os ha visto alguien?

Andrés:
Creo que no, pero no puedo asegurarlo. Me he quedado tan aturdido que apenas era consciente del mundo que me rodeaba.

Tete:
Drama queen.
Tete:
Solo ha sido un cruce de saliva.

Andrés:
Un cruce de saliva asqueroso.
Andrés:
Y que me llames tú drama queen tiene delito.

Y para colmo nos llega un mensaje de Nicki.

Nicolasa:
Eres un impresentable. Solo quería que lo supieras.

No me puedo creer que aún la tenga en sus contactos como Nicolasa. Y no tengo ni idea de a lo que se refiere. ¿En qué andará metido este ahora? ¿O la habré liado yo? Le mando un GIF de una ardilla volando.

Nicolasa:
¿Me estás vacilando?

Oh, oh. Mejor se lo cuento a Andrés.

Andrés:
Creo que te la he liado con Nicki.

Tete:
¿Qué has hecho?

Andrés:
Nos ha insultado y le he mandado el GIF de la ardilla volando.

Tete:
Pero ¿¿¿qué dices??? ¿Por qué le has mandado eso?

Andrés:

¡Porque me has dicho que si te decía que te odia le mandara un GIF de una ardilla volando!

Tete:
¡Era ironía, joder!
Tete:
No nos hablamos.

Andrés:
No te sigo el ritmo, Andrés. No te lo sigo.

Tete:
No hagas nada más. No beses a nadie y no respondas a Nicki, haga lo que haga ella. Luego me ocupo.

Andrés:
OK.



Tete:
¿Cómo ha ido la charla?

Andrés:
Voy a matarte. Y luego voy a resucitarte como a Buffy Cazavampiros para poder volver a matarte.

Tete:
Pero si siguen aplaudiendo y todo. Te has salido, tete.

Miro hacia arriba, hacia el fondo de la sala, y veo a Andrés de pie, detrás de la última fila. Me sonríe.

Tete:
Hola.
Tete:
He acabado la partida antes de tiempo y he venido a verte. He llegado justo al final, pero no podía perdérmelo.
Tete:
Vamos, te invito a unos panes de ajo antes de que vengan papá y mamá al desalmuerzo. Te los has ganado.

Andrés:

¿Doble ración?

Tete:
Tú solo pide.
Tete:
Te espero en mi coche.

Andrés:
A propósito de tu coche…

GRAN CHARLA LA QUE HA DADO HOY ANDRÉS CLARAMUNT. ¿O ERA ARTURO? PERDONADME, SIEMPRE LOS CONFUNDO. AUNQUE JURARÍA QUE ERA ARTURO... ESA MANERA DE EXPRESARSE TAN ORDENADA… NO SÉ, DADLE UNA VUELTA. ;)

@ENIGMATICAR

Y A PROPOSITO DE LA TRIPLE AAA, ¿A QUIÉN DE ELLOS MATARÍAIS, CON QUIÉN OS CASARÍAIS Y A QUIÉN OS FOLLARÍAIS?
YO ME CASARÍA CON AITANA, MATARÍA A ANDRÉS Y ME LOS FOLLARÍA A LOS TRES
ME HA SALIDO UN PAREADO Y TODO. ESO SOLO LO CONSIGUEN LOS CLARAMUNT
VAMOS, ANIMAOS, QUE OS ESCUCHO JUGAR A ESTE JUEGO A DIARIO POR LOS PASILLOS

@ENIGMATICAR

VENGA, LA ÚLTIMA Y ME VOY
¿A CUÁL DE LOS TRES CLARAMUNT CREÉIS QUE SE FOLLARÍA PATRICK VILLAR DE FIGUEROA?
O...
¿A QUIÉN CREEIS QUE SE HA FOLLADO YA?
;)
FELIZ DOMINGO

@ENIGMATICAR

Pero ¿¿qué coño…??

Tani:
¿Habéis visto el Senticar?

Arturo:
Acabamos de verlo.

Tani:
¿Estás con Andrés?

Arturo:
Sí. Estamos en la pizzería.

Tani:
Nunca nos había atacado a nosotros.

Andrés:
Hijo de puta. Cuando lo pille…

Tani:
¿Cómo ha sabido lo del intercambio? ¿Con quién te has cruzado esta mañana, tete?

Arturo:
Con medio CAR.
Arturo:
Puede ser cualquiera.

Andrés:
No le deis más vueltas, ¿OK? Esto es cosa mía. Yo me encargo.

Tani:
Tete…

Andrés:
Ya me habéis oído.
Andrés:
Fin de la discusión.

12: «Prohibido tocar los huevos a Patrick. En sentido figurado, se entiende»

AITANA

«¿Entonces, ¿sí puedo tocártelos?».
«Puedes tocármelos literalmente».
«Me resulta un poco raro todo esto. Voy a tocarte los huevos, Patrick».
«Me los tocas constantemente. Y ahora vas a hacer algo más que tocármelos. Pero la norma de no tocarme los huevos se queda. Que tú me tocas mucho los huevos y algún beneficio tendré que sacar yo de esta inmolación».
«Claro, porque los orgasmos no cuentan».
«Mi conciencia me dice que si todo esto tiene un fin educativo para ti yo no debería correrme».
«Tú mismo».
«Bueno, ya veremos. Tú no me toques los huevos, ¿OK?
«Pero ¿en qué quedamos?».
«Ahora me refería a tocarme los huevos figuradamente».
«Cómo mareas, Patrick. Pero luego soy yo la que te toca los huevos a ti. Por cierto, tú tampoco puedes tocarme los huevos a mí».
«¿Qué huevos, Tani? ¿Qué huevos?».
«Ya me has oído».
«Dios, esto va a ser un desastre».
«Dijiste lo mismo sobre enseñarme a conducir la moto de Arturo y al final salió bien».
«¿Que salió bien? Perdí diez años de vida y me *salió* mi primera cana».
«Tú no tienes canas».
«¡Tengo una en los huevos!».
«Pues, mira, no me extraña. Gritabas demasiado».

Y Patrick no es de gritar, la genética lo dotó con un temple admirable, pero el día que me enseñó a conducir la moto de Arturo… el hombre se quedó sin voz. Siempre que lo recuerdo sonrío sin poder evitarlo. Patrick me ha enseñado la mayoría de los hitos importantes en mi vida. Era nuestra dinámica (hasta que todo se fue a la mierda, claro). Andrés tiene menos paciencia que un bebé y Arturo quiere ponerte tan en situación que primero te explica de dónde viene la palabra «enseñar», etimológicamente hablando. El irse por las ramas lo lleva a otro nivel y yo no tengo tanta paciencia. Dami estaba siempre tan ocupado que me daba cosa que perdiera el tiempo conmigo.

Así que solo me quedaba Patrick. Él siempre andaba revoloteando por mi casa. O yo por la suya. Él iba al grano. Discutíamos bastante; aun así, yo siempre aprobaba. Y él me mandaba un mensaje después del examen preguntándome si me había ido bien.

Patrick me enseñó a hacer raíces cuadradas y derivadas; a jugar al póker; a lanzarme de cabeza desde un trampolín de un metro; a cocinar canelones rellenos de carne y huevo cocido… Aunque resoplaba muy a menudo, como si yo le estuviera robando unas horas preciosas, pero al mismo tiempo era incapaz de decirme que no. Siempre ha sido incapaz de decirme que no. En realidad, a todos nosotros. A Andrés lo tiene supermimado (no lo reconocerá nunca) y a Arturo tampoco le niega nada. Luego escupe quejas por la boca por doquier, muy al estilo del Capitán Haddock, pero a la hora de la verdad nunca nos dice que no.

Así que, pensándolo en retrospectiva, yo ya contaba con un porcentaje bastante alto de éxito cuando le propuse a Patrick que me diera clases de sexo. Sí, sí, lo sé, era elevar el estatus de alumno-profesor a otro nivel, pero ¿acaso la vida no trata de eso? ¿De ir cubriendo necesidades? Que no lo digo yo. Lo dijo Maslow. Yo necesitaba aprender a desenvolverme en la cama (o en el coche, o en la pared más cercana) y Patrick siempre ha sido mi profesor favorito.

—Aitana —me grita una de mis compañeras—. Espabila, que empezamos.

—¡Vamos! ¡Vamos! —escucho por el otro lado.

Vale. Sí. Estoy.

Hoy toca disputar un partido de voleibol en uno de los patios exteriores. Aquí cada uno vamos a lo nuestro, cada uno a nuestro deporte, menos cuando jugamos la Liguilla Anual de Voleibol. Nos juntamos unos cuantos, bueno, doce, para ser exactos (de todo tipo de deportes, excepto de voleibol) y jugamos un partido al mes. Doce partidos al año. El que más encuentros gane al cabo del año se lleva el premio gordo: una cena gratis pagada por el equipo perdedor.

La Liguilla Anual de Voleibol es una de las cosas que más me gustan del CAR porque me permite relacionarme con mis compañeros y pasar el rato con ellos. Patrick y yo somos los únicos clavadistas del centro, así que no tengo equipo. Y a mí me encanta estar con gente.

—Bien —grita otro de mis compañeros—, y no debería ser necesario puntualizar que el objetivo del juego es pasar el balón por encima de la red, pero, visto lo que ocurrió el mes pasado, me veo en la obligación de hacerlo.

Todos reímos recordando el partido de septiembre. Fue un gran partido.

—Ah, y tampoco se puede retener el balón y correr con él por el campo de juego. ¿Ok, Fernández?

Se escuchan más risas. Cualquiera diría que no nos lo tomamos en serio. Y lo hacemos. Lo hacemos. Superenserio. Ejem.

—¡Dale ya, hombre!

—Ya voy. Ya voy. ¡Tres, dos, uno…Va!

Son las seis de la tarde y, a pesar de ser octubre, hace bastante frío, pero enseguida entramos en calor. Y aunque estamos agotados después del entrenamiento del día nos venimos arriba en un par de minutos. La pasión es lo que tiene.

Mi equipo gana el segundo set por tres puntos cuando Patrick y Julián atraviesan el patio, charlando. Los sigo con la mirada mientras me arreglo la coleta y nos posicionamos para

comenzar el siguiente set hasta que los veo sentarse en uno de los bancos más cercanos a la red. Desde ahí pueden ver el partido. Suelen hacerlo. A Julián le gustan todos los deportes. No hace ascos a ninguno.

Julián y Patrick siempre se han llevado bien, conectaron desde el principio, aunque el primero fuera entrenador y estuviera en otro nivel. Supongo que la poca diferencia de edad ayudó. Julián es el entrenador de *hockey* hielo profesional más joven de la historia del CAR, y del país entero, yo creo. Dejó de jugar y empezó a entrenar con tan solo dieciocho años. ¿El motivo? Ni idea. Pero estoy segura de que hay uno y estoy segura de que Patrick lo sabe. Julián es un buen tío. A su equipo les echa unas broncas de campeonato, pero todos lo adoran, aunque no lo reconozcan en voz alta. Se implica mucho. Y, desde luego, algo muy bueno debe de tener para que Patrick lo considere un amigo. Patrick es muy selectivo con la gente de la que se rodea. Tremendamente selectivo. No hay nadie más selectivo. Lleva siete años compartiendo las instalaciones del centro con un montón de gente y casi nunca lo veo interactuar con nadie.

Perdemos el tercer set y vamos ganando el cuarto cuando un mal movimiento de una de mis compañeras hace que el balón salga disparado hacia mí y yo, por puro instinto, en lugar de apartarme lo golpeo con la mano. O, mejor dicho, con mi dedo pequeño y mi dedo anular. El dolor es tan intenso que incluso grito. Y yo no suelo gritar. Me doblo sobre mí misma y suelto mil juramentos por la boca. ¡¡Dios!! Sé que me he dislocado el dedo. No sé cuál de los dos, pero uno de ellos me lo he dislocado. Porque esas cosas se saben. Y se sienten. Estoy a punto de mirarme la mano para ver el desastre, a pesar de que no debería, cuando escucho el grito de Patrick detrás de mí.

—¡No mires! ¡No lo mires!

Tarde. Porque ya lo he mirado. Y soy la persona más aprensiva de todo el centro. Una no elige sus taras al nacer. Y a mí me tocó esta. No puedo ver sangre porque me desmayo. No puedo ver heridas profundas porque me desmayo. No puedo ver cortes en la piel porque me desmayo. Y no puedo ver huesos fuera de su sitio porque (¡obviamente!) me desmayo. Solo tengo que echar un vistazo rápido a mi dedo para sentir la oscuridad. Pero no caigo al suelo. Siento que alguien me coge al vuelo justo antes de perder el conocimiento del todo.

Cuando abro los ojos, estoy tumbada en el suelo con la cabeza recostada en el regazo de Patrick y rodeada por toda la liguilla de voleibol y un montón de gente más.

—¡Lo siento, Tani! Ha sido culpa mía.

—¿Estás bien?

—Tani, ¿cómo estás?

—Joder, qué mala pinta tiene eso.

—Yo un día también me desmayé por el dolor.

—No se ha desmayado por el dolor, sino porque es muy aprensiva.

—Yo si veo sangre también me desmayo.

—No hay sangre, no la acojonéis más.

—*Está a punto de vomitar.*

—Te he dicho que no miraras —me susurra Patrick, con el rostro muy cerca del mío, apartándome un par de mechones de la cara e ignorando todo nuestro entorno.

—Tarde.

—Tú siempre dando la nota.

—Tarde.

—He venido corriendo lo más rápido que he podido.

—Tarde. Me duele —me quejo. Sí, también soy bastante pupas.

—*Hay que colocarle ese dedo.*

—*Qué mala pinta, joder.*

—*Menos mal que no se ha caído al suelo. Podría haberse dado en la cabeza.*

—*Y tanto. Qué reflejos, Patrick.*

—*La ha cogido al puto vuelo.*

—*En plan Kevin Costner en* El guardaespaldas.

—*¿Era Kevin Costner o Bruce Willis?*

—*Tío…*

—*Bruce Willis es el de* Braveheart.

—*Tíos…*

—*Ese es Mel Gibson.*

—*Dios, no puedo mirarle el dedo. Voy a desmayarme yo.*

—*Pues Patrick está ocupado, así que irías al suelo.*

—*Hombre, alguno de vosotros me recogería, digo yo, ¿no?*

—*Hummm…*

—No intentes mover el dedo. Te lo has dislocado —me dice Patrick. Yo gruño de dolor—. ¿Puedes caminar hasta la enfermería o prefieres que te lleve en brazos?

—Puedo caminar.

—¿Estás muy mareada?

Sí.

—No. Puedo caminar.

—*Estás un poco verde, Tani.*

—*Yo la veo blanca.*

—*¿Tienes ganas de vomitar?*

—*Tani, lo siento mucho de verdad.*

—*La noticia ya está en el Senticar.*

—*Qué rapidez.*

—*Más que los reflejos de Figueroa.*

—*Con foto incluida.*

—*El Senticar es una mafia.*

—*Es mierda de la buena.*

—*Ya te digo.*

—*Estoy gugleando a Kevin Costner y teníais razón. Él era* El guardaespaldas *antes de que Figueroa le robara el puesto.*

—¿Podéis apartaros, por favor? —exige Patrick a la marabunta, con educación pero con firmeza—. Voy a llevarla a la enfermería.

Patrick me sujeta con fuerza y me levanta a pulso. Siento que desaparece el suelo bajo mi cuerpo y vuelvo a marearme. Camina ágil hacia la enfermería y me habla de mil tonterías por el camino. La gente primero nos mira al pasar y luego nos abren paso. Cierro los ojos y escondo la cabeza en su sudadera. Él me aprieta con más fuerza. Y el abrazo debería ser conocido, familiar, teniendo en cuenta lo que hacemos por las noches bajo las sábanas, pero no es así. Porque no nos abrazamos así cuando estamos en la cama. Nunca nos abrazamos así.

Cojo aire. Huele a Patrick. A brisa, a piscina y a un par de críos que se ponen un cálido albornoz después de haber saltado desde un trampolín. ¿Cómo es posible que Patrick tenga un aroma tan particular cuando aquí todos lavamos la ropa con los mismos detergentes? Jamás lo entenderé.

En un momento dado Julián se ofrece a ayudarlo a llevarme.

—Puedo con ella —le responde Patrick.

En la enfermería me hacen unas radiografías y me informan de que no necesito cirugía. Menos mal. Juro que estaba conteniendo el aliento. Van a ponerme una férula en el dedo y tendré que estar con ella durante cuatro semanas. No podré entrenar en el agua, pero sí en seco. El voleibol queda descartado, por supuesto. Mis padres me llaman por teléfono (a veces pienso que tienen acceso al Senticar o algo) y no cuelgan hasta que Patrick los convence de que estoy bien. Lo siguiente que sé es que van a volver a colocarme el dedo en su lugar.

—No te preocupes —me dice Patrick al ver la cara de susto que debo tener—, apenas vas a enterarte.

—Esta gente sabe lo que hace, Tani —añade Julián.

—Aitana —me llama Samuel, el doctor—. ¿Lista?

—No.

Todos ríen menos yo.

—Mírame a mí —me dice Patrick, aún sonriendo—. Concéntrate en mi cara.

—O en la mía —indica Julián—, que soy más guapo y la tuya la tiene muy vista.

—Más quisieras.

Río un poco y me concentro en los ojos de Patrick. Hoy están más verdes que azules; les ha dado poco el sol. Comienzo a contar las motas cerúleas, pero no llego ni a cinco. El dolor en el dedo cuando me lo recolocan se hace insoportable.

—¡¡Dios!! —grito.

Patrick me abraza al instante. Y otra vez me inunda ese aroma. Y entonces recuerdo la foto

que guardo en uno de mis cajones. Una foto de Patrick y mía en albornoz, cerca del borde de una piscina. Teníamos seis y ocho años. Y me siento un poco mejor. Pero solo un poco.

—Ya está, ya está. Ya pasó. Lo has hecho muy bien. Oye —le dice a Samuel—, ¿no tendrás una piruleta de fresa por ahí? ¿De esas de corazón? Se la ha ganado.

—Eres idiota —le digo. Pero lo hago con una sonrisa.

Media hora más tarde Patrick me acomoda las almohadas contra el cabecero de mi cama. Me ha ayudado a ponerme el pijama y me ha obligado a tumbarme sobre el edredón. No son ni las diez de la noche.

—¿Estás cómoda?

—Estoy bien, Patrick. Solo me he dislocado un dedo. No es de vida o muerte.

—Eso lo decido yo, que soy el que te está cuidando. Ya has escuchado a Samuel: obediencia absoluta a Patrick. Sus palabras, no las mías. —Me pasa una manta por encima y se sienta a mi lado—. Así que no me digas cómo tengo que hacerlo.

—Samuel no ha dicho nada de eso.

—Sí que lo ha dicho, ¿eh? Tú estabas medio desmayada, no lo habrás oído.

Seguro…

—¿Y qué más?

—¿Te duele?

—No.

—Bien. A ver, déjame ver eso.

Me coge la mano y le echa un vistazo por encima.

—Es imposible que veas algo con la férula.

—Veo lo de alrededor, que también es importante. Tú no mires. Por si acaso.

—¿De qué color está?

—De un amarillo muy bonito. Te pega con los ojos.

—Ja.

Entonces acerca mi mano a su boca y me da un beso. Es suave y tierno. Y me da otro más. Y otro. Contengo la respiración y no dejo de mirarlo. Descubro que tiene un remolino de pelo muy rebelde en la sien izquierda. Nunca me había fijado. Es un poco adorable. Pero solo un poco. Él levanta la vista y se da de bruces con mis ojos. Sonríe. Sonríe de verdad. Sonríe de esa manera suya tan… desconocida. Tan verdadera. Con hoyuelos y todo. Y a mí se me detiene el corazón. Y luego comienza a latir muy rápido. ¿Por qué el corazón me late tan rápido? Va a explotar. Aproxima su rostro al mío y siento su aliento. Abre la boca y juro que soy capaz de verle el *piercing*, que brilla tanto como su sonrisa. No sé si está a punto de besarme, pero yo por si acaso giro la cabeza y mato la posibilidad. Ha sido instintivo. Porque estoy nerviosa. Porque no sé si debo cruzar esa línea con Patrick. Porque no podemos besarnos. ¿No? ¿Podemos besarnos, Patrick? ¿Ibas a besarme? Ay, Dios. Qué momento. Y ahora me quiero morir. O como poco esconderme debajo del edredón. Patrick me observa impertérrito y entonces me besa en la

mejilla.

—Lo has hecho muy bien —susurra.

Patrick y yo nunca nos hemos besado en la boca. Hemos mantenido relaciones sexuales en mil posturas diferentes y en casi todos los lugares posibles dentro del CAR, pero no nos hemos besado en la boca. Es una de nuestras normas. Demasiada intimidad. Además, yo ya sé besar. No necesito que él me dé clases. Aunque hay algo que…

—Enséñame el *piercing* —le digo.

—¿Qué?

—El *piercing* que tienes en la lengua. Quiero verlo.

Patrick entrecierra la mirada.

—Nunca me lo habías pedido.

—Lo estoy haciendo ahora.

Entonces saca la lengua y ahí está la pequeña bola plateada, que perfora el centro de su lengua, nítida y brillante. Trago saliva y…

Toc, toc, toc.

… y llaman a la puerta.

—Son los refuerzos —me dice antes de levantarse.

—¿Qué refuerzos?

Arrugo la frente. Ni mis hermanos ni Dami están en el CAR. Se fueron hace unos días a Bélgica, a un campeonato, y no regresan hasta mañana por la mañana. A Arturo y Andrés les ha ido bien, no tan bien como para proclamarse ganadores, pero bien. Y Nicki también está fuera, en una competición de natación con sus chicos. Así que no tengo ni idea de quién puede ser.

Patrick abre la puerta y Julián entra en mi campo de visión. No viene solo. Lo sigue uno de los juveniles de Nicki (su favorito, aunque no lo reconozca en voz alta) y otros tres juveniles de Julián. Dos chicos (uno de ellos es el camarero del bar del pueblo) y una chica. Esos cuatro siempre van juntos a todas partes. Se hacen notar en el centro. ¿Y qué llevan en las manos? Son un montón de paquetes de papel higiénico. En este centro pasan cosas raras a diario, lo juro.

—Rápido, pasad —los urge Patrick—. ¿Os ha visto alguien?

—No —responde Julián.

Pero ¿qué…? ¿Qué se han fumado estos dos en la enfermería mientras yo estaba medio desmayada?

—Hola —me saluda el chico de Nicki—, ¿dónde os dejamos todo esto?

—Ahí mismo —le dice Patrick, señalando el suelo.

Hay como veinte paquetes. Y en cada paquete hay doce rollos. Eso nos da un total de doscientos cuarenta rollos de papel higiénico.

—¿Podemos quedarnos a ver lo que vais a hacer con esto? —pregunta otro de los chicos, el camarero. ¿Benji? ¿Elliot? No podría decirlo, siempre confundo los nombres, a pesar de que no se parecen en nada. Ni físicamente ni en la personalidad.

—No —responde Patrick—. Vosotros a la cama ya, que hay que descansar.

—Eh, que tenemos casi quince años —se queja el nadador.

—Y no son ni las diez —añade la chica. La misma chica que besó a Arturo el otro día en medio del pasillo porque pensaba que era Andrés.

—Ya que nos habéis tratado como esbirros —¿Benji? ¿Elliot? El que no es camarero, pero que mete tantas horas en ese bar como el otro—, al menos dejadnos verlo.

—Juls —le dice Patrick a Julián—, ¿no podías haber pedido ayuda a alguno de tus chicos silenciosos?

—No hay ninguno de esos en mi equipo. Y esto es lo mejor que tengo en el ámbito de «nos saltamos las reglas a diario y nos importa un pepino».

—En realidad nos ha amenazado con hacernos la vida imposible en la pista si no lo ayudábamos a delinquir. —¿Benji? ¿Elliot?

—Cállate, Elliot.

Vale, Elliot.

—¿Y tú por qué has venido, natación? —le pregunta Patrick al juvenil de Nicki.

—Lealtad.

Elevo los ojos al cielo. Son clavaditos a Patrick y Andrés a los catorce.

—Bueno, venga, largaos ya. Y ni una palabra de esto a nadie. A nadie, ¿OK?

—Ya habéis oído, niñatos —les dice Julián—. Vamos. Adiós, Tani. Y portaos bien.

Julián me guiña un ojo, abre la puerta y va sacando a rastras a sus chicos, uno a uno…

—Siempre nos perdemos la parte divertida.

—¿Usted no se queda, entrenador?

—No.

—¿Vas a la cama a descansar?

—Cállate, Elliot. Y no me tutees.

—¿Y si paso de ti y de tus órdenes de mierda?

—Mañana te machaco en el entrenamiento.

—Menuda novedad…

—Cállate, Benji.

—Eso es abuso de poder.

—Sí, lo es. Así que ándate con ojo.

—Alucino… Esto tiene que ser ilegal. ¿No puedo quejarme a nadie?

—Sí, a mí, que soy el entrenador. Mañana veinte vueltas más.

—Alucino…

—Los dos.

—Tío, yo quiero a tu entrenadora de natación. Mola mucho más.

—Y grita menos.

—Pues ya sabéis dónde está la puerta.

—Necesitas echar un polvo, Juls. Tienes un carácter de mierda.

—Cállate, Elliot. ¿Y qué sabrás tú de polvos?

—Más que tú, por lo que se ve.

—Que no me tutees, coño.

—No estamos en la pista.

—Tampoco puedes tutearme fuera de la pista.

—Si tú lo dices…

—Joder, qué puta cruz.

—¿Qué acaba de pasar? —le pregunto a Patrick en cuanto se cierra la puerta.

—Necesitaba a alguien que me ayudara a traer el papel, yo no podía con todo. Y, además, tenía que ayudarte, así que le he pedido ayuda a Juls. Y él ha venido con la caballería. Son buenos chicos. Alborotadores pero buenos. Excepto Elliot, que es un pequeño cabrón muy cabrón.

—¿Y para qué quieres todo ese papel?

Patrick sonríe de oreja a oreja. Otra vez con hoyuelos.

—Para saltar.

—¿Para saltar?

—*Sip*. Es un reto que he visto por ahí y que quiero hacer. Quiero batir el récord.

¿Qué récord? Entonces comienza a abrir los paquetes y a sacar los rollos. Coloca diez de ellos en línea (más o menos, lo suyo nunca ha sido la construcción) y se quita las deportivas y la sudadera. Vacía los bolsillos del pantalón de chándal en mi mesita, al lado de la cama, y me ofrece su móvil.

—Grábame, enana.

¿Que grabe el qué? ¿Cómo salta una línea de rollos de papel higiénico de…

—¿Cuánto mide eso?

—Nueve centímetros y medio.

… nueve centímetros y medio? Le levanto una ceja. Él me guiña un ojo.

—Dale.

Vaaale. Abro la aplicación de la cámara y comienzo a grabar. Patrick salta sin dificultad (obviamente) y yo aplaudo todo lo que mi dedo dislocado me permite.

—¡Bravooo! —grito con energía—. Bravo, bravo, bravo.

—Qué boba eres, Claramunt.

—Pero es que lo has hecho muy bien. ¿Quieres una piruleta de fresa con forma de corazón?

Patrick me ignora (primero me saca la lengua y yo vuelvo a verle el *piercing*) y coloca otra línea de rollos encima de la primera. Mmmm… vale. Ahora ya no son nueve y medio los centímetros que tiene que saltar. Ahora son dieciocho.

Y después, veintisiete y medio.

¿Y el *piercing*? El *piercing* continúa en mi cabeza.

Y cuarenta y seis y medio.

Y cincuenta y seis.

Condenado *piercing*.

Sesenta y cinco y medio.

Setenta y cinco.

Nunca he besado a nadie con *piercing.*

Ochenta y cuatro y medio.

Bualaaa. Esto se está poniendo muy interesante. Ahora sí me lo estoy pasando bien. Debería pedirle a Patrick que me dejara chuparle el *piercing*, solo el *piercing*. Para saciar mi curiosidad.

Toc, toc, toc.

—¿Otra vez la puerta? —exclamo en voz alta.

Patrick sonríe de nuevo y se dirige a la puerta. Abre y… Son mis hermanos. ¡Son Andrés y Arturo! Vienen con las maletas, con las raqueteras y agotados hasta la extenuación. También sonríen.

—Pero ¿qué hacéis vosotros aquí?

—Sorpresa.

—Han adelantado el vuelo de vuelta —me explica Patrick.

—Papá y mamá no han podido venir con nosotros, pero mañana a primera hora los tienes aquí.

—¿Y Dami?

—También llega mañana.

—A ver ese dedo —me dice Andrés, acercándose.

—¿Cómo estás? —me pregunta Arturo, a su lado.

—Estoy bien, tete.

—¿Seguro?

—Seguro. Te lo prometo.

—¿Qué mierda tenéis montada aquí?

—Quiero superar un récord.

—¿Un récord de saltar rollos de papel higiénico?

—Sí. Quiero ver cuántas filas soy capaz de saltar.

—Me apunto.

—Y yo, pero antes… —Arturo se acerca a la torre desordenada de nueve pisos (no entiendo cómo aún no se ha tambaleado) y los alinea uno a uno—. Listo. ¿Empezamos?

—Dale.

Se colocan por turnos y comienzan a saltar. Van colocando más altura y… Creo que dislocarme el dedo ha merecido la pena solo por verlos interactuar así, sin dejar de reír y de pasárselo como enanos. Y a mí también me gustaría intentarlo, me gustaría saltar, pero me conformo con verlos. Así que suspiro, me acomodo en la cama y los observo y grabo hasta que

los párpados me pesan como nunca.

Antes de caer del todo en la inconsciencia escucho el sonido de un teléfono. Mi hermano cruza un par de frases y después siento que cae en la cama junto a mí.

—¿Qué pasa, Andrés? ¿Quién era?

—Julia. Quiere verme mañana a primera hora en su despacho.

—¿Cómo ha sabido que estábamos aquí? Acabamos de llegar.

—¿Y para qué te quiere? ¿Qué quiere hablar contigo?

—A ver, espera que me saco la bola mágica del culo y le pregunto.

—Eres muy subnormal.

Andrés le lanza un beso a Patrick. Lo escucho. Y creo que sonrío.

Dami:
Rubia, me ha chivado un pajarito que Arturo y Andrés ya están contigo. Te mando un abrazo.
Dami:
Mañana nos vemos.

13: «¿Te he contado alguna vez que mi abuelo por parte de madre era mago? Tenía quince hermanos y las comidas eran por turnos: tú sí, tú no. Y las duchas eran contadas. Se duchaba uno y se lo contaba a los demás. Joder, gastaban más en llaves que en la hipoteca. Dormían en literas y al de arriba lo llamaban "el chato"»

NICKI

HA PASADO CASI una semana desde que Andrés apareció en la puerta de mi cabaña con la misma ropa y el mismo aspecto que Arturo y aún no me puedo creer que me la colaran así. Dios. Me arde la cara y el corazón se me sale del pecho cada vez que recuerdo lo que sucedió en esa habitación. Cada vez que recuerdo que me desahogué y lloré en el regazo de Andrés. ¡En el de Andrés! Y el muy gilipollas no me dijo nada. Dejó que me descargara pensando que él era Arturo. Muy típico de él, por otra parte. Discutimos y le cerré la puerta en las narices en la segunda disculpa. Después se lo conté a Bruno y se rio en mi cara. Le colgué el teléfono.

Sin dejar de caminar, cierro los ojos y me acuerdo una vez más de todos los antepasados de Andrés y Arturo. La puerta de Fernando se abre de pronto con brusquedad cuando estoy a punto de pasar por su lado en mi camino al despacho de Julia. Un chico sale de él y yo lo reconozco enseguida; la manera belicosa de andar cuando está enfadado y las sempiternas piernas enfundadas en unos pantalones de chándal de color negro (su favorito) son inconfundibles, por mucho que lleve la capucha de la sudadera puesta y no pueda verle la cara. Fernando sale detrás de él y lo llama repetidas veces, pero el chico lo ignora, como si los gritos no fueran con él.

—¡Te quiero aquí mañana a la misma hora, Andrés!

A mí se me escapa una sonrisa involuntaria y me reprendo por ello. ¿No aprendes o qué? ¿Cuántos golpes contra la pared necesitas para darte cuenta de las cosas? ¿Qué pasa contigo, Nicki? ¡Hombre ya! Pues pasa que el verbo ignorar funciona mucho mejor desde la distancia. Ignorar recuerdos, posturas, actitudes, muecas, aromas y sabores funciona mucho mejor desde la distancia. Ignorar a Andrés funciona mucho mejor desde la distancia. Malditos ecos del pasado.

Fernando gira sobre sus talones y, al reparar en mí, la mirada exasperada se le dulcifica. Pero solo un poco; la efervescencia que el *encantador* Claramunt provoca en la gente cuando tiene el día cruzado no es fácil de rebajar, así, a tan corto plazo. Yo lo llamo «el efecto Andrés». Fernando lo ayuda a gestionar las mierdas que campan a sus anchas en su cabeza y no tengo ni idea de lo que cobra por ello, pero debería ser mucho, mucho más.

—Hola, Nicki —me dice en una mezcla entre cariño y cansancio. Entra en el despacho y cierra de un cuasiportazo. Todo bien.

No supe que Andrés acudía al psicólogo de manera regular hasta más de un año después de que entrara en el centro. Yo salía del despacho de mi nutricionista y él abandonaba la consulta, como hoy. Casi nos dimos de bruces. No hubo cruce de miradas, guiños de ojos ni saludos con la palabra «bombón» o alguna de sus variantes. Yo saludaba a los gemelos siempre que nuestros ojos coincidían cuando ellos entrenaban en la pista al lado de mi piscina. Arturo, en cada ocasión, me levantaba el brazo (con raqueta incluida) en respuesta y Andrés… Andrés lo hacía según le diera. Algunos días me ignoraba por completo, como si yo fuera invisible, como si solo

viera su raqueta, la de su entrenador, la red y la pelota de tenis; y otros no solo me saludaba y sonreía, sino que se recostaba unos segundos en la red que encierra la pista y me veía nadar hasta que el grito de Rafa o Juan Carlos lo sobresaltaba.

—¡¡¡ANDRÉS, HOSTIAS!!!

—¡Joder! Ya voy.

Con el paso de los meses, y de los años, aprendí que no siempre lo hacía a propósito. Había días en que no me veía —ni a mí ni a nadie, excepto a su patito, a tete y a Tani; a ellos los ve siempre antes que al amanecer— y había días en que no me quería ver. Andrés puede estar tan metido en su mundo que no te ve. O puede tener el día tan torcido que no te quiere ver. A Andrés le apeteces o no le apeteces, y siempre actúa en consecuencia. Se mueve por instinto o según con qué pie se levante. En cualquier caso, visceral. Siempre visceral. El concepto de tener días buenos y días malos lo eleva a la enésima potencia. Y lo odia. Porque no lo puede controlar. Y las consecuencias de sus días malos pueden ser fatales para él y para las personas que lo quieren y rodean.

Pues aquel día en el pasillo, junto al despacho de Fernando, fue uno de esos en que no me vio. O no me quiso ver. Pasó de mí. Fernando salió un segundo después y lo llamó repetidas veces. Tampoco a él le hizo caso. Solo le sacó el dedo corazón sin tan siquiera girarse.

—¡Te quiero aquí mañana a la misma hora! —le gritó. La misma frase de hace unos segundos. Lleva años parafraseándose a sí mismo.

«¿Por qué vas al psicólogo?», le pregunté en una ocasión, meses más tarde. Llovía a mares y ambos nos habíamos quedado atrapados en un refugio cerca del centro. Estábamos sentados en el suelo con la espalda recostada en la pared de piedra y los brazos nos rodeaban las rodillas dobladas.

«Porque una vez quise matar a alguien», me respondió, clavando su mirada en la mía. «Quise matarlo de verdad».

«A veces es humano querer matar. Si alguien dañara a propósito a Bruno… Yo no sé qué haría».

Una emoción atravesó sus ojos como las estrellas fugaces surcan el cielo, pero con el ánimo de llevarse por delante lo que se cruzara en su camino, no con el de pedir un deseo.

«La voluntad de matar se os puede pasar por la cabeza», me contestó, «pero a la hora de la verdad jamás lo llevaríais a cabo».

«¿Tú has matado a alguien, Andrés?».

«Lo intenté».

Me estremecí. Pero no porque sintiera miedo. Ni rechazo. En absoluto. No fueron esos los sentimientos que me provocó su confesión. Fueron otros mucho más aterradores. Porque fue la primera vez que quise abrazarlo y cobijarlo entre mis brazos. Besarle la cabeza y decirle que todo iba a salir bien y que yo no iba a permitir que nadie le hiciera daño… Dios, era instinto de protección. Era una locura. Sobre todo porque Andrés Claramunt lo último que inspira es

protección. Media población mundial lo admira y la otra media solo quiere follárselo. Yo quería protegerlo. ¿De qué? Lo ignoro. No es de los que van por la vida sin escudo ni espada. Sobre todo sin espada. Y, de todas formas, a mí ni siquiera me gustaba. No me gustaba como persona.

Suspiro y llamo a la puerta de mi jefa; he llegado. No sé para qué me quiere. Apenas acabo de llegar después de estar un par de días fuera con mis chicos.

—¿Sí? —pregunta Julia a través de la rendija entreabierta.

—¿Querías hablar conmigo? —respondo, asomando la cabeza.

—Sí, sí. Pasa, Nicki.

Lo hago y veo que la jefa de prensa está con ella. Me indica que me siente en la silla que hay frente a la mesa de roble que nos separa, junto a Sonia, y por un segundo fugaz me pregunto si sabe que, mientras entreno a Elvira e intento sacar lo mejor de las dos, la imagen de las yemas de los dedos de ella en el lunar de la mejilla de Andrés Claramunt me atormenta. Y ni siquiera sé si sucedió. Quizá ella no se percató de la belleza de ese pequeño punto marrón oscuro mientras lo tenía entre las piernas.

Durante los siguientes quince minutos, Julia y Sonia me explican que el CAR va a grabar un nuevo vídeo promocional y que les gustaría contar con mi presencia. Acepto, algo titubeante. No es la ilusión de mi vida, pero es una de esas típicas tareas que tienes que aceptar —o eso creo; es mi primer trabajo por cuenta ajena y me estoy adaptando— cuando no quieres quedar como una «borde antipática en el trabajo». Palabras textuales de mi hermano.

—¡Fenomenal! Vamos a grabar unas secuencias en la piscina, pero también te queremos en otras disciplinas y que el público vea la familia que somos con independencia del deporte que practicamos.

Quizá debí esperar a que terminara de hablar…

—¿Qué disciplinas?

Tres, dos, uno…

—Estábamos pensando en un partido amistoso de tenis. —No me atraganto porque me lo esperaba. Dios sabe que me lo esperaba—. Claramunt, Figueroa, Lacoste y tú. Algo sencillo. Nada que requiera demasiado esfuerzo, por supuesto.

—Puedo sujetar una raqueta de tenis —respondo a la defensiva.

—De otra manera no te lo habría pedido.

Lo sé. Mierda, lo sé. Julia es una buena mujer, me ha visto crecer y no dudó en tenderme la mano cuando yo más lo necesitaba. Es una de las pocas personas que conoce la gravedad de mi lesión; se lo confié unas horas antes de aceptar el trabajo que me ofrecía al enterarse de que abandonaba la natación profesional durante unos meses. Era lo justo. También me invitó a compartir una botella de vino con ella y a olvidarnos del mundo mientras la vaciábamos. Algún día aceptaré. Supongo. Cojo aire y suspiro.

—¿Y cuándo vamos a hacerlo?

Ella y Sonia cruzan una mirada. Oh, oh.

—Hoy mismo —me confirma la segunda—. Ahora mismo, de hecho.

—¿¿Ahora??

—Sí. Estoy segura de que la espontaneidad del momento va a darle un toque interesante al partido y a las interacciones entre vosotros. El equipo de grabación ya debe de estar en una de las pistas exteriores, esperándoos.

—No te preocupes por tus juveniles, Nicki —me dice Julia con una sonrisa—, los organizo en un periquete para que no se queden sin la clase de hoy.

Fenomenal.

—Tengo una condición.

Julia se sorprende en un primer momento, pero no pierde tiempo en recrearse en ello.

—¿Qué quieres?

—Que permitas que la mascota de Lacoste se quede en el centro.

Julia suspira y cruza los brazos encima de la mesa.

—Eres consciente de que las mascotas no están permitidas en el centro y de que aceptar a esta podría crear precedentes, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y eres consciente de que no puedo favorecer a unos alumnos por encima de otros?

—Sí.

—¿Y aun así crees que voy a aceptarlo?

—Sí. ¿Y sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque la presencia de René no está afectando a la dinámica del centro y porque sabes que Lacoste no estará aquí el año que viene.

—Si acepto, tendré que lidiar con futuras mascotas.

—Oh, vamos, ¿quién tiene tiempo en este centro para mascotas? Lo solucionarás llegado el momento. Además, no tienes que hacer ningún comunicado. Haz la vista gorda y listo.

Julia suspira de nuevo.

—Ponte un traje de tenis y sal de mi vista, lianta.

—Claro —respondo con una sonrisa.

—¡El partido vais a disputarlo en la última pista de tenis exterior! En la de las gradas.

—¡Entendido!

Mando un mensaje rápido a Aitana al mismo tiempo que abandono la oficina.

Nicki:
Necesito que me prestes ropa de tenis.
Nicki:
Y una raqueta.

—Aquí lo tienes todo.

Me sobresalto y levanto la mirada del teléfono. Aitana y Arturo me esperaban apostados en la puerta del despacho, cada uno a un lado; la primera con un conjunto femenino completo de tenis en la mano y el segundo con una raquetera en el hombro. Emprendemos la marcha y me pongo al día. No he perdido un segundo en que Julia me sacara de dudas sobre qué Claramunt era el que iba a participar en el vídeo porque sabía que se refería a Andrés. Y estoy segura de que esta pantomima es el motivo por el que él ha salido tan quemado del despacho de Fernando.

—¿Cómo va ese dedo, Tani?

—Bien. Mi entrenador se ha vuelto loco al verme, pero bien.

—¿Qué es lo que me voy a encontrar en la pista? —pregunto entonces sin reservas.

—Andrés está cabreado —responde Aitana, a mi izquierda.

—Muy cabreado —añade Arturo, a mi derecha. Bien. Yo también lo estoy. Llevo un año cabreada y me aguanto—. Está agotado después de pasar toda la semana fuera, y fingir amistades no es lo suyo. Y por descontado que Chris no es lo suyo. En las últimas semanas se han rozado demasiado y Andrés está al límite.

Oh, el límite de Andrés es tan pequeño y complejo como una molécula de agua…

—Y Lacoste es impredecible —continúa Aitana.

—Yo me lo he encontrado por los pasillos hace unos minutos y estaba de buen humor —nos comenta Arturo de pasada—, pero…

—Lacoste es impredecible —repite Aitana.

—Exacto —la apoya su hermano.

—Andrés no quiere hacerlo, pero no le ha quedado más remedio que aceptar.

—Hemos intentado hablar con Rafa para que me pusiera a mí en su lugar.

—Alerta de destripe: no ha aceptado.

—Andrés y yo nos hemos planteado intercambiar papeles…

Miro a Arturo con mala cara. ¿¿Otra vez?? Aún me estoy recuperando de la última. Me ignora, aunque sé que en el fondo se siente fatal por lo que sucedió.

—…, pero no iba a colar, ni de coña —termina Aitana por él.

—Rafa os reconoce por la manera de sujetar la raqueta —digo yo.

—Justo —me respalda Arturo.

—Demasiado arriesgado —añade Aitana—. Sobre todo después de haberlo intentado por las buenas y que no haya aceptado. Rafa va a estar todo el día ojo avizor.

—Por suerte, Patrick estará ahí.

—Patrick puede manejar a Andrés. Al menos, la mayor parte del tiempo.

—Y Julia lo sabe.

—No solo pretende promocionar el CAR con este vídeo. Es un lavado de imagen en toda regla.

—Con mi hermano y Chris juntos en un partido amistoso acallando una vez por todas los rumores de su mala relación después de lo que sucedió en Wimbledon.

—Y ver jugar al tenis a Patrick Villar de Figueroa hijo es una de las imágenes más buscadas de los últimos años.

—Todo eso unido a la presencia de una de las deportistas más queridas y admiradas en este país…

—Esa eres tú —me dice Aitana con cariño.

—… nos da la jugada perfecta.

—Julia sabe lo cercana que eres a nuestra familia.

—Y que el propio Robert Claramunt te enseñó a jugar lo suficientemente bien como para poder disputar un partido amistoso con tenistas de élite y no hacer el ridículo.

—Podría darte una paliza, tenis —le digo a Arturo de broma.

—No lo dudo —responde con una sonrisa—. Por cierto, mis padres están aquí. Han venido a comprobar cómo está Tani y van a quedarse a ver el partido.

—Genial. ¿Julia también sabe lo *cercanos* que somos Andrés y yo en estos momentos y lo *cerca* que estuvimos en el pasado? —pregunto. Y lo pregunto de verdad. No es algo que haya tratado con ella.

—Todo el CAR sabe lo *cercanos* que fuisteis Andrés y tú, Nicki Miliki —responde Aitana.

—Pero nadie sabe lo cerca o lejos que estáis ahora. Hay especulaciones.

—Muchas especulaciones.

—Por todas partes.

—Y apuestas.

—¿Apuestas? —pregunto alucinada. ¿En serio?

—Muchas apuestas.

—¿La gente no tiene nada mejor que hacer que apostar sobre la relación que tenemos Andrés y yo?

—No —responden al unísono—. Sois noticia cada día.

—¿No lees los mensajes del Senticar? —me pregunta Aitana.

No.

—Seguro que Julia sí los lee —apuesta Arturo.

—Y no quiere que el nombre de su chica favorita esté en boca de todos.

—Con este vídeo también se acallarán los rumores sobre vuestra mala relación. Jaque mate.

El ajedrez nunca ha sido lo mío.

—¿Preparada? —Aitana me tiende la ropa y yo entro a cambiarme en uno de los cuartos de baño del edificio principal.

Preparadísima.

—Estaremos en las gradas, apoyándoos desde la distancia —me dice Aitana antes de dirigirse junto a Arturo al tercer peldaño de piedra, donde sus padres y Damián los esperan. Arturo, antes de subir, cruza una mirada con su hermano y se comunica con él. Ambos son capaces de hablar por los codos durante horas, a pesar de no emitir palabra alguna por la boca. No pueden ser más diferentes entre sí, uno se asemeja a nadar en una piscina infantil y el otro, en aguas abiertas en el océano Pacífico, pero la unión y complicidad que sangran por cada una de sus venas es digna de admiración. No he conocido una lealtad igual. Por eso no paro de darle vueltas al hecho de que Andrés sacara a colación al chico de los panes de ajo a domicilio en el desayuno con su padre un par de semanas atrás. ¿Qué pretendía? Porque él jamás traicionaría a su hermano. Ni siquiera lo incomodaría lo más mínimo. No, al menos, a propósito. Lo quiere demasiado. Hay algo que me estoy perdiendo.

—¡Nicki! —Salgo de mi ensimismamiento. Sonia agita la mano y me pide que me acerque.

Los chicos ya se encuentran en la pista, Sonia habla con ellos y les da indicaciones. Patrick, Andrés y Christopher, muy profesionales, la escuchan y asienten con la cabeza. Hay dos cámaras grabándolo todo y un par de periodistas. Me acerco y de pronto me veo envuelta de nuevo por ese edredón cálido que huele a hogar e irradia seguridad, a pesar del fresco otoñal que azota al centro. Y entonces me doy cuenta de lo que he echado de menos todo esto. Despedirme de ellos fue lo más duro que me tocó hacer cuando me marché. De Aitana y Arturo lo hice con un abrazo de los que no acaban nunca. De Patrick, con nuestros primeros dos besos en las mejillas. De Andrés y de Bruno…

Fue Andrés el que me llevó al aeropuerto. Recuerdo que en el coche sonaba *Got it in you*, de BANNERS. Recuerdo que Bruno nos esperaba allí con su sonrisa interminable y unos ojos que brillaban por las lágrimas que se negaba a derramar delante de mí. Recuerdo el abrazo que nos dimos y las palabras que nos susurramos. Recuerdo que Andrés y yo nos miramos. Recuerdo la distancia que había de pronto entre nosotros, a pesar de estar uno al lado del otro y de que casi podíamos tocarnos. Y recuerdo que más tarde nos dijimos adiós con la mano en la zona de embarque. No hubo beso de despedida. Ni siquiera hubo abrazo. Y todavía lo echo de menos.

—Monteserin, bienvenida al equipo —me dice Christopher con una sonrisa; también con guasa—. ¿Qué ha pasado para que llegues tan tarde? ¿No encontrabas el antihistamínico para la alergia?

—Nicki, ¿sufres de alguna alergia? —me pregunta uno de los periodistas.

—No me consta —responde Sonia.

No, no sufro de ninguna alergia. Se refiere a Andrés. Voy a matarlo. Lo miro con mala cara y él se encoge de hombros y sonríe.

—Al polen —responde Chris—, pero es muy leve. Por eso casi nadie lo sabe.

—No es época de polen —añade el otro periodista sin dejar de escribir en su cuaderno.

—Anda —Lacoste sonríe de nuevo y pone cara de inocente—, es verdad.

—Bueno —ataja Sonia—, si os parece comenzamos ya. Jugad el partido primero y luego

vamos con la ronda de las entrevistas. Nada, no os preocupéis, solo serán un par de preguntas rápidas para cada uno. Y muy fáciles, os lo prometo. ¡Vamos!

Todos se alejan lo suficiente de la pista como para dejarnos jugar con libertad de movimiento.

—Nicki no tiene alergia al polen —le dice entonces Andrés a Lacoste—. Jo, jo, por cierto.

—¿Jo, jo? ¿Te has dado por aludido y eso son los efectos retardados?

—Que te jodan.

—Ojalá. Ayer no mojé. El cansancio físico nos lo impidió.

A veces pienso que Chris se ríe de nosotros a diario. Otras, que está liado con alguien del CAR. Pero ¿con quién?

—¿Jugamos al tenis o qué? —pregunta Patrick con cansancio.

Los tres lo miramos con evidente sorpresa.

—*Oh là là* —le dice Christopher.

—Si te oye tu padre, se corre del gusto —añade Andrés.

—Gracias por la imagen, subnormal.

—Yo siempre estoy pensando en tu bienestar. Ya lo sabes, patito.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —pregunto yo en un intento de cambiar de tema y acelerar esto.

—Des-pa-cito… —canturrea Andrés.

Levanto una ceja. Jamás entenderé a Andrés Claramunt. En serio. Jamás. Sumergirse en su cabeza tiene que ser igual de surrealista que lanzarse en picado al vacío y aterrizar sobre un cuadro de Salvador Dalí.

—Tú y Lacoste contra nosotros dos —dice entonces Patrick, señalándose a él mismo y a su amigo del alma.

—Fenomenal.

—¿Verdad? —me devuelve Andrés.

Abro la raquetera que me ha dado Arturo y elijo una de las raquetas. La sujeto con la mano derecha y antes de tan siquiera pestañear siento la presencia de Andrés detrás de mí.

—¿Ya se te ha olvidado todo lo que te enseñé? —me dice con sorna—. Qué rapidez.

Me ayuda a empuñar bien la raqueta y entonces nos estamos tocando, a pesar de que él me dijo hace semanas, en la fiesta del CAR, que no lo tocara. Es increíble cómo un solo hecho puede cambiar las relaciones personales hasta el punto de que un día puedes tocar a alguien sin reservas, tocarlo incluso de manera íntima —el cabello, la nariz, la mejilla, el cuello, la cintura —, y al día siguiente ya no te está permitido. Y tienes que darle la orden a tu cerebro de no hacerlo, porque «tocar» forma parte de nuestras vidas. Hace un año yo podía tocar a Andrés. Y podía hacerlo por donde quisiera y el tiempo que quisiera. Ahora no puedo. Quizá por eso él me mira como lo está haciendo. Como hacía tiempo que no me miraba, pero sin trasmitir ninguna emoción al mismo tiempo.

«Te echo de menos».

Bravo, Nicki. Luego vemos de dónde ha salido esa mierda de pensamiento, ¿OK?

—¿Estarás bien? —me pregunta con una pizca de preocupación. Y yo no tardo ni un segundo en comprenderlo. Le clavo el dedo en el pecho. A la mierda el no tocar.

—Tienes prohibido hablar de mi lesión —le digo entre dientes.

—No estoy hablando de tu lesión.

—Lo estás haciendo de manera velada. Que no se te olvide que yo aquello se lo conté a Arturo, no a ti. A ti nunca te lo habría contado. Así que actúa como si no lo supieras.

—Creo recordar que también dijiste que si yo te hubiera llamado por teléfono cuando la noticia salió en prensa, me lo habrías contado todo. Así que me tienes un tanto confundido.

—Quita esa cara de suficiencia y no te lo creas tanto.

Él sonríe incluso con más suficiencia.

—Quítamela.

Y vuelve a sonreír. El muy gilipollas. Se siente culpable por el engaño y ahora cree que haciéndome cuatro carantoñas no va a ir directo al infierno. Pues se equivoca. ¿Y por qué tiene que llevar un traje de color azul marino? Me encanta el azul marino en general y me encanta el azul marino en Andrés. Carraspeo. Me encantaba.

—Ahora mismo te daría un raquetazo.

—¿Dónde?

—En las pelotas.

—Auch.

Entonces saca su formulario invisible y dibuja un tic en la casilla que dice: «¿Le ha agredido la acusada de alguna manera en sus partes más íntimas?». Madre mía, qué hostia tiene. Estoy a punto de replicarle, pero Patrick me lo impide.

—Ey, ey, ey. ¡Alto el fuego! —nos dice. Después me señala con el dedo—. Tú, a tu lado de la pista. Comenzamos ya.

—Nada de trampas —les advierto a los dos antes de irme.

Patrick levanta los brazos. Andrés me guiña un ojo.

—¿Cómo vas de puntería? —me pregunta Christopher una vez me he posicionado a su lado. Patrick y Andrés se cuchichean cosas al oído, en su línea.

—Bien.

—*¡Vamos, Andrés! ¡A por él!*

Lacoste levanta la vista y la dirige hacia las gradas ante el grito de ánimo hacia su hermano de parte de Arturo, que se encoge de hombros al ver que el otro lo mira con mala cara. Andrés levanta la raqueta y saluda a su hermano y a sus padres. Christopher saca una de las pelotas que guarda en el bolsillo y se la lanza a Arturo, que la coge al vuelo y sonríe.

—Oye —me dice Lacoste a mí—, ¿puedes darle un pelotazo en los huevos?

—¿A Arturo o a Andrés?

—Teniendo en cuenta que lo que siente uno le replica al otro, cualquiera me vale.

—Enséñame a meterle un tanto a Andrés —le pido yo.

Su respuesta: se ríe a carcajadas. Tanto que incluso Andrés y Patrick dejan de cuchichear para mirarnos.

—No es *tan malo* al tenis, joder.

—¡Oye! —Le doy un puñetazo en el brazo.

Comienza el partido y todo va muy suave. Apenas peloteamos y el cámara se mueve arriba y abajo de la pista sin problema. Es entonces cuando soy consciente de que estoy jugando al tenis con Andrés Claramunt, Christopher Lacoste y Patrick Villar de Figueroa. Y quiero disfrutarlo, porque esto no sucede todos los días. Andrés y Patrick podrían jugar dobles el resto de su existencia, bailan a un ritmo increíble en la pista, a pesar de lo diferente que es esto a un juego individual. Se mueven en la red en total sincronía y cubren todos los ángulos de la pelota. Se respetan. Se comunican. Se mantienen activos y lo dan todo en el juego. Es… bonito. Bonito de ver. Porque ellos dos juntos son bonitos de ver. Siempre me han gustado. Andrés y Patrick llevan toda la vida jugando a no llevarse bien. A ser rivales. A meterse el uno con el otro. A hacerse bromas pesadas. Pero se quieren con locura y lo harían todo el uno por el otro.

Lacoste y yo jamás habíamos compartido una red de tenis, pero él es una máquina. Punto.

De pronto, el juego se vuelve más intenso. Las pelotas vuelan con más fuerza. Más rápidas. Y antes de que podamos darnos cuenta son Andrés y Lacoste los únicos que juegan. Patrick y yo incluso nos apartamos de manera instintiva para no molestar. La gente en las gradas, los Claramunt, el equipo de grabación… todos miran con la boca abierta el partido que disputan Andrés y Christopher delante de nuestras narices. Yo los tengo tan cerca que incluso puedo tocarlos. Nunca nadie ha estado tan cerca de ellos. Es uno de los espectáculos más excitantes que he visto en mi vida. Ya solo ver jugar a Andrés es más bonito que presenciar una lluvia de estrellas, admirar los fiordos noruegos o caminar por el arcoíris.

Pierdo la cuenta de los golpes que ambos dan a la pelota sin que ninguno acabe de finalizar el punto. Es demencial.

—Pero ¡qué pasada! —exclama un cámara a mi lado. Me ha robado las palabras de la boca.

Al final es Lacoste quien hace el tanto y todos se levantan de las gradas a aplaudir y vitorear a ambos. Incluso Patrick y yo aplaudimos. Ha sido increíble. La manera en que Andrés le ha devuelto los golpes a Lacoste… Porque es cierto que Andrés forma parte de la lista de los cien mejores, pero Lacoste es un fuera de serie y está muy por encima de él en esa lista.

—Uno a cero, Andy.

Andrés sonríe, pero yo lo conozco bien y sé que se está aguantando las ganas de soltarle alguna perlita de las suyas. Y a pesar de la distancia que nos separa, él y yo no dejamos de mirarnos a los ojos. Los suyos parecen estar más cerca de lo que están en realidad. ¿Cómo, si no, es posible que distinga las motas de color miel?

El resto del partido se desarrolla con normalidad y a un ritmo mucho más ligero. De hecho, solo me hacen falta cuatro puntos más (todos de mi pareja) para darme cuenta de que los tres me

están evitando. De que los tres me están protegiendo. Andrés y Patrick le lanzan todas las bolas a Lacoste y él se come mi pista para devolvérselas. Cuando consigo lanzar una pelota lo hago con tanta frustración que apenas miro a dónde va. ¿Y a dónde va? Pues a las pelotas de Andrés. A las de tenis, no. A las de verdad. Ups. Al menos la reacción de Andrés es más de sorpresa que de dolor. Patrick se acerca a él para ver que esté todo bien y Lacoste se aproxima a mí partiéndose de risa y felicitándome al mismo tiempo que intenta chocar los cinco conmigo.

—Ha sido sin querer —le digo.

—Por supuesto.

—¡Va en serio! —mascullo lo más bajo que puedo.

—¡Es suficiente, chicos! —grita Sonia, dando por finalizado el partido—. Muy buen trabajo. Va a quedar increíble. ¿Todo bien por ahí abajo, Andrés?

—¿Por qué no vienes y lo compruebas tú misma? —responde el otro con sorna.

—Eso es un sí —concluye ella. Después se dirige al cámara—. Corta eso, ¿eh? —advierte—. De hecho, corta casi todo lo que Andrés haya dicho en voz alta.

Los cuatro nos acercamos a la pista para darnos la mano, pero Christopher primero se lleva dos dedos a los ojos para después apuntar con ellos a Arturo. El otro vuelve a sonreír. ¿Qué se traerán?

Patrick agarra del cuello a Andrés y le susurra al oído un «muy bien» que soy capaz de escuchar.

—Buen partido —nos dice Patrick.

Christopher bufa.

—Me flipa la naturalidad con la que decís que jugáis al tenis. Aunque debo reconocer que te he visto bastante bien, Figueroa —le dice entonces a Patrick.

—¿Un halago de tu parte? Voy a correrme del gusto.

—Puedes hacerlo junto con tu padre.

—Que te jodan.

—A ti te he visto flojo, Claramunt Dos. Cuando quieras te doy unas clases.

—Que te jodan.

—Enseguida.

Dios, menos mal que no nos escucha nadie. Patrick y Chris se van con los periodistas para la ronda de preguntas y yo me quedo con Andrés en la red hasta que nos toque nuestro turno. Nos damos la mano y una imagen del pasado me aprieta y acorrala. Una imagen de él y mía del día en que Andrés encontró mi lugar favorito del mundo.

El acantilado donde se encuentra el CAR forma parte de una línea litoral de más de cuarenta kilómetros de terreno pirenaico que me dejaba sin aliento cada vez que la recorría, sin importar las veces que lo hubiera hecho y sin importar que conociera de memoria cada subida, bajada, roca o rincón. Puedo recorrerla con los ojos cerrados, pero nunca lo haría, porque me privaría de las extraordinarias vistas del horizonte y sus colores. Azul, naranja, amarillo, rosa, rojo… Y en

medio de esa línea litoral, entre acantilados, se encuentra mi piscina favorita. No es una piscina real, es una cala, y creo que eso la hace más especial. Es de color azul marino salpicado de turquesas y la encontré hace diez años, la primera semana en que llegué al centro. Yo inspeccionaba el lugar y fue un flechazo, el primer y único flechazo que he tenido en la vida. El ayuntamiento hace años que habilitó unas escaleras de metal, como las de una piscina, para facilitar el baño. En verano se llena de gente, pero en invierno estábamos ella y yo solas. El agua está fría, pero solo al principio. Cuando llevas un par de minutos en ella ya no quieres salir.

—Así que aquí es donde te escondes —me dijo al descubrirme. Se desvistió, se quedó en ropa interior y se lanzó de cabeza al agua. Sin preguntar, como siempre. Y con un par de pelotas. No estaba acostumbrado a nadar en aguas tan gélidas bajo los latigazos del invierno.

—No me escondo —respondí cuando salió a la superficie y llegó a mí, muerto de frío y temblando de pies a cabeza—. Entreno.

—Hola, bombón —respondió muy cerca de mi rostro. Tan cerca que hasta podía contar las gotas de agua del suyo. ¿Cincuenta y siete?

—¿Qué haces aquí?

—He venido a que me enseñes a nadar. —Los dientes le castañeteaban y la voz le temblaba —. Dicen por ahí que eres la mejor.

—Tú ya sabes nadar.

—Qué va —rio—. Yo solo sé venderme bien.

Y me puso ojitos. Ojitos de cordero degollado, tan castaños, tan bonitos, tan sinceros, tan puros, que… Reconozco que cuando Andrés Claramunt me miraba de esa manera, me resultaba muy difícil decirle que no.

—Hay quienes opinan que hace muchos años los humanos teníamos alas —comencé—. Y que nuestros brazos son un recuerdo de aquella época, que nacen de nuestra espalda y no de nuestros hombros. Intenta nadar pensando en ello, pensando que lo haces con alas que brotan de tu espalda, y no con tus brazos de tenista agresivo.

Andrés inclinó la cabeza hacia la izquierda de esa manera tan suya y me miró con curiosidad. Asintió y comenzó a nadar como siempre, pensando que había algo nuevo en él. Yo me reí. Me reí durante dos horas, porque por más que lo intentaba, no conseguía cambiar nada.

—¿Todavía no me han salido las alas? —Me salpicó, jugando. Le devolví el salpicón y él comenzó a gritar. A gritar de dolor.

—¿Qué te pasa? —le pregunté asustada.

—Creo que me ha picado algo. Joder, me duele.

Salió a toda velocidad del agua, por las escaleras de metal, y yo lo hice detrás de él.

—¿Dónde?

—Aquí. —Me señaló el vientre, su rostro descompuesto a causa del dolor. Acerqué la mano y lo toqué con cuidado.

—¿Aquí?

—Sí, ahí.

Le acaricié la piel tersa y perfecta arriba y abajo en un intento de calmarle el dolor, prodigándole caricias mientras buscaba un bulto, una herida o un *algo*, pero no había nada. Hasta que advertí como le temblaba el abdomen de aguantarse la risa. Levanté la mirada y estalló en carcajadas.

—¡Serás mentiroso! —Le di un golpe en el brazo, juguetón, fingiendo sentirme muy estafada (un poco sí lo estaba)—. Me lo he creído, pensé que te había picado algo de verdad.

Andrés me cogió la mano, apartándola del brazo que un momento antes había golpeado, y la colocó sobre su abdomen, reteniéndola ahí y ronroneando sin atisbo de vergüenza.

—Mmm…

Qué gilipollas ha sido siempre. Regreso al presente, aunque reconozco que hubiera podido quedarme en esa escena un tiempo más. ¿Quizá para siempre? Eran buenos tiempos.

—Siento lo del pelotazo —me disculpo—. Ha sido sin querer.

—Yo también lo siento —responde pasados unos segundos.

—¿Por qué?

—Por lo de tu oído. ¿Cómo va, por cierto?

—Sí —respondo sin ganas—, me lo dijiste el otro día cuando fingías ser tu hermano.

—Quería que supieras que lo siento de verdad. Y, de todas formas, tú no tenías que haber ido a la habitación de Arturo esa mañana.

Lo miro indignada.

—¿Esa es tu excusa? Porque es una mierda de excusa.

—No podía descubrirnos nadie. Me encontraba entre la espada y la pared. ¿Qué querías que hiciera?

Lo miro aún más indignada.

—¿¿Contarme la verdad?? Jamás os habría delatado.

Suspira y acepta mis palabras.

—Lo sé. Y, *por cierto* —tonito—, retiro mi firma para que el Príncipe de Bel Air se quede con su mascota. Bórrala.

—No pienso borrarla. Y, *por cierto*, ahora entiendo que tu firma fuera tan perfecta. Como que eras tú el que firmaba. Capullo.

—La firma de Arturo también era perfecta.

—¿Te estás regodeando?

—Es evidente…

Me sonríe y yo miro al frente. Patrick y Christopher están sentados en la primera grada y responden a las preguntas de los periodistas. El cámara está con ellos. Y con Robert. Julia no va a creerse la buena suerte que ha tenido al grabar hoy el partido. Arturo, Tani, su madre y Dami andan entretenidos comentando la jugada. Nadie nos mira a Andrés y a mí. Yo cojo aire y mantengo con él la conversación que debí haber mantenido hace una semana. Porque llevo toda

la semana con el deseo y la necesidad de preguntarle algo importante.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Dale. Hoy estoy de rebajas.

—¿Por qué me abrazaste?

Andrés suspira.

—Porque es algo que habría hecho Arturo. —Oh, pinchazo en el corazón—. Y porque no soy un desalmado, Nicki.

«Te daría mis oídos, si pudiera». ¿También lo dijo porque es algo que me ofrecería Arturo? Me entran escalofríos de repente; una capa de sudor me cubre la piel. Se ha levantado viento. Me froto los brazos en un intento de entrar en calor.

—Toma. —Andrés coge una sudadera de su bolsa y me la ofrece—. Póntela.

—No, gracias.

—No te va a morder. No seas cabezota.

Acepto a regañadientes. Me la pongo y al momento me inunda el calor y el aroma de Andrés. El maldito aroma de Andrés. Entonces caigo en la cuenta de algo.

—Por eso vaciaste la colonia de Arturo —le digo—. Para que no te oliera.

—Tuve que actuar rápido —reconoce—. Solo pretendía rociarme con ella, pero con las prisas se me cayó y se desparramó por el suelo. Arturo me echó una bronca de la hostia por gastársela. Y Arturo no grita muy a menudo, pero cuando lo hace se te ponen los pelos como escarpias.

—No me das ninguna pena, Claramunt.

—Además, venía muy mosqueado por lo del beso. Es muy especialito con sus labios, ya lo sabes.

—¿Qué beso?

—El beso que le dio la niña esa pensando que era yo y por el que tú me escribiste para decirme que era despreciable.

Ah, ese beso. Sonrío. Y es curioso que ahora que sé que era Arturo ya no me pincha el recuerdo en el corazón.

—Es que era una niña.

—Me saltó encima. Bueno, a Arturo.

—Y tú le devolviste el asalto. O Arturo lo hizo.

Ay, qué lío.

—El pobre no supo cómo reaccionar y ahora se le suben los colores cada vez que se la encuentra por el centro.

—Qué cruz lleva Arturo contigo —le digo de broma.

—Lo sé —responde muy serio.

—¿Quieres que te cuente un secreto?

—¿Qué?

—Me ha llegado cierta información.

Andrés entrecierra la mirada.

—¿Qué información?

La verdad es que yo lo sé desde el día siguiente a que ocurriera todo el lío del beso. Me lo contaron mis juveniles.

—Hay un grupo de chavales por ahí, y no voy a decir sus nombres, que juegan a … retarse entre ellos. Y el beso que le dio esa chica a Arturo era uno de esos retos.

—Me estás vacilando.

—No.

—Malditos niñatos.

—Mira quién fue a hablar. No te olvides de que yo estaba aquí cuando tú tenías dieciséis años. Y eras el peor de todos, con diferencia.

—¿Quieres que te cuente yo un secreto?

No lo sé.

—Dale.

—Creo que estoy enfadado contigo —susurra. Sus ojos, más profundos que nunca, brillan y no sé por qué.

—¿Por qué?

—Porque no te diste cuenta de que era yo y no Arturo.

Estoy a punto de rebatirle que fui al dormitorio de Arturo en busca de Arturo, por lo que cuando me abrió la puerta yo esperaba encontrar a Arturo. Y él fingió ser Arturo. Lo di por hecho. Después comencé a sentir cosas raras y… «Quizá no quise darme cuenta de la verdad. Quizá sí sabía que eras tú, pero no quise reconocerlo. Porque quizá quería tu abrazo. Necesitaba tu abrazo. O necesitaba estar contigo a solas sin el espectro del desprecio batiendo con fuerza a nuestro alrededor. No me gusta despreciar. Y muchísimo menos a ti».

—He perdido práctica —resuelvo.

Nos quedamos en silencio hasta que…

—Oye —me dice—, no has respondido a mi pregunta. No te creas que no me he dado cuenta.

—¿Qué pregunta?

Me señala mi oído derecho con los ojos. Cojo aire.

—Imagina que tienes que coger el coche cada noche y conducir hasta el pueblo para comer panes de ajo con tu hermano. Ya sé que soléis ir andando, pero tú imagínate que vais en coche porque a ti te encanta conducir tu Porsche color lagarto. De repente, un día, sin previo aviso, Arturo y los panes desaparecen. Y el coche. Ahora ya no es un deportivo de color verde, ahora es una chatarra que apenas anda y cada día temes que te deje tirado en la carretera. Tú continúas conduciendo cada noche porque te encanta conducir, porque tu vida es conducir y no sabes hacer otra cosa, pero… ya nada es lo mismo. Ahora conduces sin rumbo. Sin un destino.

Nos quedamos de nuevo en silencio y, antes de que yo me eche a llorar o de que Andrés se

atreva a abrazarme, carraspeo.

—Ahora háblame de tus torneos.

—Nicki…

—Tus torneos, Andrés. ¿Qué tal por Bélgica?

«Por favor», le suplico con los ojos.

—Bien —dice—, bastante bien. Rafa, Juan Carlos y yo estamos trabajando en la confianza y la agresividad en los puntos sustanciales. Debo ir a por ellos con todas mis fuerzas, pero al mismo tiempo tengo que estar tranquilo. Mucha mierda psicológica, ya sabes. A Fernando lo tengo metiendo horas extras y, si sale victorioso de esta, se merece que inventen el Nobel de Psicología y se lo concedan a él. Qué coño, y que le pongan su nombre. —Sonrío sin poder evitarlo y él lo hace conmigo—. Estoy contento y con ganas del próximo campeonato. La semana que viene comienzo a entrenar al cien por cien con Juan Carlos y Arturo lo hará con Miguel mientras Rafa nos supervisa. Es muy probable que tenga que enfrentarme a mi hermano dentro de unos meses. Y a su majestad el Príncipe de Egipto.

Oh. Andrés y Arturo no han coincidido muchas veces en el terreno de juego y cuando lo hacen es excepcional. Las entradas se agotan en cuestión de minutos y pase lo que pase siempre es un partido especial. Y un enfrentamiento entre Andrés y Christopher, sin ninguna duda, ha escalado posiciones a los ojos del mundo entero desde los rumores de la pelea. Y también a mis ojos desde que a Chris lo considero un amigo.

Miro hacia las gradas, continúan con las entrevistas. Menos mal que eran solo un par de preguntas fáciles… Aunque supongo que tener a Robert Claramunt en persona lo ha alargado. Si yo fuera ellos, tampoco lo dejaría escapar. Entonces Andrés saca una moneda del bolsillo del pantalón y comienza a moverla entre sus dedos. Siempre lleva monedas encima, incluso cuando está desnudo. Es magia, lo juro.

—Creo que tenemos para rato. —Lanza la moneda al aire repetidas veces en un movimiento magistral de sus dedos—. ¿Te he contado alguna vez que mi abuelo por parte de madre era mago?

Sí.

—No —respondo.

E intento no sonreír. Y no volver al pasado de nuevo. Porque yo he jugado a esto con Andrés millones de veces. La primera vez que me habló de la historia de su abuelo me lo creí y todo. Embustero.

—Pues lo era, y de los buenos, además. Tenía quince hermanos y las comidas eran por turnos: tú sí, tú no. Y las duchas eran contadas. Se duchaba uno y se lo contaba a los demás. Joder, gastaban más en llaves que en la hipoteca. Dormían en literas y al de arriba lo llamaban «el chato». A mí me enseñó un montón de trucos. Mira, ¡cógela!

Me lanza la moneda, en otro movimiento magistral de sus dedos, y cae justo en mi mano. Se acerca a mí con otra moneda en la mano. Es justo lo que he dicho: magia. Otra vez, intento no

sonreír.

—Abre la mano. —Lo hago y coloca la moneda en mi palma, sin tocarme—. Tienes que protegerla con tu vida, pero no puedes cerrar la mano hasta que yo intente cogerla. Y no solo voy a cogerla, sino que voy a cambiártela por la mía. Tienes que ser muy rápida si quieres evitarlo.

Andrés y yo solíamos pasar tardes enteras jugando a esto. Y me la colaba nueve de cada diez veces. Tiene unos reflejos dignos de admiración y una picardía innata.

—¿Preparada?

—Preparada.

Y el mundo desaparece. Y lo hace con tanta intensidad que horas después, en la soledad de mi cama, apenas recuerdo las preguntas que me hicieron los periodistas.

¿QUÉ OS HA PARECIDO EL PARTIDITO DE TENIS? VAMOS, DADME AMOR Y OS CUENTO UNOS SECRETOS…

@ENIGMATICAR

VALE, ANTES DE QUE OS EMBALEIS... NO ME REFIERO A QUÉ OS HA PARECIDO A NIVEL DEPORTIVO SINO… PERSONAL

@ENIGMATICAR

¿NADIE? OH, VAMOS. NO SEÁIS TAN TÍMIDOS, QUE YA SOMOS AMIGOS

@ENIGMATICAR

¿Y SI OS CUENTO QUE DE LAS CUATRO PERSONITAS QUE HAN DISPUTADO EL PARTIDO TRES DE ELLAS MANTIENEN RELACIONES SEXUALES HABITUALES CON COMPAÑEROS DEL CAR?

@ENIGMATICAR

14: a la velocidad del pez espada a la caza de sus presas

ARTURO

HAY muchas cosas que me encanta hacer en la vida. Y una de ellas es compartir juegos de rol con mis hermanos, Patrick y Dami. Llevamos haciéndolo mil años. Primero nos inventamos la historia, las reglas y los personajes y luego lo llevamos todo a la práctica.

Esta noche toca uno que trata de un malvado (Andrés) que ha creado unas máscaras mágicas con poderes sobrenaturales destructivos. Y se las ha puesto a gente inocente (Dami y Tani) para que nos destruyan a Patrick y a mí, los héroes de la historia, y no consigamos la única reliquia que existe en el mundo con la suficiente fuerza como para destruirlo a él.

Son las doce de la noche cuando Patrick y yo ya hemos robado todas las máscaras y nos enfrentamos al malo maloso en una pelea infernal. Tan infernal como la cantidad de papeles que hay encima de la mesa, desperdigados por todas partes. Esta gente no sabe jugar sin desordenarlo todo. Me palpita el ojo, lo juro.

—¡Golpe crítico! ¡¡Golpe crítico!! —grita Andrés de pronto—. Y muerte súbita.

¿¿Qué?? ¿Cómo que muerte súbita? ¿De dónde ha venido eso? Miro el tablero. Tiene razón. Nos ha dejado sin puntos. A los dos. No lo he visto venir.

—¡No me jodas! —exclama Patrick.

Es entonces cuando escuchamos unos aplausos.

Reconozco cada uno de los ruidos que Chris es capaz de emitir con cualquier parte de su cuerpo: boca, pies, manos… Así que levanto la mirada con la certeza de que son de él.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —le pregunta Dami.

—Una hora. Minuto arriba, minuto abajo. Gracias por esto, Claramunts y compañía, no lo olvidaré en un tiempo. ¡Frikis!

—¿Qué te pasa, principito? —le replica Andrés—. ¿No puedes dormir? ¿Quieres que te arrope y te dé un besito de buenas noches?

—Prefiero que lo haga él. —Me señala—. Y una mamada, ya que estamos.

Joder. Me levanto y me acerco a Chris en un intento de que esto no acabe en desastre.

—Ni en tus mejores sueños —le dice Patrick.

—Mmm, si tú lo dices…

—Ni en tus mejores sueños, principito —repito yo, muy cerca de su cara. Tan cerca que hasta veo las motas verdes de sus iris. Las tres pecas debajo de los ojos. Tan cerca que no sello nuestros labios y mando todo a la mierda de puro milagro.

Ojalá tuviera la libertad de hacerlo. De besarle en la mejilla y desearle buenas noches. De coger su mano con la mía y guiarlo al dormitorio. De invitarlo a sentarse con nosotros y ofrecerle mi regazo. De rodearle la cintura con mis brazos y besarle la espalda en un gesto espontáneo. Todo EN VOZ ALTA. Pero no la tengo.

La mirada de Chris es cálida y hastiada al mismo tiempo, solo él puede conseguir ese efecto incendiario.

—Vamos, tete —Andrés me coge del brazo y me separa de Chris—, no merece la pena. Dulces sueños, Lacoste. Hasta mañana, gente.

—*Adeu* —me despido de todos.

—¡Hasta mañana!

En el segundo piso de la residencia me despido de mi hermano y subo las escaleras de dos en dos hacia el cuarto, pero no me dirijo a mi habitación; paso de largo y espero a Chris con medio cuerpo recostado en su puerta. Tarda unos minutos en aparecer y cuando me ve:

—Conque una mamada, ¿eh? —le digo.

Sonríe de lado y a mí el corazón se me acelera. Y el deseo de acercarme a él, de tocarlo, se multiplica por mil.

Entramos en su dormitorio besándonos como posesos. Perdemos el equilibrio, nos golpeamos contra los muebles y nos pisamos sin querer. «Cuidado con René». «Sí». Chris me atrapa el labio inferior con los dientes mientras mis manos tiran con fuerza de su pelo. Me aprieta el trasero y yo lo beso más fuerte.

Nos derrumbamos sobre la cama y me monto en sus caderas, inclinándome hacia delante para besarle la mandíbula y el cuello. Aferro su camiseta con más fuerza y lo atraigo hacia mí, aplastando mi pecho contra el suyo al mismo tiempo que su boca encuentra la mía de nuevo.

Lo desnudo por completo, despacio, sin dejar de mirarlo a los ojos entre beso y beso. Alcanzo como puedo el mando del televisor y pongo uno de los canales de música a todo volumen. Le abro bien las piernas y deslizo la lengua por su piel depilada. Me meto su erección en la boca y gimo de placer. Chris tiene casi todo el cuerpo depilado: pecho, brazos, piernas, genitales… Y a mí me vuelve loco. Porque no hay barreras.

Levanta las rodillas y apoya las plantas de los pies en la cama a la vez que tres jadeos entrecortados que salen de su boca calientan todavía más el ambiente. Afianzo mis brazos alrededor de sus gemelos y dejo escapar, una vez más, mis propios gemidos. Agudos. Profundos. Libres. Y estoy tan excitado que necesito moverme y frotarme con lo que sea. El cosquilleo de mi entrepierna me abrasa. Me quemo. Me quemo, joder.

—¿Te vas a correr mientras me haces una mamada, Arturo? ¿Otra vez? —me pregunta entre risas y jadeos.

—Sí.

—No lo hagas. Espera.

Chris se incorpora y me tumba en el colchón. Me desviste a la velocidad del pez espada a la caza de sus presas. Fuera las bambas, los calcetines, los pantalones y la ropa interior. Alcanza el bote de lubricante y me prepara con los dedos. Primero uno. Luego dos. Tres. Estoy más que listo. Se pone un preservativo, echa más lubricante y…

—Golpe crítico.

…me penetra hasta el fondo.

Me río y grito de dolor y placer a la vez.

—Gilipollas —le digo, muerto de la risa. Él me penetra con más fuerza—. Ahh, Ahh…

Nos miramos a los ojos y entonces ninguno de los dos ríe más. Chris empuja en mi interior, más profundo, más intenso, y yo grito su nombre y me corro con la fuerza de un tsunami, empapándome la camiseta.

—Shhh. —Chris me tapa la boca con su mano y continúa follándome. Todo al mismo tiempo. Y yo solo puedo clavar los ojos en el techo, estirar los brazos y dejarme hacer.

Empuja. Empuja. Empuja.

Ahh.

Mi espalda se mueve arriba y abajo en el colchón al ritmo de sus golpes.

Ohh, joder. Voy a correrme otra vez.

—Chris… Ahh.

—Grita, Arturo. —Comienza a masturbarme sin dejar de empujar—. Grita.

Eso hago. Y mi camiseta se empapa de nuevo con mi segunda liberación. Entonces Chris sale, se desprende del preservativo y se masturba hasta que culmina, también en mi camiseta.

Se desploma sobre mi cuerpo, me da dos besos rápidos en la boca y se tumba a mi lado bocarriba. Nos quedamos en silencio mientras nuestros pulmones se recuperan del esfuerzo del polvazo.

Me gusta el sexo. Me encanta el sexo. Pero creo que los momentos posteriores al acto en sí me gustan incluso más. Esos segundos en que la descarga de adrenalina fluye por las venas. El sudor por la piel. La plenitud absoluta. La felicidad a raudales. Y una sensación tibia en el pecho de que todo está donde tiene que estar. O de que estás donde tienes que estar.

Y las sonrisas involuntarias. Como la que luce Chris en este instante. Su cuerpo relajado reposa en el colchón, con un brazo detrás de la cabeza y el otro sobre su abdomen manchado (se ha manchado al caer encima de mí). El pelo revuelto. Los labios hinchados y entreabiertos. Ardientes. Está para comérselo. Y se está quedando dormido. Los ojos se le abren y cierran como el despertar de las alas de una mariposa.

Me levanto y la tibieza de mi cuerpo es sustituida por el frescor de mi camiseta empapada de semen. Me la quito, limpio el abdomen de Chris con la parte seca, la lanzo al cesto de la ropa sucia y me visto con mis pantalones y una camiseta blanca de Chris. Ignoro el tic en el ojo e ignoro las ganas que me entran de recoger el desorden que reina; siempre me pasa cuando estoy en su dormitorio, por eso casi siempre estamos en el mío.

—Oye, ¿y tú qué miras? —le pregunto con cariño a René, que me mira de hito en hito con los ojos muy abiertos. Pobre coneja, lo que tiene que aguantar casi a diario con nosotros dos.

Chris se ha quedado dormido. Estoy a punto de irme, pero como no tengo sueño me tumbo a su lado para disfrutar de su calor unos minutos.

Cojo uno de mis libros de estadística, está mezclado entre sus libros en una torre en su mesita

de noche, y aprovecho para estudiar un rato. René sube a la cama y comienza a saltar de un lado a otro.

Poco después, los párpados me pesan y de pronto los recuerdos de mi primera vez con Chris se mezclan con la determinación del impacto de un efluente de aguas residuales depuradas sobre el…

El de los panes de ajo a domicilio:
Hola.
El de los panes de ajo a domicilio:
Estoy en la habitación.

Arturo:
¿Ya? ¿No ibas a la playa a relajarte y tomar el sol?

El de los panes de ajo a domicilio:
No me hables de tomar el sol.

Arturo:
¿Qué ha pasado?

El de los panes de ajo a domicilio:
Trae aftersun.

Arturo:
¿Voy a tener que darte cremita?

El fin de semana de mi decimoséptimo cumpleaños coincidió con un torneo de tenis benéfico en Barcelona impulsado por el presidente de la Real Federación Española de Tenis, o lo que es lo mismo, por Patrick Villar de Figueroa (padre). Una iniciativa que buscaba recaudar fondos para diversos proyectos solidarios en el continente africano. Patrick se puso en contacto conmigo: pretendía que me enfrentara a Christopher Lacoste en la pista. Acepté. Y Chris también lo hizo.

El día antes del partido, y de mi cumpleaños, estacionaba por primera vez mi moto Honda en el aparcamiento privado de uno de los hoteles más prestigiosos de la ciudad. No me desprendí del casco hasta que estuve dentro del ascensor; no podía permitirme el lujo de que me vieran y me reconocieran.

Cuando Chris abrió y le vi la cara… estallé en carcajadas. Me estrelló la puerta en las narices en respuesta. Llamé repetidas veces más, sin dejar de reírme, y me ignoró por completo.

—Va, *nen*. Abre ya. Prometo no reírme más.

Cuando vi su rostro quemado de nuevo, tuve que ahogar otra carcajada. Chris es tan perfecto, tan previsor, cauto y tocapelotas, que el hecho de que el sol de mi ciudad natal le hubiera ganado la partida… Estallé en otra risotada. Él, cabreado, se dio media vuelta y se internó en la

habitación, dejando la puerta abierta detrás de él. Me lo tomé como una invitación y entré.

—Guau. Menudas vistas. Nunca había estado en este hotel.

Toda la habitación era una pasada, pero sin duda la zona de la cama era lo que más llamaba la atención. Se encontraba frente a unas cristaleras correderas enormes que daban a una terraza de madera bastante impresionante y de ahí a unas vistas de toda la ciudad todavía más impresionantes. Chris se había tumbado en diagonal en el colchón, con los párpados cerrados a cal y canto y los brazos extendidos en cruz. Aún estaba en bañador.

Dejé el casco de la moto encima del escritorio, coloqué bien las chancletas de Chris, desperdigadas de cualquier manera en el suelo, me deshice de las bambas con la ayuda de mis propios pies, las coloqué al lado y me subí a la cama. Me senté a horcajadas sobre sus caderas y abrí el bote de la crema que llevaba en la mano. Incliné mi rostro hasta que quedó cerca del suyo, apoyé una de mis palmas en el colchón cerca de su oreja y con la otra le apliqué el *aftersun* con mucho cuidado.

—Ahora me siento fatal por reírme de ti. Menuda avería tienes.

—Me duele —masculló con un mohín. Me pareció lo más bonito del mundo: Christopher Lacoste haciendo un mohín.

Soplé con suavidad en las quemaduras al mismo tiempo que le extendía la crema. Le ardía tanto la piel que dolía. Me dolía a mí. Le toqué la frente, pero no parecía tener fiebre. El lado izquierdo lo tenía mucho peor que el derecho. Y en los hombros, igual.

—¿Te has quedado dormido de costado?

—Tú eres de los que saca todo sobresalientes, ¿verdad? Menuda capacidad de deducción.

—Qué gilipollas eres.

Como venganza, dejé caer un buen reguero de crema encima de su pecho desnudo.

—Ah, *merde*, está frío.

—Te fastidias.

Le masajeé bien la zona del pecho y los hombros, me empalmé cuando recorrí con mis dedos el *piercing* en el pezón que Chris luce fuera de la pista y cuando acabé dejé el bote en la cama y le di un beso dulce en la nariz a la vez que mis manos alcanzaban las suyas y entrelazaba nuestros dedos. Abrió los ojos. Tenía una mirada suave.

—Hola, tomatito —le dije.

—Imbécil.

Sonreí y le di otro beso en la nariz. Estaba guapo incluso con el rostro quemado. No se lo dije. Moví nuestras manos hasta dejarlas por encima de su cabeza y lo besé de nuevo. Uno de mis muchos problemas con Chris es que cuando empiezo a besarlo ya no puedo dejar de hacerlo. Me pasa lo mismo cuando como pipas. Claro que el paquete de pipas siempre se acaba. Chris, no. De ahí mi problema.

Mis besitos en la nariz dieron pie a otro rápido en la frente, en una mejilla, en la otra, en la mandíbula, en la comisura de la boca, en los labios… Estaba a punto de retirarme cuando me

agarró del pelo y me metió la lengua.

—Cuidado —le advertí.

—Puedo besarte con la cara quemada, Claramunt. Puedo hasta follarte.

Levanté la cabeza y nos miramos a los ojos. La sorpresa pintada en los míos y el desafío en los suyos. En los tres años que llevábamos *juntos* jamás habíamos llegado tan lejos. Masturbaciones, mamadas y frotamientos con ropa y sin ella había habido miles, pero ¿follar? Ni siquiera lo habíamos intentado.

—¿Podrías?

—¿Querrías?

En cuerpo y alma. La respuesta salió de mi boca alta y clara.

—Sí. Pero no lo he hecho nunca. No sabría ni por dónde empezar.

—Yo sí lo he hecho.

—¿Cuándo?

Fue una pregunta formulada sin segundas intenciones. Sin rastro de celos o recriminaciones. Fue una pregunta que no denotaba más que mera curiosidad. Chris tenía dieciocho años, uno más que yo, y yo sentía verdadera curiosidad por saber cuándo había mantenido sus primeras relaciones sexuales.

—A los trece.

¿Perdona? Me envaré, pero no le solté las manos.

—¿A los trece años? ¿Me estás vacilando?

—No. Mi madre acababa de fallecer y supongo que surgió en el momento oportuno. Olvidarme del mundo a base de sexo y esas mierdas.

Que la madre de Christopher Lacoste había fallecido de la noche a la mañana por un paro cardiaco es *vox populi* tanto dentro como fuera del tenis. Su padre es el CEO y heredero de una de las industrias textiles más poderosas del mundo desde hace un montón de décadas. Solo tienes que introducir su nombre en un buscador de internet para esbozar un bosquejo rápido de toda su vida. Eso sí, a él no lo conocerías en absoluto. Chris nunca me había hablado de su madre (de su padre en muy pocas ocasiones, aunque las suficientes para darme cuenta de que no se llevan bien), así que me mantuve en silencio, dándole la oportunidad de que dejara salir lo que necesitara.

—Cuando hablo de la muerte de mi madre todos me dicen que lo sienten. ¿Tú no me dices que lo sientes, Arturo?

—¿Necesitas que te lo diga?

—No.

—¿Y qué necesitas?

Lo tenía a punto. Incluso abrió la boca para hablar, pero ese instante desapareció, lo vislumbré en sus ojos, y fue el mismo Chris de siempre. El juguetón. Sonrió.

—Necesito que me lo quites de la cabeza. Dime algo que me haga reír.

—Mañana voy a ganarte.

Rio muy fuerte durante mucho tiempo. Entonces me tumbó sobre mi espalda de un solo movimiento y se colocó encima de mí.

—Ni en tus mejores sueños.

Nos besamos y mi ropa enseguida comenzó a volar por los aires entre risas contagiosas y caricias. Y nervios. Muchos nervios. Y excitación. El corazón tronaba en mi pecho como nunca. Quería a Chris dentro de mí, quería hacer el amor con él, pero me daba un miedo atroz.

—Estás nervioso —susurró sobre mis labios.

—Estoy acojonado.

—Lo harás bien. No vas a hacerme daño.

—¿Yo a ti?

—Me preocupa el bienestar de tu trasero.

—¿Te preocupa el bienestar de mi trasero?

—Es tu primera vez y mañana tienes que jugar un partido de tenis, no soy tan capullo. Tú, arriba. Yo, abajo.

—No quiero hacerte daño.

—No me lo harás. Yo te guío.

—Vale.

Me guio con sus labios sedosos y ardientes, sus dedos, sus caricias y sus susurros. Yo sudaba por cada poro de mi piel y me sentía el chico más torpe del mundo pero el más seguro al mismo tiempo. Y el más afortunado. Tener a Chris entre mis brazos, rozar el suave vello rubio de su cuerpo, besar su piel de gallina, tenerlo todo para mí, se siente como el mejor de los veranos. Y al estar dentro de él… Por poco no me despeño por el precipicio en el primer empujón. Por el precipicio del orgasmo.

—Aguanta.

—No prometo nada.

—Joder.

Reímos los dos.

Fue dulce. Fue pasional. Fue placentera. Sensual. Íntima. Fue una pasada. Fue mi primera vez. Y no la cambiaría por nada. Fue perfecta. Y fue con él.

Cuando terminamos salí de él con cuidado y me tumbé derrotado en el colchón a su lado. Me sentía mejor que nunca. Me sentía…

—Quiero hacerlo otra vez —le dije—. Dame unos minutos para recuperarme.

Chris rompió a reír. Su mirada soñolienta se cruzó con la mía.

—Parece que estás borracho.

No podía dejar de sonreír, se me iba a desencajar la mandíbula. Incluso yo podía percibir que me brillaban los ojos. Me sentía… Hundí la cabeza en su cuello y lo besé.

—Estoy borracho.

Al día siguiente en el partido, recuerdo lanzar la pelota al aire y guiñarle un ojo justo antes de golpearla con fuerza hacia su lado izquierdo. Siempre hacia su lado izquierdo. La quemadura le impedía moverse con la fluidez a la que me tenía acostumbrado. Gané yo. Fue la primera vez que le gané un partido después de haber hecho el amor con él.

—¿Te has aprovechado de lo que sabías? —me preguntó cuando nos acercamos ambos a la red a darnos la mano. Cada vez me costaba más permanecer indiferente en la pista frente a él. Darnos la mano y esconder la electricidad. A él no. Me miraba con el mismo desdén de siempre. Nadie podría imaginarse que horas antes habíamos retozado juntos en una cama. Ni que volveríamos a hacerlo. En una cama o donde cayéramos primero.

—Sí —respondí.

—No te reconozco.

—He aprendido del mejor.

—Voy a machacarte la próxima vez.

—Promesas, promesas…



Me despierto en el País de las Maravillas. Y no me refiero al del cuento de Lewis Carroll. Me refiero al mío. Huele mejor que cualquier otro lugar que haya conocido, es cálido, cómodo, suave, y podría quedarme a vivir en él para siempre. También respira. Espera, ¿respira?

Abro los ojos al instante y me encuentro con el rostro dormido de Chris. Uno de mis brazos reposa sobre mi abdomen y el otro sobre la almohada. Sus piernas envuelven las mías como si de una llave de judo se tratara. Lleva una camiseta de color azul marino y unos pantalones de chándal a juego. Ni siquiera recuerdo que Chris se vistiera. Ni que dejara el libro de nuevo sobre la mesa.

Me percato de la tímida claridad que comienza a proyectarse por la ventana. Miro la hora. Son las siete y pico de la tarde. Cierro los ojos de nuevo. Espera. Los abro. ¿De la tarde? Eso es imposible, ayer la partida de rol con mi familia acabo a las tantas de la noche. ¡Mierda! ¡Son las siete de la mañana! ¡¡Me he quedado dormido!! Mierda de estadística.

Me levanto de un salto y me lanzo hacia la puerta, pero antes de abrirla… Retrocedo corriendo sobre mis pasos, cojo una de las almohadas que ha caído al suelo y me lanzo sobre el cuerpo Chris para levantarme un segundo después.

—¡Son las siete de la mañana, *nen*! —grito a mi espalda, muerto de la risa, antes de cerrar la puerta de su dormitorio.

Qué pena no haber inmortalizado con la cámara el tremendo susto que le he dado. Sus «me putocago en todo» aún se oyen por el pasillo cuando llego a mi habitación…

15: «Prohibido besarse (crea una intimidad que no queremos)»

AITANA

«¿Tú me ves como a una hermana?».
«¿Qué quieres de mí? Y al grano, por favor».
«Sexo. Contigo».
«Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja. Muy bueno, Tani. Muy bueno».
«No es una broma».
«Sí lo es».
«No lo es».
«Oh, ya lo creo que lo es».
«No lo es, Patrick».
«¿¿Quieres follar conmigo??».
«Sí».
«¿Por qué?».
«Porque sí».
«Esa respuesta no me vale, Tani. No me vale ni de lejos. Inténtalo otra vez. ¿Por qué quieres follar conmigo?».
«Porque necesito practicar».
«¿Por qué?».
«Porque sí».
«Inténtalo otra vez».
«Porque el sexo ha estado siempre a la cola».
«¿A la cola de qué?».
«De mi vida».
«¿Por qué?».
«Porque sí».
«¿En serio insistes con eso? Vamos, inténtalo otra vez».
«Tengo veintidós años y soy saltadora olímpica desde los trece. El sexo nunca ha sido una prioridad y de pronto me he dado cuenta de que quiero que forme parte de mi vida».
«Tienes todo un mundo ahí fuera repleto de personas que estarían muy dispuestas a follar contigo. ¿Por qué quieres hacerlo conmigo?».
«Porque quiero estar a la altura».
«¿En la cama?
«Sí».

Gabriel:

¿Cómo va ese dedo, Claramunt?
Gabriel:
¿Mejor?
Gabriel:
Ya solo te quedan dos semanas con la férula ¿no?
Gabriel:
Por cierto, el otro día estuvimos viendo unos vídeos tuyos en la escuela de natación.
Gabriel:
¿Y quieres que te diga una cosa?
Gabriel:
Eres lo puto mejor de este deporte.

—Tani —me llama mi entrenador, acercándose a la pista de atletismo—, sécate un poco.

Me detengo y acepto la toalla que me ofrece. Me seco el sudor del rostro y el cuello. Llevo dos semanas entrenando solo en seco por culpa de mi dedo. Y nada de volteretas en el suelo ni saltos en las camas elásticas ni ejercicios en la piscina de colchonetas. Gimnasio puro y duro. Y aún me quedan otras dos semanas más. Me he perdido una concentración de tecnificación y no van a convocarme para ir a mi competición favorita de Alemania con el equipo nacional. Que no me viene mal entrenar en seco de cara a las próximas olimpiadas —aparte de arrojo es necesario mucho entrenamiento dentro y fuera de la piscina para lanzarse al vacío—, pero echo de menos el agua. Yo siempre echo de menos el agua. Incluso cuando duermo.

—¿Ya hemos terminado por hoy?

—Ni de coña, pequeño saltamontes. Espera, ¿te molesta el dedo?

—No.

—Pues entonces ni de coña, pequeño saltamontes. Nos vamos a las pistas de tenis.

—¿Ahora?

—Sí. Ahora. Llevo tiempo detrás de una idea y ha sido una auténtica locura cuadrar los horarios, pero por fin lo he conseguido. Vamos a aprovechar que estás entrenando en seco a tope y vamos a meterle caña de una vez por todas al impulso y a la elevación.

Oh, el impulso y la elevación. Son dos de los seis aspectos que califican los jueces en los saltos y son los dos de los seis aspectos que a mí peor me califican los jueces en los saltos. Soy una máquina en la ejecución y la dificultad, pero alcanzar altura nunca ha sido mi fuerte.

—¿Y cómo vamos a hacerlo?

—Te va a encantar. Sígueme.

Arrugo la nariz. Cuando a mi entrenador se le ocurre una idea nueva yo me estremezco de puro terror. ¿Por qué? Pues porque tiene ideas de bombero. A ver, es un buen tío y llevo entrenando con él desde que entré en el CAR, nos llevamos fenomenal y nos entendemos a la perfección, pero el hombre tiene ideas de bombero. ¿Efectivas? Sí. Pero de bombero. Eso es así.

Camino tranquila a su lado hasta que llegamos a las pistas externas de tenis y veo a Patrick en la última, en la de las gradas. Me envaro. Y no es por el hecho de verlo, es porque su actitud

es la de «ya era hora, no tengo todo el día» y él no tendría esa actitud si no hubiéramos quedado con él.

—¿Qué hace él aquí? —Lo señalo con el dedo.

Patrick tendría que estar en la piscina, entrenando con su entrenador. Conozco sus horarios de memoria.

—Salvarte el pellejo, Claramunt.

Levanto las cejas en respuesta.

—Patrick va a enseñarte a saltar en seco.

—¿¿Perdona??

—Es perfecto. Patrick alcanza muchísima altura en los saltos y he pensado que sería fenomenal que te mostrara cómo lo hace y te enseñara algunos trucos.

—Tú ya me has enseñado algunos trucos.

—Y ninguno funciona.

—¿Y él tiene trucos que tú desconoces?

—Oh, ni te imaginas cuántos, Claramunt —responde Patrick, todo pagado de sí mismo.

—Ja —le contesto. Aunque es cierto que tiene trucos bastante buenos… Al menos en la cama. Ejem. Concéntrate, Tani.

No me da tiempo a discutir nada más, unas cuantas frases aquí y allá, un par de minutos, y de pronto me veo sola con Patrick al pie de las gradas. Se me pierde la mirada sin remedio en las dos pistas donde entrenan mis hermanos, cada uno de ellos con su segundo entrenador.

—Claramunt —Patrick me chasquea los dedos en la cara—. Nada de distracciones.

—¿Ya estás en modo profesor? Porque no me gustas en modo profesor.

—Claro que te gusta.

—Mandas demasiado.

—Ayer por la noche no te quejabas tanto. Ni de lo uno ni de lo otro.

Un latigazo de placer me sube por la columna vertebral. Y creo que a él también, porque…

—Mierda —exclama, mirándose la entrepierna—. Prohibido hablar de sexo durante las clases de salto. Venga, vamos. Comenzaremos con el salto en escalón. Apoya un pie en el primer escalón, dobla la rodilla y salta con las dos piernas y los brazos en alto. Mira, así.

Patrick me hace una demostración y a mí se me pierde la mirada en la pequeña porción de vientre que se le queda al descubierto al levantársele la camiseta cuando salta. Pero no es culpa mía, es culpa suya por traer a colación lo de ayer por la noche. Porque ayer por la noche recorrí con la lengua la superficie de tooodo ese vientre perfecto mientras él gemía una y otra vez. Sacudo la cabeza y me concentro en la zona de los pies, en sus deportivas rojas y blancas y en el pantalón de chándal azul marino.

—¿No es un ejercicio muy básico? —le pregunto en un carraspeo.

—Lo es. Venga, dale. Haz veinte.

Vaaale. Coloco el cuerpo como me ha dicho mientras él se deja caer en el segundo escalón de

manera despreocupada. Comienzo a saltar. Él asiente con la cabeza, así que supongo que voy bien. Cuento hasta veinte.

—Ahora salto al cajón a una pierna.

—¿Qué narices es eso?

—Salta a la pata coja hacia el primer escalón. Veinte veces. Espera —me dice antes de que empiece—. Ponte a la pata coja primero.

—¿Por qué?

—Porque quiero ver si mantienes el equilibrio.

Patrick se levanta y viene hacia mí.

—¿Me estás vacilando? Por supuesto que mantengo el equilib…

—Ya sé que de normal lo mantienes, fiera, pero ahora tienes una férula en el dedo y, aunque creas que no importa, sí importa. Supone un pequeño peso adicional para tu equilibrio y un gran peso adicional para tu inseguridad en caso de tambaleo. —Se pone detrás de mí y me agarra de la cintura para posicionarme—. Vamos, inténtalo.

Me pongo a la pata coja y comienzo a saltar sin problema. Miro hacia atrás.

—¿Ves como sí puedo? —le digo con un poco de recochineo.

—Bien —sonríe—. Haz veinte. Yo me quedo aquí atrás por si acaso, ¿vale?

—Vale.

Estamos a principios de noviembre y la temperatura ha descendido bastante en los últimos días, por eso no entiendo de dónde viene la sensación cálida que he sentido de repente. Como si alguien me hubiera abrazado desde atrás. Pero nadie lo ha hecho.

Salto el escalón veinte veces a la pata coja y, aunque no me tambaleo en ningún momento ni me choco con Patrick, siento su cuerpo muy cerca del mío. Y su aroma. Y entonces me acuerdo del día de mi accidente y su *piercing* regresa con fuerza a mi mente. Qué tendrán los *piercings*, ¿eh?

—Ahora sentadilla con salto. Ese no tengo que explicártelo, ¿no?

—No.

—Haz otros veinte. ¡Y brazos hacia delante!

Regresa a su postura indolente, despatarrado en el segundo escalón, y saca el teléfono móvil del bolsillo. No me hace ni caso. Menudo profesor está hecho. Alucino. Alucino tanto que no puedo dejar de observarlo. Tiene el pelo rubio superdesordenado a causa del viento y mientras trastea en el móvil no deja de jugar con el *piercing* de su boca, como si me hubiera leído el pensamiento y me dijera: «Mira, aquí lo tienes de nuevo». Adelante y atrás. Adelante y atrás. Entonces levanta la vista y me arquea las cejas en plan «¿por qué no estás saltando, Claramunt?».

Vale. Voy.

En el cuarto ejercicio (rodillas al pecho), está sentado en la piedra con las piernas cruzadas y las manos en los bolsillos. Y en el quinto (zancada con salto alternando piernas y su variante: una sola pierna) saluda con la mano a mis hermanos, que justo en ese momento abandonan sus pistas

y pasan por nuestro lado.

—¡Dale ahí, pequeña Claramunt! —vitorea Andrés. Yo le saco un dedo como buenamente puedo. Me falta el aire.

—Necesito una pequeña demostración de la variante a una sola pierna —le digo a Patrick para poder descansar.

Patrick se levanta de nuevo y me muestra cómo es. Yo me pierdo en el movimiento del cordón de la cinturilla de su pantalón que brinca arriba y abajo a la vez que él. Me pierdo tanto que apenas escucho las palmas y ovaciones exageradas de Andrés y Arturo. ¿Todavía no se han ido?

—Ahora tú —me ordena Patrick—. Veinte.

Pero ya no regresa a su escalón. Permanece a mi lado con los brazos cruzados en el pecho y la mirada concentrada en mis movimientos.

—Ahora vamos con los saltos de longitud estáticos —me indica cuando termino—. ¿Aguantas, Claramunt?

—¿Cuántos ejercicios quedan?

—Solo estos y los saltos de profundidad. ¿Aguantas?

—Sí.

—Bien. Dale. Veinte de cada uno.

—Cómo no…

Cuando por fin termino con todos, estoy a punto de tirarme al suelo. Corro a diario cada mañana y voy al gimnasio tres veces por semana, pero la sesión que me he metido hoy no ha sido ni medio normal.

—Lo has hecho bien, Claramunt.

Me bebo media botella de agua y Patrick me da un par de palmadas cariñosas en la espalda.

—¿Vas a ofrecerme otra piruleta de fresa con forma de corazón?

Él ríe y la oscuridad que comienza a cubrir la pista de tenis parece esclarecerse. Es una sonrisa bonita. Lástima que la saque poco a pasear. Termino de beber y le paso la botella a Patrick.

—No. Esta vez te dejo elegir a ti la recompensa, te lo has ganado. Así que pide por esa boquita.

—¿Lo que yo quiera?

—Lo que tú quieras.

—Saca la lengua y enséñame el *piercing* otra vez.

Patrick se atraganta con el agua y es bastante cómico. Cómico e inocente. Nunca pensé que Patrick pudiera ser cómico e inocente.

—¿Para qué quieres que te enseñe el *piercing* otra vez?

—Me ha entrado curiosidad.

—¿Curiosidad por qué?

—Por chuparlo.

Nos miramos a los ojos y sus pupilas se dilatan. Se acerca a mí.

—¿Quieres chuparlo?

—Sí.

—¿Ahora?

—Ahora.

—¿Solo el *piercing*?

—Solo el *piercing.*

—Está bien. Un trato es un trato.

Patrick mira hacia todos lados, asegurándose de que estamos solos, y yo comienzo a salivar antes de que él saque la lengua. Lo hace, la saca todo lo que da de sí, y yo me acerco aún más hacia él, hasta que las puntas de nuestras deportivas se tocan. A mí sigue faltándome el aire y el pecho me sube y baja acelerado a causa del ejercicio físico. Coloco las manos en su cintura y él mantiene los brazos inertes en los costados. Cierra los ojos. Y yo lo hago también.

Saco la lengua y la meto en la boca de Patrick por primera vez en mi vida. Entro con cuidado de no rozar nada que no sea el *piercing* y tengo que apretar el agarre en su cuerpo para ver si el corazón deja de galoparme en el pecho a mil por hora. Le toco la piel de la cintura con los dedos. Es una cintura muy estrecha. Dan ganas de abrazarla. «Tani, concéntrate en la boca. Eh, sí. La boca».

Fallo en el primer intento. Fallo y mi lengua se topa con la suya, pero enseguida me recompongo y llego hasta la bola de metal. La chupo y… Se me eriza el cuerpo a la vez que una sensación de placer absoluto me recorre cada terminación nerviosa. Patrick, con un gemido que le nace de un lugar muy profundo dentro de la garganta, sella sus labios sobre los míos y la lengua se me queda atrapada en su boca. Continúo chupando el *piercing*, solo el *piercing*, y él mantiene su lengua (y toda su boca) totalmente estática.

Tengo la presión arterial arriba en el cielo, en algún lugar entre las nubes, y siento la excitación sexual hasta en las puntas del pelo. Todo mi cuerpo es «zona erógena». Y el calor. El maldito calor. Me sobra la ropa. Tampoco ayuda el hecho de sentir la erección de Patrick justo en mi vientre.

Ahora entiendo el asunto de la bolita. Vaya si lo entiendo. El placer. O sea, EL PLACER.

Me echo hacia atrás y salgo de su boca antes de convulsionar, o peor, de correrme en medio de la nada. Porque, sin ninguna duda, perdería el equilibrio. Y no sé si él está para sujetar algo que no sea a él mismo. La erección. O sea, LA ERECCIÓN.

Abrimos los ojos a la vez y los suyos ya no son ni azules ni verdes ni grises. Solo queman. Queman como los rayos de sol en la piel en el día más caluroso del verano.

—¿Ya has saciado tu curiosidad? —me pregunta, casi afónico.

Carraspeo. Ni de lejos.

—Sí. Gracias, Figueroa.

Todavía no le he soltado las caderas. Debería soltarle las caderas.

—Siempre a tus pies, pequeña Claramunt.

Al final es él quien se desprende de mi agarre.

—¿A dónde vas?

—A ducharme y vestirme…

—Ni que hubieras sudado mucho…

—… porque, a pesar de que me encantaría seguir entrenando contigo, tengo que irme. He quedado. Con tus hermanos, por cierto. Para hacer cosas de tíos, ya sabes.

Elevo los ojos al cielo. No, la verdad es que no tengo ni idea, pero tampoco quiero saberlo.

—Entonces ¿hemos terminado por hoy?

—Sí, hemos terminado por hoy. Te espero mañana aquí a la misma hora, ¿OK?

Se va antes de que pueda responderle. No nos hemos besado, ¿verdad? O sea, lo que hemos hecho no cuenta como beso, ¿no? Miro la hora. Mmm, aún es pronto. Podría acercarme al pueblo a hacer unas compritas y despejarme… Sí, definitivamente.

16: «Otro día te cuento cómo engañan a las anchoas para que se metan en las aceitunas»

NICKI

MARATÓN DE STAR WARS EN EL CINE DEL PUEBLO. AHÍ LO DEJO…

@ÁLVARO.STCLAIRE

Segunda vez que camino por los pasillos de la residencia de los deportistas y segunda vez que me invade la nostalgia. Estas paredes me han visto crecer. Y yo a ellas. Porque yo estaba aquí cuando colocaron la primera fotografía de uno de nosotros a pleno rendimiento. Yo dormía en el segundo piso, a pocas puertas de Andrés. Aitana duerme en el tercero, y Arturo siempre ha estado en el cuarto y último piso, cerca de Patrick.

Llego a la habitación de Christopher y toco la puerta.

Toc. Toc.

—¿Qué? —responde, seco, en cuanto abre y me ve. Habrá tenido un mal despertar…

René sale corriendo al pasillo, emocionada, pero, lejos de saludarme, contempla el pasillo arriba y abajo.

—Esta semana proyectan las tres mejores películas de *Star Wars* en el cine del pueblo. —Me mira con ceño fruncido—. Las tres pelis del medio —le aclaro, pero continúa mirándome como si no supiera de qué le estoy hablando—. Episodios cuatro, cinco y seis. *Una nueva esperanza, El imperio contraataca y El retorno del…* ¿Sabes lo que es *Star Wars*?

—Unas películas.

—¿Y las has visto?

—No.

—¿Nooo?

—No.

—Pero ¿cómo es posible?

—No soy un friki. Y no juegan al tenis.

—No sé si vamos a poder seguir siendo amigos.

—Me rompes el corazón.

—O también puedes venir a verlas conmigo y afianzar nuestros lazos por y para siempre jamás. Además, hoy es noche de viernes.

—Paso.

—¿Por favor?

Bufa. Pero es uno de sus bufidos buenos. Chris tiene bufidos buenos y bufidos malos. Con los buenos puedes presionar más. Con los malos es mejor que salgas corriendo en dirección contraria.

—¿Cuándo?

¿Va a aceptar? Uy, qué fácil. Miro la hora.

—Ahora.

—¿Ahora?

—Sí, ¿tienes algo mejor que hacer?

—La verdad es que no —acepta con naturalidad.

—¡Genial! —Me levanta una ceja—. No genial por tu inexistente vida social. Genial porque quieras venir a verlas. ¡Te van a encantar!

—Tengo mis dudas… ¿Puedo cambiarme de ropa?

—Claro. Te espero.

—Puedes pasar. *René, rentrez chez nous*.

La pequeña bola de pelo obedece (doy por hecho que ya comprende el francés y que le ha dicho que se meta dentro) y entra en el dormitorio por delante de mí. Christopher coge ropa del armario y se mete en el cuarto de baño. Mmm, aquí huele a algo. Y no es René. A saber qué será, casi prefiero no averiguarlo.

Me asomo a la ventana y suspiro. Jamás me cansaré de ver el mar de ahí abajo. Echo un vistazo general a la habitación —sin ánimo de cotillear, solo un poco—; es bastante aséptica, aún no la ha convertido en un hogar y no creo que lo haga. Paredes desnudas. Escritorio vacío. Y todo desordenado. Hay juguetes de René tirados por todas partes, el cesto de la ropa sucia está hasta arriba y… Mmm, esa camiseta me suena mucho. Se la habré visto puesta más veces. Me sorprende ver una montaña de libros apilados en la mesa al lado de la cama. Nunca lo he visto con uno en la mano. Me acerco a enredar y…

Y ¿¿qué hace esto aquí?? Mil pensamientos cruzan por mi mente. Mil posibilidades. Se me detiene el corazón. No puede ser. Oh, Dios, no puede ser. Pero el libro está en su mesita al lado de la cama. EN SU MESITA AL LADO DE LA CAMA. Lo cojo con la boca abierta y…

—Ya estoy —escucho detrás de mí.

Chris comienza a preparar la mochila de René, pero en cuanto levanto el libro para que lo vea se detiene.

—¿Es tuyo este libro? —le pregunto.

—Sí —responde con vacilación.

—No sabía que te gustaba la estadística —le digo, sin acabar de creerme lo que acabo de descubrir—. Y mucho menos la estadística aplicada a la biología marina.

—Soy una caja de sorpresas —me dice, tenso. Oh, Dios. Tengo razón. Estoy segura.

—¿Te gustan los animales marinos?

—Cada día más. Son apasionantes. Sobre todo los pulpos.

—¿Sabes a quién más le gustan?

—¿Los pulpos?

—Los animales marinos en general.

—¿A quién?

—A Arturo Claramunt.

No responde. Y a mí el corazón me palpita muy deprisa. ¿Cómo? ¿Dónde? ¿CUÁNDO?

—¿Sabías que Arturo estudió aquí el bachillerato? Solo tenía dieciséis años cuando ingresó en el CAR. ¿Y sabías que él y yo solíamos pasar noches enteras en la biblioteca? Yo estudiaba la carrera de Educación Física y coincidíamos a menudo.

—Sería una fiesta continua para ambos.

—¿Sabías que Arturo pone nombre a todos sus libros? Incluso a los cuadernos.

—El chico es un poco obsesivo-compulsivo, ¿qué le vamos a hacer?

—Y aunque no lo hiciera, conozco su letra más que la de cualquiera en este centro. Reconocería su autoría incluso en las notas en los márgenes que sé que siempre pone. ¿Qué crees que pasará si —coloco el dedo índice en la punta superior derecha— levanto la solapa?

Y por fin una reacción en él. Levanta la mano y me suplica con los ojos.

—No lo hagas.

—Oh, Dios. ¡Oh, Dios! —Dejo el libro sobre la cama y comienzo a dar vueltas por la habitación. La camiseta. ¡La camiseta del cesto de la ropa sucia que he visto y me ha sonado tanto! Oh, Dios. La señalo con la mano—. ¡Esa camiseta es de Arturo! Y todo aquí huele a Arturo. Tú hueles a Arturo. Algo en ti me resultaba familiar siempre que me acercaba lo suficiente, pero no sabía por qué.

—Se echa demasiada colonia, ¿verdad? —acepta sin más, sin ni siquiera dirigir la mirada a la camiseta donde apunta mi dedo.

—¿¿Estáis juntos??

Tengo que sentarme.

—Sí.

—¿¿Desde cuándo??

—Desde hace un tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Nueve años.

Ahogo un grito y caigo de espaldas sobre la cama. Dios mío. NUEVE AÑOS. Eso significa que cuando Arturo entró en el CAR ya estaba con él. Eso significa que aquella primera vez en que él y yo nos encontramos en el comedor del centro, cuando le estampé la bandeja en la cabeza, ya estaba con él. Es increíble, pero también es… real. Es como si de repente encajaran un centenar de situaciones de las que he sido testigo los dos últimos meses. La forma en la que se tratan entre ellos. Cómo se comunican. La intimidad. Cómo se conocen el uno al otro. Y, sobre todo, el hecho de que Chris diferencie siempre a los gemelos. Siempre. Sin dudar. Están juntos. Ellos dos están juntos.

—¡Oh, Dios! Por eso le dijiste a la niña que besó a Arturo que no volviera a hacerlo. ¡No fue porque pensaras que era Andrés y quisieras defender mi honor, sino porque acababa de meterle

la lengua a tu novio!

Christopher se tumba a mi lado y me mira con seriedad.

—No le digas a Arturo que lo sabes. Enloquecería.

Y la forma en que pronuncia su nombre… No es Arthur, no es Claramunt Uno, no es Arturito o el hermano bueno, es… Sonrío.

—Chris… —Levanto la mano y le acaricio la mejilla.

—Christopher.



La calle Boulevard mide más de dos kilómetros; a pesar de ello, recorrerla me sabe a un suspiro. Siempre ha sido así. Chris me confía su historia con Arturo y yo creo que ya me enamoro de ellos dos juntos. Él lo hace parecer casual, pero yo no me enamoraría de algo casual. Solo sexo, dice… Y llevan juntos nueve años. No le voy a decir que se le ilumina la mirada cuando habla de él porque va a mandarme a la mierda y yo quiero ver *Star Wars* en compañía. Sí que lo admira, tal y como yo pensaba, es palpable en la forma en que habla de él. Oh, Dios, de pronto me doy cuenta de algo.

—A Andrés le va a dar un ataque cuando se entere de que estás con Arturo —le digo.

—Me importa una mierda.

No esperaba menos. Bueno, al menos tiene asumido que, más tarde o temprano, va a enterarse.

Aitana elige este instante para salir de una de las tiendas más emblemáticas del pueblo, una librería del siglo pasado, con una bolsa en la mano; debe de estar en su mundo, porque pasa por nuestro lado y no nos ve.

—¡Tani! —la llamo.

—Pero bueno, Nicki Miliki y Chris Pelotilla —nos saluda sorprendida cuando nos ve por fin —. ¿Qué hacéis por aquí vosotros dos?

—¿Qué coño me has llamado? —pregunta Chris, pero ambas lo ignoramos.

—Vamos al cine a ver *Star Wars*. Chris no ha visto las pelis. *Ninguna* —recalco.

—Christopher.

—¿En serio? ¿De dónde sales tú?

—De mi casa —le contesta el otro, desdeñoso—. ¿Acaso has visto tú *Donnie Darko*?

—Sí —responde Tani al instante, muy segura, con mueca burlona incluida. Solo le ha faltado sacar la lengua.

—¿*Muholland Drive*?

—Sí.

—¿*Lost Highway? ¿Blue Velvet*? ¿*Erased Head?*

—Sí, sí y sí.

Chris se muestra más indignado tras cada título, y algo suspicaz también, y Aitana, más segura de sí misma. Los veo discutir con una sonrisa y muchas ganas de gritarle a Aitana: ¡Sois cuñados! ¡¡SOIS CUÑADOS!! Porque lo son. Me encantan. ¿Y la manera en que Chris trata a Tani, a pesar de estar discutiendo? Es… cariño. Y me doy cuenta de que siempre la ha tratado con cariño. Desde el primer día.

—¿*Primer*? *¿Holy Motors?*

—Sí y sí.

—¿*Sobrenatural*?

—Sí.

—¿En serio? —le pregunta entonces Chris, con una ceja arqueada.

—No —reconoce la otra, sonriente—. La verdad es que no he visto ninguna. Porque con lo de *Sobrenatural* no te refieres a los hermanos Winchester, ¿verdad?

—No —contesta con sequedad—. De hecho, me la he inventado.

—¡Ah! ¿Para pillarme?

—Sí.

—Qué desconfiado, Lacoste.

—No puedo con los Claramunt —me dice a mí Chris.

Sí, seguro…

Me gustan muchísimo ellos dos juntos y sé que a Aitana no le gusta *Star Wars*, a diferencia del resto de su familia, por eso no la he invitado a venir conmigo, pero…

—¿Te vienes con nosotros, Tani?

Ella nos mira horrorizada.

—No me gusta *Star Wars* y si mis hermanos me ven con él —señala a Chris—, me niegan la palabra de por vida.

—Tampoco te perderías mucho —masculla el otro.

—Vamos, anímate.

Un mar de dudas pasa por su cabeza, pero acaba aceptando. *Star Wars* tiene esa fuerza. O quizá ella y él juntos tienen esa fuerza. Porque Tani le pregunta a Chris «y ¿qué pelis son esas, Lacoste?» y el otro resopla de pura indignación, pero se lo cuenta todo de camino al cine. Con lo que me ha costado a mí sacarle las palabras, Aitana puede sentirse afortunada de ser una de las pocas personas que existen en el mundo a las que Chris hace caso. Le habla sin dudarlo de David Lynch y de Richard Kelly. De películas de culto, aclamadas por la crítica, y de viajes en el tiempo, tema predilecto de Aitana; ahí ya se la ha ganado del todo.

Y hablando de la fuerza de *Star Wars*… Quizá tiene demasiada, porque una vez hemos comprado las entradas nos encontramos en la cola de las palomitas nada más y nada menos que con Arturo, Andrés, Patrick y Damián. Están los primeros y nos dan la espalda, pero Patrick se gira —como si nos hubiera olido—, nos ve, arruga la frente y avisa a los demás con un simple

«tíos». Y debe de ser una especie de código entre ellos, porque todos se dan la vuelta y…

—¿Tani?

—¿Chicos?

—¡Aitana!

—¿Lacoste?

—¿Nicki?

Y qué raro se me hace verlos juntos con ropa de calle, sin los trajes de deporte o el chándal. todos visten pantalones vaqueros; algunos más ajustados que otros. Los de Andrés, por encima de los tobillos, dejan al aire unos calcetines amarillos con el estampado de un perro que sujeta un globo rojo. Es su marca.

—Esto es traición a la sangre, Aitana Claramunt —le recrimina Andrés a su hermana.

—¿Vosotros no estabais haciendo *cosas de tíos*? —responde ella. Ninguno dice nada.

—A mí me han traído engañado —protesta Arturo.

—Si te llegamos a decir que ibas a perder seis horas y dieciséis minutos, sin contar los descansos, viendo *Star Wars,* no habrías venido, tete.

Christopher carraspea.

—Frikis —exclama con la mano en la boca en un estornudo falso.

Andrés va a replicarle, pero René se escapa de la mochila y corretea en dirección a Arturo. Intenta subírsele a la pierna y yo tengo que hacer un esfuerzo encomiable para no reír a carcajadas. ¿Cómo no lo he visto antes? ¿Cómo no los he visto antes a ellos dos?

—Tengo un imán para los animales —se excusa él.

—Y tanto… —masculla su hermano, mirándolo con mala cara.

Arturo coge al animal con cuidado, juraría que incluso se muerde los labios para no darle un beso, y se lo ofrece a Chris. Se rozan las manos en el intercambio. Se las rozan a propósito. Ejem.

—No se permiten animales en el cine —le dice Damián.

El otro ni responde, solo lo mira con desidia.

—¡Entrenadora!

—¡Entrenadora!

—¡Entrenadora!

Me giro, sobresaltada. Es mi grupo de adolescentes favorito, los reyes de los retos, que acaban de unirse a la cola de las palomitas.

—Hola, chicos.

—¿Es fan de *Star Wars,* entrenadora?

—¿Es la mujer de mi vida? —añade mi pequeño conquistador, juguetón.

—Noto una perturbación en la fuerza —exclama Andrés.

—Yo también —responde Patrick.

—¿*Star W*ars marcó tu infancia, Andy?

—Spider Cerdo marcó mi infancia.

—¿Spider qué?

—¿En los televisores de Mónaco no veis *Los Simpson*, principito? —Andrés finge coger un cerdo con las manos y colocarlo en el techo. Comienza a cantar con la entonación de la banda sonora de las películas del Hombre Araña—. «Spider Cerdo, Spider Cerdo, hace lo que un Spider Cerdo hace, puede columpiarse en una red, pues no puede, es un cerdo». Luego te paso el enlace.

Dios, Andrés siempre ha sido tan payaso… Y lo peor es que los chavales no solo le ríen la gracia, sino que lo miran con admiración. ¡Con admiración! Lo que no consiga el carisma de Andrés Claramunt…

—Chicos —los llama la dependienta—, ya tenéis las palomitas.

Andrés las coge y al momento su rostro se llena de horror y de dolor.

—¡Me quemo, me quemo, me quemo!

Se las pasa a mi conquistador favorito, que las coge sin poder evitarlo y comienza a gritar, como si tocara fuego ardiente, hasta que…

—Pero si no queman —exclama.

Todos ríen por la broma, Andrés recupera las palomitas y le guiña un ojo al mismo tiempo que le suelta un «picaste, chaval». Yo alzo los ojos al cielo. Aitana pide palomitas y bebida para nosotros tres y entramos todos juntos a la sala. Andrés y yo nos rozamos sin querer y al separarnos yo todavía siento su toque. Es difícil no sentir nada a su alrededor cuando lo sentí todo a su lado.

Arturo y Damián se sientan en la tercera fila, empezando por el fondo. Andrés y Patrick eligen la última —se quitan las sudaderas y dejan ver las camisetas de *Star Wars* que llevaban debajo; pongo los ojos en blanco en un intento de no reírme y llenarme de ternura y nostalgia— y queda una en medio para nosotros. Aitana va a sentarse con su hermano más payaso, pero Andrés niega con el dedo índice.

—No permitimos traidores, rubia.

—A ver cuándo maduras, tete.

—Quién sabe. Mientras tanto tú puedes sentarte ahí delante con tu nuevo amigo, el Príncipe de Persia, y hablarle de mil cosas a la vez cuando comiences a aburrirte tres minutos después de que comience la primera película.

—Es su primera vez, no quiero distraerlo.

—¿Cómo que es su primera vez? —exclama con evidente sorpresa—. ¿Qué quieres decir?

—¿Nunca has visto *Star Wars*? —le pregunta Damián—. ¿Cómo es eso posible?

A diferencia de la conversación sobre películas que ha tenido con Tani con esa misma pregunta, a Damián decide no contestarle.

—Vive en una cueva —responde Arturo, divertido, metiéndose una palomita en la boca.

—Es Batman —dice Andrés en un tono muy… Batman. Oscuro. Ronco.

Arturo rompe a reír a carcajadas y Chris entrecierra la mirada en su dirección, y está a punto

de decirle algo, pero las luces de la sala se apagan y nos sentamos a todo correr. Primero Aitana, que queda delante de Patrick; luego yo, que quedo delante de Andrés; y por último Chris, que queda detrás de Arturo. La película comienza y me estremezco al escuchar la musiquilla de la introducción; me encantan estas películas. Bruno y yo las vemos siempre que podemos. Ahora solo espero que consigan abstraerme lo suficiente como para dejar de sentir los ojos de Andrés abrasándome la espalda.

Durante la emisión de la primera Damián y Arturo no dejan de parlotearse al oído y Chris los manda callar tres veces, no sé si porque lo molestan de verdad o porque necesita interactuar con su novio como sea. Luego coloca uno de los pies sobre el asiento de Arturo y el otro se gira para mirarlo con mala cara, pero no se lo aparta. Claro. Tontorrones. Oh, entonces me fijo en cómo los mira Dami y sé al momento que es partícipe de su relación. No he hablado con Chris sobre quién lo sabe y quién no; he dado por supuesto que era un secreto para todos. Miro a Tani… Mmm, no, ella no lo sabe. Sus interacciones con Chris son demasiado auténticas. Y Andrés es imposible que lo sepa. ¿Patrick? Mmm, me lo apuesto todo a que tampoco lo sabe. Si fuera un secreto de Andrés… quizá, pero de Arturo, no.

Durante la segunda película René se escapa de la bolsa y pasa por las manos de casi todos y, además, …

—Eh, Lacoste, pst, pst —lo llama Andrés.

—¿Qué?

—Darth Vader es el padre de Luke.

—Ya lo sé, imbécil. Yo y el mundo entero. ¿No tienes nada mejor?

—La princesa Leia y Luke son hermanos mellizos.

Chris me mira horrorizado y yo cierro los ojos en una clara confirmación de que es cierto; Aitana ahoga un grito.

—Hijo de… *J’ ai baisé ton frère pendant neuf ans, crétin.*

Lo de cretino lo hemos entendido todos. El resto… no tengo ni idea de lo que ha dicho, solo sé que Arturo ha mirado, horrorizado, hacia atrás. No tenía ni idea de que Arturo dominara el francés. Supongo que después de estar nueve años con Chris, algo se le habrá pegado.

En el descanso de quince minutos entre la segunda y la tercera película nos movemos todos para ir al baño y no sé cómo, pero acabamos sentados en sitios diferentes. Aitana con Patrick, Chris con Arturo y Damián y yo con Andrés. Que la fuerza me acompañe…

Podría decir que en el momento en que me metí en la cama de Andrés él y yo entramos en una dinámica, pero mentiría. Nuestra relación era una montaña rusa, con sus bucles en picado, sus giros, sus nudos de corbata, sus tirabuzones y sus hélices. Y no éramos nosotros, no era nuestra culpa. Andrés Claramunt jamás será un chico de costumbres; su naturaleza irracional no se lo permite. Y a mí eso me encantaba.

Andrés es gracioso, eso ha quedado claro, y es una de las razones por las que todo el mundo lo adora. Yo era incapaz de aguantarme la risa en nueve de cada diez ocasiones, por más que lo

intentara. Porque no tiene filtro y suelta por la boca cada pensamiento, chiste, salida, respuesta, ocurrencia o burla que se le pasa por la cabeza. Y se le pasan muchas, de cualquier índole, porque es una cabeza extraordinaria, en todos los sentidos. Andrés es la típica persona que quieres que te caiga mal, porque, repito, es muy gilipollas, pero te resulta imposible porque te hace reír. No hay dos como él.

En los años en que compaginaba la natación con la universidad casi siempre iba a estudiar a la biblioteca, pero había días —sobre todo en pleno invierno, cuando el resto del mundo entrenaba dentro— en que me llevaba la mochila a la piscina exterior y entre entrenamiento y entrenamiento me encerraba en la garita de los entrenadores y me sumergía en los libros. Uno de esos días escuché la voz de Patrick…

—Desnudaos, Chip y Chop, que quiero veros.

… Y retiré al instante la cabeza del libro. Me levanté de la silla y me asomé con curiosidad por la pequeña abertura que dejaba la puerta mal cerrada. Y allí estaba el trío calavera. Los Claramunt se desnudaban con rapidez hasta quedar en bañador y Patrick los observaba con los brazos cruzados en el pecho. Entorné la puerta y ensanché la rendija.

—¿Ves, patito? Diferentes colores —le dijo a Patrick, señalando su bañador y el de su hermano—. Todo legal.

—Todo legal —repitió Arturo.

—Somos dos morenos muy legales, ¿verdad, Chip?

—Verdad, Chop.

—Sois dos morenos muy subnormales.

Se me escapó una sonrisa. ¿Se puede llamar a alguien subnormal con cariño? Porque Patrick lo hizo.

—¡Quítate ya la ropa! —le urgió Andrés.

—A ti te quiero ahí sentadito —advirtió Patrick a Arturo mientras se desnudaba—. Y ni te muevas.

—Sí, señor.

Arturo y su sonrisa eterna se sentaron en una de las sillas de los entrenadores, al borde de la piscina, y Andrés y Patrick rodearon el agua y se posicionaron en los pódiums de enfrente. Subieron cada uno a uno y se lanzaron de cabeza en cuanto Arturo contó hasta tres. Pero, mientras Patrick avanzaba a crol a gran velocidad, Andrés salió del agua en las primeras escaleras y, muerto de la risa, corrió por el borde de la piscina, aprovechando los momentos en que su compañero cogía aire hacia el otro lado, hasta llegar a donde su hermano, que también reía a carcajadas. Se lanzó al agua y esperó con paciencia en una postura muy indolente a que Patrick llegara.

—¡Venga ya! —exclamó el otro al llegar. Tanto Arturo como Andrés levantaron las manos en señal de inocencia.

—¡Y la medalla de oro es paraaa… Andrés Nada Mejor y Más Rápido Claramunt que Patito

Soy un Perdedor Lento y Huevón Figueroa! —gritó el propio Andrés. Su hermano le rio la gracia, por supuesto, y levantó su brazo derecho en señal de victoria. Patrick salió del agua cabreado.

—Habéis hecho trampas. No sé cómo, pero sé que las habéis hecho.

Decidí salir de mi escondite.

—¿Te lo cuento yo? —le dije mientras me acercaba a ellos. Los tres me miraron con sorpresa. Señalé a Andrés—. Tú, al pódium.

—¿Para qué? —me respondió a la defensiva.

—¿Tú qué crees?

—¿Quieres echar una carrera conmigo?

—Contra ti.

—¿Crees que regalo carreras?

—¿Tienes miedo?

—Yo no temo a nada.

—Demuéstralo, *bombón*.

Se le escapó una carcajada. En los seis meses que llevaba Andrés en el CAR jamás lo había oído dirigirse a nadie por su nombre. Todos eran bombones, excepto su *patito*, su *tete* y Aitana. Nos subimos en los pódiums, uno al lado del otro.

—De aquí a ahí —le dije, señalando el comienzo y el final de mi calle y la suya—. Una sola vez. El que llegue antes, gana. ¿Entendido?

—¿Cómo me quieres, bombusquis? —me preguntó, sonriente. Yo levanté ambas cejas—. ¿Crol, mariposa, espalda o braza? —añadió en otra sonrisa.

—Te quiero delante de mí. A ver si lo consigues.

Sus ojos me miraron con sorpresa y desafío a la vez mientras que Arturo y Patrick aullaron como lobos: «Auuuuuuu». Elevé los ojos al cielo. A veces me olvidaba de que estaba tratando con adolescentes…

Inicié yo la cuenta atrás (visto lo visto, no me fiaba de Arturo ni para eso), me lancé al agua sin perder un segundo más en Andrés e hice lo que mejor sabía hacer. Lo único que sabía y sé hacer. Nadar. Nadé para disfrutar, sintiendo cada exhalación. Nadé para ganar, sin una pizca de compasión. Nadé como si me encontrara en una competición y Andrés Claramunt fuera el único obstáculo entre la medalla de oro y yo. Y gané. Lo vapuleé. Le saqué más de seis metros. Y me sentí de maravilla. Oh, sí.

—Guau —exclamó Arturo, con absoluta admiración. Nunca me había visto nadar en vivo y en directo.

Esperé a Andrés con la misma postura indolente con la que él había esperado a Patrick. Se detuvo a tres metros de mí, donde el agua ya no lo cubría, y me miró indignado y asombrado.

—¿¿¿En serio???

—A esto no lo llamo yo estar delante de mí, *bombusquis*. ¿Tenía que habértelo explicado

mejor?

—A Andrés, siempre —soltó Patrick de fondo—. Y más aún a estas horas intempestivas. Hasta media tarde no suele ser persona.

—No había calentado —se defendió, y vino hacia mí. No había nadado mal, todo lo contrario, y había sido rápido, Andrés es puro nervio, pero yo era mejor—. Quiero intentarlo otra vez.

—Muy bien —acepté.

Volvimos a los pódiums caminando juntos por el borde de la piscina. Nos rozamos los cuerpos en un par de ocasiones, sin querer. O eso creo. Una ráfaga de aire helado nos azotó, pero a mí no pudo enfriarme, todavía me quemaba en la piel el toque casual del brazo de Andrés. Las personas desprendemos calor. Un varón humano en reposo emite tanto calor como una estufa de entre cien y doscientos vatios. «Es pura física», pensé.

—Estás de escándalo en bañador —me dijo en el trampolín, antes de saltar. El flequillo empapado casi le tapaba los ojos, y tenía la nariz y las mejillas salpicadas de gotas de agua, la piel sonrosada por el frío.

«Tú también».

—¿Intentas distraerme, Claramunt?

Me lancé al agua sin avisar. «¡Ey!», gritó él, y volví a sacarle seis metros.

—Otra vez —insistió al llegar junto a mí.

—Claro.

«Hasta que desfallezcas».

El pecho de Andrés subía y bajaba acelerado de puro cansancio. Yo también estaba exhausta, pero intentaba disimularlo. Arturo y Patrick ya no nos prestaban atención, estaban a lo suyo, fuera lo que fuera «lo suyo».

—¿No te rindes? —le pregunté en un momento dado.

—Nunca. Otra vez.

Nadamos un total de treinta y seis largos y no estuvo cerca de ganarme ni en una sola ocasión, pero tampoco dejó de intentarlo. Las charlas en los trampolines cada vez eran más largas y las risas, más inmortales. Cómo no iba a reírme, con la cantidad de bobadas que soltaba por la boca para distraerme. «¿Qué te apuestas a que me como doce donuts en dos minutos? Yo trabajé en la fábrica de Donuts, era el encargado de hacer los agujeros». Hasta que su entrenador llegó a la piscina soltando todo tipo de amenazas e improperios.

—¡Llevo horas buscándoos! Vas a pelotear hasta que te sangren las manos, Andrés. Y tú, Arturo, vas a correr por todo el puto centro hasta que se te desgasten las zapatillas. ¡Y como hayáis pillado una pulmonía os mato! ¡Figueroa, fuera de mi vista!

—Algún día te ganaré —me prometió Andrés.

—¡¡¡Andrés!!! ¡Que vengas ya!

—¡Y otro día te cuento cómo engañan a las anchoas para que se metan en las aceitunas! —

me gritó mientras corría hacia su entrenador sin una pizca de preocupación.

Nunca consiguió ganarme, y lo intentó durante años.

17: «Prohibido quedarse a dormir en la misma cama (crea una intimidad que no queremos)»

AITANA

«¿Por qué ahora, Tani?».

«¿A qué te refieres?».

«¿Qué te ha hecho decidir justo ahora que quieres subir al pódium a la última de tus prioridades? ¿Qué ha ocurrido?».

«No ha ocurrido nada».

«No me mientas. Y no me tomes por estúpido».

«Patrick, deja de marear la perdiz. ¿Vas a ayudarme, sí o no?».

«No. La respuesta es no. No voy a follar contigo».

«¿Por qué?».

«¡Por un millón de razones!».

«Dime una. Solo una».

«Porque tú me odias. Me odias desde hace siete años. Y no te atrevas a negarlo».

Es cierto que a lo largo de los años he aprendido a vivir y a respirar solo deporte. Incluso me he alimentado de deporte. Es mi amor incondicional. Mi vida sexual ha estado en un segundo plano. Pero también hay otras muchas cosas que son ciertas. Y que todo tiene un motivo.

Toc. Toc.

Son más de las diez de la noche. ¿Quién llama a estas horas? Dejo el libro que estaba leyendo abierto bocabajo encima de la cama y voy a abrir.

—¿Julián? —exclamo sorprendida al verlo.

Y no viene solo. Sujeta entre los brazos, como puede, un bulto medio doblado. Un bulto que gruñe y respira. Un bulto que no es otro que Patrick.

—¡Sorpresa! Servicio a domicilio.

—¿Qué ha pasado?

Julián entra en la habitación con Patrick a cuestas. Apenas puede sostenerse sobre sus pies y apesta a alcohol.

—Estábamos pasando el rato y su padre lo ha llamado para pedirle no sé qué. Una cosa ha llevado a la otra y… ha sido intenso. Después ha habido mucho ron de por medio, mucho «puta vida» y mucho suspiro. He pasado primero por la habitación de Andrés, pero no hay nadie. Supongo que estará en la pizzería con Arturo.

—Supones bien.

—Te lo dejo en la cama —me dice antes de que Patrick caiga bocarriba como un peso muerto en el colchón. Después se acerca a mí y me aprieta el hombro—. Oye, Claramunt, no sé qué es lo que está pasando entre vosotros, lo que está claro es que ya no os lleváis tan mal como

antes. Patrick no me ha contado nada, y no será porque no le he insistido, pero no estoy ciego y sé que él va a estar bien aquí contigo, y eso es lo más importante, ¿no? Por eso te lo he traído. Espero no haber metido la pata. Cuídamelo, ¿de acuerdo?

—Vale —acepto sin saber qué otra cosa decir.

—Hasta mañana, pequeña Claramunt.

—*Adeu.*

Cierro la puerta y me giro hacia Patrick. Creo que se ha desmayado. O dormido. Desde luego, está frito. Se encuentra desmadejado en la cama con una pierna dentro y la otra fuera y se ha tapado los ojos con uno de los brazos. La camiseta se le ha subido hasta dejar el ombligo al aire y yo no entiendo cómo puede andar por ahí en manga corta con el frío que hace. Que estamos en noviembre, por Dios. Va a coger lo que no tiene.

¿Y ahora qué hago yo contigo? Patrick vuelve a gruñir en respuesta. ¿Lo he dicho en voz alta? Y no está tan desmayado, así que aprovecho para subirme en la cama de rodillas e intento moverlo.

—Vamos, patito —le digo con ¿cariño? ¿Se lo he dicho con cariño? Creo que sí—. Necesitas darte una ducha y despejarte.

Una no sabe lo que cuesta movilizar un peso muerto hasta que tiene que arrastrar un cuerpo de ochenta kilos hasta el baño sin que el cuerpo en cuestión haga nada por colaborar. Cuando llegamos estoy sudando. Literalmente. Siento la gota que me baja por la columna vertebral. Empujo a Patrick para que se siente en la tapa del inodoro y le agarro de los brazos para estabilizarlo.

—¿Si te suelto vas a caerte al suelo o aguantas?

Solo recibo otro gruñido en respuesta; me lo tomo como un «aguantaré». Lo libero y lo observo con precaución, con mis brazos aún cerca de su cuerpo. Patrick se tambalea, sobre todo la cabeza, que le baila arriba y abajo, izquierda y derecha, pero parece que se sostiene.

—Voy al dormitorio de Andrés a coger algo de ropa limpia, ve desnudándote, ¿vale?

Gruñido. «Vaaale».

Cojo la llave de la habitación de Andrés que guardo en el primer cajón de la mesita al lado de la cama (es para emergencias) y voy a buscar la ropa. El pasillo está desierto y no se escucha ni un ruido. Enciendo la luz para poder meter la llave en la cerradura y una vez dentro voy directa al armario. El dormitorio de mi hermano también es un desastre, no tanto como el de Patrick, pero anda cerca. Son tal para cual. No quiero imaginarme lo que pasaría si estos dos llegaran a vivir juntos en algún momento de su vida. Se retroalimentarían y les comería la mierda. Le cojo prestados a Andrés unos pantalones de chándal negros y una camiseta blanca de manga corta y regreso con Patrick. Solo espero que no se haya caído al suelo. Quizá tendría que haberlo dejado en el suelo. Mierda. ¿Por qué las mejores ideas siempre se me ocurren con efectos retardados?

Escucho el ruido que proviene del baño desde que pongo el primer pie en la habitación. Patrick está vomitando. Corro en su ayuda, pero cuando llego ya está todo fuera y él se encuentra

tirado en el suelo con la cabeza en el urinario.

—Patrick.

—Estoy bien —responde como puede.

Sí, estás fenomenal.

—¿Necesitas vomitar más?

—Creo que no.

—Ayúdame a quitarte esa ropa.

Se ha vomitado encima y no tengo fuerzas para quitarle toda la ropa en la posición en la que está, así que una vez me he desprendido de las deportivas y los calcetines y le he vaciado los bolsillos lo cojo por las axilas y lo levanto con su ayuda. Lo meto en la ducha y él enseguida se sienta en el suelo con la espalda recostada en la pared, las piernas dobladas por las rodillas y la cabeza escondida entre ellas. Enciendo el grifo del agua caliente, sin demasiada presión, y lo empapo por completo. La ropa enseguida se le pega al cuerpo y del flequillo comienzan a manar ríos de agua. Me echo champú en la mano y se lo aplico en la cabeza. Patrick tiene el pelo muy suave y lo bastante largo como para poder atraparlo entre los dedos. Y mientras le acaricio el cuero cabelludo y me lleno las manos de espuma blanca él no mueve un solo músculo, pero sí emite pequeños gemidos de placer, por eso sé que no se ha quedado dormido.

—Ayúdame a quitarte la camiseta —le pido una vez le he aclarado el cabello.

Dejo la ducha en el suelo al mismo tiempo que Patrick levanta los brazos y pone todo de su parte para que yo se la saque por la cabeza; aun así, me cuesta deshacerme de ella. La tiene muy pegada al cuerpo y pesa un montón. Una vez la tengo en las manos intento escurrir toda el agua posible antes de lanzarla al cesto de la ropa sucia. Bien, vamos ahora con los pantalones.

—Patrick, necesito quitarte los pantalones.

Y entonces él ríe. Es una risa tímida, delicada y suave, tan delicada y suave como lo es el propio Patrick en este instante, pero cómo brilla. Yo también esbozo una pequeña sonrisa. Y siento que la mierda que nos rodea pesa un poco menos.

Patrick se pone en pie y se recuesta de costado en la pared. Apago el grifo y meto medio cuerpo en la ducha. Escucho su respiración, errática y espesa; antes no podía hacerlo con el ruido del agua. Cuelo las manos por la cinturilla de sus pantalones y tiro hacia abajo, llevándome la ropa interior por delante. Y si me ha costado quitarle la camiseta esto es otro nivel. Estoy a punto de cortárselos con las tijeras, no digo más. Una vez consigo sacarlo todo, lo lanzó por ahí. Mañana será otro día.

Enciendo el grifo de nuevo por última vez y le pido a Patrick que se gire hacía mí.

—A ver esa boca.

La abre y yo rocío agua en ella con cuidado de no atragantarlo. Enseguida la escupe.

—Buen chico.

Lo ayudo a salir de la ducha y le froto el cabello con una toalla limpia para quitarle parte de la humedad. De ahí paso a secarle el cuello y el resto del cuerpo. Lanzo la toalla al suelo y lo

acompaño a la cama, donde vuelve a caer como un peso muerto.

—No tan rápido, Figueroa.

Sé que lo único que quiere es dormir, pero tengo que vestirlo primero. Cojo los pantalones de Andrés y se los pongo poco a poco. Primero una pierna y luego la otra.

—Levanta las caderas —le pido.

Se lo subo hasta la cintura y… pantalón puesto. Vamos a por la camiseta.

—Incorpórate.

Le meto la prenda de algodón por la cabeza y lo ayudo a introducir los brazos en las mangas. No he llegado a bajársela del todo cuando Patrick cae de nuevo en la cama, derrotado y yo caigo a su lado, ambos bocarriba. Estoy agotada. No me quedan fuerzas ni para moverme y apagar la luz de la lámpara de mi mesita. Aunque tampoco es que ilumine demasiado, tan solo arroja un par de rayos cálidos sobre nosotros. Entonces escucho la música que hay de fondo, la música que yo misma había puesto mientras leía. El volumen es casi imperceptible, pero ahora que nos hemos quedado en silencio puedo oírla. Es *Exile*, de Taylor Swift y Bon Iver.

—Nací en un laberinto sin salida —me dice Patrick de pronto, con un hilo de voz tan suave como poderoso. Tiene los ojos cerrados. Yo permanezco en silencio. Dejo que continúe. Dejo que se desahogue. Que lo vomite todo, de la misma manera que ha vomitado el ron—. Es un laberinto con paredes de setos y miles de callejones sin salida. Y veinticuatro años después sigo tan perdido como el primer día. Hay espectros, Tani. Se ríen de mí y me ponen barreras. Y a veces tengo la sensación de que mis padres me hunden más en la espesura de los matorrales en lugar de tenderme una mano. Luego me siento culpable por pensar eso y… —suspira—. Ellos no confían en mí. Me han dado por perdido. Mi padre piensa que me he acomodado en el laberinto. Que he encontrado mi lugar. He dejado de luchar contra los espectros. Me he rendido. Y lo peor de todo es que tiene razón. No tengo ni idea de lo que quiero hacer con mi vida. Nunca me obligaron a jugar al tenis, pero pensé que, dado que yo no sabía lo que quería, podía dedicarme a lo que ellos querían que me dedicara. No funcionó. Nunca funcionó. Y entonces pensé que… A mí siempre me ha gustado saltar. Al agua, a una colchoneta o desde un puto puente. Cuando practico *parkour* me siento de puta madre, desconecto y lo disfruto como pocas cosas en la vida, pero no siento que sea lo mío. Me refiero a que no quiero dedicar mi vida a ello, no quiero que sea algo más que una afición que me flipa y que practico cuando me apetece. Hace años, cuando decidí dejar el tenis, pensé que los clavados podrían ser la solución a mis problemas. Ahora ya no estoy tan seguro. No sé si lo quiero, Tani. No lo sé. Lo único que sé es que estoy sentado en una fuente de piedra en medio de todo este galimatías mientras veo los años pasar. Y esa fuente se encuentra en medio de la nada, en un espacio tan grande como una pista de atletismo. Visible, Tani. Muy visible. Quiero decir… No me escondo. No me escondo y aun así ellos no pueden encontrarme. Y yo quiero que me encuentren y que estén orgullosos de mí, a pesar de que no he sido capaz de salir del puto laberinto. Pero si ni mis propios padres pueden encontrarme ¿qué me queda? ¿Qué me queda, Tani?

Patrick abre los ojos y gira la cabeza. Me encuentro con su mirada. Con sus ojos, que me traspasan la piel, llevándose por delante una parte de mí, y con sus iris, que hoy son más azules que nunca, aunque estén inyectados en sangre. Jamás pensé que Patrick pudiera estar tan perdido. Jamás creí que su padre pudiera tener tanta razón. Jamás me molesté en verlo. En ver más allá. Paso cada día por delante de esa fuente y no lo veo.

Levanto la mano y le retiro el pelo húmedo de la frente. Le acaricio la mejilla. Patrick cierra los ojos de nuevo y aprieta el rostro contra mi palma.

—Quedas tú —le digo—. Tú eres el único que puede salir de ahí. Nosotros podemos lanzarte por encima de los arbustos algún escudo para que puedas defenderte de los espectros o incluso alguna espada para que luches contra ellos, pero eres tú el que tienes que levantarte de esa fuente y comenzar a caminar.

—¿Nosotros? —Patrick abre los ojos una vez más y vuelve a atravesarme de lado a lado, llevándose otro trocito de mí sin que yo pueda evitarlo—. ¿Te incluyes, Tani? ¿Tú me lanzarías una espada?

—Depende de la urgencia —susurro con una sonrisa cálida.

Patrick ríe sin ganas.

—«Tal era su urgencia».

—«Tal era su genio» —respondo yo sin pensar. Y sin pensar tampoco en lo que acaba de ocurrir. Los dos nos damos cuenta al mismo tiempo y abrimos los ojos todo lo que dan de sí.

Hace muchos años, cuando yo no era más que una niña (¿seis, siete años?), unas Navidades en casa de Patrick, encontré un libro en la biblioteca. Un libro me llamó la atención porque, a diferencia del resto, estaba sucio y raído. Era de color negro y tenía el índice destrozado. Lo saqué de su lugar y leí la solapa: *El lado oscuro de la Tierra*. Alfred Bester. Abrí las primeras páginas, que se caían a trozos, y leí el índice. El libro albergaba siete relatos en su interior y hubo uno que me llamó la atención: *Los hombres que asesinaron a Mahoma*. Todavía no sé por qué me llamó la atención, pero lo hizo. Busqué la página treinta y uno y llegué a él. Leí los primeros párrafos y no entendí una palabra. Lo dejé en su sitio.

Un año después, volví a intentarlo. Leí los mismos párrafos, pero continuaba sin entenderlo.

Tres años más tarde me sabía de memoria la primera frase. «Hubo un hombre que mutiló la Historia. Derribó imperios y borró dinastías». Era una gran frase. La más poderosa que había leído yo en mi corta vida.

No fue hasta otros tres años después que pasé de esos primeros párrafos y me lo leí del tirón sentada en la alfombra de la biblioteca de los Figueroa. No acabé de entenderlo del todo, pero me encantó. Me alucinó. Porque entendí lo suficiente. Entendí que hablaba de los viajes en el tiempo. Fue mi primera incursión en la ciencia ficción. Ya nunca saldría de ella. Dejé una vez más el libro en su sitio y lo tuve vivo en mi cabeza durante semanas. Después lo olvidé. Pero las Navidades llegaron de nuevo y yo volví a leerlo. Solo que en esa ocasión me lo llevé conmigo. No creí que nadie lo echara de menos. Y lo he tenido desde entonces escondido debajo del

colchón. A veces transcurren meses, o incluso años, sin que lo lea. Otras veces me pierdo en sus páginas cuatro veces seguidas. Es mi libro favorito. Es parte de mí. Y parte de Patrick también, por lo que veo, porque esa frase suya, «tal era su urgencia», sale en el libro. Y por eso yo he contestado de inmediato «tal era su genio». Porque es la línea que viene justo después. Sí, me lo sé de memoria.

—Fuiste tú —susurra Patrick—. Tú te llevaste el libro de mi casa. He estado buscándolo como un loco todos estos años y lo tenías tú. Me encantaba ese libro.

—Y a mí —acepto.

Por eso me lo llevé.

—¿Dónde está ahora?

—Debajo del colchón.

—¿De este colchón?

—Sí.

—¡Dios!

Patrick se lleva las manos a la cabeza y comienza a reírse. Yo lo hago con él y… Patrick y yo somos opuestos, no hay nadie más opuesto, pero siempre he pensado que de alguna manera encajábamos. Hasta que dejamos de hacerlo, claro. Y ahora me doy cuenta de que encajamos mucho más de lo que yo creía.

—Te lo puedo prestar, si quieres.

—¿Prestármelo? ¡Es mío!

—Era tuyo. Pero podemos leerlo juntos y comentar nuestras partes favoritas.

—Sí. Acepto.

Sonrío.

—Bien.

—Tani —Patrick se coloca de costado y se acerca tanto a mí que siento hasta el aroma de mi champú en su pelo—. Tú y yo… Tú y yo solíamos ser… algo. No sé. ¿Amigos? Nos llevábamos bien. Hasta que un día se fue todo a la mierda. Al principio pensé que era porque estabas en la edad del pavo y que lo superarías, pero han pasado los años y sigues igual.

Cierro los ojos e intento luchar contra el dolor que me empapa y me enfría. Tiemblo. Me estremezco. «No sigas hablando, Patrick, por favor. No sigas». Pero él continúa, ajeno a la batalla que se ha desatado en mi interior.

—Ese día yo había quedado en ir a buscarte al club de tenis. No lo hice. Se me olvidó. Había quedado con una chica, una cosa llevó a la otra y… se me pasó. Discutimos al día siguiente. Fuerte. Muy fuerte. Te pedí disculpas. Tú no las aceptaste. Me echaste en cara que me hubiera olvidado de ti. Yo te dije que mi vida no giraba a tu alrededor, y en verdad no lo hacía, pero te quería. Te quería mucho, Tani. Y sé que tú también me querías a mí. Cometí un error y tú… Tú dejaste de hablarme. Dejaste de quererme. Y dejaste de mirarme como me mirabas.

Sí, lo hice. Lo recuerdo. Lo recuerdo demasiado. Aprieto los párpados porque estoy

conteniendo las lágrimas como nunca.

—Tani…

Abro los ojos y me enfrento a él.

—¿Y cómo te miro ahora? —le pregunto.

—Tú ya no me miras.

Patrick suspira y cierra los ojos. Debe de estar realmente agotado porque se queda dormido unos segundos después. Y yo me alegro, porque por fin puedo dejar en libertad mis lágrimas. Me quedo llorando a pocos centímetros de su rostro hasta que se me secan del todo. Me levanto de la cama y voy a buscar el teléfono de Patrick al cuarto de baño. Regreso a la cama con él en la mano, me tumbo a su lado y entonces él… él, al notar mi peso en el colchón, se aferra a mi cintura con ambos brazos y recuesta la cabeza en mi vientre. Suspira. Parece aliviado. Lo observo. Continúa dormido. Tiene la camiseta llena de pequeños surcos de humedad; cuando lo he vestido no estaba seco del todo. Con una mano le acaricio el pelo contra toda mi voluntad y con la otra desbloqueo su teléfono y le mando un mensaje a mi hermano. No quiero que sepa que él está aquí conmigo, porque tendría que dar explicaciones. Y no quiero dar explicaciones. No me las quiero dar a mí misma ni mucho menos dárselas a otro. Patrick y yo dejamos de ser amigos hace siete años. Patrick se me cayó del pedestal donde yo lo tenía hace siete años. Y Andrés lo sabe. Y Arturo. Ellos lo saben mejor que nadie.

Patrick:
Me he quedado sin ropa limpia y he ido a tu armario.
Patrick:
He cogido unos pantalones y una camiseta.
Patrick:
Ya te los devolveré.

Andrés:
OK.

Dejo caer el teléfono al suelo, estiro la mano y saco el libro de debajo del colchón. Apago la luz. Comienzo a leer en voz alta: «Hubo un hombre que mutiló la Historia. Derribó imperios y borró dinastías». Leo hasta que me quedo dormida. Y nunca dejo de revolverle el cabello.



Brr. Brr. Brr. Brr.

Brr. Brr. Brr. Brr.

Brr. Brr. Brr. Brr.

Brr. Brr. Brr. Brr.

¿Qué es eso? ¿Un teléfono? Abro medio ojo, pero la luz de la mañana me deslumbra y escondo el rostro en el colchón.

—*¿Sí? Sí. Sí. Sí, joder, claro que soy Patrick. ¿Por qué coño me estás llamando a estas hor…? ¿Qué? Ah. Vale. Adiós.*

Una pausa. Y luego:

—Nicki lo sabe.

Muevo la cabeza y restriego la nariz en el colchón. Me pica. Suspiro. El colchón se mueve. El colchón respira. El colchón huele muy bien. Y emite calor. Mmmm. Me acurruco más. Me siento tan a gusto como cuando te despiertas y fuera, en la calle, hay una tormenta de escándalo, pero tú no tienes que levantarte de la cama todavía. Mmmm. Entonces me hago consciente de que no es un colchón. Abro los ojos y me doy de bruces con una espalda. Es una persona. Y yo acabo de restregarme la nariz en esa espalda, mi brazo derecho le rodea la cintura y una de mis piernas está encima de la suya.

Los recuerdos de la noche anterior regresan a mi cabeza.

Patrick.

Espera un momento.

¿Nicki lo sabe?

—¿Has dicho que Nicki lo sabe? —le pregunto.

—Sí —murmura bajo mi abrazo.

—¿Qué quieres decir con que Nicki lo sabe?

—He contestado tu teléfono pensando que era el mío. Era ella. Supongo que ha sumado dos más dos.

Mierda.

—¿Qué tal estás?

—Sobreviviré. ¿Ayer dije muchas gilipolleces?

—Nada fuera de lo habitual.

—¿Y tienes el libro de Alfred Bester guardado debajo del colchón o lo he soñado?

—Lo tengo.

De hecho, debe de estar por ahí tirado, porque no recuerdo haberlo guardado. Nosotros seguimos sin movernos. Mi nariz continúa enterrada en su espalda, mi brazo derecho aún le rodea la cintura y una de mis piernas permanece encima de la suya.

—Joder.

—¿Qué tal la cabeza?

—De puta madre. Alguien está tocando los tambores de Safri Duo en mi cerebelo, pero de puta madre.

Río.

Toc. Toc. Toc.

¡Toc. Toc. Toc!

¡¡Toc. Toc. Toc!!

¡¡TOC. TOC. TOC!!

—*¡Tani, soy Nicki! Sé que estás ahí dentro. Abre la puerta o la tiro abajo.*

Eso me gustaría verlo. Patrick gruñe, pero continúa sin moverse. Me levanto contra toda mi voluntad y me dirijo a la puerta.

—Hola, Nicki Miliki —saludo al abrir.

—Sansón —murmura Patrick.

Las dos miramos hacia el bulto encima de la cama.

—¿¿Estáis liados??

Yo cierro los ojos y hago un mohín con la nariz, es una clarísima aceptación, y ella entra sin decir una palabra más. Ve a Patrick tirado en la cama y se sienta al lado de sus pies sin dejar de mascullar.

—¿Serviría de algo que te dijera que no?

—No. ¿Y por qué huele tanto a alcohol? Mira, ni me contestes. Paso. Porque sabéis que no está permitido beber en el centro, ¿no? Viene en el reglamento. He tenido que estudiarme el reglamento. Y he jurado cumplirlo a rajatabla e informar de cualquier infracción. Así que mejor no me contestes. Ojos que no ven… Dios, hostia que te pegas. Yo ya no sé qué va a ser lo próximo. Mi cabeza va a explotar. Dios, a Andrés le va a dar un ataque como le venga todo a la vez.

—¿Todo a la vez? ¿A qué te refieres?

—A nada. Tani, ¿desde cuándo? Y no me digas que desde hace nueve años porque te juro que mi cerebro se cortocircuita.

¿Nueve años?

—Eh… no. Siete meses. Pero no estamos saliendo. Es… complicado. ¿Nueve años?

—Olvídalo. Solo era una cifra al azar.

—También es incómodo hablarlo delante de él.

—Ah, pero ¿está vivo? —pregunta, echándole otro vistazo al peso muerto.

—Sí, está vivo.

—Me debes una conversación.

—Sí.

—¿Y qué le ocurre a Rayito de Sol?

—Resaca de la buena.

—Oh, noches alegres… En fin. No hablemos de alcohol. Y leed el reglamento. Os invito a un café en la máquina. —Palmea la pierna de Patrick—. Vamos, campeón. Chris me está esperando.

Patrick vuelve a gruñir. Yo sonrío con cara de circunstancias.

La parte buena de todo esto es que Patrick no ha hecho referencia a la otra cosa de lo que hablamos ayer. A lo que sucedió hace siete años. Es mejor así. Mucho mejor.

18: «Andrés no se daría cuenta de que estamos juntos ni aunque le metiera la lengua hasta el fondo a su hermano delante de sus narices»

NICKI

SON las tres de la tarde, fuera llueve a mares y el gimnasio está repleto de deportistas. Queda claro que Chris y yo no hemos sido los únicos que hemos pensado que la hora de la comida era perfecta para venir a ejercitarnos. Chris corre en la cinta y yo le estoy metiendo caña a la bicicleta estática. Y no dejo de pensar en Tani y en Patrick. Es que… ¡Tani y Patrick! Sonrío. No sé por qué, pero sonrío.

Lo que más me gusta del gimnasio del CAR son las vistas al mar, tienes la sensación de que vas a llegar allí en algún momento. Y si no fuera por la música y los ventanales cerrados a cal y canto incluso podría escucharse el sonido del mecer de las hojas de los árboles y el trino de los pájaros alrededor. Y hablando de música…

Feel this moment, de Pitbull y Christina Aguilera, comienza a sonar a todo volumen en el mismo momento en que Andrés y Patrick entran por la puerta. Oh, Andrés se ha cortado el pelo. Ya era hora, parecía un animal callejero. Ellos van a lo suyo — cuchicheando, como siempre—, no nos ven y van derechos a las cintas de correr; se suben y comienzan a caminar a un ritmo suave hasta que ven correr a Chris enfrente de ellos. Se miran y en una sincronización perfecta aumentan la velocidad de las cintas. Niego con la cabeza. Por Dios. Y lo peor de todo es que el otro no se queda atrás y, tras intentar contener sin demasiado éxito una risita condescendiente, acelera un poco más.

En los próximos minutos todo son miradas, sonrisillas de medio lado y tres cintas de correr que van a toda velocidad. Incluso la música enmudece al lado del sonido de las violentas pisadas en las máquinas. Es una locura. La manera en que corren es una locura. A mí me quema el pecho, me queman los pulmones, me quema todo el cuerpo solo de verlos. El resto de los deportistas deja de ejercitarse para ser testigos del mortal enfrentamiento. Y no solo eso, veo dinero. Juro que veo dinero pasar de mano en mano. ¿Están apostando? Alucino. Hasta que Patrick, con el pecho que le sube y baja a toda caña, el rostro encarnado y ríos de sudor que le descienden desde las sienes (este concurso de meadas no es lo que mejor le viene a su resaca), se rinde y no solo detiene la cinta con un gesto abrupto y se baja, sino que cae rendido al suelo con las piernas y los brazos extendidos y cara de querer morirse. Claro, el ron… Andrés lo sigue tres segundos después y adopta la misma postura; no cae encima de él de puro milagro. Vuelvo a negar con la cabeza. Niñatos.

Chris, sin embargo, reduce la velocidad hasta detener su máquina y se baja muy tranquilo, aunque también tiene la respiración acelerada, las mejillas sonrosadas y la camiseta empapada en sudor. El resto del mundo, tras unos cuantos silbidos y aplausos, regresa a lo suyo. Pero vuelvo a ver dinero pasar de mano en mano.

—Hasta luego, perdedores —les dice Chris a Patrick y Andrés al pasar por su lado—. Y tras

esta descomunal paliza que os acabo de dar, me voy en busca y captura de sexo del bueno. Ni os imagináis con quién.

Me atraganto con mi propia saliva, apago la bicicleta, cojo mis cosas y salgo detrás de él.

—*No se refería a Nicki* —escucho decir a Patrick.

—*Ya lo sé.*

—*Y entonces ¿a quién?*

—*No lo sé.*

—*¿Y a qué viene esa cara?*

—*Cosas mías…*

—¿Estás loco? —le digo yo a Chris en cuanto lo alcanzo—. ¿Qué ha sido eso? ¿Quieres que Andrés lo sepa?

—No.

—¿No? Pues no lo parece.

No me responde, giramos en la primera esquina y él cae rendido al suelo de puro cansancio justo en la puerta del área de entrenamiento de gimnasia rítmica y trampolín. Elevo los ojos al cielo.

—Andrés no se daría cuenta de que estamos juntos ni aunque le metiera la lengua hasta el fondo a su hermano delante de sus narices —me dice con resquemor. Con rabia.

—Pues yo no entiendo cómo no se ha percatado ya —pienso en voz alta.

—Porque no mira más allá de su puto ombligo —escupe.

Y entonces entiendo el tono enfadado de su voz. Entonces entiendo muchas cosas. Me acuclillo a su lado. La gente nos mira al pasar, pero me da igual. Y a Chris todo le da igual (todo lo que no tenga que ver con Arturo), así que…

—Quieres que lo sepa —le digo.

—¿Perdona?

—Quieres que Andrés se entere de todo de una vez por todas. Quieres que el mundo entero lo sepa de una vez por todas. Que sepa que estáis juntos.

—¿Estás de coña? ¿Por qué iba yo a querer eso?

—No lo sé. Explícamelo tú. Provocas a Andrés cada vez que tienes ocasión. No me había dado cuenta hasta ahora.

—Provoco a Andrés porque es un subnormal. Y, por cierto, ¿ahora lo defiendes?

—Para nada. Solo te digo lo que hay. Todas tus indirectas con respecto a Arturo delante de Andrés, todas las provocaciones, no son más que un intento por que él sepa la verdad. Porque estás cansado de esconderte. De esconder lo que tienes con Arturo. Yo también lo estaría en tu lugar. Lleváis nueve años juntos. Nueve. Eso es demasiado tiempo.

No me responde. Y yo no necesito más confirmación.

—Chris…

—Christopher. Y no es así.

Ya…

19: Como a los cangrejos en las películas de dibujos animados

ARTURO

ENTRO en las pistas *indoor* y solo necesito mirar un segundo a mi hermano para darme cuenta de que ha ocurrido algo. Su rostro es impenetrable, pero la tensión que hay en su cuerpo es tan transparente como las medusas australianas.

—¿Andrés?

—Estoy bien —responde al instante, sacando una raqueta de la bolsa—. ¿Empezamos?

Dejo mi propia bolsa en el suelo y me quedo quieto junto al banco, analizando la situación. Son las nueve de la noche, no solemos entrenar tan tarde, pero queremos pelotear un rato con Dami. Necesitamos limpiar los golpes después del partido de ayer, pero viendo el estado en el que está Andrés no estoy seguro de que sea lo que más le conviene hacer ahora mismo.

—Andrés, podemos dejarlo para otro momento.

—He dicho que estoy bien.

Vaaale.

Por los altavoces suena a un ritmo muy suave *American Pie,* de Don McLean. A ver si es capaz de amansar a la fiera…

—Vamos a calentar primero —sugiere Dami.

—No es necesario. —Andrés se dirige al otro lado de la pista y se coloca detrás de la red—. Dale, Murnuais.

—Cuando venga Rafa y vea que no has calent…

—Rafa no está aquí —interrumpe Andrés a Dami—, pero yo sí. Así que haz tu trabajo.

—No soy tu puto esclavo.

—Ah, ¿no? Y qué eres, ¿entonces?

Dami coge aire y se muerde la lengua para no replicar. Yo se lo agradezco con un apretón en el hombro. Cuando mi hermano tiene el día cruzado es mejor pasar de él como de la mierda. Saco una de mis raquetas de la bolsa y me dispongo a hacer un par de ejercicios de calentamiento, pero Chris irrumpe en la pista.

—Buenas noches, Claramunts. ¿Qué hacéis aquí?

Me sorprendo al verlo. Y me alegro. No lo había visto en todo el día. Hemos intercambiado unos mensajes hace un rato y no me ha dicho que venía. Me he dado cuenta de que a pesar de vivir bajo el mismo techo lo echo de menos. No me sacio de él. Y no estamos tan juntos como yo creía. Cuando no estoy yo fuera disputando un partido lo está él. Y aunque también hemos coincidido en algún torneo y me he colado en su habitación de hotel y hemos podido dormir juntos (no hay que perder las buenas costumbres) no es suficiente.

—Se llama tenis —responde Andrés con desgana.

—No me tires de la lengua y no me lo pongas tan fácil. —Chris se acerca a mí—. Me refiero

a que qué hacéis en mi pista. Por cierto, vaya corte de pelo, Arturito.

—¿Tu pista? —ataca Andrés al segundo. Y Chris lo enfrenta al instante, claro. Ni siquiera me da tiempo a ver si su comentario sobre mi corte de pelo ha sido positivo o negativo.

—Sí, mi pista. La tenía reservada para esta noche. ¿No has leído el cartel, Andy?

—No, no he leído el puto cartel. En esta pista solemos entrenar nosotros.

Chris está tan cerca de mí que si estiro el brazo podría incluso tocarlo.

—Eso no os otorga su propiedad. ¿También tengo que darte clases de derecho?

—Me la suda la propiedad, me la suda el derecho y me la sudas tú. Lárgate.

—No se me pone en la punta de los huevos largarme. La he reservado yo.

—Vete a otra pista y problema resuelto.

—¿Qué quieres qué te diga, Claramunt? Me he levantado esta mañana con el pie izquierdo y todavía me dura. No me da la gana irme a otra pista. —Chris se levanta con el pie izquierdo cinco días a la semana, más o menos. Deja caer su bolsa al suelo y comienza a caminar hacia la red, hacia mi hermano, y yo voy detrás de él—.Y tú estás más tonto de lo normal, ¿no?

—A mí me importa una mierda con qué pie te levantes. Lárgate de aquí.

—Y a mí me importa una mierda todo lo que tenga que ver contigo, payaso.

Chris, a pesar de sus malas maneras, permanece relajado, está más que acostumbrado a los rifirrafes con mi hermano, pero Andrés comienza a verlo todo rojo, se lo noto.

—¡Hay siete putas pistas en el centro! Búscate otra, joder.

—Me gusta esta. —Y a mi hermano también; es la que más cerca se encuentra de la piscina, y si te asomas a la ventana, la ves—. E insisto, la he reservado. Vete por las buenas, Claramunt. *Putain de patience.*

—¿Qué me has llamado?

—Nada —le aclaro yo. Tengo que detenerlos. Andrés tiene el día cruzado y esto puede acabar muy mal—. Solo ha dicho que qué puta paciencia.

—¿Ahora hablas francés, Arturo?

Ignoro a mi hermano. Adelanto a Chris por la izquierda y detengo su avance con mi cuerpo.

—Ahora no, Lacoste —pronuncian mis labios con acritud suave.

—«Ahora no, Lacoste» —repite despacio, saboreando cada palabra—. Estoy hasta los cojones de que aquí todo sea como vosotros queréis. Ahora sí, ahora no. ¿Os creéis que por el rótulo en la entrada con vuestro apellido podéis gobernar la vida de los demás?

—Afirmativo —responde Andrés. ¡Dios!—. ¿Te piras ya?

«Por favor, Chris. Vete», le suplican mis ojos.

Pero no los ve. O no los quiere ver. Me coge por los hombros con un desafecto que me duele en las tripas, me empuja a un lado y pasa de largo. Se aproxima a la red con paso decidido.

—Christopher —insisto detrás de él—, déjalo en paz y vete.

Se gira y me mira con los ojos en llamas.

—¿Por qué cojones lo defiendes? ¿Por qué te pones de su parte? No tiene razón.

—¿Y por qué no va a ponerse de mi parte? —escupe Andrés—. De la tuya va a estar, no te jode.

Chris se gira de nuevo y señala con el dedo a mi hermano.

—¡No estoy hablando contigo!

—Pero yo contigo sí. ¿Sabes una cosa? Dices que yo estoy tonto, pero aquí el tonto eres tú. Y creo que ya sé por qué.

—¡¿Porque me habéis quitado mi puta pista?!

—No, hay algo más.

—Oh, no me digas. A ver, ilumíname, ser todopoderoso de la adivinación.

Se planta delante de él y coloca los brazos en jarras.

—Creo que hoy no has follado. Con las ganas que tenías de echar un polvo y ¿al final no ha podido ser? ¿O no has dado la talla? ¿Te pesa la vergüenza y necesitas desquitarte con el tenis?

«¿Con las ganas que tenías de echar un polvo?». ¿A qué se refiere Andrés? Me he perdido.

Chris sonríe de medio lado, se baja la camiseta y señala el morado que tiene junto a la nuez. *Mea culpa*. Anteayer se me fue la mano. O la boca.

Espera, ¿qué va a hacer?

—¿Ves esto, Andrés? —le pregunta entonces—. Me lo ha hecho tu gemelo del alma mientras se corría con mi polla dentro de su culo.

A mí se me cae la mandíbula al suelo, como a los cangrejos en las películas de dibujos animados, Dami ahoga un grito y Andrés acorta peligrosamente la distancia entre Chris y él, que ya era escasa. Ahora solo los separan los tres centímetros del grosor de la red. Andrés lanza la raqueta con fuerza al suelo y yo sé que se va a liar a lo grande. Otra vez.

—Andrés. —Lo cojo del brazo por encima de la red e intento sacarlo de la pista, pero se suelta.

—Apártate, Arturo.

—Andrés, me lo prometiste —le digo—. Chris, por favor —le suplico al otro.

Ambos me ignoran, solo se miran como si estuvieran a punto de cazarse el uno al otro, abrirse en canal y devorarse tal cual. Con zapatillas y todo.

—Para hablar de mi hermano primero te lavas la boca, gilipollas. O te la parto —le escupe Andrés con agresividad, su rostro a pocos centímetros del de Chris y su dedo apuntándole a los labios—. Estoy hasta los cojones de ese tipo de referencias.

Chris sonríe de nuevo, saca pecho y acerca su rostro al de mi hermano hasta que sus narices se tocan.

—Pues tengo otro chupetón en la polla. También de tu hermano.

El puñetazo de Andrés alcanza tan rápido la nariz de Chris que ninguno lo vemos venir. La sangre comienza a brotar, salpicando la camiseta blanca impoluta.

—Te advertí que la próxima vez que me tocaras te partía la cara, subnormal —responde Chris con odio visceral.

Y entonces se desata la Tercera Guerra Mundial.

Chris se echa encima de la red, coge a mi hermano por el cuello del polo y le devuelve el puñetazo. Andrés trastabilla y caen los dos al suelo. Pronto la red desaparece de entre sus cuerpos y solo quedan ellos, una vez más, hinchándose a hostias con los ojos llenos de ira y animadversión. Dami y yo intentamos separarlos, les gritamos que se detengan, pero es tanta la violencia que hay entre ellos que resulta imposible. Esto es una pesadilla. Me duele cada golpe por duplicado y me tiembla todo el cuerpo. El pitido en mis oídos. Y la canción de *American Pie* en su máximo apogeo. Que se detenga todo ya, por favor.

—¡Andrés! ¡Chris! ¡Por favor!

Chris consigue atrapar a mi hermano y sentarse sobre sus caderas. Voy a lanzarme encima de Chris, pero Dami me sujeta de la cintura y no me lo permite.

—Vas a acabar recibiendo un puñetazo de parte de Lacoste —me susurra al oído—. Y ese sí que no vas a poder perdonárselo. Déjalos que se maten entre ellos. Su elección.

Los puñetazos en la cara de mi hermano se suceden los unos a los otros mientras él patalea e intenta liberarse. Lo está destrozando, hasta que consigue apartarlo de una patada en la entrepierna. Chris gime de dolor y mi hermano aprovecha el momento para lanzarse de nuevo contra él.

—Ahora —me dice Dami, y me suelta.

Él intenta detener a Andrés con la fuerza de su cuerpo. Yo me pongo delante de Chris, protegiéndolo.

—¿Estáis locos? —les dice Dami—. ¡Parad ya! ¡Andrés, joder!

—¡Basta! —grito yo desesperado, con las lágrimas anegándome los ojos.

Andrés levanta el brazo para golpear a Chris una vez más, pero lo deja suspendido en el aire en cuanto se da cuenta de que es mi rostro el que está a punto de golpear. Detrás de mí Chris aún se retuerce en el suelo.

—¡Apártate, Arturo!

—Andrés —susurro al mismo tiempo que levanto las manos—, ya vale, por favor. Por favor. Tranquilo. Ya está.

Su pecho agitado sube y baja sin descanso, los ojos inyectados en sangre y la nariz y la mandíbula hechas polvo. Cruzo mi mirada con la suya y no la retiro hasta que la suya cae, rendida por fin.

—Dami, llévatelo de aquí.

—Sí —lo sujeta con más fuerza en un intento de darle la vuelta—. Vamos, Andrés. Vamos, joder.

—Puedo yo solo. —Andrés se desembaraza de Dami y me mira a mí—. ¿Tú no vienes?

—No.

—Pues de putísima madre. Un día para recordar el de hoy.

Se da media vuelta y abandona las pistas cagándose en todo. Dami me mira con lástima y se

marcha con él para controlarlo. Yo me giro hacia Chris, que continúa encorvado en el suelo con las manos en la entrepierna. Y estoy tan enfadado con los dos que lo dejaría ahí tirado si no fuera porque el corazón no me lo permite.

—¿Puedes levantarte? —le pregunto con brusquedad—. ¿Chris?

—Que te den por el culo, Arturo. Y no en el buen sentido. Que te den por el culo a ti, a tu hermano y a toda tu puta familia.

—Vamos —me acerco a ayudarlo para que se incorpore, frío, sin expresión en mi rostro—, deja que te mire eso en mi cuarto y luego ya me niegas la palabra de por vida, si quieres. Ahora mismo es lo que menos me importa.

Como se encuentra jodido de verdad, me permite que lo ayude. El viaje hasta mi dormitorio es una odisea infinita. Lo hacemos rodeando el edificio principal, para que nadie nos vea, pero por muchos pasos que damos no acabamos de llegar nunca. Por suerte, todo el mundo se encuentra en sus quehaceres nocturnos y tampoco nos ve nadie en la residencia.

Llegamos al dormitorio y Chris se tumba bocarriba en mi cama nada más entrar. Yo cierro la puerta con llave y busco en el armario de las medicinas algo para curarle las heridas de la cara. Cojo el suero fisiológico y me llevo también el Betadine y un antiinflamatorio.

—Siéntate —le digo cabreado.

—No puedo moverme.

Suspiro y me acerco a la cama. Me siento al lado de su rostro y lo obligo a mirarme cogiéndolo de la barbilla. Y una parte del cabreo monumental que me invade cuerpo y alma desaparece. Porque está sangrando, está sufriendo, y a mí me puede ver a Chris sufrir. Le limpio la sangre de la boca y la nariz.

—Au —se queja.

—Solo es suero fisiológico.

—Duele. ¿Alguna vez has recibido un puñetazo? Yo llevo varios, y todos de la mano de tu hermano. Puto psicópata de mierda.

Chris comienza a despotricar contra mi hermano y yo me como en silencio y con todo el estoicismo del que soy capaz cada uno de los insultos. Y no dejo de limpiarle la cara. Suero y unas gotas de Betadine.

—¿No vas a decir nada?

—¿Qué quieres que diga?

—No sé, tete. —Oh, mierda, corazón derritiéndose en tres, dos…. «No, no. Tú fuerte, Arturo, que la han liado los dos muy gorda»—. Que reconozcas que tu hermano está pirado y que me pidas perdón no estaría mal. Para empezar.

—No tengo que pedirte perdón. Os habéis peleado los dos. Otra vez. Le has destrozado la cara, Chris.

—Habéis ocupado mi pista, yo he ido en son de paz y él me ha provocado. Reconoce que tu hermano tenía el día tonto. Lo conozco como la palma de mi mano y sé cuándo tiene el día tonto.

—¿Él te ha provocado? Le has dicho que me he corrido con tu polla dentro de mi culo. ¿Cómo pensabas que iba a reaccionar? ¿Con una felicitación y una palmada en el hombro?

—Que aprenda a controlar el puto genio —dice con desprecio—. No tengo más que decir.

—Yo tampoco tengo más que decir. Quítate los pantalones.

Me mira alucinado.

—¿Te estás quedando conmigo? —me pregunta—. Porque no es el mejor momento para fo…

Bufo.

—Lo último que me apetece ahora es follar contigo, créeme. Solo quiero ver que no te haya hecho nada serio. Te ha dado muy fuerte.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Las pelotas de tenis no las ve, pero, *putain*, puta fuerza que tiene en el pie.

—Quítate los pantalones —repito.

A regañadientes me obedece. Levanta las caderas, su rostro se llena de arrugas inevitables de molestia, y empuja sus pantalones cortos de tenis y la ropa interior hasta las rodillas. Le toco los testículos con cuidado, busco hinchazón o algún moretón, pero no veo nada. Y me duele incluso a mí que Chris no pueda evitar cerrar los ojos de puro dolor.

—Quizá es mejor que vayas a la enfermería. A simple vista no tiene mala pinta, pero nunca se sabe.

—Estoy bien.

Intenta levantarse, pero lo detengo.

—Tómate el antiinflamatorio y quédate aquí un rato, necesitas reposar. Me temo que hoy no voy a poder volver a correrme por la fuerza y gracia de tu polla.

Chris me mira indignado unos segundos y… rompe a reír a la vez que yo.

—Ay, *bordel de merde*, me duele.

Me tumbo junto a él, le doy un beso muy suave en la mejilla y otro en una de las heridas. Y otro. Y otro. Y otro. Como no me aparta de un empujón, continúo con mi recorrido. Necesito que se sienta bien. Necesito que no le duela. Y los besos tienen el poder de la curación.

—Joder, Arturo. Me estás babeando toda la cara. Un pastel con cien kilos de azúcar es menos empalagoso que tú. Y luego le haces ascos al dulce.

Sonrío.

—¿Quieres que te preste unos pantalones de pijama, tete? Estarás más cómodo que con la ropa de tenis.

—Sí.

Lo ayudo a cambiarse y nos quedamos los dos tumbados en la cama, frente a frente, mirándonos. A Chris comienzan a pesarle los párpados y yo aprovecho para darle más besos en las heridas.

—Lo siento —le digo—. Tienes razón. Ha sido culpa nuestra. Andrés tenía el día cruzado.

Chris abre los ojos. Alarga uno de sus brazos y me retira el pelo de la frente; me acaricia la mejilla.

—Yo también lo siento. A estas alturas debería saber lidiar mejor con el carácter de mierda de tu hermano. Y no provocarlo. Y puede que yo haya tenido algo que ver con que tuviera el día cruzado.

—¿Tú?

—Sí. Mañana te lo cuento. Ahora me duele hasta hablar.

—Gracias por decirme que lo sientes.

—De nada.

Cierra de nuevo los ojos y en pocos minutos se queda dormido. Entre el antiinflamatorio y la pelea… ha caído rendido.

Toc. Toc.

—*Arturo.*

Andrés. Me levanto a todo correr y me acerco a la puerta.

—Ahora no, Andrés —susurro.

—*Joder, tengo la sensación de que me paso la puta vida hablándole a las puertas. Oye…, ¿estás enfadado conmigo?*

—¿Tú qué crees?

—*Lo siento. Siento haber roto mi promesa. Se me han cruzado los cables.*

—Eso no es excusa.

—*Perdóname, por favor.*

—No se te puede ir la olla así, Andrés. Y siempre con él.

—*Ya lo sé. Ya lo sé, joder.*

Recuesto la cabeza en la puerta y cierro los ojos.

—¿Me vas a contar qué te ha pasado?

—*Se me ha ido la olla.*

—Eso ya lo sé, pero ¿por qué?

—*Antes del entrenamiento de tenis he tenido un momento con Lacoste.*

—¿Qué momento?

El corazón me da un vuelco y no deja de saltar en mi pecho mientras Andrés me relata lo que ha ocurrido en el gimnasio. Esto debe de ser a lo que se refería Chris con que lo ha provocado. Llega un momento en que siento a Andrés tan jodido que lo único que quiero es abrir la puerta y darle un abrazo. Necesito darle un abrazo y decirle que todo va a salir bien y que yo lo quiero por encima de todo. Pero Chris está en mi cama y… Cierro el puño y me aguanto las ganas de llevar la mano a la manilla.

—Tienes que pedirle perdón a Chris —le digo un poco después—, aunque él te haya provocado en cierto modo, sacar los puños no es la respuesta, Andrés.

—*Ya lo sé. Mañana. Te lo prometo.*

—Bien. Mañana.

—Adeu, *tete*.

—*Adeu.*

Dejo caer la cabeza en la puerta y cojo aire. Creo que aguanto unos doce segundos. Ni uno más. Abro con fuerza, salgo al pasillo y que sea lo que tenga que ser. Lo veo a lo lejos, con Nicki. Ignoro todas las alarmas que se disparan en mi interior y llamo a mi hermano.

—¡Andrés!

Lo alcanzo y le doy un abrazo desde atrás que me devuelve al instante, aferrando sus manos con las mías. «Lo siento», susurra de nuevo. Yo niego con la cabeza y sigo abrazándolo. Cuando nos soltamos y le veo la cara…

—Andrés, tu cara. No has ido a la enfermería.

—Yo me ocupo —me dice Nicki con cariño—, no te preocupes.

Asiento con la cabeza y los veo marchar. Regreso a la cama junto a Chris y cierro los ojos. Entonces me doy cuenta de que es muy probable que no nos despertemos hasta mañana. Me levanto con pereza, me escabullo al dormitorio de Chris, cojo a René en brazos y la meto en la cama con nosotros. Ahora sí. Cierro los ojos y pienso en cosas bonitas antes de caer rendido… Me acuerdo de aquel festival de música al que fuimos Chris y yo juntos.

Arturo:
Hay un festival de música al que quiero ir. ¿Nos escapamos?

El de los panes de ajo a domicilio:
¿Cuándo?

Arturo:
El 15 de agosto.

El de los panes de ajo a domicilio:
Demasiado cerca del torneo.

Arturo:
Lo sé.

El de los panes de ajo a domicilio:
Es una irresponsabilidad.

Arturo:
Lo sé.

El de los panes de ajo a domicilio:
¿Dónde?

Arturo:
Muy lejos de casa. Serían varios días. De regreso viajaríamos directos al torneo.

El de los panes de ajo a domicilio:
¿Y tus padres te dejan ir?

Arturo:
Sí.

El de los panes de ajo a domicilio:
Es lo que tiene ser un hijo modélico.

Arturo:
¿Vienes o no?

Con dieciocho años, por primera vez en mi vida, besé la libertad con los labios y la acaricié con las yemas de los dedos. Fue cuando me di cuenta de que jamás había sido libre antes de eso. Porque no hay nada menos libre que amar en silencio.

En aquel festival multitudinario al aire libre a Chris y a mí no nos pesaba el equipamiento de tenis en la piel, porque no lo llevábamos encima. Solo unos pantalones cortos, camisetas de verano, gorras, gafas de sol y sonrisas que nos hacían sentir tan ligeros que podíamos hasta volar.

En la vida real nos habíamos acostumbrado a vivir en una pecera. En aquel festival multitudinario al aire libre nos movíamos entre la gente como los peces en el mar. Yo lideraba la marcha y buscaba los huecos por los que pasar de entre la marea de jóvenes locos y entusiastas, moviendo las caderas al ritmo de la música con las manos de Chris agarrando con firmeza mis caderas o mis hombros. Deteniéndonos de vez en cuando para socializar y compartir unos brindis con gente desconocida. Tumbándonos bocarriba en la hierba donde no se congregaba el gentío para comer pizza y reírnos de las chorradas que soltábamos, despreocupados, por la boca. Chocando los hombros mientras bailábamos.

En aquel festival multitudinario al aire libre nos empaparon la ropa y el cabello con alcohol. Y nosotros, sucios y tocados por la bebida, no solo bailábamos, también nos besábamos y nos tocábamos. Las yemas de mis dedos encontraban el cuerpo de Chris delante de una multitud de gente y mis labios besucones tropezaban con los suyos o con su piel cada pocos minutos. Siempre que me apetecía. Y eso… eso era libertad.

Porque en aquel festival multitudinario al aire libre no éramos Christopher Lacoste y Arturo Claramunt. Chris había ganado su primer título ATP y yo había alcanzado mi primera victoria en una semifinal de Grand Slam, pero allí no éramos dos futuras estrellas del tenis enfrentadas por la lucha por ser el primero. Solo dos chicos que se gustaban y querían estar juntos. Dos chicos perdidos entre la multitud sin que los reconocieran. Nadie se fijaba en nosotros. Nadie perdía

más de un segundo en mirarnos. Puede que las gorras (la de Chris puesta del revés) y las gafas de sol ayudaran a la causa, pero lo más importante era que allí a nadie le importaba quiénes éramos. Ni que nos estuviéramos comiendo la boca, muertos de hambre el uno por el otro. Era perfecto. Fue perfecto.

Come on Eileen, de Dexys Midnight Runners, sonó a toda caña cuando más exultantes estábamos. Nos topamos con un grupo de chicos de nuestra edad que nos saludaron al pasar y nos quedamos bailando (o haciendo el gilipollas) con ellos.

En un momento dado de la canción, la música disminuyó sus revoluciones y ajustamos nuestros pasos, los diez agarrados de las cinturas, unos detrás de otros, y moviendo las piernas al unísono. Chris, detrás de mí, se pegaba fuerte a mis caderas.

Y allí estaba yo haciendo lo que más me gusta (bailar) con una de las personas que más me gustan (Chris). Lo única que me faltaba para que aquel día se convirtiera en el mejor de mi vida era mi familia.

Después fuimos a meter la cabeza debajo de una fuente para despejarnos y limpiarnos el alcohol. Chris se resbaló y se rozó la cadera con la piedra. Mojamos la herida con agua y yo la curé con un beso. Qué feliz me sentí. Y quería bailar lento. Nuestro alrededor cantaba, brincaba, saltaba en un intento de llegar más alto y rozar con las manos el cielo azul libre de nubes, pero yo quería bailar lento con Chris. Porque ese era mi cielo azul libre de nubes.

—¿Bailas conmigo?

—Estoy bailando contigo.

—No, así no. Así. —Cogí una de sus manos con la mía y entrelacé nuestros dedos. Con la otra, lo abracé por la cintura. Estábamos empapados y nos chorreaba agua del pelo por las sienes y la espalda—. No todo va a ser desenfreno.

—¿No?

—No.

Bailamos lento, a contracorriente de la esencia de aquel festival, aunque yo no dejaba de mover mis piernas más de lo que requería el baile.

—Tú no puedes escuchar música y no mover las piernas —me dijo Chris.

—Te has fijado.

—Yo me fijo en todo lo que haces.

Por la noche, nuestra primera noche compartiendo cama hasta la mañana siguiente, mantuvimos relaciones sexuales conmigo debajo por primera vez. Lo había dilatado en el tiempo porque me acojonaba y Chris me esperó siempre. Nunca me presionó. Pero querer sentirlo dentro de mí se hizo más fuerte que el miedo al dolor. Fue una experiencia rara, no muy gratificante. Me dolió la mayor parte del tiempo hasta el orgasmo que todavía hoy no entiendo de dónde vino. O sí. Vino porque fue con él. Porque saber que estaba en mi interior me lo subió todo.

Eso sí, su herida de la cintura rozaba con mi piel en cada embestida y entre el sudor y…

—Au, duele —se quejó Chris.

—No me hables a mí de dolor, *putain* —respondí.

Estallamos en carcajadas. Y me recordé a mí mismo que no podía jurar en francés delante de nadie que no fuera Chris.

20: «¿Os habéis dado cuenta de que los koalas son más bonitos de verdad que de peluche?»

NICKI

VOY AL ENCUENTRO DE CHRIS, había quedado con él en mi cabaña después de su entrenamiento para prestarle un libro y no ha aparecido. Estoy preocupada; él siempre me avisa cuando no puede venir. Y no responde al teléfono.

Subo las escaleras hasta el segundo piso de la residencia y el silencio es tan absoluto —todo el mundo está en la cama— que incluso se percibe una voz suplicante desde el último escalón. Es una voz débil, indefinida, hasta que me acerco y la reconozco.

Es la voz de Andrés. Debe de estar en el pasillo, cerca del dormitorio de su hermano o del de Patrick. Cojo aire y me interno en el corredor; no me queda más remedio, tengo que pasar por ahí para llegar a donde Chris.

Andrés está sentado en el suelo, con la espalda y la cabeza recostadas en la puerta de su hermano, las manos le rodean las rodillas y tiene los ojos cerrados. No los abre cuando paso por su lado; siente mis pisadas, de eso no hay duda, pero no se molesta en mirar quién es porque le da igual. No quiero detenerme, pero tiene la cara tan destrozada —hay hematomas y heridas abiertas por todas partes— que me resulta imposible pasar de largo. Impresiona tanto que no me echo a llorar de milagro. Pero ¿qué ha pasado?

—Perdóname, por favor —suplica él.

—*No se te puede ir la olla así, Andrés* —le recrimina su hermano desde el otro lado de la puerta—. *Y siempre con él.*

¿Con él? ¿Con Chris? ¿Se ha peleado con Chris? Dios, no me puedo creer que se hayan peleado de nuevo. Y solo se me ocurre un motivo para que Arturo no esté hablando con Andrés cara a cara en estos momentos, y es que dentro de su dormitorio está Chris. Yo también lo estaría, si fuera cualquiera de ellos. Arturo tiene que estar muy jodido, su hermano y su novio se han dado una paliza. Dios, no puedo ni imaginármelo.

—Ya lo sé. Ya lo sé, joder.

—*¿Me vas a contar qué ha pasado?*

—Se me ha ido la olla.

Andrés da un par de golpes al suelo con el puño izquierdo, agarra una pelota antiestrés y la estruja con fuerza. Y a mí se me estruja el corazón. Y me da rabia. Porque hay algunas emociones que no pueden brotar al mismo tiempo en un corazón humano, de la misma manera que el agua de las piscinas nunca debe desbordarse por completo. No se puede nadar en una piscina vacía y Andrés no tiene derecho a romperse la cara con nadie, porque no tiene derecho a que me preocupe por él. Lo perdió hace un año.

—*Eso ya lo sé, pero ¿por qué?*

—Antes del entrenamiento de tenis he tenido un momento con Lacoste.

—*¿Qué momento?*

¿La absurda competición en las cintas de correr? ¿¿Se han pegado por eso??

—Patrick y yo hemos ido al gimnasio y él estaba allí.

—*¿Y?*

—Hemos hecho el gilipollas con las cintas de correr y después él me ha dicho algo.

—*¿Qué te ha dicho, Andrés?*

Andrés suspira. Le supone esfuerzo incluso hablar, algo muy impropio en él, y no es por las heridas. Es como si estuviera midiendo lo que le dice a su hermano y es Arturo el que tiene que arrancarle las palabras. Raro.

—Una gilipollez de las suyas, pero…

—*¿Qué gilipollez?*

—Me ha dicho que iba a echar un polvo y me ha dado a entender que era con…

—*¿Con quién?*

—Con alguien cercano a mí. Con alguien mío.

Reina el silencio. El corazón de Arturo tiene que estar a punto de salírsele del pecho.

—*¿Tuyo?*

—Sí. Y justo Nicki ha salido detrás de él y…

—*Nicki y Chris no se están acostando, Andrés.*

—Ya lo sé. Ya lo sé, joder. Pero me he ido calentando y me he puesto de muy mala hostia. Se me ha ido la cabeza y he perdido el control.

—*¿Has ido a donde Fernando?*

—No. A donde él, no. He ido a otra parte y después me he sentido de puta pena.

—*Siempre te sientes de puta pena cuando vas allí, lo que no entiendo es por qué sigues haciéndolo. ¿Por qué te sigues torturando?*

—No lo sé.

—*Sí lo sabes. La estás castigando a ella. La castigas cada vez que lo haces y tienes que detenerte de una vez, Andrés. Porque tú odias hacerlo. Odias castigarla y luego te odias a ti mismo por seguir haciéndolo.*

Andrés se encoge de hombros.

—Qué más da.

—*¿Por qué no me has buscado a mí?*

Me he perdido en la conversación. ¿A dónde ha ido Andrés y a quién está castigando?

—Porque soy un mierda, tete.

—*No digas eso. No pienses eso, por favor. No me gusta, Andrés.*

—Lo siento. Lo siento. He llegado a la pista muy rayado y el resto es historia. Lacoste saca lo peor de mí, ya lo sabes.

—*¿Te has curado las heridas?*

No.

—Sí, tranquilo. Estoy bien. ¿Lacoste está bien?

—*Creo que sí.*

Se me rompe el corazón. Por Arturo, porque su hermano, la persona que más quiere en el mundo, no soporta a su pareja y ni siquiera puede decirle que está con él. Por Andrés, porque se está perdiendo una parte preciosa de la vida de su hermano. Por Chris, porque ya no puede más con esta situación.

—Bien.

—*Andrés.*

—¿Qué?

—*Tienes que pedirle perdón a Chris, aunque él te haya provocado en cierto modo, sacar los puños no es la respuesta.*

—Ya lo sé. Mañana. Te lo prometo.

—*Bien. Mañana.*

—*Adeu*, tete.

—*Adeu.*

Andrés continúa sentado en la misma postura y no tiene aspecto de querer moverse. Masajea la pelota y suspira de nuevo.

—¿No te cansas nunca de esa actitud de mierda? —le pregunto en voz baja.

Andrés se tensa y abre los ojos. En uno de ellos tiene un hematoma, incluso por dentro. Siempre me ha impresionado la longitud de sus pestañas y la profundidad que le confieren a su mirada, pero con toda esa masacre alrededor no parecen ni sus ojos.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—El suficiente para saber que le has mentido a tu hermano. Tienes la cara en carne viva. —Me agacho a su lado, le sujeto el rostro con cuidado y le examino las heridas—. Deberías ir a la enfermería. Ir de verdad.

—Luego iré.

—Mentira.

No hay respuesta. Suspiro y me incorporo. Conozco a Andrés y sé que ahora se siente la persona más miserable del universo. No soporta perder el control y hacer daño a los suyos.

—Levántate —le ordeno.

Para mi sorpresa se levanta sin rechistar. Le indico con la mirada que me siga y estamos a punto de bajar las escaleras hacia la tercera planta cuando…

—¡Andrés!

… Arturo sale del dormitorio y corre a abrazar a su hermano. Y a mí casi se me saltan las lágrimas al verlos. Le aseguro a Arturo que yo me ocupo de las heridas de su hermano y lo insto para que regrese a su dormitorio. Lo hace y, aunque sea imperceptible, yo noto que a Andrés se le ha quitado un enorme peso de encima.

Lo llevo a su habitación y duda cuando llegamos a la puerta, pero la abre y yo entro detrás de

él. Va directo a la cama y se tumba bocarriba. Todo luce como siempre y huele como siempre. Tengo que hacer un esfuerzo por no viajar al pasado. Voy al baño y de camino me topo con una fotografía nueva en las estanterías. Arturo, Patrick y él se lanzan de cabeza a lo que parece ser un cenote. Me pregunto cuándo habrá sucedido. Es actual, eso seguro.

—No tienes que hacerlo —me dice al verme regresar con el botiquín de primeros auxilios en una mano y un vaso de agua en la otra—. Estoy bien.

—Esto no lo hago por ti sino por Aitana y Arturo. No te has mirado en un espejo.

—¿No estoy guapo?

Lo ignoro.

—Tómate esto primero, es un antiinflamatorio de los fuertes, el más fuerte que tienes. —Se lo toma y se recuesta de nuevo—. Si te escuece mucho o te hago daño me lo dices, ¿vale?

—Vale —acepta en un susurro.

Me siento en la cama a su lado y le limpio las heridas con un paño empapado en agua y jabón (es todo lo que he podido conseguir en el baño), una por una. Es un proceso largo y doloroso, estoy segura, porque el corte en el labio es muy profundo, pero él no muestra una sola mueca de dolor. No se queja. No le cambia el semblante. Parece muerto en vida, con la mirada perdida en el techo. Se me rompe el alma. Y estoy tan segura de que le escuece que en un acto demasiado impulsivo en mí, pero que el cuerpo me pide, le soplo con mucho cuidado en las heridas. Andrés me mira. No me cruzo con sus ojos porque los tengo centrados en sus heridas; aun así, siento su mirada sobre mí. A continuación le aclaro bien el jabón y le cubro con un apósito las dos más severas —en la comisura derecha del labio y debajo del ojo— y le masajeo con una pomada las zonas más afectadas por los hematomas.

—¿Te duele?

Andrés gira la cabeza y me mira a los ojos. Yo casi me echo a llorar por segunda vez al ver los suyos, destrozados.

—No.

Vuelve a cerrarlos, adormilado. Tiene que estar muy jodido para que me deje acercarme a él. Andrés siempre me ha buscado cuando yo me encontraba mal, pero otro gallo cantaba cuando las lágrimas eran las suyas. No me permitía ayudarlo, ni siquiera acercarme. En una de las noches más tormentosas de la historia de la Costa Brava, yo salía de la biblioteca cuando lo vi acercarse. Venía de correr, o de empaparse a propósito bajo el aguacero, no sé. Chorreaba de pies a cabeza, los pantalones de chándal y la camiseta de manga larga se le pegaban al cuerpo, parecía más delgado que nunca, tenía los labios azules por el frío y temblaba de pies a cabeza.

—Andrés —lo llamé. No me escuchó, a pesar de no llevar los auriculares puestos—. Ey —insistí, cortándole el camino.

—¿Te apartas, por favor? —me dijo, tan frío como la temperatura de la calle, sin apenas mirarme.

Lo dejé pasar y fue directo a la biblioteca, a la misma mesa donde había estado yo sentada

unos segundos antes, a la mesa donde su hermano estudiaba para los exámenes de primero de bachillerato de antes de Navidad. Arturo levantó la cabeza, como si lo hubiera sentido, y fue a abrazarlo a todo correr. Andrés, inerte, se dejó hacer hasta que le devolvió el abrazo a su hermano, hasta que lo estrujó como si le fuera la vida en ello. A mí me invadió la ternura. Y la preocupación, porque ya había empezado a preocuparme por Andrés. Arturo le susurró algo al oído y abandonaron juntos la sala de estudio. Su hermano es su mayor apoyo, no podrían vivir el uno sin el otro.

Con Andrés era una de cal y otra de arena. Pero cómo me calaban ambas los huesos.

—¿Qué ha pasado con Chris? —le pregunto unos minutos después—. Me refiero a que… ¿Por qué esa animadversión hacia él? ¿Andrés?

No me responde, se ha quedado dormido. Me levanto para alcanzar una manta y lo cubro con ella. Me tumbo a su lado y lo miro a placer por primera vez desde hace mucho tiempo. Parece bueno y todo. Inocente. Los rasgos se le suavizan cuando duerme. O cuando se relaja. Y, a pesar de ello, su presencia es extraordinaria. Su presencia siempre es extraordinaria, aunque esté dormido, y él ni siquiera se da cuenta. No se da cuenta del efecto que tiene en la gente dentro y fuera de la pista. Oh, Andrés. Le acaricio el cabello con ternura, el cabello que por fin se ha cortado, o que por fin le ha cortado Arturo, porque estoy segura de que ha sido Arturo. Tanto como de que Andrés ha sido el que se lo ha cortado a su hermano también. Cierro los ojos y aprieto los párpados con fuerza. Dios, no puedo más. No puedo más. Necesito… necesito dejarlo salir. Necesito decirlo EN VOZ ALTA.

—He tenido mucho tiempo para pensar, desde que sucedió entre nosotros… lo que sucedió. Al principio estaba dolida, muy dolida contigo. Después estaba enfadada. Y después… —suspiro —. No sé cómo contarte esto. No tengo ni idea de cómo contarte esto, Andrés. Yo… Yo estaba asustada. Muy asustada —le confieso al borde de las lágrimas—. Cuando dejé el CAR hace un año sentía algo muy potente por ti. Emociones y sentimientos tan desconocidos para mí que ni siquiera sabía lo que significaban, solo que eran muy fuertes. Más fuertes que nunca en mi vida. Y estaba asustada —susurro—. Te he echado de menos. Cada día. He perdido la cuenta de las veces que he querido mandarte un mensaje mandándolo todo a la mierda y… Esos sentimientos de lo que te hablo ya existían antes de que nos liáramos la primera vez. Creo que existían desde que me dijiste que había una pizzería en tu barrio que se llamaba Nicolasa, aunque en realidad se llamara Nicanora. Me di cuenta una noche, poco después de que empezáramos a estar juntos; te vi con Arturo a través de la puerta entreabierta de tu dormitorio. Tú estabas sentado en una silla y tenías un plato de sopa vacío sobre la cabeza. Arturo te observaba con atención, agachado, a la altura de tus ojos, con unas tijeras en la mano. Estaba a punto de cortarte el pelo. Me recosté en la puerta y os espié sin que me vierais. Arturo te cortó el pelo como si de una operación a corazón abierto se tratara, lento pero seguro. Dio vueltas alrededor de ti y repasó cada mechón hasta que terminó. Entonces tú le cortaste el pelo a él como si estuvieras comiendo, no sé, un paquete de patatas fritas, muerto de hambre. Eso sí, quedó perfecto, y los dos iguales. Me

entraron ganas de besarte, pero no de una manera sexual. De ternura. De cariño. De… ¿De qué, Andrés?

Dios…

Recuerdo un día en que me los encontré a los cuatro en la feria —los gemelos, Patrick y Damián—, pescando patitos de goma en una de las atracciones con *Basket case*, de Green Day, de fondo. Me detuve y aplaudí.

—Muy bien, chicos —les dije con tono de burla amistosa—, muuuy bien. ¿Es otra de vuestras apuestas o soléis venir a menudo?

—Es otra de nuestras apuestas —contestaron Andrés y Patrick al unísono.

—Vienen casi todos los viernes por la noche —me confesó la dependienta de la caseta.

Los cuatro la miraron con sorpresa, por el arranque de espontaneidad, y yo no puede evitar reírme. «Mmm, conque aquí es donde os metéis los viernes por la noche cuando nos decís a Tani y a mí que tenéis asuntos importantes que tratar».

—Pero luego vamos a beber cerveza y a comer costillas —añadió Andrés.

—Primero pasan por las máquinas recreativas y por el puesto donde venden las almendras garrapiñadas —continuó la dependienta. Entonces tres de ellos, Patrick, Andrés y Damián, la miraron con mala cara. Arturo solo reía y asentía con la cabeza.

—Las compra él —replicó Andrés, señalando a Patrick—. Están asquerosas.

—Y tanto —lo apoyó su hermano.

—Bien —me acerqué a Andrés y le rodeé el cuello con los brazos, en ese momento ya estábamos liados y todos lo sabían—, pues si después de jugar con tus amiguitos a los recreativos y de comerte unas almendras garrapiñadas te apetece pasarte por mi dormitorio… te estaré esperando.

Le di un beso rápido en la boca y me di media vuelta, pensando de nuevo aquello de «eres una monada y quiero besarte mucho y muy fuerte». Me asusté, aunque también sonreí.

—Tío —escuché murmurar a Patrick—, no entiendo cómo has conseguido acostarte con ella y no entiendo cómo después de verte pescar patos de goma aún la sigues poniendo a cien. Reconozcámoslo, es mucha mujer para un niñato como tú.

—Pico y pala, pico y pala, pico y pala. Ey, esperad, no nos vamos todavía que ese koala tiene que ser mío. Por cierto, tíos, ¿os habéis dado cuenta de que los koalas son más bonitos de verdad que de peluche?

Ay, Andrés…

Andrés.

—Te recuerdo un día adormilado en tu cama —continúo confesándole—. Te acaricié el flequillo y te despertaste. Sonreíste y yo acerqué mi boca a la tuya. Nos besamos y volvimos a hacer el amor, pero mucho más lento.

Con el corazón a mil por hora me acerco a su boca y lo beso, suave pero intenso al mismo tiempo. Cierro los ojos y dejo sellados nuestros labios hasta que me quedo sin respiración. Y

ojalá no necesitara el aire para respirar porque podría quedarme aquí mucho tiempo más. Me separo y entonces Andrés me abraza. Me rodea la cintura con uno de sus brazos. Está dormido, lo ha hecho de manera inconsciente. Ahora sí que no puedo irme, a pesar de que la intimidad de dormir con alguien, la vulnerabilidad, me aterra.

Una mañana de Navidad, en su casa de Barcelona, nos quedamos dormidos viendo un partido de tenis en la salita que los hermanos comparten frente al dormitorio de Arturo. Su madre abrió de pronto la puerta, despacio, la luz del pasillo se coló y me obligó a entreabrir los ojos. Nos vio, entró y apagó el televisor. Andrés se había quedado dormido recostado en mi pecho. Miranda cerró de nuevo.

Ahora, años después, yo cierro los ojos en este instante y lo siguiente que sé es que la puerta se abre de pronto, despacio, la luz del pasillo se cuela y a mí me obliga a entreabrir los ojos.

21: «Prohibido llamarnos por apodos cariñosos (crea una intimidad que no queremos)»

AITANA

«OK, nena».
«Eres muy gilipollas».

No suelo pensar en nada cuando mantengo relaciones sexuales con Patrick, pero en este instante ni aunque lo intentara podría encontrarme más lejos de mi cama, donde él me penetra sin descanso, así que supongo que no es un día normal. Lo que no sé es por qué. No sé por qué la imagen de él perdido en el empuje de sus caderas, con los ojos cerrados y los labios abiertos (tan frecuente, por otra parte), ha chisporroteado en mi cabeza de tal manera que ha conseguido incluso sacarme de las sábanas, a pesar de que aún me aferro a ellas con los puños. Porque no solo ha sido placer sexual lo que he sentido. Ha sido algo más. Y me ha desestabilizado. Como cuando tropiezas de repente sin esperártelo y te tambaleas unos segundos. Pierdes la noción de todo.

Gimo de pura frustración, pero Patrick lo malinterpreta y empuja con más fuerza. Y más profundo. Abre los ojos, me sujeta las muñecas con sus manos, arrastrándolas y colocándolas a la altura de mi cabeza, y me clava en el colchón. O quizá no lo ha malinterpretado.

Tengo el cuerpo envuelto en llamas; la espalda, el vientre y los muslos perlados de sudor; y unas ganas irrefrenables de rodear las caderas de Patrick con las piernas y atraer su pecho hacia el mío. No es la primera vez que lo tengo encima de mí, ni la número veinte, pero sí es la primera vez que quiero tener su rostro lo bastante cerca como para sacar la lengua y saborear cada rincón. Lamerle la curva del cuello. Repasarle los labios con la lengua. Succionarle la mandíbula.

—¿Dónde coño estás? —me pregunta él con voz ronca, entre empujón y empujón.

Lo miro a los ojos.

—Aquí.

Ladea la cabeza, sin dejar de moverse.

—¿Sí?

—Sí.

Me desembarazo de la exquisita prisión de sus manos, le rodeo la cintura con las piernas, lo agarro por los hombros, lo inclinó sobre mí y hundo la boca en su cuello, en un punto que sé que lo vuelve loco. Y entonces me sorprendo de lo bien que conozco su cuerpo. De que podría navegar a oscuras por él. ¿Cuándo ha sucedido?

—Sí —repito.

Le muerdo, aspiro el sabor de su piel y dejo escapar un gemido descontrolado. Nos corremos los dos un segundo después.

Patrick se desploma encima de mí y permanece ahí mucho más tiempo de lo habitual,

recuperándose. Recuperándonos. Entonces me doy cuenta de que no lo he liberado del abrazo de mis piernas. Y de que no quiero soltarlo. Y de que también le abrazo la espalda con las manos, libres por fin de férulas, cuando ni siquiera he sido consciente de haberlo rodeado.

Le doy un beso suave en el mismo lugar donde segundos antes le he mordido, para calmarle el dolor. Creo que le he dejado la marca de mis dientes. Ups.

—¿Te he hecho daño?

—No, fiera.

Y ahora es él quien me da un beso en el hombro y, con un gruñido, en una extraña mezcla entre el placer y el fastidio, sale de mi cuerpo y se tumba a mi lado. Parece en paz. Hacía tiempo que no veía a Patrick en paz. Como si no tuviera ninguna preocupación en la cabeza. Y sé que tiene miles.

Me levanto y me dirijo al cuarto de baño para limpiarme; tropiezo de camino con la camiseta de Andrés que usó Patrick el otro día. Ya no solo deja todo tirado por su dormitorio, ahora también lo hace en el mío. Me la pongo, porque no sé dónde ha caído mi ropa y no me apetece buscarla.

Cuando regreso del baño, Patrick se ha puesto la ropa interior y busca con la mano algo debajo del colchón.

—¿Qué buscas?

—Mi libro.

—¿*Tu* libro?

—Sí, *mi* libro. Oh, aquí está.

Me siento a su lado, con las piernas cruzadas, y se lo arrebato de las manos.

—¿Te leo?

—Dale.

—«Hubo un hombre que mutiló la Historia. Derribó imperios y borró dinastías».

Y nos perdemos ambos en la lectura de Bester. Nos perdemos tanto que casi no me doy cuenta de que Patrick me acaricia de manera distraída el interior del muslo. Ni de que cuando leo la última palabra («Boltzmann»), como colofón final, él bate palmas en mi piel al ritmo de *Si eres feliz y ya lo sabes bate palmas* a toda velocidad. Qué cotidiano, ¿no?

—Au —me quejo. También río a carcajadas.

—Te apuesto lo que quieras a que puedo hacerlo todavía más rápido. Por cierto, buenos muslos, Claramunt. Oye, casi me había olvidado de mis párrafos favoritos del libro. ¿Quieres que te los lea yo?

—Dale.

O quizá yo sí me doy cuenta. ¿Lo hace él?

Brr. Brr. Brr. Brr.

Brr. Brr. Brr. Brr.

No sé qué hora es, solo sé que aún no ha amanecido y que la luz de la mesita continúa encendida llenando la estancia de una claridad muy tenue de color amarillo. Alargo el brazo y alcanzo el teléfono. Contesto sin mirar quién es. Soy incapaz de abrir los ojos del todo.

—¿Hola?

—*Tani.*

—¿Arturo?

—*Lo siento. ¿Te he despertado? Es que ayer pasó algo, pero no tenía cuerpo para llamarte. Acabo de levantarme y…*

—¿Qué pasó ayer?

Patrick se incorpora detrás de mí y yo giro la cabeza para mirarlo. Él me observa adormilado y con el ceño fruncido. Se le dibuja una arruguita en la comisura de los ojos. ¿Nos volvimos a quedar dormidos leyendo el libro?

—*Ayer por la noche Chris y Andrés se pelearon en las pistas de tenis.*

—¿¿Qué?? ¿Otra vez?

No me lo puedo creer. Patrick me mira alarmado.

—*Sí, otra vez* —responde mi hermano con cansancio.

—¿Están bien?

—*Andrés tiene la cara destrozada y Chris… Creo que está bien.*

Mierda.

—Voy a verlo.

—*OK.*

—Te veo en el desayuno.

—*Sí.*

—¿Qué ha ocurrido? —me pregunta Patrick en cuanto cuelgo.

—Andrés y Chris se han peleado.

—¿¿Qué?? ¿Cuándo?

Se levanta al instante y busca su teléfono.

—Ayer por la noche. ¿Te llamó Andrés?

—No —responde, una vez ha comprobado el teléfono—. ¿Es grave?

—Creo que no. Voy a su dormitorio a verlo.

—Te acompaño, pero antes quítate su camiseta.

Mierda. Es verdad.

Me la quito y se la tiendo a Patrick, que se la pone al instante. Nos vestimos a la vez con un par de pantalones de chándal, cojo la llave del dormitorio de Andrés, nos calzamos y salimos al pasillo. Está desierto; todavía es muy temprano. Meto la llave en la cerradura, pero está abierta. Qué extraño. Nos miramos y arrugamos la frente. Entramos con cuidado, yo en primer lugar y

Patrick detrás de mí, está todo en penumbra y…

Y Andrés no se encuentra solo. Nicki duerme a su lado. Los dos están tumbados de costado, uno frente al otro, respirándose; tienen las piernas enredadas y juntos, así, son una de las cosas más bonitas que he visto en mucho tiempo. Andrés aún lleva puesta la ropa de tenis y Nicki va vestida de calle, con pantalones vaqueros y un jersey de lana. Ni siquiera se desprendió de los zapatos. Sonrío y me acerco a la cama, y ella, como si me sintiera de alguna manera, abre los ojos, alertada. Se levanta con brusquedad y nos ve.

—Hola, Nicki Miliki —susurro. No quiero despertar a Andrés.

—Esto no es lo que parece —nos explica sin apenas respirar, también en un susurro.

—Parece que te has quedado dormida en la cama de mi hermano.

—Ayer lo ayudé a curarse las heridas y… supongo que caí rendida de puro cansancio.

—Claro.

—No me mires así —me advierte con el dedo y los labios fruncidos— y ni una palabra de esto a nadie. Y lo mismo te digo a ti —añade, señalando a Patrick.

—Mis labios están sellados —responde el otro todo cómico.

—Más te vale. Me voy.

—¿Tan rápido?

—Sí.

Claro, huye, huye.

—Adiós, Nicki Miliki.

—Luego te veo. ¡Y no me mires así! —masculla por última vez.

Una vez se ha cerrado la puerta detrás de nosotros, nos acercamos a la cama de mi hermano y nos acostamos uno a cada lado, Patrick enfrente de Andrés y yo a su espalda. Es un Andrés-sándwich en toda regla. Yo lo abrazo con cuidado de no hacerle daño y escondo la cabeza en el hueco de su cuello. Respira con normalidad. Eso es bueno, ¿no? Porque el rostro lo tiene hecho papilla. Permanecemos así un buen rato, sin hacer ruido para no despertarlo antes de tiempo, hasta que Andrés comienza a moverse.

—Buenos días —le dice Patrick con una sonrisa—. ¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubiera metido en una pelea ayer por la noche.

—¿Te duele algo?

—No, solo me tira la herida de la ceja. Sobreviviré.

—¿Y por qué me frunces el ceño?

—No eres la cara que esperaba ver —responde Andrés.

—¿No soy lo suficientemente guapo para ti, Claramunt?

—Ahora mismo creo que cualquiera sería lo suficientemente guapo para mí.

Yo lo abrazo con más fuerza y le doy un beso en la mejilla magullada; sigue siendo igual de guapo que siempre. A Patrick se le borra la sonrisa de la cara de golpe y porrazo.

—¿Hay que darle un par de hostias a Lacoste? —le dice muy serio. Y leal—. Te ha

destrozado la cara.

—No —susurra—. Fue culpa mía.

—¿Qué pasa entre Chris y tú, Andrés? —le pregunto yo—. Porque no entiendo que…

Andrés se incorpora de forma abrupta, interrumpiéndome y soltándose de mi abrazo, y se sienta en la cama, mosqueado.

—¿¿Qué pasa entre Chris y yo?? ¿Qué pasa con todos vosotros? Chris por aquí, Chris por allí, Chris por el otro lado. Chris. Chris. Chris. ¡Se llama Lacoste! O Puto Lacoste, o el imbécil de Lacoste o el príncipe de Bel Air. Qué Chris ni qué hostias. ¿Se viene a vivir un par de meses al CAR y ya es uno más de la familia? Anda, no me jodas.

—Relaja la fresa, Andrés.

—Pues estás tú como para pedirle disculpas…

Andrés bufa y…

—¿Y por qué coño huele mi camiseta a princesa Disney, Patrick?

Patrick y yo abrimos los ojos como platos. Ups. Yo me escabullo a todo correr de la cama (como quien no quiere la cosa, pero a todo correr) no vaya a ser que a Andrés le dé por olerme a mí y una los puntos… De todas formas, no huelo a princesa Disney. Solo es agua de colonia con esencia de mandarina, jazmín, ámbar y vainilla.

—Os dejo, chicos —les digo—. Tengo un montón de cosas que hacer.

—Adiós —masculla Andrés de mala gana de camino a la ducha al mismo tiempo que Patrick, sin que mi hermano lo vea, coge un desodorante de por ahí y se lo pulveriza en las axilas.

No son ni las siete y media de la mañana y, aunque es verdad que tengo un montón de cosas que hacer, primero quiero ir a ver a Chris. Porque me preocupo por él. No entiendo el motivo, ni cuándo ha ocurrido, pero me preocupo por él. Me cae bien, no puedo evitarlo, a él también le gustan los viajes en el tiempo y es como si… como si hubiera nacido para formar parte de nuestra pequeña piña. No sé. Encaja. Por eso voy directa a su dormitorio.

Subo las escaleras, paso por delante de la puerta de Arturo y llego a la última habitación del pasillo. Creo que es esta.

Toc. Toc.

Chris me abre casi al instante, con tan solo una toalla enredada en la cintura, y una pequeña bola de pelo sale disparada hacia el pasillo. Chris corre detrás de ella y la alcanza antes de que llegue a su objetivo, fuera cual fuera. Regresa con ella en brazos sin dejar de murmurar en francés. Por el tono, creo que le está echando la bronca. Lo miro de arriba abajo. No está tan destrozado como Andrés. Al menos no en la parte visible. Y tiene mucha parte visible a la vista.

—¿Qué te trae por aquí, Claramunt Tres?

—Arturo me ha llamado esta mañana y me ha contado lo que sucedió ayer con Andrés. Solo he venido a ver qué tal estabas.

Un par de puertas se abren y dos de nuestros compañeros salen de sus dormitorios,

preparados para la jornada deportiva. Nos miran. Los miramos. Uno de ellos incluso arquea una ceja. Yo arrugo la frente y entonces caigo en la cuenta de que Chris está casi desnudo. Él se mete dentro sin más dilaciones y me invita a entrar. Entramos juntos y mientras él se dirige al baño a vestirse yo me tumbo en la cama, perfectamente hecha. Me sorprende, dado el desorden que reina en el resto de la estancia. Y ni siquiera sé por qué me he tumbado. Ni por qué he entrado; Chris parece estar bien. ¿Qué me sucede? Suspiro. Pero no me muevo.

—¿Y a ti qué te pasa? —me pregunta en cuanto sale del baño todo arreglado. La ropa de tenis perfecta y el cabello repeinado. Chris es un tío muy guapo, tendría que estar ciega para no verlo.

Se sienta a mi lado en la cama.

—¿Por qué crees que me pasa algo?

—¿Porque te has tumbado en mi cama como si fuera un diván?

—¿A ti te gusta alguien? —le pregunto a bocajarro.

—Sí —responde sin dudar.

—¿Y crees que pueden gustarte dos personas a la vez?

—Define gustar. Pero defínelo hablándome de esa persona de la que dudas. No de la otra.

Cojo aire y me dejo llevar. Sin filtros.

—Gustar en el sentido de que me gusta leerle en voz alta nuestro libro favorito. Y me gusta cuando él me lo lee a mí. Me gusta su voz. Me gusta su manera de sonreír y me gustan sus hoyuelos. Me gusta que sea un desordenado y que tenga todo tirado de cualquier manera. Me gusta que siempre desayune lo mismo y me gustan las arrugas que se le forman en la comisura de los ojos. Me gusta su sarcasmo y… —trago saliva— me gusta tenerlo encima de mí. ¿Crees que… crees que se puede no haber visto un remolino en el pelo que siempre ha estado ahí y de repente verlo y que te parezca la cosa más bonita que has visto en tu vida?

—No lo sé —responde en un susurro, y lo escucho más cerca de lo que me esperaba.

Chris se ha tumbado a mi lado. Estaba tan absorta en mi diatriba que ni me he percatado.

—¿Tu siempre has visto los remolinos de la gente que te gusta? —le pregunto.

—La persona que me gusta no tiene remolinos en el pelo. —Enmudece y nos quedamos en silencio durante unos segundos—. Pero tiene una sonrisa que quita el puto hipo y unos ojos tan llenos de ganas de vivir que solo deseas perderte en ellos y que no te encuentren jamás.

Una sonrisa se extiende por mi rostro. Vaya.

—Pues sí que te gusta.

—Tani, ¿puedo darte un consejo?

—Sí.

—El sexo casual funciona hasta que deja de ser casual. Y es un juego muy peligroso.

Chris me clava los ojos de una manera que por un momento pienso que lo sabe todo. Sabe lo que estoy haciendo y sabe que lo estoy haciendo con Patrick. Pero eso es imposible.

—¿Y si solo tiene un fin ilustrativo?

—Entonces lo dejas cuando lo has aprendido todo. Cuando ya lo has hecho todo.

Patrick y yo ya hemos hecho de todo. Nos hemos masturbado el uno al otro, por encima y por debajo de la ropa. Hemos practicado sexo oral. Yo me he corrido con su cabeza entre mis piernas y él lo ha hecho en mi boca. En algunas ocasiones, al mismo tiempo. Ha besado cada palmo de mi cuerpo desde el cuello hasta la punta de los dedos de los pies y yo conozco su silueta de memoria. La tengo tan grabada a fuego que podría dibujarla en el aire con las manos. Hemos follado en todos los lugares habidos y por haber y en mil posturas diferentes, aunque mi favorita es cuando estamos uno frente al otro. Entonces, ¿por qué seguimos haciéndolo? ¿Por qué no hemos parado?

—No nos hemos besado en la boca —confieso.

Chris sonríe, sin dejar de mirar hacia el cielo.

—¿Por qué sonríes?

—Nosotros tampoco nos besamos hasta mucho tiempo después.

Ahora soy yo la que sonrío. Puedes acosarte con una persona mil veces, puedes hacer de todo con ella en la cama, o fuera de ella, pero la magia de besarla en la boca… Supongo que esa magia no puede sustituirse con nada.

—Gracias, Chris.

—De nada —dice. Y hace un mohín. Christopher Lacoste hace un mohín.

—¿Qué ha sido ese mohín? —le pregunto entre risas, pero él pierde al instante el color de la cara y yo pierdo la sonrisa—. Ey, ¿estás bien?

—Sí. Solo se me ha revuelto el estómago de repente.

—¿Te duele?

—Un poco.

—Tienes mala cara. ¿No tendrás alguna herida interna o algo? ¿Mi hermano te dio en la tripa?

—No. Me dio más abajo. Pero estoy bien. Solo ha sido un malestar momentáneo.

Diez minutos después entramos juntos en el comedor. Todos nos miran y murmuran. O lo miran a él y a sus heridas y murmuran. He evitado leer las pantallas del Senticar, pero arden en mensajes. Yo lo invito a que se siente con nosotros, pero él declina. Nos despedimos y yo me dirijo a mi mesa habitual, donde me espera mi familia, cuando Andrés se acerca a Lacoste y se sienta enfrente de él. Yo finjo marcharme y dejarlos solos, pero en realidad me quedo escuchando a pocos pasos.

—Lo siento —se disculpa Andrés. Sin rodeos. Sin más explicaciones. Sin buscar una excusa plausible para su comportamiento. El corazón se me hincha de orgullo. Dios, cómo lo quiero.

—Yo también lo siento —le responde Chris. No me lo esperaba y sonrío.

Me dirijo a mi mesa y Andrés lo hace un par de segundos después. Y todo va bien, todo va muy bien, la conversación es distendida y estamos relajados, a pesar de lo que sucedió ayer (quizá también estamos felices por cómo se ha resuelto), yo miro a Dami y de repente siento que

no sé si aún tengo ganas de besarlo. Nada ha cambiado en él, pero yo lo veo diferente, hasta que aparece Rafa con cara de querer matar a alguien. Va directo hacia Andrés.

—Dime que esos golpes en la cara no te los ha hecho Lacoste y que los que tiene él no se los has hecho tú.

—Estos golpes en la cara no me los ha hecho Lacoste y los que tiene él no se los he hecho yo —repite mi hermano con indiferencia.

—¡Y una mierda! —Reboto en la silla del susto y todo—. ¿Y entonces qué cojones ha pasado?

—Yo he tropezado y me he estampado contra el suelo. En cuanto a Lacoste… no tengo ni idea. Tendrás que preguntárselo a él.

—¿Te crees que soy gilipollas, Andrés?

—Para nada.

—¿Y por qué me tomas por uno?

—Ya te he dicho que…

—Ahórrate las palabras —lo frena—. No estoy de humor ni para escucharte. —Rafa se apoya en la mesa, mira a Arturo a los ojos y lo agarra de la barbilla—. ¿Han sido ellos, Arturo? ¿Se han peleado entre ellos? Tú no sabes mentir, así que habla.

Arturo, por supuesto, no pronuncia una sola palabra.

—Eso me imaginaba —masculla Rafa—. Andrés, te quiero en la pista en cuanto acabes de desayunar. Tú y yo vamos a tener una conversación.

—No se lo cuentes a mi padre, por favor.

—Ya veremos…

Y se marcha sin más ceremonias.

—¿Por dónde íbamos? —pregunta Andrés. Se la suda Rafa y se la suda todo, como de costumbre.

—Hay una competición de saltos *off the record* en los Alpes suizos en abril —le digo yo a Patrick—. ¿Te apuntarías a venir? Porque me apetece. Tiene buena pinta. Podríamos ir todos juntos, si estáis libres.

HAY QUE SER MUY TONTO PARA NO DARSE CUENTA DE QUE CLARAMUNT Y LACOSTE SE HAN LIADO A HOSTIAS. EL ASUNTO ES… ¿POR QUÉ? A MÍ ME HUELE A SEXO…

@ENIGMATICAR

22: Se asemeja a la presencia de tortugas en la Antártida

ARTURO

–HAY una competición de saltos *off the record* en los Alpes suizos en abril —le comenta Tani a Patrick—. ¿Te apuntarías a venir? Porque me apetece. Tiene buena pinta. Podríamos ir todos juntos, si estáis libres.

—¿A los Alpes? ¿En abril? —pregunta Patrick—. No quiero que se me congelen las pelotas.

—En los Alpes no hace *tanto* frío en esa época del año —le explico yo.

Entonces Andrés se lleva la cuchara a la boca y tuerce el morro.

—¿Esto lleva marisco? —pregunta al aire.

—¿Por qué? —le dice Patrick a su lado.

—Me sabe raro.

—¿Raro, cómo?

—Raro como a marisco.

—Pues no comas, por si acaso.

—Tengo hambre.

—Eres una puta cruz en la espalda —protesta Patrick. Le arranca la cuchara de la mano y prueba la crema. La saborea en la boca unos segundos antes de tragar—. No lleva marisco.

Hace unos meses, Andrés, en una noche muy jodida para él, devoró una pizza borracho como una cuba sin darse cuenta de que llevaba trozos de langostino. Las consecuencias fueron fatales. Recuerdo la desesperación con que Patrick me llamó por teléfono para avisarme. Recuerdo la inestabilidad del suelo y de las paredes del hospital cuando llegué. Recuerdo que una parte de mí murió aquella noche por la posibilidad de perder a Andrés para siempre. Una parte que creo que no he recuperado, porque el terror continúa ahí, vivo. También recuerdo a Patrick. Recuerdo el pánico en su rostro. La culpabilidad. El desasosiego. Y una promesa que brotó de sus labios tan cierta como las notas musicales que despuntan de las yemas de los dedos cuando estas rozan las teclas de un piano. Si Patrick dice que esa crema no lleva marisco es porque no lleva marisco.

—Por cierto, tete —me dice Aitana—. ¿Cuándo has estado tú en los Alpes suizos como para saber el frío que hace según la época del año?

Entonces alguien se sienta en la silla a mi lado, la que preside la mesa, y no estoy seguro de quién levanta antes la mirada, es posible que lo hagamos todos al mismo tiempo, pero sin duda mis sentidos saben antes que nadie que es Chris.

—Sí —nos dice él—, ¿cuándo has estado tú en los Alpes suizos, *tete*?

Qué tocapelotas es Chris cuando se pone tonto. Claro que conozco los Alpes suizos. Y no porque haya viajado por mi cuenta, sino porque he ido con él un porrón de veces, a su casa de Lucerna. Le daría una patada en ese trasero respingón con mucho gusto, pero no tiene buena cara, obviando las heridas que le provocó ayer mi hermano. Lo observo con cierta cautela. Que

Chris se siente en nuestra mesa, así, *a priori*, sin motivo aparente, resulta chocante. Y mucho más después de su último desencuentro con Andrés. Se asemeja a la presencia de tortugas en la Antártida. Él, ajeno a todo, abre la boca en un arranque de espontaneidad y familiaridad, pero de pronto se hace consciente del mundo que lo rodea, de que no estamos solos y de las miradas sobre su linda y rubia cabecita.

Me mira de hito en hito. Lo miro de hito en hito.

Mira con el rabillo del ojo a Andrés. Andrés le devuelve su habitual gesto despreciativo. «Ya te he pedido disculpas, ahora muérete».

Mira con el rabillo del ojo a Patrick. Patrick lo examina con una mirada hasta los topes de extrañeza.

Mira con el rabillo del ojo a Aitana. Aitana le sonríe como si estuviera dándole la bienvenida a la familia. «Arturo, no desvaríes, por favor». Después le dice no sé qué sobre una película que ha visto.

Chris no le responde. Mueve los ojos hacia el otro lado de la mesa y mira con el rabillo del ojo a Dami. Dami lo observa con la ceja arqueada.

Me mira a mí de nuevo.

—*Merde* —exclama.

Se levanta de inmediato y entonces, sin previo aviso, vomita encima de Andrés, que se incorpora como un resorte con los brazos en alto.

—¡Me cago en la puta!

Yo también me levanto a todo correr, y estoy seguro de que, si el suelo bajo nuestros pies pudiera hablar, protestaría por la potencia demoledora del chirrido de las cuatro patas de mi silla y de las doce que vienen detrás.

—¿Estás bien? —le pregunto, asustado. Nunca he visto a Chris vomitar y paso demasiado tiempo en internet leyendo catástrofes. Que ayer recibiera una patada de las fuertes en los huevos tampoco ayuda.

—¡No, joder! No estoy bien —grita Andrés—. Me ha vomitado encima. ¿Es una especie de venganza por lo de ayer? Ya te he pedido disculpas, coño. ¿Es que no puedo tener un puto día normal?

No me molesto ni en fulminarlo con la mirada para hacerle saber que NO ME REFERÍA A ÉL. Aitana se levanta y se coloca junto a mí. Yo toco la frente y el cuello de Chris; está sudando. Y tiembla. Cuando nos hemos despertado en mi cama esta mañana estaba bien. Se tambalea y tengo que sujetarlo para que no se desplome. En un instante, decenas de personas nos rodean con preguntas, demandas y murmuraciones que mi cerebro relega a un segundo plano. Solo lo veo y lo escucho a él. Al esfuerzo que realizan sus pulmones por respirar y sus ojos por mantenerse abiertos. Está a punto de perder el conocimiento.

Sin que pueda hacer nada para evitarlo, me lo arrancan de las manos y se lo llevan lejos de mí. Y yo me quedo plantado en medio del comedor, sintiéndome muy miserable y con unas

ganas tremendas de ir detrás de él.

Porque yo no sé cocinar, pero cuando Chris y yo estamos juntos y tiene hambre experimento entre los fogones y él se lo come sin rechistar. Y Chris rechista mucho. Por todo.

Porque cuando está agotado y solo quiere ducharse y meterse en la cama, yo me encargo de quitarle la ropa.

Porque cuando le molesta el gemelo izquierdo, yo le hago el mejor masaje del que soy capaz.

Porque cuando se queda dormido leyendo la novela negra de turno, yo apago la luz de la mesita de su lado de la cama.

Porque cuando le duele la cabeza, yo reparto besos por su frente en un intento de calmar su dolor.

Y ahora acaba de vomitar y yo ni siquiera puedo acompañarlo a la enfermería. Porque aquí no somos Chris y tete. Ni siquiera Chris y Arturo. Aquí somos Lacoste y Claramunt. Aquí somos rivales, y un abismo enorme entre nosotros nos separa, aunque físicamente no mida más de medio metro.

Enemigos.

Aprieto los puños y lucho contra el impulso de ir tras él mientras el revuelo a mi alrededor desaparece. Mientras Andrés se esfuma maldiciendo en catalán. Mientras el resto de la gente vuelve a sentarse a sus mesas como si no hubiera ocurrido nada. Resulta que sí ha pasado algo. Resulta que a mi… que a mi… a mi…

Pierdo. A la mierda todo.

Llego al pasillo en una carrera y justo veo a Chris entrar en la enfermería con Stefan y uno de los enfermeros. Acelero el paso y alcanzo la puerta antes de que se cierre del todo, la empujo y entro sin pedir permiso. El enfermero toma el pulso a un Chris medio desmayado y cuando pregunta si es alérgico a algún medicamento yo abro la boca para responder que no lo es, pero no llego a decir nada porque Stefan me agarra del brazo y lo aprieta para impedírmelo.

—No. Ninguna alergia —explica él.

—Bien. No creo que sea necesario administrar medicamentos, pero por si acaso.

El enfermero continúa hablando, yo soy incapaz de escuchar nada porque Stefan me lleva hasta la puerta y me saca de la habitación a la vez que me susurra al oído:

—Te largas de aquí ahora, Arturo, joder —carraspea y entonces habla en voz alta, con tonito —. Gracias por venir a interesarte por la salud de Christopher, Claramunt, tú siempre tan amable. Arturo, ¿verdad?

Me echa una mirada que viene a decir: «Luego te llamo» y me despacha.

—Sí, era Arturo —escucho que le confirma el enfermero cuando entra de nuevo antes de que, ahora sí, se cierre la puerta del todo—. Es muy buen chico. No le desearía el mal ni a su peor enemigo.

—Ya veo…

Pum.

El entrenamiento de la tarde es largo y tedioso. Dos horas y media que bien podrían haber sido dos días y medio. O siete años en el Tíbet. El móvil ni lo huelo hasta que por fin acabamos. Lo reviso con disimulo mientras Andrés bebe, una vez más, de mi botella de agua.

Jefe del de los panes de ajo a domicilio:
Gastroenteritis.

Arturo:
Voy enseguida.

Guardo las raquetas en la bolsa de deporte, me la coloco en el hombro y me despido de Miguel y Juan Carlos con un movimiento de la mano.

—¿A dónde vas tan rápido, *nen*? —grita Andrés.

—¡A estudiar! Tengo mucha tarea y no quiero que se me acumule más.

—Pero si acaba de comenzar el curso como quien dice. ¡Empollón! ¿Te veo luego en la cena?

—No creo. Picaré algo en las máquinas expendedoras de la biblioteca.

—Repito: ¡empollón!

Sonrío.

—¡Hasta mañana!

Me doy una ducha rápida en mi dormitorio y preparo la mochila, porque por supuesto que quiero ir a ver a Chris, pero también es cierto que tengo que estudiar. Me pasaré un rato por su dormitorio, comprobaré cómo se encuentra y después iré a la biblioteca. Ser deportista de élite y estudiar un grado universitario no es fácil. Sobre todo cuando a la universidad le importa un pimiento que yo no pueda asistir a un examen porque estoy disputando un partido de tenis en Australia o en Miami. Pero eso no me va a frenar para hacer lo que quiero. Para ser quien quiero. Y yo quiero ser biólogo marino. No me importa pasar noches en vela, no me importa arrastrar ojeras durante semanas y no me importa no tener apenas vida social. Me importan los pulpos y las plantas posidonias, como dice Chris. Vaya si me importan.

Sonrío involuntariamente y toco la puerta de Chris con los nudillos. Stefan abre al segundo y tras echar un vistazo rápido al pasillo me coge del brazo y me mete dentro.

—Te voy a matar, Arturo —me reprende al momento.

—¿Por qué? ¿No puedo ir a ver cómo se encuentra un *compañero* después de que vomite encima de mi hermano? Es de primero de primeros auxilios.

—De primero de primeros auxilios te voy a dar yo a ti. ¿Con la cara descompuesta y expresión de absoluto terror y preocupación? No, Arturo. No. Eso no son primeros auxilios. Tenéis que contralaros más o esto va a saltar por los aires.

—No es fácil —susurro.

—No digo que lo sea. Solo digo que tenéis que controlaros más. Ambos.

Tiene razón. Asiento con la cabeza y echo un vistazo a Chris. Está acostado en la cama, dormido.

—¿Cómo está?

—Jodido. Acaba de vomitar por quinta vez. Es una gastroenteritis brusca, de esas que duran veinticuatro horas, pero que te dejan hecho polvo. Le habrá pillado con el sistema inmunitario debilitado por el cambio de ciudad, de clima, de vida y de todo.

Lo miro una vez más. Y el escritorio de su dormitorio vacío. Y la mochila llena de libros en mi hombro. El escritorio de nuevo. Y a Chris otra vez.

—Te quedas —intuye Stefan con un suspiro.

—Me quedo —confirmo yo con una sonrisa.

—Cierra con llave, por favor. Y no abras la puerta a nadie.

—Descuida.

—Asegúrate de que se tome el suero para que no se deshidrate. Cantidades pequeñas cada sesenta minutos una vez deje de vomitar. Si tiene fiebre o le duele mucho el estómago, he dejado ahí los analgésicos —señala la mesita al lado de la cama—. Y llámame si sucede cualquier cosa.

—Por supuesto.

Suspira de nuevo.

—Vaya añito nos espera. A ver si pasa rápido. Yo no sé si ha sido buena idea traer aquí a Chris.

—Vuestra decisión.

—Lo sé. Hasta mañana, Arturo.

—*Adeu*.

Abandona la habitación y yo me acerco a la cama a revisar a Chris. Le retiro el cabello, le toco la frente y le doy un beso suave cuando veo que está todo bien. Parece bueno y todo, ahí dormidito como si no soltara culebras por la boca cada vez que la abre. René duerme junto a él. Sonrío de nuevo. Saco los libros de la mochila y me pongo a estudiar. Necesito escuchar si le ocurre algo o si llaman a la puerta, así que hoy lo hago sin música. Solo con el sonido de la respiración de Chris en la cama y del CAR a través de la ranura de la ventana abierta. El CAR suena a deporte y a familia. A aire libre y a trabajo. Y Chris suena a… a Chris. Los dos juntos son un gran sonido. Un sonido nuevo para mí. Y me doy cuenta de que a partir de ahora el CAR siempre me sonará a Chris. *Era* una de las pocas cosas que él aún no había conquistado.

Una hora después, Chris se despierta y vomita de nuevo. Llega al baño de milagro y yo le sujeto la cabeza para ayudarlo.

—Pero ¡qué mierda estoy vomitando, *putain*! —se queja mientras yo tiro de la cadena. Ha recuperado el habla—. No me queda nada en el estómago.

—¿La mamada que me has hecho esta mañana? —bromeo. No estoy seguro de si para animarlo a él o para animarme yo. No me gusta verlo así, tan débil.

Chris me fulmina con esos ojos azules que son hielo puro y yo lo acompaño a la cama sin

dejar de sonreír. Vuelve a dormirse y, un par de horas después, cuando el dormitorio se habría sumido en la más absoluta oscuridad si no fuera por la luz del escritorio, su padre me llama por teléfono. Sí, su padre me llama por teléfono. Su padre me llama mucho por teléfono. Es un gran hombre. Y un buen padre incluso cuando su propio hijo no le permite serlo. Nos llevamos bien. Nos llevamos mejor incluso que Chris y él. Ellos dos tienen una relación complicada desde que la madre de Cris falleció. Yo intento mejorarla, pero Chris está muy cerrado. Cerrado en cuanto a arreglarlo y cerrado en cuanto a hablar del tema. Es uno de sus límites infranqueables. Uno de los mil que tiene.

—*¿Cómo está?*

—Hecho polvo.

—*¿Fiebre?*

—No.

—*¿Vómitos?*

—No en las últimas dos horas.

—*¿Está despierto?*

—No.

—*Mejor para ti. Christopher es mal enfermo. Se vuelve repelente, desagradable, ingrato, insufrible, irritante y contestón. En fin, inaguantable. Bueno, la verdad es que no difiere mucho de su estado normal. Solo es más intenso.*

Quiero sonreír, porque Chris es así totalmente, pero me nace otra emoción de la boca del estómago.

—Nunca lo había visto enfermo —susurro.

—*No suele estarlo. Y no hay de qué preocuparse. Es solo una gastroenteritis.*

—Lo sé, pero me he asustado.

—*Mañana estará como nuevo. Intenta descansar.*

—Estoy estudiando.

—*Intenta descansar, Arturo* —repite—*, que nos conocemos. No te quedes toda la noche en vela, ¿OK? Chris está bien.*

—OK.

Un rato después, cuando despego la cabeza de los libros y veo que Chris continúa sin vomitar, me levanto, lo despierto y, con mucho esfuerzo, le ayudo a beber el suero, que no lo quiere ni de lejos. Y no me separo más de su lado. Porque no quiero. Cojo uno de los libros y un subrayador amarillo, me descalzo, me quito los vaqueros y me tumbo en la cama con las piernas cruzadas y la espalda recostada en el cabecero. Enciendo la luz de la mesita. Lo bueno de todo esto es que voy a estudiar un montón y adelantar tarea.

En un momento dado, Chris gime y yo le acaricio la cabeza con mi mano derecha.

—¿Qué tal estás? —le pregunto.

—Mal. Me quiero morir.

Dejo el libro sobre el colchón y me recuesto de costado para verle bien la cara. Le toco la frente por enésima vez. Todo normal.

—¿Quieres vomitar otra vez?

—No. Solo morirme. ¿Qué hora es?

—Más de las doce de la noche.

—¿No tienes que irte?

Le acaricio el cabello de nuevo y aproximo mi rostro al suyo.

—No. Me quedo. Tengo que estudiar y además cuando yo estoy enfermo odio estar solo. Me siento vulnerable e indefenso y me gusta que me mimen.

—No me siento vulnerable o indefenso.

Sonrío.

—Claro, porque yo estoy aquí contigo.

Chris gruñe y se da media vuelta. Yo regreso a mi libro y pocos minutos después se gira de nuevo y se agarra a mi cintura con ambos brazos. Una de sus piernas encima de las mías. Se queda dormido. Yo continúo estudiando, subrayando con la mano izquierda porque la derecha acaricia el cuerpo de Chris una y otra vez, hasta que me pesan tanto los párpados que se me cierran los ojos.

Me despierto de pronto y siento como si una apisonadora me hubiera *apisonado* cinco veces seguidas. Me duele cada músculo del cuerpo. Abro los ojos y lo entiendo todo. Me he quedado dormido en la cama de Chris y tengo sus setenta kilos sobre mi flanco derecho. La luz me molesta en los ojos y hay una constante vibración cerca de mi oído.

Brr. Brr. Brr. Brr. ¿Mi móvil?

Muevo la cabeza y lo veo. Sí, mi móvil. Lo alcanzo.

Brr. Brr. Brr. Brr.

Es Andrés.

—*¿Dónde estás?* —me pregunta en cuanto descuelgo.

Miro la hora en mi reloj. Las nueve de la mañana. ¡Mierda!

—Me he dormido.

—*Eso ya lo veo. Trae tu culo a las pistas ¡ya! Rafa está que trina. Te va a tener una hora corriendo.*

Odio correr. Y Rafa lo sabe.

—Voy.

Consigo levantar el cuerpo de Chris, me escabullo y me arrastro hasta el suelo. No tengo tiempo de pasar por mi dormitorio para ducharme y mucho menos por el comedor para desayunar, tampoco tengo cuerpo, pero ni de coña puedo ir a las pistas de tenis en pantalones vaqueros. Rebusco a todo correr en los cajones de Chris y encuentro la ropa que publicitamos juntos hace unos años, ambos tenemos dos equipaciones iguales. Me la pongo y rezo para que Andrés no huela a Chris en ella. Abandono la habitación sin despertarlo y sin recoger ni mis

libros ni mi ropa tirada por el suelo. No tengo tiempo.

A cada paso que doy, peor me encuentro. Tengo sueño, la boca seca, estoy sudando y me siento muy débil. Como si mi cuerpo de pronto pesara trescientos kilos y mis piernas no pudieran sujetarlo. Siento que caigo. Cuando estoy frente a Rafa y mi hermano y se aproximan a mí con miradas extrañas caigo en la cuenta de que lo único que debería pesarme sobre mis hombros no lo hace porque no llevo nada. No llevo las raquetas encima. Bien. He venido a entrenar a las pistas de tenis sin mis raquetas de tenis. Dos puntos para mí.

—Hostias, Arturo. ¿Te encuentras bien? —me pregunta mi hermano preocupado.

Me aprieta el hombro con una de sus manos y yo… yo le vomito encima. Entonces todo se vuelve borroso. Cuando recobro la conciencia, estoy tumbado sobre mi espalda en el suelo de tierra batida. Me siento mareado y me duele todo. Rafa y Andrés me ayudan a levantarme.

—Esto es culpa del puto príncipe de Beckelar —masculla Andrés, aún lleno de vómito.

No tengo fuerzas para responder. Solo quiero vaciar el estómago de nuevo y eso que ayer no cené y hoy no he desayunado. Me llevan a la enfermería y soy consciente de vomitar un par de veces más y de perder el conocimiento. Todo sucede como en una nebulosa.

Cuando despierto de nuevo, estoy en mi cama. Escucho voces en… inglés. Están hablando en inglés. Ni Rafa ni Andrés están junto a mí. Son Stefan, Dami y Chris quienes rodean mi cama, los tres con los brazos cruzados en el pecho. Discuten. Chris me siente y vuelve la cabeza hacia mí.

—Hola, bello durmiente —me saluda en mi idioma, risueño. Tiene mucho mejor aspecto que ayer. Yo me quiero morir. Se sienta en la cama a mi lado y me toca la frente—. ¿Cómo estás?

Gruño en respuesta. Stefan continúa quejándose sin filtro.

—A ver cómo explico yo ahora que tenemos a los tres Claramunts, a Villar de Figueroa y a Nicki Monteserin contagiados de gastroenteritis a partir de que tú enfermaras —masculla Stefan.

¿Qué? ¿Cuándo ha pasado todo eso? Gruño de nuevo.

—¿Andrés ha enfermado? —pregunto en inglés.

—Qué flojo, ¿verdad? —me dice Chris. Y me guiña un ojo.

—La gastroenteritis se propaga mediante el contacto directo con la persona infectada —comenta Dami—, ya sea al compartir cubiertos, comida, bebida o saliva.

—No sé qué haríamos sin tu sabiduría, Murnuais.

—Estoy pensando en voz alta. —Dami mira a Chris con mala cara y sé sin apenas contemplarlo que se ha mordido la lengua para no llamarlo «imbécil»—. Tengo claro cómo se ha contagiado Arturo a partir de ti y cómo se han contagiado Andrés y Patrick a partir de Arturo. ¿Pero Aitana y Nicki? No lo entiendo.

—¿Y cómo explico yo el contagio de Arturo? —continúa Stefan.

—Dale la vuelta —sugiere Dami—. Chris le vomitó encima a Andrés, si eso no es compartir alimentos… Puedes decir que todo estalló a partir de ahí.

—Pero Arturo ha caído antes que Andrés.

—Solo una hora antes. Podemos apañarlo para que crean que ha sido al mismo tiempo.

—¿Apañarlo? ¿Te refieres a engañar?

Chris se tumba en mi cama, a mi lado, en la misma postura en que lo hice yo anoche en la suya, con las piernas cruzadas y la espalda recostada en la pared. Se inclina para coger algo del suelo, una mochila, *mi* mochila, y saca un libro del interior. Uno que conozco bien. Pertenece a mi asignatura menos favorita.

—¿Te leo un poco de estadística? —me pregunta Chris, ignorando por completo la discusión entre su entrenador y mi mejor amigo, como si no fuera con nosotros—. Necesitas descansar y esto es infalible para que te duermas.

No tengo fuerzas ni para reírme ni para replicarle. Cierro los ojos y me dejo arrastrar por el cansancio al país de los sueños, aunque huelen a vómito. No puedo mover ni el dedo meñique. Oigo su conversación de lejos, sin escucharla en realidad.

—*¿Te quedas, Lacoste?* —pregunta Dami. Chris no se molesta en responderle—. *No me parece correcto.*

—*Y a mí me importa una mierda.*

—*Debería quedarme yo.*

—*¿Por qué?*

—*Porque nadie va a sospechar si me ve aquí. Porque soy su mejor amigo.*

—*Y yo el propietario de la ropa que lleva puesta. Ropa que, por cierto, tengo que quitarle para que esté más cómodo, por mucho que me joda, porque mi ropa le queda de puta madre. Y para eso necesito que os larguéis los dos de aquí. Preservación de la intimidad lo llaman. ¿Has oído hablar de ella, Murnuais?*

—*Lo he desnudado decenas de veces. No voy ni a ver ni a tocar nada nuevo.*

—*¿No me digas?*

—*Sí te digo. ¿Y tú no dices nada? Eres su entrenador. Eres la autoridad*. —Chris bufa y ríe en mi oído—. *Christopher no puede quedarse aquí. Es peligroso.*

—*Visto lo visto, Arturo puede contagiarte a ti también, y eso sí es peligroso. No quiero otro nombre que añadir a la lista de infectados. A este paso mañana salimos en los periódicos de tirada nacional: «Gastroenteritis afecta a más de la mitad de los deportistas del CAR». Al final, vais a matarme de un infarto entre todos. Chris, cierra la habitación con llave, por favor. Y no abras a nadie. Llegado el caso, escóndete debajo de la cama si es necesario.*

—*Claro. Cuenta con ello.*

—*Y que Arturo se tome el suero cuando deje de vomitar. Joder, yo esto ya lo he vivido.*

—*Claro.*

—*Vale, te importa una mierda. Me voy. ¿Murnuais? ¿Vienes o qué?*

Ambos se van, porque en cuanto se cierra la puerta lo único que absorben mis sentidos desvelados es a Chris. Solo a Chris. El tacto de las yemas de sus dedos mientras me desnuda y mueve mis articulaciones arriba y abajo con suavidad. Mientras me viste con tan solo un

pantalón corto de algodón. El sonido de su respiración sosegada. El aroma del jabón en su piel limpia y del champú que utiliza para el pelo. El sabor de sus labios cuando se posan en mi frente.

—No hace falta que te quedes solo porque yo me quedé ayer contigo —le digo como puedo, con el último resquicio que me queda de energía.

—Pero tú te sientes vulnerable e indefenso —me dice con sorna, repitiendo mis palabras de ayer—. Y he sido yo el que te ha contagiado.

Eso me temía. No quiero que se sienta obligado. Jamás quiero que Chris se sienta obligado a hacer nada conmigo.

—Puede quedarse Dami.

—No voy ni a molestarme en contestarte a eso, Arturo.

—Vale. Tú mismo.

Suspiro y me doy media vuelta, dándole la espalda.

—¿A dónde vas tan lejos?

—¿Puedo morirme ya en paz?

—Y luego el mal enfermo soy yo… Tócate los huevos. Verás cuando llame mi padre. Cuatro cosas le voy a decir. Y ven aquí.

Se acerca a mí hasta que nuestros cuerpos se tocan y comienza a leer. Hay quien tilda de maravilloso el sonido del tocadiscos. El del amanecer. El de los susurros. El de la brisa de la playa. El del calor del sol. Para mí el más espectacular es el de la voz de Chris hablando de biología marina y estadística, y eso que es mi materia menos favorita. Tardo diez segundos en darme la vuelta, recostar la cabeza en su regazo y abrazarlo. Diez segundos. Es lo que suelo tardar en llegar a Chris.

Diez segundos.

Y me quedo dormido.

Y sueño.

Sueño con los Alpes suizos.

Con la primera vez que estuvimos juntos en los Alpes…

Fue cuatro semanas después de derrotarlo en un partido. Una vez se le pasó el escozor, Chris me invitó a pasar unos días allí con él. Yo ya había cumplido los diecinueve y la temporada fuerte de tenis había finalizado, había conseguido entrar en el cuadro principal de Roland Garrós y me había convertido en el jugador español más joven en ganar un partido en un torneo parisino, así que no tenía que pedir permiso a mis padres para viajar ni darles un millón de explicaciones. Les dije que me iba de vacaciones con un amigo a su casa del lago. Que no entendieran que era la casa familiar de los Lacoste en el Lago de los Cuatro Cantones en Suiza no era mi problema.

—¿El de los panes de ajo a domicilio tiene casa en un lago? —me preguntó Andrés al oído —. Qué nivel, *nen*.

Elevé los ojos al cielo y no respondí. Mi hermano llevaba tiempo insistiendo en que yo andaba liado con el de los panes de ajo a domicilio (razón no le faltaba) y cada vez que me

pillaba hablando con Chris y yo tenía que pedir unos panes de ajo se quedaba mirando fijamente al repartidor.

Chris me esperaba a la salida del aeropuerto de Zúrich al volante de un Jaguar antiguo descapotable de color amarillo. Me bajé las gafas de sol para verlo mejor y por primera vez no me quedé sin aliento por el aspecto de Chris: su coche se llevó todo el protagonismo.

—Dime que vas a dejarme conducirlo en algún momento —supliqué.

—Ni de coña. No sabrías ni por dónde empezar.

No fueron las palabras en sí, después de cinco años con Chris estaba acostumbrado a sus negativas, fue el tono. Brusco y destemplado. Y la carencia de una sonrisa espontánea al verme. Algo había pasado. Lo que no me imaginaba era la magnitud que iba a alcanzar el «asunto» aquel fin de semana de octubre.

—¿Qué te pasa? —le pregunté mientras me acomodaba en el asiento del copiloto después de dejar mi maleta en los asientos traseros.

—He discutido con mi padre.

Algo bastante común. Chris y su padre discuten todas las semanas.

—¿Por qué?

—Por lo de siempre.

Por su madre.

—¿Has probado a…?

—Detente —me interrumpió—. No quiero hablar de mi padre. ¿Qué tal el viaje? ¿Y el imbécil de tu hermano? ¿Has comprobado que no venga escondido en la maleta? Que ese menos jugar al tenis es capaz de hacer cualquier cosa.

—Estoy a punto de bajarme del coche y darme la vuelta.

—Qué va.

Acercó su rostro al mío, me dio un beso rápido en los labios y arrancó.

A pesar de los más de cien kilómetros por hora y de la sensación de velocidad, mientras observaba los colores vivos del paisaje y las montañas tapizadas de verde que dejábamos atrás el tiempo se detuvo. Y no porque Suiza sea conocida universalmente por la marca de sus relojes. Era la sensación de estar transportándome en otro tiempo. Como si las vueltas al sol no hubieran contado para aquellos parajes en más de cinco siglos. Era mágico, romántico y acogedor. Aunque no tanto como la panorámica de las manos de Chris en el volante de color madera. Las manos de Chris desprenden más fuerza que un proyectil que cruza el mundo de lado a lado. En la pista siempre me intimidan y al mismo tiempo ardo en deseos de tocarlas, pero he aprendido a vivir con ello.

Me estremecí y se me erizó el vello de los brazos. Chris pensó que era frío porque de pronto, sin despegar la vista de la carretera, echó el brazo hacia atrás, alcanzó una sudadera suya de color también amarillo y me la ofreció. La acepté. Yo no rechazaría ponerme algo de él ni aunque nos fundiéramos a más de cincuenta grados. El aroma de Chris sobre mi cuerpo es una de las mejores

sensaciones de este mundo. Tanto es así que hubiera permanecido en ese coche un millón de horas más con tal de no quitármela, pero el trayecto apenas duró una.

La entrada a la casa estaba cubierta de hojas de colores tan vivos como los de la carretera, crujían bajo nuestras pisadas y la cálida luz que confería la estampa otoñal rivalizaba con el viento destemplado que al ritmo del movimiento de las copas de los árboles revolvía aún más el cabello rubio de Chris. La necesidad de enredar mis dedos en él crecía por momentos. Quizá por eso lo primero que hice en cuanto entramos en su dormitorio a dejar mi maleta fue empujarlo para que cayera en la cama (no se opuso en absoluto) y tumbarme yo encima de él a besarlo y tocarlo por todas partes. Mis comentarios sobre las increíbles vistas al lago y mis burlas sobre la decoración pueril de su dormitorio los dejé para más tarde.

No habíamos terminado de hacer el amor cuando su teléfono sonó por primera vez. Torció el morro y no lo cogió. Pero, claro, estábamos sudando y gimiendo juntos enredados en sus sábanas infantiles con pelotas de tenis estampadas.

Un poco más tarde, no había deshecho la maleta cuando sonó por segunda vez. Chris torció el morro de nuevo y no lo cogió. Yo arrugué la frente y él me aclaró las dudas:

—Es mi padre.

—Podrías cogerle el teléfono y decirle que estás bien. Para que no se preocupe el hombre. Las personas normales después de las discusiones suelen quedarse tocadas.

Chris extendió la palma de su mano para después encerrarla en un puño y observarla.

—¿Qué haces?

—Veamos, he ido a recogerte al aeropuerto —levantó el dedo meñique—, he conducido de vuelta hasta casa —levantó el anular—, hemos follado en mi cama —el dedo corazón. Me miró —. No sé, no encuentro en qué momento te he pedido tu opinión.

—Eres un puto borde.

Dejé lo que estaba haciendo y abandoné la habitación.

—¡¿A dónde vas, Arthur?!

—¡Por ahí!

Por ahí significaba que me iba a inspeccionar la casa y que no requería de su compañía. Me llevó dos horas explorarlo todo. Así de grande es. Aunque también es cierto que gran parte la pasé mirando el lago embobado. Contemplando las manchas de espuma que se formaban en la cresta de las olas por la fuerza del viento. Y juro que el agua cambiaba de color según desde donde la observaras. Yo ya la había visto azul marino, plomizo, cian e incluso verde esmeralda. Después encontré un billar en una especie de habitación de juegos. Jugué un par de partidas conmigo mismo y regresé a una de las estancias que más me había llamado la atención: una sala de estar pequeña, muy pequeña en comparación con el resto de la vivienda, que contaba con un sofá de cuero blanco, un televisor, una chimenea y un gran ventanal que daba al lago y a una pista de tenis privada. El abuelo de Chris fue tenista en sus inicios y la casa la había mandado construir él. Era acogedora. Hogareña. Encendí la chimenea, aunque no hacía frío, y me tumbé a

ver un documental muy interesante sobre pulpos.

Chris me encontró poco después, quizá por el olor a leña quemada. Acababa de darse una ducha, llevaba el pelo húmedo y desprendía un perfume a jabón muy intenso. Yo estaba despatarrado bocarriba, arrastraba aún el cansancio del viaje y de la sesión de sexo, con una pierna estirada sobre el cuero y la otra en el suelo, un brazo detrás de mi cabeza y el otro sobre el sofá con el mando de la tele en la mano. Chris se tumbó en mi regazo, su espalda sobre mi pecho, y se acomodó sobre mí. Su cabello me hizo cosquillas en el cuello mientras un calor muy agradable se apoderaba de mí. Era o por el cuerpo de Chris o por la chimenea. No lo tenía claro. Despegué el brazo de mi nuca y lo abracé. Cuando Chris se pone borde es porque necesita espacio. Yo suelo dárselo. Y pasado un tiempo siempre regresa a mi lado.

—Esos pulpos son tan feos que dan hasta asco, tete.

—Es porque viven en aguas muy profundas. Su masa visceral es más rugosa.

—Mmm. Qué interesante —contestó en tono irónico.

—Qué bobo eres.

—Nos vamos a abrasar con la chimenea.

—Pues nos desnudamos.

—Desnudarnos nunca es la solución para que tú y yo nos enfriemos. Suele ser justo lo contrario.

—Ahora lo entiendes. Has andado lento. Como en Wimbledon.

—Qué bobo eres.

Reí. El teléfono sonó de nuevo, vibró en el bolsillo de sus pantalones de chándal. Vibró en mi muslo.

—Coge el teléfono, Chris. O lo cojo yo.

—Eso me gustaría verlo —me dijo con esa risa maliciosa suya.

Le metí la mano en el bolsillo del pantalón y cogí el teléfono sin que opusiera resistencia. Aún vibraba en mi mano.

—Solo voy a decirle que estás bien.

—Haz lo que te dé la puta gana, Arturo. Como haces siempre.

Descolgué y me lo llevé al oído.

—*Chris* —dijo su padre.

—No. Soy yo —contesté en inglés.

—*¿Y quién eres tú?* —replicó en el mismo idioma, con sorpresa, alejándose de su francés habitual.

—Un amigo de su hijo, señor.

Chris echó la cabeza hacia atrás y me miró con la ceja arqueada.

—*¿Un amigo?*

—Sí. Solo he cogido el teléfono para que sepa que está bien.

—*¿Y te lo ha permitido?*

—Sí.

—*¿Dónde estáis?*

—En Lucerna.

—*¿En nuestra casa?* —El asombro era palpable en su voz.

Me cabreé con Chris, y así se lo hice saber, propinándole una patada suave en la pierna. Ni siquiera le había dicho a su padre dónde estaba. No lo sorprendió mi golpe, estaba escuchando la conversación, el volumen era alto y él continuaba pegado a mi cuerpo.

—Sí.

—*¿Se ha ofrecido Chris a llevarte allí?*

—Sí.

—*Hoy es el aniversario de la muerte de su madre.*

No me sorprendió ese arrebato de confianza; necesitaba hablar de su hijo con alguien como el respirar. Lo de su madre yo lo sabía. Lo sabía desde mucho antes de coger el avión en Barcelona. Lo sabía desde mucho antes de que me invitara a aquel viaje. Lo sabía desde que lo encontré en internet antes de conocerlo en persona y lo había sabido de verdad durante esos cinco años que llevábamos *juntos*. Le acaricié el brazo con los dedos y le di un beso en la cabeza. Mi niño bonito.

—Lo sé.

—*¿Te habla de su madre?*

—No con palabras.

—*¿Cómo te llamas?*

Ahí Chris sí giró la cabeza para mirarme de nuevo. Me retó con la mirada: «A ver ahora qué le dices, señor conciliador».

—Arthur.

—*¿Arthur?*

No. La verdad, no. Y ya había demasiadas mentiras en nuestra vida, así que…

—Arturo, en realidad. —Mis ojos se dieron de bruces con los de Chris y ambos supimos en ese momento lo que yo estaba a punto de hacer—. Arturo Claramunt.

—*¿Clara…? ¿Arturo Claramunt, el hijo de Robert Claramunt y el mayor rival de mi hijo en la pista?* ¿Ese *Arturo Claramunt?*

—Sí, señor. Ese Arturo Claramunt.

Suspiró y dejó pasar unos segundos. No sé cuántos.

—*¿Desde cuándo?* —preguntó por fin.

—Cinco años.

—*Dios.*

—Sí. Justo eso.

—*Joder.*

Llegados a ese punto, no sabía qué más decir. Entonces le tocaba a él asimilarlo todo. Y

¿cuánto se tarda en asimilar que un hijo mantiene una relación sentimental con uno de sus mayores rivales? Algún día se lo preguntaré.

—Mmmm, tengo que dejarle, señor Lacoste —le dije.

—*Espera. ¿Puedo llamarte a ti cuando no sepa nada de mi hijo?*

—Claro —respondí sorprendido.

Eso no me lo esperaba. Estaba más desesperado de lo que yo creía. También me pareció intuitivo. Lo suficientemente intuitivo como para darse cuenta de que si yo me encontraba en su casa de Lucerna con su hijo podía llamarme a mí cuando no supiera nada de él y obtendría respuestas.

—*Mándame tu móvil a este número. Y cuida de él.*

—Siempre. Adiós, señor Lacoste.

—*Adiós, Arturo. Y gracias.*

Colgué y me cabreé de nuevo con Chris. Lo empujé con mis caderas.

—Ya te vale, Chris.

—¿Ya me vale a mí? Y que me lo digas tú después de lo que acabas de hacer…

Se levantó y sentí frío de repente. Ahí tenía mi respuesta sobre la sensación de calor: no era la chimenea, era Chris. Se acercó al ventanal. Al otro lado todo era de color naranja. Estaba atardeciendo. Dejé caer el mando de la tele y fui detrás de él.

—¿Qué acabo de hacer?

—Descubrirte delante de mi padre.

—No va a decir nada.

—Eso tú no lo sabes.

—Sí lo sé. Él te quiere, Chris. Y está preocupado por ti. Salta a la vista.

—Está preocupado por él mismo. No es una fecha fácil para él.

—No es una fecha fácil para ninguno de los dos.

—Yo sé lidiar con mis fechas. Él no. Y así han pasado los años.

—Chris…

—No. —Se dio la vuelta y me enfrentó con las manos en las caderas—. Ni siquiera lo intentes. Mi padre está muerto en vida desde que falleció mi madre. Vivir con él es una puta agonía. Nuestra casa no es un hogar. Es un lugar frío e impersonal. Solo un recordatorio constante de que ella no está. Ya no vemos películas por las noches juntos en el salón ni cocinamos los fines de semana. Ni jugamos al tenis. No hay risas ni confidencias. Es una puta mierda todo. Debería preocuparse por recomponer su vida más que por encontrar mi localización exacta en cada puto momento de la mía. Quizá entonces yo no estaría lejos de casa en una fecha tan señalada como esta.

Me quedé en silencio sin saber qué decir y con mil palabras al mismo tiempo a punto de escapárseme de la boca. No soy idiota, sé que una pérdida como esa tiene que dejarte tocado, pero nunca me imaginé que el padre de Chris estuviera tan mal años después del fallecimiento de

su mujer.

—¿No dices nada? —insistió Chris.

—No. Prefiero darte un abrazo.

Me acerqué a él para dárselo, pero no me dio tiempo.

—Él tampoco me dijo nada. Actuó.

—¿Él? ¿Quién?

—Y yo llegué tarde al funeral de mi madre porque estaba ocupado perdiendo la virginidad con mi profesor de tenis. Mi padre estaba muy cabreado. Jamás me había gritado con tanto ímpetu, pero al menos fue una reacción de… ¿Arturo?

Diecinueve palabras hicieron falta para que Chris se diera cuenta de que me había quedado paralizado y había dejado de escucharlo. De que se me había helado la sangre en las venas. Diecinueve palabras después de aquellas otras tres: «Profesor de tenis». Un sentimiento muy desagradable se me había instalado en la boca del estómago. Porque yo sabía la edad a la que Chris había perdido la virginidad.

—¿Perdiste la virginidad con tu profesor de tenis? —susurré con aspereza.

—Sí —respondió con cautela.

—¿Y me lo cuentas ahora?

—Perdóneme usted, señor Claramunt. Hace seis años no me presenté en condiciones. —Me ofreció la mano—. Me llamo Christopher Lacoste y mi signo zodiacal es piscis. Mido unos cuantos centímetros más que tú, voy a darte una paliza en nuestro primer enfrentamiento en Les Petits As y perdí la virginidad cuando mi profesor de tenis me recostó sobre la mesa de la cocina donde días antes había desayunado con mi madre ya muerta y me dio bien por el culo hasta que se corrió dentro. Yo también lo disfruté, aunque no tanto como voy a disfrutar follando contigo en un futuro más que cercano. ¿Mejor?

La bilis me subió por la garganta y estuve a punto de vomitar. Una bilis que ya estaba instalada en mi estómago. Por supuesto, la mano no se la di. Y la retiró.

—Puedes ahorrarte los detalles.

—¿Y esa carita de asco, Arthur? ¿Con quién pensaste que podía haber follado a los trece? ¿Con un osito de peluche?

—No lo sé. Con un amigo. Una amiga. Con un vecino. Una vecina. Con alguien de clase. Con alguien de *tu edad*, a fin de cuentas. ¿Cuántos años tenía él?

Aún cabía una minúscula posibilidad de que no fuera tan terrible.

—No sé. ¿Veintinueve? ¿Treinta? Por ahí.

—Qué hijo de puta.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Que qué hijo de la grandísima puta. Ese tío abusó de ti, Chris.

Rompió a reír.

—Arturo, por favor. Adoro tu candidez, pero a veces me sacas de quicio. No abusó de mí.

Follamos y yo me corrí. O creo recordar que me corrí. En cualquier caso, fue consentido. Me ofreció consuelo y yo acepté. Fin de la historia. No hagas un drama, ¿OK?

—Me importa una mierda que fuera consentido, que te corrieras o que lo disfrutaras. Hay tantas cosas mal en esa relación que no sé ni por dónde empezar. O sí. Tú tenías trece años y él treinta. Fue un delito.

—Te he dicho que fue consentido.

—¡Tenías menos de dieciséis años, Chris! Se considera delito. Consentido o no.

—Solo tú, defensor de los desamparados y las causas perdidas, podías tener ese dato.

No quise responder a eso. No podía responder a eso.

—Era mayor de edad y tú un crío. Era tu profesor de tenis y acababa de fallecer tu madre. Se aprovechó de tu vulnerabilidad y de su posición de superioridad para mantener relaciones sexuales contigo. Por Dios, Chris, que tenías trece años. ¡Trece años! ¿Sabes lo que hacía yo a esa edad? Dormir en la cama de mis padres cuando Andrés me obligaba a ver películas de miedo.

—Con catorce dejaste que yo te tocara la polla.

—¡No es lo mismo! No es lo mismo ni de lejos. ¡No me fastidies, Chris!

—¿Por qué coño me gritas? ¿Ahora estás enfadado conmigo porque perdí la virginidad a los trece?

—No. Estoy enfadado con él.

—Él no está aquí y me estás gritando a mí.

—Lo siento. Lo siento —Cogí un mechón de su cabello y lo acaricié—. Es solo que… Me hubiera gustado estar ahí para protegerte.

Nunca estoy donde tengo que estar. Y pesa.

—No había nada que proteger, Arturo. —Me apartó la mano—. No me toques la moral.

—Chris, aunque lo disfrutaras, fue abus…

—No lo fue —afirmó categórico—. ¿Y podemos dejar el tema ya? ¿O quieres joderme el día del todo?

—No quiero joderte el día. Solo quiero que estés bien.

—Eres demasiado altruista. Y estoy bien.

No era altruismo. Y no estaba bien. Chris no dice nada que no quiere decir. Él quería que yo supiera lo de su entrenador. Ahora lo sé. Lo dejó caer porque necesitaba contármelo de alguna manera. Y yo solo quería retroceder en el tiempo e impedir que ese hijo de puta lo tocara. Daría mi vida por retroceder en el tiempo y cambiar un par de cosas.

Chris se dio la vuelta y perdió la mirada en el cristal. Fuera había caído la noche. Yo sentía tanta rabia dentro. Tanta… Ya que era imposible retroceder en el tiempo, yo quería abandonar Lucerna, ir en busca de su entrenador y castigarlo por lo que le había hecho. Porque sí le había hecho algo. Había cruzado una línea que jamás debería cruzarse. Pero Chris era más importante. Que él se sintiera bien era lo más importante. Por eso me tragué las ganas de matarlo, hice el esfuerzo de mi vida para olvidarme de todo y me acerqué al sofá. Recuperé el mando de la tele

del suelo y cambié de canal. Adiós a los pulpos. Busqué uno de música. Lo encontré enseguida y puse el volumen a tope: *Every breath you take.*

Regresé a Chris, que no había cambiado de postura, y lo abracé por la cintura. Apreté mi pecho en su espalda y recosté la cabeza en el hueco de su cuello. «Lo siento», le susurré al oído. Comencé a balancear mis caderas al ritmo de The Police y a canturrearle al oído.

—Cantas fatal —rio Chris, siguiendo la cadencia de mi cuerpo.

—Ese comentario acaba de costarte una mamada, que lo sepas. E iba a hacerte una de las buenas.

Rompió en una carcajada, que era justo lo que yo buscaba.

—A mi madre le encantaba venir a esta casa —me dijo entonces. Oh, mi niño—. ¿Y ves esa pista de tenis?

—Sí.

—Cuando era pequeño solía jugar con mi abuelo siempre que veníamos. Él me enseñó. Murió poco después que mi madre.

—¿Tu padre nunca jugó a nivel profesional?

Chris rio.

—No. No es lo suyo. A mis siete años dejó de ser un competidor real. ¿Y sabías que este lago alberga la leyenda de Guillermo Tell?

—Yo tengo la puntería de Guillermo Tell.

No me lo negó. Solo rio de nuevo.

—¿Conoces la historia?

Sí.

—No. ¿Me la cuentas?

La escapada no había comenzado bien del todo, pero mejoró a partir de ese momento. Mejoró hasta convertirse en un fin de semana de ensueño. Y aquella casa se transformó en nuestro refugio. Vamos siempre que podemos. A disfrutar del paisaje y la tranquilidad. A enfrentar nuestras diferentes opiniones en cuanto a… cualquier aspecto de la vida. A jugar al tenis. A hacer el amor. A nadar en el lago en pleno invierno. Aunque lo que más me gusta a mí es tumbarme en el sofá con Chris en mi regazo y ver documentales sobre peces.



Papá Patrick:
Chicos, pero ¿qué habéis comido esta vez?

Papá:
No han sido ellos.
Papá:

No os acerquéis más a Lacoste. No quiero veros cerca de él.
Papá:
Lo entendéis bien los tres, ¿no?
Papá:
Hablaremos por teléfono en cuanto podáis descolgarlo.

Mamá:
Cariño, ¿cómo estás?
Mamá:
Llámame en cuanto recuperes las fuerzas.
Mamá:
Te quiero.

23: «Yo sé muchas cosas. Los rex están siempre de mal humor porque tienen las patas cortas y les pican los huevos»

NICKI

DIOS, me duele tanto la tripa que no puedo mover ni un solo músculo del cuerpo. No soy capaz ni de abrir del todo los ojos; los párpados me pesan como nunca y tengo la sensación de que voy a vomitar como intente cambiar de postura. Mierda de náuseas. Son más molestas que Andrés en uno de sus días malos. «Gastroenteritis», ha dicho el médico después de que vomitara el desayuno, «y es la sexta que cae en tres días».

Miro hacia arriba. Veo el techo abovedado de la cabaña.

Muevo los ojos hacia la izquierda, hacia los ventanales. Es de día.

Miro hacia abajo, hacia los pies de la cama, hay una coneja correteando por mi suelo detrás de una circunferencia de metal llena de ¿hojas verdes?

Muevo los ojos hacia la derecha, hacia el pequeño salón. Hay dos chicos viendo un partido de tenis en mi televisor. Están sentados en mi sofá, cada uno en un extremo, como si fueran a contagiarse algo. «Tarde».

—Es una obra de arte.

—Tampoco te pases.

—…

—¿Cuántos puntos de set *llevan?*

—Una infinidad.

—…

—El cielo está encapotado.

—¿Quién lo desencapotará?

—Jo, jo. Qué bobo eres.

—Has empezado tú.

¿Eso ha sido el sonido de un beso lanzado al aire?

—…

—Muerte súbita.

—No lo vas a olvidar a corto plazo, ¿verdad?

—No lo voy a olvidar ni a largo plazo.

—…

—¿Ves? La gente se está poniendo los chubasqueros. Ya sabía yo que iba a llover.

—El hombre del tiempo ha hablado.

—…

—Tie-break.

—…

—¿Has visto eso?

—*Ventaja.*

Los ojos se me cierran solos.



En una ocasión me tocó cuidar uno de los exámenes finales de bachillerato de los gemelos; me llevaba muy bien con la profesora (había sido profesora mía en mis primeros años en el CAR) y me pidió el favor.

—Y recordad que yo no corrijo a peso —advertía la profesora a la clase—, así que no sirve de nada enrollarse por enrollarse. Qué creéis que es mejor, ¿calidad o cantidad?

—Calidad —respondieron todos al unísono.

—¿Calidad en cantidad? —respondió Andrés.

Lo miré y le pedí silencio con el dedo índice en los labios, fingiendo seriedad. Me lanzó un beso en respuesta. Comenzó el examen y no pude apartar la vista de su mano, que escribía a toda velocidad. Fue el primero en entregarme el examen y me regaló una de sus medias sonrisas antes de irse.



—*Si quieres lo quito.*

—*No, déjalo.*

—*Podemos ver movidas tuyas de peces.*

—*Me da igual.*

—*No te da igual, tete.*



Cuando atardece y el matiz bergamota domina el cielo, no puedo pensar en nada más que en los helados de naranja. Bruno me contó una vez que eran los favoritos de mamá. Pero eso solo sucede en otoño.



Muevo los ojos hacia la derecha, hacia el pequeño salón. Los dos chicos ya no están tan separados y la coneja está dormida entre ellos.



—No te acerques tanto.

—No puede vernos, está dormida.

—Puede despertarse.

—Qué va. Está en coma. Igual que tú ayer.

—El paciente cero ha hablado.



Un día en que Arturo y yo corríamos juntos por la pista de atletismo, una chica del equipo de gimnasia rítmica se acercó a nosotros y le gritó a Arturo:

—¿De qué vas?

Él giró la cabeza y buscó alrededor —no creía que aquello fuera con él—, y entonces la chica le dio un bofetón en toda la cara.

—Au —se quejó el pobre, frotándose la mejilla.

La chica se marchó y Arturo llamó a su hermano por teléfono.

—¿Qué le has hecho a una chica pelirroja?

—*¿Pelirroja? No me suena* —escuché a Andrés a través de la línea telefónica.

—No me digas más.



Muevo los ojos hacia la derecha, hacia el pequeño salón. Los dos chicos ya no están sentados viendo el televisor. Uno se ha tumbado encima del otro, son un lío de piernas y brazos, y se están enrollando. En mi sofá.

—Au, me has clavado el codo en la tripa.

—Shhh… Y no era el codo.

—Claro que era el codo, fantasma.

—¿Qué tengo que hacer para que cierres la boca ya?

—Si a estas alturas de la película no lo sabes…

Carcajadas.

Muevo los ojos hacia la izquierda, hacia los ventanales. Es de noche.



Estábamos desnudos, acostados en mi cama, cuando le conté a Andrés que uno de los nadadores más condecorados de las últimas décadas se había ofrecido a entrenarme. En Suiza. Acabábamos de hacer el amor y él se estaba quedando dormido bocarriba. Giró la cabeza y me miró con intensidad.

«¿Cuándo te vas?».

«En cuatro semanas».

Nos dormimos poco después y yo aún recuerdo la sensación que me embargó, el deseo de haber dicho algo más. Y a veces pienso que quizá los dos queríamos decir algo más, quizá los dos estábamos esperando a que el otro arrancara y dijera algo. Otras veces pienso que si no dijimos nada es porque no queríamos decir nada. Es evidente, ¿no?



Me encuentro mucho mejor. Por fin. Ya no me duele todo el cuerpo y las náuseas han desaparecido. Tampoco me entran ganas de vomitar si pienso en comer o beber algo.

Muevo los ojos hacia la derecha, hacia el pequeño salón. Ya no están los dos chicos que se han enrollado en mi sofá. Ni la coneja. Ahora hay uno nuevo y juega a un videojuego imposible en mi televisor. Yo no tengo videojuegos.

—*¡Hijo de puta! Te voy a machacar.*

—¿Andrés?

El chico gira la cabeza y me ve. Sí, es Andrés. Y aún tiene la cara destrozada, aunque ya no lleva los apósitos. Pausa el videojuego y se acerca a la cama. Yo me incorporo como puedo y recuesto la espalda en la almohada.

—Hola, Nicki Miliki —me dice divertido.

Hacía tiempo que él no me llamaba de esa manera. Creo que también lo echaba de menos. Vacía el contenido de un sobre de polvos instantáneos en una botella de agua de litro y medio, enrosca el tapón y la menea de un lado a otro. Echo un vistazo a la habitación mientras lo prepara y entonces veo su sudadera. La que me dejó el día del partido y que no le he devuelto. Está tirada en el pie de la cama. Porque duermo con ella. Mierda. Que no la vea. Que no la vea. Que no la vea.

—¿Qué hora es? —le pregunto.

—Las once de la noche. —Continúa meneando el líquido anaranjado de la botella de un lado a otro—. ¿Qué tal estás?

—Mejor. Aunque no puedo moverme demasiado. Estoy al borde del desmayo. ¿Tú?

—Recuperado. Es un virus que dura veinticuatro horas, ya solo te queda el esprint final. ¿Te entra algo en el estómago? —Me enseña la botella con el mejunje dentro.

—No.

—Ya. Pues el suero te lo tienes que tomar. Te sentirás mejor. Créeme, he estado ahí.

Cojo la botella, hago lo que me indica y veo, mientras ingiero el líquido (no está malo), que no me quita los ojos de encima. Y me está mirando de una manera que… ¿Ha visto la sudadera?

—¿Qué me miras?

—¿Me besaste en la boca la otra noche?

El suero me cae como una bomba en el estómago. Que no es lo que mejor me viene, tengo que decir. Ay, Dios, que vomito otra vez. Y yo pensando en la sudadera. ¡Era peor! Dejo la botella sobre la mesa y carraspeo.

—¿Qué noche?

—Ah, ¿qué existen varias posibilidades? —Idiota. Lo ignoro y él prosigue—. La noche en que me peleé con el Príncipe Azul.

Ignoro la cantidad de combinaciones que existen con la palabra «príncipe», pero Andrés se las sabe todas.

—Cuéntame el motivo real por el que él y tú os peleasteis en Wimbledon.

—Es una historia muy larga. —Coloca los brazos en la cintura—. ¿Me besaste, Nicki?

—Tengo tiempo para una historia muy larga, así que puedes contármela.

—Sí me besaste.

—No te besé.

—Sí me besaste. Lo sé.

—Tú no sabes nada.

—Yo sé muchas cosas. Los *rex* están siempre de mal humor porque tienen las patas cortas y les pican los huevos. Y tú te has contagiado de gastroenteritis porque me besaste en la boca la otra noche. Al parecer, lo teníamos medio incubado. Creo que…. creo que lo sentí, Nicki.

Me quedo sin aire. Dios, qué bochorno. Me dejo caer en la cama de nuevo y cierro los ojos.

—Mierda.

—¿Por qué me besaste?

Abro los ojos, pero no me incorporo, toda la fuerza que me quedaba se me ha ido en el movimiento anterior.

—¿Por qué te peleaste con Chris en Wimbledon? —contraataco.

—Porque no me cae bien.

—Mientes.

—Porque me sonrió con su estúpida sonrisa.

—Mientes.

—Porque se interpuso en mi camino.

—Mientes.

Andrés suspira y deja caer los brazos.

—Porque yo acababa de enterarme de que tú regresabas al CAR, él se interpuso en mi camino, me sonrió con su estúpida sonrisa y como no me cae bien le crucé la cara. ¿Contenta?

—Un poco.

—¿Por qué me besaste?

—Porque me dabas pena, con toda la cara destrozada.

—Mientes.

—Porque quería contagiarme de gastroenteritis y librarme del trabajo.

—Mientes.

—Porque quería comprobar si sabías igual que siempre. Pura curiosidad.

Se acerca a mí, despacio, apoya las manos en el colchón y aproxima su rostro al mío hasta quedar a pocos centrímetros el uno del otro.

—Mientes —susurra contra mi boca.

Trago saliva.

—Porque me dio la gana —susurro contra su boca—. ¿Contento?

Andrés me mira con intensidad durante unos segundos, después se aleja y alcanza la botella con el suero. Me lo ofrece.

—Sigue bebien…

Rin. Rin.

Eso ha sido el timbre de la cabaña. ¿Quién narices llama a estas horas?

—¿Esperas a alguien? —me pregunta Andrés.

—No.

—Ya voy yo —me dice, y se dirige a la puerta con sus aires de siempre. Con esos con los que parece que te está perdonando la vida solo por dirigirte la palabra.

—Qué considerado —mascullo—, teniendo en cuenta que no puedo ni moverme.

Me escucha. Porque mira hacia atrás y me hace una mueca. Oh, las muecas de Andrés.

—*Hola, Bruno.*

¿¿Bruno??

—*Hombre, Andrés. ¿Qué tal?*

Se quedan en la puerta y ninguno de los dos entra en mi radar. Y yo quiero que lo hagan. Porque hacía mucho tiempo que no se encontraban juntos en una misma habitación y a mí siempre me ha gustado verlos juntos en una misma habitación y observar sus interacciones. Son casi de la misma estatura, porque Bruno también es muy alto, y riman. Riman juntos, uno al lado del otro. Bruno sabe todo lo que ocurrió con Andrés; sin embargo, no creo que eso afecte a su

relación con él. Porque lo aprecia de verdad. Y lo aprecia porque algo ha visto en él. Algo que le gusta. Y nuestras riñas amorosas no van a cambiar eso. No es su estilo.

—Bien. Muy bien.

—Veo todos tus partidos. Llevas buena temporada, ¿no?

—Bastante buena, sí.

—Eso está bien. ¿Y qué? ¿Te ha tocado hacer de niñera de la pitufa?

—Justo. Arturo y yo nos hemos repartido los turnos y a mí me ha tocado este.

—¿Y Aitana?

—En la cama con gastroenteritis.

—La que habéis liado, macho.

—Bueno, yo ya me iba. Nicki se encuentra bastante mejor y mañana tengo entrenamiento.

—Eh, ven aquí.

¿Qué hacen? ¿Se están dando un abrazo? Por los sonidos que me llegan tiene toda la pinta de que sí. Y ahora susurran. No me lo puedo creer.

—Me ha gustado verte.

—Y a mí.

—No te hagas tanto de rogar la próxima vez.

—Prometido.

—Me quedo a dormir aquí. ¿Te hace un café mañana? Así nos ponemos al día.

—Hecho. Hasta mañana, Bruno.

—Hasta mañana. Y gracias por cuidar de ella.

¿Se va ya?

—¡Andrés! —grito con mala leche.

—¡Qué! —me devuelve con la misma mala leche.

—¡No me dejes aquí tus trastos de la videoconsola!

—¡Mañana me paso a por ellos!

—¡Ni hablar! ¡Llévatelos ahora!

—¡Y de paso me llevo mi sudadera, a no ser que quieras quedártela!

Otra vez me quedo sin aire. Sí la ha visto.

—¡No quiero quedármel…!

Pum. ¿Eso ha sido la puerta?

—¡¿Andrés?! —lo vuelvo a llamar, pero no hay respuesta. ¿Se ha largado sin más? Increíble.

—Se ha ido —me dice Bruno, entrando en mi campo de visión y acortando la distancia que nos separa. Está sonriendo. Sonriendo mucho. Lleva el pelo oscuro despeinando, debe de hacer viento, y los ojos azules le brillan un montón, como siempre—. Hola, pitufa.

—¿Acabas de abrazar al enemigo?

—Sí.

—¿Y lo has invitado a un café?

—Sí.

—Traidor.

—¿Esa sudadera encima de la cama es la susodicha?

—No.

—Cabezota.

—Buenazo.

—Me gusta Andrés.

—Lo sé. Y no te acerques más. Puedo contagiarte.

—Correré el riesgo.

Mi hermano llega a mi cama, se quita los zapatos, el abrigo y se mete debajo del edredón. Buah, está condenado. Y congelado.

—Estás helado.

—Hace frío en la calle. ¿Cómo estás?

—Mejor.

Recuesto la cabeza en su hombro y suspiro.

—¿Quién te ha dicho que estaba enferma?

—Arturo.

—No tenías que haber venido. Mañana trabajas.

—¿Estás de coña? Jamás me he perdido una de tus gastroenteritis. Y ha habido unas cuantas. ¿Te acuerdas de aquella en que le vomitaste el sofá a la vecina? Dios, qué bochorno.

—Bobo.

—Boba. ¿Qué tal con el tenista?

—Complicado.

—Menuda novedad.

—Estoy cansada.

—Duerme. Yo vigilo tu sueño, pitufa.

—No me refería a ese tipo de cansancio.

—Ya lo sé. Pero necesitas descansar. Mañana será otro día.

Sin cambiar de postura, sin reclinarme del todo en la cama, cierro los ojos. Y no hay mejor almohada para dormir que el hombro de mi hermano y el sonido de sus respiraciones; sin embargo, hay algo que me come por dentro, algo que fui capaz de ocultarle cuando vino a buscarme al aeropuerto en mi regreso de Suiza, pero que ahora mismo me siento incapaz de seguir ocultando.

—Bruno.

—¿Qué?

—Te he ocultado algo. Algo importante.

—¿Sobre qué?

—Sobre mis oídos.

Bruno suspira y me rodea con uno de sus brazos. Me acerca a él y me aferra con fuerza.

—Lo sé todo, cariño.

Levanto la mirada.

—¿Cómo?

—Robert Claramunt me llamó hace unos meses y me lo contó.

¿¿Qué??

—¿Por qué no me habías dicho que lo sabías? ¿Y por qué no estás enfadado conmigo?

—Porque tú necesitas tu tiempo, Nicki. Tú llevas un ritmo diferente al del resto del mundo. En todos los sentidos de la vida. Tú estás en febrero cuando los demás estamos en octubre. Así ha sido desde que eras una enana. Y yo lo he respetado siempre. No voy a empezar a forzarte ahora que tienes veintiseis años. A no ser que entres en un bucle infinito y te quedes anclada en febrero y no encuentres la salida hacia marzo. Entonces te cogeré de la mano. Mientras tanto, te dejo gestionar tu propia vida. No sé si eso me convierte en el peor hermano del mundo o en el mejor. No sé si papá o mamá lo habrían hecho así. Lo único que sé es que lo hago lo mejor que puedo. Eres una prioridad para mí, Nicki. Y siempre lo serás. Es la vida que me ha tocado vivir y la elegiría por encima de mil vidas más. Te elegiría siempre a ti.

Dejo que las lágrimas se me deslicen por las mejillas.

—Te quiero —le digo.

—Lo sé.

—¿Qué vamos a hacer si no puedo volver a nadar, Bruno?

—Sobreviviremos, cariño. —Me da un beso en la cabeza—. Como hemos hecho siempre.



SE ABREN LAS APUESTAS PARA ADIVINAR EN QUÉ ORDEN NOS CONTAGIAMOS MÁS DE CINCUENTA PERSONAS DE GASTROENTERITIS. ¡MÁS DE CINCUENTA CONTAGIOS, SEÑORAS Y SEÑORES! ES LA APUESTA MÁS BRUTAL QUE HEMOS TENIDO EN EL CAR DESDE QUE YO LO PISÉ POR PRIMERA VEZ

@LAURA.IBARZABAL

EL PRIMERO EN CAER FUE LACOSTE. ÉL ES EL PACIENTE CERO. Y A PARTIR DE AHÍ, MI APUESTA ES:

NICKI

AITANA

ARTURO

ANDRÉS
PATRICK

@PAULA.GORETTI

ESTOY DE ACUERDO CON LO DE LACOSTE. Y YO ESTABA EN EL COMEDOR CUANDO VOMITÓ ENCIMA DE ANDRÉS, ASÍ QUE MI APUESTA ES:
LACOSTE
ANDRÉS
NICKI
AITANA
ARTURO
PATRICK

@CAROLINA.ASTIGARRAGA

LACOSTE
TRIPLE A
NICKI
PATRICK

@CARMEN.MIRAVALLES

LACOSTE
AITANA
NICKI
PATRICK
ARTURO
ANDRÉS

@CRISTIAN.MONTAÑO

GENTE, ESPERAD UN MOMENTO. ¿y CÓMO SALIÓ EL VIRUS DE ESE GRUPO? ¿QUIÉN ES EL PACIENTE ENLACE?

@BEGOÑA.PRIETO

DOBLAMOS LAS APUESTAS. QUIEN ENCUENTRE AL PACIENTE ENLACE SE QUEDA CON TODO

@LAURA.IBARZABAL

QUE COMIENCEN LOS JUEGOS DEL VIRUS

@ÁLVARO.STCLAIRE

ADORO ESTE CENTRO

@KAILYN.ASTON

EH, TÚ BESASTE A ANDRÉS EN AQUEL RETO. PODRÍAS SER EL PACIENTE ENLACE

@ELLIOT.SCHMIDHEINY

OSTRAS, QUÉ BUENO

@BENJI.MARTÍN

ESO FUE HACE MIL AÑOS, ALLÁ POR OCTUBRE. ESTAMOS A FINALES DE NOVIEMBRE. ES IMPOSIBLE QUE LO INCUBARAN DURANTE TANTO TIEMPO

@ÁLVARO.STCLAIRE

¿AHORA ERES MÉDICO, ADEMÁS DE NADADOR, ALVARITO? QUÉ VERSATIL

@ELLIOT.SCHMIDHEINY

YO TAMBIÉN TE QUIERO

@ÁLVARO.STCLAIRE

MUACCC

@ELLIOT.SCHMIDHEINY

NO SE PERMITE APOSTAR A MENORES DE EDAD. ;)

@CRISTIAN.MONTAÑO

¿QUIÉN LO DICE?

@BENJI.MARTÍN

LA LEY

@CRISTIAN.MONTAÑO

¿QUÉ LEY?

@BENJI.MARTÍN

ESE GUIÑO NO ME HA GUSTADO UN PELO, @CRISTIAN.MONTAÑO. NO TE DIGO POR DÓNDE TE LO PUEDES METER PORQUE ME CENSURAN LA CUENTA. PERO PUEDES IMAGINÁRTELO. (EMOJI POMELO) ;)

@ELLIOT.SCHMIDHEINY

¡CÁLLATE, ELLIOT!

@JULIÁN.ALCALÁ

TÍO, SI EL TRASERO FUERA UNA FRUTA SERÍA UN MELOCOTÓN

@BENJI.MARTÍN

¿¿EN SERIO??

@ELLIOT.SCHMIDHEINY

ES DE PRIMERO DE EMOJIS

@ ÁLVARO.STCLAIRE

NO ES POR NADA, JULIÁN, PERO SE TE ESTÁ YENDO DE LAS MANOS EL EQUIPO JUVENIL DE HOCKEY HIELO…

@CRISTIAN.MONTAÑO

¿QUIÉN ES LA NIÑA ESA QUE DICEN LOS NIÑATOS QUE BESÓ A ANDRÉS CLARAMUNT EN UN RETO?

@ELVIRA.SANTIMAMIÑE

OTRA DEL EQUIPO JUVENIL DE HOCKEY…

@CRISTIAN.MONTAÑO

¡ESA ERA LA APUESTA DE OCTUBRE! ¿QUIÉN HA GANADO?

@LAURA.IBARZABAL

¡ANDA! ¡YO! hE GANADO YO

@LAURA.IBARZABAL

:)

@LAURA.IBARZABAL

¡ELLIOT! ¿POR QUÉ COÑO NO ESTÁS EN LA PISTA? TE CUENTO HASTA TRES

@JULIÁN.ALCALÁ

ESA PALABROTA PUEDE COSTARTE QUE TE CIERREN LA CUENTA. ;)

@ELLIOT.SCHMIDHEINY

DOS

@JULIÁN.ALCALÁ

LO SABRÁS TÚ BIEN, ¿EH, TIMÓN? BUAJAJAJA

@BENJI.MARTÍN

NO ME LLAMES ASÍ EN PÚBLICO, PUMBA

@ELLIOT.SCHMIDHEINY

UNO

@JULIÁN.ALCALÁ

¡BUM!

@ÁLVARO.STCLAIRE

24: «Prohibido mentir»

AITANA

«Júrame que no hay ninguna mierda detrás de todo esto que me estás pidiendo. Júrame que no es por culpa de lo que haya hecho algún gilipollas. Júrame que no te han infravalorado o insultado por no haber estado a la altura en la cama».

«No hay ninguna mierda de esas detrás de todo esto, Patrick».

«Júramelo».

«Necesito que confíes en mí. Punto».

«Bien. Confío en ti. No hagas que me arrepienta».

Gabriel:
Acabo de ver en las noticias que la semana pasada hubo un virus de gastroenteritis en el CAR.
Gabriel:
¿No te pillaría?

Sí me pilló, sí. Veinticuatro horas de muerte, tengo que decir. Aquel *pequeño* malestar en el estómago de Chris resultó ser de todo menos pequeño. Resultó ser mortal. Mortalmente intenso. Y contagioso. Una gastroenteritis en toda regla que se extendió más rápido que los cotilleos en el Senticar. Entre eso y el dislocamiento de mi anular… Menuda temporada llevo, a este paso no llego al campeonato del mundo en verano. Por eso ardo en deseos de llegar a la piscina y subirme a las plataformas. Necesito oler el agua desde ahí arriba. Y la emoción, y el vértigo y el miedo. Necesito no tener otra alternativa más que saltar. Necesito mirar hacia abajo antes de lanzarme y ver los chorros de agua. Necesito zambullirme en esos chorros de agua. Y necesito llevar a la práctica todo lo que he aprendido con Patrick en el último mes.

Hasta mañana por la mañana no me toca piscina (el equipo médico quería asegurarse de que tanto mi dedo como mi estómago estuvieran al cien por cien), pero no me aguanto las ganas y voy a escabullirme, aprovechando que es de noche. Prometo saltar solo desde el trampolín de un metro.

Ni siquiera sé por qué leo el Senticar de camino a la piscina, desde hace más de una semana solo se habla de la apuesta de la gastroenteritis, pero lo hago y lo veo.

¡PATRICK VA A INTENTAR HACER UN MORTAL HACIA ADELANTE DESDE EL MURO CONTRA LA PARED DEL HUECO DE LAS ESCALERAS DEL PATIO DEL COMEDOR PARA LUEGO RETROCEDER HACIA ATRÁS Y CAER DE NUEVO EN EL MURO!

No lo leo entero. Me quedo sin respiración en la parte de «contra la pared del hueco de las escaleras del patio del comedor para luego retroceder». Dejo caer mi mochila al suelo y voy corriendo a las escaleras del patio. ¿Por qué Patrick tiene que arriesgar tanto? Lo odio. Lo he odiado siempre. Llevo viéndolo saltar y arriesgar su vida desde que tengo uso de razón y de los cientos de acrobacias que ha hecho puedo contar con los dedos de las manos las que me han sacado una sonrisa y un aplauso en el pecho.

Lo veo en cuanto abandono el edificio; él sonríe de pura adrenalina, esa misma adrenalina que circula por sus venas justo antes de saltar, y a su alrededor hay un montón de gente que lo palmea en la espalda.

—¡Ey! —grito.

—Claramunt. ¿Qué pasa? —me pregunta Patrick en cuanto me acerco a él.

—*¿¿Qué pasa??* —repito, acentuando cada palabra.

—Sí, qué pasa. Y dímelo rapidito, que tengo prisa. Estoy en algo, enana.

No sé qué me molesta más de Patrick, si su condescendencia, su chulería o su estúpida obstinación.

—No puedes saltar a esa pared.

Quería rapidez, ¿no?

Patrick me mira estupefacto. Parpadea varias veces y sacude la cabeza.

—¿Perdona?

Ah, que no le ha quedado claro. Voy a darle la versión extendida, a ver si hay más suerte.

—Y mucho menos puedes hacerlo con la intención de luego retroceder y regresar al muro. ¡Es una locura! Hay demasiada distancia, Patrick. Si no lo logras y caes por el hueco de las escaleras, te espera un golpe de más de cuatro metros de altura. ¿Se te ha ido la olla o qué? Sueles cometer estupideces a diario, pero esta las supera a todas. No me digas por qué, pero hay días en que desayunas más imprudencia de lo normal. Se te cruzan los cablecitos de ahí arriba —le señalo la cabeza— ¡y ya está liada! ¡Cuatro metros, Patrick! Es demasiada irresponsabilidad incluso para ti. Y por si no has pensado en las consecuencias fatales, ya lo hago yo por ti. Si te rompes algo, despídete de los saltos para el resto de tu vida. O peor. Si caes mal, ¡te matas! Entonces despídete de tu vida, literalmente.

Patrick, durante mi discurso, ha pasado del asombro al disgusto. Ha cruzado los brazos y me ha escuchado mientras contaba hasta diez. Como si lo viera. Me da igual. ¿Está loco?

—¿Me estás vacilando, Aitana?

Ya estamos otra vez con el Aitana… Patrick solo me llama por mi nombre completo cuando se pone en plan beligerante.

—¿En serio esa es tú única respuesta? —contraataco—. ¿Tengo cara de estar vacilándote?

—No, la verdad es que no. Tienes cara de estar metiéndote en mi vida. ¿Tú quién te crees

que eres? —me pregunta muy cabreado.

—¿Qué?

—Que quién te crees que eres para decirme lo que puedo o no puedo hacer cuando no me lo dice ni mi madre.

—Sí que te lo dice, pero tú no le haces caso.

—No me hables de mi madre.

—No he sido yo. Has sido tú.

Patrick mira alrededor y yo hago lo mismo. Estamos dando un espectáculo y la gente nos mira. No distingo los rostros. No me importan lo suficiente como para prestarles atención. Entonces Patrick me coge del brazo y me lleva a un rincón, justo al lado de las escaleras del infierno.

—¿En qué parte de nuestras normas pone que puedes meterte en mi vida? —susurra.

—¿Perdona?

—Ya me has oído. Si crees que follar conmigo de vez en cuando te otorga algún tipo de derecho sobre mis decisiones…

—¡Esto no tiene nada que ver con eso!

—Claro que tiene que ver. ¡Tiene todo que ver, Aitana!

Y dale con Aitana.

—Te estás equivocando.

—Y no te confundas, Claramunt —prosigue sin escucharme—. Tú y yo no somos nada.

—Te estoy diciendo que no tiene nada que ver con nuestro trato —le digo con cansancio—. ¿Estás sordo o qué?

—Y hablando de nuestro trato, ¿te acuerdas de la parte de «no tocar los huevos a Patrick»? Pues esta es una de esas veces en que me los estás tocando. ¡Mucho! Y no de la forma divertida.

Lo apunto con el dedo.

—Cuando se te pase la tontería que llevas encima y te des cuenta de que tanto mis hermanos como yo *siempre* hemos odiado que arriesgues tanto en los saltos y vengas pidiendo perdón…

—¿Qué has dicho?

—¿Sabes una cosa? —Ahora soy yo la que continúo sin hacerle el menor caso—. ¿Quieres matarte? Perfecto. Adelante, ¡tú mismo! Pero desde luego que yo no voy a verlo.

Me doy media vuelta y abandono el lugar.

—Aitana —me llama—. ¡Aitana!

Le saco un dedo en respuesta sin mirar atrás.

—¡Aitana, ven aquí!

Viene detrás de mí e intenta sujetarme del brazo para detenerme, pero me desembarazo.

—¡Aitana!

Y así llegamos a la piscina. Yo caminando a paso acelerado con los puños apretados en los costados, enfadada con él en particular y con la vida en general, y él bufando y jurando en todos

los idiomas detrás de mí y sin dejar de llamarme por mi nombre completo.

Empujo con fuerza la barra de metal de la doble puerta y al instante el olor a cloro me inunda las fosas nasales. Las luces están apagadas. La poca claridad que hay proviene de las de emergencia y de los focos interiores. No sé a dónde voy. No tengo la mochila conmigo y no puedo lanzarme desde un trampolín en el estado en el que me encuentro, pero no puedo parar. Camino hasta que llego al borde de la piscina.

—¡Aitana!

—¡¿Qué?!

Me giro y lo enfrento. Patrick me mira con la mandíbula apretada. ¿Él lo ve todo rojo? Pues ya somos dos.

—Que me contestes —me dice sin apenas separar los labios—. ¿Has tenido el valor de decirme a la cara que siempre has odiado que arriesgue tanto en los saltos?

—¿Valor? ¿Qué valor? Es la verdad.

—¿La verdad? Oh, ¿en serio?

—En serio. Nunca me han gustado.

—¿Nunca te han gustado?

—¿Vas a repetir todo lo que yo diga?

—¿Y dónde estabas los últimos siete años? ¿Dónde estabas, Aitana? ¡¿Dónde coño estabas?!

Oh, oh, oh, por ahí sí que no paso.

—Vete a la mierda, Patrick.

—¿Sabes la cantidad de veces que he saltado en ese tiempo? ¿Lo que he arriesgado? ¿Y dices que tú te has preocupado? ¡¿Cómo vas a preocuparte si ni siquiera me has visto?! ¡O si girabas la puta cabeza para no verme! Y ahora me vienes diciendo que te preocupas por mí. Vete a la mierda tú, Aitana —se acerca a mí y me clava el dedo en el pecho—. Vete a la mierda tú, joder —repite con dolor. Y yo le escupo las mismas palabras que me dijo él el día en que nuestra relación se fue a la mierda.

—Mi vida no gira a tu alrededor.

Patrick retira el dedo de mi pecho y levanta la barbilla.

—Eso ya lo sé. Siempre lo he sabido. ¿Y ahora qué va a pasar? ¿Vas a estar otros siete años sin hablarme?

—Pues a lo mejor sí.

—Pues a lo mejor no me da la gana. Y si te hubieras molestado en mirar hacia abajo, habrías visto que había una colchoneta.

—¿Qué?

Y entonces me besa. Y en el momento exacto en que su *piercing* se topa con mi lengua perdemos el equilibro por la fuerza de su empuje y caemos al agua. Nos sumergimos por completo antes de salir a la superficie y quedamos uno enfrente del otro, con el agua a la altura de las cinturas, empapados. Asustados. Expectantes. ¿Esperanzados? Y yo, lejos de sentir frío,

me siento más caliente que nunca.

Nos lanzamos a la vez a la boca del otro respondiendo a todas las preguntas que no han sido formuladas EN VOZ ALTA. Y me doy cuenta de que no aguantaba ni un solo segundo más sin saber cómo se sentía su boca sobre la mía. Cómo se sentía de verdad. Cómo se sentía cuando la intención no es otra que besar. Y solo puedo decir que la sensación de sus labios presionando los míos lo supera todo. Supera todas las mejores sensaciones. Supera el olor del aire después de la lluvia. Supera la felicidad de llorar de la risa. Supera la libertad de cantar a pleno pulmón. Supera la adrenalina de una competición. Supera los orgasmos que me ha dado.

Él me ofrece su boca. Me deja explorar cada rincón. Me deja llevar el ritmo. Hasta que gruñe y da un paso adelante para acercar más nuestros cuerpos, si acaso es eso posible. Y creo que mantenemos el equilibrio porque nos estamos aferrando el uno al otro. Me agarra de la cabeza con una de sus manos y empuja su lengua contra la mía. Más profundo. Más intenso. Más desesperado. Dejo escapar un gemido y dejo de pensar. Y ya solo quiero hablarle a Patrick de lo que me está pasando. De las cosas que estoy sintiendo. Y se lo cuento todo con mi beso. Todo.

Inclino la cabeza para respirar y él jadea contra mi barbilla. Unimos nuestras frentes y…

—Joder. Joder —exclama él.

Yo respondo con otro beso, ahuecando su mandíbula e inclinando sus labios hacia los míos. Y no quiero que esto termine nunca. No quiero que nuestras lenguas dejen de enredarse, empujarse y devorarse. Por eso bailamos. Por eso nos movemos por la piscina en una armonía que incluso asusta sin dejar de besarnos. A ratos con desenfreno y a ratos con dulzura. Por eso y porque suena música en la piscina. No me había percatado de que el hilo musical estaba encendido hasta ahora. *Everything´s gonna be alright*, de Sweetbox.

Y no sé si la canción nos ha llevado a ello, cuando ambos nos hemos dado cuenta de su presencia, o si el baile lo ha iniciado él o lo he hecho yo.

Bailamos con todas las partes del cuerpo. Con la cabeza, con los ojos, con el rostro, con el torso, con las piernas, con los pies y con los brazos. Entrelazamos los dedos de las manos y no dejamos de girar al ritmo de la música.

Bailamos cara a cara y nos besamos en la boca hasta que yo giro y mi espalda toca su pecho. Ahora sus besos me recorren la mandíbula y el cuello y una de sus manos camina despacio por mi cuerpo dibujando una estela de fuego que amenaza con consumirme. Vuelve a cogerme de las manos y giramos de nuevo. Y otra vez somos alientos en la boca y besos apasionados. Los besos de Patrick saben a infancia, a saltos en la piscina de mis padres y a competiciones bajo el agua. Saben a adolescencia, a leer tumbada en una alfombra y a viajes en el tiempo. Y saben a madurez, a sonrisas con hoyuelos y a arrugas en los ojos. Y él besa de la misma manera que practica *parkour*.

—Vámonos —susurra contra mi boca no sé cuánto tiempo después.

Estoy a punto de contestarle que sí, que nos vayamos al fin del mundo, cuando escuchamos un carraspeo por encima de nuestras respiraciones.

Levantamos la mirada hacia el borde de la piscina y vemos a Chris plantado ahí, empapado, en bañador, con los brazos cruzados en el pecho y ambas cejas arqueadas.

—¿Qué coño haces tú aquí? —le pregunta Patrick.

—¿Qué hago yo aquí? Pues ya que lo preguntas te diré que me estaba relajando en uno de los *jacuzzis* cuando dos energúmenos han entrado gritando y dando bien por el culo. He perdido toda la vibra del momento por vuestra culpa.

—¿Estabas en el *jacuzzi*?

—Estaba en el *jacuzzi.*

—No te he visto al pasar.

—No hace falta que lo jures, Claramunt Tres.

—¿Has sido tú el que ha encendido el hilo musical de la piscina?

—¡Me estaba relajando!

—Escúchame, Lacoste —le dice Patrick, soltándose de mi abrazo y apuntándolo con el dedo. No me había percatado de que no habíamos dejado de abrazarnos—. De esto que has visto, ni una palabra a nadie.

—Claro, cuenta con ello. De todas formas, hace tiempo que lo sé.

—¿Cómo que hace tiempo que lo sabes?

—¿La fiesta de bienvenida del CAR? ¿La de septiembre? Os metisteis en una sala a hablar de vuestras movidas y yo estaba escondido debajo de la mesa.

—¿Y qué hacías tú escondido debajo de la mesa? —le pregunto cuando interiorizo la información y salgo de mi asombro. Patrick aún se encuentra en la fase de «perdona, ¿¿que estabas dónde??».

Chris sonríe, nos guiña un ojo y se marcha, dejándonos con la palabra en la boca.

—Joder…

25: o engullido de un bocado cual Pinocho y la ballena

ARTURO

EN LUCERNA no me di cuenta. No caí en ello. Cuando Chris me confesó lo de su profesor de tenis di por sentado que se trataba de alguien de su pasado, de un tío que le daba clase cuando era niño, de un segundo entrenador, no de alguien que continuaba en su vida. No de su entrenador principal, hijo de una leyenda del tenis, el que lo fichó y comenzó a entrenarlo a los seis años.

Dos meses después de nuestra escapada a Lucerna, en plenas Navidades, la marca de ropa deportiva que compartimos contactó con nosotros para que fuéramos la imagen de su última campaña de *marketing*. Ambos aceptamos y ambos nos encontramos en un selecto club deportivo de Barcelona donde rodamos tanto los exteriores como los interiores. A mí me acompañó Dami y a él, su padre y su entrenador.

Todo fue sobre ruedas, nos echamos unas risas, pero, al mismo tiempo, fuimos capaces de mostrar esa rivalidad que tanto nos caracterizaba de cara al público, aunque por dentro nos muriéramos de ganas por besarnos y tocarnos. No nos habíamos visto en dos meses y teníamos que fingir que éramos indiferentes el uno con el otro.

Chris es muy arisco, esquivo, brusco, frío. Intocable. Intratable. Una de las cosas que más me fliparon de él cuando me permitió llegar a su piel fue precisamente eso: que me permitiera llegar a su piel. Chris mira al mundo como si él fuera un diamante pulido y perfecto y el resto tuviéramos las manos pegajosas de caramelo. «No tocar, por favor y gracias». Por eso nunca di importancia a su actitud de rechazo ante cualquiera. Por eso nunca di importancia a su actitud de rechazo ante *él*. En lo que no me había fijado era en *él*. En lo que decían sus ojos cuando estrechaba el hombro de Chris y este lo apartaba. «Oh, vamos. He estado dentro de tus pantalones».

Aquella bilis que contuve en la boca de mi estómago en Lucerna me subió hasta la tráquea y exploté. Exploté por Chris y exploté porque esa puta bilis llevaba demasiado tiempo viviendo en mi cuerpo.

—Espérame fuera —le pedí a Dami.

—¿Qué?

—Vete al coche y espérame en la calle.

—No te preocupes, no tenemos prisa. Te acompaño a que te cambies de ropa y vamos juntos.

—Damián. —Yo no suelo llamarlo por su nombre completo. Para mí es Dami—. Espérame fuera.

Cruzó su mirada con la mía y me escrutó con mil surcos en la frente, cada surco era una pregunta diferente, pero obedeció.

Fui directo al vestuario que le habían adjudicado a Chris, uno frente al mío, y abrí la puerta de un empujón. No vi la sorpresa en el rostro de Chris ni en el de su padre. Sí la vi en el de él.

Fue un segundo antes de que le diera un puñetazo en la cara con toda la fuerza de mi mano derecha. Me dolió, pero no impidió que le diera otro. Y otro. El cuarto lo esquivó e intentó llegar a mí para devolvérmelo, pero Chris y su padre se pusieron en medio, protegiéndome. El tío es un cuatro por cuatro y yo no me había peleado con nadie en mi vida. Me podía haber pulverizado de un solo soplo, o engullido de un bocado cual *Pinocho* y la ballena, sin la parte bonita (y ficticia) del desenlace, claro. Poco me importaba. Necesitaba descargarme de una vez por todas. Porque ¿qué coño le pasa a la gente? En serio, ¡¿qué coño le pasa a la gente?!

Mientras el hijo de puta soltaba improperios por la boca, Chris empujaba mi pecho para alejarme de él. Y yo no quería alejarme de él, sino que llegara a mí e intentara tumbarme, porque seguro que se llevaba algo más de mi parte. Quería destrozarlo.

—¡¿Estás loco?! —me gritó Chris. Yo no cejaba en mi intento de alcanzar de nuevo al otro; todo lo demás me daba igual—. ¡Que te estés quieto ya, Arturo, hostias!

No lo escuché. Solo veía el rostro de *él*. Le sangraba el labio, pero no encontré satisfacción. Porque yo lo que quería era retroceder en el tiempo y apartarlo de mi niño bonito antes de que le marcara la vida para siempre.

—¡No vuelvas a acercarte a él! —le grité en inglés—. ¡No te atrevas a tocarle un solo pelo de la cabeza o te juro que te corto las manos y la polla!

Entonces todos allí comprendieron lo que sucedía. Bueno, Chris lo había entendido desde el segundo en que entré en el vestuario con cara de «psicópata asesino», como él me llamaría más tarde.

Pero *él* comprendió. Y supongo que comprendió muchas cosas al mismo tiempo. Comprendió mis ganas de partirle la cara y, sobre todo, nos comprendió a nosotros. A Chris y a mí. Quizá mi puño en su cara y las amenazas acababan de firmar mi sentencia de muerte como tenista de élite, pero no podía importarme menos.

Y su padre comprendió. Me sujetó del brazo y sus ojos horrorizados me hicieron cientos de preguntas. Preguntas que yo había contestado con mi puño derecho. Después miró a su hijo.

—Salid de aquí —pronunció con voz de ultratumba—. Los dos. Ahora.

Ninguno obedecimos, yo estaba ocupado luchando contra Chris para acercarme más a *él* y Chris estaba ocupado intentando detenerme con la fuerza de su cuerpo sobre el mío.

—Niñato de mierda —me llamó el otro—, ¡vas a pagar por cada puñetazo! Ándate con ojo.

—¡Te estoy esperando!

—Controla a tu novio o no respondo —advirtió a Chris.

—¡He dicho que salgáis de aquí! —repitió su padre—. Christopher, saca a Arturo. ¡Ya!

—¡¿Y qué crees que intento hacer?!

Chris aprovechó un instante de vacilación por mi parte y me arrastró hacia la puerta, logrando que saliéramos los dos de un solo empujón. Crucé el pasillo desierto y me metí en mi vestuario. Me froté los ojos y crucé los brazos detrás de la cabeza sin poder estarme quieto. Daba vueltas sobre mí mismo. Estaba enajenado. Quería regresar a la puerta de enfrente y terminar lo

que había empezado. Me hervía la sangre. Es una sensación horrible. De frustración. De impotencia. De ira. Era una bomba de relojería.

—¿Tú de qué coño vas, Arturo? ¡DE QUÉ COÑO VAS!

Dejé caer mis brazos y me enfrenté a él.

—¡Yo no voy de nada! ¿De qué vas tú? ¿Cómo puedes seguir con él? ¡¿Cómo?! ¿Y por qué no me lo dijiste?

—¡Porque no es tu puto problema! A ver cómo arreglo yo ahora este estropicio. Joder, qué liada. Dios. ¿En qué cojones estabas pensando, Arturo?

—¡En ti!

—Nos has expuesto. ¡Sin mi consentimiento! No tenías derecho. ¡Me cago en todo, joder! *Bordel de merde!*

—Tenía todo el derecho del mundo.

—No lo tenías, Arturo. ¡No lo tenías! Y delante de mi padre. Me entran ganas de matarte.

—¿Te crees que pensaba en tu padre?

—No. Y ese es el problema. Que esto podría haber ocurrido delante de cualquiera. Te hubieras dado de hostias con él delante de quien fuera.

—Sí. Así que da gracias a que me he dado cuenta de todo en la grabación de un anuncio publicitario y no en un partido de un Grand Slam delante de miles de espectadores.

—¿Tú te estás oyendo? ¿Te estás oyendo, joder? Se te ha ido la cabeza. Podrías haberla liado mucho más. ¡Nuestra carrera está en juego!

—¡Me la suda mi carrera! ¡Me la suda todo!

—Joder.

Entonces fue Chris el que de pura frustración cruzó los brazos detrás de la cabeza y se acercó a una de las paredes, dándome la espalda. Nos quedamos en silencio.

—¿Joder qué? —pregunté, segundos después.

Se dio la vuelta y se acercó a mí con gesto serio. Y enfadado.

—Joder, ¿en qué momento te has creído que podías meterte en mi vida?

—¿En qué momento te has creído tú que no iba a meterme? Si a estas alturas de la película te sorprende lo que ha ocurrido, no sé qué hemos estado haciendo los últimos cinco años y medio.

—Yo sí sé lo que he estado haciendo. El que parece no haberlo escuchado eres tú. Y no será porque no te lo he repetido millones de veces.

No entendía en qué momento la discusión nos había llevado a hablar sobre nosotros. Yo no quería hablar sobre nosotros. No era el momento.

—No quiero hablar sobre nosotros.

—¿Qué nosotros, Arturo? ¿Qué puto nosotros? Ese es el asunto. Que no hay un nosotros. Tú y yo follamos. Hasta que nos aburramos. Punto. No hay nada más ni lo habrá nunca. ¿Y en qué parte de follar te metes tú en mi vida? Adivina. En ninguna.

—Adivina tú. Si quieres follar conmigo, esto es lo que hay. No soy una máquina sin

sentimientos que retoza contigo en la cama y después si te he visto no me acuerdo. Yo no funciono así. Deberías saberlo.

—Sé perfectamente quién eres.

—¿Y entonces?

—Entonces tenemos un problema.

—¿Qué problema?

—Yo sí espero que retoces conmigo en la cama y después si te he visto no me acuerdo. Tú y yo no somos nada. No somos familia. No somos amigos. Y desde luego que no somos pareja. Ni lo seremos. Tú en tu lado de la pista y yo en el mío. Si de paso podemos divertirnos de vez en cuando, puntito que ganamos los dos. Pero hasta ahí. Tú no te metes en mi vida y no opinas sobre con quién follo o dejo de follar a los trece, a los veinte o a los treinta. Yo no me meto en tu vida y no opino sobre con quién follas tú o dejas de follar a los dieciséis, a los veintitrés o a los cuarenta.

—Contigo. Yo follo contigo.

—Y así funcionamos tú y yo —continuó, ignorándome—. Es la última advertencia que te doy. Vuelves a meterte en mi vida y esto se acaba.

Necesitaba apoyarme en algo después de aquel ultimátum, así que me acerqué al banco de madera que había en medio del vestuario y me senté. Me di cuenta de muchas cosas. Una de ellas: que lo que nos estaba pasando no era su culpa, ni la mía. Chris y yo nos movíamos en caminos diferentes. Paralelos pero diferentes.

Y la otra cosa de la que me di cuenta… Aproveché que tenía cerca la bolsa deportiva con la ropa para cambiarme y la mochila con las raquetas y cogí ambas. Me colgué una en cada hombro, suspiré y me levanté con la certeza de que lo que estaba a punto de hacer iba a destrozarme. Pero yo jamás he construido castillos en el aire.

—Me temo que sí tenemos un problema —le dije.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo no soy así. Y no voy a serlo por ti. No puedo mirar hacia otro lado en la vida de la gente que me importa. Si no quieres que me meta en tu vida, tienes que ser alguien que no me importa. Y si quieres ser alguien que no me importa, tienes que estar fuera de mi vida.

—Bien. Entonces *esto* —nos señaló a los dos— se acaba aquí y ahora.

Asentí con la cabeza. Y no lo dilaté más. No quería dilatarlo más.

—Sí. Adiós, Chris. Supongo que… nos veremos por ahí.

No fui capaz de mirarlo a la cara por última vez. Estaba a punto de llorar y no quería hacerlo delante de él. Con todo el dolor de mi corazón lo dejé allí sin mirar atrás. Sin un último abrazo. Sin un último beso. Yo no podía darle lo que él me pedía. O no darle lo que no me pedía. Empujé la puerta y salí disparado de allí. Unas horas antes, había entrado en aquel club exclusivo con la sonrisa más grande del mundo y en ese momento salía con el corazón hecho añicos. Qué inesperada es la vida. Y qué jodida.

En el vestuario de Chris no se oía nada y mientras abandonaba el complejo me percaté de que estaba desierto; habían clausurado esa parte del club para el rodaje. Nadie nos había escuchado. Un problema menos para Chris. Me puse la capucha de la sudadera y las gafas de sol que siempre llevaba en la bolsa, era pleno invierno y el cielo estaba cubierto de nubes, pero las lágrimas ya me resbalaban por las mejillas. Advertí el coche de Dami en la carretera frente a la puerta, él me esperaba dentro. Abrí el maletero para guardar mis cosas y… Exploté mucho antes de llegar a subirme.

—¿Art? —Miró hacia atrás al mismo tiempo que yo cerraba el maletero y estuvo a punto de salir del coche, pero fui más rápido y me senté en mi lugar—. Joder, Arturo, ¿qué ha pasado?

—Arranca.

—Arturo…

—¡Arranca!

Obedeció y yo lloré muy fuerte contra el cristal.

—Arturo, tu mano.

—Estoy bien.

—No te has cambiado ni de ropa. ¿Te has peleado con Lacoste? ¿Qué ha ocurrido?

No respondí. Solo continué sin despegar la frente del cristal y deseé que el tiempo pasara rápido. Ni siquiera me di cuenta de que Dami detenía el coche. Solo sentí que de pronto me cogía la mano derecha y ponía una bolsa de hielo sobre ella.

—Duele —fui capaz de decir.

—Mantén el hielo ahí y no lo sueltes.

Cuando llegamos a la puerta de mi casa, yo necesitaba hablarlo con alguien. Necesitaba desahogarme EN VOZ ALTA. Así que se lo conté todo a Dami antes de salir del coche. Todo.

—Mierda, Arturo.

Me abrazó y lloré en su regazo. Y ahí fue cuando Dami comenzó a odiar a Chris.

Esa noche, en mi casa, mis padres, mis hermanos y yo veíamos una película navideña en el televisor. O ellos la veían. Yo estaba tumbado bocarriba, apático, con las piernas estiradas todo lo que daban de sí hasta chocar con el muslo de mi hermano, la mano derecha escondida en el puño de mi camiseta de manga larga y en la izquierda una pelota de tenis que lanzaba al techo una y otra vez. El techo me la devolvía una y otra vez.

Pum.

Pum.

Pum.

Hasta que me cansé, la cogí entre mis manos y la miré con fijeza. Qué jodido es llorar en secreto. Qué jodido es llorar en silencio. «Voy a dejar el tenis». Estaba a punto de decirlo EN VOZ ALTA cuando Andrés soltó un exabrupto.

—¡Joder!

—Andrés —lo reprendió mi madre.

—Lo siento. Pero no os vais a creer lo que ha pasado. Lacoste ha emitido un comunicado oficial. Su entrenador está fuera.

—¿Cómo fuera?

—No lo va a entrenar más.

—Déjame ver eso.

Mi padre se levantó de su sofá y vino al nuestro a sentarse junto a mi hermano y leer juntos la noticia en el teléfono. Yo no me inmuté. Continuaba apático.

—No explica el motivo.

—No. Solo dice que a partir de hoy no entrenará más con él.

—¿Qué habrá pasado? —preguntó mi hermana con verdadera curiosidad, sentada en el suelo a los pies de mi madre.

—Conociendo al imbécil de Lacoste, cualquier gilipollez.

—Andrés… —Mi madre otra vez.

—¿Qué? Es un niñato mimado y caprichoso. ¿Cómo le permiten hacer algo así justo antes del Abierto de Australia? Menudo gilipollas.

—Mejor para nosotros —dijo mi padre.

—Tete —me llamó Andrés—. ¿Tú no dices nada?

—No tengo nada que decir.

—Vaya tarde llevas, hijo.

Rescaté mi teléfono del rincón del sofá donde había caído horas antes y entré en la noticia. Sentía curiosidad por ver quién había emitido ese comunicado. Era la cuenta oficial de Chris, sí, pero no eran sus palabras. Él no se expresa así. Lo más probable era que lo hubiera hecho su representante. Vi que tenía varios mensajes y aunque no me apetecía una mierda leer ninguno, me sentí en la obligación de atender a su padre. Me había escrito varias horas atrás.

Señor L:
Gracias, hijo. Está fuera del tenis para siempre. Y de nuestra vida. Siento no poder hacer más. Siento no poder matarlo con mis propias manos y siento no poder llevarlo a un tribunal, pero Chris no me perdonaría en la vida el escándalo público. Y él está por encima de todo.

Arturo:
Para él fue consentido. C no ve el abuso ni lo va a ver nunca.

Me respondió al momento.

Señor L:
Lo sé. ¿Mi hijo está contigo?

Arturo:

No. Su hijo me ha dejado.

Señor L:
Lo siento.
Señor L:
Lo siento mucho.

Arturo:
Sí. Yo también.

Señor L:
Hablaré con él en cuanto me lo permita. Has hecho lo que tenías que hacer, Arturo. Y te lo agradeceré toda la vida.

Arturo:
No interceda por mí, señor L. Y gracias por su apoyo en todo.
Arturo:
Adiós.

Fui a guardar el teléfono en el bolsillo del pantalón de pijama, pero apenas lo rocé y me vibró de nuevo. En la absoluta creencia de que se trataba del padre de Chris de nuevo, y en deferencia a lo bien que se había portado conmigo desde que se enteró de lo mío con su hijo, decidí contestarle por última vez, pero me llevé la sorpresa de mi vida al ver de quién se trataba. No era el señor Lacoste.

El de los panes de ajo a domicilio:
Es mejor que abras tú la puerta de tu casa.
El de los panes de ajo a domicilio:
Yo te aviso antes de llamar.

Me levanté al instante del sofá, como si alguien me hubiera pinchado con una aguja en el trasero. Mi corazón hizo el pino puente dentro de mi cuerpo. Dos veces. «¿Chris está aquí?».

Mi padre y mi hermano me miraron con extrañeza con el rabillo del ojo y justo en ese momento sonó el timbre de la puerta.

—Voy yo —anuncié.

—Qué intuición —expresó mi hermana.

Andrés torció aún más el gesto, pero no dijo nada. Salí de casa y ahogué una palabrota cuando mis pies descalzos se toparon con el empedrado de fuera. Estaba helado. Y ahogué dos palabrotas más cuando me clavé dos piedrecitas puntiagudas en el talón. Quizá debería haberme calzado, pero Chris estaba en la puerta de mi casa. No creo que sean necesarias más explicaciones. Me detuve un segundo a respirar junto a la pequeña puerta al lado de la verja antes de abrir.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté en cuanto lo tuve enfrente—. ¿Te has vuelto loco? ¿Qué quieres?

—Hablar contigo.

—¿De qué?

—Del tiempo. ¿No me vas a dejar pasar? Te creía más educado.

—Mi familia no puede verte.

—Seguro que se te ocurre algo.

Suspiré. Recuerdo sentirme de mil maneras diferentes. No esperaba ver a Chris tan pronto después de nuestra *ruptura*. Una parte de mí quería que se fuera lejos para que pudiera olvidarme de él. Otra parte quería retenerlo junto a mí. Otra parte quería dialogar. Otra parte quería gritarle por habernos hecho aquello. Otra parte quería abrazarlo. Otra parte quería besarlo. Una orgía de emociones, pero sin duda la que se llevaba la palma era la apatía. Creo que después de todo lo que había llorado esa tarde, fue un mecanismo de defensa de mi propio corazón. Solo esperaba que se mantuviera firme hasta que Chris se fuera.

Era de noche y yo no me había molestado en encender las luces de fuera. Estábamos en penumbra y era imposible que alguien lo reconociera de lejos, aun así, le subí la capucha de la sudadera y lo agarré de la manga (no le cogería la mano ni loco) para meterlo dentro.

—Sígueme. Y no hagas ruido.

Eché un vistazo a la casa mientras la rodeábamos por el jardín hasta la cocina; no había moros en la costa.

—Mierda —mascullé cuando mis pies se toparon con más piedras. Me estaban machacando.

—No hagas ruido tú, Arturo.

Lo ignoré. Maniobré la manilla de la cocina para que se abriera (es un movimiento muy específico y secreto) y metí la cabeza por el pequeño hueco que dejé abierto. Despejado. Subimos por las escaleras de caracol hasta la segunda planta, la de mis hermanos y mía, y entramos en mi dormitorio. Lo primero que hizo Chris en cuanto cerré la puerta fue cogerme la mano derecha y examinarla con atención. El contacto envió pequeños escalofríos de placer y familiaridad a través de mi cuerpo y la retiré con brusquedad.

—Estoy bien. ¿De qué quieres hablar? —le dije de malas maneras mientras él echaba un vistazo en derredor. Lucía una expresión en el rostro de «por supuesto que tu cuarto tenía que ser así».

Por mi parte, a la orgía de emociones de mi pecho había que añadir el hecho de que Chris estuviera en mi habitación. Era extraño pero familiar a la vez. Como si desentonara con el color azul mar de las paredes, pero al mismo tiempo fuera un elemento más que siempre había pertenecido al lugar. ¿Como si hubiera llegado antes que las paredes? No sé. Se detuvo frente al acuario gigante incrustado en la pared y acarició el cristal con sus manos. Yo deseaba que se fuera más que nunca.

—¿Qué hay al otro lado?

—La habitación de Andrés. Pero no puede vernos desde allí.

—¿Echaste abajo media pared de tu hermano para colocar a tus peces?

—Sí. ¿Me vas a decir ya qué haces aquí?

Chris se dio media vuelta y clavó sus iris azules en los míos.

—No parece que te alegres de verme.

—Porque no me alegro de verte.

—Hace unas horas me comías con los ojos mientras nos fotografiaban.

—Hace unas horas estábamos liados. Ahora no. Así que mis ojos no te comen de ninguna manera.

—De eso venía a hablar contigo.

—No —declaré tajante.

—¿No qué?

—No pienso volver a acostarme contigo. Nunca. Jamás. Ni de coña. Olvídalo. Búscate a otro igual de conveniente que yo.

—No era eso lo que iba a decir…

—Por si acaso.

—… pero gracias por la aclaración.

—De nada.

—Iba a decir que me has dejado con la palabra en la boca y que a mí nadie me deja con la palabra en la boca.

—¿Perdona?

—Te has largado sin darme opción a réplica.

Coloqué las manos en las caderas y reí de pura frustración.

—Tiene que ser una broma.

—Para nada.

—En primer lugar, di la conversación por finalizada en cuanto decidiste zanjar lo nuestro y yo acepté. En segundo lugar, ¿has venido hasta aquí, a la casa de tus mayores enemigos, para replicarme?

—Si a estas alturas de la película aún no me conoces…

—Muy bien. —Di un paso hacia él—. Habla por última vez. Dime lo que me tengas que decir y lárgate.

—Qué puto borde eres.

—Todo se pega.

—¡Me estás exasperando mucho, Arturo! ¿Qué pasa contigo?

Chris dio un par de pasos más hacia mí y me miró cabreado. Yo también tenía cabreo para rato, así que me acerqué más y lo miré de la misma forma.

—¿Conmigo? ¿Qué pasa contigo? Ya estoy fuera de tu vida. Ya no voy a inmiscuirme en tus asuntos. ¿Qué más quieres de mí? ¡Olvídate de que existo y déjame en paz!

Él dio otro paso más.

—¡Ahora no quiero nada de ti! Pero sí habría querido muchas cosas. Habría querido que no te metieras en ella en primer lugar. Habría querido que todo continuara como estaba. Habría querido que te mantuvieras al margen. Habría querido que te limitaras a follar conmigo. ¡Mira lo que has conseguido!

—Bien conseguido está.

—¿Perdona?

Me acerqué hasta tener su cara muy cerca de la mía. Quería que me escuchara alto y claro.

—He conseguido alejarlo a él de ti y lo volvería a hacer una y mil veces más. He sacrificado mi relación contigo —agarré un mechón de su cabello con la mano y lo encerré en mi puño—, pero no va a volver a tocar un solo pelo de esta cabeza —lo solté—, así que bien sacrificada está. Abusó de ti y jamás me arrepentiré por haberlo sacado de tu vida, aunque en el proceso te haya perdido a ti.

Antes de que mi cerebro pudiera procesarlo, la lengua de Chris estaba dentro de mi boca y sus manos me apretaban la cabeza. Dos contactos que enviaron al instante descargas de adrenalina y placer por todo mi cuerpo. En los pocos segundos que tardé en reaccionar impactamos contra la puerta de mi habitación. Y menos mal, porque sentía que las paredes del dormitorio se movían frenéticas alrededor de nosotros y que el suelo desaparecía bajo mis pies. No tenía ni idea de lo que significaba aquello, ¿una despedida? ¿una reconciliación?, pero me dejé llevar porque cuando Chris me besa de esa forma tan hambrienta y visceral yo me dejo llevar. ¿Al fin del mundo? A donde sea.

Envolví su rostro entre mis manos; estaba frío en contraste con su boca caliente. Bajé los brazos y lo abracé entero, para que él entrara en calor y para encontrar yo mi estabilidad. Apenas nos entraba aire en los pulmones y las respiraciones se nos aceleraron hasta dominar cualquier otro sonido. Solo separamos las bocas los pocos segundos que tardamos en desprendernos de mi camiseta y de su sudadera. La sudadera oscura con rayas blancas en los brazos que le habían puesto para el anuncio. No se había cambiado de ropa. Miré la prenda tirada en el suelo y estuve seguro de que se agotaría en horas en cuanto el público la viera sobre el cuerpo de Chris. Reanudamos los besos con la boca abierta en un intento de comernos el uno al otro mientras bajábamos mi pantalón de pijama y el suyo de chándal a juego con la sudadera. Y entonces tocaron a mi puerta:

Toc. Toc.

Nos separamos al instante y nos mantuvimos en silencio mirándonos a los ojos. En los suyos no encontré terror, solo precaución.

—*¿Tete?*

«Andrés», pronuncié con los labios húmedos por su saliva. Chris elevó los ojos al cielo. También ahogó un resoplido.

—¿Qué? —respondí con cautela.

—Te has ido a abrir la puerta y has desaparecido.

—Sí.

—Y ya sé que nos has dicho un millón de veces durante toda la tarde que estás bien, pero yo sé que ocurre algo. Has llegado tocado a casa y te he visto la mano. ¿Con quién te has peleado? ¿No habrá sido con el imbécil de Lacoste?

«El imbécil de Lacoste» arqueó las cejas. Seguíamos abrazados. Retiré mi mano de su cintura y le indiqué con el dedo que se mantuviera en silencio.

—Ahora no, Andrés.

—Solo dime que estás bien. Pero dímelo de verdad.

—Estoy bien.

—No me lo creo, Arturo. Júrame que no ha sido a él.

—¿Qué? —pregunté confundido. Chris estaba igual de confundido a mi lado.

—Júrame que esas heridas en la mano no son por pegarle un puñetazo a Lacoste. Porque si es así, algo muy grave ha debido de hacerte para que tú le hagas daño. Y si él te ha dañado a ti de alguna manera, yo acabo aquí y ahora con toda esta mierda, Arturo.

—No ha sido con él —le aseguré con convicción. Fui más vehemente que en toda mi vida. Lo último que quería era que Andrés pensara que Chris me había hecho daño—. Te lo juro.

—¿Ves? Ahora sí te creo. Dime que estás bien.

—Lo estaré.

—Me vale. De momento.

—Bien.

—¿Te cuento un secreto, Arturo?

—¿Qué?

—Sé que si abro la puerta de tu habitación me voy a llevar una sorpresa.

«Sí. Una mucho más descomunal de la que crees». Chris y yo no habíamos dejado de mirarnos a los ojos, pero en ese momento ambos dirigimos la mirada al pomo de la puerta junto a mi cadera.

—No la abras.

Escuché a mi hermano suspirar.

—No la voy a abrir. Te respeto demasiado como para hacerlo.

—¿Puedes asegurarte de que no la abra nadie? Ni mamá ni papá. Ni Aitana.

—Sí, tranquilo. Yo vigilo y os cubro. Si quieren cruzar, tendrán que hacerlo sobre mi cadáver.

Chris me miró con sorpresa y a mí me dio una pena terrible porque no tenía ni idea de quién era mi hermano. Solo se limitaba a odiarlo.

—Gracias.

—¿Hasta cuándo?

Miré a Chris en primer lugar, a la oscuridad de la calle en segundo lugar y a Chris de nuevo

en tercer lugar.

—Hasta mañana por la mañana.

Otro suspiro de mi hermano.

—*Está bien. Tú despreocúpate, ¿OK?*

—OK. Gracias.

—*Tete.*

—¿Qué?

—*Pon un poco de música. Se os oye.*

A mí me ardieron las mejillas y Chris estranguló un gemido en la curva de mi cuello.

—Vale.

Los labios ansiosos de Chris subieron de mi cuello al lóbulo de mi oreja y de ahí a mi boca y yo fui capaz (no sé cómo, porque me besaba sin descanso) de sacar el teléfono de mi bolsillo y poner música a través de los altavoces de la mesita al lado de la cama. Lancé el móvil al suelo, apagué la luz de un sopapo en la pared y volamos al centro del dormitorio a desnudarnos con impaciencia pausada, con urgencia adormecida, saboreando cada porción de piel que íbamos liberando con manos y bocas, hasta que los dos estuvimos completamente desnudos. La fuerza de nuestros movimientos me empujó hasta que impacté con la cama. Fui a sentarme, pero finalmente me arrastré hasta acabar sentado en el suelo. Recosté la espalda en el canapé y extendí los brazos por encima del colchón. Levanté la cabeza, miré hacia el techo y gemí de puro placer mientras Chris me devoraba el cuello. Y la clavícula. Y el pecho. Y la cintura. Y la polla. Y el culo. Calor. Hacía mucho calor.

—Voy a correrme. Chris…

Me sentía tan mareado de placer que apenas era consciente de lo que hacía. En algún momento dejó de devorarme con la lengua y me colocó el trasero encima de sus caderas. Me quedé sentado encima de él, sentí la punta de su erección penetrarme, cerré los ojos y se lo ofrecí todo a Chris, que me hizo el amor con cada parte de su ser. Nuestros gemidos amortiguados por *Kissing you* y todas mis inseguridades enmudecidas con la fuerza de sus besos por todo mi cuerpo. Porque eso es lo que él hace. Lo que lleva haciendo más de cinco años. Las palabras sólidas y contundentes que abandonan su boca me dicen que no somos nada. Las caricias de sus labios expresan lo contrario: que lo somos todo.

Una vez terminamos a mí no me quedaban fuerzas para levantarme, así que estiré la mano y arranqué el edredón de mi cama. En el camino cayó también una de las almohadas. Nos besamos hasta caer dormidos.

Recuerdo despertarme pocas horas después. No nos tocábamos. Recuerdo contemplarlo a mi lado. Jamás he visto nada más precioso. Recuerdo besarle los labios rojos y perfectos sin que se despertara y sonreír gracias al pequeño mohín de su rostro. Moriré con la certeza de que los mohines de Chris son lo más bonito de este mundo. Recuerdo recostar la cabeza en su pecho, rodearle la cintura con el brazo y colocar la pierna encima de la suya. Recuerdo sentir el

bamboleo rítmico de su corazón por encima de la música suave que todavía sonaba a través de los altavoces. Y recuerdo no dormirme otra vez.

—Chris. —Le besé el cuello y lo zarandeé con suavidad—. Tienes que irte.

Esas tres últimas palabras… las odiaba. Las odio.

Chris se movió entre mis brazos y emitió un quejido.

—¿Qué hora es?

—Las seis de la mañana. Todavía es de noche.

—¿Puedo darme una ducha rápida en tu baño?

—Claro.

Tuvimos que salir por la ventana. Si Andrés vigilaba la puerta, y estaba seguro de que aún lo hacía, no había manera de que no reconociera a Chris ni aunque se cubriera la cara. Andrés sabe cómo anda Chris y cómo se mueve.

Llegamos a la verja de entrada y nos resguardamos detrás de un árbol para despedirnos. Yo me recosté en la pared de piedra que delimita la propiedad de mis padres y Chris en el árbol, ambos con los brazos en la espalda.

—¿Y ahora qué? —le pregunté.

—Ahora tengo que buscarme un nuevo entrenador a la velocidad de la luz. Vaya liada, Arturo.

—¿Pretendes que lo sienta?

—Lo que yo pretenda no sirve de nada contigo.

—De todas formas, no me refería a eso. Me refería a… —Nos señalé a los dos con el dedo índice.

Chris suspiró y se acercó a mí. Me subió del todo la cremallera de la sudadera, hacía frío, y me peinó. Podía imaginarme mi pelo disparado por todas partes.

—Veo a mi padre sufrir a diario por no tener a mi madre en su vida. Por haberla perdido. Cuando amas, perder a esa persona es devastador. No quiero eso para mí, Arturo. No lo voy a querer nunca. Me parece contraproducente. Pero sí quiero estar contigo. Si te vale con esto. —Señaló su propio cuerpo—. Nada de novios y nada de sentimientos. Nada de amor, Arturo. Yo no puedo dártelo.

—Follar sin dramas, ¿no?

—Y sin que des puñetazos a mis examantes con cara de psicópata asesino. *Merde*, tenías que haberte visto. Supe que ibas a liarla a lo grande desde que entraste por la puerta.

Los dos reímos, aunque sin demasiadas ganas.

—Eso no te lo puedo prometer. Si estás en mi vida, me meteré en tu vida.

Resopló y se dirigió a la puerta.

—Haz lo que te dé la gana, Arturo. Como haces siempre.

A pesar del tono lastimero, era un clarísimo «sí». Me acerqué por detrás antes de que abandonara mi casa y lo abracé. Le susurré al oído:

—Nos vemos en Australia.

—¿Quieres que nos escapemos después del torneo a Lucerna? —susurró de vuelta.

—Sí.

—*Au revoir*, tete.

—*Adeu.*

Le di un beso en la mejilla y lo dejé marchar. Regresé a mi cuarto por las escaleras principales, apenas entré al pasillo y vi a Andrés. Estaba sentado en el suelo con la espalda recostada en mi puerta y jugaba con el móvil.

—Vete a la cama, anda —le dije.

Me miró durante unos segundos sin emitir palabra. Menudas ojeras tenía dibujadas bajo los ojos. Yo me acerqué y me senté a su lado. Recosté la cabeza en su hombro al mismo tiempo que él rodeaba el mío con su brazo.

—Estás mejor —afirmó.

—Sí.

—¿Ya se ha ido?

—Sí.

—¿Lo has sacado por la ventana?

—Sí.

Negó con la cabeza.

—La hostia, Arturo. Menos mal que tú eres el hermano bueno.

—¿Han pasado por aquí papá y mamá?

—Cuatro veces.

—¿Y qué les has dicho?

—Que tenías mal de amores. Por eso la música. Y que no querías hablar con nadie ni que te molestaran. Que yo te cuidaba.

—Gracias.

—De nada. Por cierto, sé con quién estabas.

—Ah, ¿sí?

Sabía que no sospechaba de Chris. De ser así, habría echado fuego por la boca.

—No soy gilipollas, Arturo. Tienes un lío con el tío de los panes de ajo a domicilio.

Ni afirmé ni desmentí. Solo le di un beso en la mejilla porque es el mejor hermano del mundo y lo quiero con locura.

—Te debo una.

—Una bien grande. Sabes que puedes contarme lo que sea, ¿verdad? Jamás voy a juzgarte y te apoyaré siempre en todo.

—Lo sé.

—Bien.



—¿Arturo? ¡Arturo! ¡¡Despierta!!

Me sobresalto y vuelvo en mí. La máquina lanzapelotas tira otra bola y pasa por mi lado sin que yo haga el mínimo intento de darle con la raqueta. Otra vez me he ido a Babia. La desidia pesa más que un mero enorme en los brazos de un niño.

Chris está en la pista. Parado enfrente de mí. Mirándome. Sonriendo. Parece encantado consigo mismo. Más de lo normal, me refiero. Tiene el pelo húmedo y huele a cloro. Y, a todo esto, ¿qué hora es? Hace tiempo que combato cuerpo a cuerpo contra el silencio del anochecer más que contra la máquina lanzapelotas.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto.

—Tengo que contarte algo importante. Tómatelo como un regalo de Navidad adelantado.

¿Regalo de Navidad? ¿Ya estamos en diciembre?

—¿Ahora?

—Sí.

—¿Qué ocurre?

—Tu hermana y Patricio están juntos. Amorosamente juntos.

—¿¿¿Quéé??? —Otra bola pasa por mi lado—. ¿Y me lo sueltas así? ¿Sin anestesia?

—«Tengo que contarte algo importante» era la anestesia.

—¿Cómo lo sabes?

—Acabo de verlos en la piscina. —Me tapo los ojos al momento, raqueta incluida. Oh, Dios —. No estaban echando un polvo.

Abro un pequeño resquicio entre dos de mis dedos.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

—¿Y qué hacían?

No soy un morboso, solo quiero saber en qué contexto ha visto a mi hermana y a Patrick para pensar que están «juntos, amorosamente juntos».

Chris coge una de mis raquetas del banco y una pelota. La golpea varias veces, con la raqueta hacia arriba. Se acerca a mí, jugueteando, y me la lanza. Yo la cojo también con la raqueta hacia arriba y hago lo mismo. Comenzamos a pelotear como niños.

—Creo que bailaban —me dice entonces.

—¿Bailaban?

—Sí, bailaban en el agua. Y se besaban.

—Me cuadra. Tani y Patrick aman el agua. ¿Y qué hacías tú en la piscina?

—Pensar.

Continuamos pasándonos la pelota de una raqueta a otra sin dejarla caer; podríamos estar así

hasta desmayarnos por el hambre y la sed. La máquina continúa lanzando las suyas.

—¿Te acuerdas de la fiesta de bienvenida de septiembre? —me pregunta—. Tú y yo acabamos escondidos debajo de una mesa.

—Sí.

—El imbécil de tu hermano y Nicki discutieron y tú no quisiste escuchar. Yo te entretuve.

—Me acuerdo.

Lo que no sé es a dónde nos va a llevar todo esto.

—Después entró Patricio.

—También me acuerdo.

—Lo que no sabes es que Tani entró con él. La reconocí por las deportivas. Se las vi en la fiesta, cuando se acercó a hablar contigo, y captaron mi atención. Se había vestido con un modelito de escándalo, tu hermana tiene un cuerpazo, y en lugar de calzarse unos tacones a juego, como siempre hace, se había puesto unas zapatillas de deporte. Me gustó la combinación. Por eso cuando sus piernas entraron en la sala, supe que era ella. Y después de haber visto tu reacción con Andrés me imaginé que tampoco querrías escuchar su conversación. Fuera lo que fuera.

—Por eso me tapaste los oídos —recuerdo—. Porque no solo se trataba de Patrick. Eran él y mi hermana.

—Sí.

Un calor intenso, bonito, especial, me recorre el cuerpo y sonrío sin poder evitarlo. Porque yo le importo a Chris. No es solo sexo. Por estos detalles suyos no me rindo. Por estos momentos estoy dispuesto a esperarlo el tiempo que sea necesario. Y, además, ha llamado Tani a mi hermana, lo que me calienta aún más el corazón.

Me acerco a su rostro y le doy dos picos rápidos en la boca. De los que suenan. Estoy a punto de apartarme, por si alguien entra y nos ve, pero quiero darle más. Muchos más. Hasta que no me queden más besos, o lo que es lo mismo: hasta que el corazón deje de latirme. Reparto besos suaves por su rostro. Por su mandíbula. Hoy no se ha afeitado y la barba de dos centímetros raspa mis labios de manera deliciosa. La máquina sigue lanzando pelotas.

—¿Por qué te ríes? —pregunta sobre mi boca.

—Cuéntame más. ¿Lo sabes desde ese día, entonces? Porque ya estaban juntos, ¿no?

—Sí y no. —Mi boca continúa el recorrido por el cuello de Chris al mismo tiempo que mis manos dejan caer la raqueta al suelo para colarse dentro de su pantalón de chándal. Le aprieto el trasero y uno nuestras entrepiernas. Mmm… no hay una delicia mejor. Ni siquiera las marinas—. No se metieron en la sala para enrollarse como tú y yo, pero Patricio hizo alusión en un par de comentarios a que folla… A que estaban juntos. Andrés os envió un mensaje a Patricio y a ti y él se fue al instante. Es un poco perro faldero de tu hermano, tengo que decirte. —Me río. Es su mejor amigo, y viceversa, aunque quieran matarse el uno al otro la mayor parte del tiempo—. Durante todo este tiempo no he sabido con certeza qué pasaba entre ellos, pero tenía mis

sospechas. Sobre todo después de que tu hermana se contagiara de gastroenteritis. Te apuesto mi mejor raqueta a que fue Patricio. —Le muerdo el lóbulo de la oreja con suavidad y aprieto más nuestras caderas—. *Merde*, Arturo, me estás poniendo a cien.

Lanza su (mi) raqueta al suelo, me empuja hacia la red y me besa en la boca.

—¿Crees que por eso Patrick está de tan buen humor últimamente? —le pregunto—. Y Tani ha vuelto a brillar.

Chris deja de besarme.

—¿Ha vuelto a brillar? ¿Dejó de brillar en algún momento?

—Sí —reconozco.

—Nunca me lo habías contado.

—Lo sé. Y tampoco quiero contártelo ahora. No me pertenece.

—Bien, lo entiendo. ¿Y no te molesta? Me refiero a lo de que estén juntos. Son tu hermana y Patricio.

—El amor nunca me molestará. Y Patrick jamás haría daño a mi hermana. No a propósito. Por cierto, hablando de fiestas y de que ya estamos en diciembre, la semana que viene se celebra el cóctel de Navidad del centro. ¿Vas a ir? ¿O estarás ya en Mónaco?

La máquina continúa lanzando pelotas. Chris me mira con los ojos llenos de deseo, como siempre que estamos a punto de enrollarnos, pero también con atención. Con interés. Con una intensidad nueva. Y sin responderme a lo del cóctel.

—¿Por qué me miras así? —le pregunto.

Echa un último vistazo a mi boca y me besa con pasión. Y para mí, una vez más, el mundo se desvanece. La pista de tenis. La máquina lanzapelotas. El CAR. Las decenas de personas que pueden irrumpir aquí en este momento y pillarnos con las manos en el culo del otro. Solo estamos él, yo y nuestros besos, impregnándonos del sabor exquisito y familiar del otro. Y nuestros gemidos retumbándonos en el pecho. Nuestras pieles ardiendo juntas. Nuestras manos explorándolo todo.

Chris me da la vuelta y me empotra de frente en la red. Me sujeto a ella con ambas manos mientras me baja los pantalones y alcanza con la lengua los lugares más sensuales de mi cuerpo y que él tan bien conoce. Me besa y me impregna con su saliva hasta que me tiemblan las rodillas. Voy a explotar de placer. Abraza mi cintura con ambas manos y va subiendo por mi espalda con su boca.

—Quiero follarte en esta red —me susurra al oído, su erección empujando por entrar—. Muy fuerte y durante toda la noche.

—Ponte un preservativo y hazlo.

—No tengo preservativo, Arturo.

—Yo tampoco. Había venido a pelotear.

—Y estamos peloteando…

Río.

—Ahh —gimo después de que me apriete las *pelotas*.

—Hagámoslo a pelo. ¿No quieres sentirme dentro, Arturo?

Y otro empujón. Yo me tenso y Chris lo nota. Los dos nos detenemos. Giro la cabeza hacia atrás y lo miro a la cara.

—Chris…

—Hace más de siete años que no follo con nadie que no seas tú, así que ahórrate la pregunta.

El corazón me da un vuelco y creo que hasta ahogo un gemido. Chris y yo jamás hablamos de lo que hacemos con otras personas cuando no estamos juntos. Jamás. No es de nuestra incumbencia. O eso nos decimos a nosotros mismos. Su vida sexual ha sido una incógnita y un tridente clavado en mi corazón casi desde el principio de nuestra *relación*. Y, ahora, de pronto, sin preguntarlo, sin pretenderlo, sin esperarlo, me entero de que no ha estado con nadie en años. Solo conmigo. Tengo el corazón henchido de felicidad.

—Hazlo —le doy un beso rápido en la boca y vuelvo a la red—. Hazlo…

Usamos las salivas como lubricante y entra con cuidado. He mantenido relaciones sexuales con Chris incontables veces. Quizá cientos de ellas entre tocamientos, masturbaciones, mamadas y penetraciones. Sé lo que se siente al tenerlo dentro de mí, empujando. Pero nada puede compararse, ni siquiera acercarse, a hacerlo sin barreras. Siento su calor y lo siento a él como nunca en mi vida.

Una de sus manos alcanza mi erección y comienza a bombearla. Mi cuerpo se desestabiliza y me agarro con más fuerza a la red; si no fuera por ella, y por el otro brazo de Chris que me sujeta la cintura, ya me habría caído.

—Chris, no aguanto más. Me corro. Me corro.

—Yo también.

Y entonces lo siento, a Chris eyaculando en mi interior por primera vez en nuestra historia. Yo lo hago al instante en su mano, con una fuerza descomunal. Tanta que pierdo el equilibrio y me desplomo, quedando bocarriba en el suelo. Él lo hace conmigo.

Tengo ganas de gritar. De reír. De llorar. De bailar. De comerme unos panes de ajo con mi hermano y contárselo todo. Tengo ganas de vivir. De vivir EN VOZ ALTA. Hacía tiempo que no me sentía tan bien.

La máquina lanzapelotas tira otra bola y yo comienzo a reír, borracho de emociones, una vez más. Siempre con él. Me giro hacia Chris, que permanece tumbado bocarriba con los ojos cerrados.

—Gracias —le digo.

—¿Por follarte sin preservativo? —replica sin abrir los ojos.

—No. Por no permitir que me enterara de la conversación de mi hermana con Patrick. Por protegerme. Y, venga, va, por follarme sin preservativo y hacer que pierda hasta el equilibrio.

Pretendía ser una gracia que fuera capaz de sacarle una sonrisa a Chris, sin embargo, lo que hace él es chasquear la lengua. Todas las alarmas se disparan en mi interior. Porque después de

nueve años a su lado lo conozco demasiado. Conozco sus aleteos hacia delante de tiburón de Groenlandia, el pez más lento del mundo, y sus aleteos hacia atrás de pez vela, capaz de alcanzar los ciento diez kilómetros por hora y de remover todo mi mundo como las olas más intensas agitan las aguas de los océanos.

—Te estás arrepintiendo —afirmo al mismo tiempo que siento su semen resbalar por mi trasero y muslos.

—No teníamos que haberlo hecho.

—«Teníamos». ¿Te refieres a lo de follar sin protección? Yo me refería a lo de contarme lo de mi hermana.

—No lo hacías, Arturo.

Él también me conoce, eso es innegable. Me levanto y me coloco la ropa con rapidez encima de los restos de su eyaculación en mi cuerpo. Guardo las raquetas en la bolsa y me la cuelgo al hombro. Chris no abre los ojos en ningún momento. Abandono la pista y la máquina continúa lanzando pelotas.

26: «Pánico es morirte en la piscina de un barco»

NICKI

LA AMISTAD entre Aitana y yo no asomó la cabeza hasta seis años después de que nos hubiéramos conocido. Me vio en el centro la mañana antes de Nochebuena y me agarró de la mano en cuanto supo que iba a quedarme allí a pasar las Navidades. Yo no tenía a dónde ir; le había mentido a Bruno diciéndole que tenía que entrenar. La verdad era que quería que celebrara unas Navidades sin mí. Que disfrutara de su juventud y que cada decisión de su vida no estuviera ligada a mi bienestar. Y me dejé llevar por la pequeña de los Claramunt porque Aitana te arrastra con su aureola anaranjada de la misma manera que una ráfaga de viento te espolea a elevar los brazos y levantar el vuelo. Nunca me he arrepentido de dejarme agitar por el viento y jamás me arrepentiré de haber aceptado la mano de Tani esa mañana. Creo que las interacciones que habíamos tenido ella y yo hasta entonces de alguna manera nos habían llevado a ese momento. Éramos amigas y tardamos en darnos cuenta. Algunas flores se demoran toda una vida en brotar.

De esas Navidades recuerdo entrar por primera vez en la casa de los Claramunt en Barcelona y, a pesar de la magnificencia de la vivienda, sentir que era un hogar. Los elementos artísticos y arquitectónicos impresionaban, pero los golpes en las columnas de estilo jónico gritaban que ahí vivía Andrés. El mobiliario de diseño lucía limpio e intocable, pero no me costó ni un segundo imaginarme a Arturo tumbado en el sofá, cubierto con una manta, viendo un documental sobre el mundo marino. La piscina climatizada hablaba por sí sola. Había bártulos (gafas, toallas…) tirados por doquier y yo supe al instante que pertenecían a Aitana y que estaban ahí porque la esperaban. Más allá de la piscina se vislumbraba una pista de tenis que, lejos de impresionar (no era una pista de tenis cualquiera, era la del gran Robert Claramunt), te invitaba a lanzarte de cabeza y jugar. Y eso que a mí no me iba el tenis.

Recuerdo cómo todos convencieron a Bruno de que se quedara él también a celebrar las fiestas cuando vino a buscarme horas después; no se creyó que yo tuviera que entrenar en Navidades. Debería haber buscado una excusa mejor.

También recuerdo la cena de Nochebuena. Robert y Miranda presidían la mesa. A la izquierda de Robert se sentaban Patrick padre, Andrés, Patrick hijo, Bruno y Elsa, la madre de Damián. Y en el otro lado estábamos la madre de Patrick, Damián, Arturo, yo y Aitana. No me sorprendió encontrarme a los Figueroa allí esa noche. Para aquel entonces yo ya sabía que el entorno de Andrés es el entorno de Patrick y que el entorno de Patrick es el entorno de Andrés. Miranda nos servía el plato principal cuando Robert me preguntó por mi partido de tenis favorito, a Robert le encanta hablar de partidos épicos de tenis tanto como a Aitana de viajes en el tiempo, a Arturo de peces grandiosos y a Andrés de videojuegos legendarios. «No me gusta el tenis», respondí yo con naturalidad. El hogar enmudeció. Doce pares de pulmones dejaron de respirar (los de Bruno incluidos, sí) y ni los tenedores osaron estrellarse contra los platos. Y

entonces Andrés, en medio del silencio estentóreo, rompió a reír a carcajadas y casi escupió el champán que acababa de llevarse a la boca. «Dios, qué máquina», exclamó. Su madre lo miró fatal. Su padre aún peor. Aitana estaba alucinando. Arturo le propinó una patada por debajo de la mesa, pero él no podía detenerse; lloraba de la risa. Y entonces Arturo también rio. Dos minutos después, cuando las aguas se habían calmado, me llegó al teléfono un mensaje de Andrés. Su primer mensaje. Era el emoji con el número cien subrayado. El que significa «perfección».

Recuerdo que esa misma noche Robert y Patrick me invitaron a ver un partido suyo en el televisor. «Ven aquí, jovencita». Me lo explicaron todo segundo a segundo. Me explicaron lo que era el tenis para ellos. Reí. Aprendí. Aluciné. Y quise volver a verlo en cuanto terminó.

Y recuerdo que a la mañana siguiente había un regalo para mí debajo del árbol. Un jersey de algodón, de rayas azules y blancas. Y otro igual para Bruno.

Sentí la calidez del hogar y pensé que era a causa de mi hermano. No me di cuenta hasta mucho tiempo después de que los Claramunt también se habían convertido en mi hogar.

—Él siempre revolotea a tu alrededor y nunca deja de mirarte. Lo hace cuando tú no lo miras, de la misma manera que haces tú con él.

Regreso de golpe al presente. La voz de Michael Bublé al ritmo de *Christmas* (*Baby please come home)* acapara mi atención y la cacofonía de voces me envuelve de nuevo. No sé en qué momento hemos llegado a diciembre, a pesar de que llevo una semana escuchando villancicos por cada rincón, de que el centro está repleto de árboles de Navidad y de que me encuentro en el cóctel que organiza Julia cada año por estas fechas en la discoteca más famosa del lugar.

El CAR es rojo. Todo es rojo en él. Y en esta fiesta todo es rojo también, aunque la ropa con la que nos hemos engalanado hoy sea de todos los colores y las luces del local se hayan atenuado al máximo. Dejo de observar a Andrés al otro lado de la pista y regreso a uno de mis juveniles más carismáticos, que me mira con diversión.

—Perdona, ¿qué has dicho?

Afianzo las manos a la barra donde estoy recostada porque de pronto he sentido que mi equilibrio se tambaleaba, culpa de los tres vinos que me he tomado.

—Que estabas mirando a Andrés Claramunt mientras fingías escucharme y que él también te mira a ti siempre que puede.

Lo dudo.

—Sabes que hay dos iguales, ¿verdad?

Ensancha la sonrisa.

—Sí, lo sé. Pero Arturo la mira de una manera fraternal y el otro no. No sé si sabe a lo que me refiero…

—Lo que no sé es por qué estoy hablando de mi vida privada con un niño de catorce años, por muy bien que me caiga.

—Puede echarle la culpa a su novio, entrenadora. Él me metió en esto.

—¿Qué quieres decir?

—Algo que no debería decir, pero es Navidad y no dejáis de miraros el uno al otro y tú me gustas mucho, a nivel profesional, por supuesto —me aclara al momento—, y creo que mereces saberlo. Espera, ¿la he tuteado? Joder, lo siento. Joder, siento el «joder». Mierda. Cuando me pongo nervioso entro en bucle y…

—Pues sal del bucle y sigue contándome.

—De todas formas, él nunca me dijo que mantuviera la boca cerrada, *ergo.*…

—¡Habla!

—¡Está bien! —Levanta los brazos—. ¡Está bien! Allá voy. Andrés apareció en mi habitación hace un par de meses, poco después de que yo cumpliera con su castigo. Quería hablar conmigo. Yo flipé en colores porque, a ver, él es Andrés Claramunt, uno de nuestros mejores deportistas, y es superalto, impone un montón y yo llevaba meses con el deseo de pedirle un autógrafo, pero no le echaba pelotas al asunto y…

—¡Álvaro! —lo interrumpo—. Abrevia, por Dios.

—Sí. El caso es que lo primero que hice fue jurarle por todos mis primos, porque son muchos y los adoro, que yo no andaba detrás de usted. Y también le juré que el día que nos vio entrenando en la piscina yo cumplía con un castigo por faltarle al respeto, pero que todo tuvo que ver con un reto y con el hecho de que me cueste resistirme a ellos y no porque anduviera detrás de usted ni porque yo fuera un irrespetuoso, porque normalmente no lo soy. Él me miró de esa manera suya en plan «pero ¿qué me estás contando?» y entonces me callé y lo dejé hablar.

—Sigue.

—Y ahí fue cuando me amenazó.

—¿¿Andrés te amenazó??

—Síí, ¿no es una locura? —me pregunta con una sonrisa—. Andrés Claramunt amenazándome a mí.

Lo que es una locura es que le haga gracia el asunto. No puedo creerme que Andrés lo amenazara.

—¿Qué te dijo?

Álvaro adopta un semblante serio y se aproxima a mí. Me habla casi al oído.

—Me dijo algo así como: «Escúchame, mocoso. Me importan una mierda vuestras vidas, vuestros días buenos o malos, vuestras emociones o vuestros cambios de humor. A partir de este momento tú y tus compañeritos vais a convertiros en los mejores alumnos que Nicki puede tener. Vais a obedecer en todo y a aprender lo máximo posible de ella. Jamás le pondréis pegas a nada y vais a ponérselo tan fácil que ella va a desear levantarse cada mañana para daros clase. Buscaos la vida como sea, pero haced que ella ame entrenar tanto como ama nadar». También me dijo que se lo comunicara yo a mis «coleguis» y que lo dejaba en mis manos. Ah, y que esperaba, por mi bien, que consiguiera mi objetivo. Esa era la amenaza, pero lo último que me infundió fue miedo. De hecho, le sonreí. A lo que él me advirtió con muy mala hostia que no volviera a sonreírle.

No he sido capaz de interrumpirle ni para respirar, porque ni siquiera he podido coger aire. Y

aunque sé que la voz de Michael Bublé continúa llenando la sala yo solo escucho el golpeteo de mi corazón, que late descontrolado. Estoy en *shock*. Estoy impresionada y… tengo ganas de llorar. Y no sé por qué.

—¿Cuándo…? ¿Cuándo fue eso? —consigo preguntarle.

—En octubre. No recuerdo el día.

¿En octubre? Octubre, octubre, octubre… ¿Qué pasó en octubre? ¿Ocurrió algo entre nosotros? «Piensa, Nicki, piensa». Y entonces lo recuerdo. Ocurrió el intercambio de gemelos. Y ocurrió que le confié lo de mi lesión.

—En octubre Andrés dio una charla motivacional —le explico a Álvaro—, ¿la recuerdas?

—Sí. Me la tragué enterita.

—¿Fue antes o después de eso?

Álvaro arruga la frente mientras intenta recordar. Y veo en sus ojos el momento exacto en que lo hace.

—Fue justo ese mismo día, por la noche. Porque recuerdo que lo felicité por la charla. Fue sublime. —Lo fue. Pero no la dio él, sino Arturo—. Necesito contarle otra cosa, entrenadora.

—¿Qué?

—Quiero que sepa que todos estamos muy contentos con usted y que no es por Andrés Claramunt. Sí, es cierto que hemos intentado ponérselo más fácil de lo normal evitando vaciar nuestras frustraciones personales en el agua cuando usted estaba con nosotros, pero el mérito de lo que estamos consiguiendo juntos es todo suyo. Y ya la queríamos y respetábamos antes del mes de octubre.

Hago el esfuerzo de mi vida por no dejar salir las lágrimas que gritan por su libertad. Y no solo por lo que acabo de descubrir, sino porque me doy cuenta, por primera vez, de que entrenar a estos chicos está siendo una delicia. Comienzo a sentir de nuevo una… identidad. Llegué al CAR sin saber quién era y, aunque aún estoy lejos de encontrar la respuesta, siento que empiezo a conocer partes de mí que no sabía que existían.

—Gracias —le digo.

—No hay de qué. Y que sepa que antes de lanzarme a contárselo he pensado que las consecuencias valdrían la pena. Creo que Andrés es un buen tío, esas cosas se sienten, ¿sabe? Y creo que la quiere mucho.

Levanto la mirada y justo a Álvaro le suena el teléfono.

—Es mi familia —se disculpa, y comienza a escribir algo en el teléfono a toda velocidad. Le cambia la mirada. De dicharachero, como es él, a ¿nostálgico?

Yo fijo la mirada en la pista. Me topo con Tani y Chris, que bailan divertidos. Y cariñosos. Creo que Chris ya la quería antes del entrar al CAR, por ser ella la hermana de Arturo. Puede que no la conociera en persona, pero sí a través de los ojos de Arturo.

Chris y Tani dan una vuelta sobre sí mismos, muy naturales los dos, y se entremezclan entre la gente sin dejar de bailar. La gente aplaude. Van guapísimos hoy los dos. Tani lleva un vestido

muy corto de color fucsia que te deja con la boca abierta y Chris se ha puesto una camisa oscura que le queda increíble. Arturo los mira y sonríe. Oh, Arturo. Arturo se come con los ojos a su novio sin poder tocarlo, sin poder bailar con él, sin poder apenas hablarle y sin poder tocar sus labios ni siquiera compartiendo una bebida. Y yo me muero de la pena, porque, además, sé que ha pasado algo entre ellos. Algo que los mantiene girando de una manera anormal el uno alrededor del otro. Como si la órbita en la que gravitaran se hubiera salido del carril.

Álvaro carraspea y yo regreso a él.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí, es solo que… Se hace duro no estar con ellos. Los echo de menos.

—Ey —lo agarro del hombro—, lo que estás haciendo aquí es increíble. Es admirable. Y estoy segura de que todos ellos están muy orgullosos de ti. Y esperando verte para darte un abrazo enorme.

—A veces tengo la sensación de que no se me permite tener catorce años.

Hacía tiempo que no escuchaba una realidad como esa fuera de mi cabeza. Estos chavales viven lejos de su hogar y, además, con la presión que supone un entrenamiento olímpico. Presión a todos los niveles. Pero es tan fuerte el entusiasmo y la pasión que sienten por el deporte que lo sacrifican todo. Crecen antes de tiempo. Toman responsabilidades que otros chavales de su edad no tienen. Esos retos que se imponen entre ellos, en su círculo de amigos, me recuerdan en cierta manera a las bromas que comparten los gemelos con Patrick. En el pasado, era su manera de tener dieciséis años. Y ahora… Creo que continúan haciéndolo porque, durante esos minutos en que dura la broma, no son deportistas de élite. Son solo ellos.

—Ponme un Beefeater.

Me estremezco de pies a cabeza y el vello de la nuca se me pone en punta. Esa es la voz de Andrés. Y está justo detrás de mí.

—¿Beefeater con? —le pregunta el camarero.

—Con «b» —responde él, todo serio. Y yo tengo que ahogar la sonrisa que lucha por dibujárseme en el rostro.

—Con limón —añade Patrick por él.

Es entonces cuando me giro y me doy de bruces con los ojos de Andrés, con su presencia y con una sola pregunta en mi cabeza. Porque después de lo que me ha contado Álvaro solo tengo una pregunta en mi cabeza. Una. Pero entonces la música cesa y el DJ toma la palabra.

—Álvaro St. Claire, Benjamín Martín y Elliot Schmidheiny, acudan al centro de la pista de baile, por favor. Repito, Álvaro St. Claire, Benjamín Martín y Elliot Schmidheiny, acudan al centro de la pista de baile.

A Álvaro se le salen los ojos de las órbitas al mismo tiempo que masculla un «voy a matar a Aston» y unas risas estruendosas se escuchan en un lado de la discoteca un segundo antes de que *The Entertainer*, de Scott Joplin y Morten Gunnar Larsen lo acapare todo. Benji y Elliot cogen a Álvaro del brazo y lo obligan a acercarse al centro de la pista. Entonces comienzan a bailar los

tres muy juntos y no sé si la culpa es de los vinos que me he tomado o de todas las emociones que alberga mi pecho en este momento, pero suelto una carcajada que estoy segura de que se ha escuchado en el bar de la acera de enfrente.

Andrés me mira con sorpresa y dirige de nuevo la mirada a los bailarines.

—Principiantes… —masculla.

A ver, que los tres son muy monos y la amistad que exudan es algo precioso de ver, pero el ridículo que están haciendo va a pasar a formar parte de la historia del CAR.

—Me recuerdan a vosotros —digo.

Y ahora Andrés me mira indignado.

—¿Y este insulto gratuito?

Alguien ríe a su lado y yo giro la cabeza para verlo. Es Damián, que ha venido a pedir algo a la barra. Andrés lo ignora y yo estoy a punto de decirle que no me refería a que él bailara mal, sino a que yo ya no puedo ver a nadie bailar (por muy mal que lo hagan) y no acordarme de él y de sus hermanos, pero son otras palabras las que salen de mi boca.

—¿Estuviste a punto de enamorarte de mí, Andrés? —La sorpresa en su rostro es más que palpable y siento la necesidad de explicárselo—. Me refiero a hace un año, cuando tú y yo estábamos juntos. Justo antes de que yo tuviera que marcharme a Suiza. Porque a veces tengo la sensación de que hubo cosas que no nos dijimos. A veces pienso que mi viaje nos pilló por sorpresa y que no supimos cómo actuar. Y que aquel día en el aeropuerto los dos queríamos despedirnos de otra manera. Me refiero a…

—Sé a lo que te refieres —me interrumpe.

La fuerza de la gravedad nos mantiene con los pies pegados al suelo. La fuerza del sol nos da calor, y su luz nos da vida. La mirada de Andrés sobre mí en este instante es tan intensa que incluso desafía a la gravedad, atrayéndome hacia él en lugar de hacia el suelo, y desafía al sol, haciendo que me sienta más cálida y viva que en toda mi vida.

—¿Y? —le pregunto. Y reconozco que estoy temblando.

—Y…

—¡Andrés!

Ambos salimos de nuestro ensimismamiento de golpe y porrazo. Todo el mundo en esta fiesta lo llama. Los deportistas, los entrenadores, el resto del personal del CAR, sus hermanos… ¿Qué está pasando?

—*Andrés Claramunt* —escuchamos desde el altavoz—, *acuda al centro de la pista de baile y muestre cómo se debe bailar a Álvaro St. Claire, Benjamín Martín y Elliot Schmidheiny, por favor.*

Ambos continuamos sin reaccionar hasta que un compañero del centro lo agarra del brazo de la misma manera que han hecho antes con Álvaro.

—Tú también puedes unirte y bailar con ellos —le dice el chico a Damián—. ¡Cuantos más mejor!

Damián va a abrir la boca, pero Andrés se adelanta.

—No lo creo. Es un asunto familiar.

Joder, qué borde es. Damián lo mira dolido, como si acabara de darle una bofetada, pero enseguida niega con la cabeza y le saca el dedo corazón. Andrés le lanza otro dedo en respuesta.

El chico comienza a arrastrar a Andrés al centro de la pista, donde lo esperan Tani y Arturo, haciendo gala de lo poco que le importa que Dami se una o no.

Thriller, de Michael Jackson, acalla los gritos y vítores y entonces comienza el espectáculo. Andrés continúa algo aturdido, pero enseguida acompasa sus pasos de baile a los de sus hermanos. La gente se vuelve loca. La coreografía es perfecta. Ellos son perfectos. Arturo, con su camiseta de *Ice Age;* Tani, con esa luz que la envuelve sin descanso; y Andrés… Andrés.

Recuerdo… Recuerdo la primera vez que fuimos juntos a la feria de la cerveza. Años atrás se había organizado la primera en el pueblo y decidieron dejarla permanente cada sábado. Se celebra cerca del Boulevard en un descampado que el Ayuntamiento habilita con más de doscientas mesas de plástico duro y sus correspondientes sillas, decora con diademas de luces que cruzan el aire sobre nuestras cabezas como si de la cúspide de un circo se tratara y anima con música en directo.

Íbamos los dos solos, caminando a paso tranquilo por la calle, cuando Andrés me cogió de la mano. Entramos en el recinto, nos sentamos en la primera mesa libre que encontramos, cerca del DJ y pedimos unos pinchos morunos y un par de refrescos. Sonaba a máximo volumen *Sister golden hair,* de Spanic. Andrés se levantó de pronto y se inclinó para pedirme bailar en el típico gesto de caballero de antaño. Yo me señalé a mí misma.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—No sé bailar y me da pánico hacer el ridículo.

—Pánico es morirte en la piscina de un barco. Vamos, anda.

Me cogió de la mano por segunda vez y me incorporó en el momento justo en que la música estallaba en su punto más álgido. Yo me dejé llevar. Nunca había bailado en público y en verdad yo no tuve que hacer nada, él se encargó de todo, pero a mí me dio la sensación de que sabía bailar. Porque para bailar con Andrés no necesitas saber moverte. Solo tienes que dejarte llevar.

Y también recuerdo la primera vez que nos besamos. Yo siempre dormía en la habitación de invitados pegada a la de Andrés cuando iba a pasar unos días a casa de los Claramunt. Está enfrente de la de Aitana y puede verse la piscina desde la ventana. Y, a pesar de estar rodeados de verde, no era el trino de los pájaros lo que me despertaba. Era la música a toda potencia que provenía de la habitación de Andrés. Una mañana en que sonaba *Stand by,* de Extremoduro, perdí los papeles. Salí de la cama con el pelo disparado en todas las direcciones y el pijama mal puesto y entré en la suya con muy mala leche y sin molestarme en llamar; estaba despierto, eso era evidente. Como no lo vi por ninguna parte, cogí el reproductor de música e intenté apagarlo, pero no encontraba el condenado botón. El cantante de Extremoduro continuaba chillándome al

oído y Andrés salió del baño enfundado en un pantalón corto de chándal de color gris.

—¿Te parece normal tener la música a tope a estas horas de la mañana? —le grité.

—¿Te parece normal entrar sin llamar en el dormitorio de alguien a estas horas de la mañana? —me devolvió. Yo lo ignoré.

—¿Cómo se apaga este trasto?

Los ojos de Andrés se dirigieron a un pequeño mando que había sobre su escritorio y ambos nos lanzamos a la carrera a la vez a por él. Ganó Andrés. Lo puso en alto, donde yo no llegaba por la diferencia de altura, y me miró con sorna.

—¿Un mal día, bombón?

—Dame eso.

Salté, en un intento por alcanzarlo, pero él estiró más el brazo. «Malditos brazos interminables que tiene».

—¿No llegas? Venga, si lo alcanzas te lo doy.

—¡Cállate!

Peleamos, saltamos, forcejeamos y él no cerró la boca ni un solo segundo. Llegó un momento en que la música me traía sin cuidado, solo quería que dejara de hablar.

—En el agua pareces más alta, Monteserin.

«Dios, cállate».

Lo callé con un beso espontáneo, repentino, loco e inesperado. Andrés se paralizó en el instante en que mis labios alcanzaron los suyos, pero reaccionó una respiración después, me rodeó con sus brazos, cerramos los ojos y… caímos en la cama. Follamos por primera vez. Años de disputas, peleas, enfrentamientos, discusiones y malas miradas quedaron eclipsados por el sabor de su cuerpo. Y me di cuenta de que estar con él era una necesidad física, como cuando necesitas comer chocolate porque estás al borde del desmayo. Yo necesitaba poseerlo físicamente y callarle la bocaza con mi lengua. Una locura.

Y aquí estamos ahora, más de un año después. Y yo continúo sintiendo esa necesidad física más fuerte que nunca.

27: «Prohibido saltarse las normas (crearíamos una intimidad que no queremos)»

AITANA

«Esta prohibición no tiene sentido. ¿Cómo vamos a saltarnos las normas que nosotros mismos nos hemos impuesto?».

«Cosas peores he visto, Claramunt. Y todas en tu familia».

Siento la magia que echa chispas a mi alrededor. Chispas cargadas de emociones bonitas. Chispas que me excitan y provocan que, por primera vez desde hace mucho tiempo, me entren ganas de gritarle al viento. De gritarle bonito. Y de pura adrenalina.

Las chispas son de color naranja mientras bailo con Chris al ritmo de *Dance monkey*. Nuestros pasos de baile son básicos y espontáneos, se nos van ocurriendo sobre la marcha, pero nos sincronizamos de tal manera que incluso la gente comienza a rodearnos y a aplaudir. Arturo sacude la cabeza y ríe a nuestro lado.

Las chispas son de color rosa mientras me escabullo y me encuentro con Patrick en un rincón oscuro de la discoteca, donde nadie puede vernos. Bailamos con *Love is in the air* guiando nuestros movimientos. Bailamos de la misma manera que lo hicimos en el agua. Hoy sí que está guapo. Más guapo que cualquiera en esta fiesta. En el clímax de la canción, Patrick me levanta a pulso y nos besamos y reímos como llevamos haciendo toda la semana. No quiero etiquetarnos. No quiero pensar. Solo quiero vivir. Vivir EN VOZ ALTA.

Y las chispas son de color amarillo mientras bailo *Thriller* con mis hermanos. Y de color verde mientras los veo sonreír a mi lado como sonreíamos cuando éramos pequeños. Como sonreíamos mientras crecíamos. Como sonreíamos mientras aprendíamos a querernos sin límites.

Oh, sí. Siento la magia que echa chispas a mi alrededor.

28: «Sí, como la trucha al trucho, no te jode»

ARTURO

BAILAR con mis hermanos es una de las cosas que más me gusta hacer en la vida. Los ojos de Andrés y Aitana brillan tanto como los planetas en el cielo en una noche de verano. Qué digo los ojos. Los ojos, la sonrisa, el pelo y la piel. Y es difícil ver ese destello en ellos. Esa chispa. Andrés la perdió del todo el día en que jodió su relación con Nicki y Aitana dejó de brillar con la fuerza de antaño hace demasiados años. Podría bailar con ellos sin parar el resto de mi vida con tal de que no vuelvan a apagarse jamás, a pesar de que estoy seguro de que su plenitud no solo se debe a que estamos bailando juntos. Algo les ha sucedido a ambos esta noche. Algo bueno.

Thriller finaliza y los aplausos ensordecen la discoteca de tal manera que apenas escuchamos los gritos de la gente: «¡Otra! ¡Otra! ¡Otra!». Choco los cinco con mis hermanos y Aitana desaparece al instante, de camino al espacio privado del DJ.

Entonces comienza el siguiente tema y tanto Andrés como yo sabemos CUÁL ES: la mítica canción que bailan coreografiada Ross y Mónica Geller en uno de los capítulos más emblemáticos de *Friends*. Oh, Dios. La gente se vuelve loca. Aitana nos anima a bailarla a nosotros dos solos; nos la sabemos de memoria. Y, además, nos encanta hacer el payaso juntos. Es el baile más ridículo de la historia, pero el más perfecto al mismo tiempo. Es extraordinario. Es: *La Rutina.*

¡Cinco, seis, siete, ocho!

Andrés y yo lo ejecutamos en una sincronización perfecta, con saltos incluidos. Nuestros pies, brazos, caderas, miradas y sonrisas al compás. Y yo floto en un mar de felicidad, ligero como la brisa estival. Hasta que mis ojos se cruzan con los de Chris y me hundo como hacía tiempo que no lo hacía. La expresión feliz de la boca se me borra al instante. Porque no está solo. Porque una chica que no he visto en mi vida y que no tengo ni idea de dónde ha salido de repente le rodea el cuello con los brazos. Porque los suyos la agarran a ella por la cintura. Porque Chris y yo hemos tenido una semana de mierda en la que apenas hemos hablado y sé lo que está a punto de suceder entre ellos. Yo no dejo de bailar, a pesar de que la sangre abandona mi cuerpo y el corazón me deja de latir.

Aparto la mirada por instinto, necesito protegerme, y agradezco que mi cerebro ejecute los últimos pasos del baile sin mi colaboración. Al terminar, Andrés y yo nos fundimos en un abrazo y me siento a salvo durante unos segundos, pero la curiosidad gana la partida y dirijo la mirada de nuevo hacia ellos. No tenía que haberlo hecho. Se están besando como posesos. Como putos posesos. Se me cierra la garganta y me entran ganas de vomitar. Me da asco. Mucho asco. Y duele. Duele mucho más.

—Ey —Andrés me frota el brazo arriba y abajo—, qué tenso estás. ¿Todo bien?

—Sí, tengo que ir al baño.

Me abro paso entre la marabunta de gente, que me detiene cada poco para felicitarme por el numerito con un apretón en el brazo o el hombro. Yo ardo por dentro. Estoy enfadado, dolido y triste. «No puedes recriminarle nada. No sois nada». Y una mierda. Me siento engañado. Moralmente engañado. Y estoy destrozado. Puede que lo nuestro empezara siendo solo sexo. Puede que Chris me haya recalcado durante estos años que no somos pareja. Que no somos exclusivos. Puede que yo no lo sea para él. Puede que se haya liado con medio mundo a mis espaldas y puede que yo no haya querido saberlo. Puede que mirara hacia otro lado al principio. Pero hace tiempo que no lo hace y para mí ahora él es mi pareja. Lo lleva siendo desde hace tiempo. Y ya no pienso mirar hacia otro lado. Sé lo que quiero y lo que no quiero. Sé lo que siento y lo que no siento. Chris es mi novio. Y acaba de besarse con otra persona delante de mis narices.

Empujo la puerta con fuerza y entro en el baño. Necesito refrescarme. Y beber agua; tengo la boca seca. Mi reflejo en el cristal es un cuadro. Estoy pálido y con los ojos ensombrecidos. «No llores, Arturo. No llores, por favor. Aquí no».

La puerta se abre y como no tengo ganas de que nadie me vea con el rostro descompuesto y al borde de las lágrimas (sobre todo si es alguien de mi familia) me giro hacia la derecha, hacia el dispensario de papel, y cojo un par de toallas para secarme.

—Arturo.

Es Chris. No me lo esperaba, la verdad. Me lo imaginaba follando por ahí, demostrándose a sí mismo que él y yo no somos nada.

—Arturo —insiste al ver que no respondo—, lo siento.

Me giro y lo enfrento.

—¿Qué sientes?

Él no dice nada y una risa estrangulada escapa de mi boca.

—Ni siquiera lo sabes.

—Arturo…

—¿Qué haces aquí? ¿A qué has venido?

—He venido a explicarte que…

—¿A explicarme qué? ¿A explicarme por qué mi *novio*, el que lleva una semana sin apenas dirigirme la palabra, acaba de ponerme los cuernos? —No dejo que me responda; llevo una semana con toda esta mierda atascada en mi garganta—. Voy a preguntarte algo, Christopher. ¿Por qué lo has hecho? ¿Qué pretendías demostrar? ¿Que eres un hombre libre? ¿Que puedes hacer lo que te plazca y con quien te plazca? Oh, ya lo creo que puedes hacerlo. Puedes hacer lo que te dé la gana y cuando te dé la gana, pero ahora atente a las consecuencias. ¿Pensabas que podías enrollarte con otra persona y luego venir a follar conmigo? ¿En serio lo pensabas? Voy a abrir un melón. La respuesta es no. ¡No! No puedes decir una cosa y expresar otra diferente. No puedes abrazarme por la noche y luego irte con otra persona. No puedes invitarme a tu casa, confiarme tus miedos y tu vida entera, y luego hacer que sienta que no somos nada. No puedes

mirarme como me miras, besarme como me besas y hacerme el amor como lo haces y pretender que mi imaginación no vuele. No puedes follarme sin preservativo y negar lo que supone para nuestra relación. No puedes volver a mí después de que yo te dejara por esta mierda de límites y seguir creyendo que esto es solo sexo. Porque no lo es. No lo es desde hace mucho tiempo y no sé si lo ha sido alguna vez. Y, ahora, haz lo que te dé la gana con esta información. Cómetela, ignórala o arrójala a la basura. A mí ya me da igual.

Necesito salir de aquí. Me dirijo a la salida, pero sus manos se aferran a mis hombros y me empuja hasta que mi espalda choca con la puerta de uno de los cubículos. Y de pronto me veo encerrado con Chris en un baño minúsculo, con el estómago revuelto y un hormigueo en mis extremidades muy poco agradable. No quiero estar aquí con él. O sí. Hasta que amanezca.

Él no dice nada. Solo me mira con una batalla en sus ojos más profunda que el océano Pacífico. Entonces se acerca a besarme, porque él siempre lo arregla todo besándome. Mete la pata y me besa. Vuelve a meter la pata y vuelve a besarme. Y otra vez. Y otra vez. Pero se acabó. He tocado fondo.

—No te atrevas —le advierto en un susurro, sin moverme ni un ápice.

Chris detiene su avance. Nuestros ojos fijos el uno en el otro. Nuestras bocas a milímetros de distancia. Es la primera vez en mi vida que, teniendo sus labios así de cerca, no quiero besarlos.

—Arturo…

—No pienso comerme sus babas, Christopher. Apártate de mí.

No lo hace. Cierra los ojos, me agarra el pelo con las dos manos y apoya su frente en la mía. Yo también cierro los ojos, a punto del llanto. Un llanto que me oprime en el pecho. Trago saliva. Su aliento en mi boca. Su respiración en mis fosas nasales. Inhalamos. Exhalamos. Inhalamos. Exhalamos. Inhalamos. Exhalamos. Y una vez más.

—Lo siento… —susurra.

Entonces la puerta del baño se abre de nuevo. Nosotros no hemos cerrado la nuestra y no nos da tiempo a reaccionar. No nos da tiempo a separarnos. Ni de lejos.

—¿Lacoste?

Es Patrick.

—Mierda —susurra de nuevo Chris.

Podría retirar sus manos de mi cabello. O separar su frente de la mía. Podría decirle yo que hiciera todo eso a la voz de ya. Pero estoy paralizado. No puedo moverme. No puedo ni hablar.

Chris reacciona y se aleja de mi cuerpo, se gira y señala a Patrick con el dedo índice. Está a punto de dejar escapar por su linda boquita alguna amenaza, pero los ojos de Patrick se topan conmigo y…

—¿Arturo? ¿¿¿Arturo??? No me jodas. —Eleva los brazos hasta agarrarse el pelo—. ¡¡No me jodas!! ¡¡NO ME JODAS!!

Creo que nuestro silencio lo dice todo. Y nuestras posturas.

—¡Joder! ¡Joder, joder, joder! —repite Patrick sin descanso.

—Cállate, coño —lo increpa Chris saliendo del baño por fin. Yo voy detrás de él.

—¿Desde cuándo está pasando esto? ¡Dios! ¿¿Os estáis dejando ganar en los partidos??

—¡No! —gritamos Chris y yo al unísono.

—Te creía más inteligente, Arturo —me dice con seriedad.

—Gracias por lo que me toca —replica el otro.

—No lo digo por ti como persona, que también. Pero me refiero sobre todo a vosotros como competidores de tenis profesional. Esto lo enturbia todo. ¿Os dais cuenta de la que puede liarse si sale a la luz?

—Cada puto día de mi vida.

La conversación de unas chicas fuera del cuarto de baño nos llega tan nítida e inminente que…

—*¡Vamos al baño de los chicos! No me aguanto.*

… que por puro instinto cometemos una estupidez épica: nos metemos los tres en el cubículo. Yo entro el primero, soy quien más cerca está, y el lugar es tan pequeño que tengo que subir los pies al retrete para que entremos bien. Nos damos cuenta del error que hemos cometido casi al instante. Porque solo hay dos cubículos, en uno de ellos hay un cartel que dice AVERIADO y el otro es el nuestro. El resto de los váteres son de pie y están fuera.

Las chicas intentan forzar la puerta, pero Patrick es más rápido y cierra con pestillo. ¿El problema? Que dan golpes pidiendo paso a grito de «no aguanto ni un segundo más» y una de ellas incluso se agacha. Y ve las piernas de Chris y Patrick.

—*Hay dos tíos dentro.*

Mierda. Es Elvira.

—*¿¿Qué dices??*

Y una de sus amigas.

—*Yo me meo mucho.* —Esa voz no la localizo, pero será otra de sus amigas—. *Os juro que no aguanto más.* —Aporrea la puerta de nuevo. ¡Pon, pon, pon!—. ¡*Dejad de follar y salid, por favor! ¡Luego seguís!*

—*¿Quiénes serán? Aquí casi todo el mundo es del CAR.*

—*¡Me da igual! Yo solo quiero mear. ¡¡Por favor!!* —insiste.

¡Pon, pon, pon!

—No salgas —le suplico a Patrick en un susurro casi silencioso—. No pueden vernos juntos a Lacoste y a mí. Ya has visto lo primero que has pensado tú. Que nos estábamos dejando ganar el uno al otro.

—No me culpes —susurra de vuelta—. Hay muchas apuestas deportivas a vuestro alrededor. Tenía que preguntarlo.

¡Pon, pon, pon!

—Lo sé. Por eso nadie puede saberlo. Podría suponer nuestro fin como tenistas profesionales. Nadie confiaría en nosotros. —Señalo a Chris con la barbilla—. El tenis es su vida, Patrick. Y no

lleva mil años luchando por ser el primero para que ahora algo así lo estigmatice para siempre. No se lo merece.

—¿Y qué propones? —me pregunta Chris—. ¿Quedarnos a vivir aquí?

¡Pon, pon, pon!

—*¡Dios! ¡Dejadme pasar!*

—Que salgamos juntos él y yo —le responde Patrick— y que tú te cueles en el retrete de al lado hasta que puedas camuflarte entre todo el follón que, con toda probabilidad, va a formarse.

—¿Qué? —protesta Chris en un grito apenas perceptible—. ¡Ni hablar! Van a pensar que sois vosotros los que estáis juntos.

—Es una buena alternativa.

—Arturo…

¡Pon, pon, pon!

—*¡¡¡Vengaaaa!!!*

—Oh, vamos —le digo—. Tú eres, de lejos, el que menos quiere que todo esto salga a la luz. Y tú —me dirijo a Patrick— tendrás que decirle a mi hermana lo que ha ocurrido aquí antes de que le llegue la noticia superdistorsionada.

—Tani jamás creería que tú y yo… Espera —entonces Patrick señala a Chris con acusación —, ¿¿se lo has contado??

—Sí.

—¡Nos prometiste no decírselo a los Claramunt!

¡Pon, pon, pon!

—Yo no os prometí nada. Revisa tus recuerdos.

—Si su respuesta fue «claro, cuenta con ello» —le explico yo— era un clarísimo «vete a la mierda». Es su *modus operandi*.

—Joder.

¡Pon, pon, pon!

—Tenemos que salir ya —los apremio—. Podéis seguir discutiendo luego.

Le ofrezco a Chris mi lugar en el retrete antes de bajarme.

—Arturo —me dice él—, ¿podemos hablar un minuto?

—¿Te lo parece?

¡Pon, pon, pon!

—Tete, por favor… —me suplica clavando su mirada de color azul en la mía.

—Procura que no te descubran, Christopher, o todo se irá a la mierda —respondo, tajante.

—Cada vez que me llamas Christopher o Lacoste se muere un pececillo.

Lo ignoro. Nunca pensé que a Chris le daría por ponerse chistoso ante un problema serio de *pareja*. Cruzo una última mirada con Patrick antes de salir y me lleno los pulmones de aire. Allá vamos.

—¡Salimos ya, joder! ¡Locas! —grita Patrick para ir creando expectación.

—*Ostras. Tías, esa voz me suena mucho.*

—*A mí también ¿eh? Es alguien del CAR.*

—*¡¡Que me meooo!!*

Patrick retira el pestillo y Chris aprovecha esos segundos de curiosidad insana de las chicas, que tendrán sus ojos fijos en la puerta, para arrastrarse por el suelo y colarse en el retrete de al lado. Hemos tenido suerte de que esté tan delgado. De lo contrario, habría sido imposible.

—¡Ya era hora! —la chica con la urgencia urinaria entra a todo correr sin apenas prestarnos atención; no me suena que sea del CAR. Será una amiga o prima o algo.

—¡Bualaaa! —exclama la amiga de Elvira, ¿Silvia?, mirándonos de hito en hito.

—Vaya, vaya. Tengo que admitir que esto no me lo esperaba —nos dice Elvira—. Patrick Villar de Figueroa y Arturo Claramunt. Porque eres Arturo, ¿verdad? La camiseta de *Ice Age* te delata.

—¿No te lo esperabas? ¿Por qué? ¿No hacemos buena pareja? —replica Patrick.

—No sé. —Ella solo nos mira con sospecha. No acaba de creérselo—. Te veía más con otro miembro de la Triple A, si tengo que serte sincera.

—¿Con bombón?

Ríe.

—No exactamente.

Patrick sonríe socarrón y entonces se gira hacia mí y me besa. En la boca. Con lengua. Sin avisar. Y con esta ya van dos veces que él y yo nos enrollamos. Le noto el *piercing* en la lengua. Mmm, esto es nuevo. En la adolescencia no lo tenía.

La puerta se abre de nuevo y un grito ahogado dispara todas mis alarmas. Esa voz… Yo conozco esa voz. Patrick y yo nos separamos y… Mierda. Es Aitana.

—He entrado aquí pensando que estaría menos concurrido que el baño de las chicas, pero no sé qué deciros —nos dice mi hermana—. ¿Qué coño significa esto?

La chica desconocida sale del baño y se la ve relajada, por fin. Todo lo contrario al ambiente general del cuarto de baño.

—Bueno, chicos —nos dice—, gracias por dejarme pasar y siento haberos arruinado el polvo. Ya podéis seguir.

—¿Arruinado el polvo? —repite Aitana.

—Sí. Arruinado el polvo. Estábamos follando ahí dentro —responde Patrick, señalando el retrete—. ¿Tienes algún problema?

—Tengo muchos problemas.

—No lo sabías —le dice Elvira.

—¿Que mi hermano y Patrick estaban follando en el baño? No, no lo sabía. ¿Él ha sido tu novio todo este tiempo, Arturo?

Ahora mismo la cabeza de mi hermana es un laberinto de ideas, imágenes, dudas y decepción. Y sus ojos ya no brillan. Ahora le pican por el deseo de echarse a llorar.

—Tani, ¿podemos hablarlo luego? —le pido.

No responde. Gira sobre sus talones y sale corriendo. Echo un vistazo rápido a Patrick antes de salir detrás de ella, pero lo que veo en su rostro me paraliza. Ira. Tristeza. Decepción. Esto es lo que hemos conseguido Chris y yo hoy.

—Luego estamos —le digo antes de irme.

—Claro, amor.

Me muevo rápido entre la gente, recorro toda la discoteca, busco una cabeza rubia, pero localizar a mi hermana en todo este barullo es una tarea imposible de llevar a cabo. Voy a mandarle un mensaje y justo veo que Andrés me ha escrito:

Andrés:
He ido al baño de tíos, pero estaba lleno de tías gritando y no te he visto.
Andrés:
¿Estás bien?

Ahora no tengo tiempo. Abro el chat que tengo con Aitana.

Arturo:
Sé que estás con Patrick.
Arturo:
Necesito explicarte las cosas. Pero es largo e importante, y no quiero hacerlo por teléfono.
Arturo:
Contéstame, por favor.
Arturo:
O espérame en el CAR, en la sala donde jugamos siempre a rol. Ahí podemos hablar tranquilos sin que nos interrumpan.
Arturo:
Voy de camino.

Salgo a la calle, pero tampoco la veo. Se habrá ido al CAR. Tengo que llegar al CAR. Aligero los pasos al mismo tiempo que saco los auriculares inalámbricos del bolsillo del pantalón. Pongo la música en el teléfono; necesito despejar la mente. *Me muero*, de La Quinta Estación, suena a todo volumen y yo tengo que echar la mirada al cielo (¿en serio?), pero la dejo.

Me he olvidado el jersey y la chaqueta en el bar. Voy en manga corta y sin embargo tengo la sensación de que la ropa me pesa. Todo me pesa.

El mundo me pesa.

Meto las manos en los bolsillos del vaquero y agacho la mirada. Camino sin detenerme ni para atarme los cordones de las bambas. Y, al final, *Me muero* me acompaña en bucle hasta el CAR.

Para cuando llego, Aitana no me ha contestado y tampoco se encuentra en nuestro lugar. Aun

así, espero. Me tumbo en el sofá con los brazos detrás de la cabeza y las piernas cruzadas a la altura de los tobillos. Cierro los ojos.

Menuda mierda de noche, ¿no?

¿Cómo hemos llegado a esta situación? ¿Es este mi final con Chris? ¿Después de todo lo que hemos pasado?

Dicen que un hombre se enamora a los ocho coma siete segundos. Yo lo hice a los cinco coma dos y hace algún tiempo que dejé de negármelo a mí mismo.

Hace unos meses Chris y yo nos disputamos la última final de Wimbledon. Acabó mal. Muy mal. Y no porque yo perdiera una vez más, sino porque Chris y Andrés acabaron tirados en el suelo, uno encima del otro, dándose de hostias por primera vez en su vida. Llevaban años discutiendo e insultándose el uno al otro, pero nunca habían llegado a las manos. Yo no lo vi, nadie lo vio en realidad; cuando quisimos darnos cuenta ya estaban en el suelo, así que en un primer momento no supimos qué había ocurrido.

Conseguimos separarlos y levantarlos entre mis padres, el padre de Chris, Stefan y yo. Entonces era yo el que retenía a Chris por el pecho contra su voluntad en un intento de que no se lanzara de nuevo hacia mi hermano.

Me cabreé la vida. Y fui a montarle el lío a Chris en cuanto tuve oportunidad una vez el asunto se hubo tranquilizado. Dejé a mi hermano con mi familia en el vestuario, con una bolsa de hielo en el labio, y me escabullí al de Chris sin que nadie me viera. Dentro se encontraba él con su padre y Stefan. Discutían. Me vieron y no se inmutaron, ninguno de los tres. Allí todos sabían quién era yo. El padre de Chris, mucho tiempo atrás, nos había pedido permiso para hablarle a Stefan de lo nuestro; nos explicó que sin secretos sería más sencillo. Y es cierto que nos ha cubierto bastante en los últimos años. Lo único que le dijo a Chris cuando se enteró y me vio fue: «¿En serio no había otro?». «No. No había otro», repliqué yo.

Chris tenía una brecha en la ceja y sangraba. Ni me enterneció (demasiado) ni me dio pena (demasiada). Me recosté en la puerta con los brazos cruzados y escuché la bronca que le echaba su padre en inglés, entiendo que por deferencia a Stefan, que no entiende ni una palabra en francés. Tampoco es que yo sea muy ducho, pero algo he aprendido después de nueve años junto a Chris.

—¿Ahora tengo que cargar yo con las culpas de que el gilipollas de Andrés Claramunt tuviera el día tonto? —gritaba Chris.

«Eso es. No te cortes en insultar a mi hermano».

—¡Ha sido una irresponsabilidad! Os podían haber sancionado a los dos, menos mal que no os ha visto nadie de la organización. Da gracias, Christopher. Ni la prensa. ¡La prensa, joder! ¿Te das cuenta de la que se podía haber armado? ¡Ha sido una falta de deportividad tremenda! Por no decir algo mucho peor.

—¡Que no he sido yo, joder! ¡Ya está bien! Ha sido el imbécil de Claramunt. Tengo derecho a defenderme, ¿no? Si no, me mataba a hostias allí mismo.

«Ya, claro. Defenderse. Pobre angelito inocente». Resoplé. Todos me miraron.

—Tete —pronunció Chris en castellano, en medio de toda su dialéctica inglesa—, me ha atacado él sin motivo, te lo juro. Nos hemos cruzado y me ha dado un puñetazo en el ojo. Yo no había abierto ni la boca. —Pues será la primera vez—. Ha enloquecido por completo. Triplicadle las visitas a ese psicólogo suyo porque está peor que nunca. Es mi consejo de hoy.

Y encima me venía con cachondeo. Abandoné la rigidez de la puerta y me acerqué a él.

—Mi hermano no ataca sin un motivo.

Chris bufó.

—¿Y yo sí? —Mi silencio le dio la respuesta. Y bufó otra vez—. Esto es increíble. Alucino.

—¿Sabes lo que no entiendo? —le pregunté enfadado.

—¿Qué?

—¿Cómo puedes partirle la cara a alguien que tiene *mi* cara?

—Ese tío no tiene tu cara. No os parecéis en nada.

—¡*Ese tío* es mi hermano gemelo! GE.ME.LO. ¡Somos idénticos! La gente no suele diferenciarnos.

—Yo no soy «gente».

—¡A veces no nos diferencian ni nuestros propios padres!

—Imperdonable. Y patético. No os parecéis en nada —repitió—. Sois como la noche y el día. Yo podría diferenciaros incluso con los ojos cerrados.

No me lo creí, pero ese no era el tema. Negué con la cabeza y me dirigí hacia la salida. No tenía nada más que decir.

—¿No me crees? ¡De puta madre! Tu hermanito del alma se ha lucido. Me ha jodido el día pero bien. ¡Puto Claramunt!

—¡Eso! —grité sin girarme—. ¡No te cortes! Tú sigue cagándote en mi apellido.

—Esto va a tener consecuencias, Christopher —escuché que le decía su padre antes de que se cerrara la puerta detrás de mí de un portazo.

—¡A tomar por culo todo!

Esa noche, en la cena de campeones, el color verde, el morado y los ánimos por los suelos lo dominaban todo, un año más. Mi padre y Patrick padre discutían de tenis, como siempre. Nosotros tres cenábamos en silencio.

—No me lo puedo creer —exclamó Patrick de pronto—. ¿Ha sido por esto, Andrés?

Tanto Andrés como yo levantamos la mirada del cóctel de gambas hacia Patrick hijo. Nos mostraba la pantalla de su teléfono. Entrecerré la mirada y leí la noticia:

«Nicki Monteserin comunica en una rueda de prensa que se retira de la competición hasta que mejore de la otitis y habla de su regreso al CAR como entrenadora del equipo de natación el próximo mes de septiembre».

¿¿Qué??

—¿Lo sabías? —le pregunté a mi hermano.

—Sí —confesó de mala gana.

—¿Y por qué no me lo has dicho? —preguntamos Patrick y yo al unísono.

—Porque hoy es tu día y no quería distraerte —me dijo a mí. A Patrick no le contestó.

—¿Por eso le has partido la cara a Lacoste, arriesgando tu carrera y la suya? —insistió Patrick—. ¿Porque necesitabas sacar tu mierda de dentro?

Espera, ¿qué?

—Por eso y por satisfacción personal.

—Y porque te ha incitado —añadí yo.

—No, qué va —admitió—. El imbécil hoy no ha hecho nada. Bueno, nada salvo poner su careto de mierda en mi punto de mira. Necesitaba descargarme y lo he hecho con su cara. No me arrepiento.

—¿Cómo que no te ha hecho nada?

—A ver…, nada, nada… Sí que hizo algo. Sonrió.

—¿Sonrió?

—Sí, ya sabes, sonrió de esa manera suya tan insufrible, en plan «he vuelto a ganar a tu hermano. Puedes chupármela cuando quieras», así que se la partí. Estaba defendiendo tu honor, tete.

—¿Y qué más?

—Nada más.

—Andrés, ¿te sonrió y le diste un puñetazo?

—Sí.

—Cómo te pasas, Andrés —añadió Patrick.

—¿Ahora te vas a poner de su parte?

—Alucino contigo.

—Qué disgusto me llevo, patito. Hoy no duermo.

Andrés se llevó una gamba a la boca de mala gana y Patrick le arrebató el tenedor justo a tiempo. Mi hermano resopló al ver lo que había estado a punto de hacer.

—Si es que me desconcentráis, joder.

—Pues controla. No quiero tener que llevarte otra vez al hospital.

—Cualquier día vais a matarme entre todos.

—¿Qué pasa ahí? —preguntaron nuestros padres.

—Nada —respondimos los tres al unísono.

Yo estaba enfadado con mi hermano. Muy enfadado. Y más enfadado a cada segundo que transcurría.

—No me puedo creer que hayas hecho algo así —le eché en cara.

—¿Y a ti qué te pasa?

—¡Le has pegado a Chris sin motivo!

—¿A quién? He pegado al imbécil de Lacoste. ¿Por qué lo llamas Chris?

—¡Porque es su nombre!

—Pero ¿qué me estás contando?

Bufé.

—Te has pasado.

—¿Ahora eres su defensor? Anda y que le den por el culo.

—Paso, Andrés.

—Pues fenomenal.

Chris no me había mentido y yo llevaba horas sin dirigirle la palabra por haber *pegado* a mi hermano. Con disimulo, eché una mirada a su mesa. Mesa que mis ojos habían evitado durante toda la noche. El azar siempre nos sentaba en Wimbledon de tal manera que teníamos contacto visual directo. Chris parloteaba con la gente que le rodeaba de esa manera suya tan «no me llegáis ni a la suela de la deportiva», pero en ese momento, como si sintiera el peso de mi mirada sobre su rostro, giró la cabeza y se encontró con mis ojos. Entrecerró los suyos y los retiró. Le mandé un mensaje.

Arturo:
¿Nos vemos en nuestro baño en cinco minutos? Necesito hablar contigo.

El de los panes de ajo a domicilio:
No.

Arturo:
También quiero darte un beso en la ceja para que se te cure antes la herida.

El de los panes de ajo a domicilio:
Que te jodan.

Arturo:
Y pedirte disculpas. Tú no has tenido la culpa. Nicki regresa al CAR y ya sabes que hay toda una historia detrás de eso.

El de los panes de ajo a domicilio:
Que os jodan a los dos.

Arturo:
Lo siento, tete. ¿Me perdonas?

El de los panes de ajo a domicilio:
Que te jodan.

Arturo:

Tú.

El de los panes de ajo a domicilio:
Ni en tus mejores sueños.
El de los panes de ajo a domicilio:
Mírame.

Retiré la mirada del teléfono y lo observé de nuevo. Me sacó el dedo corazón y volvió a ignorarme. Miré con mala cara a mi hermano, echándole la culpa, y él me respondió primero con la frente arrugada y después con un encogimiento de hombros. Pasé el resto de la velada buscando el contacto con Chris, pero fue imposible. La cena de campeones de Wimbledon suele ser tranquila, pero aquella noche la gente estaba desatada. Llegó un momento en que nos encontrábamos casi todos fuera de las mesas, de pie, en la pista de baile, una pista de baile que jamás se utilizaba para bailar. Andrés, Patrick y yo estábamos rodeados de cientos de personas, pero guardaba contacto directo con Chris al otro lado de la pista. Cuando nuestros ojos se encontraban yo sonreía, pero él no me devolvía el gesto, solo entornaba más la mirada. Me rasqué de nuevo el cuello. Odio las pajaritas. Entonces sonó aquella canción: *It must be love*, de Madness. Y fue como una señal, como las luces de los faros en la oscuridad, porque me la sé de memoria. Comencé a bailar y a cantar solo para él. Aunque, claro, nadie sabía que lo hacía por y para él.

Di una media vuelta perfecta al unísono con la melodía de la canción y le pasé un micrófono imaginario a Chris. Era mi manera de pedirle disculpas de nuevo y hacer las paces. Por supuesto Chris no cantó la siguiente estrofa. Yo lo miré con cara triste, pero sin dejar de bailar. Y me separé de Andrés y Patrick. Me desplacé hacia la derecha. La gente me abría paso y aunque algunos me miraban con extrañeza, o pensando «a este ya se la ha ido la mano con la bebida», la mayoría pasaba de mí. Solo era un chico moviéndose entre la multitud al ritmo de la música. Chris me seguía con la mirada y con sus pasos. También se desplazó hacia la derecha.

Y otra media vuelta que di. Entonces llegó la siguiente estrofa y… cantó. Chris cantó para mí. Y yo sonreí con el pecho henchido de felicidad.

Continuamos con esa dinámica durante el resto de la canción. Una estrofa cada uno y media vuelta. Yo vigilaba a mi hermano, no quería que se fijara en nosotros; por suerte, andaba entretenido discutiendo con Patrick.

Chris y yo somos muy altos, así que nos veíamos la cara por encima de las cabezas de la gente y entre los huecos. Y los pasos que dábamos hacia la derecha. Siempre hacia la derecha. Hacia la zona de los baños. Es una zona a la que puede accederse desde los dos extremos, el extremo en el que estaba Chris y el extremo en el que me encontraba yo. Una vez llegamos, nos escabullimos dentro a todo correr. Nos encontramos de frente a medio camino y nos besamos en la boca. Por fin. Nos besamos como si fuera la última vez y entonces me di cuenta de que Chris y yo siempre nos besamos como si fuera la última vez, incluida nuestra primera.

Fueron dos segundos, pero a mí todo me dio vueltas, como a cámara lenta. Dos malditos segundos de contacto. Tuvimos que separarnos y continuar cada uno por nuestro lado. Yo regresé al salón por el hueco por el que había desaparecido Chris y él lo hizo por el mío. Nuestros ojos volvieron a encontrarse. Chris me guiñó un ojo y me dio la espalda para continuar bailando entre la gente. Y mientras yo lo observaba, por primera vez, me percaté de la letra de la canción que llevábamos minutos cantando. Y me caló en los huesos. *It must be love, love, love.* (Debe de ser amor).

Entonces fui consciente de la veracidad de aquellas palabras.

Entonces fui consciente de que había estado oyendo y cantando la canción sin escucharla.

Entonces fui consciente de que estaba locamente enamorado de Christopher Lacoste.

Me quedé paralizado mientras él continuaba bailando, ajeno a todo, y mientras mi hermano se acercaba a mí y me contaba chismorreos al oído que yo no escuchaba. No podía hacerlo. Estaba enamorado de Chris. Estoy enamorado de Chris.

¿Desde cuándo?

Desde el principio.

Recordé sus palabras. «Nada de novios y nada de sentimientos. Nada de amor, Arturo. Yo no puedo dártelo». Me lo había repetido hasta la saciedad, pero yo iba por libre. Como si me entrara por un oído y me saliera por el otro.

Y estaba jodido.

Estoy jodido. Porque si le digo a Chris que lo quiero con locura, que lo quiero mucho, lo más probable es que me responda: «Sí, como la trucha al trucho, no te jode».

«Genial, Arturo».

29: «Dame un punto de apoyo y moveré la Tierra por ti»

NICKI

CUANDO ARTURO deja solo a Andrés después de la mejor interpretación de *La Rutina* que he visto en mi vida, dudo. Dudo durante un tiempo indeterminado para mí. Durante el mismo tiempo en que *Fading like a flower*, de Roxette, se reproduce de principio a fin. Dudo porque siento miedo de muchas cosas, aunque vaya de valiente por la vida. Dudo porque no tengo ni idea de lo que se supone que tengo que hacer. Lo que sí sé es lo que *quiero* hacer. Por eso, tras contemplarlo un par de segundos más, emprendo mi camino hacia él. Andrés se encuentra de espaldas a mí, de pie en medio de la pista, rodeado por decenas de personas que bailan a su alrededor, sin dejar de observar el lugar por el que ha desaparecido su hermano, pero no he dado ni dos pasos cuando se gira (es como si me hubiera sentido de alguna manera), levanta la vista hacia mí y entonces una de esas medias sonrisas suyas, de las que sobresalen a lo largo de la esquina de su boca, hace acto de presencia. Me mata un poco por dentro. ¿Por qué tiene que ser tan guapo? Comienza a caminar con decisión en mi dirección, esquivando cuerpos y más cuerpos, pero sin que sus ojos pierdan en ningún momento el contacto visual con los míos.

—Hola —lo saludo cuando nos encontramos por fin. ¿Y ahora qué?

—Hol…

A Andrés lo empujan sin querer y trastabilla. Andrés Claramunt trastabilla y yo no puedo hacer otra cosa que esbozar una sonrisa. Porque Andrés trastabillando es muy bonito.

—Me han empujado —se defiende.

—Claro. Pero busca un punto de apoyo, Claramunt —le digo—. No vaya a ser que vuelvan a empujarte.

—«Dame un punto de apoyo y moveré la Tierra por ti».

Me quedo sin respiración y ahora soy yo la que casi pierde el equilibrio. Ahora soy yo la que trastabillo sin que nadie haya chocado conmigo. Andrés me coge del brazo.

—Cuidado ahí, Monteserin, no vayas a caerte.

—Andrés…

—Dime una cosa, Nicki —me dice, circunspecto—. ¿No te has cansado ya de jugar? Porque yo no puedo más.

—¿De jugar a qué?

—A eso de «sé que me echas de menos y yo también te echo de menos, pero finjamos que no lo hacemos».

Mi siguiente movimiento es tan rápido y decidido, tan valiente y arriesgado, que es posible que la orden llevara meses en mi cerebro esperando una señal. Y la señal ha llegado. Lo agarro del pelo con la mano izquierda y junto nuestras frentes. Le sujeto el cuello con la otra mano y… estamos temblando. Ambos estamos temblando. Los labios nos tiemblan y las respiraciones nos

tiemblan. Y esos ojazos de color chocolate que se fijan en los míos, destellando deseo y, quizá, un poco de esperanza, me traspasan la piel y me llegan al alma. Me lamo los labios. La sangre me palpita en los oídos.

—Andrés… —susurro subiendo mi mano derecha hasta su cabello y enroscándole los dedos en los mechones. Él cierra los ojos y tiembla aún más. Tiembla como un niño cuando tiene miedo y no se atreve a salir de la cama para encender la luz—. Andrés… —repito.

—Yo… Nicki… —Siento su aliento en mi boca y se siente como regresar a casa—. Yo… tengo que ir al baño un momento.

¿¿¿¿¿¿¿Ahora???????

—¿Ahora?

—Tengo que encontrar a Arturo. Necesito comprobar que está bien.

—¿¿Ahora??

—Sí —me dice sin dejar de temblar—. Solo será un minuto, te lo prometo. Y continuaremos justo donde lo hemos dejado. ¿Me esperarás?

—Sí.

—Prométemelo. Por favor.

—Te esperaré. Te lo prometo.

—Vale. Voy.

El esfuerzo que tiene que hacer Andrés para separarse de mí es titánico, y el calor que emitía su cuerpo lo pierdo, pero no del todo. Aún me siento… cálida. Lo espero en medio de la pista y nunca dejo de observarlo. Andrés se asoma al baño de los chicos, pero no llega a entrar. Echa un vistazo rápido y alcanza su teléfono del bolsillo del pantalón vaquero. Escribe algo rápido a toda velocidad y vuelve a guardárselo. Me busca con los ojos y no son necesarias las palabras, porque nuestro esperanto grita a voces que salgamos de aquí. Nos dirigimos al mismo tiempo hacia la salida. Yo atravieso la puerta en primer lugar y lo espero fuera. Él tarda menos de dos segundos en aparecer y… Y entonces su boca busca la mía con desesperación y la encuentra. Y su lengua busca la mía con desesperación y la encuentra. Y creo que no soy capaz de expresar con palabras lo que siento en este instante al besar de nuevo a Andrés después de tanto tiempo. Después de tanto anhelo.

Presiono nuestros cuerpos y me aferro a él, porque necesito sentir los latidos de su corazón junto a los míos y porque estoy tan acojonada que temo comenzar a correr en la dirección contraria en cualquier momento, aunque estoy tan perdida en nosotros que no creo que encontrara la forma de salir de aquí. Mi presión sobre él mueve su cuerpo hasta que se encuentra con la pared fría detrás de él. Nos besamos durante una eternidad demasiado corta. Porque no existe eternidad en la que yo pueda cansarme de esto. Y se siente tan correcto. Tan correcto.

Advierto el frío helador de la calle, pero es como si no fuera con nosotros, como si no pudiera tocarnos, porque ambos ardemos y nuestras llamas son mucho más fuertes. Andrés entierra la boca en mi cuello y hunde los dientes en mi piel mientras yo gimo de placer. Lo toco

por todas partes. Necesito tocarlo por todas partes. Sentir sus músculos, firmes, ondular bajo mis manos. Me acaricia con la lengua en ese lugar justo debajo del lóbulo de la oreja que tan bien conoce y mi cuerpo estalla. Juro que estalla.

—Nicki… —me llama sin aliento, su voz amortiguada mientras sus labios me mordisquean la mandíbula. Y siento su excitación que presiona dolorosamente contra mi vientre.

—Vamos a casa —le digo.

Sin pensárselo, me coge de la mano y comenzamos a correr. Llegamos a su coche, abrimos las puertas, entramos y de pronto nuestros labios chocan de nuevo, y no sé si mi lengua está en su boca o la suya está en la mía, solo sé que mis pies no tocan el suelo, que estoy subida a horcajadas en su regazo y que no puedo dejar de besarlo. No puedo dejar de respirarlo. Me cierno sobre él, lo aprieto contra mi cuerpo y me bebo su esencia. O nos bebemos el uno al otro. Enrosco las manos en su cabello, tan suave, y él me agarra la espalda con las manos. Cuando los cristales tintados comienzan a empañarse no puedo evitar reírme en su boca.

—¿De qué te ríes? —susurra, divertido, contra la mía.

—Mucho Porsche color lagarto pero los cristales se empañan igual que los del primer coche de segunda mano de mi hermano.

Andrés deja salir una carcajada y suena tan maravillosa como la mejor sinfonía del mundo. Deberían escribirle miles de partituras.

Dejamos de besarnos y nos miramos a los ojos; los suyos brillan tanto como la luna llena de esta noche. Él me acaricia las cejas, admira mi rostro, y yo le retiro el pelo de la frente. Lo tiene enmarañado y me encanta. Incrusto los dedos de nuevo en él y lo masajeo. Andrés cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás hasta que impacta en el cuero negro del asiento. Oh, y entonces veo su lunar. Ese tan pequeño que tiene debajo del ojo. Ese que tanto me gusta. Estaba tan ensimismada absorbiendo el dulce sabor de sus labios que no me había acordado de él. Imperdonable. Acerco mis labios y lo beso mientras sus manos exploran mi cuerpo arriba y abajo. Le recorro con los labios la mandíbula, el cuello y… Mierda, no puedo avanzar más. Hay demasiada ropa. Le desabrocho los botones de la camisa a la velocidad del viento, que no es lo suficientemente rápido, y en cuanto lo consigo la retiro lo bastante como para colar las manos por la anchura de sus hombros y la extensión de su pecho. Le beso los pezones mientras él intenta levantarme el vestido con sus dos manos sin dejar de gemirme en el oído. A mí también me sobra la ropa. No sé cómo, pero consigo deshacerme de los zapatos, las medias y la ropa interior. Quizá se deba a la experiencia. No es la primera vez que nos desnudamos en este coche. Ni la segunda, ni la tercera. Tengo la intención de desprenderme del vestido también, pero Andrés me sienta de nuevo sobre su regazo, sobre su erección, y yo ya sé que estoy perdida. Le desabrocho el botón del pantalón y le bajo la cremallera; lleva un bóxer de color rojo muy navideño que me hacen sonreír una vez más, pero la excitación no la pierdo. Engancho el elástico y tiro hacia abajo todo lo que puedo hasta que libero su erección. Andrés se lame los labios y yo lo agarro por la nuca.

—Dime que tienes un preservativo.

—En la guantera.

Me separo de él lo suficiente como para alcanzar uno y abrirlo. Mientras se lo pongo, un estremecimiento recorre toda su piel. Yo trago saliva. Estoy nerviosa. Ambos lo estamos. Andrés me agarra por las caderas y baja mi cuerpo hasta su regazo. Entra en mí despacio. Muy despacio. Y muy delicioso. Ambos jadeamos y nos miramos a los ojos sin ser capaces de decir nada, pero diciéndonos todo. Porque no es solo la sensación de que él esté dentro de mí, es la sensación de que él *vuelva* a estar dentro de mí.

Cuando entra del todo no nos movemos. Solo nos miramos. Y yo lo acaricio. Y los músculos le tiemblan bajo mis dedos. Echa de nuevo la cabeza hacia atrás y cierra los ojos.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Andrés abre los ojos y sonríe débilmente.

—Muy bien. —Entonces sus labios rozan mi mandíbula—. De puta madre, en realidad. ¿Nos movemos?

Sonrío.

—Sí.

Agarro su cabeza y la dirijo de vuelta a mi boca. Nuestros labios se mueven juntos al mismo tiempo que Andrés comienza a empujar arriba y abajo. Coloco las manos en sus caderas y dejo que él marque el ritmo, de momento. Yo necesito concentrarme en otras necesidades. El sudor le ha empapado un par de mechones y los tiene pegados a las sienes. Yo necesito retirárselos. Y necesito contemplar sus mejillas sonrojadas y su piel pálida brillando a la luz de la luna. Pero entonces uno de sus empujones llega demasiado profundo y yo me pierdo. Me muevo arriba y abajo hasta que encontramos el ritmo perfecto, mi espalda impactando contra el volante y… Dios, otra vez estamos follando como locos en el puñetero Porsche 911 GT3 RS color lagarto.

Andrés cuela las manos por mi cintura y me levanta el vestido hasta sacármelo por la cabeza. Me suelta el sujetador y me quedo desnuda encima de sus muslos mientras él está vestido excepto por los botones desabrochados de la camisa de cuadros. Me pone a cien. Y cuando sus manos llegan hasta mi pecho y me acaricia y tira de los pezones me pongo a doscientos. Y ya ni los besos ni nuestros movimientos son lánguidos. Son frenéticos y van al ritmo de nuestros gemidos. No quiero que esto termine. No quiero perder la sensación de sus manos en mi piel ni de sus ojos en mi rostro. Y aún no lo he tocado lo suficiente, pero…

—Voy a correrme —le aviso.

—Yo también.

Y entonces estallo con un grito y mi visión se oscurece tanto que casi pierdo el conocimiento.

No puedo mover ni uno solo de mis músculos cuando me desplomo sobre él, pero consigo envolver mis brazos alrededor de su cintura. Nuestros pechos desnudos están juntos de nuevo y solo puedo cerrar los párpados y disfrutar del momento. No estoy segura de cuánto tiempo permanecemos en esta posición, pero al cabo de un tiempo, cuando las respiraciones se nos han

estabilizado, paseo mis dedos a lo largo de su columna vertebral y me estremezco de pies a cabeza.

Levanto la mirada y me encuentro con sus ojos, que me miran casi sin pestañear. Lo beso en la boca, en lo que pretendía ser un beso casto, pero él lo profundiza y yo lo acepto incluso con necesidad, hasta que él mismo lo detiene minutos después para empujar su nariz con la mía.

Hay una pregunta silenciosa que ocupa todo el aire del coche y…

—Tengo que hablar contigo, Nicki. Tengo que contarte muchas cosas. *Quiero* contarte muchas cosas.

—Yo también. Vamos a casa —le digo por segunda vez.

A ver si esta vez llegamos.

Me levanto de su regazo y me acomodo en mi asiento. Encuentro mi ropa tirada en el suelo, pero no tengo ni la fuerza ni las ganas para ponerme más que la ropa interior y el vestido. Andrés se desprende del preservativo, lo anuda y lo deja en el cenicero.

Una vez llegamos al CAR no sé por qué tomamos el camino hacia la residencia de los deportistas en lugar de hacia mi cabaña, quizá por la costumbre de antaño, cuando nos movíamos entre nuestras habitaciones para estar juntos. En la entrada del edificio nos cogemos de la mano y los cuerpos nos vibran el uno junto al otro. Sonreímos como dos tontos. Como dos tontos y…

Y entonces la gran pantalla del Senticar que hay en el recibidor se ilumina y, a pesar de que yo casi nunca le presto atención, en esta ocasión sí lo hago. Supongo que no es más que un acto reflejo, porque la tengo justo al lado, pero ojalá ese acto reflejo no hubiera existido. Porque lo que leo me rompe en mil pedazos.

Suelto la mano de Andrés al instante.

—Nicki…

¿QUÉ DECÍAIS DE AQUELLA APUESTA DE LA GASTROENTERITIS? ¿QUE ERA IMPOSIBLE SACAR EL VIRUS DEL GRUPO DE LA TRIPLE A CON OPCIONES REALES? PUES AQUÍ TENÉIS LA OPCIÓN REAL: ANDRÉS SE LO PASÓ A ELVIRA LA NOCHE ANTES DE QUE LACOSTE CAYERA. ELVIRA ES EL PACIENTE ENLACE. NO ES NECESARIO QUE OS HAGA UN ESQUEMA DE CÓMO LO HIZO, ¿VERDAD? YIPI KA YEI

@ENIGMATICAR

Qué jodida es la cabeza. Porque en cuanto lo he leído mi imaginación los ha situado a ellos dos en una cama, follándose el uno al otro. Y ha sido como si la escena hubiera recorrido los planos existenciales que nos distanciaban y me hubieran golpeado directo en el corazón. A quemarropa. O quizá no fue en la cama, quizá fue en el Porsche. Cierro los ojos. El dolor es tan fuerte que no sé cómo no pierdo el equilibrio. Y ya todo ha cambiado, porque esta información

de mierda ha convertido un hecho casual en uno premeditado, y es lo que me mata por dentro.

Entonces recuerdo la mañana en que Elvira le dio una palmada en el culo a Arturo. Recuerdo que Arturo estaba agachado y que llevaba el traje de tenis que Andrés más utiliza. Y que a mí no podía verme porque estaba oculta entre la máquina y la pared. Oh, Dios. ¿Cómo he podido ser tan gilipollas?

Ellos dos siguen juntos. Siguen juntos. Y casi seguro que estaban juntos incluso antes de que yo me fuera a Suiza.

—Nicki…

Ni siquiera lo ha negado. Y la casi inexistente esperanza que albergaba mi corazón muere. Suelto su mano y cierro los ojos.

—No —le digo tajante.

—No es lo que estás pensando. Creo que es importante que lo sepas.

Abro los ojos. ¿Que es importante que lo sepa? ¿Eso es todo lo que tiene que decir?

—¿Y cómo coño sabes lo que estoy pensando? —lo enfrento.

—Porque te conozco. Nicki, yo no la quiero. A ella no la quiero. Y en esto tienes que creerme. Necesito que me creas.

Al menos tengo que reconocer que es bueno. Parece dolido y todo.

—¡No te creo una mierda!

Me doy media vuelta y salgo del edificio.

—¡¿No me crees una mierda?! —grita a mi espalda—. ¿Por qué no me sorprende?

—¡Dímelo tú, Andrés! ¿Por qué no te sorprende? —le devuelvo sin girar la cabeza.

El suelo de la calle está congelado. Voy descalza, sin medias, y llevo los zapatos de tacón en las manos. Es curioso que al salir del coche no haya notado la baja temperatura en los pies.

—Nicki… —Andrés me agarra del brazo y me obliga a detenerme. Me suelto de muy mala hostia y lo enfrento.

—Al menos ahora ya sé lo que me ocultabas. Porque sabía que me ocultabas algo respecto a lo que sucedió aquella noche. ¡Lo sabía, joder! ¡Te lo notaba! Te conozco demasiado. ¡Me ocultabas que seguías acostándote con ella!

—No te lo ocultaba, no era de tu puta incumbencia —me dice con cansancio, como si lleváramos toda la vida discutiendo por ello.

—¿Que no era de mi incumbencia?

—No, no lo era, a pesar de que Arturo y tú creáis lo contrario. Tú y yo ya no estábamos juntos. No es tan difícil de entender, joder. Y yo con mi vida sexual puedo hacer lo que me dé la gana. No tengo que darte explicaciones.

—¿Tú y yo no estábamos juntos? ¿Acaso tú y yo hemos estado juntos alguna vez?

—Nicki. Por favor… —me suplica—. Estoy harto de toda esta mierda. ¿Podemos hablar un minuto, solo un minuto, como dos personas que se conocen desde hace más de ocho años y que se han querido, en cierta manera?

—¡No! No podemos. ¿Hasta qué punto Elvira fue premeditada? —le pregunto a bocajarro.

—¿Qué quieres decir? —me devuelve con el ceño fruncido.

—¿Desde cuándo te acostabas con ella? Porque me siento insultada si pretendes que crea eso de una «chica cualquiera» ahora que ha salido a la luz que aún sigues follando con ella.

—No te engañé con ella y no estamos juntos. Jamás me acosté con ella mientras tú estuviste aquí. Elvira solo se encontraba en el lugar indicado en el momento indicado. Que fuera alguien del CAR es… casualidad. Joder, era una fiesta del CAR, Nicki. El noventa por ciento de las personas que nos encontrábamos allí éramos del CAR.

—¿Y ahora?

—Ahora solo estamos de vez en cuando. Muy de vez en cuando. Ella es… Ella es fácil. Me refiero a que vivimos a un piso de distancia.

—¿Y no había más? ¿Tenías que acostarte una y otra vez con la misma chica de la fiesta? —Sonrío sin ganas. Dios—. Estoy tan, tan cansada de la montaña rusa que somos tú y yo, Andrés. Tan cansada. Es que ni siquiera estoy enfadada. Estoy cansada.

—Nicki…

—Tú has dicho que estás harto, ¿no? Pues yo también lo estoy. Estoy harta de ti, Andrés —le digo y me doy media vuelta mientras las lágrimas se derraman por mis mejillas y me queman en los ojos.

—¡Nicki! Por favor. No nos hagas esto otra vez.

Me detengo, me giro de nuevo y me acerco a él como un miura.

—¡¿Que no nos haga esto yo?! ¡¿Yo?! —grito—. ¿Cómo puedes tener tanto valor? ¿¿Cómo?? No te acerques más a mí, Andrés. No quiero que me hables y ¡no quiero ni que me mires! Tú y yo terminamos aquí y ahora. Para siempre.

La expresión en sus ojos es de absoluto dolor y devastación. Increíble.

De camino a mi cabaña llamo a Tani. Necesito a Tani. Pero ella no me coge el teléfono. Lo intento una vez más. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis.

—*Nicki* —responde a la séptima.

—Por fin.

—*No es un buen moment.…*

Y entonces me echo a llorar.

—*¿Dónde estás?*

—De camino a la cabaña.

—*Voy para allí.*

Antes de que ella venga me da tiempo a quitarme el vestido, darme una ducha rápida, ponerme el pijama y llorar lo que no está escrito.

Toc. Toc.

Lo primero que hacemos en cuanto abro la puerta es fundirnos en un abrazo.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta cuando nos separamos.

—Ey, ¿estás bien? —le devuelvo yo. Tiene mala cara, el pelo hecho un desastre y está congelada de frío.

—He discutido con Patrick.

—¿Qué ha pasado? Parece grave.

—Es grave.

Joder.

—Pasa.

Cierro la puerta detrás de ella y ambas nos dejamos caer en el sofá. Tani se quita los tacones y deja escapar un suspiro prolongado al mismo tiempo que recuesta la cabeza en el respaldo y cierra los ojos.

—Dime qué ha pasado —me pide.

—Necesito preguntarte algo y necesito que me digas la verdad.

—¿Qué ocurre?

—Andrés y Elvira se acuestan de manera regular. En el presente. En este presente. Fue Andrés el que le pegó la gastroenteritis. ¿Lo sabías?

Abre los ojos y se incorpora. Me mira. Su cara es de absoluto asombro. No lo sabía. Y no ha visto el Senticar.

—No… no tenía ni idea. ¿Te lo ha dicho mi hermano?

—No. Ha salido en el Senticar. Pero él me lo ha confirmado.

—¿En el Senticar?

—Sí, en la cuenta fantasma.

—¿Y cómo se ha enterado?

—No lo sé. De la misma manera que se entera de todo.

—No. Es imposible. Ni siquiera yo lo sabía. ¿Cómo lo sabía él? ¿O ella?

—¿Ella?

—Elvira.

—¿Crees que Elvira está detrás de la cuenta fantasma?

—Ella o alguna de sus amigas. Tiene todo el sentido. Elvira siempre ha estado detrás de Andrés, por eso nunca nos ha atacado. Pero últimamente… últimamente nos ha dado más caña de la habitual.

—Pero ¿por qué?

—Quizá estaba enfadada por el acercamiento que ha habido entre mi hermano y tú en las últimas semanas.

—Nos hemos besado en la fiesta. Y luego hemos ido a su coche y…

—Y os habéis liado a lo grande.

—Sí. ¿Y si Elvira nos ha visto juntos?

—Tiene todo el sentido que sea ella. O… alguna de sus amigas. Alguien de su entorno que sepa que ella y mi hermano se acuestan de vez en cuando.

Tani se pierde en sus pensamientos, supongo que está asimilándolo todo, y yo recuerdo otra cosa. Porque si Andrés le contagió la gastroenteritis a Elvira la noche anterior a que Chris le vomitara encima significa que se acostó con ella esa noche. Y esa noche yo estuve con él. Toda la noche. Fue el día de la pelea. Andrés tuvo que estar con ella antes de pelearse con Chris. La conversación de Andrés y Arturo a través de la puerta ahora cobra más sentido. Cobra todo el sentido.

—Nicki y Chris no se están acostando, Andrés.

—Ya lo sé. Ya lo sé, joder. Pero me he ido calentando y me he puesto de muy mala hostia. Se me ha ido la cabeza y he perdido el control.

—¿Has ido a donde Fernando?

—No. A donde él, no. He ido a otra parte y después me he sentido de puta pena.

—Siempre te sientes de puta pena cuando vas allí, lo que no entiendo es por qué sigues haciéndolo. ¿Por qué te sigues torturando?

—No lo sé.

—Sí lo sabes. La estás castigando a ella. La castigas cada vez que lo haces y tienes que detenerte de una vez, Andrés. Porque tú odias hacerlo. Odias castigarla y luego te odias a ti mismo por seguir haciéndolo.

—Qué más da.

Fue a donde ella. Andrés fue a donde ella ese día. A donde Elvira. Lo que no entiendo es… ¿A quién castigas, Andrés?

—Tengo ganas de estrangular a tu hermano. ¡Joder!

—¿Por eso estás llorando? —me pregunta entonces Tani—. ¿Porque ellos han estado juntos más de una vez?

—¿Tú qué crees?

—No lo sé, Nicki. No tengo ni idea. Andrés y tú no sois nada desde hace más de un año, así que no entiendo por qué te molesta tanto que se acueste con Elvira de vez en cuando. Necesito que tú me lo expliques.

—Andrés y yo nos hemos acostado esta noche. En su coche. Pensé que había quedado claro.

—Andrés se acostó con Elvira hace unas semanas y tú te has acostado con él hoy. Lo pillo. Lo que no entiendo es por qué tú estás así.

¿Me está vacilando?

—¿Qué coño te pasa, Tani?

—Me pasa que me prometí a mí misma no inmiscuirme en tu vida. Porque es tuya y tú necesitas tu ritmo. Pero también me dije que, llegado el momento, si tú no abrías los ojos, te los abriría yo. ¿Sabes por qué? Porque te quiero. Y porque tú no pides ayuda, Nicki. ¡Nunca! Reconoce de una vez lo que sientes por Andrés y acabemos con esta mierda de situación. Estoy… estoy harta. Los sentimientos no se ocultan. Y las cosas se hablan. Siempre.

—Tani…

—Eres emocionalmente inaccesible, Nicki. Muy inaccesible. ¿Cuántas veces has quedado para tomar algo con el resto de los entrenadores del CAR? Qué digo del CAR, ¡de natación! Apenas te relacionas. Saludas y sonríes con afabilidad, como los pingüinos de Madagascar, pero no dejas entrar a nadie. A ti todo te resbala y no dejas que nada se te meta en la piel. Y lo entiendo. Te prometo que lo entiendo. Todos tenemos nuestras mierdas o nuestros monstruos en el armario, yo la primera. Y tú no has tenido una vida fácil. Pero lo que no entiendo, o no entendía, es por qué a nosotros sí nos dejabas entrar en tu vida, todo lo que dejas entrar, claro, pero a Andrés no. A Andrés nunca. Ni siquiera cuando te liaste con él lo dejaste entrar. Estableciste los límites desde el primer momento. No con palabras, pero sí con miles de gestos. Yo los veía. ¡Todos los veíamos! Y ahora yo te pregunto, ¿por qué? ¿Por qué esa distinción con mi hermano, Nicki?

Dudo. Titubeo. Y siento terror.

—No me contestes. Ya te lo digo yo. Porque tenías miedo. Porque estabas acojonada de lo que te hacía sentir. Cuando te salió la oportunidad de ir a Suiza no lo dudaste ni un momento, y me parece bien. Lo entiendo. Y creo que cualquiera en tu lugar habría hecho lo mismo. Yo en ese momento no sabía lo que Andrés y tú sentíais el uno por el otro. Yo no estaba con vosotros en la cama. Pero sí estuve ahí cuando Andrés se acostó con Elvira en la maldita fiesta, estuve ahí contigo a través del teléfono y lo tuve claro. Te habías enamorado de él. No te lo dije porque bastante jodida estabas y porque, repito, tú necesitas tu tiempo, pero entonces regresaste y… Seguías enamorada de él, Nicki. *Sigues* enamorada de él. Y ya es hora de que lo afrontes. No pasa nada. Y es algo bonito. El amor es algo bonito. Tú… tú y Andrés sois algo bonito. No eres consciente, ¿verdad? No eres consciente de que, a pesar de las peleas, tu historia con Andrés es bonita.

¿Es bonito mi pasado con Andrés? ¿Son bonitos mis recuerdos con él? ¿Es posible?

¿Fue bonito nuestro primer encuentro, cuando me dijo que había una pizzería en su barrio que se llamaba Nicolasa? ¿Y nuestros siguientes enfrentamientos? ¿Fueron enfrentamientos? ¿O fue el comienzo de… algo? Las competiciones de natación. Todos nuestros intercambios de palabras. El día que me monté en su coche por primera vez, aquel diecisiete de julio. La tarde que nos encontramos en mi cala, cuando le enseñé a nadar. Las Navidades en su casa, cuando se rio después de que yo dijera que no me gustaba el tenis. Nuestro primer beso. Nuestra primera vez y todas las que vinieron detrás.

—Vas a saco con Andrés —continúa ella—. Y estás en negación. Nicki, yo sé que tú no eres gilipollas. Eres una chica lista. Yo sé que tú sabías que estabas enamorada de él. No sé cuándo lo descubriste, pero lo descubriste. Y yo sé que te lo has negado tanto a ti misma que has acabado creyéndotelo. Lo has bloqueado. Porque él te hizo daño. Pero es hora de que lo desbloquees. Asúmelo y continúa desde ahí, ¿vale?

Cierro los ojos. Rebusco en mi cabeza. Rebusco todas las veces en que me decía a mí misma que Andrés no me gustaba. Que no me gustaban sus ojos juguetones. Su sonrisa de oreja a oreja.

Su cabello ondulado y enmarañado sobre mi pecho. Su manera de inclinar la cabeza hacia la izquierda. De guiñarme un ojo. De morderse el labio. De sacarme la lengua. El tacto de su piel. De sus labios. Sus ocurrencias. Su humor. Su inteligencia. Su cultura. Su fanatismo por los videojuegos. Sus bromas. Sus respuestas para todo. Sus golpes a la pelota de tenis con las dos manos en la raqueta. Sus juegos de magia. Sus historietas inventadas.

Tani tiene razón. Tiene razón en todo.

La famosa noche en que Andrés me llamó para preguntarme si podía acostarse con otra chica me colgó el teléfono sin que le temblara la mano. Oh, creo que eso ya lo he dicho. Lo que no he dicho es que yo permanecí inerte con él en la oreja durante minutos, u horas, reproduciendo la conversación, hasta que rompí a llorar. No pude evitarlo. Dejé caer el teléfono y tuve que salir a la calle. Tuve que ir a la piscina, la necesitaba como agua de mayo. Eran las dos de la mañana, pero me daba igual. Necesitaba respirar. Respirar en el agua. Abrí con mi llave la puerta del polideportivo y sin mirar atrás, sin molestarme en cerrar detrás de mí, me lancé al agua con la ropa puesta y ganas de no salir nunca de allí.

¿Se puede llorar a lágrima viva dentro de una piscina? Supongo que sí, porque yo lloré a lágrima viva esa noche dentro de la piscina. Lloré hasta que me quedé sin lágrimas. Lloré porque no había podido despedirme de sus ojos juguetones. De su sonrisa de oreja a oreja. De su cabello ondulado y enmarañado sobre mi pecho. De su manera de inclinar la cabeza hacia la izquierda. De guiñarme un ojo. De morderse el labio. De sacarme la lengua. El tacto de su piel. De sus labios. Sus ocurrencias. Su humor. Su inteligencia. Su cultura. Su fanatismo por los videojuegos. Sus golpes a la pelota de tenis con las dos manos en la raqueta. Sus juegos de magia. Sus historietas inventadas. Porque todo eso… me encantaba.

Permanecí horas dentro del agua, con los dientes castañeándome sin tregua y las manos aferradas a las escaleras mientras él se movía entre las sábanas con otra chica sin dejar de preguntarme por qué me sentía tan mal.

Es mentira eso de que nunca me gustó Andrés. Supongo que me lo repetía tanto porque necesitaba convencerme a mí misma. Fue todo lo contrario. Me gustó más. Siempre me gustó más. Más que Arturo. Más que Aitana. Más que los demás. Más que cualquiera en mi vida. Y esa es la verdad.

—Fue la misma noche que Andrés me llamó —le confío a Tani y a mí misma, por fin—. Fue esa noche cuando lo comprendí.

—¿Cuando comprendiste qué?

—Que quiero a tu hermano con toda mi alma.

—Oh, Nicki…

Nos fundimos en un abrazo y yo me echo a llorar de nuevo.

—Dios, Tani. ¿Qué voy a hacer ahora?

—Hablar con él.

—Tani, se está acostando con Elvira. Se acuesta con ella desde la fiesta.

Ella bufa de pura frustración.

—Es para matarlo.

—Acabas de decir que está en todo su derecho de hacerlo.

—Solo quería provocarte. Mi hermano es subnormal.

—Es cierto que está en todo su derecho.

—Sí, pero sigue siendo subnormal. Luego se lo digo.

—Estoy cansada, Tani. Y él… De todas las tías del mundo, ¿por qué ha tenido que seguir acostándose con ella?

—Los Claramunt somos mucho de meter la pata —susurra. Y después suspira.

—Quizá él no me quiera a mí.

—Eso tendrás que preguntárselo a él. Por cierto, ¿puedo quedarme a dormir aquí contigo?

—Claro que sí.

—Gracias.

—Tani, ¿qué ha pasado con Patrick?

—Hemos discutido.

—¿Por qué?

—Porque no he confiado en él. O eso dice él. Yo no estoy tan segura.

—Desarróllame eso.

—¿Tienes un par de horas?

—Tengo todo el tiempo del mundo.

30: «Prohibido hacer la cucharita si alguna vez nos quedamos dormidos en la misma cama por circunstancias ajenas a nosotros (crea una intimidad que no queremos)»

AITANA

«Yo he estado ahí, Tani».
«¿Ahí, dónde?».
«Ahí donde estás tú ahora…».
«Lo dudo mucho».
«…Y precisamente por eso, por haber estado ahí, no sé si soy la peor o la mejor persona para ayudarte a experimentar».

No es hasta que salgo corriendo de la discoteca y respiro el aire frío de la calle que me doy cuenta de que tiene que haber una explicación para lo que he visto. Porque Patrick jamás me haría daño a propósito. Jamás. Ni a mí ni a nadie de mi familia. Y con esto nos estaría destrozando tanto a Arturo como a mí, y eso es imposible. Si fuera el novio de mi hermano, jamás habría aceptado acostarse conmigo. Por Dios, ¿en qué estaba pensando?

La música de dentro se oye amortiguada y la imagen de él con mi hermano me retumba en el pecho, pero no me duele. No me quema. No. Ellos no están juntos. Solo… lo sé. Pero ¿por qué se estaban besando entonces? Me doy la vuelta y regreso a la discoteca, pero supongo que ya es tarde. Ya es muy tarde. Se lo veo a Patrick en los ojos en cuanto impactamos en la entrada.

—Patrick.

Me ignora. Me aparta a un lado con sus brazos y actúa como si no nos conociéramos, como si yo fuera una persona cualquiera con la que se ha chocado al salir. Comienza a caminar rumbo a la playa y yo lo sigo, y lo llamo en repetidas ocasiones, pero no me escucha. No se gira. Y no deja de andar.

—Patrick —insisto cuando llegamos al paseo marítimo.

Esta zona está mucho más tranquila que la calle principal donde se encuentra la discoteca; apenas nos cruzamos con un par de transeúntes nocturnos. Y nadie del CAR. Hace frío y con las prisas se me ha olvidado coger el abrigo; sin embargo, no tengo frío.

—¡Patrick, joder!

Entonces sí se gira.

—¡¿Qué?! —me pregunta deteniéndose enfadado en medio del paseo.

—¿Por qué os estabais besando Arturo y tú? —le devuelvo en un tono muy suave.

Patrick chasquea la lengua y niega con la cabeza.

—No es asunto tuyo, Aitana.

—Es mi hermano. Y eres tú.

—Pues pregúntaselo a él.

—¿Y por la parte que te toca?

—Por la parte que me toca, tú acabas de perder todos los derechos. No voy a contestarte, Aitana.

—Lo siento. Lo siento mucho, Patrick. Siento haber dudado de ti. Me pilló por sorpresa y…

Me apunta con el dedo y no me deja continuar.

—Y nada. Me prometiste no desconfiar nunca de mí. Me lo prometiste, Aitana.

Me acerco a él, o lo intento, porque él da un par de pasos hacia atrás.

—Ya lo sé. Y lo siento.

—Estoy harto de que todos desconfiéis de mí. Estoy harto de que me toméis por el puto pito del sereno. ¡Harto!

—Lo sé. Lo sé. Patrick, yo…

—Tendrías que haberte visto la cara —me dice con dolor.

—Ya lo sé. ¡Ya lo sé! Pero ¿qué querías que pensara, si te veo meterle la lengua a mi hermano hasta la garganta?

—Quería que pensaras que hay una explicación.

—Solo ha sido un segundo, Patrick. Solo he dudado durante un segundo.

—Para mí es suficiente. En un segundo se mutila la Historia, se derriban imperios y se borran dinastías. Has dudado, Aitana. Punto.

—No puedes ser tan inflexible, Patrick. No pued…

—¡Puedo hacer lo que me dé la gana! No me digas lo que puedo o no puedo hacer, Aitana. Te lo dije el otro día y te lo repito ahora. ¡Levanta el puto pie del acelerador!

—¿Y si no me da la gana levantar el puto pie del acelerador?

—Entonces esto —nos señala—, este contrato, estas clases de sexo o lo que coño sean, se acaba. Si es que no se ha acabado ya.

—¿Cómo que se acaba? No puedes acabarlo.

—Claro que puedo acabarlo.

—No puedes acabar con nosotros.

Patrick ríe sin ganas.

—No hay ningún nosotros, Aitana.

—Sí lo hay —reconozco EN VOZ ALTA, y creo que hasta a mí misma—. Lo hay desde hace tiempo. No sé cuánto, pero… Lo hay desde que dejamos de odiarnos.

—Yo nunca te he odiado. Ese mérito es solo tuyo.

—Lo hay desde que empezamos a saltarnos las normas y a besarnos en la boca. Lo hay desde que te vi por primera vez en la fuente que está en medio del laberinto y quise cogerte de la mano y sacarte de ahí. Lo hay desde que nos leemos en la cama y dormimos juntos. Lo hay desde que… —le señalo el cabello—. Lo hay desde que soy consciente de ese remolino rebelde que tienes en el nacimiento del pelo. ¿Qué está pasando entre nosotros, Patrick? A veces creo que hemos cruzado una línea y que la hemos cagado a lo grande, pero luego pienso… Es Patrick. Solo es Patrick. ¿Qué puede pasar?

Patrick se echa hacia atrás, como si le hubiera dado un puñetazo. O como si lo hubiera alcanzado la onda expansiva de una explosión.

—¡Era sexo, Aitana! Sexo que tú misma me pediste. Te estaba haciendo un favor y…

¿¿Perdona??

—Oh, ¿me estabas haciendo un favor?

—… y tú estás viendo cosas donde no las hay.

—¿Las estoy viendo?

Ahora sí que me estoy cabreando.

—¡Sí, las estás viendo!

—No te pongas en plan condescendiente conmigo, Patrick. Me revienta. Algo cambió entre nosotros y lo sabes. Solo quiero que lo hablemos. Solo quiero compartirlo contigo y que lo afrontemos juntos. Prometimos hablar las cosas.

—Prometimos muchas cosas. ¡Prometimos no enamorarnos, por ejemplo! Prometiste que no te enamorarías de mí. Me aseguraste que no iba a suceder. Y yo te dije que yo no podía enamorarme de ti. ¡Y te lo dije en serio! Yo no miento, Aitana. Jamás te he mentido y jamás lo haré. No va conmigo.

—¿Y por qué no puedes enamorarte? ¿Vendiste tu alma al diablo o qué, Patrick?

—Eso no es asunto tuyo.

—Oh, ¿no es asunto mío?

—No. No es asunto tuyo.

—Pues yo creo que sí es asunto mío.

—Oh, ¿es asunto tuyo?

Me cago en… ¡todo!

—¡Sí! ¡Es asunto mío! Y, de todas formas, ¿te crees Dios o qué? El amor no se controla. No somos nosotros los que decidimos de quién nos enamoramos. Sucede. Y punto.

—A mí no me sucede —me asegura con convicción.

—¿No te sucede o no quieres que te suceda?

—No me sucede —me mira con dolor—. A mí no me sucede.

—Patrick…

Intento cogerle la mano, pero él vuelve a rechazarme y vuelve a alejarse de mí.

—No me conoces, Aitana. No tienes ni idea de quién soy.

—Claro que sé quién eres.

—No. No tienes ni idea. ¿Y quieres saber algo sobre mí? No doy segundas oportunidades. Nunca. Y tú no vas a ser la excepción. Se acabaron las clases de sexo, Aitana Claramunt. Se acabaron. Y ponte un abrigo, joder —escupe justo antes de darse media vuelta y largarse—. Vas a coger lo que no tienes.

Siento un escalofrío y me abrazo a mí misma. No es el frío de la calle ni la falta del abrigo lo que me ha dejado helada. Ha sido… ¿qué es lo que acaba de pasar? Dios, ¿qué acaba de pasar?

¿Patrick no puede enamorarse? ¿Qué mierda significa eso? Me llevo las manos al pelo y me suelto la coleta alta. Me apretaba demasiado. Iba a estallarme la cabeza. El teléfono me vibra en el bolso. El teléfono no deja de vibrarme en el puñetero bolso.

—Nicki —respondo.

—*Por fin.*

—No es un buen moment…

Y entonces comienza a llorar sin consuelo.

—¿Dónde estás? —le pregunto al instante.

—*De camino a la cabaña.*

—Voy para allí.

Gabriel:
Hola.
Gabriel:
Estoy en la Costa Brava.
Gabriel:
Te invito a cenar un día de estos.
Gabriel:
¿Qué me dices?

Arturo:
Sé que estás con Patrick.
Arturo:
Necesito explicarte las cosas. Pero es largo e importante, y no quiero hacerlo por teléfono.
Arturo:
Contéstame, por favor.
Arturo:
O espérame en el CAR, en la sala donde jugamos siempre a rol. Ahí podemos hablar tranquilos sin que nos interrumpan.
Arturo:
Voy de camino.

31: Ahora sí que ha muerto un pececillo

ARTURO

—ARTURO. ¡Arturo!

Abro los ojos, desorientado. Chris me mira desde arriba, con el ceño fruncido y los brazos cruzados. Lleva la ropa de ayer y luce unas ojeras de campeonato. Oh, me encanta cómo le queda esa sudadera azul turquesa. Me incorporo como puedo. ¿Dónde estoy?

—¿Qué hora es?

—Las siete de la mañana.

—Me he quedado dormido.

Y entonces recuerdo la noche de ayer.

—Ya lo veo.

—¿Y esa cara?

—¿A ti qué te parece, genio? Llevo horas buscándote.

Lo recuerdo todo.

—No has buscado muy bien.

—No he dormido.

—Pues menudo día nos espera a todos.

—Vale ya, Arturo.

Me levanto del todo, ya despierto por completo, y le apunto con el dedo.

—No. Vale ya, tú. Te besas con otra persona delante de mis narices, después pretendes que, como si ese hecho no hubiera sido suficiente, me coma sus babas. Patrick ha tenido que fingir estar enrollándose conmigo dentro de un baño, mi hermana nos ha visto y ha salido corriendo. No la veo desde ayer. Al que sí vi fue a Patrick, y parecía bastante destrozado. ¿Y tú tienes los santos cojones de presentarte aquí y echarme en cara que no has dormido porque has estado buscándome? Tienes mucho valor, Christopher.

—Cómo te gusta el drama, Arturo. Intento hablar contigo desde ayer y…

—¿Sabes lo que también me gusta? —lo interrumpo.

—¿Qué?

—Bailar.

—¿Qué?

—Y la biología marina. Quiero ser un biólogo que baila.

—Un biólogo que baila —repite.

—Sí.

—¿Y se puede saber a qué viene esto? Porque estoy perdido. Espera, ¿puedo sentirme perdido en esta conversación? ¿O también estoy siendo tremendamente egoísta y debería preocuparme más, eh…, no sé, por el cambio climático y la extinción de los pingüinos que con

toda probabilidad he provocado con mi puto beso de ayer?

Me he pasado media vida intentando expresarme, intentando ser yo mismo, intentando gritar quién no soy y quién quiero ser, pero nunca he encontrado el momento. Siempre resulta ser inadecuado. O estar fuera de lugar. O incluso tener el poder de dañar a las personas que más quiero. Y de pronto me encuentro en ese segundo en que me doy cuenta de que es ahora o nunca. Estoy harto de ocultarme. No voy a hacerlo más.

—Quiero dejar el tenis.

Chris mueve la cabeza como si de pronto acabara de despertarse de un sueño muy profundo y hubiera aterrizado en otro planeta.

—¿Perdona?

—Quiero dejar de jugar al tenis de manera profesional. Quiero ser biólogo. Y bailar.

Continúa mirándome como si no entendiera mi idioma. Pone los brazos en jarras.

—¿Me estás vacilando?

—No.

—Sí —ríe sin ganas y entonces me señala él con el dedo—, me estás vacilando.

—No.

—Eres uno de los mejores tenistas del mundo y ¿tú quieres ser un biólogo que baila?

—Sí.

—¡*Putain*, Arturo! —suelta, frustrado.

—Joder, ¿qué?

—¿¿¿Estás loco??? —Levanta los brazos—. No puedes dejar el tenis. ¡Ni se te ocurra! No pienso permitirlo. ¡No pienso permitir que por una rabieta de niñato mimado tires toda tu carrera por la borda después de lo que te ha costado llegar hasta aquí!

—No es una rabieta y tú no tienes que permitirme nada. No quiero jugar al tenis. Te lo puedo decir más alto, pero no más claro.

—No puedo quedarme con los brazos cruzados mientras te veo cometer el peor error de tu vida. Arturo, por favor, recapacita y no tomes decisiones precipitadas. El beso de ayer…

—¡No tiene nada que ver con el beso de ayer! No es una decisión precipitada. ¿Sabes desde cuándo quiero dejar el tenis?

—¿Desde cuándo?

—Desde antes de conocerte.

Chris sacude la cabeza.

—Venga ya. Eso es imposible.

—He aguantado todos estos años haciendo algo que no quería hacer por ti. Jugar contra ti hacía que fuera más soportable. Más bonito. Me encanta jugar contra ti. Y contigo. Pero no puedo sustentar mi carrera en eso. No es suficiente.

—El tenis es tu vida.

—No. Los peces son mi vida. Mi familia es mi vida. Tú eres mi vida.

—Arturo…

—Tú eres mi vida. Te quiero, Chris. —Me acerco a él y me encojo de hombros—. Te quiero. Estoy enamorado de ti.

El silencio es tan denso que incluso nos separa, y eso que estamos a pocos centímetros de distancia. Pero me siento más lejos de él que nunca. Y me siento desnudo. Vulnerable. Y solo. Por primera vez en nuestra historia, me siento solo en su presencia. También tengo miedo. Tiemblo. Mis ojos le suplican compañía, amor, pero los suyos no me prestan atención. Están perdidos en algún lugar. Hasta que…

—No me jodas, Arturo.

Ahora sí que ha muerto un pececillo. O un millón. Cierro los ojos y río sin ganas. Los abro de nuevo, aunque no lo miro a él. No puedo.

—Si te digo la verdad, no me esperaba otra respuesta por tu parte.

A pesar de que me tiemblan las rodillas, soy capaz de moverme y abrirme paso hasta la puerta.

—¿A dónde vas? ¡Arturo! ¡Estamos hablando, joder! —Paso—. ¿Qué coño quieres que te diga, eh? Me sueltas una bomba así de repente y ¿¿qué coño quieres que te diga?? Pretendes que…

Ahora sí me giro, enfadado.

—¿De repente? ¿De repente, Chris? ¿Sabes? Voy a robarte una de tus frases favoritas: «No voy ni a molestarme en contestarte a eso».

—¡Muy bien! —explota—. Haz lo que te dé la gana. ¡Como siempre! Márchate. Déjame aquí y vete con tu hermano del alma. Porque vas con él, ¿verdad? Podéis mandarme al infierno entre los dos.

—¡No metas a mi hermano en esto! Él no tiene nada que ver. Él no ha hecho nada.

—Claro, él nunca hace nada. ¡Es un santo! ¡San Andrés! Deberían añadir un aro olímpico más en su honor.

—No tienes ni idea de quién es Andrés. ¡Ni idea! Es la mejor persona que existe en este mundo y si te hubieras molestado en intentar conocerlo más que en…

—Y una vez más —me señala con el dedo como si me hubiera tocado el premio gordo—, Arturo Claramunt saca la cara por el bueno de Andrés Claramunt. ¡Ya estoy harto, joder! Aunque no sé de qué me sorprendo. Siempre lo has puesto por delante de nosotros. De mí. Él es intocable. Yo no. Ha quedado claro en las dos ocasiones en que me ha cruzado la cara porque se le ha puesto en la punta de los huevos sin que tuviera mayores consecuencias. Lo hubiera reventado a hostias en las dos ocasiones, eres consciente de ello, ¿no? Y de que si no lo he hecho ha sido por ti. Solo por ti.

—Eso no te lo crees ni tú —yo también lo señalo con el dedo—. Y jamás entenderás el amor que siento por mi hermano. Y no es porque no tengas hermanos.

Chris ríe sin ganas.

—¿Es porque no sé sentir, Arturo? Te llenas la boca diciendo que me quieres, pero luego huyes de mí, y me odias, y me acusas de no entender el amor, porque yo no te digo que te quiero a ti. Qué interesante. Da que pensar. Por cierto, tu hermano está al borde del coma etílico, tirado en el suelo de su dormitorio. Vete corriendo antes de que se muera, no vaya a ser que tengas otro desenlace fatal que echarme en cara.

—¿¿Qué?? ¿Cómo lo sabes?

—Porque lo he visto.

—¿Y no lo has ayudado?

—No soy su niñera.

—¿Y un ser humano? —escupo con rabia, impotencia y tristeza—. ¿Eres un ser humano, Christopher?

Niego con la cabeza, siento decepción, incluso traición, y me voy corriendo a socorrer a Andrés.

Abro la puerta y cierro de un portazo. La zona que rodea la sala está desierta, por eso nos gusta tanto venir aquí a pasar el rato a mis hermanos y a mí, porque nunca hay nadie. Otro asunto son los pasillos centrales: bullen de actividad. Y de un alcahueteo distorsionado en todas las pantallas del Senticar. Todos me miran. Algunos sonríen abiertamente. Otros lo hacen de medio lado. Pero nadie me dice nada porque, como cada día, nadie sabe cuál de los gemelos soy.

¿NO VAIS A DECIR NADA SOBRE CLARAMUNT Y FIGUEROA? ALIMENTADME, POR FAVOR

@CRISTINA.MARÍN

¿ES VERDAD QUE ESTÁN JUNTOS?

@AMAIA.ITURRALDE

SÍ. LOS PILLARON EN EL BAÑO MIENTRAS SE LO MONTABAN. SE HABÍAN DEJADO LA PUERTA ABIERTA

@CHUS.VIDAL

¿ACEPTARÁN TRÍOS?

@CARMEN.MIRAVALLES

YO HARÍA COLA, DESDE LUEGO

@CRISTINA.MARÍN

MENUDA NOCHE ÉPICA NOS HAN DADO LOS CLARAMUNT

@CARMEN.MIRAVALLES

Propino un puñetazo de pura frustración a la primera taquilla que encuentro. Me sienta bien. Espero que censuren pronto los mensajes.

—Buenos días a ti también, Andrés —me dice un chico al azar.

—¿Una mala mañana, Claramunt?

Paso.

Enseguida llego al dormitorio de mi hermano. El dolor me atraviesa el pecho cuando lo veo tirado en el suelo en posición fetal y rodeado de vómito. Y el profundo amor que siento por Chris se marchita como el mordisco de los animales marchita las flores.

Dicen que el cuarenta y cinco por ciento de la población mundial se enamora de la persona equivocada.

—Andrés. ¡Andrés! —Lo coloco bocarriba y lo zarandeo con suavidad. Le toco la mejilla y le doy pequeños toques. Apesta a alcohol—. Andrés.

—Mmm…

—Andrés, despierta.

—¿Arturo?

Entreabre los ojos.

—¿Estás bien? ¿Te encuentras bien?

—Estoy muy borracho.

—Que todo sea eso. Vamos, levántate. Yo te ayudo.

Lo guio hasta el cuarto de baño, enciendo la ducha y lo desnudo mientras el agua se templa. Lo meto dentro y de su boca salen todo tipo de improperios, juramentos y maldiciones. Es buena señal. Se sienta en el suelo y esconde la cabeza entre las rodillas. Le lavo el pelo al mismo tiempo que hago el esfuerzo de mi vida para no llorar un mar de lágrimas. No me gusta ver a mi hermano así. Odio ver a mi hermano así. Duele.

Media hora después, cuando está despejado del todo, voy a buscarle un analgésico y algo de comida para que meta en el estómago mientras se viste.

—¿Qué sucedió anoche? —le pregunto una vez que es persona de nuevo.

—Que me emborraché.

—¿Por qué?

Me lo cuenta de camino a las pistas. No me da tiempo a ducharme y cambiarme de ropa, así que me conformo con ponerme unos pantalones de chándal y coger mi bolsa de raquetas. Y lo último que necesita Andrés es que yo me comporte como un gilipollas y le diga «te lo advertí. Te

advertí que se lo contaras todo a Nicki y te advertí que dejaras de acostarte con Elvira para castigarla», por eso no se lo digo. Porque no soy un desalmado y porque, de todas formas, ya está hecho. Ahora hay que buscar una solución, aunque Andrés no está muy por la labor. Está enfadado con Nicki y no quiere saber nada del tema.

Cuando llegamos a la pista la suerte nos acompaña porque hoy Rafa, Juan Carlos y Miguel tienen una reunión importante y apenas nos saludan. Nos mandan hacer unos ejercicios y nos dejan solos. Echamos un partido y acabamos quitándonos las camisetas. Andrés porque suda alcohol y yo porque mi camiseta, al no ser deportiva, me molesta al jugar.

—¿Y tú dónde te metiste ayer? —me pregunta.

—¿No te has enterado de lo que sucedió en el baño con Patrick?

—¿A ti? ¿Con Patrick? ¿En el baño?

—Sí. A mí. Con Patrick. En el baño.

—¿Qué pasó?

Suspiro. Dejo la raqueta en uno de los bancos y me encamino hacia la red, pero Andrés la rodea y llega antes hasta mí.

—¿Qué pasó? —repite.

—Necesito contarte algo, Andrés.

—¿Qué?

—Quiero dejar el tenis.

Andrés me mira sin decir nada durante unos segundos.

—¿Es una broma?

—No.

—Sí.

—No. Andrés, te estoy hablando en serio. Quiero dejar el tenis.

—Pero ¿qué me estás contando? Arturo, no me jodas. Hoy no tengo el día.

—Te estoy hablando muy en serio.

Me mira a los ojos, los lee… y comprende. Andrés y yo nos comprendemos solo con mirarnos a los ojos.

—No puedes dejar el tenis. Arturo —me agarra del brazo y me mira con intensidad—, no puedes dejar el puto tenis. Tú no.

—¿Por qué no?

—¡Porque eres el mejor!

—Eso no es motivo para…

—¡Sí lo es! Yo no valgo una mierda. Yo no soy nada. Pero tú eres una máquina. Eres un número uno y vas a llegar muy lejos.

—No quiero ser tenista, Andrés. Quiero dejarlo.

—¿Desde cuándo?

—Creo que desde siempre.

—Pero ¿qué dices? ¿Qué coño estás diciendo?

—Andrés…

—Tú tienes un don.

—No lo quiero.

—¡La vida no funciona así, Arturo! ¿Sabes cuántas personas desearían tener lo que tú tienes? ¡¡Millones! ¡Trillones! ¿Sabes lo que daría *yo* por tener lo que tú tienes?

—¡Tú también lo tienes! Y yo no lo quiero. ¿No lo entiendes?

—¡No! No lo entiendo. ¡¡Jodeeer!! Necesito salir de aquí.

Se viste con la primera camiseta que pilla por el camino, la mía de *Ice Age*, y coge las llaves de la moto que siempre llevo en la bolsa de las raquetas.

—¡Andrés!

—Necesito dar una puta vuelta. Las últimas doce horas están siendo muy jodidas. Concédeme eso al menos. Luego hablamos.

ANDRÉS

Me duele la cabeza. La tripa. Las piernas. Los brazos. El alma. Y el puto corazón. Y no sé qué me duele más, que Nicki me odie sin remedio o que mi hermano no sea feliz jugando al tenis y no haya tenido los santos cojones de decírmelo antes. Aunque teniendo en cuenta que lleva años mintiéndome a la puta cara, no sé de qué me sorprendo. Joder, estoy cabreado. Muy cabreado. ¿Por qué las personas que más quiero no confían en mí? ¿Por qué coño no confían en mí?

Cualquier día reviento por dentro y a la mierda todo.

Necesito salir de aquí y airearme. Conducir a máxima velocidad y no pensar en nada más que en la carretera.

Cruzo el aparcamiento, llego a la moto de Arturo y mis siguientes movimientos los hago en piloto automático. Abro el compartimento del casco y me lo pongo. Me subo y cojo postura en el asiento. Lo bueno de tener un hermano gemelo que pesa y mide como yo es que no tengo que ajustar nada. Ahora mismo no puedo pensar en más ventajas de tener un hermano gemelo y eso me mata por dentro. Arranco a toda velocidad sin pensar en más mierdas.

Salgo rápido de la plaza de aparcamiento y un coche enorme que no he visto se cruza conmigo. ¿De dónde coño ha salido?

Dios. Me voy a chocar.

—¡¡Arturo!! —escucho a lo lejos.

Dicen que cuando estás a punto de tener un accidente un montón de pensamientos e imágenes pasan por tu cabeza, como que ves tu vida pasar y mierdas de esas. No es mi caso. Yo lo único en lo que pienso es que ante un impacto inminente tengo que acelerar y buscar una vía de escape. ¿Cómo coño se evita si no un golpe que ocurre en dos putos segundos? Uno y dos. No cuento con nada más. Acelero a tope y giro hacia la derecha todo lo que da de sí en un intento desesperado de esquivar el coche que viene directo hacia mí sin remedio.

También rezo para no matarme. Porque mis maniobras no sirven de nada y el todoterreno impacta contra mí.

¡CRASH!

Pierdo el control de la moto y salgo volando por los aires. Entonces sí veo mi vida pasar. No exactamente mi vida, pero sí las personas que forman parte de ella. Mis personas. ¿Es esto una despedida? ¿Así sucede todo? Qué fulminante, joder. No me da tiempo ni a sentir miedo.

El impacto contra el suelo llega seco y rápido. El daño en mis huesos es incalculable. Y sé que me he roto algo. Lo sé. ¿El hombro? Pero al menos no me he muerto. Podría ser peor. Mantengo los ojos cerrados porque me siento más seguro. Ni puta idea de por qué. Quiero tocarme y comprobar que tengo todo en su sitio, pero no puedo moverme.

—¡Arturo! —escucho de nuevo. Ahora más cerca.

¿Arturo?

No. No soy Arturo.

—*¡Ha salido de la nada! Estaba buscando aparcamiento y de repente lo tenía encima. Joder, que esté bien, por favor. Que esté bien.*

Esa voz masculina no la reconozco.

—¡Arturo!

Que no soy Arturo, coño. Joder, me duele todo.

—*Dime que está bien. ¡Dios! Lo siento mucho. Por favor, que esté bien. Hay que llamar a una ambulancia.*

Alguien se agacha junto a mí e intenta reconfortarme con palabras de consuelo. Me siento desorientado. Es una voz familiar. Demasiado familiar. ¿Lacoste? Sí, Lacoste.

—Arturo, está todo bien. Estás bien. No te asustes, ¿vale? Ahora vienen a ayudarte. Háblame, tete. Dime que estás bien, por favor. ¡Que venga alguien ya, joder!

—*¡Voy a buscar ayuda!*

¿Tete?

No son palabras de consuelo. Son palabras de preocupación. De inquietud. De ansiedad. De… amor.

Me ha llamado Arturo.

Llevo puesta la camiseta de *Ice Age* de Arturo.

Cree que soy Arturo.

Lacoste cree que soy Arturo.

Entonces me pone la mano en el pecho y noto al instante cómo se tensa.

Abro los ojos y me quito el casco con el único brazo que puedo mover.

Sorpresa, gilipollas.

CHRIS

Diez horas antes

Arturo es elegante. Todos sus movimientos son elegantes, fuera y dentro de la pista, y él ni siquiera se da cuenta. También tiene un perfil de escándalo. Perfecto. Frente, nariz, labios, barbilla, cuello. Sin embargo, no fue ni su elegancia ni su rostro lo que despertó mi atención en él. Fue la manera en que se movían sus piernas arriba y abajo en una pista de tenis. Yo tenía catorce años y él trece. Más tarde me fijaría en su cara. Después en su personalidad. Pura. Desinteresada. Sincera. Incondicional. Pasional. Lo que me condujo a una absoluta perdición. Y aquí estamos hoy, nueve años después. Él baila con elegancia desmedida en medio de la pista con sus hermanos y yo me como con los ojos su perfil de escándalo, con el deseo de salir ahí y besarlo delante de todo el mundo quemándome en las venas. Y me cago en mi puta vida. Debería estar mirando sus piernas. Poner mi atención solo en sus piernas habría sido más seguro.

Arturo Claramunt es la única persona que existe sobre la faz de la Tierra con el poder sobrenatural de enredarme en las putas telarañas del amor. Lo sé desde hace tiempo.

No quiero querer a Arturo. No quiero estar enamorado de él. No quiero que mi bienestar físico y emocional dependa de su bienestar físico y emocional.

No quiero que se me revuelvan las tripas al pensar que otras personas pueden besarlo en la boca.

No quiero tener una mierda de día y sentir la necesidad de abrazarlo y quedarme dormido en su regazo.

No quiero desear con todas mis fuerzas follar con él sin usar preservativo.

No quiero preocuparme por él cada vez que sale por ahí con la puta moto.

No quiero sentir que no soy lo suficientemente bueno.

Prefiero perder al tenis contra él antes que amarlo.

Prefiero dejar de jugar al tenis antes que amarlo.

No quiero ser mi padre.

No quiero ser mi padre.

NO QUIERO SER MI PADRE.

No quiero morir en vida si a Arturo alguna vez le ocurre algo.

Por eso, a pesar de que sus ojos me piden a gritos que no lo haga cuando se cruzan con los míos y de que mil alarmas se disparan en mi pecho, hago oídos sordos a todo y beso a la chica que tengo pegada a mi cuerpo desde hace un rato. Una chica al azar. La primera que se me ha puesto delante. Podría ser cualquiera.

La beso porque puedo. Le meto la lengua hasta la garganta porque quiero. Porque Arturo y

yo no somos nada. Porque puedo vivir sin él.

Porque Arturo entiende el amor. Pero yo no.

Porque… Mierda, porque soy gilipollas.

Me retiro al instante cuando el sabor de la chica me provoca arcadas. Putas arcadas.

Arturo ya no me mira. Se abre camino hacia el cuarto de baño al borde de las lágrimas. No se lo merece. No se merece haber topado con alguien como yo.

«Soy un hijo de puta».

Cuatro horas antes

«¿Dónde estás, Arturo?».

He salido del baño y lo he buscado por todas partes. Incluso me he acercado a la pizzería de los panes de ajo donde pasa más horas que en las pistas de tenis. He tocado la puerta de Patrick, la de Tani, la de Murnuais y hasta la del puto Andrés. Dos veces. Y nada. Tampoco ellos están.

Regreso de nuevo a la habitación de Arturo con la esperanza de que haya llegado por fin. No lo ha hecho.

Bajo las escaleras hasta la segunda planta, cabreado, y estoy a punto de seguir hasta la planta baja, pero una puerta entreabierta al fondo del pasillo me llama la atención. Andrés ya está en el CAR.

Entro de golpe y tropiezo con un bulto tirado en el suelo. Hago un par de acrobacias y consigo no caerme. ¡Hostias! No me he matado de milagro. El bulto tiene el cabello castaño oscuro, respira y se llama PutoAndrés Claramunt.

—Ey. —Le doy un par de patadas en el costado, no muy fuertes, pero lo suficiente como para conseguir despertarlo. No hay respuesta—. Despierta, *putain*, y haz algo útil en la vida. Dime dónde está tu hermano.

Nada. Me agacho para comprobar que esté vivo. Arturo se muere si al imbécil de su hermano le sucede algo.

—Oye, Andrés —comienzo a preocuparme, lo reconozco—, ¿estás bien?

Gruñe. Es un avance. Y huele a alcohol que echa para atrás. Se ha emborrachado casi hasta el coma etílico. Será gilipollas. Intento moverlo y colocarlo de costado.

—Ayúdame, coño. No quiero que vomites, te ahogues y te mueras. Arturo me mataría.

—Subnormal —escupe.

Bien. Está perfecto. Solo ha agarrado una cogorza de las buenas. Ya podía ponerle tanto ahínco al tenis. Me levanto, arranco el edredón de la cama y se lo pongo por encima. Justo veo las llaves de su coche en el suelo. Me agacho y las recojo.

—Y esto me lo llevo, por si acaso. Putoloco.

«¿Dónde coño estás, Arturo?».

Tres horas antes

—Si te digo la verdad, no me esperaba otra respuesta de tu parte.

—¿A dónde vas? ¡Arturo! ¡Estamos hablando, joder! ¿Qué coño quieres que te diga, eh? Me sueltas una bomba así de repente y ¿¿qué coño quieres que te diga?? Pretendes que…

—¿De repente? ¿De repente, Chris? ¿Sabes? Voy a robarte una de tus frases: «No voy ni a molestarme en contestarte a eso».

—¡Muy bien! Haz lo que te dé la gana. ¡Como siempre! Márchate. Déjame aquí y vete con tu hermano del alma. Porque vas con él, ¿verdad? Podéis mandarme al infierno entre los dos.

—¡No metas a mi hermano en esto! Él no tiene nada que ver. Él no ha hecho nada.

—Claro, él nunca hace nada. ¡Es un santo! San Andrés. Deberían añadir un aro olímpico más en su honor.

—No tienes ni idea de quién es Andrés. ¡Ni idea! Es la mejor persona que existe en este mundo y si te hubieras molestado en intentar conocerlo más que en…

—Y una vez más, Arturo Claramunt saca la cara por el bueno de Andrés Claramunt. ¡Ya estoy harto, joder! Aunque no sé de qué me sorprendo. Siempre lo has puesto por delante de nosotros. De mí. Él es intocable. Yo no. Ha quedado claro en las dos ocasiones en que me ha cruzado la cara porque se le ha puesto en la punta de los huevos sin que tuviera mayores consecuencias. Lo hubiera reventado a hostias en las dos ocasiones, eres consciente de ello, ¿no? Y de que si no lo hecho ha sido por ti. Solo por ti.

—Eso no te lo crees ni tú. Y jamás entenderás el amor que siento por mi hermano. Y no es porque no tengas hermanos.

—¿Es porque no sé sentir, Arturo? Te llenas la boca diciendo que me quieres, pero luego huyes de mí, y me odias, y me acusas de no entender el amor, porque yo no te digo que te quiero a ti. Qué interesante. Da que pensar. Por cierto, tu hermano está al borde del coma etílico, tirado en el suelo de su dormitorio. Vete corriendo antes de que se muera, no vaya a ser que tengas otro desenlace fatal que echarme en cara.

—¿¿Qué?? ¿Cómo lo sabes?

—Porque lo he visto.

—¿Y no lo has ayudado?

—No soy su niñera.

—¿Y un ser humano? ¿Eres un ser humano, Christopher?

Él se marcha y yo no dejo de apretar el regalo de Navidad que compré para él y que guardo en el bolsillo. Ni siquiera sé por qué lo compré. Ni por qué lo llevo siempre encima desde entonces. Ni por qué me aferro a él como si me fuera la vida en ello.

No soy un santo. Nunca lo he sido. Pero hoy me siento más podrido que nunca. Y, a pesar de

ello, lo único que deseo es poder decirle a Arturo: «Tete, perdóname. Me siento perdido. Encuéntrame».

Ahora

Salgo del CAR, necesito despejarme, y lo primero que veo es a Arturo en la moto. Lo sigo con la mirada sin poder evitarlo y… El coche. ¡¡Arturo, el coche!!

El corazón se me detiene para acelerárseme como nunca dos segundos después. Las piernas me llevan corriendo hacia él. Ha esquivado el coche, pero la moto ha resbalado y él ha salido despedido.

—¡Arturo! ¡¡Arturooo!!

Me agacho a socorrerlo con el estómago en la garganta y un terror en el cuerpo que no sentía desde que a los trece años supe que mi madre acababa de morir. Alguien me habla, a mi lado, pero apenas lo escucho. Es un murmullo.

No hay sangre a la vista y respira. Arturo respira. Y no sangra. Está bien. Su pecho se mueve arriba y abajo. Sin embargo, no quiero moverlo, no quiero hacerle daño sin querer.

—Arturo —le digo con suavidad. Si yo estoy asustado, no puedo imaginarme cómo tiene que estar él—, está todo bien. Estás bien. No te asustes, ¿vale? Ahora vienen a ayudarte. Háblame, tete. Dime que estás bien, por favor. ¡Que venga alguien ya, joder! —grito al aire.

Entonces apoyo una mano en su pecho para infundirle apoyo y comprobar que respira con normalidad, y me doy cuenta de que no es él. No es Arturo. No es su pecho.

¿Y entonces?

Lo miro de arriba abajo.

Andrés. Es Andrés.

Joder…

Se quita el casco como puede y me mira con intensidad.

Ups.

32: «Prohibido desconfiar el uno del otro»

AITANA

«Te conozco, Claramunt. Contigo todo es de extremos. O no quieres algo o lo quieres ya, en este instante. Y cuando se te mete algo entre ceja y ceja eres peor que Andrés. Un día te lanzaste en picado a la piscina desde un trampolín y al día siguiente lo convertiste en tu razón de ser. Y…, joder, no puedo permitir que lo busques fuera. ¡Es una locura! No me hagas esto, por favor. Tómatelo con calma por una vez en tu vida. ¿Quieres experimentar con el sexo? Muy bien, me parece fenomenal. Busca con calma a alguien que te guste y ve a por ello».

«¿Sabes por qué he pensado en ti antes que en nadie más, Patrick?».

«¿Por qué?».

«Porque confío en ti».

«Joder. Aitana, escúchame bien. Si vamos a hacer esto, tenemos que confiar siempre el uno en el otro. Eso es lo más importante».

«Está bien».

«Prométemelo, Tani. Prométeme que nunca dejaremos de confiar el uno en el otro».

«Te lo prometo».

Abro un ojo y me sitúo en el espacio y en el tiempo. El sol brilla a través de las ventanas de la cabaña y la espalda me está matando porque ayer Nicki y yo nos quedamos dormidas en el sofá. Ella encima de mí, lo cual es incómodo hasta decir basta. Y entonces me acuerdo.

Patrick.

Ayer discutí con Patrick.

Se me clava una daga en el corazón solo de recordarlo. Ya no hay chispas de colores. Ya no hay magia. Ahora todo se ha ido a la mierda y ni siquiera sé por qué.

—Ouchh… —me quejo, en parte por Patrick y en parte por mi pobre espalda—. Apártate de encima. Cómo pesas, ¿no? No me extraña que Andrés se levante con los pies en tu cara.

—No me hables de Andrés —gruñe.

—Mierda, lo siento.

—¿Qué hora es?

Miro la hora en el reloj de mi muñeca.

—Muy tarde.

Aunque sea sábado, tengo mil cosas que hacer. ¿Cómo hemos podido quedarnos dormidas tanto tiempo en esta mierda de sofá? Misterios de la vida. Me levanto como puedo y voy al cuarto de baño a lavarme la cara y a asearme. Mi reflejo en el espejo es un cuadro. Yo soy un cuadro. Tengo los ojos ennegrecidos por el rímel de ayer y el pelo hecho un desastre. Esto no hay quien lo arregle, pero le cojo prestada a Nicki una goma de pelo para, al menos, retirármelo de la

cara. Cuando salgo ella me espera en la minúscula cocina con un café recién preparado. Su aspecto no es mucho mejor que el mío. Me lo bebo de un solo sorbo.

—Gracias, Nicki Miliki. —Le doy un beso en la mejilla—. ¡Y me voy!

—¿Ya?

—¡Sí!

—¿Te veo luego?

—¡Sí!

El centro debería estar más calmado de lo habitual, es fin de semana y con las olimpiadas aún tan lejos en el calendario hay muchos deportistas que hoy no entrenan; sin embargo, hay un barullo importante en el aparcamiento. ¿Qué habrá ocurrido? Parece un accidente. Oh, Dios, espero que no haya pasado nada grave.

Me aproximo a paso tranquilo hasta que reconozco la Honda Goldwing de Arturo en el suelo, entonces comienzo a correr con el corazón en la boca y el pulso en los oídos. Cuando llego me abro paso a empujones entre la marabunta de gente y descubro que mi hermano no está. Hay un coche cerca de la moto con un golpe en la carrocería, pero ni rastro de Arturo. Tampoco hay sangre. Ha sido lo primero que he buscado.

—¿Dónde está Arturo? —pregunto en voz alta.

—Se lo han llevado a la enfermería —me informa uno de mis compañeros.

Salgo corriendo sin escuchar nada más. Que lo hayan llevado a la enfermería es algo bueno, me repito una y otra vez. Si le hubiera pasado algo grave estaría en el hospital. Aun así, no dejo de correr. Ni de subir las escaleras de dos en dos hasta que por fin llego a la quinta planta del edificio principal. Entro en la enfermería con la misma velocidad. Samuel le venda el hombro a mi hermano. Chris está recostado en la pared junto a la ventana. ¿Qué hace aquí?

—¡Arturo! —Me acerco a la cama donde está tumbado y lo reviso de arriba abajo. Sigue sin haber sangre. Y está entero. Respiro un poco mejor, aunque tiene varias magulladuras en el rostro y en uno de los brazos. Dios, y el hombro. ¡Está deformado!—. ¿Estás bien? ¿Está bien? —le pregunto a Samuel.

—Estoy en ello —me informa Samuel.

—Andrés —responde mi hermano.

—¿Qué?

—Que soy Andrés.

Lo observo de nuevo, está vez con atención. Tiene puesta la camiseta que ayer llevaba Arturo en la fiesta, solo que ahora una de las mangas, la del hombro malo, ha desaparecido; o más bien la han cortado. Lo miro a los ojos. Mierda, es verdad. Es Andrés. No entiendo nada. ¿Qué está pasando aquí?

—¿Os habéis peleado? —le pregunto a Andrés, mirando a Chris.

—No.

—¿Y qué ha pasado?

Andrés niega con la cabeza.

—Ahora no, Tani —susurra sin perder de vista al médico.

La puerta se abre detrás de mí y Rafa, muerto de la preocupación, entra en la pequeña sala. Juan Carlos, Miguel, Patrick y Dami vienen con él. Podría habérseme paralizado el corazón al ver a Patrick, pero estoy demasiado preocupada por mi hermano. Ya habrá tiempo para él y para mí.

—Arturo —lo llaman todos—. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Soy Andrés —repite él. Y no lo hace en su tono habitual. Conozco a mi hermano. Conozco los matices de su voz. Los conozco en casi todas sus facetas. Conozco al Andrés enfadado. Al preocupado. Al tranquilo. Contento. Triste. Alterado. Y esto es algo nuevo.

—¿Qué ha pasado? —le pregunta Rafa.

—He cogido la moto de Arturo para dar una vuelta. He salido del aparcamiento y un gilip… un pavo y su coche se han estampado conmigo.

—Estaba alterado y ha salido rápido, sin mirar —dice Chris, sin una pizca de maldad; tan solo exponiendo los hechos—. Lo ha hecho a unos treinta kilómetros por hora. Es la velocidad que suele coger la moto de Arturo cuando sales a toda leche. El coche se lo ha llevado por delante de frente y se ha caído de la moto, sobre su costado izquierdo. Llevaba el casco puesto.

—Gracias, Christopher —le agradece Rafa. Andrés, en cambio, lo mira con rabia. Con una rabia visceral.

La puerta se abre de nuevo y aparece una de las enfermeras con varias radiografías en la mano. Se las ofrece a Samuel y este las examina durante unos segundos.

—Lo que me temía —nos dice—. Subluxación en el hombro y fractura en el escafoides de la muñeca.

—Joder —exclama Rafa antes que nadie al mismo tiempo que se lleva las manos a la cabeza y deja salir un suspiro prolongado.

Andrés no dice nada. Solo aprieta la mandíbula. Samuel continúa mirando las radiografías.

—Andrés —le dice a él—. Ha sido un golpe relativamente tonto, no ibas rápido y podía no haberte ocurrido nada, pero has caído mal y no sé si esto va a poder solucionarlo un cabestrillo y un yeso —añade.

—¿Qué quieres decir?

—Que quizá necesite cirugía en la muñeca, Rafa.

—No me jodas.

—Lo siento, pero es lo que hay.

—Joder.

Juan Carlos se acerca a mi hermano y le da un apretón en el hombro bueno. Andrés no dice nada, pero se lo agradece con un gesto de la cabeza.

—Voy a consultarlo con Alfredo —continúa Samuel. Alfredo es el otro médico del centro— y voy a indicar a las enfermeras que antes de enyesar la muñeca le hagan un par de radiografías

más para asegurarnos. En cualquier caso, Andrés, reposo absoluto a partir de este momento y fisioterapia deportiva entre diez y doce semanas. ¿Entendido?

—Entendido.

¿Doce semanas? Hago un cálculo rápido. Eso nos sitúa en marzo. Pues adiós, Australia, así a bote pronto. Miro de nuevo a Andrés. No lo muestra, pero yo sé que por dentro tiene que estar muy jodido. El Abierto de Australia es su Grand Slam favorito. Le encanta ir allí.

—Voy a hablar con Alfredo. Enseguida estamos.

—Andrés, ¿qué coño ha pasado? —le pregunta Rafa en cuanto Samuel se marcha.

—¿No lo ves? —dice, señalando su propio cuerpo con la mirada.

—No. No lo veo. ¿Qué coño ha pasado para que cogieras la moto de Arturo y salieras del aparcamiento sin mirar y a treinta kilómetros por hora? ¿Estás loco? ¿Te das cuenta de las consecuencias de tus actos? ¿Te das cuenta, Andrés? Doce semanas, joder. Doce putas semanas. Y eso sin contar con que necesites cirugía.

—Sí, yo también lo he oído.

—¿No te importa?

—Pues claro que me importa, joder —explota Andrés—. Pero ¿qué quieres que haga? ¿Que me fustigue a mí mismo por lo que ha pasado? ¿Eso quieres?

—Lo que quiero es que no te sientas invencible. Lo que quiero es que pienses antes de actuar. Es lo que llevo queriendo desde que tenías diez años. Primero la pelea con Lacoste, después la segunda pelea con Lacoste y ahora esto. ¡Joder, Andrés!

—No pienso disculparme por haber tenido un accidente con la puta moto.

—Tampoco lo esperaba. Voy a llamar a tu padre. ¿Alguien ha llamado a tu padre para avisarlo?

Todos negamos con la cabeza.

—Ya lo llamo yo —dice Miguel—. Tú mejor habla con los médicos.

—Sí. —Rafa se acerca a la cama de mi hermano y le envuelve con cuidado la cabeza con uno de sus brazos. Le da un beso en el pelo—. ¿Estás bien?

—Sí.

—¿Te duele algo?

—No.

—No me mientas, Andrés, que nos conocemos. Tienes la muñeca rota y el hombro fuera de su sitio. ¿Te duele?

—Samuel me ha dado unos analgésicos. Estoy bien.

Rafa mira a Chris para corroborarlo. Este asiente con la cabeza.

—Está bien. Joder, Andrés. Putos sustos que me das. Voy con Samuel y Alfredo. Volveré lo antes posible. No me lo alteréis —nos dice al resto—. Por favor os lo pido. Ya hemos tenido suficientes emociones para todo el fin de semana.

Juan Carlos le da otro apretón a mi hermano en el hombro bueno y los tres abandonan juntos

la habitación.

—Vale —digo yo en cuanto se cierra la puerta—, ¿qué ha pasado?

—Que he tenido un accidente con la moto.

Oh, ¿el Andrés sarcástico? Sé lidiar con el Andrés sarcástico. Sé lidiar con él mejor que nadie y soy inmune a sus gilipolleces.

—¿Por qué has cogido la moto de Arturo?

—Porque no tenía las putas llaves de mi coche.

—Y menos mal, visto lo visto… —masculla Chris.

—Tú cállate —le dice Andrés, cabreado.

—El día en que yo me calle porque tú me lo ordenes jamás llegará.

—¡Basta! —los silencio yo a los dos—. No me refiero a eso, Andrés. Me refiero a que… ¿A dónde ibas?

—A dar una vuelta. Necesitaba despejarme.

—¿Por lo de Nicki?

—¿Qué sabes tú de Nicki?

—Todo. He pasado la noche con ella y me lo ha contado. Por cierto, enhorabuena por la gran cagada.

—Gracias.

—Tú siempre a lo grande.

—Es mi marca, ya lo sabes.

—Joder, Andrés…

—Me vais a desgastar el puto nombre. Si lo llego a saber me hago pasar por Arturo.

—¿Qué ha pasado con Nicki? —pregunta Patrick, mirando a Andrés con la frente arrugada.

—¿No has visto el Senticar? —le responde Dami, pero Patrick ni lo mira ni lo escucha.

—Andrés —Patrick se acerca a la cama de mi hermano—, ¿qué ha pasado con Nicki? —repite.

—Se ha enterado de lo de Elvira.

—¿De todo?

—Sí. Primero de una parte y luego de la otra.

—¿Qué todo? —pregunto yo—. ¿Qué significa todo?

Cruzo una mirada con Dami. Él se encoge de hombros.

—En el Senticar dicen que Andrés le pasó la gastroenteritis a Elvira.

—*Merde* —masculla de nuevo Chris—, lo estáis machacando. Me está dando pena hasta a mí. Tampoco tiene la culpa de todo.

—Tú no me defiendas —le dice Andrés a Chris—. Y no pienso discutir mi vida sexual con vosotros. Y mucho menos contigo, Murnuais. No tienes nada que aportar. El día que repartieron las neuronas, tú pillaste un atasco.

—No pensaba que fueras un chismoso, Murnuais —añade Chris—. Ya tengo uno más que

añadir a tu lista de atributos.

—¿Y tú qué haces aquí, si puede saberse?

—Resulta que pinta más aquí que tú. Pensaba que yo era Arturo —responde Andrés con desinterés. Entonces abre mucho los ojos. Con consternación. Como si acabara de darse cuenta de que acaba de meter la pata.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunto yo. No hay respuesta—. Andrés, respóndeme.

—No me corresponde a mí decirlo.

—Ya lo has dicho, bocazas —le recrimina Chris.

—Ha sido sin querer, ¿vale? Puedes creerlo o no. Me importa una mierda.

—¿Qué está pasando aquí? —repito.

Damián suspira y se sienta en el sofá. Sacude la cabeza.

—Arturo y yo estamos juntos —dice entonces Chris.

Parpadeo varias veces.

—¿Juntos? ¿A qué te refieres?

—A que son pareja, Aitana —añade Andrés—. Y no de cartas o de baile. Son pareja en el sentido de que se meten la lengua en la garganta del otro cada vez que tienen ocasión. Cuando he tenido el accidente con la moto yo iba con el casco y la camiseta de Arturo. Lacoste ha pensado que yo era él y ha venido corriendo a socorrerme. También me ha llamado «tete». Muy romántico todo. Qué sorpresa, ¿verdad?

¿Tete? Parpadeo de nuevo varias veces.

—Pero… pero Arturo tiene novio. Lleva años con él.

Andrés señala a Chris de arriba abajo.

—El novio.

—Eso es imposible. No puede ser.

—Pues sí es. Cuanto antes lo asumas, mejor. Cuanto antes lo asumáis todos, mejor. Porque, llamadme intuitivo, pero tengo la sensación de que esto va para largo.

Sin poder creérmelo miro a Patrick y a Dami, para ver sus reacciones y para…, yo qué sé, para algo. Después miro a Chris y a Andrés. Y a Chris otra vez. ¿Él es el novio de mi hermano? ¿Él es el chico que Arturo se negaba a presentarnos?

Me siento en el sofá junto a Damián. No me lo puedo creer. Busco en mi memoria. Los busco a ellos dos juntos. No encuentro nada. O sí encuentro cosas, pero es que ellos siempre se han llevado bastante bien, a pesar de ser rivales directos en la pista. Jamás habría visto venir esto. Jamás habría… Espera un momento.

—¿Por qué vosotros dos no estáis sorprendidos? —les pregunto a Patrick y a Dami, señalándolos con el dedo.

—Tani… —me dice Dami. Oh, madre mía. Es una disculpa. Se está disculpando.

—¿Ya lo sabíais? —ríe Andrés sin ganas—. Oh, claro, Arturo sí se lo ha contado a su amiguito del alma. Y al mío, por lo que se ve. A todo el mundo menos a mí. Qué de puta madre

todo.

—Yo me enteré ayer —se excusa Patrick—. Los vi juntos en los baños de la discoteca.

Entonces Patrick me mira a mí. Solo a mí. Y yo lo entiendo todo. Entiendo lo que sucedió ayer. Ellos dos juntos es lo que me ocultaba anoche. Chris también estaba en ese baño. Tiene que ser eso. Y lo hizo para protegerlos a ellos. Para que su secreto no saliera a la luz. Y los mensajes que me mandó Arturo. Los leí por encima porque no estaba de humor para nada más, pero decía que tenía que contarme algo importante. Saco el móvil del bolso a todo correr, pero apenas tiene batería. Lo guardo de nuevo y me froto los ojos. El silencio que llena la habitación es sepulcral. Y yo me acuerdo del chico del que Chris me habló el otro día. Todo lo que dijo sobre él. Sobre su sonrisa y sobre sus ojos. Eran la sonrisa y los ojos de mi hermano. Hablaba de mi hermano. De Arturo. Dios mío.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le pregunto a Chris, dolida—. ¿Por qué no me lo dijiste esa mañana en tu habitación? ¡Te lo puse a huevo sin saberlo!

Chris no me responde. Solo me mira con una disculpa. Al menos parece que le importa no haber confiado en mí.

—¿¿Por qué no te lo dijo él a ti?? —me dice Andrés con sorna, con risa—. Por qué no te lo dijo Arturo, que es tu puto hermano. Digo yo, ¿no?

Lo ignoro y continúo dirigiéndome a Chris.

—¿Dónde está Arturo?

—Ni lo sé ni me importa —responde Andrés.

—No estoy hablando contigo —insisto, dirigiéndome a Chris—. ¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿Alguien lo ha avisado?

—Patrick y yo nos hemos enterado porque nos hemos cruzado con Rafa —me explica Dami —. Pero Arturo no estaba con nosotros. No sé dónde se ha metido esta mañana.

—Ya lo aviso yo —nos dice Patrick al mismo tiempo que coge el teléfono—. ¿Arturo? ¿Dónde estás? Tienes que venir a la enfermería. No. Yo estoy bien. Sí, seguro. No. No. Arturo… —Patrick carraspea—. Andrés ha tenido un accidente con tu moto. No, tranquilo. Arturo. Arturo. ¡Arturo! Escúchame, joder. Está bien. Él está bien. De una pieza. Sí, claro. Ahora te veo. — Cuelga y nos mira de nuevo a nosotros—. Ya viene. Se ha alterado un poco.

—Me pregunto qué nos dirá el bueno de Arturo cuando se entere de que todos sabemos su pequeño gran secreto.

—No lo machaques, Andrés —le dice Chris—. Estoy bastante seguro de que está al borde de un infarto después de saber de tu accidente.

—Oh, pero mírate, defendiéndolo y todo. Qué monos sois. Os comería y todo, si no tuviera putas ganas de vomitar. Las mentiras suelen revolverme las tripas de la misma manera que los pepinillos en la hamburguesa.

—Andrés —lo llama Patrick—. No te alteres, ¿vale? Samuel ha dicho que tienes que estar

tranquilo y eso es lo que vas a hacer.

—Yo sé lo que es sentirse traicionado —prosigue él, como si nada—. Pero ¿qué sentirá el que traiciona? ¿Culpa? ¿Remordimiento? ¿Arrepentimiento? ¿Nada? Ahora se lo preguntamos.

—Andrés —repite Patrick.

—Ya, ya, que no me altere, lo pillo.

—No. Hay algo más. Una cosa que tengo que decirte.

Me levanto al instante del sofá. No, no, no, no, no. ¡Ni de coña!

—Ni se te ocurra —le advierto.

—Ya no tiene ningún sentido seguir ocultándolo; se ha acabado —me dice—. Y estoy harto de secretos y de mentiras entre nosotros. Mira a dónde nos ha llevado, Aitana. No puedo más. Ocultárselo me está matando por dentro.

—Por favor —le suplico—. No lo hagas.

—Ni por favor ni pollas —exclama Andrés—. Ahora me lo contáis. ¿Qué coño pasa entre vosotros?

—Aitana y yo hemos estado acostándonos.

Cierro los ojos y regreso al sofá. Siete segundos después, la Tercera Guerra Mundial estalla en la enfermería. Me tapo los ojos con la mano y escucho lo que sucede a mi alrededor sin ser capaz de responder a nada. Ni a las preguntas de Dami. Ni a los gritos y a las acusaciones de Andrés. Gritos y acusaciones que no le ha dirigido a Chris. No es que quiera refugiarme en el secreto de Arturo, es solo que… esto es una pesadilla. Me atrevo a abrir los ojos y contemplo el desastre que tengo frente a mí con los ojos empapados en lágrimas. Y creo que también lloro por todo lo que no lloré ayer, porque el hecho de que Patrick haya dicho en voz alta que ya se ha terminado lo ha hecho real. Se ha terminado sin que yo pueda hacer nada para evitarlo y sin que ni siquiera me haya dado tiempo a asimilar que habíamos empezado algo.

—Podía no habértelo dicho, Andrés —grita Patrick—. Podría no habértelo dicho nunca porque se ha acabado. Pero lo he hecho. Y si lo he hecho es porque te quiero, te respeto y…

—¡Y una puta mierda que me quieres y me respetas! ¿Por eso te has acostado con mi hermana? ¿Porque me quieres y me respetas? ¡Voy a matarte, Patrick! Voy a matarte en cuanto salga de esta puta enfermería, aunque tenga medio cuerpo jodido y me cueste la vida.

Andrés intenta levantarse de la cama, pero Chris se lo impide.

—¡Suéltame, joder!

—¡Cálmate, hostias!

—No me da la puta gana. ¿A mi hermana también la quieres de una forma fraternal, eh, Patrick? ¡¡Contéstame, joder!!

—Cuando dejes la enajenación y estés dispuesto a dialogar como una persona civilizada —Patrick lo apunta con el dedo—, te contestaré a todo.

—Fue culpa mía, ¿de acuerdo? —Me levanto y me pongo entre ellos—. Yo se lo pedí.

—¿Le pediste que se acostara contigo? ¿Se te ha ido la puta olla? ¿Y tú por qué lo hiciste? —

le pregunta Andrés a Patrick—. ¡¿Por qué coño aceptaste?!

—Porque si no era yo iba a ser cualquier otro. Y se me ocurrió que entre todos los subnormales que hay en la calle para desvirgar a tu hermana pequeña yo era la mejor opción.

—Si vuelves a hablar de desvirgar a mi hermana con esa indiferencia —dice Andrés con su tono más gélido—, te juro que te mato.

Nunca le había dicho algo así a Patrick. Nunca le había hablado de esa manera. Patrick incluso retrocede unos pasos. Sorprendido. Asustado. Golpeado. No lo entiende. Yo sí lo hago. Chris y Dami también observan el intercambio, desconcertados.

—Andrés… —digo yo.

—¿Qué acaba de pasar? —pregunta Patrick al mismo tiempo, mirándonos a ambos.

—Nada —respondo yo.

—Y una mierda. ¿Qué me estáis ocultando? —Patrick se aproxima a mi hermano y lo mira a los ojos—. ¿Andrés?

—Nada —responde él—. Aparte de que estás hablando de la intimidad de mi hermana pequeña delante del novio de Arturo y del puto Murnuais.

Andrés domina la técnica del arte de la mentira como nadie. Con él no sirven esas simplezas de «mírame a los ojos y dime que no me quieres». Porque Andrés te mira a los ojos y te dice lo que a él le dé la gana decirte. Incluso a Patrick, a Nicki, a Arturo y a mí.

—Joder, lo siento —exclama Patrick al darse cuenta de pronto de que no estamos solos—. Lo siento. Estaba… Estaba…

—En tu puto mundo, sí. Lo pillo.

—Estamos todos muy nerviosos. ¿Por qué no nos tranquilizamos? —nos pide Dami en un intento de rebajar la tensión en el ambiente.

—Nerviosos no sé —responde Andrés—. Lo que sí estamos es de confesiones. Y ahora es cuando tú, Murnuais, me dices que te has enamorado de Nicki.

—Nada más lejos de la realidad.

—Joder —exclama mi hermano—, qué puto miedo me ha dado esa frase. A veces te juro que me das miedo, Murnuais. Miedo de verdad.

El silencio vuelve a reinar en la sala. Yo me echo hacia atrás en el sofá hasta que me encuentro con el respaldo. Siento la mirada de Dami sobre mí. Lo miro. Nos comunicamos sin necesidad de hablar en voz alta. «¿Tú y Patrick?», me pregunta él, todavía sin acabar de creérselo. Suspiro.

—Doble sorpresa que va a llevarse Arturo —exclama de pronto Andrés—. Vaya día le espera. Estoy deseando que aparezca por esa puerta.

—Arturo ya lo sabe —le dice Patrick—. Se lo dijo Chris.

—Vaya por Dios. Mi gozo en un pozo. Qué de puta madre todo, oye.

Y entonces la puerta se abre una vez más.

Es Arturo.

33: «Más miedo que las profundidades marinas»

ARTURO

CORRO hacia la enfermería como nunca. Cuando una de las personas más importantes de tu vida tiene un accidente de moto, no sirve de nada que te digan que todo está bien. Que él está bien. El golpe en el pecho te lo comes y te atora la garganta, privándote de toda respiración, hasta que lo ves con tus propios ojos y compruebas que, en verdad, sigue vivo.

—Andrés.

Entro como un vendaval y, al verlo recostado en la cama con los ojos abiertos, el peso asfixiante en las paredes de mi garganta se despedaza y cae al vacío de mi estómago.

Me acerco a su cama y rozo con las yemas de los dedos la herida que tiene en la mejilla; se la habrá provocado el propio casco, como si lo viera.

—Estoy bien —me dice, serio, apartándome la mano con brusquedad—. Un gilipollas y su coche se interpusieron en mi camino.

—O un gilipollas en moto salió del aparcamiento sin mirar.

—¿Tú de qué parte estás, *patito*?

—De la del gilipollas y su coche.

—Después de todo lo que ha pasado hoy entre nosotros tu respuesta es como un puñal en el corazón, amigo mío.

Apenas los escucho. El hombro. ¿Qué le pasa en el hombro?

—¿Qué te ha pasado?

—Nada grave.

—Subluxación en el hombro y fractura en el escafoides de la muñeca —responde Patrick detrás de mí—. Le han hecho unas pruebas y están valorando si basta con poner un yeso o si hay que meter cirugía. En cualquier caso, reposo y fisioterapia deportiva entre diez y doce semanas. *Bye bye*, tenis, en una buena temporada. Felicita al gilipollas en moto.

—¿¿¿Cirugía???

—No hagas un drama, Arturo. Ya he tenido suficiente por hoy —me dice con frialdad.

Me parte el alma su actitud. Nunca había dirigido tanta hostilidad hacia mí. Y no es la primera vez que nos peleamos. Tengo la sensación de que hay algo más, pero ¿qué?

—¿Sigues enfadado conmigo por lo de antes? —tanteo—. ¿Por lo del tenis?

Andrés bufa en respuesta.

—Arturo —me llama Patrick—, haz el favor de girarte.

Me giro hacia Patrick y me llevo la sorpresa de mi vida al ver a su lado a la última persona que podría esperarme aquí: Chris. Parpadeo un par de veces, para asegurarme de que no es un espejismo, pero él continúa ahí, con la espalda y uno de sus pies apoyados en la pared, los brazos cruzados y el semblante serio.

—¿Qué haces tú aquí?

—Me ha llamado «tete» —responde Andrés por él.

Me giro de nuevo.

—¿Qué?

—Como sinónimo de «amor mío», «vida mía», «corazón mío», «cariño mío»… ¿Quieres que siga o pillas el concepto, *tete*?

No entiendo nada. ¿Chris ha llamado «tete» a Andrés? ¿Por qué haría algo así? No tiene sentido. No le encuentro explicación. Hasta que me imagino a mi hermano tirado en el suelo después de caerse de mi moto… con mi camiseta puesta. Y entonces rompo a reír a carcajadas como un desquiciado. Jamás en mi vida me había reído de esta manera. Doy hasta miedo. Más miedo que las profundidades marinas.

—¿Te parece gracioso?

—No, para nada —digo sin poder detenerme.

—Pues deja de reírte, Arturo.

Me alejo de la cama y me aproximo a la ventana. La abro. Necesito respirar. Dios, necesito respirar. Echo la mirada al mar y cojo todo el aire que puedo, lo retengo en el abdomen y lo suelto poco a poco. Cuatro veces seguidas. Mantengo la cabeza fuera hasta que el ataque de pánico remite. Cuando me he recuperado, más o menos, me doy la vuelta y los miro a todos.

A Andrés en la cama. Está enfadado conmigo. Y dolido. Decepcionado. Es la primera vez que veo a mi hermano decepcionado conmigo. Y duele. Joder, cómo duele.

A Patrick y a Chris en la pared.

Y a Aitana y a Dami sentados en el sofá. Ni siquiera he sido consciente de su presencia hasta ahora.

Mi hermana me mira con cariño e incluso me dedica una pequeña sonrisa. Yo cruzo los ojos con mi mejor amigo y caigo en la cuenta de que no lo veía y no he sabido nada de él desde ayer en la discoteca, desde mucho antes de la movida con Chris. Tiene cara de circunstancias. No, de circunstancias no. Tiene cara de haber discutido con Andrés. Y con Aitana. Y con Patrick.

Y Patrick tiene cara de haber discutido con Aitana. Y con Andrés. Y con Dami.

Aitana con Andrés. Andrés con Patrick.

Mierda. Tiene pinta de que todos han discutido con todos. Excepto Chris. Él no expresa nada. Si acaso, hastío. Lo que no significa que no haya discutido a lo grande con todos ellos.

Nadie dice nada. Entonces me llaman por teléfono.

—¿Sí?

—*¿Está bien?* —Nicki—. *¿Andrés está bien? Porque voy corriendo de camino a la enfermería contra toda mi voluntad. Y solo si me dices que está bien, podré darme media vuelta y seguir enfadada con él. Necesito que el enfado se me pase por sí solo, Arturo. Lo necesito con toda mi alma. Pero si a Andrés le pasa algo…* —solloza—. *Si le pasa algo, yo me muero.*

—Sí.

—*¿Sí está bien?*

—Sí.

—*Define bien del uno al diez. En el uno está vivo pero jodido y una ambulancia está a punto de llevarlo al hospital y en el diez va a salir hoy mismo de la enfermería por sus propios pies.*

Sus pies están bien, así que…

—Diez.

—*Joder. Vale. Vale. Vale. Vale. ¿Te está escuchando?*

—Sí.

—*Vale. Gracias, Arturo. Luego hablamos.*

Cuelgo sin despedirme.

—Dejaste de llamarme «tete» —me dice Andrés—. Siempre me he preguntado el motivo. No me había dado cuenta hasta hoy de que él es el motivo. Me ha sorprendido, lo reconozco. Lo que no entiendo es… ¿por qué «tete»? ¿No había más apodos cariñosos, que tenía que robarme el mío?

—No lo sé —admito—. Comenzó como una burla y supongo que… lo hicimos nuestro sin darnos cuenta.

—Vuestro —repite mi hermano, y ríe sin ganas.

Chris habla por primera vez.

—¿No vas a negarnos, Arturo? —me pregunta—. Piénsalo bien, que todavía estás a tiempo.

¿Negarnos? No entiendo a qué se refiere. ¿Aún cree que estamos a tiempo de negarnos? Alucino.

—Qué fenomenal todo —dice Andrés al mismo tiempo.

—Lo siento —le respondo a mi hermano.

—¿Qué sientes, Arturo? ¿Haber dejado de llamármelo a mí o haberme ocultado que Christopher Lacoste es tu puto novio?

No respondo.

—¿Desde cuándo estáis juntos? —pregunta de pronto Aitana, como si acabara de darse cuenta de ese detalle.

—Desde hace un tiempo —respondo esquivo.

—¿Cuánto tiempo? —insiste.

—Desde Wimbledon.

—¿Desde julio?

—No —responde Andrés por mí—. Ni de coña. No te atrevas a volver a mentirme en mi puta cara, Arturo, porque ya te digo yo que ni de coña.

—*Ese* Wimbledon, no —especifico.

—¿Qué Wimbledon, entonces?

—Wimbledon Junior.

—¿Qué Wimbledon Junior? —insiste Aitana.

—Eso. ¿Qué Wimbledon Junior? —la secunda Andrés—. Especifica, Arturo. Y no tengas vergüenza, que, visto lo visto, aquí estamos todos en familia. Vamos, échale un par de huevos por primera vez en tu vida y dilo.

—El primero en que nos enfrentamos —acepto por fin—. Hace nueve años.

—Oh, sí —Andrés se lleva el dedo índice de nuevo a los labios y mira hacia el techo, buscando en sus recuerdos—, eso sí es correcto. Eso me cuadra mucho más.

—¡¿¿Desde entonces??! —grita mi hermana después de ahogar un grito. Es la única que se sorprende.

—Decidme una cosa, parejita —continúa Andrés—. ¿Os habéis dejado ganar alguna vez?

Que me apuñalara por la espalda habría dolido menos.

—Sí, todas al puto frente se las lanzo, no te jode —escupe Chris. Es la segunda vez que abre la boca. La segunda vez que verbaliza su hastío. Ni siquiera sé qué hace aquí.

—Tú cállate.

—Tú a mí no me das órdenes.

—¡No me toques la moral, Lacoste! —grita Andrés—. Me va a reventar la cabeza y eres peor que el ruido de un puto taladro un domingo por la mañana. ¿No tienes suficiente con haber estado tirándote a mi hermano durante los últimos nueve años?

—Andrés…

—Relaja, Andy. A ver si te va a subir la tensión.

—Ya te gustaría. Dame tu móvil, Arturo.

—¿Qué?

—Tu puto móvil. Que me lo des. ¿Estás sordo?

—¿Para qué lo quieres?

Extiende el brazo derecho, que es el que tiene sano y salvo, gracias a Dios, sin perder de vista a Chris. Se lo tiendo y lo desbloquea con su rostro, busca algo y al instante un teléfono suena. Y yo sé qué teléfono es: «El de los panes de ajo a domicilio». Todos miran alrededor, hasta que Chris lo saca del bolsillo. Andrés cuelga y yo, de golpe y porrazo, entiendo muchas cosas. Se me cae una venda de los ojos. Una venda que yo mismo me había puesto. Una venda que Andrés no tenía. Y entiendo por qué Aitana ha sido la única que se ha sorprendido con mi confesión. Dami ya lo sabía. Patrick también. Y Andrés… Andrés también.

—Ya lo sabías —le digo a mi hermano en un susurro.

—¿El qué? —pregunta Aitana.

—Lo mío con Chris.

—¿¿Lo sabías?? —le preguntan Aitana y Patrick al unísono.

—Sabía algo —confiesa él sin abandonar la frialdad con la que se ha vestido hoy—. Sabía cosas. Sabía que Arturo estaba con alguien desde la adolescencia. Y que ese alguien tenía una puta casa en los Alpes. Sabía que Arturo desaparecía cuando él andaba cerca. E incluso cuando no lo andaba. Desaparecía durante horas. O días. O una semana entera. Sabía que su manera de

jugar al tenis con él era íntima y familiar, como si entrenaran juntos. Sabía que un cuchillo le cruzaba el pecho siempre que yo lo llamaba imbécil o me enfrentaba a él de alguna manera. Sabía que lo llamaba Chris. Sabía lo contento que se ponía siempre que viajábamos a un torneo en el que él estuviera. Y sabía cómo se le iluminaba la mirada siempre que él entraba en su radar. Después Lacoste entró en el CAR y Arturo desapareció más que nunca. Y le brillaban los ojos más que nunca. Y sonreía más que nunca. Y ponía la música a tope más que nunca. Y yo dejé de entrar en su dormitorio sin llamar antes a la puerta. Y cuando Lacoste se cruzaba con él por los pasillos lo miraba como si fuera la única puta estrella de su cielo. Cuando dos personas son pareja desde hace nueve años se comportan como una pareja. Se miran. Se hablan. Se tocan. Se entienden. Discuten. Se preocupan el uno por el otro. Y eso es algo imposible de esconder. Añadamos a todo esto el hecho de que hoy el Príncipe de las Tinieblas me ha encontrado tirado en el suelo, borracho, y me ha dicho a la puta cara que espabilara o Arturo lo mataría a él. No me ha llamado «cuñado» de puro milagro. No sé —chasquea la lengua—. Sabía cosas.

Todo. Lo sabía todo. Lo miro horrorizado. Dios. Busco en mis recuerdos.

«Arturo tiene un lío con el chico de los panes de ajo a domicilio desde hace años. Llevo tiempo diciéndolo y en algún momento os daréis cuenta de que tengo razón».

Aquel día, en el desayuno con papá, Andrés sabía que ese chico era Chris.

—¿Por qué le dijiste a papá que estaba enamorado del chico de los panes de ajo?

—Porque te estaba echando un capote, iluminado. Entraste en pánico en cuanto te preguntó qué era lo que había en el centro que te hizo volver antes de tiempo y te di una salida fácil. De nada, por cierto.

Joder.

«Y dile a tu novio que se dé prisa con los panes. Tengo hambre».

¿Me lo decía con sorna?

—¿Y cuando mirabas a los camareros de la pizzería?

—Buscaba una reacción en ti. Una negación o algo. Lo que fuera. Pero nunca llegó.

«¿El de los panes de ajo a domicilio tiene casa en un lago? Qué nivel, *nen*».

Oh, Dios.

«¿Algún día me vas a contar cómo ha llegado el chico de los panes de ajo a domicilio hasta aquí?».

Aquella vez en Wimbledon me lo preguntó de verdad. Me preguntó cómo Chris y yo habíamos llegado hasta donde hemos llegado.

«Ostras, qué bueno, acaba de venirme una imagen de Lacoste buscando en el diccionario: clítoris. Seguro que incluso follando se preocupa más de mirar por encima del hombro en lugar de concentrarse en lo que hace. Joder, tendrías que verte la cara de asco, tete. ¿También te estás imaginando a su majestad el príncipe desnudo? No me potes encima, que esta camiseta me gusta y ese mejunje rojo tiene pinta de dejar marca».

Aquel día me estaba provocando.

«Sí, tranquilo. Estoy bien. ¿Lacoste está bien?».

El día de la pelea Andrés sabía que Chris estaba en mi habitación. No fue una pregunta al azar, me preguntaba por el estado de mi novio.

Cruzo una mirada con Chris. Tiene la mandíbula apretada y no deja de mirar a mi hermano.

«Sé que si abro la puerta de tu habitación me voy a llevar una sorpresa».

Y ahí también lo sabía.

Dios.

—Sabías que era él quien estaba en mi habitación la noche que te quedaste haciendo guardia.

—¿Lo sabías? —le pregunta Chris.

—¿Tú qué crees, Sherlock? ¿Qué parte de «sé que eres el novio de mi hermano» es la que no has entendido? Además, escuché tu voz mientras os gritabais el uno al otro y la reconocí.

—¿Por qué no me lo dijiste, Andrés? —susurro.

—Primero esperé a que tú me lo contaras. Esperé durante años. Y entonces dejé de esperar e intenté decírtelo yo. Lo intenté muchas veces. Provocándote. Llevándote al límite. Pero tú nunca caíste en la trampa. Te mantuviste firme en todo momento.

—Ahí estoy contigo —le dice Chris.

Pero ¿qué…?

—¿Tú intentaste decírmelo en alguna ocasión? —continúa Andrés, obviando a Chris—. ¿Lo intentaste, Arturo?

No respondo. Porque no sé qué responder.

—¿Y cómo eras capaz de mirarme a la cara cada día?

Me quedo sin aire.

—Espero que cuando te referiste a mi hermano con «gustar» no fuera solo un «gustar», porque si eso es todo lo que sientes por él después de nueve años, tú y yo seguiremos siendo amigos, pero puedes irte a la mierda —le dice entonces Aitana a Chris.

—¿A qué «gustar» te referías tú, Aitana? ¿Y qué pretendías? —se defiende Chris. Yo estoy un poco perdido en su conversación—. ¿Que me abriera en canal? Solo intentaba ayudarte. No hablábamos de mí, hablábamos de ti. Me preguntaste si me gustaba alguien y te dije que sí, porque Arturo me gusta. No me preguntaste nada más.

—¿Me hubieras respondido?

—No lo sé.

—¿En qué momento mi hermana le pide explicaciones a Lacoste y en qué momento Lacoste se las da? ¿Cuándo coño ha pasado esta mierda? —pregunta Andrés.

—Cállate —le dicen los dos.

—Bueno —Patrick abandona la pared—, yo me piro. Tengo cosas que hacer y vosotros tenéis que… —nos señala—, no sé, hablar en familia, supongo.

—Tú también eres de la familia, patito. Te acuestas con mi hermana, ¿no? Eso —Andrés ríe y mueve el dedo hacia él en señal de advertencia—, eso no lo veía venir, lo reconozco. Me la has

metido hasta el fondo.

Patrick no contesta, solo abre la puerta y se va. Aitana cierra los ojos y Dami la coge de la mano. Yo, una vez más, no entiendo nada. ¿Andrés sabía también lo de Tani y Patrick?

—Yo también me voy —añade Chris—. No sé ni qué hago aquí.

—Me has robado el pensamiento, cuñado —apunta Andrés.

—La próxima vez que cojas un vehículo a motor, recuerda mirar a izquierda y derecha antes de salir. Es de primero de autoescuela, *cuñado*.

Andrés, en respuesta, le enseña el dedo corazón. Chris se dirige a la puerta detrás de Patrick y está a punto de marcharse, pero a mí me pica tanto la garganta que…

—Tanto jactarte de que podías diferenciarnos incluso con los ojos cerrados —le digo— y el día que nos confundes nos metes en el lío de nuestras vidas.

Chris ni siquiera se gira. Sale de la enfermería y cierra de un portazo.

—¿Pelea de enamorados? —me pregunta mi hermano con indiferencia—. Creo que se te ha ido la mano. Qué mal, Arturo. Parecía dolido el chaval. Y tú tampoco tienes buena cara, *tet.*…

La puerta se abre de nuevo y la burla de mi hermano muere en su boca. Es Chris otra vez.

—Por cierto —dice, señalando a mi hermano—, tú me debes mil pavos.

—¿Yo a ti? ¿De qué?

—Abierto de Estados Unidos. Hace ocho años. Te aposté mil pavos a que le provocaba el orgasmo de su vida a tu hermano en un cuarto oscuro y que no te replicaría. ¿Te replicó? ¿A que no? Puedes pasármelos por debajo de mi puerta cuando salgas de aquí.

Y cierra con otro portazo.

—Será hijo de puta.

Yo continúo buceando en mis recuerdos, haciendo conexiones. No puedo evitarlo. Andrés llevaba dentro una bomba de relojería. Ahora lo veo. Se lo ha ido guardando, guardando y guardando… Mis mentiras, mis excusas, mi falta de confianza en él. Atacó a Chris en Wimbledon porque llevaba nueve años tragándoselo sin decir una sola palabra. Y como no podía pegarme a mí, le pegó a él. Y hoy ha explotado.

—El día de tu pelea con Chris sabías que él estaba conmigo en mi cuarto.

—Me imaginé que estarías curándole las heriditas.

—¿Por eso lo odias tanto? —le pregunto—. ¿Porque no podías odiarme a mí?

—Puede que sí. Puede que no. Quién sabe. Lacoste siempre me ha caído como una patada en los huevos. Desde Les Petits As. Tu gusto deja mucho que desear, Arturo. Es un gilipollas. Y él cada vez me provocaba más, y más, y más. Un tira y afloja en toda regla, si me lo preguntas ahora. Yo quería que me lo dijera y él quería decírmelo. ¿Lo vas a invitar a casa en Navidades? Eso, sin ninguna duda, las haría épicas. En todas las familias hay unas Navidades épicas, ¿no? Que se lo digan al chaval de *Solo en casa*.

—Macaulay Culkin —apunta Dami en uno de sus arranques espontáneos.

—¿Qué haríamos sin ti, Damián? Oye, ¿y cómo llevas que Christopher Lacoste sea más de la

familia que tú? Te mata por dentro, ¿verdad? ¿Has perdido la esperanza con Arturo? Yo lo haría, si fuera tú. Estos dos están muy liados, ¿eh?

—Yo también me voy —responde él—, tengo cosas que hacer.

—¿Huyes? Vamos, ya te he dicho que hoy estamos de confesiones. ¿Estás enamorado de mi hermano?

—Andrés —le digo yo—, ya vale. Te estás pasando.

Y se lo digo no porque haya hecho nada malo, todo el mundo tiene derecho a tener un mal día y a soltar mierdas por la boca, sobre todo si has tenido un accidente de moto que va a paralizar tu carrera deportiva durante unos meses y ha salido a la luz que tu hermano gemelo te ha mentido durante años. Se lo digo porque sé que luego va a arrepentirse. Luego va a sentirse fatal por habernos hablado así. Andrés odia su parte mala. O la parte que él dice que es mala. No lo es. Para nada. Solo es humana. Andrés es visceral y tiene la lengua más fría, rápida y dañina que la de una serpiente. Es letal. Pero también tiene el corazón más grande que yo he llegado a conocer. Por eso, cuando explota y suelta mierdas que sabe que hacen daño, luego se quiere morir.

—¿No quieres saberlo, Arturo? —continúa la serpiente—. A mí me mata la curiosidad.

—Dami y yo solo somos amigos, Andrés. Mejores amigos.

—Ya…

—¿Ya? —repite Dami con resquemor.

—Dami… —le advierto. Porque sé que él también va a explotar y no quiero que se peleen.

—¿Sabes lo que es la amistad, Andrés? —continúa sin hacerme caso—. ¿Está Patrick enamorado de ti? Porque por esa regla tuya de tres… O espera. Espera, espera. Yo jamás he tocado a Arturo de manera sexual. Nunca nos hemos enrollado. Pero tú sí te has enrollado con Patrick. Lo has besado y habéis compartido pajas. Algo muy… amistoso, ¿no? ¿Por eso te ha jodido tanto que esté con tu hermana? ¿Te ha jodido porque estás celoso, Andrés? ¿No serás tú el que estás enamorado de *patito*?

Mi hermano, estoico pero con una mirada mortífera que da verdadero miedo, le indica que se acerque con el dedo índice.

—Ven aquí, Murnuais.

Damián obedece. Y lo hace sin una pizca de terror. Porque no teme a mi hermano. Nunca lo ha hecho. Y Andrés le habla al oído. En un tono muy bajo. Tan bajo que soy incapaz de escucharlo. Dami le responde y Andrés ríe con odio.

—No cuela, gilipollas —dice por fin en voz alta—. Y ahora fuera de mi vista.

Damián y yo cruzamos una mirada, ambas de disculpa, y él se va sin decir una palabra más.

—Te has pasado mucho —le digo a Andrés en cuanto se cierra la puerta—. Espero que le pidas perdón.

—Que te jodan, Arturo.

Fenomenal. Mi teléfono, que aún se encuentra en las manos de Andrés, suena en ese

momento.

—Es mamá —me dice—. Se habrán enterado del accidente. Juan Carlos iba a llamarlos.

Le arrebato el móvil y salgo de la enfermería. Necesito respirar fuera de esta habitación; necesito quitarme la sudadera, que me aprieta el pecho y me provoca incluso dolor físico; necesito hablar con el equipo médico sobre mi hermano y necesito…

—Art —me asalta Dami en cuanto cruzo la puerta—, lo siento. Joder, lo siento mucho.

Me abraza y yo le devuelvo el abrazo, y le doy golpes en la espalda, para apaciguarlo. Está temblando.

—Tranquilo, no pasa nada.

—Sí pasa. Tú me contaste lo que hicisteis con Patrick porque confiabas en mí, no para que se lo echara en cara a tu hermano en un momento de tensión. Te he dejado con el culo al aire.

—De verdad, no te preocupes por eso, Dami.

—Andrés va a estar muy cabreado contigo.

—¿Más? No lo creo. Ya lidiaré con él.

Alguien carraspea. Levanto la mirada del cuello de Dami. Es Chris. Chris está en el pasillo. Aún no se había ido.

—¿Ya habéis terminado?

Dami y yo nos separamos al instante.

—¿Qué haces todavía aquí? —le pregunto.

—Esperarte. Quiero hablar contigo. A solas —apunta, mirando a Dami.

—Habla con él, Art —me dice, acelerado—. Luego estamos. Voy a recoger tu moto y ver que está todo bien. Despreocúpate de eso, ¿vale?

—No, prefiero hacerlo yo.

—Art, no creo que…

—Quiero hacerlo yo, Dami. No te preocupes. Estoy bien.

—OK. Te veo luego.

—Sí. *Adeu.*

—*Adeu.*

Le echo un vistazo al teléfono; mi madre ha colgado después de tropecientos tonos. Ahora los llamo. Primero necesito aire. Por eso bajo las escaleras de camino hacia la calle todo lo rápido que puedo, hacia el aire. Me cruzo con Patrick en un tramo de las escaleras y con Nicki más abajo. Creo que están hablando por teléfono el uno con el otro. No puedo pararme a preguntarles cómo están. Ahora no. El aire. Necesito el aire. «¿Qué coño hiciste con Patrick?», me pregunta Chris un par de veces, corriendo detrás de mí. «¿A qué se refería Murnuais?». Pero yo no respondo. Porque no me apetece. Ni es el momento.

34: Una de las revelaciones más importantes de mi vida...

NICKI

Julia:
Mira lo que me han pasado hoy.
Julia:
Vídeo.
Julia:
Enhorabuena.
Julia:
Son unas imágenes preciosas las de Andrés y tuyas.
Julia:
Va a causar sensación el nuevo vídeo promocional del CAR.

Una de las revelaciones más importantes de mi vida fue la de la respiración mientras nadamos. Lo hacemos al revés que en el exterior. Cogemos aire por la boca y lo soltamos por la nariz. No recuerdo si aprendí a hacerlo de manera natural, sin darme cuenta, o si fui consciente de cada inhalación y exhalación. No recuerdo si me enamoré de Andrés de manera natural, sin darme cuenta, o si fui consciente de cada gota de atracción que me calaba en los huesos.

Y ahora el amor de mi vida ha tenido un accidente con la moto de Arturo y yo me encuentro en la entrada del edificio principal, al pie de las escaleras, a punto de subir a todo correr los cinco pisos que llevan hasta la enfermería, con el corazón en la boca.

Necesito hablar con Tani o con Arturo. La primera no me coge el teléfono y el segundo lo hace al primer tono.

—*¿Sí?*

—¿Está bien? ¿Andrés está bien? Porque voy corriendo de camino a la enfermería contra toda mi voluntad. Y solo si me dices que está bien podré darme media vuelta y seguir enfadada con él. Necesito que el enfado se me pase por sí solo, Arturo. Lo necesito con toda mi alma. Pero si a Andrés le pasa algo… —Dios, me echo a llorar sin poder evitarlo—. Si le pasa algo, yo me muero.

—*Sí.*

—¿Sí está bien?

—*Sí.*

Suelto el aire que estaba reteniendo y el pecho deja de arderme tanto, pero necesito estar segura.

—Define bien del uno a diez. En el uno está vivo pero jodido y una ambulancia está a punto de llevarlo al hospital y en el diez va a salir hoy mismo de la enfermería por sus propios pies.

—*Diez.*

Dios. Está bien. Está perfecto. Solo ha sido un susto.

—Joder. Vale. Vale. Vale. Vale. ¿Te está escuchando?

—*Sí.*

—Vale. Gracias, Arturo. Luego hablamos.

Me cuelga sin decir nada más. Andrés está bien. Está bien.

Si Andrés está bien, lo que no entiendo es por qué he comenzado a subir el primer tramo, y el segundo, y el tercero, y el cuarto, y por qué no me detengo. Tengo que dar media vuelta. «Da media vuelta, Nicki». Pero mis piernas no responden y continúan subiendo el siguiente tramo de escaleras. «Tengo que detenerme». «Tengo que detenerme». Él está bien.

Me obligo a sentarme en uno de los escalones y escondo la cabeza entre las piernas. Estamos en pleno invierno y el mármol del suelo está helado, y yo solo llevo unas mallas muy finas, pero me da igual.

No sé durante cuánto tiempo permanezco en esta posición hasta que el teléfono me vibra en la mano. Es Patrick. En ese momento la puerta que da acceso a las escaleras dos pisos más arriba, en la planta de la enfermería, se abre.

—¿Patrick?

—*No hables, solo escucha. Porque necesito contarte algo importante, pero al mismo tiempo estoy traicionando a una de las personas que más quiero y es muy probable que me cueste mi relación con él. Si me interrumpes temo no ser capaz de decir todo lo que tengo que decir y creo que él se merece que lo sepas.* —Patrick hace una pausa y yo aprovecho para mirar hacia arriba, porque su voz me está llegando tanto por el teléfono como por el eco de las escaleras, y es que es precisamente él la persona que ha abierto la puerta del piso de la enfermería y ha comenzado a bajar los peldaños, pero se ha detenido en algún punto—. *Andrés se enamoró de ti hace muchísimo tiempo. Mucho antes de que empezarais a enrollaros. Mucho, mucho antes. Pero tú no eres fácil, Nicki, no eres fácil. Y eres distante. Y muy borde. Él te rondó e intentó conquistarte a su manera durante años. No voy a entrar a valorar las dotes de conquistador de Andrés porque ambos sabemos que es un puto desastre, pero tiene uno de los corazones más grandes que yo he visto en mi vida. Y, créeme, lo he visto. Cuando por fin estuvisteis juntos él caminaba con pies de plomo a tu alrededor porque no quería asustarte. Y cuando te surgió la oportunidad de Suiza te animó a irte, otra vez a su manera, porque era lo mejor para ti y porque por nada del mundo se inmiscuiría en tu carrera deportiva. Te quiere demasiado. Y, además, sabe lo que significa el deporte para alguien como nosotros. Y si no te habló sobre sus sentimientos fue porque tenía miedo de que, de alguna manera, a ti te detuvieran o te hicieran replantearte cosas. Y porque acababais de empezar, joder. ¿Qué sentido tenía hablar de amor? Sus palabras, no las mías. Ese es el motivo por el que quizá lo notaste frío vuestros últimos días juntos. No os vi, pero como si lo hiciera. A él lo conozco demasiado bien. Si tú hubieras sacado el tema, Nicki, si tú le hubieras dicho algo… Creo que incluso se habría ido contigo. Él se habría ido al fin del mundo contigo. Pero no quería condicionarte. Y aún lo acojonabas, ¿sabes? Para él eras como… como… Intenta agarrar el agua de la piscina en un puño y comprueba qué ocurre. ¿Te lo digo?*

Ocurre que el agua siempre encuentra la manera de escabullirse. Tú eres el agua, Nicki. Y Andrés siempre ha tenido la sensación de que te le escapabas de entre los dedos. —La puerta del piso de la enfermería se abre de nuevo y Patrick deja de hablar durante unos instantes. Los pasos cada vez suenan más cerca y entonces dos personas pasan por mi lado. No me fijo en sus rostros; no puedo dejar de mirar hacia el suelo—. *Tú te marchaste* —continúa Patrick poco después— *y él se quedó aquí. Y no hablasteis de lo vuestro. Se quedó todo suspendido en el aire. El día de la fiesta, Andrés no estaba bien. Andrés necesitaba hablar contigo. Elvira lo estuvo rondando toda la noche, y, ojo, no lo justifico a él, pero había bebido y estaba muy frustrado con toda vuestra situación. Cuando te llamó por teléfono, joder, Nicki, yo estaba delante, yo lo escuché todo y fue su manera de pedirte que fuerais exclusivos. O novios. O pareja. O yo qué coño sé. ¿Que lo hizo de la peor manera posible? Sí, pero él es así. Un gilipollas. Y estas mierdas del amor no se le dan demasiado bien. Andrés es más de hechos que de palabras, y si a estas alturas de la vida no te has dado cuenta quizá es porque no lo mereces. Él esperaba que le dijeras que no podía follarse a Elvira porque él era tuyo. Pero tú hiciste todo lo contrario. Tú le diste a entender que no sentías nada por él y que podía follarse a quien quisiera. Y eso es lo que hizo. Se acostó con Elvira en un arrebato de mala hostia. Fue su manera de desahogarse. Y después… Joder, esto es mucho más complicado de contar de lo que parecía en un primer momento, y no sé si seré capaz de explicártelo por teléfono, pero voy a intentarlo. Andrés piensa que está mal hecho. Está convencido de que es mala persona. De que está podrido por dentro. De que no sabe querer bien. Y el hecho de que tenga a su hermano en un puto pedestal no ayuda a la causa. Uno de los mayores problemas de Andrés es que admira tanto a Arturo que quiere ser como él. Pero eso es imposible porque no hay dos iguales, por muy gemelos que sean. Arturo no mataría una mosca y Andrés se cargaría a cien de un solo golpe, pero eso no es algo malo. Y es lo que él no entiende y lo que yo llevo años intentándole explicar. Esa noche, después de estar con Elvira, que fueron como diez minutos de sexo de mierda, bebió más de la cuenta y cuando lo vi, y menos mal que lo vi a tiempo, se había metido en el estómago no sé cuántas porciones de pizza con marisco. Te imaginas lo que sucedió, ¿verdad? No he pasado tanto miedo en mi vida. Te juro que pensé que se nos iba para siempre. Pero tuvimos una suerte de la hostia, yo fui muy rápido y todo se quedó en un susto. Llamé a Arturo y vino al hospital. Andrés nos hizo prometer a los dos que no se lo diríamos a nadie. Y eso hicimos. No lo sabe nadie. Hasta ahora. Ahora tú ya lo sabes.*

No sé en qué momento he empezado a llorar, solo sé que las lágrimas me mojan los labios y que apenas puedo respirar. El relato de Patrick es lo más desgarrador que he oído en mucho tiempo.

—Por eso Arturo regresó a casa con vosotros aquella noche, a pesar de no haber estado en la fiesta —susurro—. Fue a buscaros al hospital.

—Sí. Lo llamé yo. Andrés y yo lo necesitábamos allí con nosotros. Nicki, no sé lo que sucedió anoche entre vosotros, aunque puedo imaginármelo por el puto mensaje del Senticar. Si hubieras visto su cara hace un momento cuando has llamado a Arturo y se ha dado cuenta de

que no ibas a venir a verlo, Nicki. Si hubieras visto su cara… Así que te pido, por favor, que, si tú también lo quieres, actúes en consecuencia y vengas, porque si no lo haces, Andrés se va a sentir de puta pena y no se lo merece.

No, no se lo merece. Cierro los ojos y recuerdo de nuevo la conversación que Andrés y Arturo mantuvieron en la puerta de la habitación de este último, cuando ocurrió la pelea con Lacoste, y todo cobra sentido.

—Nicki y Chris no se están acostando, Andrés.

—Ya lo sé. Ya lo sé, joder. Pero me he ido calentando y me he puesto de muy mala hostia. Se me ha ido la cabeza y he perdido el control.

—¿Has ido a donde Fernando?

—No. A donde él, no. He ido a otra parte y después me he sentido de puta pena.

—Siempre te sientes de puta pena cuando vas allí, lo que no entiendo es por qué sigues haciéndolo. ¿Por qué te sigues torturando?

—No lo sé.

—Sí lo sabes. La estás castigando a ella. La castigas cada vez que lo haces y tienes que detenerte de una vez, Andrés. Porque tú odias hacerlo. Odias castigarla y luego te odias a ti mismo por seguir haciéndolo.

—Qué más da.

Ya he encontrado el último eslabón que me faltaba. Era a mí a quien castigaba Andrés. Dios, era a mí.

35: «No creo que consiga cambiar a una textura más suave en las próximas horas»

CHRIS

ARTURO SALE de la enfermería y se abraza con Damián. Estoy a punto de separarlos, pero mi sentido común me obliga a solo carraspear. Eso sí, como vuelva a tocarlo de esa manera… Me hierve la sangre. Me hierve como nunca.

Me hierve cuando le digo que necesito hablar con él y me hierve mientras bajo las escaleras detrás de él. ¿Y qué coño hizo con Patrick? ¿A qué se refería Murnuais?

Me hierve por todo lo que ha pasado en el puto día de hoy y no creo que consiga cambiar a una textura más suave en las próximas horas. Entonces veo a ¿Patrick? ¿No se había ido? Capto algo de lo que dice.

—Llamé a Arturo y vino al hospital. Andrés nos hizo prometer a los dos que no se lo diríamos a nadie. Y eso hicimos. No lo sabe nadie. Hasta ahora. Ahora tú ya lo sabes.

Continúo bajando las escaleras detrás de Arturo y… ¿Nicki?

—Por eso Arturo regresó a casa con vosotros aquella noche, a pesar de no haber estado en la fiesta. Fue a buscaros al hospital.

Está llorando. Hablan de la noche en la que Andrés se acostó con Elvira. Recuerdo esa noche. Yo me encontraba en Barcelona, me había escapado el fin de semana para ver a Arturo y estábamos desnudos, tirados en el suelo de la habitación del hotel de turno haciéndonos cosquillas, besándonos y riendo. O lo que es lo mismo, estábamos haciendo el gilipollas. Eran las tantas de la mañana y a Arturo lo llamaron por teléfono. Al principio lo ignoramos, pero insistieron demasiado y él acabó claudicando cuando se dio cuenta de lo tarde que era. Solemos perder la noción del tiempo. Estiró el brazo y alcanzó el teléfono, que sobresalía de uno de los bolsillos de su pantalón vaquero, tirado en el suelo de cualquier manera, pero ya habían colgado.

—Era Patrick —me dijo.

Entonces se levantó y comenzó a vestirse a toda prisa antes de devolverle la llamada. Arturo supo que había pasado algo. Solo lo supo. Yo también me vestí. Y salimos juntos del hotel. Sin cascos. Sin gafas de sol. Sin viseras. A pecho descubierto.

Consiguió hablar con Patrick y tuve que conducir yo, porque él estaba demasiado nervioso. Llegamos al hospital y lo esperé fuera, recostado en su moto, porque, por razones obvias, no podía acompañarlo hasta dentro.

Salió una primera vez, para contarme cómo estaba su hermano, y nos abrazamos.

—Está bien —le dije—, y eso es lo importante.

—Se podía haber muerto. Si a mi hermano le ocurre algo…

—Ya lo sé. —Lo abracé de nuevo y le di un beso en la cabeza—. Tranquilo. Shh. Él está bien y yo estoy aquí contigo. No estás solo.

Regresó con Andrés y tardó tres horas más en volver a salir. No me avisó. Lo vi aparecer de

pronto por las puertas de cristal de urgencias con Patrick y su hermano. Supe que ya no vendría a mí, así que me fui por mi lado, pero antes le dejé la moto aparcada cerca de su casa sin que nadie me viera.

Esa noche fui consciente por primera vez de la conexión emocional que existe entre los gemelos. Y pensando ahora en esa conexión me doy cuenta de que era imposible que Andrés no supiera nada de nosotros. Llevamos juntos nueve años. Nueve putos años. Por supuesto que lo sabía, joder.

Y en cuanto a Nicki, me quedaría a hablar con ella y a consolarla, pero no puedo. Arturo está por encima de todo.

Continúo hirviendo.

36: «Prohibido enamorarse (sin duda, crea una intimidad que no queremos)»

AITANA

«No te enamores de mí».
«Descuida, no va a suceder. Yo no me enamoro. No te enamores tú de mí, Aitana».
«Ni en tus mejores sueños».

—Tú también puedes irte —me dice Andrés.

—No voy a dejarte solo. Y soy inmune a las serpientes venenosas que dejas salir por esa bocaza que papá y mamá te han dado, así que ni te molestes —respondo.

—Tú misma.

Me levanto del sofá y me acerco a la cama. Le retiro el pelo de la frente para verle bien los ojos. Qué día más surrealista. Parece todo un sueño. O una pesadilla.

—Tete…

—Dios, no me llames así. El puto Lacoste ha vilipendiado el apodo para siempre.

Los dos reímos sin poder evitarlo. Todo esto es tan surrealista. Rafa entra en la habitación en ese momento sin llamar antes a la puerta.

—Andrés, me alegro de que estés de buen humor. Y ya puedes cantar victoria, porque no va a ser necesaria la cirugía. Se ha quedado todo en un susto. Escayolamos la muñeca y colocamos bien el hombro en quince minutos.

—Fenomenal —dice con desdén, pero en el fondo está aliviado. Por fin veo una reacción en él. Se estaba haciendo el fuerte. Pero conmigo no tiene que hacerse el fuerte.

—¿Te duele mucho? —insiste Rafa—. Podemos darte algo más potente si se te ha pasado el efecto.

—No. Estoy bien.

—Bien. Vuelvo enseguida.

—¿Qué ha pasado entre vosotros, Tani? —me pregunta Andrés en cuanto se cierra la puerta —. Y me refiero a Patrick y a ti.

Suspiro. No me resulta fácil hablar de mi vida íntima con mi hermano, y «fácil» es el eufemismo del año, pero de entre todas las personas que existen en este mundo él… él sabe. Él conoce mi secreto mejor guardado. Y por eso puedo contarle lo que ha sucedido sin reservas. Necesito contárselo a alguien. Necesito decirlo EN VOZ ALTA.

—Había un chico. O *hay* un chico. Se llama Gabriel. Él… es clavadista como yo y llevamos años coincidiendo en los torneos. Es muy bueno, casi siempre lo convocan y…

—¿Gabriel Boissier?

—Sí —respondo sorprendida. Nunca hemos hablado de él. No ha surgido—. ¿Lo conoces?

—¿Me preguntas si conozco los nombres y apellidos de tu entorno deportivo? ¿Acaso no

conoces tú los del mío?

—Sí, claro que los conozco.

—Pues eso. Continúa.

—El caso es que siempre hemos tonteado. Salíamos a cenar juntos. Nos guiñábamos el ojo en la piscina. Nos dábamos dos besos más largos de lo normal al vernos. Lo típico, ya sabes. Dios. —Me tapo la cara con las manos. Hablar de sexo con mi hermano es más difícil de lo que creía.

—Imagínate que soy un espejo —me dice Andrés—. Y que se lo estás contando a tu propio reflejo.

—¿Y tú qué vas a imaginarte?

—Tranquila, lo tengo cubierto.

Bien. Suspiro de nuevo.

—El caso es que hace unos meses dejó de ser un tonteo. Quedamos por la noche, después una concentración de saltos, y nos besamos. Una cosa llevó a la otra, no voy a entrar en detalles…

—Por favor.

—… y lo invité a mi hotel. A mi habitación.

Andrés me mira sin pestañear. Paciente y un tanto imperturbable.

—Aitana, estoy manteniendo la calma sin pensar en lo peor porque te veo tranquila, pero acaba de decir lo que tengas que decir y no lo dilates más, porque empiezo a crisparme. Y no tengo el puto día hoy.

—Llegamos hasta la tercera base —prefiero contárselo con la metáfora del béisbol, no voy a decirle a mi hermano mayor que estaba desnuda, tumbada en la cama, con un tío desnudo encima de mí, mientras nos toqueteábamos por todas partes— y luego yo… yo… Me bloqueé, Andrés. Me bloqueé de la peor manera. Le di un empujón y… no pude continuar. Tampoco aquí quieres saber los detalles, créeme.

—Aitana. ¿Él…?

—Él se portó fenomenal —le aclaro enseguida—, no me mires así. Es un buen tío y ha estado superpendiente de mí desde entonces, pero yo… No pude, tete. —Comienzo a llorar sin consuelo y Andrés me cobija entre sus brazos—. No pude hacerlo. No pude acostarme con él.

—Shh, tranquila —me susurra al oído—. Estás aquí conmigo. Estás a salvo.

—¿Sabes lo que siento cuando me lanzo desde el trampolín? Libertad. Y quiero ser libre, Andrés. Quiero ser libre en todas las facetas de mi vida. No puedo ser libre si me da un ataque de pánico solo porque un tío me meta la mano debajo de la falda. Por eso le pedí ayuda a Patrick. Necesitaba superarlo.

—¿Por qué a Patrick? Tú odias a Patrick. Lo odias desde aquel día.

Me separo de él y lo miro a los ojos.

—Cuando llegué al CAR, después de lo que ocurrió con Gabi en el hotel, me encontraba en

el pasillo y me quedé parada viendo a la gente pasar, entonces él se cruzó en mi camino y lo vi claro. Confío en él, Andrés. A pesar de todo, confío en él. Él, Arturo y tú sois las personas en las que más confío. Os confiaría mi vida. Arturo y tú no podíais ayudarme con esto, pero él sí podía hacerlo. Sí ha podido hacerlo. Tampoco voy a entrar en detalles, y fue difícil al principio, pero es como si Patrick supiera qué hacer en cada momento, qué tocar y qué no tocar, cuándo aumentar el ritmo y cuándo frenar. Para cuando quise darme cuenta… Yo era una persona normal que mantenía relaciones sexuales con normalidad.

—Joder, Tani. ¡Joder!

—¿Por qué estás enfadado, Andrés?

—Porque el sexo es muy peligroso. Porque no quiero que te enamores de Patrick. Dime que no te has enamorado de Patrick.

—Es tu mejor amigo.

—Lo sé.

—¿Por qué no puedo enamorarme de él?

—Porque sería un desastre. Porque Patrick es un desastre. Porque… —suspira—. Patrick y yo nos besamos una vez.

—Sí, lo he oído cuando Dami lo ha dicho. ¿Cuándo os besasteis? ¿Y por qué?

Suspira de nuevo.

—Teníamos catorce años. Estábamos los tres en la playa. Habíamos pasado la noche hablando y bebiendo. Habíamos conseguido unas cervezas de estraperlo. No quieres saber cómo.

—¿Los tres? ¿Qué tres?

—¿Tú qué crees?

—Arturo.

—Sí. Arturo.

—Continúa.

—Patrick… —A Andrés le cuesta hablar. Le cuesta porque cree que está traicionando su confianza—. Patrick está muy confundido, Aitana. No solo en el deporte. Está confundido en todas sus facetas. Es algo que hemos discutido mucho, ni te imaginas cuánto. Esa noche tocó hablar de sexo. Y de emociones. Patrick siente atracción sexual, y la reconoce, y siente atracción emocional, y la reconoce, pero ambas no encajan juntas. Y no existe la atracción romántica. Patrick o te quiere como amigo o te quiere follar. No desarrolla atracción sexual con alguien con quien tiene un vínculo emocional ni despierta sentimientos emocionales en él alguien con quien ha mantenido relaciones sexuales. O, al menos, esas son las conclusiones a las que hemos llegado con el paso de los años. Hemos hecho pruebas. Hemos experimentado. Entre nosotros y hacia fuera. Arturo enseguida tuvo claro que solo sentía atracción sexual y romántica por los chicos. Yo enseguida tuve claro que solo me gustaban las chicas. Y Patrick no sabe ni por dónde le da el aire. Esa noche él estaba muy rayado. Muy, muy rayado. Y a mí no me gusta ver a Patrick rayado. No me gusta porque…

—Lo quieres —termino yo por él—. Puedes decirlo EN VOZ ALTA, Andrés. No va a explotar el mundo por ello. Patrick es tu mejor amigo y lo quieres.

—Haría cualquier cosa por él —me dice muy serio—, cualquier cosa con tal de ayudarlo, aunque ahora mismo lo mataría con mis propias manos.

—Lo superarás. Continúa.

—Esa noche quisimos probar si sentía atracción sexual por personas con las que existía un vínculo emocional fuerte. Y entonces nos besamos. Primero él y yo, luego él y Arturo.

—¿Y?

—Y nada. Recuerdo mirarle la entrepierna en cuanto se nos desenredaron las lenguas. No se empalmó ni un poco. No se sentía atraído por mí. Tampoco por Arturo.

—¿Y ya está?

—Eh, no.

—Sigue.

—Pensamos que los besos quizá eran algo… flojos. Así que pasamos a la segunda base. —Oh, Dios. Por supuesto que mis hermanos estuvieron ahí, al pie de cañón, para que Patrick tuviera orgasmos—. Pusimos un poco de porno en mi teléfono y comenzamos a masturbarnos entre nosotros… Yo cerré los ojos y Arturo enseguida se negó en rotundo a continuar. Nos extrañó, porque él siempre entraba a saco en todos nuestros experimentos. Supongo que fue por el imbécil de Lacoste. Supongo que en aquella época ya estaba colado por él, más de lo que yo creía. El caso es que después de esa experiencia, en la que ninguno de los dos nos corrimos, Patrick concluyó que él jamás se enamoraría de alguien solo porque tuviera un vínculo emocional previo. Por supuesto, aún menos se enamoraría de alguien con quien no compartiera ese vínculo. En definitiva, que jamás se enamoraría de nadie.

—Patrick concluyó —repito.

—Sí.

He estado aguantándome las ganas de pegarle cuatro gritos mientras me contaba la historieta, he estado aguantándome mucho, pero he llegado a mi límite.

—¡Sois gilipollas! —exploto—. ¿De verdad habéis intentado entender la orientación sexual de Patrick enrollándoos entre vosotros? ¿En serio, Andrés? ¿Y habéis concluido que no puede enamorarse solo porque no se puso cachondo por meteros la lengua hasta la garganta y por no correrse mientras os hacíais una paja el uno al otro? ¿Qué tenéis, doce años?

—Catorce.

—No me refiero a aquel entonces, ¡me refiero a ahora! ¿Os dais cuenta de que habéis condicionado a Patrick, de que él mismo se ha condicionado, por un experimento de mierda de una sola vez? No me extraña que tenga la cabeza hecha un lío. ¿Qué más comprobaciones habéis hecho vosotros tres?

—¿Aparte de que se folle a más de medio CAR dices? Es mejor que no lo sepas.

—¡Dios!

—Aitana, si te he contado todo esto es porque Patrick quiere entenderse, pero no lo hace. Su cabeza es un puto desastre. Y por eso no quiero que te enamores de él.

—Para mataros, Andrés. Esto es para mataros.

—Arturo estuvo de acuerdo con todo. Siempre.

—¡Arturo no es un ente superior y tenía catorce años! Arturo también se equivoca. Y mucho. ¿Lo has hablado con Fernando?

—No. Yo no hablo de los problemas de mi mejor amigo con mi psicólogo.

—Pues deberías haberlo hecho. Y con Patrick delante. Habéis jugado con fuego, Andrés. No me lo puedo creer. —Me levanto de la cama y doy vueltas por la habitación. Estoy alucinando—. ¿Y si llega a enamorarse de mí? Entonces ¿qué? Entonces ¿dónde quedarían vuestras mierdas de experimentos adolescentes?

—Entonces no habría nadie mejor para ti. Pero no lo va a hacer, Tani. No va a enamorarse de ti.

—¡Eso no lo sabes!

—Así que aléjate de él antes de que sea demasiado tarde. ¿O es demasiado tarde?

Andrés se levanta de la cama y se acerca a la ventana. Se coloca a mi lado y me mira a los ojos. Yo bufo. No tengo ni ganas ni fuerzas para pensar en ello en estos momentos. Entre el accidente de Andrés, el secreto de Arturo que ha saltado por los aires y lo mío con Patrick… No. No tengo fuerzas.

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—Siento cosas, Andrés.

—Joder. —Ahora es él quien bufa.

—A mí no me bufes, Andrés. Tú menos que nadie.

—¿Lo sabe? Aitana, ¿él lo sabe? ¿Sabe *eso*?

Se me paraliza el corazón, a pesar de que llevo tiempo esperando esa pregunta por parte de mi hermano. Y pensé que estaba preparada. Pero no lo estoy.

—No, por supuesto que no lo sabe —concluye él solo—. Si lo hubiera sabido no me habría dicho la burrada que me ha dicho antes. ¡¿Y me hablas a mí de madurez?! Deberías habérselo dicho.

—¿Por qué?

—Porque tenía derecho a saber dónde se estaba metiendo.

—Eso lo decido yo, no tú. Y no estás siendo imparcial, Andrés. Estás mirando por su bienestar. Porque da la casualidad de que él es tu mejor amigo. Si se tratara de otro tío no pensarías lo mismo.

—No se trata de ser o no imparcial. Solo me estoy poniendo en su lugar. Él te quiere, aunque no sea de manera romántica. Siempre te ha querido, a pesar de todo, y no habría hecho lo que ha hecho si no te quisiera.

—Quizá lo haya hecho por ti y por Arturo.

—Si confiaste lo suficiente en él como para mantener relaciones sexuales también tendrías que haberlo hecho para contarle por qué necesitabas esas relaciones. Es sentido común, Aitana.

Río.

—Tiene gracia que tú me hables de sentido común.

—Deberías habérselo dicho —susurra, con la mirada perdida en el aparcamiento.

¿Debería habérselo dicho? No lo sé.

¿He querido contárselo? Al principio no. Luego… sí. Luego soñaba con decírselo cada noche. Cada vez que recostaba la cabeza en su almohada. Incluso tenía pensadas las palabras exactas que usaría para hacerlo.

«Patrick, ¿te acuerdas de que hace siete años yo solía quedar con aquel chico del club de tenis? Yo tenía quince años y él diecisiete. Se llamaba Ernesto. No era nada serio, pero llevábamos toda la vida coincidiendo en el club y nuestros padres se conocían. Nos enrollamos unas cuantas veces. Él justo comenzaba la universidad ese año, iba a estudiar aquella carrera tan rara en Cornwall. ¿Te acuerdas? Ciencia y Tecnología del Surf. Sí, seguro que lo recuerdas porque Andrés y tú solíais reíros de él. Y soltabais mil chorradas por la boca cuando aparecía en vuestro radar. Siempre habéis sido unos niñatos. Él me gustaba. Era mayor. Y se había fijado en mí. Fuimos un par de veces al cine y otras tantas a compartir una pizza en Nicanora o una hamburguesa en el sitio aquel que tanto nos gustaba y que después cerraron. Él siempre la pedía sin pepinillos y a mí me recordaba a Andrés. Pero no tenía nada que ver con Andrés. Está a años luz de Andrés, tan lejos que ni vuestro Halcón Milenario conseguiría unir los puntos en un millón de años. Una noche nos quedamos solos en el club, jugando a tenis. Ya era tarde, pero aún había sol. Era verano, yo acababa de regresar de mi primer año en el CAR y estaba pletórica. Tú habías quedado en venir a recogerme, pero te retrasabas. Él y yo ya nos habíamos besado, pero no nos habíamos tocado de manera íntima. Ni siquiera por encima de la ropa. Terminamos de jugar y nos dirigimos a las duchas. Recuerdo mirar hacia atrás antes de abandonar del todo las pistas por si justo aparecías. Pero no lo hiciste. Me duché y tú seguías sin dar señales de vida. Él se coló en mi vestuario y me vio desnuda. Se acercó a mí y comenzó a tocarme. Me gustó. Pero llegó un momento, cuando ambos estábamos desnudos, yo tumbada encima de uno de los bancos del vestuario y él encima de mí, en que dejó de gustarme. No estaba segura de querer hacerlo y… Miré hacía la puerta, por si tú aparecías y me ayudabas a salir de ese lío en el que yo solita me había metido. Pero no lo hiciste. Nunca apareciste. Te olvidaste de mí. Más tarde me lo dirías. Y él no se detuvo. A pesar de que le pedí que lo hiciera. A pesar de que le dije que no estaba segura de querer llegar hasta el final. «Claro que quieres», me decía él. Recuerdo el peso de su cuerpo sobre el mío, los susurros, el sudor, el dolor… Llegué a casa destrozada. Anímicamente destrozada. Fue él quien me dejó en la puerta. Me dio un beso en la mejilla justo antes de que yo me bajara del coche. Fui directa a mi habitación y me froté la cara con una esponja hasta que me hice sangre. Después vomité en el baño y empecé a llorar muy fuerte. Tan fuerte que caí al suelo.

Tan fuerte que Andrés y Arturo me oyeron. Y supieron que algo grave había sucedido en el instante en que me vieron. Creo que si hubieran pasado unos días no hubiera sido capaz de contárselo. Pero yo temblaba, estaba asustada y me sangraba la mejilla. Se lo conté todo y…».

Recuerdo las palabras de Andrés.

—Voy a matarlo.

Y las lágrimas que Arturo aguantaba en las retinas con todas sus fuerzas.

—Vamos a matarlo.

Yo no he llorado tanto en mi vida, y no por él, sino por mis hermanos. No quería que fueran a por él. No quería joderles la vida. Y, por encima de todo, no quería que les pasara nada. Después de muchas súplicas gané tiempo. Dormimos los tres juntos en mi cama con la promesa de que no tomaríamos una decisión sobre qué hacer hasta el día siguiente. Y dormir es otro eufemismo, porque éramos incapaces de cerrar los ojos. La última vez que miré la hora fluorescente en el reloj despertador de la mesita eran más de las cinco de la mañana. Creo que al final caímos rendidos de puro cansancio. Y creo que yo no habría sido capaz de dormir esa noche si no hubieran estado a mi lado.

Cuando Arturo y yo despertamos un par de horas después… Andrés no estaba en la cama. Y lo supimos. Solo lo supimos.

Lo encontramos en el hospital una hora más tarde. Estaba destrozado.

Cierro los ojos por el recuerdo. Todavía me duelen sus heridas. Me eché a llorar encima de él y Arturo lo hizo conmigo.

—Lo siento —nos dijo Andrés, llorando—. Lo siento mucho. No he podido matarlo. Era más fuerte que yo.

Arturo lo miró con rabia. Con dolor. Y con lágrimas en el rostro. Es la única vez que lo ha mirado así en toda su vida.

—¿Por qué me has hecho esto? —le preguntó—. ¿Por qué no me has dejado ir contigo?

—Porque no iba a permitir que te mancharas las manos de sangre.

—¿Y tus manos? ¿Qué pasa con tus manos, Andrés?

—Las mías no importan.

—¡Me importan a mí!

En ese momento me di cuenta de que yo tenía cuatro *padres*. Cuatro personas mayores que yo que me querían con locura y que querían protegerme con su vida. Y ninguno de ellos pudo evitar que me pasara aquello. Vi el sufrimiento en los ojos de mis hermanos y el deseo de evitárselo a mis padres fue más fuerte que el deseo de castigarlo a él.

—Esto no puede salir de aquí. Lo que me ha pasado no puede salir de aquí —les dije.

—Pero ¿qué dices?

Cogí a Arturo de la mano y lo llevé a un espejo que había en la habitación. Lo obligué a enfrentarse a su imagen destrozada por el dolor.

—No podemos hacerles esto a mamá y papá. Y tampoco solucionaría nada.

—Evitaría que él se lo hiciera a alguien más —dijo Arturo.

—No —lo corrigió Andrés—. Eso solo se consigue matándolo.

—¿Y qué les vamos a decir a papá y mamá cuando te vean, Andrés?

—Que me he metido en una pelea. No van a sorprenderse demasiado.

Unos meses después ambos ingresaron en el CAR. Y papá financió desinteresadamente unas pistas nuevas de tenis. Él solo quería lo mejor para sus hijos. Unos hijos que habían abandonado un entrenamiento y pistas exclusivos para entrar en un centro de alto rendimiento al que no necesitaban ir. Mucha gente los llamó caprichosos. Supongo que las apariencias no siempre son lo que parecen ser. O que el ser humano tiende a pensar lo peor de nosotros mismos. Andrés fue derecho al psicólogo. Mis padres creen que tomó la decisión solo para poder gestionar la mala leche con la que había nacido. La verdad es mucho más jodida. Andrés siempre ha creído que algo no rondaba bien en su cabeza porque es demasiado agresivo. Porque es egoísta. Interesado. Malo. Sus palabras, no las mías. Nunca las mías. Intentar matar a alguien lo ahogó del todo.

Regreso a la realidad.

Regreso a la enfermería.

Vaya, al final he desvelado mi tercer secreto.

Miro a mi hermano. Le cojo la mano y la aprieto con fuerza. Los auténticos héroes son aquellos que ni siquiera saben que lo son.

—Tienes razón —le digo—. Debería habérselo dicho.

—Yo siempre tengo razón. Pero ahora ya es tarde, Aitana, y hay cosas que no pueden llegar tarde. Esta es una de ellas. Ahora tendrás que lidiar tú con Patrick. Tú sola. Lo conozco y yo… no voy a poder ayudarte.

«Hay cosas que no pueden llegar tarde». Cojo el teléfono y escribo el mensaje lo más rápido que puedo, rezando para que me dé tiempo y no se apague:

Tani:
Sé que estás enfadada con Andrés. Sé que has llamado a Arturo para asegurarte de que él está bien. Pero no es suficiente. Tienes que venir, Nicki. Tienes que venir y verlo con tus propios ojos antes de que sea demasiado tarde. Después puedes marcharte.
Tani:
Ven, por favor.
Tani:
O te vas a arrepentir el resto de tu vida.

—Ya no vale, Aitana —susurra Andrés—. Ya no sirve de nada. Ella no ha venido.

—Está enfadada.

—Me da igual. Yo también lo estoy. Joder —masculla—, de todas las tías del mundo tuve que liarme con la que más me odia.

—Ella no te odia. Solo es… guerrera y temperamental.

—¿Temperamental? Tiene una mala hostia que no es ni medio normal.

—Lo que sea, Andrés. Tú tienes que dejar de colocarle obstáculos por todas partes.

—Esto no es un obstáculo. Es puto sentido común. Si alguien a quien quieres tiene un accidente, vienes a verlo. Punto.

—Andrés…

—No tengo nada que decir al respecto.

Andrés se pierde en sus pensamientos, con la cabeza recostada en el cristal y yo lo espero. Yo siempre lo espero.

37: «Tengo ganas de llorar. De llorar a pleno pulmón»

ANDRÉS

Quince minutos antes

—Si no sabes distinguir entre el amor romántico y el amor familiar —le susurro a Damián al oído—, me das mucha más pena de la que ya te tenía. Pero al margen de eso… Tú no quieres a Arturo ni como amigo ni como hermano. Hay algo más. Algo que no me gusta. Y te juro que voy a averiguarlo. Más te vale que no haya nada oscuro, Damián. Más te vale.

—A lo mejor estoy enamorado de ti, Andrés.

Rio de pura incredulidad.

—No cuela, gilipollas. Y, ahora, fuera de mi vista.

Arturo también se va. Y por primera vez en la vida quiero que se vaya. Aunque el pecho me apriete muy fuerte cuando cierra la puerta detrás de él. Nueve años. Nueve putos años mintiéndome. Casi nada.

Cuando Rafa entra poco después para avisarme de que en breve van a escayolarme y a colocarme el hombro me pregunta si necesito algo para el dolor y le digo que no. Porque quiero que duela. Necesito que duela.

Dicen por ahí que casi todo puede curarse. Pero ¿cómo curas un corazón roto? ¿Dónde pones la tirita? Y mucho menos puedes poner dos. Una por Arturo y otra por Patrick. Además, tengo problemas más importantes de los que ocuparme. Uno de ellos se llama Aitana, es mi hermana, la tengo enfrente de mí y debería estar mucho más enfadado de lo que estoy. Debería. Supongo que ella es una de mis debilidades.

—¿Qué ha pasado entre vosotros, Tani? —le pregunto, refiriéndome a Patrick.

Y ella me lo cuenta todo. Y yo le cuento otras cosas que hacen que me sienta como un despojo humano, que hacen que sienta que estoy traicionándolo a él, a mi mejor amigo, pero a la mierda todo. Y no sé en qué momento Nicki entra en la conversación. O no entiendo por qué lo hace. Pero entra.

—Ya no vale, Aitana —le digo—. Ya no sirve de nada. Ella no ha venido.

Ella no ha venido.

—Está enfadada.

—Me da igual. Yo también lo estoy. Joder, de todas las tías del mundo tuve que liarme con la que más me odia.

—Ella no te odia. Solo es… guerrera y temperamental.

—¿Temperamental? Tiene una mala hostia que no es ni medio normal.

—Lo que sea, Andrés. Tú tienes que dejar de colocarle obstáculos por todas partes.

—Esto no es un obstáculo. Es puto sentido común. Si alguien a quien quieres tiene un

accidente, vienes a verlo. Punto.

—Andrés…

—No tengo nada que decir al respecto.

Solo tengo ganas de llorar. De llorar a pleno pulmón. Como aquella vez. Como aquella noche cuando las cosas con Nicki se fueron a la mierda del todo…

Recuerdo el tonteo que nos traíamos Elvira y yo entre manos. El manoseo ladino, como quien no quiere la cosa. Mi sonrisa de medio lado. La manera lasciva en la que ella se humedecía el labio inferior. Las miradas abrasadoras. La polla apretándome en los pantalones con ganas de salir y liarla a lo grande. La música electrónica que me tronaba en los oídos. El alcohol que me espoleaba a continuar.

Siempre me he sentido atraído por personas del sexo opuesto, pero esa noche lo sentí más que nunca. Supongo que llevaba demasiado tiempo sin estar con Nicki. Supongo que llevaba sin follar demasiados meses. Dos, para ser exactos. Soy un animal de costumbres.

«¿Vienes luego al hotel? Voy a dar una fiesta y va a haber… *fiesta*. Mucha fiesta», me había dicho un contrincante unos días atrás, tras mi victoria contra él en uno de los torneos más importantes de mi vida.

«No puedo».

«¿Cómo que no puedes?».

«Estoy con alguien».

«¿Quién eres tú y qué has hecho con Andrés Claramunt?».

Recuerdo que me reí.

«Me estoy reformando», le dije.

«Bien. Inténtalo. Pero cuando tropieces en la cosa esa que tienes, ven a buscarme, estaré encantado de enseñarte todo lo que te has perdido en el proceso».

«Si tropiezo, querrás decir».

«No, Claramunt. Tienes veinte años, buena planta y una carrera prometedora en el tenis. *Cuando* tropieces, ven a buscarme».

Cuando tropezara… No había espacio para la duda.

Elvira estaba a punto de lanzárseme a la boca cuando el rostro de Nicki me invadió por completo. Me eché hacia atrás, pero no demasiado. Entonces Patrick me agarró del brazo y me sacó a rastras de aquel salón convertido en pista de baile por una noche.

—¿Qué coño has estado a punto de hacer, Andrés?

—Arturo está con… —me callé en cuanto me di cuenta de lo que había estado a punto de decir. «Arturo está con Lacoste».

—¿Con qué?

—Con quién.

—¿Con quién?

—Con un chico, desde hace mucho tiempo.

—¿Y? ¿Qué tiene que ver eso con que hayas estado a punto de enrollarte con Elvira?

—Y jamás lo he visto mirar a nadie más. No lo he visto tropezar ni una sola vez. Tiene que ser puto amor verdadero.

—Andrés, llevas desde los dieciséis años detrás de Nicki. No lo mandes todo a la mierda por un calentón sinsentido. Porque un calentón lo tiene cualquiera.

—Arturo no. Y Nicki debería encontrar a alguien como él. Alguien que solo piense en ella. Que la quiera.

—Tú la quieres. Desde los dieciséis, insisto.

—¿Entonces por qué miro a otras personas?

—Todo el mundo mira a otras personas. Incluso Arturo. Andrés —me sujetó por los hombros —, yo quiero a tu hermano como si fuera el mío, pero…

—¿Quieres a mi hermano?

—Sí, aunque mañana negaré haberlo dicho. Y a ti te amo, Andrés, de una manera fraternal, por eso quiero lo mejor para ti. Y necesito que entiendas que Arturo no es perfecto. Él también comete errores. Como todos.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo supongo.

—Supones mal. Mi padre no mira a otras. Mi madre no mira a otros. Y mi hermano no mira a nadie que no sea ese chico.

—Tú no ves lo que hay dentro de la cabeza de las personas. Todos tenemos pensamientos de mierda.

—Pero se os quedan ahí, en la cabeza. En ideas quiméricas. En meras reflexiones. Yo de cada diez veces que quiero partirle la cara a alguien lo hago dos. Me contengo ocho, pero lo hago dos. Y esa es la gran diferencia que hay entre nosotros. Que vosotros os contenéis diez, porque es lo que hay que hacer.

—Ahora no, Andrés —me apuntó con el dedo—, ahora no me vengas con esas mierdas tuyas de tu puta cabeza.

Saqué el teléfono del bolsillo…

—Andrés —Patrick lo agarró y me miró a los ojos—, no lo hagas. Con lo que te costó conseguirla… ¿y ahora la vas a joder así?

Nicki fue un reto que me llevó años, y cuando la conquisté ya me había colado un poco de ella. No era mi intención, solo… sucedió. Nunca me había molestado en conocer a nadie, y tampoco iba a molestarme en conocerla a ella, pero a fuerza de perseguirla lo fui haciendo. La fui conociendo y me enamoré.

—Ella tiene que saber que soy un gilipollas. Tengo que decirle que soy un gilipollas.

—Lo sabe, créeme. Lo que tienes que hacer es pedirle que salga contigo. Si es que no lo está haciendo ya.

—¿Tú crees que estamos saliendo?

—Yo lo tengo bastante claro.

Vale. Recuperé mi teléfono y tecleé su número de memoria. Contestó al quinto tono.

—*¿Andrés?*

—Hola.

—*¿Y ese jaleo?*

—Estoy en una fiesta.

—*¿Estás borracho?*

—No.

—*¿Has bebido?*

—Sí.

—*¿Estás bien?*

—No.

—*Andrés, ¿qué pasa?*

Patrick nunca apartó sus ojos de los míos. Estoy seguro de que podía escuchar la conversación; habíamos salido a la calle y él había cerrado la puerta de la vivienda detrás de nosotros. Reinaba un silencio sepulcral, a pesar de que retumbaban las paredes.

—Necesito hablar contigo.

—*¿Ahora? ¿Sabes qué hora es?*

—Las dos de la mañana.

—*¿De qué quieres hablar?*

—De algo que podría hacer, pero que no sé si puedo hacer.

Patrick negó con la cabeza. Quizá no era la mejor manera de abordar el asunto, pero era mi manera. Y como él mismo decía, Nicki me conocía de sobra. Y yo me sentía seguro ahí. Me sentía seguro con ella conociéndome. Error.

—*¿Qué quieres hacer?*

—No he dicho que quiera —aclaré—, he dicho que no sé si podría hacerlo.

—*¿Con quién?*

—Qué más da. No tiene nombre. Con cualquiera. Ella no es el problema. El problema somos nosotros.

El problema es que no sé lo que somos. Y que a veces yo miro a otras personas y veo que son atractivas, a pesar de que tú me gustas con locura. ¿Estoy mal hecho? ¿Y tú me quieres, a pesar de ello?

—*No hay ningún nosotros.*

No era la respuesta que esperaba. Aquello se me clavó en el corazón, y debería haber sido la primera pista, pero yo continué.

—Estaba a punto de enrollarme con ella. A punto, y…

—*¿De pronto te has acordado de mí?*

—Sí. Y no he podido hacerlo. Necesitaba hablar contigo. Porque tú y yo… ¿Tú y yo…?

Nicki, tú y yo…

—*Tú y yo no estamos juntos, Andrés. Lo sabes, ¿verdad?*

No. La verdad es que no. No lo sabía. Pero ahí lo supe. Supe que había construido castillos de arena. Y me sentí tan gilipollas. ¿En qué momento me creí que Nicki podría enamorarse de un mierda como yo? Y tuve ganas de llorar. Putas ganas de llorar.

—Vale, entendido —dije, recomponiéndome.

Patrick me miraba sin comprender.

—*¿Hemos hablado alguna vez de ser exclusivos?* —insistió ella. La primera daga en el corazón no le bastó. Ella sabe que la mala hierba nunca muere y quería asegurarse.

—No. Pero hay ocasiones en que las palabras no son necesarias.

Reconozco que ahí fui un poco gilipollas. Gilipollas de patético. Porque yo seguía insistiendo en que teníamos algo.

—*No es nuestro caso.*

Y ahí estaba la tercera daga. Para ese entonces, yo ya estaba en el suelo, encharcado en mi propia sangre.

—Bien —dije.

—*¿Necesitabas corroborarlo conmigo? ¿Necesitabas llamarme por teléfono para que te diera permiso para follarte a otra tía?*

—No he podido hacerlo. No mientras tú y yo aún estuviéramos juntos.

Puede que yo mirara a otras personas, pero jamás habría hecho nada con ellas si Nicki y yo hubiéramos estado juntos. ¿Empalmarme? Sí, claro. Pero eso se arregla con mi mano derecha.

—Algo así —dije.

—*Pues te lo doy. Dime una cosa, por curiosidad, ¿desde cuándo?*

—Desde cuándo, ¿qué?

—*¿Desde cuándo necesitas acostarte con otras tías y no lo haces porque crees que tienes algo conmigo?*

—Desde hace un par de meses —respondí con sinceridad.

—*Hace un par de meses que me fui.*

—Sí.

—*¿Y has estado dos meses aguantándote las ganas? Te felicito.*

Ahí fue cuando me cabreé. Porque ¿qué insinuaba? ¿Qué coño insinuaba?

—Gracias. Dime tú otra cosa, por curiosidad.

—*¿Qué?*

—Imagínate que tú y yo sí tuviéramos algo, y que te llamo para dejarlo contigo porque quiero follarme a otra. ¿Qué me dirías?

—*Te diría que eres un iluso si crees que no es infidelidad por dejarme por teléfono cinco minutos antes de follarte a otra. Te diría que es lo más asqueroso que has hecho en tu vida. Te diría que no hay vuelta atrás. Que no puedes arrepentirte mañana, pedirme perdón, llorar en mi*

regazo y pretender que no ha pasado nada. Te diría que yo no soy Arturo. Ni Aitana. Ni Patrick. ¿He saciado tu curiosidad?

—Sí.

—*Si tú y yo tuviéramos algo de verdad, podría odiarte por esto.*

—Deberías.

—*No te importaría, ¿verdad? Que te odiara.*

—Vista arder una gasolinera, vistas todas. La primera impacta, luego ya…

—*Vete al infierno, Andrés.*

—El Leviatán y yo nos llevamos bien. Adiós, Nicki.

Colgué y dejé caer el móvil al suelo. Regresé a la fiesta. Patrick me seguía, pero yo ya no lo escuchaba. *Adagio for strings,* de Tiësto, me palpitaba en el pecho y en cada una de mis venas. Cogí la primera botella que encontré en una mesa y me la llevé a la boca, vaciándola casi por completo. Barrí la estancia con la mirada buscándola a ella, pero no estaba. Me moví entre la marea de gente que me rozaba mientras bailaban, se tocaban, se drogaban. El ambiente estaba muy cargado; drogas, sexo y *rock and roll* en estado puro. Subí el primer peldaño de las escaleras que me llevaban al piso de arriba.

—Andrés.

Patrick intentó impedírmelo una vez más, sin éxito.

Llegué al pasillo de la segunda planta y me di de bruces con ella; salía del baño. Supongo que mi mirada se lo dijo todo porque…

—¿Nicki?

Negué con la cabeza, ya no había ninguna Nicki.

Tiré la botella al suelo y nos lanzamos al mismo tiempo el uno hacia el otro. Nos metimos la lengua hasta dentro. Nos arrastramos por el pasillo hasta que topamos con la primera habitación. Nos desnudamos con hambre. Nos comimos con los ojos con lascivia. Caímos en la cama. Me puso un preservativo y follamos. Fuerte. Duro. Nos corrimos. Elvira se levantó para ir al baño con la promesa de follarme de nuevo pasados unos minutos. Me quedé tumbado en la cama y a pesar de que decenas de lágrimas me cayeron por las mejillas en cuanto la perdí de vista, lloré en silencio. Y yo odio el silencio. Yo lo que quiero es vivir siempre EN VOZ ALTA.

Ya estaba hecho. Nicki y yo no éramos nada y yo era, oficialmente, una escoria humana. La verdad es que nunca tuve demasiadas dudas.

Me levanté y me vestí rápido y mal. La ropa se llenó de suciedad, de la suciedad que me perlaba el cuerpo. Mi sudor. Su colonia. Mi traición. Sus gemidos.

Bajé de nuevo al salón y la fiesta se encontraba en su máximo apogeo; no vi a Patrick por ninguna parte y no podía llamarlo, mi móvil estaba perdido en el jardín. Cogí otra botella de alcohol y me la bebí. Fumé tres cigarros seguidos. Me dolía el estómago, así que me metí a la boca el primer trozo de pizza que encontré encima de una mesa. Y cuanto más comía más me dolía todo. Entonces apareció Patrick.

—¿Qué coño acabas de comer? —Revisó los restos y me miró con terror—. Andrés, esto llevaba marisco. Tú eres alérgico al marisco.

—No creo que me mate.

Sin embargo, él sí lo creyó. Me arrastró de nuevo a la calle, hasta la acera donde había aparcado mi deportivo horas antes, me metió las manos en los bolsillos, sacó las llaves del coche y me subió en el asiento del copiloto. Recosté la cabeza en el cristal; necesitaba dormir. Escuché a Patrick hablar por teléfono en dos ocasiones.

La primera vez yo no sentía gran cosa.

—*¿Hola? ¿Emergencias? ¿Qué pasa si tienes una alergia muy fuerte al marisco y comes una pizza que lleva marisco? Hace unos minutos.* —Patrick retiró la mano derecha del volante y me inspeccionó el cuello—. *No, creo que no. Sí, voy volando. Estoy de camino.*

Sentí incluso la aceleración del coche.

La segunda vez yo luchaba por arrancarme la camiseta de cuajo; me oprimía la garganta y no podía respirar, ni por la boca ni por la nariz. No podía hablar. No podía tragar. Y el ritmo cardiaco me iba a mil por hora. Sentí… miedo.

—*¡Acabo de llamar hace unos minutos por una alergia al marisco! ¡Creo que no puede respirar! Por favor, ¿qué hago? ¿¿Qué hago??*

No recuerdo mucho más porque perdí la conciencia, solo recuerdo que me habría muerto de no ser por Patrick. Llegamos justo a tiempo gracias a que me subió en el coche sin esperar a que la alergia hiciera su trabajo. Me desperté en una cama de urgencias con él a mi lado.

—¿Lo has hecho a propósito? —me preguntó con voz de ultratumba—. ¿Has intentado acabar con tu vida a propósito?

No, pero dado el caso…

—Andrés. Respóndeme.

No lo hice. En ese momento Arturo entró en la habitación, pálido, y vino corriendo hacia mí. Me abrazó de esa manera que solo sabe hacer él.

—Estoy bien —le acaricié la cabeza en un intento de que se tranquilizara. Él, una vez más, olía a sexo, pero no de una manera sucia—. Solo ha sido un susto. Te has perdido una gran fiesta. ¿Dónde andabas?

—Por ahí.

Ya… Por ahí con Lacoste.

—Esto no puede salir de aquí, ¿de acuerdo? ¿De acuerdo? —repetí al ver que ninguno de los dos me contestaba—. Prometédmelo.

Lo hicieron.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Arturo.

Miró a Patrick y Patrick… rompió a llorar. La tensión y los nervios de aquella noche pudieron con él.

—Lo siento. Lo siento mucho. Había bebido y… la pizza era de marisco. No debí haberlo

perdido de vista sabiendo el estado en que se encontraba. Lo siento. No volverá a pasar. Lo juro. No en mi presencia.

—No me refiero a la pizza —respondió Arturo—. No me refiero a la alergia. ¿Qué coño ha pasado en esa fiesta?

Qué listo es mi hermano y cómo sabe leerme.

Fue en ese momento cuando tuve ganas de llorar a pleno pulmón.

Fue en ese momento cuando lloré a pleno pulmón.

Y ahora me siento de la misma manera.

Quiero llorar a pleno pulmón.

Muevo la cabeza y regreso al presente. Arturo y Lacoste discuten acalorados en el aparcamiento. Joder.

—Esos dos deben tener cuidado —le digo a Aitana.

AITANA

—Esos dos deben tener cuidado —dice de pronto Andrés—, si esto se sabe… Si esto se sabe, va a liarse una muy grande. Hay demasiado dinero en juego. Demasiadas apuestas deportivas. Perderían ambos toda la credibilidad.

Me asomo a la ventana, al lugar donde mira Andrés, y veo que Arturo y Chris discuten en el aparcamiento ajenos a lo que sucede a su alrededor. A que hay gente que los está mirando. Ningún deportista, por lo que puedo apreciar. Y menos mal. Lo último que nos faltaba es que todo esto saliera en el maldito Senticar.

—No se dan cuenta de que están llamando la atención.

—Pues que lo hagan. —Andrés intenta abrir la ventana, pero lo sujeto del brazo y se lo impido. Tiene el brazo muy frío.

—Si les gritas desde aquí para que se callen vas a llamar tú más la atención. Y estás helado. Toma —cojo una sudadera de invierno color turquesa que hay tirada en el sofá—, ponte esto.

—Es de Lacoste.

—Andrés, no seas crío y póntela.

Lo miro de esa manera que no admite réplica y lo ayudo a ponérsela con cuidado de no hacerle daño en el hombro.

—Voy a bajar a pararlos —me dice una vez la tiene puesta.

Pero entonces Arturo se sube a la moto, la arranca y sale disparado. Chris se mete a todo correr en el coche de Andrés y va detrás de él.

—¿De dónde ha sacado Chris las llaves de tu coche?

—Me las ha quitado esta mañana, cuando me ha encontrado borracho en mi habitación.

—Andrés, Arturo va demasiado rápido. Él no conduce tan rápido.

—Frena. Arturo, frena, joder.

Lo perdemos de vista durante un momento, unos eucaliptos gigantes nos impiden ver la carretera, pero entonces aparece de nuevo. Y Chris detrás de él. El CAR se encuentra en el acantilado más alto de la zona y nosotros estamos en un quinto piso, por lo que la panorámica que tenemos desde aquí es inmejorable.

—Arturo…

Chris se coloca a su lado en la carretera, pero en cuanto aparece la siguiente curva enseguida regresa a su lugar. Yo me tenso y aprieto la mano de mi hermano.

—Andrés.

—¡Frena la puta moto! —grita él.

Arturo no frena. Y no solo eso. Coge el siguiente desvío y va directo hacia el puerto. ¿¿Qué haces, Arturo?? ¿QUÉ HACES?

Lo último que veo antes de dejar de respirar es a mi hermano estrellarse contra un muro y salir disparado por los aires.

—¡¡ARTUROOO!!

NICKI

—*Nicki, Andrés…*

—Patrick —lo interrumpo, porque no puedo más y…

—*Espera. Ey, ey, ey. ¡Ey, Arturo!*

¿Arturo? Subo a todo correr las pocas escaleras que nos separan y me encuentro con Patrick mirando por la ventana que hay en cada tramo. Ni siquiera pestañea al reparar en mí, mira algo a través del cristal. No, algo no. A alguien. A Arturo con la moto en el acantilado, a toda velocidad.

—Oh, Dios —exclamo yo.

—¡¡Arturo!! —gritamos al mismo tiempo.

38: «El mar es un lugar bonito»

ARTURO

LLEGO a la calle y camino directo hacia mi moto. Chris me sigue sin pestañear.

La moto y el casco están tirados en el suelo, rodeados de unas señales de precaución que me salto a la torera. La carretera tiene varias marcas de neumático y me entran escalofríos al pensar que esto le ha sucedido a mi hermano.

—Espera, te ayudo a levantarla —me ofrece Chris.

—Puedo yo solo.

La levanto y la sujeto por el manillar, examinando los daños. Chris se queda al otro lado de la moto.

—Arturo, deja la actitud pasivo-agresiva, por favor. Quiero hablar contigo.

Chasqueo la lengua. Paso los dedos por la carrocería; por un lado está hecha mierda, pero no parece que tenga nada grave.

—Llevas desde ayer queriendo hablar conmigo —le digo sin mirarlo; sigo concentrado en mi moto—, pero en el momento de la verdad, el único que dice algo soy yo.

—¡Porque no me estás dejando hablar!

—Mira, no estoy de humor. Mi hermano acaba de joderse el hombro y la muñeca. Ya sé que para ti una noticia así es como un regalo de Navidad muy grande y brillante, pero ahórrate la celebración delante de mis narices, por favor.

—Arturo, *merde*. ¡No me escuchas! ¡No me ves!

Levanto la cabeza de la moto y lo miro a los ojos. Hay angustia. Hay aspereza. Resentimiento. Frustración. Malestar. Ira. Indignación. Es Chris en estado puro.

—Sí te veo.

—¿Como me has visto en la enfermería?

—Oh, perdóname la vida si he entrado pensando solo en mi hermano. Acababa de…

—¡Me importa una mierda tu hermano! No lo quiero en esta conversación. Por una puta vez en nuestras vidas, concédeme el deseo de que Andrés Claramunt no revolotee a nuestro alrededor.

—A ti todo te importa una mierda.

—Eso es lo que se ve desde fuera, ¿verdad? ¿Sabes cómo te veo yo a ti? Veo que nunca te posicionas a mi lado. Que tu primera reacción es pensar que yo tengo la culpa de todo. En Wimbledon ni siquiera me concediste el beneficio de la duda. Fuiste a por mí. Reflexiónalo, Arturo.

—¿¿Y qué quieres que piense?? ¡Siempre andas buscando guerra!

—¡Puede que estuviera buscando una reacción en ti! Puede que quisiera demostrarme a mí mismo que llegaría algún momento en que sacarías la cara por mí.

—¿Y por qué iba a sacar la cara por ti, si no somos nada?

—¿Me estás recriminando algo, Arturo? Eh, mírame. —Se acerca a mí y me coge de la barbilla. Me obliga a darme de bruces con sus ojos azules, helados y profundos, como las aguas más inhóspitas—. No tienes ningún derecho a recriminarme nada. ¡Nada, Arturo! Nunca te he engañado. Te lo he explicado todo muy clarito desde el principio. Que era solo sexo. Que no quería unirme sentimentalmente a ti. Que no iba a enamorarme de ti. Que no éramos pareja. No quiero querer, y tú lo sabes mejor que nadie. No quiero ser mi padre.

—¿Tu padre? —Exploto—. ¡Deja en paz a tu padre! Tu padre está bien. Mejor que bien. Eres tú el que tiene un problema. Eres tú el que no superas a tu madre. Eres tú el que estás jodido.

Se echa hacia atrás como si le hubiera pegado un puñetazo en el vientre. Un puñetazo que siento en mis propias carnes.

—Yo no estoy jodido.

—Ya lo creo que estás jodido, y muy jodido. —Respiro. Y me armo de valor para decirle lo que llevo años intentando decirle. Tenía miedo a hacerle daño. A que no estuviera preparado para escucharlo—. Tu casa no es la que era por tu culpa, Chris. Tu familia no es la que era por tu culpa. La relación con tu padre no es la que era por tu culpa. La noche de los viernes en familia se fue a la mierda porque tú así lo quisiste. Y la música a máximo volumen los fines de semana. Los partidos de tenis en Lucerna. ¡Todo lo mataste tú cuando tu madre se fue! Y a tu padre no le quedó más remedio que resignarse y esperarte. Pero nunca llegas. Eres tú el que no ha seguido adelante con su vida, no él. Llevas años protegiéndote porque tienes miedo de convertirte en tu padre, pero tú ya eres tu padre. Esos muros que has levantado a tu alrededor no valen para nada, solo para que no hayas podido enamorarte de mí.

Pensé que iba a sentirme mejor una vez lo soltara todo, pero no me siento mejor. Me siento vacío. Y triste. Los ojos de Chris están muy abiertos. Y brillan demasiado. Quiero abrazarlo muy fuerte. Mi pobre niño.

—Eso… —titubea—. Eso no es verdad.

—Sí lo es. Esa es tu verdad. La que no quieres ver. Una de tantas. Tu padre está deseando recuperar la vida contigo. Tu padre está rehaciendo su vida y te quiere en ella.

—¿Qué quieres decir?

—¿Tú qué crees que quiero decir? Tu padre ha pasado página. Tu madre aún le duele, por supuesto que le duele, eso no va a morir nunca, pero no está obsesionado con ella. No está obsesionado con su pérdida. Tú sí lo estás.

—¿Mi padre está con otra mujer?

—Sí. Y si no te lo ha dicho es porque le aterra tu reacción. No quiere perderte del todo. Y yo acabo de traicionar su confianza, pero para mí es más importante que tú abras los ojos. No has superado la muerte de tu madre y tienes que trabajar en ello. Tu profesor de tenis abusó de ti, por mucho que lo disfrutaras, y tienes que trabajar en ello. Está todo relacionado.

—¡Y dale! ¡¡¡Jodeeer!!!

—¡Sí le doy! Las veces que sean necesarias hasta que lo entiendas.

—Quizá lo que tienes que entender tú es que el sexo no es de color de rosa. No siempre sucede entre sábanas de seda, besos y caricias. Quizá te he malacostumbrado. Tu primera vez fue floja, Arturo. Digna de un animal protegido en peligro de extinción.

No es verdad.

—Fue dulce —le digo con los ojos anegados de lágrimas.

—Pero si a ti no te gusta el dulce, Arturo.

—No voy a seguir con esto, haciéndonos daño y diciendo cosas de las que luego vamos a arrepentirnos.

—Ah, pero ¿tú te arrepientes de algo de lo que haces o dices? ¿Eres consciente de que te sales siempre con la tuya? ¿De que todo el mundo hace lo que tú les ordenas sin rechistar porque te tienen en un puto pedestal? Nunca has tenido que luchar por nada.

Por ti. He luchado por ti con uñas y dientes. Hasta hoy.

—Vives encerrado en una pecera, Chris. En una pecera donde tú mismo te has metido. Y un pez de pecera no sabe lo que hay fuera de ella hasta que sale. No sé si saldrás algún día. Mi consejo es que lo hagas, pero ahora ya solo depende de ti.

—¿Qué me estás queriendo decir?

Después de nueve años puedo asegurar sin miedo a equivocarme que Chris es mi todo. Y siempre lo será. Estemos juntos o no. Funcionemos o no. Porque lo quiero con toda mi alma. Y el alma es eterna. Creo que todos tenemos personas especiales, aunque no compartamos la vida con ellas. Yo podría compartir mi vida con Chris. Joder, y tanto que podría. Y sería el tío más feliz del mundo. Pero Chris es inalcanzable incluso para mí.

Es como jugar un partido de tenis contra la luna.

¿Precioso?

Sí.

¿Único?

Sí.

¿Posible?

Jamás.

Tengo que alejarme de él. Coger una pelota de tenis real y lanzarla lo más lejos posible. Aunque se me parta el alma en mil pedazos. Y aunque esos mil pedazos sean para él. O sean de él.

Cojo el casco del suelo y me lo pongo. Me subo en la moto y arranco; aún tenía las llaves puestas. El motor ruge con fuerza. Y yo tengo el corazón en la boca.

—Se acabó —le digo.

—¿El qué?

—Nosotros. Voy a dejar el tenis y voy a dejarte a ti. Aunque, en realidad, nunca te he tenido.

—Arturo…

—Me he dado cuenta de algo importante estas últimas horas. Cogí mi primera raqueta de tenis con cuatro años y empecé a entrenar cinco horas al día a los diez. Ahora lo hago a jornada completa. No me gusta el tenis y no va a gustarme por mucho que me empeñe y por muchas horas que le meta. Si después de todos estos años y de lo que hemos compartido tú y yo no te has enamorado de mí, ya no vas a hacerlo. Es cierto que tu boca me decía que no, pero tu piel y tus besos me gritaban que sí. O eso creía yo. Supongo que soy un romántico empedernido. Y un gilipollas. ¿Y sabes lo peor? Que lejos de sentirlo por mí, lo siento por ti. Sobre todo lo siento por ti, Chris. Siento mucho que no te hayas enamorado de mí.

—¿Por qué? —susurra.

—Porque como yo te quiero, nadie va a quererte.

Levanto el pie del suelo y acelero el motor al mismo tiempo que las primeras lágrimas me surcan las mejillas. Necesito alejarme de él, de Andrés, del CAR y de todo. Sin mirar atrás.

Ginés, el guardia de la entrada, me abre la barrera sin que yo tenga que frenar. Salgo a la carretera y acelero. Acelero. Y acelero. No me gusta la velocidad, pero hoy el viento tiene que llevárselo todo. Hoy quiero escapar de la vida.

Recorro la costa sin un destino claro. La humedad en las mejillas apenas me deja ver. Abro bien los ojos.

¡Pi, pi, pi!

Observo por el espejo retrovisor al deportivo que me ha pitado. Es Chris en el coche de Andrés. Acelera y, aprovechando que no viene nadie de frente, se come el carril contrario y se coloca a mi lado. Baja la ventanilla del copiloto.

—¡Disminuye la puta velocidad! —me grita—. ¡Vas a matarte!

Reviso el cuentakilómetros. Voy a más de cien kilómetros por hora. Freno, pero… no funciona. Lo intento otra vez. Y otra vez. Nada. No frena. Giro la cabeza y miro a Chris con pánico.

—¡Frena, joder! —me repite.

—¡No frena!

Chris me devuelve la mirada con absoluto terror. Miro al frente de nuevo. Viene una curva a la izquierda, Chris frena, se sitúa detrás de mí y yo me la como entera; a esta velocidad es imposible mantenerme en mi carril. Voy cuesta abajo, incrementando la velocidad por la inercia de la pendiente. Tengo que parar, esta zona está llena de curvas muy pronunciadas. Intento frenar de nuevo en vano.

Veo la primera salida hacia el pequeño puerto que hay cerca del CAR y no me lo pienso. Salgo. Entonces, todo sucede muy rápido.

La moto aún lleva mucha velocidad, sesenta kilómetros por hora, y la carretera es de treinta; las baldosas empedradas casi me hacen perder el equilibrio.

—¡¡Arturooo!! —escucho detrás de mí.

Voy a estrellarme contra el puerto. Voy a matarme.

—¡¡Arturooo!!

No puedo lanzarme al suelo antes del impacto porque voy demasiado rápido, sería un suicidio. Sigo descendiendo por la cuesta, cogiendo curvas abiertas hasta que… se acaba el camino. Tengo el muro del puerto enfrente. Voy a estrellarme.

Cierro los ojos. El mar es un lugar bonito.

CONTINUARÁ…

Agradecimientos

Este libro se lo he dedicado a mi mejor amiga. Sin grandes florituras. Sin la necesidad de explicar en mil párrafos lo que ella significa para mí. A veces, las palabras sobran. Y con los agradecimientos voy a hacer algo parecido. Algo directo. Conciso.

GRACIAS a los que formáis parte de mi vida día a día. Me he dado cuenta de que no solo se trata de ayudarme, leerme o llamarme por teléfono para escuchar mis gritos de alegría cuando un capítulo me ha quedado increíble o mis lloros cuando otro no acaba de salir. Se trata de que sin vosotros yo no sería la escritora que soy porque no sería la persona que soy. Os quiero un montón.

GRACIAS a los personajes de esta historia por aparecer en mi cabeza en el momento perfecto y por ponérmelo tan fácil y difícil al mismo tiempo. Ya formáis parte de mí y ha sido un honor crear el mundo del CAR junto a vosotros.

GRACIAS, Zigor, por la inspiración para cierto personaje. Ha quedado redondo. ;)

GRACIAS, Raquel y Arnald, por aquella increíble videollamada que tuvimos y por toda la ayuda que me habéis brindado en cuanto al mundo del tenis. Sin vosotros, no habría sido lo mismo.

GRACIAS al CAR de Sant Cugat por toda la información que me ha facilitado.

Y GRACIAS a vosotros, lectores, por todo el apoyo, el cariño y la espera. Ojalá os haya enamorado esta nueva aventura.

Acerca del Autor

Susanna Herrero nació en Bilbao en 1980. Es licenciada en Derecho Económico y su trabajo la obligaba a pasar muchas horas en el coche. Tantos viajes en solitario confabularon con su gran imaginación para crear a los personajes que, más tarde, se convertirían en los protagonistas de su primera saga: *Los saltos de Sara*. Apasionada de la lectura desde que a los diez años leyó por primera vez *La historia interminable*, nunca pensó en escribir sus propias narraciones, pero tampoco ha sido capaz de darles la espalda a sus personajes. Ahora ha cambiado de manera indefinida los viajes en coche por las letras, desde que su pasión por el mar Mediterráneo, cierto pueblo alicantino y un folio en blanco la hicieron volar sin remedio a la serie Cabana, compuesta por *Aquel último verano*, *El chico de la última fila*, *La última vez que vi llover*, *El último lugar en la Tierra* y *Somos el último verano*. En el año 2020 su novela *Y el mundo no dejaba de girar* ganó el Premio Jaén de Narrativa Juvenil, lo que supuso un gran reconocimiento a sus letras y un punto de inflexión en su carrera.

Puedes encontrarla en su blog, su página de Facebook, en Twitter como @susanmelusi, en Instagram y en Pinterest.

